*

PARTE PRIMERA DE DAVID PERSEGVIDO, Y ALIVIO DE LASTIMADOS.

HISTORIA SAGRADA, PARRAFRASEADA con Exemplos, y varias Hiſtorias humanas, y Divinas.

Añadida por ſu Author, y corregida en eſta ediccion.

ESCRITA POR EL DOCTOR DON CHRISTOVAL LOZANO, COMISSARIO de la Santa Cruzada, del Partido de Hellin, Procurador Fiſcal de la Reverenda Camara Apoſtolica, y Capellan de ſu Mageſtad en ſu Real Capilla de los Señores Reyes Nuevos de la santa Igleſia de Toledo.

Pliegos 46. y medio.



Año de 1753.

Con licencia: En Sevilla, en la Imprenta REAL de la *Viuda de Don Diego Lopez de Haro*, en calle de Genova.

APROBACION DEL R. P. M. Fr. DIEGO NISSEÑO, TRES VECES Provincial de la Provincia de Castilla, Orden del G. Basilio, facilmente Principe de los Monges, y Proto-Patriarca de las Religiones, &c.

EL libro intitulado: *David Perseguido, y alivio de lastimados*; cuyo Author es el Doctor Christoval Lozano, Procurador, y Promotor Fiscal de la Reverenda Camara Apostolica, y Comissario de la Santa Cruzada de la Villa de Hellin, y su Partido, que V.S. me mandò censurar: he leìdo con sumo gusto, y consuelo mio, donde se hallaràn muchos documentos Christianos, y politicos dictamenes, escritos, y exhornados con mucho asseo, ordenados, y dispuestos con tan rhetorico aliño, que me parece estar delineadas en esta estudiosa tarèa, y judicioso desvelo, las idèas todas de aquel incomparable varon, y critico Monarca de la erudicion, Justo Lipsio, que con tan discreta disposicion, y avisada serie hizo aquel tan armonioso maridage de los avisos, y exemplos, si bien lo laconico de aquel peregrino sugeto, se hallarà aqui difundido con elegancia por las dilatadas campañas de la eloquencia fabricando el Author, como argumentosa aveja, artificiosos panales de miel, para aprovecharse, copiando sus dulzuras, y de cera para aprovecharse, copiando sus luces. Con lo qual ha cumplido exactissimamente con el deseo de Venusino, y rico, haciendo aquel primoroso temperamento de confederar lo dulce con lo util, arribando de esta suerte à lo supremo de la cumbre del hablar, y eminencia del escribir. Por lo qual juzgo, que debe V. S. hacer favor, y merced al Author, dandole la licencia que pide para estampar esta dulce, y provechosa fatiga, porque si es: *Alivio de lastimados*, todos necessitan de sus doctos, y prudentes consejos, pues en el siglo que corre, corren tanto las lastimas, que no hai à quien no alcancen, y comprehendan: y porque en todo el libro no hai proposicion que se oponga al recto sentir de nuestra Catholica Fè, ni al modesto proceder de las Christianas costumbres. Este es mi parecer. En el gran Basilio de Madrid, Diciembre 19 de 1651.

Justo Lip. l. mon. & exēp.

Hor. in Arte.

Fr. Diego Nisseno.

¶ 2 Lic

LICENCIA DEL REAL CONSEJO.

DOn Joseph Antonio de Yarza, Secretario de el Rey nuestro Señor, su Escribano de Camara mas antiguo, y de gobierno de el Consejo, &c.

Certifico, que por los Señores de èl se ha concedido licencia à Doña Margarita Zevallos, Mercadera de Libros, è Impressora en la Ciudad de Sevilla, para que por una vez pueda reimprimir, y vender los tres Tomos del Libro intitulado: *David Perseguido, y alivio de lastimados*, su Author el Doctor Don Christoval Lozano, con que la reimpression se haga por los Exemplares que vàn rubricados, y firmados al fin de mi firma, que sirven de Original, y que antes que se vendan se trahigan al Consejo dichos Tomos reimpressos, junto con sus Exemplares, y certificacion del Corrector de estàr conformes, para que se tasse el precio à que se ha de vender cada uno, guardando en la reimpression lo dispuesto, y prevenido por las Leyes, y pragmaticas destos Reinos. Y para que conste, lo firmè en Madrid, à veinte y dos de Junio de 1753.

D. Joseph Antonio de Yarza.

FEE DE ERRATAS.

PAg. 12. lin. 25. *prmero*, lee, primero. Pag. 13. lin. 33. *rosando*, lee, rozando. Pag. 23. lin. ultima al *puto*, lee, al punto. Pag. 26. lin. 26. *Capillas*, lee, Coplillas. Pag. 46. lin. 20. *Ossona*, lee, Ossuna. Pag. 68. lin. 10. *guitaren*, lee, quitassen. Pag. 69. lin. 24. *à io*, lee, à lo. Pag. 73. lin. 16. *peiigroso*, lee, peligroso. Y lin. 17. *sant Iago*, lee, Sant- Iago. Pag. 85. lin. 30. *muròi*, lee, muriò. Pag. 142. lin. 31. *apremios*, lee, premios. Pag. 155. *rem dio*, lee, remedio. Pag. 170. lin. 3. *papre*, lee, padre. Ibid. *mis nos*, lee, mis Tios. Pag. 212. lin. 20. *perdirla*, lee pedirla.

Este Libro primera parte de *David Perseguido, y alivio de Lastimados*, con estas Erratas viene conforme al antiguo, que rubricado, y firmado al fin (como lo està) sirve de Original. Madrid quatro de Julio de 1753.

Lic. D. Manuel Licardo de Ribera.
C. G. por su Mag.

CEN-

CENSURA DE EL REVERENDISSIMO PADRE FRAI FRANCISCO Palanco, del Orden de los Minimos de San Francisco de Paula, Lector Jubilado, Calificador de la Suprema, y de sus Juntas Secretas, Examinador Synodal de el Arzobispado de Toledo, Visitador de las Librerias de España, Difinidor, y Padre de Provincia en el Convento de la Victoria de esta Corte.

M. P. S.

DE orden de V. A. he visto las obras de el Doctor Don Christoval Lozano, Capellan de su Magestad en su Real Capilla de los Reyes Nuevos de Toledo, Comissario de la Santa Cruzada, &c. Todos los quales Libros han corrido en España con general aplauso, y estimacion de muchos años à esta parte, sin la mas leve nota; antes si con aprobacion de hombres doctos, y piadosos, por contener con grande sal gran parte de la erudicion humana, y Divina, cuya leyenda se ha experimentado mui util para el consuelo de afligidos, recreacion de animos melancolicos, ò instruccion de ignorantes. Contiene una immensa copia de singulares exemplos, que informan para las buenas costumbres, esfuerzan la cobardia humana, instruyen en la nobleza, para seguir generosamente sus blasones; y sobre todo enseñan constancia, paciencia, y fortaleza en los mayores trabajos, y adversidades, siendo una eficacissima demonstracion, que persuade con la historia los grandes bienes, frutos, y premios, que logra una virtud constante, quando mas combatida de contratiempos. Por todo lo qual, y por no contener cosa alguna contra nuestra Santa Fè Catholica, ni contra las buenas costumbres, dichos Libros merecen ser otra, y muchas veces impressos, y la licencia que para esto se pide. Assi lo siento, en este de Nuestra Señora de la Victoria de Madrid, Mayo 23. de 1713.

Frai Francisco Palanco.

SUMA DE LA TASSA.

DOn Joseph Antonio de Yarza, Secretario del Rey, nuestro Señor, su Escribano de Camara mas antiguo, y del Gobierno del Consejo, &c.

Certifico, que haviendose visto por los Señores de èl, el Tomo primero del Libro intitulado: *David Perseguido, y alivio de Lastimados*, su Author el Doctor Don Christoval Lozano, que con licencia de dichos Señores concedida à Doña Margarita Zevallos, Mercadera de Libros en la Ciudad de Sevilla, ha sido reimpresso, Tassaron à ocho maravedis cada pliego, y dicho Tomo parece tiene quarenta y seis y medio sin Principios ni Tablas, que à este respeto importa trescientos y dos maravedis, y al dicho precio, y no mas mandaron se venda, y que esta Certificacion se ponga al principio de cada Tomo, para que se sepa el à que se ha de vender. Y para que conste, lo firmè en Madrid à veinte y quatro de Julio de mil setecientos cinquenta y tres.

PROLOGO.

LEctor mio, la gana con que veo que lees, y repassas mis escritos, pues son yà diez impressiones las que de la Primera parte de David se han dado à la estampa, esso me obliga, y me ocasiona à que con mas veras prosiga en mis trabajos. Las persecuciones de Dios hombre, Hijo de David, fue el ultimo Tomo, que puse en tus manos, y remitî â tu censura. Esta Primera Parte te ofrezco, en la qual hallaràs desvelos, y discursos peregrinos, exemplos famosos, è historias sazonadas, que no solo te entretengan, y diviertan, sino que te obliguen à devocion, y ternura, à dulces desengaños, y à utiles escarmientos, que este es el fin, y pretexto de mis obras. No dexes de vèr este Libro, que te asseguro te sea gustoso empleo. Dios te guarde.

TABLA DE LOS CAPITULOS, Y MATERIAS de este Libro.

PRI;

PRIMERA PARTE
DE DAVID
PERSEGVIDO,
Y ALIVIO DE LASTIMADOS.
INTRODUCCION
AL PRINCIPAL OBJETO DE ESTA OBRA, al Pastor David, à quien sus heroicas virtudes le vistieron la Purpura, y le dieron la Corona.

LA virtud esclarecida, siempre se hizo lugar entre las Magestades mas altas, sin que la amedrentassen riesgos de la emulacion, ni la obscureciessen peligros de la ossadia; que el animo valiente, que à luces de la razon se acomoda à cosas grandes, en lo dificultoso afila el brio para el corage, y en lo mas opuesto abre camino para el vencimiento. El valor ossado es quien se puso siempre la corona; que el heredado laurel, nunca adquiriò triumpho sin merecerle primero à fuerza de batallas. Nobleza que se hereda, es cosa mui honrosa; mas la que se gana à fuerzas proprias, es la mayor nobleza: ademàs, que no hai honor, no hai lustre, no hai soberania, que si miramos à su nacimiento, no dimanasse de unos principios hu-

mildes: de una igual esphera, de una massa misma, se derramaron por el mundo los mortales; potencias, y sentidos tuvieron en igual grado: pero de tal manera creciò en unos la altivez, reino en otros la floxedad; de tal suerte estos se dieron al ocio, y aquellos al trabajo; estos al vicio, y aquellos à la virtud, que en classes divididos, para poder conservarse, fue necessario que se hicieran los unos Reyes de los otros. Al que descollaba mas en esfuerzo, y valentia, le daban la Corona, y con esta golosina, el que queria ser mas, emprendia grandes hechos, y à poder de hazañas se apoderaba del mando. Unos se hacian respectar por fuerza, y esto suele ser tyrania; otros de grado eran obedecidos.

De estas Cabezas, pues, de estos inclytos Varones, se origina la nobleza, toman principio los linages ilustres. Mas què hará al caso venir de noble linage, nacer de clara prosapia, si se degenera de aquel valor heredado, y si se estraga con vicios aquella virtud adquirida? No tendrà mas lugar quien de humilde nacimiento se dedicare al trabajo, se hiciere à la virtud, se arriesgare à los peligros? No tendrà mas gloria quien comenzare à ser noble por su esfuerzo mismo? Quien se ganare el laurel à alientos de su brazo? No ha de negarse, empero, que serà mas respectado el heredado ardimiento, que con nuevos brios procura mantenerse en la herencia ilustre de sus claros progenitores. Siempre el Pueblo, para elegir Cabeza, se acomodò à lo grande; siempre cediò la Corona à lo mas heroico, à virtud dimanada de nobles procederes. Què poco importa nacer de Magestades, si por sì proprio no se grangèa el Principe el agrado de los Electores, para que le llamen Rey! Las Coronas que se heredan, aun vàn con esta cortapisa. Los mayores Imperios, aun de Barbaros, no han admitido nunca estas herencias. Quantos hijos de Reyes, aun mereciendola, se quedaron sin la Corona, y vieron con Magestad à los que fueron vassallos de sus padres? Quantos Principes, ò por desgraciarse en sus obligaciones, ò por desgraciarlos su fortuna misma, se miraron despojados de la Alteza que les vinculò la sangre? Quantos, pereceando en el valor, se afeminaron en la esclavitud, y sin atender à miramientos de la honra, trocaron la equidad en tyrania? Y quantos por el contrario, arrinconados al mundo, olvidados de todos, y apenas conocidos, comenzaron à despertar en las cenizas del olvido, llamas ardientes de su noble estirpe, y se vinieron à vestir la purpura, que à otros, por mal mirados se la quitò el Cielo? Luego se infiere de todo lo supuesto, que es solò

En España, todo el tiempo que reinarò los Godos, no se permitiò se heredasse la Corona. En Alemania nunca se hereda el Imperio.

ver-

verdadero Principe aquel à quien la virtud corona, à quien ſus merecimientos miſmos enſalzan, à quien ſu orgullo engrandece, à quien ſu valor ſublima, à quien no amedrentā rieſgos, à quien los trabajos prueban, à quien por mas que le brumen, no le vencen los afanes. A eſtos tales dà el Cielo la enveſtiduria, apropria el laurel, ofrece el Cetro. Animeſe, pues, todo corazon à vadear trabajos, ſufra valeroſos rebeſes de la fortuna, que quando ſea tan infeliz, que no alcance la pretenſa, y muera en la demanda, podrà morir conſolado, de haver emprendido hazañas de hombres inſignes, de haver muerto en la batalla, que conſumiò à Reyes grandes. Sirvan de conſuelo ajenas lides, para no deſmayar en la liza de un trabajo, de una opreſsion, de un infortunio, de una adverſidad, de una deſdicha; que aunque mirar tragedias parece que deſmaya, para llevar las proprias, mucho alienta. Sirva, pues, de farol en la obſcura tempeſtad de unas deſdichas; ſirva de Capitan en la batalla cruel de unos ahogos, y ſirva de guia en la cerrada maleza de unas perſecuciones, un Principe de Iſrael, un Campeon de los nueve que aclamò la fama, un eſcogido de Dios para la Corona; que ſi ſupo ganarla, y merecerla, ſeràn prueba de ſus hazañas, dando principio à ſu prodigioſa hiſtoria.

CAPITULO I.

De la mocedad de David, y como por orden de el Cielo fue ungido Rey de Iſrael.

Ex lib. 1. Reg. c. 16. Texto, y Gloſſ. En el li. 1. Paral. c. 2. ſe nombran ſolo ſiete hijos, con David; y es, q̃ aqui ſe cuenta tãbien por hijo Jonatàs, hijo de Sama, y nieto de Iſai, à quiẽ el avuelo havia adoptado, y ſe criaba cõ los demàs; y aſsi ſe nõbran todos ocho hijos.

DAVID, hijo de Iſaì, ù de Jeſsè, que otros llaman, Caballero honrado de la Ciudad de Belèn, cuya clara eſtirpe, aunque envuelta en el ruſtico ſayal, y aunque entre arados, y trillos procreada, trahia ſu origen de los mas grandes varones, de los Patriarchas mas iluſtres, que conociò Paleſtina, famoſa Alcuña de la Tribu de Judà, noble deſcendencia de la Caſa de Booz: aquel, en cuyo corazon grande ſe hicieron lugar las piedades de la eſpigadera de Ruth. David, pues, digo, hijo deſte padre noble, y el menor entre ocho hijos, zagal bizarro, y que aun ſin apuntarle el bozo, deſcollaba à coſas grandes, hermoſo de roſtro, de miembros bien fornido, alto de cuerpo, galan talle, faz ſerena, ojos apacibles, rubio el cabello, algo creſpo, dotado de muchas habilidades, adornado de mil gracias: y con todas eſtas partes, dignas de mas alto pueſto, era guarda de ganado en los montes de Belèn, era el Paſtorcillo del Rebaño de ſu Padre. Como al mas deſechado de los hijos, le arrojaron al campo; que allà ſus hermanos mayores, a fuer de Soldados, queridos, y eſtimados eran, ſus galas arraſtraban, y tràs las Reales Banderas ganaban honrado ſueldo. Solo de David ſe hacia poco caſo; que ſiempre los ultimos al nacer, hallan poco en que agradar.

Con el afecto, con el guſto, con la hacienda, con todo cargan los Mayorazgos; mas poco importa, que las leyes humanas deshereden, ſi hai para el desheredado ſuperiores llamamientos; lo que la virtud vincùla ſuele ſer patrimonio de los mas humildes.

No eſtaba, no, David quexoſo con ſu ſuerte, ni deſcontento con el cayado, y pellico, antes juzgaba eſtado dichoſo el que le acomodaban infeliz; porque como con ſu agrado, con ſu habilidad ſe hacia querer, eſtimabanle en tanto todos los Paſtores, que èl en-

ue

tre todos parecia el Reyezuelo. Era de ingenio agudo, de animo osado, de corazon valiente; y como de ordinario los Pastores, gente rustica, y bozal, suelen carecer de partes semejantes, arrastrabalos David à su dulce imperio. Era el arbitro de las dissensiones, el Iris de los disgustos, el montante de la paz. Diòse à la musica, para divertir los ratos que le dexaba ocioso su cuidado, saliendo tan diestro en tocar un harpa, que qual otro Orfeo, suspendia à los brutos el èco de sus acentos. Hacia versos tambien con lindo aire, cantabalos al harpa con dulce melodia, con que havia su poco de sarao en los apriscos. Su esfuerzo, y valentia era de suerte, que hecho rayo de las fieras, al estallar el cañamo, le huian, y la que pereceaba en la carrera, por mas codiciosa al robo, ò por mas descollada en la osadia, solia hallar la muerte entre sus brazos. Estas gracias, y lozanìas le iban ya grangeando emulaciones; pension notable, de que no se escapa la virtud mas heroica.

Habitaba aquellos campos, à tiempos diferentes, un familiar del Rey Saùl, Doech por nombre, Idumeo de nacion, hombre, al parecer, que servia de Bedel de sus ganados, siendo como Rabadan de los demàs Pastores; que en aquel siglo tambien los Reyes tenian sus hatos, y labranzas, y no fiaban todo su sustento del sudor de los Vasallos. Algunos quieren que Doech no sea Pastor, sino como Consejero, y de los mas validos de Saùl; y para fundar este parecer, dàn interpretacion al nombre de Pastores, llamandolos Jueces. Quitan tambien aquella palabra, donde dice la Escriptura, que apacentaba las mulas de Saùl. Coligen esto de lo que dice el Texto en otra parte, que Doech assistia al Rey, y era de los primeros de su casa, lo qual se verificò aun en la batalla infeliz de Gelboè, donde hasta el ultimo trance le acompañò solo, y en la desastrada muerte le fue compañero. Mas salva la authoridad de los que assi lo sienten, me afirmo en lo literal de la Escriptura, que Doech era el poderoso de los Pastores del Rey, y el que cuidaba de sus mulas, y camellos: y bien pudo ser, que ya en aquella Era fuesse titulo honroso el de Caballerizo mayor, y que Doech ascendiesse à este oficio, y al valimiento, por adulador, y entremetido; cosa que se hace mucho lugar en los Palacios de los Principes. El fue quien, por complacer à Saùl, le diò noticia, como el Sacerdote Achimelech havia sustentado à David, quando iba huyendo, y dandole la espada del Gigante: y el fue el sacrilego que manchò sus manos en la sangre de los Sacerdotes, quando aun los Archeros, y demàs Ministros, rehuyeron la maldad. Y assi, segun estos servi-

Parecer de los Hebreos en la Glossa. Nicolao de Lyra, los Hebreos en la Glossa. 1. Regū 21.

1. Regum c. 26. Los Rabinos.

 cios,

cios, bien pudo ser, que el Pastor que era de ganados, subiesse à mayor privanza. Uno, y otro pudo ser. Vamos à nuestro intento.

A la fama del zagal, à oìr sus habilidades, acudia el tal Doech algunas veces, donde coronado de los demàs Pastores, se hallaba tocando la harpa, suspendiendolos à todos con musicas alegres. Quien duda, que de vèr echarle tantas bendiciones, y que las Montañesas le coronaban de guirnaldas, no comenzaria la envidia à abrasar a Doech el pecho, despertando incendios en su corazon dañado? Quien duda, que no querria el Idumeo para sì los aplausos, viendose Pastor Real, y considerando a David Pastor humilde? Nadie quiere vèr con medras al que es su igual: vèrlas en el inferior, engendra odios. Emulo, pues, de David, dissimulaba Doech proprios enojos, y deseaba ocasion para vengarlos. Quisiera quitar aquel padrastro de allì, para quedarse solo dueño de los montes, y señor de las voluntades, como si las ausencias de lo que es bien quisto, huvieran de acarrear afectos a lo que no se estima. Del modo que lo trazò, verèmoslo en su lugar; doblèmos esta hoja en tanto que referimos la mayor dicha que pudo darle a David su buena suerte. Quando mas descuidado de altiveces, quando mas entretenido en su Cabaña, le llega a David un proprio de parte de su padre, en que le avisa, que pospuesta toda dilacion, todo cuidado, todo inconveniente, toda excusa, se parta al punto a Belèn, donde en su casa le espera un Propheta de Dios, que quiere vèrle. Poco le alterò a David la novedad; que à quien tiene grande el pecho, no le ahogan cosas grandes. Obedeciò al mandato, dexando encargado su ganado al cuidado de algunos compañeros. Partiòse a la Ciudad, llegò a su casa, a cuyas puertas saliò su anciano padre a recibirle, bañando sus blancas canas con lagrimas de gozo. Su madre por otra parte alborozada, le recibiò en sus brazos. Los siete hermanos, algo desabridos, le dieron la bien venida; que como havian sido reprobados para la Corona, y juzgaban ya a David por mas dichoso, no bastaba la sangre de la hermādad, a dissimular las envidias de la dicha. Comenzaron à assearle de vestido lo mejor que se pudo, haciendole relacion, como el Propheta Samuel, por monicion Divina, y à excusas de Saùl, havia venido à su casa, no menos que à ungir por Rey à uno de los hijos, y que haviendole puesto en su presencia el mayorazgo, y despues de èl à otros seis hermanos, no havia hecho eleccion de ninguno de los siete, por cuya causa havia pedido Samuel, que si quedaba algun otro, no ex-

cu-

enfassen el traherle, y que asi le havian llamado, por condescender al gusto del Propheta, y por vèr si era èl merecedor de dicha tanta. Si esso es asi (dixo David) y à esso me haveis llamado, ya estoi aqui, padres, mui obediente; si bien no hallo meritos en mi para tal grandeza; y aunque excusàra mi humildad andar en pruebas semejantes, me obliga el respecto à estàr sujeto à la suerte.

Abrazos repetidos dieron à David sus padres, viendole tan humilde, al passo que obediente. Tomòle por la mano Isaì, y entròle al retrete, donde Samuel esperaba, que apenas le viò en su presencia, quando oyò, que hablandole Dios al alma, le dixo, que aquel era el electo, que se levantasse de su silla, y con toda reverencia le ungiesse por Rey. Alborozado se levantò el Propheta de vèr tan bien empleada su venida, porque las muestras del zagal hermoso, su compostura, su modestia, su magestad, su talento, bien se mostraban merecedoras de la purpura; que la hermosura del cuerpo, casi siempre es pinta de la grandeza del alma. Tomò, pues, para hacer la ceremonia, el vaso que llevaba con azeite, y puesto en pie, estando David postrado de rodillas, le ungiò sobre la cabeza, cuya uncion causò al punto tal efecto, que el Espiritu de Dios quedò dèl apoderado, la fortaleza divina se infundiò en su pecho, nueva valentia cobrò el alma, el corazon nuevo aliento. San Geronymo dice, que fue el dòn de prophecìa el que se infundiò en David en este instante; de donde añaden otros, que en la misma ocasion compuso en metros dulces el Psalmo veinte y seis. Todo pudo ser, que no havia de andar Dios escaso con quien havia labrado à medida de su gusto. Los hermanos de David se hallaron presentes à esta solemnidad; en medio de ellos, dice el Sagrado Texto, que fue David ungido; cosa, por cierto, digna de reparo, y que descubre campo para discurrir muchas cosas. Por lo menos, fue echar gran pension de envidia sobre la Corona; porque puede haver duda, que Eliab, que era el mayor, y el mas erguido, dexaria de estàr con mucho sentimiento, ya de Samuel, ya de su suerte, de vèrse reprobado? Los otros seis hermanos, siquiera por lo mayores, dexarian de estàr con la misma quexa? Pues para què delante de ellos se hace esta eleccion? Para què, en presencia suya, se le dà à David la envestidura? Si esta coronacion, si este Reinado, no ha de salir à luz, hasta que Saul muera; si el levantar los Pendones, y aquello de Viva el Rey, al son de las trompetas, se queda reservado à tiempo mas oportuno; por què no se zela todo, hasta entonces, à hermanos

Surge, & unge eum, cap. 16, 1. Reg.

In Gloss.

Dominus illuminatio mea, &c. Psal. 26.

descontentos, è indignados? No les basta su pesar de vèrse poco dichosos, sino que à sus ojos mismos les han de nombrar por Rey à un rapàz, que no estimaban: En fin, assi lo dispuso el Cielo; quizà para que viessen premiada una humildad abatida, y respectassen Principe à quien menospreciaban Pastor; ò quizà, para que fuessen testigos de caso semejante, que no se tacharian sospechosos, siendo hermanos agraviados; si no es que ya fuesse para que tambien David, sin quebrantar los terminos de su modestia, tuviesse algun alborozo de vèrse Rey con vassallos; pues poco importa el ser Rey, si no hai nadie que lo sepa. Y aunque es verdad, que nacen las emulaciones de haver quien sepa una dicha, y que quizà por esto se le recrecieron à David persecuciones tantas, con todo vale mas que sepan los envidiosos, que es Rey à quien persiguen, que no que sin perseguirle, no le tengan como à Rey.

Acabada la ceremonia, y ungido ya David, despues de haver comido lo que en ocasion semejante, en casa de un honrado Ciudadano pudo prevenir la solicitud, despidiòse Samuel para su Ciudad de Ramatha, y David se partiò al monte à cuidar de sus Ovejas; que aunque vèrse con señales de Principe, pudiera haverle mudado el animo à exercicios mas honrosos, no le dexò su modestia faltar à su obligacion. Con tan buen semblante se partiò al aprisco, como vino à la Corona; la Magestad de que se enviftiò el animo, no quiso que humeasse à desvanecimientos, que ello fuera ya querer ser Rey antes de tener vassallos, y bastaba que lo fuesse, sin dàr voluntad de serlo. Con el jubilo, y gozo que sus padres quedarian, no hai para què referirlo, quando ello se dà à entender. La dicha fue extremada, y assi merecedora de todas alegrias. Partiò, pues, David al monte, y por llevar que cantar algo de nuevo, compuso por el camino una cancion divina de pensamientos profundos, de sentencias mas que humanas. A recivirle salen los Pastores, con muchas enhorabuenas celebran su venida, todo es gozo en la Cabaña, todo fiestas en el Prado. Solo Doech, por mucho que dissimula, no puede encubrir su pena, que como està envidioso, los mayores regocijos son flechas en su pecho. Por pagar David con algo deudas tantas, viendo que su musica era à todos alegria, tomò la harpa, y al compàs de sus bien templadas cuerdas, cantò de esta suerte.

***

Dominus illuminatio mea, & salus mea, quem timebo?
Psalm. 26.

SI es el Señor mi Luz, mi Norte, y Guia,
Si es Dios la Salud mia,
Si èl pulsa mis alientos,
Si el alma siente ya sus valimientos,
A quien tendrè temores,
De quantos llama el mundo vencedores?
Y à quien, quando lleguèmos à los brazos,
No dexarè en campaña hecho pedazos?
Si es Dios mi Valor, si es quien me ampara,
Por mas que me acometan cara à cara
Linages de enemigos,
Haciendolos testigos
De mi valor, esfuerzo, y ossadia,
Harè, que amedrentados, à porfia,
Caigan unos con otros lastimados,
De muerte heridos, de salud postrados.
Y si acaso valientes,
Al son del parche agavillaren gentes,
Y con campo formado
Procuraren tenerme bien sitiado,
Haciendo correrias,
Para experimentar las fuerzas mias,
Puesta en Dios mi esperanza,
No temerè reñir à espada, y lanza.

Texto, y Glossa.

Versos à este modo cantaba David, en que mostraba bien la nueva fortaleza que Dios le havia infundido, que porque no pareciesse jactancia solamente de palabras, la probò con experiencias; y fue el caso, que quando mas descuidados los Pastores, y embedidos en la musica, baxò secreto del monte un Leon hambriento, acometiò al ganado, hizo en los Corderos pressa, y contento con el robo, volvia las espaldas, à tiempo que azotadas las Ovejas, huyendo por los oteros en gavillas, daban bastante aviso del fracaso. Acuden los Pastores, unos con hondas, y otros con los perros, haceles cara el Leon, y temen todos. Doech echa brabatas, y huye el cuerpo: el que mas se adelanta và con miedo. Solo David, que dexando la harpa, sigue al Leon desapoderadamente. La fiera, si le conocia de otras veces, no le aguarda;

en fin, huye, y èl la sigue; dale alcance, y con denodado brio le echa mano à la guedexa, y le saca el Cordero de la boca, que aunque estropeado, vuelve con tiernos balidos à buscar su madre. Brama afrentado el Leon, y esgrimiendo las navajas de sus corvas uñas, quiere emplear en David todo el corage; mas poco le aprovecha, porque David, mañoso, tanto le aprieta en sus brazos, que le hace rendir en ellos los ultimos alientos. Todos miraban la brega, mas nadie daba ayuda, que aunque todos quieren à David, temen arriesgar las vidas; y aunque aplaudian su esfuerzo, culpaban ya el arrojo. Pero serenòse, en fin, la tempestad de los miedos, quando en rato breve vieron palpitando al Leon, y à David triumphante. Aplausos hicieron à la victoria; lauro bien merecido, que aunque solia David quitar la pressa à los Ossos; hacer huir los Leones, no empero, como ahora, les quita la vida con el robo. Esta hazaña, y otras muchas hizo David en los montes de Belèn, ensayos todos de mayores valentias, y de mas grandes victorias.

CAPITULO II.

DE COMO DAVID FUE LLEVADO A LA CORTE à ser Musico del Rey.

Texto, y Gloss. Ex cap. 3. 1. Reg.

EN desgracia de Dios (què gran desdicha!) havia caìdo Saùl, por su ambicion, y soberbia, y de agradable, que algun tiempo fue à sus ojos, era al presente mui aborrecible. El mismo que le ungiò por Rey fue à notificarle la caìda: Sentencia rigurosa para un poderoso, darle à entender, que passaba su Corona à otra cabeza! Viendose, pues, despedido de la gracia, y que no havian bastado ruegos para ser oìdo, diò rienda à la melancolia, y dexòse llevar del sentimiento, y sobre tanta pena diò el espiritu maligno en afligirle; males eslabonados unos de otros, para servir à un alma de cadena. Creciò la enfermedad, y agravòse la dolencia de tal suerte, que puso en cuidado al Palacio, à la Corte, y à todo el Reino. Procuraron hacer remedios muchos, y todos venian à ser vanos remedios: que à llagas semejantes, aprovechan poco humanas medicinas. Mas, en fin, despues de algunas consultas, resolvieron los Medicos, en que el alivio mejor era la musica, porque al passo que suspende los sentidos, suele hacer pausa el tormento. No es mala esta queistion en la Theologia, y entre Phisicos tambien; mas pues no es de nuestro intẽto, no hai para

ra què apurarla; basta saber, que se comenzò à hacer inquisicion de los mejores musicos, y yo juzgo, que algunos no debieron de agradar al Rey, y que debiò de maltratarlos con el frenesì de la dolencia, segun la malicia que se viò en Doech en proponer à David. Hallabase Saùl aquexado de su furia, atormentado mucho de aquel mal espiritu, y dixoles à sus siervos, à sus Grandes, à sus mas allegados, que le buscassen un Musico que supiesse cantar bien; que diessen vuelta à su Reino, sin perdonar diligencia, y sin reparar en gastos. Entonces Doech, que tambien en esta ocasion se hallaba en Palacio (que las noticias de estàr el Rey tan enfermo, le havian trahido) toma esta ocasion por el cabello, para vengar la envidia que David le daba; hizo este discurso en su malvado pecho: El Rey està endemoniado, es dolencia que atropella à la razon; èl se enfurece mas con quien mas quiere templarle; tira contra la pared à quien quiere divertirle; el zagalejo David es grande harpista, tieneme mui afrentado con sus bizarrias: pues con què traza mejor puedo vengarme, que con hacer que venga à tocar delante del Rey; pues tal vez, aunque mas le agrade, le arrebatarà una furia, y con su misma harpa le darà la muerte? Con esto, dando muestras de que le haga favor, vengarè todas mis rabias. Haviendo, pues, maquinado estas malicias, llegòse Doech al Rey, y fingiendo pena mucha de su enfermedad, y deseo grande de hallarle algun alivio, le dixo de esta suerte:

Los Hebreos en la Gloss.

Rey, y señor mio, aunque minimo criado de vuestra Casa, juzgo que havrà pocos que deseen mas vuestra salud. Bien conocido teneis mi afecto, mis servicios os lo dicen, poderoso quisiera ser para lanzar de vuestro corazon el cruel accidente que os aflige; mas pues esto no està en manos de los hombres, y solo llegan las fuerzas à procurar remedios, à prevenir alivios, no perdonarè el trabajo en hacer diligencia; de un buen Musico teneis deseo, este os puedo proponer por unico en el arte, tan diestro en tocar una harpa, que es emulacion de los que mejor lo entienden; su voz tan sonora, que es pasmo a los que le escuchan, zagal dotado de muchas gracias, aunque muchacho, valiente, aunque de pocos años, entendido, mui prudente en las palabras, mui gracioso en sus donaires; tiene, en fin, un espiritu de Dios, que es quanto puedo decir. David es este zagal, natural de Belèn, hijo de un noble Ciudadano, llamado Isai. Trahele su padre en el monte, pastoreando un poco de ganado; que como tiene otros hijos, y este es el.

Et Dominus est cũ co.

el menor de todos, no lo juzgan por afrenta el darle à estos exercicios. Mandad, pues, que os le trahigan, que èl solo podrà desempeñarme de este informe que os he hecho.

Apenas oyò Saùl las palabras de Doech, que si bien verdaderas, llevaban en su intencion disimulado el engaño, quando por medio de sus Mensageros despachò à Isaì, pidiendole con todo afecto, que le enviasse à David, porque informado de sus habilidades, juzgaba havia de ser el remedio de su pena. No entendiò (claro està) que havria llegado à Saùl el rumor de estàr ya David ungido por Rey de su Corona, que à entenderlo, no le llamàra à la Corte, ni le traxera à Palacio, antes ya desde aqui comenzàra à perseguirle, y à buscarle la vida; pero (ay juicios del Cielo!) quien bastarà à apearlos? Doech piensa que trahe à David al suplicio, y no viene, sino à ensayarse en ceremonias de Principe, en aparatos de Rey. Saùl imagina, que viene à su casa un siervo, un zagal, un Pastorcillo, y no viene sino un señor immediato à su laurel, sucessor de su Corona. Nadie procure hacer mal à quien està innocente, nadie desprecie al que viere mas humilde, que donde la maldad procura agravios, halla premios la innocencia, lo que desprecia el poder, engrandece la humildad.

Oyò, pues, Isaì la embaxada del Rey, y como padre, en fin, loco de gozo, previene el viage de David con toda diligencia, pensando quizà, que pues havia sido ungido por Samuel, ya el Cielo disponia, que le llamasse Saùl para adoptarle por Principe, debiendo pensar prmero, que no se alcanza un laurel, sino es à fuerza de afanes, de trabajos, de fatigas tales, como las que le estaban aparejadas al dichoso Joven. Mandòle venir del campo, contòle su dicha, vistiòle à lo Cortesano, y porque no se fuesse con las manos vacìas (como dicen) à un Rey, de quien se esperaban mercedes conocidas, aderezòle un presente de la cosecha de su casa; que aunque para estos tiempos fuera escasez summa, en aquellos siglos, qualquiera muestra de afecto se estimaba como cosa grande: demàs, que para quien professàba ser un Pastor humilde, no era agasajo poco una carga de presente, pan floreado, buen vino, y un cabrito mantecoso. Con esto se partiò David à la Corte, diòle el Rey audiencia, y pagado summamēte de su compostura, de su gracia, y de su destreza, le diò tanta cabida en su pecho, que comenzò à declararle por el mayor privado de su gusto. Con vèr à David delante, sintiò la dolencia alivios, confortòse el corazon, disminuyòse el achaque, el espiritu maligno que le aquexa-

va, diò en desapoderarse al son de la harpa; à trueque de no escuchar la musica divina, tomò por partido suspender el tormento, y ausentarse de Saùl; que como el instrumento era symbolo de cosas mas mysteriosas, no podia el demonio mirar, aun en figura, la representacion de su tormento. Dexaba, pues, de atormentar al Rey por algun tiempo, pero todas las veces que volvia, era expelido con el mismo remedio. En poniendo David la mano en las cuerdas, no aguardaba el demonio à oìr los acentos. Mal se le logrò à Doech su traza, mal su envidia, pues quando entendiò que el demonio acabàra con David, viò que David acabò con el demonio.

Harpa de David, era figura de la Cruz de Christo.

Conocida Saùl su mejoria, viendose libre de tan penosa dolencia, y conociendo que era David unico remedio à mal tan grave, determinò tenersele consigo, y premiarle con algun cargo; hizole su page de armas, oficio mui honroso, y escribiòle à su padre, como era su voluntad, è importaba à su salud, que se quedasse David en su Palacio, que lo tuviesse à bien, y considerasse, que las gracias de su hijo havian robado la gracia de sus ojos, que era ya su page, su valido, y con quien desechaba pesadumbres. A medida de su pensamiento le vino à Isaì esta nueva, pues lo iba mirando todo premissas de un reinado. No es marabilla, que haviendole visto ungido, sospechasse en el hijo passo de corona cada escalon de privanza. La lastima es, que no le permitiò la fortuna vèr cumplidos sus deseos, por quitarle la vida un Rey fementido, llamado Moab, como verèmos adelante; pension estraña de la naturaleza, dàr tan aguados los gustos, y rematar un placer con mucho acibar!

Yà tenèmos à David en Palacio, trocado en gala el pellico, y en espada el cayado, estimado del Rey, querido, y regalado. Resta averiguar ahora, qual sea la causa, que luego immediatamente nos refiere la Sagrada Historia à David en el monte, como estaba antes. Si acabamos de dexarle en la Corte metido ya à Cortesano, rosando sedas, y arrastrando galas, como tan presto le han trasplantado al aprisco, cargado de un zurron, y envuelto entre pieles toscas? Què ha causado en rato tan breve, una mudanza tan grande? Y si es, que entre uno, y otro, segun San Augustin, passaron algunos años, pues en esta ocasion, aun no tenia pelo de barba, y quando fue à los Reales le dessemejaba el bozo, què causa pudo haver para echarle Saùl de su Palacio, y volverle à su padre desairado? Y si la huvo, por què se passa en silencio? Con tanta faci-

cilidad se han de mudar los Reyes? Tan presto cae el valimiento? Assi rueda la privanza? Decir, que fueron causa las guerras que le sobrevinieron à Saùl de los Filisteos, y que por no exponer à David à trances peligrosos, le volviò à su padre, no se compadece, quando por su valentia le havia hecho su page de lanza; y segun esto, antes le havia de llevar à su lado. Decir, que havria cessado ya la dolencia, y que por no haverle menester le despedia, tampoco se ajusta, supuesto que à tiempos volvia el demonio à repetir sus iras; y assi, qual unico remedio, no havia de dexarle nunca. Demàs, que quando le huviera despedido por algunas destas causas, por què havia de volver David tan poco medrado, y por què su padre havia de andar con èl tan grossero, que havia de volverle al monte, al rustico exercicio? Y assi, salva toda correccion, juzgo que fueron chismes, y envidias los que desterraron à David de la Corte, los que le malquistaron con el Rey, y los que le desazonaron con su padre. El fundamento es este: No dexamos ya dicho, que Doech, envidioso, propuso à David por musico excelente, para aliviar à Saùl, y que esta proposicion era cautelosa, pues tiraba con el favor à que David pereciesse entre las furias del Rey? Vimos como saliò frustrado su dañado intento, y que cayò David tan en gracia de Saùl, que su musica sola fue bastante à dexarle sin passiones? Què le premiò por esto, què le tuvo mucho amor, que no quiso que se fuesse? Luego haver precedido esto, y despachar despues à David tan à la sorda, bien dà à entender, que fueron chismes, mentiras, y testimonios los que ocasionaron el desaire. Discurramos en ello, y digamos lo que pudo ser.

Como viò Doech, que su traza le havia salido tan contraria de su gusto, y que à quien pensò traher al cuchillo, le havia trahido à mayor valimiento, abrasado mas de envidia, discurriò nuevas venganzas; y como en los Palacios suelen ser chismes, y lisonjas lo que de ordinario priva, haciendo de ellos lazos, para David assechanzas; quien duda, que à fama de la musica poderosa, quanto dulce, no andaria inquieto de placer todo el Palacio? Reina, Damas, y Doncellas, no andarian bulliciosas por escuchar à David? Hai magestad, ni decoro, que pueda contenerse en tales lances? Las Infantas tambien, no se entretendrian gustosas? No se dice, que Michol, como verèmos despues, amaba mucho à David, y que à èl no le parecia mal la Infanta? Juntèmos, pues, todo esto, y verèmos si hai materia bastante para que un chismoso atice, para que un emulo siembre su zizaña. David, mancebo, galan, bien ha-

hablado, mui cortès, gracioso en todo; una Infanta cariñosa siempre à la vista, Damas siempre à los encuentros, musicas à cada passo, por mas sencillèz que huviesse, havria causa para que un maldiciente murmurasse? Y si Doech se valiò de este camino, y fue con chismes al Rey, y mas estando ya bueno de su achaque, no hai que inquirir otra causa de volverse David à Belèn, y de alli al aprisco. La envidia que le traxo à Palacio, pudo desterrarle al monte, y quien fue poderoso para hacerle subir al valimiento, podria mejor ayudarle à la caida. Por esto, quizà, con algun achaque le volvieron à su padre con tanta presteza, y el padre desabrido, por vèr desvanecida su esperanza, y deshechos los humos con que ya le parecia que el hijo ascendia al Reino, le volviò al ganado, para que esperasse alli mejor fortuna, pues fue de alli donde comenzò su dicha. Tan presto como esto trueca la suerte los dados, con tanta facilidad passan las humanas glorias; hoi subir, mañana caer. Dios os libre de privanzas, y mas con poderosos. Ahora comenzàmos, que adelante verèmos mayores caidas, exemplos notables para tomar escarmiento. David volviò à su cabaña, nada pesaroso de dexar la Corte, que como tenia à Dios tan de su parte, en qualquier lugar se hallaba gustoso; y esto de volver à su centro, por mas humilde que sea, nunca desagrada à nadie. Dexèmosle, pues, con sus Ovejas, mientras que venga à buscarle otra fortuna.

CAPITULO III.

DE LA CELEBRE VICTORIA QUE ALCANZO *David con la muerte del Gigante.*

POr todos modos atormenta la fortuna à quien và en desgracia; en diciendo: Muera, muera, se ponen en arma todas las desdichas, y cada qual quiere hacer suerte en quien mira que anda caido. No le bastaba à Saùl verse sentenciado à pèrdida de el Reino; posseìdo à cada instante de un demonio, lastimado con mil melancolias, sino que para mas affligirle, volvieron los Filisteos à las armas con tan gruesso Exercito, que llenaron de pavor à todo Israel, y pusieron en confusion los Reinos comarcanos? Como General venia un bastardo, hijo de un Gigante, y de una muger Gathèa, de tan disforme altura, que parecia un monte de carne en campo armado. Entraronse, pues, por las tier-

1. Reg. c. 17. Texto, y Gloss.

Interlinea

ras

ras de Saùl, y sentaron los Reales junto à la Ciudad de Azeca de los Cananeos. Cogieron las cumbres de unos montes, sitio ventajoso para la batalla, que cubiertos de pavellones, y tiendas, formaban una populosa Ciudad. No se descuidò Saùl, viendo el peligro, que le amenazaba; juntò todas sus gentes, haciendo muchas levas de Soldados de todos los Pueblos, que para mas animarlos se hizo General de todos; que la presencia del Rey, y mas en apreturas, à los suyos infunde valentia, y à los contrarios temor. Saliò, pues, à buscar al enemigo, ò à resistirle, por lo menos; pusose à la vista en otras fronteras cumbres, de modo, que entre el un campo, y el otro mediaba el famoso valle del Terebinto, arbol, cuyo sudor es precioso aroma. Rehusaba cada qual dàr la batalla, porque de baxar al valle à acometer, se mejoraba el partido de el contrario, pues de lo alto podia facilmente rebatir el orgullo, y hacer muertes à su salvo. Estabanse todos quedos, mas Goliat entonces (que este era el nombre del Gigante expurio) fiado en sus grandes fuerzas, saliò à desafiar cuerpo à cuerpo à los Capitanes de Saùl. Baxò al valle armado de todas armas, llegòse à los Reales, y estando en parte donde podian oìrle, dixo à grandes voces de esta suerte:

Aguardando hemos estado vuestra determinacion, Soldados Israelitas, cara à cara, qual valientes, se ha procurado rechazar vuestro orgullo, y amainar vuestra ossadia; no como cobardes hemos vuelto las espaldas, ni dado muestras de flaqueza alguna. Y assi, si venisteis à pelear, què haceis suspensos? Si estais arrepentidos, y el miedo os tiene atados, por què no dexais las armas? Y si à fuer de criados de Saùl, os gloriais valientes, y quereis concluir este debate à poca costa, elegid vosotros el que os pareciere, y haciendo campo commigo, si hai algun ossado, que se atreva, darèmos glorioso fin à la batalla. Si yo quedare vencido, os quedarèmos por esclavos quantos cubre esta campaña Filisteos; pero si mi destreza sujetare à mi contrario, haveis de quedar por siervos de nosotros. Ea, buen partido es este para la cobardia con que os miro, salga el mas esforzado, que aqui espero; baxe el mejor Campeon, que aqui le aguardo.

Con este reto desafiò el Gigante, no una vez, sino muchas causando tanto temor en los Reales de Saùl, que hizo tenerse à raya à los mas atrevidos. La mayor valentia se quedò como assombrada, los mejores Soldados se hicieron al miedo, nadie quiso arriesgarse al desafio, arriesgandose todos al ultrage. Corrido se

ſe hallaba el Rey, al paſſo que medroſo, de vèr entre tantos Capitanes, no huvieſſe quien le deſempeñaſſe de una afrenta. Enojo por una parte, miedo por otra, por otra ſentimiento, le obligaron à ofrecer partidos, y ventajoſos premios à qualquier Soldado que admitieſſe aquella lid. Hizo echar un bando por todo el Exercito, porque nadie lo ignoraſſe, en que demàs de las riquezas que le ofrecian, empeñaba ſu palabra de dàr por muger à una de ſus hijas à quien vencieſſe al Filiſteo. En eſte eſtado andaban las coſas de la guerra, quando acaſo el padre de David, con cuidado de ſus hijos, los tres mayores que ſeguian à Saùl, le llamò de el monte, donde, como à los principios, cuidaba de el ganado. Y es de advertir, que aunque ſupone el Texto Sagrado, que el ir los hermanos de David ſirviendo al Rey en eſta guerra, fue la cauſa de volverſe èl de la Corte a la Cabaña; no por eſto ſe ha de entender, que el volverſe fue al tiempo de la guerra, ſino que havia ya mucho tiempo que havia ſalido de Palacio, porque no ſe podia verificar de otra ſuerte lo que dice el Texto al fin de el miſmo capitulo, que no conociò Saùl a David, y ſe informò por menudo quien era. Y dà la cauſa San Auguſtin deſte conocimiento, haverle crecido a David la barba deſde que eſtuvo en la Corte: y aſsi, eſte rumbo hemos de llevar, para no apartarnos del parecer de un Doctor tan grande como Auguſtino.

Tribus igitur majoribus ſecutis Saulē, abiit David, reverſus eſt à Saul, ut paſceret gregem patris ſui in Bethleem.

Llamò, pues, Iſai à David, y rogòle, que fueſſe al Exercito a viſitar a ſus hermanos, llevandoles algun ſocorro de comida con que agaſajarlos; que à Soldados en campaña, y mas con la apretura en que ſe hallaban entonces, nunca les ſobra el ſuſtento, faltarles es ordinario. Era mui pundonoroſo el viejo, y deſeaba ſaber del modo que ſus hijos ſe portaban en la guerra, debaxo de què Eſtandarte ſe aliſtaban, y con què porte de gente hacian compañia. Como ſe miraba iluſtre, no queria degeneraſſen ſus hijos en accion ninguna, ſino que en todo caſo tuvieſſen pueſto de nobles. Eſte cuidado, pues, le aquexaba, eſte deſeo le trahia inquieto; que un padre en quien hai nobleza, mas que de la propria vida, cuida de los aumentos de ſu ſangre. Llegò David al Exercito, quando andaban los miedos mas validos, por ocaſion del Gigante. Todo el campo hallò confuſo, à todos los Soldados afrentados, y corridos. Facil le fue ſaber la cauſa, oyendo los retos con que continuaba Goliat à publicar ſu arrogancia. Arrebatòle tanto de la honra, y del zelo de la Religion, que aſsi zeloſo comenzò à arder en deſeos de vengar tales oprobrios.

Preguntò à unos Soldados, que què paga daria el Rey à quien cortasse la cabeza à aquel expurio? Y fuele respondido, que à una de las Infantas ofrecia por esposa, demàs de otras mercedes, y que assi havia mandado pregonarlo en los Reales, pero que no havia hombre que arrostrasse à la empressa. Pues quien es este bastardo (dixo David) que con tanta ossadia se atreve a menospreciar los Exercitos de Dios? Quien es este incircunciso, para atrevimientos tales? Un Filisteo vil ha de prevalecer contra la justicia, ni el Cielo ha de dàr lugar se vaya sin castigo? O quien tuviera licencia para entrar en la lid, y admitir el combate! O quien fuera dichoso de hacer tan justa venganza!

Entendiò esta platica Eliab, hermano mayor de David, y conociendo el designio del valiente joven, y que eran principios estos para gozar la purpura que le tenia guardada su suerte desde que le ungiò Samuel, abrasado grandemente de rencor, y envidia, se airò contra èl, diciendole estas palabras desabridas, è injuriosas; Rapaz, quien te mete à ti en materias, y razones de estado? A què veniste al exercito à vender valentias? No te valiera mas estarte entre el ganado, cuidando de aquellas pocas ovejas, pues essa es tu profession, que no venir à blasonar donde hai Soldados? Piensas que no entiendo tu soberbia, y que ignoro los humos de tu arrogancia? Piensas que no sè que estas desvanecido desde aquella eleccion, que de ti hicieron, y que con color de visitarnos baxaste à mirar la guerra? Dexa esse desvanecimiento, y vuelvete al monte; trata de tu zurron, y tu cayado, y dexa caballerias. No falta quien quiera excusar à Eliab, y diga, que esta aspereza que mostrò à David, lo hacia por su provecho, y para dissuadirle del deseo que mostraba al desafio, temiendo que le matasse el Gigante. Bien pudo ser le moviesse esta intencion, que al fin era su hermano, y merecedor de todo afecto; mas lo comun es, que era mas envidia que amor quien le movia, antes que zelo, le pulsaba el odio. Sufriò David con paciencia estos oprobrios, amansando la colera del hermano con respuesta humilde, que fue decir: Hermano mio, què he hecho para indignarte tanto? Esto ha sido mas que hablar sin perjuicio? Y sin hablar otra cosa, ni aguardar razones, se quitò de la presencia de Eliab; que es prudencia summa, para no aumentar enojos, volver las espaldas à qualquiera indignacion. En lances que de una palabra en otra puede venirse à las manos, huir de la ocasion es la mayor valentia. No hizo tan poco ruido el caso,

que dexasse llegar à oidos de el Rey. De boca en boca passò presto la palabra; y deseoso Saul de vèr hombre de tales ardimientos, que entre un Exercito atemorizado blasonasse de valiente, mandò que se le traxessen à su tienda. Llegó David, y con despejo gallardo le dixo al Rey: Yo soi, señor, de quien estais informado; y porque veais que corresponde mi esfuerzo à lo que he dicho, solo espero la licencia vuestra para ir à domar los brios de este Filisteo, que el zelo de la Ley, y de la honra me tienen de tal suerte, que lo que tardo en salir al desafio, me està atormentando el alma.

Gusto diò al Rey el varonil denuedo, aunque à los emulos les parecia rapazada. Temiò, con todo, afianzar tanta gloria en un mancebo bisoño, que como tal vez engaña el corazon al que mas se confia de sus fuerzas, es menester mucho seguro, quando se arresta tanto; y asi le dixo à David, que estimaba su bizarria, y agradecia sus buenos deseos; pero que no queria arriesgale à tan notorio peligro, que era mui bravo el Gigante, y èl era aun muchacho; el otro disciplinado en las armas, y èl sin uso de ellas, y que no era razon à juego conocido dàr la victoria al tyrano. Apenas oyò David la repulsa, quando mas zeloso, y lleno de Espiritu Divino (que este era quien le animaba) quiso à vista del Rey, y de sus Grandes hacer alarde de sus valentias, y dàr muestra de sus fuerzas, mas para gloria de Dios, que por jactancia propria, y asi replicò animoso: Para que conozcas, ò Rey de Israel, el valor de que me visto, la fortaleza que alcanzo, y no atribuyas à arrogancias de lengua los ardores de mi brazo, oiga Vuestra Magestad lo que soi allà en el monte. Desde mi infancia he sido en Belèn pastor del ganado de mi padre; y aunque no es este exercicio ensayo para la guerra, ni tiene que vèr con Marte la rustiquez del aprisco, con todo se me han ofrecido à veces lances muchos de batalla, pues tal vez acometian à los rebaños, yà el Leon, yà el Osso fiero, este atrevido, aquel valiente, y sin hacer caso de estallidos de la honda, ni atemorizarse del perro à los alaridos, robaban de la manada, yà el carnero, yà la oveja, y huian con ella al monte: y entonces yo, siervo tuyo, siguiendoles las huellas, les daba muchas heridas, y al uno de la boca, al otro de los brazos, les quitaba el robo; y viendose despojados, bramando de corage volvian sobre mi a emplear su saña; pero yo animoso, travandoles, ya de la barba, yà de la melena, los maltrataba de modo, que a mis pies rendian todo el brio, y tal vez quedaban

muertos; porque sin mentir en nada, a un Osso, y a un Leon quitè la vida. Serà, pues, este Filisteo incircunciso, este vil expurio tan bravo como uno de estos? Se igualarà a un Leon, por valiente que sea? Tendrà las fuerzas de un Osso, aunque sea mas Gigante? No señor, no puede ser; y assi, yo he de salir al desafio, y vengar tan grande oprobrio, pues miro a todo Israel avergonzado. Negocio de Dios es este, su causa voi a hacer, y pues me librò de las garras de un Leon, y de los brazos de un Osso, èl me librarà tambien de este infame incircunciso, de este jayan arrogante. Quien es este Filisteo, para atreverse a maldecir al Pueblo de Dios? Como ha de quedar sin castigo semejante maldad? Què se dirà de nosotros, sufriendo tal insolencia?

Esto hablò David con tanto brio, con tanto donaire, que alborozado Saùl, no quiso resistir mas tan noble intento. Abrazòle cariñoso, y por principios de honrarle, mandò, que le vistiessen sus mismas armas; traxeronlas luego, y despues que le adornaron de ellas, hallòse David tan embarazado, que apenas podia moverse. Diràn algunos seria la causa ser las armas desproporcionadas, por ser Saùl de grande estatura; pero no fue sino no estàr David acostumbrado à militares adornos, y assi lo dixo èl mismo, que en quanto a la proporcion del cuerpo, algunos dicen, que igualaba David a Saùl, y à no ser assi, no le vistiera el Rey con sus vestidos. En fin, viendose David armado, hallò le eran ligaduras lo que à otros defensas, y assi volviò a desarmarse. Dexò la espada tambien, tomò el baculo, y su honda, y dandole Saùl su bendicion, saliò al campo a buscar el enemigo. Llegò à un arroyo, y escogiendo cinco piedras acicaladas del agua, metiòlas en el zurron, y confiado, y valiente se acercò al Gigante, el qual viendole muchacho, y desarmado, empezò à ultrajarle con mofa, y menosprecio. Rapaz (le dice) soi yo perro, que me amenazas con palos? Soi yo rapaz como tu, para que assi te muestres atrevido? Essa es la honra de tu Rey, esse el valor de sus Soldados, y el rumbo de su pueblo, fiarle à un zagal bisoño el trance de una batalla? Ea, vente para mi, veràs quan presto fenece tu orgullo, desmembrado entre mis brazos, entre mis manos deshecho, cuyas carnes harè que sean pasto de las fieras, porque aun no quede reliquia de tu cuerpo.

Vade, & Dominus tecum sit. 1. Reg. 17.

Con mucha cordura satisfizo David à estas arrogancias (que en pechos valerosos, nunca fue valentia esgrimir las lenguas, estando con las armas en las manos, antes la arrogancia en el hablar, fue

fue siempre indicio de cobardia) y asi le dixo: Ningun temor me causan tus amenazas, por mas armado que vengas, ni por mas que bravees me acobardan tus fieros. Tu sales al campo armado de pies a cabeza, con la lanza, espada, y rodela me acometes; pero yo salgo qual vès, fiado solo en que vengo a pelear en el nombre del Señor de los Exercitos, Dios immenso de Israel, à quien hoi has menospreciado, y hecho escarnio de ellos: por lo qual su Magestad Divina te pondrà presto en mis manos, te cortarè la cabeza, despojo de mi brazo, y los cadaveres frios de tus gentes, de que serà presto tumba esta campaña, los darè por sustento à las bestias, y à las aves, para que conozca el mundo quien es el Dios de Israel, y sepa la Iglesia toda, que para salvar su Pueblo, no necessita de armas. Esta es causa suya, y suya esta guerra, por lo qual os pondrà en nuestras manos, para que experimenteis vuestro castigo à vista de mi victoria.

Encendido en corage Goliat, se fue para David con animo de acabarle, enristrada la lanza iba à acometerle; mas el gallardo Joven con mucha ligereza tomò lo que huvo menester del campo para la batalla. Pusose frente à frente del Filisteo, saca entonces una piedra, acomodala en la honda, desembrazala brioso con destreza tanta, que al dàr el cañamo el estallido, ya la piedra en la frente del Gigante havia abierto tal puerta, que privado el sentido, y el aliento, diò aquel monte de carne por el suelo. Viendole David caìdo, y hallandose sin espada, carriò apresurado, pusole el pie en la cerviz, y tomandole el alfange de la cinta, desembainòle brioso, con que acabò de matarle, quitandole de los hombros la cabeza. Los Filisteos, que por las cumbres del monte estaban à la mira, asi como de la otra parte de los Exercitos de Saùl, apenas vieron à sus ojos espectaculo tan triste, vencido su Capitan, muerto su Caudillo, quando postrados al temor, rendidos al espanto, volvieron las espaldas, y huyeron desapoderadamente. En los Reales de Saul, entonces se aclamaron alegrias; lo que allà enlutò de tristezas, vistiò por acà de gozos; lo que allì lagrimas, aqui placeres. Viendo huir al enemigo, comenzaron à seguirle valerosos; los Filisteos iban tan sin orden, à causa del miedo, que sin esperarse unos à otros, daban casi todos en manos de la muerte. Hasta las puertas de Acaron, y de Geth los llevaron acossados, quedando el camino de Sarin cubierto de cuerpos muertos, y bañado en sangre. El destrozo fue cruel, notable la matanza, cèlebre la victoria, y plausible el triumpho. Con

los despojos enriquecieron los Soldados, solo David, à quien todo se debia, se contentò con las armas del Gigante, que por blason, y tropheo las colgò en el Templo de Noe, Ciudad de los Sacerdotes.

Atento mucho havia estado Saùl con sus Capitanes a vèr el desafio. El caso era digno de toda atencion, y cuidado, vèr salir à la batalla à un rapàz con un Gigante, este vestido de hierro; aquel sin armas; este Soldado diestro, aquel rustico pastor. No falta quien diga, que aunque Saùl era malo, tuvo revelacion divina para dexar à David salir à la batalla. Mientras los combatientes andaban en demandas, y respuestas, preguntò Saùl à Abner su General, si sabia acaso quien era aquel mancebo? De què estirpe descendia? Quien era su padre? Qual su parentela? Parece, segun este cuidado, que estaba yà Saùl seguro de la victoria, y como tenia ofrecida al vencedor una de sus hijas, procuraba yà saber si havia partes en David dignas de tal honra. Aqui entra lo que otras veces hemos dicho, que desconociò Saùl à David, à causa de haver passado algun tiempo desde que le tuvo en Palacio, y haverle crecido el bozo. Jurò Abner no conocer à David, y dixole Saùl, que se informasse, è hiciesse diligencia. Poca debiò de hacer, pues fenecida la batalla, y alcanzada la victoria, nò hizo mas que llevar à David à la tienda del Rey, para que informara èl mismo. No parece desdicha, y aun malicia, que no haya tenido el Exercito quien conozca à un hombre, que tiene tres hermanos Soldados, que le han visto con ellos, y que por reñirle ellos su ossadia, llegò al Rey la fama; que se criò en Palacio, y à fuer de sus gracias se hizo conocido? Pero si hermanos le encubren, què mucho que estraños callen? Si hermanos le desconocen, què mucho que otros le envidien? Raro caso! Què alcance David la mayor victoria que viò Palestina, el mayor lauro que se escribiò en Anales, y que aun sus hermanos mismos, que le miran victorioso, no voceen, que aquel es su hermano, hijo de Isai, descendiente de Booz, de la Tribu de Judà! Que le negaran vencido, aun no havia que admirar, mas negarle vencedor, sobra es de envidia, ò demasiada floxedad. Pero como hasta ahora no ha subido al valimiento, ni sabe la merced con que han de honrarle, no hai que espantar que le dexen, quando suba à la privanza, todos se le haràn hermanos.

En la Glos.

S. August.

CA-

CAPITVLO IV.

DE LA PRIVANZA DE DAVID.

QVando la fortuna và propicia con quien quiere hacer dichoso, por todos caminos, y con toda priessa le và subiendo à la cumbre. No hai passo de un bien afortunado, que no tropiece con una felicidad. Amontonados se le vienen los bienes, aunque no los busque, y en donde menos piensa, halla las mayores glorias; pero aguardar la vuelta es de prudentes, porque como en esta vida no hai cosa estable, y el que hoi sube, suele rodar mañana, ha menester comenzar à temer quien comienza a privar, y nadie puede temer mayor caìda, que quien està en lo mas alto. Vamos a nuestro vencedor, que fue pauta de dichosos, como exemplar de caìdos. Fenecida la matanza de los Filisteos, recogidos sus despojos, tocaban à recoger los Capitanes, para que el Exercito junto fuesse acompañando al Rey triumphante, quando en la tienda de Saùl se hacia inquisicion de quien era David. El General Abner, à quien se havia acometido este cuidado, quiso cumplir con traherle à que el Rey le examinasse; y assi, viendo a David en su presencia, preguntòle con agrado, le dixesse quien era? Què linage era el suyo? Quien su padre? A que respondiò David cortès, y comedido, diciendo: Yà ignoras, ò señor, yà desconoces a tu siervo humilde, à tu fiel criado, que tantas veces al son de mi instrumento fui alivio de tus fatigas, y destierro de tus males? Yo soi David, aquel Pastorcillo à quien honraste otro tiempo por musico tuyo; hijo soi de Isai, Ciudadano honrado de Belèn, y descendiente de la nobilissima Tribu de Judà, tan siervo de tu Magestad, tan deseoso de tus felices progressos, que sus tres hijos mayores, hermanos mios, quiso se alistassen de los primeros para venir à servirte; su ansia, y cuidado del estado de la guerra, fue la causa de enviarme aqui al Exercito. Vine à sazon, que el Filisteo arrogante retaba à todo Israel, sentì el oprobrio en el alma, tocòme Dios al corazon, y zeloso de su honra, me ofrecì al desafio; como era causa suya, me infundiò alientos, me vistiò de brios, me diò la victoria que rindo à tus plantas, para que qual tuya la celebres, para que la aclames como propria.

1.Reg. cap. 17. & 18. Text. y Glos.

Fue tanto el contento de Saùl de conocer à David, y de escuchar sus razones, que luego al punto comenzò à premiarle li-

beral. Constituyòle por Capitan de su Guarda, mandò à sus Soldados le respectassen por tal, y diòle orden para que trocada la vida de Belèn por la campaña, le asistiesse siempre en la Corte, y en la guerra, y que estos eran principios de otras mayores mercedes, con que pensaba honrarle. Mostròse, David qual era justo, grato al favor, diò muestras de bien pagado, besando la mano al Rey. Recibiò parabienes de todos los Grandes, que à porfia se le hacian amigos; pero quien anduvo extremado con èl, fue el Principe Jonatàs, que sin poder contener la alegria, se desnudò su rica vestidura, y sus preciosas armas, haciendo que David se las vistiesse. Con esto descubriò visos de lo enlazadas, y unidas que quedaban las almas, mediante el afecto, que obligò à tanta estrechèz. Y aunque parece inopinada esta accion, y poco atenta, no hai que admirarnos, quando hai secretos juicios que le rigen. Es David para con Dios Principe jurado; y aunque Jonatàs parece immediato al Cetro, es David quien ha de empuñarle; y asi, no es mucho, que sin saber que hacen tanto, truequen los vestidos, y ceda Jonatàs la purpura à quien està dedicada. Hicieron, demàs desto, Jonatàs, y David sus pactos, y conveniencias de amistad perpetua; juraron ser amigos, sin que rebeses del tiempo lo estorvassen, sin que mudanzas de la fortuna sirviessen de impedimento.

No hai que dudar se harian en los Reales saraos, y regocijos; unos por la alcanzada victoria; otros por las mercedes hechas al vencedor; que en casos semejantes es antiguo lisongear al privado, y mas à David, que con su agrado se hacia querer de los mayores emulos. Quien duda tambien, que siendo David tan diestro harpista, dexaria de mostrar su gracia, ò ya rogado, como puede presumirse, ò à fuer de agradecido, sin que se lo rogassen? Quien duda, que para complemento de la fiesta, no le harian cantar alguna cosa? En fin, que fuesse en esta ocasion, ò en otra mas adelante, es cierto, que cantò al harpa un Psalmo, que compuso al entrar en la batalla, ya à vista del enemigo. Corazon sobrado, hacer versos en tal lance, pero accion Catholica, ser devoto en tal aprieto. En su idioma Hebreo, claro està que seria el poema mas limado, y mysterioso; mas las traduciones Latinas bien lo enseñan; pero dandole tinta Castellana, podrèmos colorirle de esta suerte:

S.Geronymo dice, q compuso David el Psal. 143. al entrar en la lid con el Gigante.

Be-

Benedictus Dominus Deus meus, qui docet manus meas ad prælium, & digitos meos ad bellum.

EL Señor absoluto, Texto, y Glosa.
Dios mio Omnipotente,
Dios, y Señor de quanto el Orbe encierra;
El que à mi ingenio astuto
Dà dictamen valiente,
Y à mis manos leccion para esta guerra,
En el Cielo, y la tierra
Sea bendito, y à su nombre immenso
Toda criatura ofrezca sacro incienso.
En vos, Señor, confio
Triumphar deste arrogante;
Pues sois mi Amparo todo, y mi Clemencia;
Yo domarè su brio,
Y à mi brazo triumphante
Su campo todo prestarà obediencia,
Pues por divina ciencia
Sè que he de hacer con honda, y mi cayado
Tumba de Filisteos este prado.
Pero, Señor Divino,
Quien soi yo, pastor pobre,
Para abrirme asi luces à este encanto?
A quien, gusano indigno,
No hai luz que no zozobre,
Por què le sublimais à throno tanto?
Mas si por Santo, Santo,
Santo, quereis que venza a este Gigante;
Prestad vuestros alientos a un Athlante.
Inclinad essos Cielos,
Baxad vibrando lumbres,
Y abrasad estos montes arrogantes;
Que al vèr los paralelos
De las celestes cumbres,
Y al atender mis tiros, nada errantes,
Con difuntos semblantes,
De miedo quedaràn todos postrados,
Unos muertos del todo, otros turbados;

Librame de atrevidos,
Que oprobrios de su lengua
Os han dado en las niñas de los ojos;
Y en versos bien medidos,
Por soldar esta mengua,
Vn cantico os harè, como en despojos;
Con que olvidando enojos,
Os le cantarè al harpa de tal modo,
Que se conozca sois quien lo hace todo.
Gracias os doi immensas,
Porque yà en prophecìa
Libres veo à dos Reyes de un tyrano:
Felices recompensas
Consagra el alma mìa
A quien en lance tal me dà tal mano:
Feliz, bendito, ufano
Se aclame el Pueblo, que en qualquier empeño,
A su mismo Dios tiene por su dueño.

Con cèlebre pompa, y magnifico aparato determinò Saùl triumphar en Jerusalèn de victoria tan grande. El contento era tan universal, que toda la Provincia se previno en fiestas, procurando todas las Ciudades adelantarse en esto à qual mas podia. En bien ordenados choros, y concertadas danzas salian a recibirle damas, y doncellas, cantando al son de los aduses algunas coplas que les dictaba su ingenio, que quizà por poco limadas, fueron lima sorda, que asserraron el corazon de Saùl; que como estas capillas (ò folias, que llama el Castellano) son versos desnudos, que dicen sin rebozo lo que quieren, suelen de ordinario ofender las orejas de aquellos por quien se dicen; assi el Rey Saùl se diò por tan ofendido de las que escuchaba, aun en alabanza suya, por oìr en David aumentada la alabanza, que en vez de agradecer el festejo, les hizo mui mala cara à las cantoras. El cantar, ò el estrivillo decia de esta suerte:

A mil diò muerte Saùl;
Mas David matò à diez mil.

Cosa sabida era, que havia sido David el todo en esta guerra, y que no huvo mas victoria, que derribar al Gigante, por lo qual le eran debidos todos los aplausos, pero por la authoridad del Rey, que

que en persona assistia en la campaña, juzgaron las versistas era razon atribuirle parte de la honra, y del tropheo; y assi aclamaban a Saul por vencedor de mil hombres, y à David por diez veces vencedor. Sonòle, pues, tan mal al oìdo del Rey verse menos aplaudido que el vasallo, que avivando mil volcanes de envidia, que fraguaba el pecho, comenzò à abrasarse en los incendios mismos, y aun rebentàra el corazon à fuerza del corage, si no desfogàra en esparcir sentimientos; que es cura à veces para un animo enconado, publicar à voces la pena que le atormenta. Bueno està esto (dice Saùl entre sì, y aun lo dice que lo oigan) que à David le aproprien victoria de diez mil hombres, y à mi me la dèn de mil? A David, pastor humilde, colmados los aplausos, y à mi, coronado Rey, inferiores alabanzas? A David, que apenas se sabe quien es, toda la honra, y à mi, à quien obedecen las doce Tribus, honra limitada? A èl, porque matò à un Filisteo, diez mil bendiciones, à mi, que tantas veces teñi las armas en sangre de Palestinos, con un mil se contentan? A èl, hombre de cayado, y honda, echan tòdo el resto, y à mi, arrastrando purpura, un envite solo? A èl le dàn lo mas, à mi lo menos? A èl todo el triumpho, à mi el desperdicio? Pues yà, què resta, sino que le ciñan el laurèl, le dèn la Corona, y le hagan señor del Reino? Ponganle yà en el throno, y abatamme à la desdicha, que harto indicio es este, quando me considero reprobado, y veo partes en David para ser electo.

Con semejantes despechos publicaba Saul la envidia que le aquexaba. Temia, y con razon (dice Lyra en la Glossa) que fuesse David quien le quitasse el Cetro, segun el fallo que le havia dado Samuel, quando le anunciò, que Dios le havia echado de su gracia; y assi sañudo, al passo que envidioso, comenzò à querer mal à David, procurando acabarle por todos los caminos. Tanto fue el odio que le cobrò desde este punto, tanto el rencor que concibiò contra èl, que dice el Texto Sagrado, que nunca mas le mirò à derechas: ni beneficios de David pudieron aplacarle, ni vueltas del tiempo bastaron à dissuadirle. Nada sirviò de atriaca al encono; y si alguna vez, mostrando arrepentimiento, ofreciò emmienda, fue con adulterada intencion, pues dando buenas palabras, pintaban mal las acciones.

Non rectis oculis Saul aspiciebat David à die illa, & deinceps. 1. Regum, cap. 18.

Con emulaciones tan poderosas, mezcladas en fiestas tantas, se hizo la entrada en Jerusalèn. El triumpho fue mui cèlebre, muchas las alegrias, general el regocijo, todo grande: solo el Rey

disſimulaba ſu enojo, ò mal lo diſsimulaba, cauſa que vino à ſer de dàr remate à las fieſtas. Encubreſe mal una peſadumbre, quando es grande, y es enconar mas la herida, echarle capa de diſſimulos, abochornaſe el corazon, y tal vez rompe en delirio. Aſsi ſucediò à Saùl, pues a dos dias de llegado a la Corte, ſe le reviſtiò el demonio, qual ſolia, y endemoniado, à fuerza de envidioſo, comenzò como frenetico a referir faltas ajenas. Volviòle, en fin, ſu antiguo mal (digamoslo de una vez) cauſando ſu dolencia turbaciones en Palacio, laſtima en toda la Corte: mas como David era quien le aplicò remedio con lo dulce de ſu muſica, tuvoſe a dicha hallar al Medico tan a la mano, y aun el miſmo David lo juzgò a ſuerte de hallar nueva ocaſion en que hacer nuevos ſervicios, que como eſtaba tan en xerga la privanza, bien conocido era meneſter veſtir de nuevos modos, para no quedarſe en xerga. Tomò, pues, la harpa, y al ſon della comenzò a cantar, quizà el Pſalmo que dexamos dicho, que a propoſito vendria para deſterrar una furia, cantico de una victoria. Solia Saùl, quando allà a los principios le tomaba eſte accidente, mejorarſe al punto que David cantaba; ahuyentabaſe el demonio al oìr ſonar las cuerdas, quitabaſe el mal, deſterrabaſe la melancolia. Pero ahora ſucediò al contrario, pues mas furioſo, è indignado mas al vèr a David delante, arrebatò de un venablo, y arrojòle de ſuerte, que ſi David no le huyera el cuerpo, le dexàra coſido con la pared miſma. Mas demonio parece tiene Saùl, que tenia antes, pues entonces volvia las eſpaldas, y ahora hace roſtro; entonces ſe templaba, y ahora ſe indigna; entonces quedaba mui apacible, y ahora mas impaciente. Pero no hai que eſpantar, que es ahora envidia la que aviva el achaque, y un envidioſo es mas que un demonio a veces; y aſsi, allà, a figura de una Cruz, qual era la harpa, el demonio huìa, y aqui contra quien le enſeña la Cruz, ſe mueſtra oſſado. O terrible mal de envidia, que tales efectos cauſa! O infelices los que adoleceis de envidioſos, pues vueſtra emulacion miſma os labra carcel de infierno, en que vivis abraſados!

Paſmo vino a ſer eſta accion de Saùl à todo el Palacio, peſar à los amigos de David, placer à los mal contentos, que vèr tan en breve trocada una dicha, vèr tan preſto tan mal pagado un ſervicio, cauſa turbaciones, aun en los miſmos que guſtan de la mudanza. Vèr caer à quien comienza à ſubir, hace temblar al que eſtà mas ſeguro, pues puede temer en sì lo que vè abatir al otro.

Da-

David al sucesso atonito, al fracaso atento, y temeroso al peligro, procurò por pies salvar la vida; que en cosas semejantes, no hai mejor seguro que la ausencia. Huyòse à Belèn su patria, siendo yà la vez segunda que la tomò por destierro. Hallò en sus padres el acostumbrado abrigo, aunque poco agasajo en los envidiosos hermanos, que estos siempre persiguen al que se les aventaja, y aquellos siempre son padres con el mas caìdo. Valgate Dios por privanza, y què poco duras con los que mejor te merecen! En el primer escalon del valimiento le puso a David el tropezadero la fortuna, à los primeros passos le armò la zalagarda. Entendida de Saùl la ausencia de David, vino a entender lo mal que havia andado, y comenzò a rezelar peligros que podia temer; que siendo David generalmente querido, y no mal emparentado, ofendido sin razon, pudiera, a ser otro, buscar por muchos caminos el despique. Considerando esto, procurò volverle à su gracia, arbitrando nuevos modos para quitarle la vida. Traxole de Belèn con agasajos, disculpandose del passado yerro con decir, fue accidente de su dolencia, furia de su locura, è irritacion del demonio, que asi le lastimaba; que no creyesse que havia sido rencor, odio, ò enojo, quando se hallaba lleno de obligaciones para estimarle, y quererle. Siempre finge quien mal ama, y procura con afeites de amistad, encubrir el rencor que està en el pecho. Creyòse David la ficcion, como si fuera verdad; que pechos sencillos, que no saben de engaños, son faciles de engañar. Nunca juzga un pecho noble, que hai mas de lo que se dice; mas yà a lo que se dice se ha de dàr menos credito, pues son pocos a los que no acompañan segundas intenciones. Con nuevo cariño, pues, con nuevo agrado recibiò el Rey a David, y por dàr color mas vivo a las disculpas, constituyòle Tribuno de su Reino, haciendole Caudillo de mil hombres; oficio honroso, pues al modo que el Rey, salia a las batallas primero. Aqui està el engaño, en medio de las honras el peligro; pildora venenosa, que dorada a la vista, mata al corazon con lo que el oro encubre. Fue la intencion del Rey exponer a David donde muriesse, que es lo que suele decirse: No te matarè, mas te darè con que mueras. Juzgò a mucha crueldad ensangrentar sus manos, demàs del escandalo horrendo que se seguiria, y asi queria, que en una, ù otra lid le acabassen enemigos. Mas Dios, que vè corazones, no quiso se lograsse la maldad; antes bien, lo que el Rey pensò desdichas, le accarreò el cargo de honras; lo quo se enderezò a muer-

Nicolao de Lyra.

La interlineal.

Text. 1. Reg. c. 18.

te,

te, se torciò a mas vida, pues coronado de triumphos, aplaudido con victorias, se hizo mas ancho lugar en todos los corazones; mas llevaba a Dios por guia, portabase con prudencia, y con tales Nortes no se puede perder nadie en montes de peligros.

No solo de Judà, pero de todo Israel arrastraba David animos, y afectos; y viendo Saùl desvanecidas sus maquinas, frustrados sus intentos, diò mas vivos a su engaño, apretò mas la cuerda al arco de su envidia. Dixole un dia a David, que advirtiesse, y reparasse, que la Infanta Merob, la mayor de sus dos hijas, estaba dedicada para matrimonio suyo, que eran sus deseos darsela por muger, y que serian sus mayores gustos, que en thalamo Real gozasse las delicias de Hymeneo, y que para el caso restaba solamente emprender algun hecho valeroso, arriesgar sus brios a una empressa grande, pues brindaba à ello tantos fronterizos, que les daban guerra. Apretado lance fue este para quien sabe de amor, y procura honra; ofrecer una belleza, una Infanta por muger a un vassallo, y mas valiente, bastante brindis fue para arrestar la vida a riesgos conocidos. Con menos causa se han perdido hartos valientes. Es caballo desenfrenado el amor, potro indomito la honra, temeraria la valentia, y asi dudo haya valiente, que del amor picado, ò del honor herido, no se arroje al mayor riesgo. Con palabras humildes satisfizo David a oferta tanta, diciendo, que quien era èl, què vida la suya, qual su linage, para ser yerno de un Rey tan eminente? que estimaba merced tan señalada, y procuraria con obras merecerla.

Con la golosina del cebo, no hai duda, si, que David emprendiò cosas arduas; en apretadas lides hizo hazañas valerosas, salia vencedor siempre; y como no era esto lo que el Rey queria, dilatabale mas la paga, quando volvia mas vencedor. David pensaba que se asseguraba el premio en el vencer, y pensaba bien; mas Saùl trabajaba por verle vencido, y muerto, y nunca se le lograba; y asi, mientras mas victorias le ofrecia David a sus ojos, se daba por menos servido. David pensaba como entendido; porque quien havia de imaginar que cupiera en un Rey pensamiento tan contrario? En fin, como no se lograba la malicia, añadiò a su envidia una falsedad, rompiendo el trato, y quebrando la palabra. Esto fue, que quando yà los muchos, y grandes servicios de David pedian como de justicia, le casasse con la Infanta, el Rey la casò con otro, por vengarse quizà de su enojo, y de su pena. A un tal Adriel dieron por esposa a Merob. Si fue à gusto de la In-

fanta, no se dice, que sería à su disgusto, es lo mas cierto, si lo sintiò David, tambien se calla; mas quien podia dudar, que no lo sentiria? Dissimular un agravio, no es dexar de sentirlo, antes se siente à veces mas lo que se pudre en el pecho, que lo que sale à la boca. Era prudente David, sentiria, y callaria.

Casada, pues, Merob, comenzò David à inclinar la voluntad à la menor hermana, à la bella Michol, dotada de no menores partes de discrecion, y hermosura, para ser querida. Manifestòle su pecho à razones de sus ojos, que aunque mudos, hablan al alma mejor que si tuvieran lengua. Michol, que como tengo dicho, no era boba, en el mirar de David entendiò lo que le hablaba; y como sea assi, que ella tambien le estaba afectada, no fue menester mucho para enlazarse las voluntades. Del mirarse vino al trato, del trato à la correspondencia, de esta al cariño, del cariño al galanteo, y debiò de ser ya tan à lo publico, que ya los rumores de Palacio lo decian à voces. Con ser materias vidriosas, y que en ellas, aun los que se mueven por zelo, suelen salir descalabrados, no faltaron curiosos, ò maldicientes, que dieron razon al Rey de lo que passaba. No se despegò Saul, antes bien mostraba holgarse de ello, revolviendo todavia allà en su pensamiento nuevos ardides para que David muriesse. Dexòse decir à los del chisme, que gustaria casar à Michol con David, que se lo diessen à entender assi, no estando èl delante, ponderandole, que le estimaba en mucho, y que le queria para yerno. Aguardaron ocasion los Criados del Rey, y contaronle à David su dicha en sus nuevos amores, animadole à la empressa. David, como prudente, rezelando quizà, como suele acontecer, que aquello era sacar puntos, y querer saber su pecho, respondiòles mui à lo desconfiado: Que el Rey me estime, y me haga toda honra, no es nuevo en su Magestad, que sabe premiar servicios; pero esto de sublimarme à yerno suyo, tiene mucho inconveniente, pues no se consiguiò quando lo vì mas ganado. Con la Infanta Merob, se juzgò muchas veces mi casamiento cierto, ya porque matè al Gigante, ya porque el Rey me lo dixo; y pues se desvaneciò lo que dabamos por cierto, no hai que hacer caso de lo que està tan dudoso. Es cosa de poca monta casar con una Infanta quien se vè vassallo? Ser yerno del Rey quien està sin renta? Igualar à la Alteza quien es pobre? Michol se quedarà para quien mas la merezca, y para quien tenga bienes con que poder dotarla.

Vol-

Volvieron los criados al Rey con la respuesta de David, y conociendo della, que todo el reparo era el dote, y las arras con que en aquel siglo se dotaban las hijas de los Reyes, mandòles que volvieran à decirle, que èl dispensaba en la dote, permutandole las joyas que pudieran pedirle, en cien prepucios de Filisteos, pues seria para èl la mayor riqueza, tener menos a cien enemigos: que cumpliesse con esto, y le daria a Michol. Creyòselo David, como la vez passada; pues, como dixe, un pecho noble es mui facil de engañar. La malicia, y cavilacion del envite era grande, el animo de Saùl era meter a David donde no saliesse, ò por lo menos, ya que escapasse de la liza, se malquistasse en summo grado con sus enemigos; porque aborreciendo los Filisteos la circuncision, mas que al morir, haciendoles David aquella afrenta, procurarian con mas encòno contra èl la venganza, y el despique. Pero poco valen las cavilaciones, y los engaños poco: si tiene a Dios de su parte, contra quien se arman! Ignorante, pues, David de la zelada que se armaba en la oferta, del engaño con que iba embozado el premio, mostrò mucho jubilo, y alegria, y ofreciòse al Rey por deudor de nuevas obligaciones; aceptò el partido, y como le espoleaba el amor de Michol, puso al punto por la obra la condicion del trato. Juntò su gente, animò a sus mil Soldados, q̃ era el trozo que militaba debaxo de sus banderas, proponiendoles cariñoso lo mucho q̃ le importaba esta jornada, pues le iba en ella todo el resto de su honra, ganar, ò perder la Infanta, en quien tenia depositado el gusto, y el vivir; que en ellos afianzaba victoria, y desempeño, que hiciessen como valientes, y que èl les pagaria como amigo.

A la Ciudad de Acaron enderezò su campo; y como iban denodados, quisieron entrarla sin temor alguno; que es proprio del valor abalanzarse al riesgo. Salieron los Acaronitas a la defensa, no menos bravos, por vèr su ossadia. Travòse la pelèa con igual corage, y encendidos en furor unos, y otros, fueron pasmo sangriento à la campaña. Mas como peleaba David enamorado, en rato breve se mirò con la victoria; huyeron los enemigos, menos docientos, q̃ en su sangre revolcados quedaron, aunque difuntos, a dàr testimonio, q̃ era el triumpho de David, pues con sus cabezas cumpliò con el Rey el trato, al doble que fue el concierto. Con cien despojos mas cumpliò su obligacion. Temiò Saul faltar de su palabra; y assi, considerando que era Dios quien ayudaba a David, y que sin auxilios soberanos parecian impossibles tales triumphos,

sos, casòle con Michol, hizole su yerno, diòle su mesa, y tratòle como à hijo. Ni su mal querer, ni sus recelos pudieron desbaratar aquesta obra; la emulacion se hallò muda, y à vista de la razon callaron todos. Celebraronse los desposorios de David, si no con festiva pompa, con iguales gustos sì, de los casados, que son las mejores fiestas. Amaba Michel à David tiernamente, corespondia David à ley de agradecido, y à fuer de galàn; y assi, mirandose uncido con lazada dulce en el yugo de Hymenéo, con reciprocas ternezas celebraban su dicha, sin echar menos costosos aparatos, y cèlebres festines, con que otras bodas se ostentan. No hai mayor regocijo, que la union de voluntades de los casados; que como aqui estriva el gusto, aqui la paz, aqui el amor, en haviendo amor, y gusto entre marido, y muger, no les busqueis mas fiesta.

De lo que pudiera Saùl concebir gusto, engendrò mas veneno; de vèr tan unidos à los desposados, se avivò mas su envidia, comenzò à temer à David con mas instançia, pareciendole yà Rey, antes que yerno. Prudente en todas acciones se portaba David, hacia gorda la vista à los despegos, dando à veces gracias por descortesias. Continuabanse las guerras de los Filisteos, que como estaban indignados de pèrdidas, y oprobrios, ardian en venganzas cada dia. David era quien primero se ofrecia à la resistencia, venciendolos muchas veces con su acostumbrado valor, y añadiendo à sus tropheos nuevas victorias, y triumphos, con que se hizo cèlebre en toda Palestina, llegando su nombre à las Provincias remotas, y volando su fama por casi todo el Orbe.

Et celebre factum est nomen ejus nimis c. 18 1. Reg.

CAPITVLO V.

DE LA CAIDA DE DAVID DE LA GRACIA DEL REY, *y principio de su persecucion.*

O Privanzas humanas, y què poco duraderas os hizo la fortuna! Quan presto rueda el valimiento de la cumbre de la dicha! Con què facilidad se desvanecen los humos de un Privado! Con què priessa corren à la desgracia los que en aplausos felices se imaginan mas eternos! Los mas merecedores de las glorias dàn mas presto la caida; que como contra el merito se arma la emulacion, trabaja por derribarle de la altura. En fin, en esta vida jamàs havo cosa estable; los mismos que levantan à

Text. y Glos. l. 16 Reg.

uno, eſtos ſuelen ſer quien le derriban, por la envidia, por la falſedad, por el antojo. David nos darà preſto la prueba à coſta de ſus trabajos. Viendo Saùl, que por todos los caminos ocultos que havia intentado acabar à David, no havia podido, porque el echarle à las guerras, era echarle à mas victorias; acoſtarle de enemigos, era añadirle de laureles, procurò quitar à la maldad el rebozo, y a cara deſcubierta perſeguirle, y acabarle. Llamò un dia al Principe Jonatàs, convocò a todos ſus Grandes; y haviendoles propueſto las razones, y cauſas que a ello le movian, les pidiò con todo esfuerzo, que mataſſen a David, que no reparaſſen en inconvenientes, quando le importaba ſu quietud quitarle de la viſta aquel padraſtro, porque no podia aſſegurarle a Jonatàs la Corona, ſi no era con ſu muerte. Tan reſuelto, y enojado debiò de hacer la propueſta, que no ſe atreviò ninguno a contradecirle, ni a aconſejarle. Todos quedaron mudos al fallo riguroſo; que en caſos ſemejantes, es el callar cordura, por mas que ſea miedo, pues de replicar a una Mageſtad airada, ſe encona mas el enojo.

Amaba con todo extremo Jonatàs a David, como dexamos dicho, y aunque eſtas venganzas de ſu padre parece ſe enderezaban a provecho ſuyo, pues era la mira, que David no ſe alzaſſe con el Reino; con todo pudo mas en el pecho del Principe la razon, que ſu interès; y aſsi, llamando a parte a David, le contò lo que paſſaba, y que le amenazaba mui grande rieſgo a ſu vida, que procurara guardarſe, y eſconderſe haſta que èl hablaſſe a ſu padre, ſin teſtigos, para que ſin rebozo le dixeſſe la verdad de ſus intentos; que le rogaba no tuvieſſe pena, que èl era ſu amigo, y que quizà eran aquellos arrojos, dolencias envejecidas de ſu padre, nacidas de ſu accidente, y que quando no fueran ſino rigores, y venganzas, ſe buſcaria camino para huirlas, ſin que ſu vida peligraſſe. En medio de tan penoſa nueva cobrò David mucho aliento con los conſuelos del Principe; cumpliò lo que le ordenaba, saliòſe de Palacio, y eſtuvoſe oculto el tiempo que le dixo, que fue por todo aquel dia, y parte del ſiguiente, repaſſando con la Infanta ſu eſpoſa eſtas penas, y acedias. Michol, que al paſſo que entendida, era de gran corazon, le conſolaba animoſa, y le animaba prudente, que no era poco alivio en tan crecido dolor.

Jonatàs, como amigo cuidadoſo, paſsò en hartos deſvelos toda la noche, previniendo trazas, y modos para diſſuadir al Rey de

de aquel intento cruel de matar a David: y como estas cosas grandes requerian sazon, y oportunidad, para no errarlas, pareciòle buen medio salir con el Rey a caza, en cuyo divertimiento le podria hablar a solas con mas libertad, y mas llaneza. Concertòsele a medida del deseo. Amaneciò el dia mui apacible, como haciendo brindis a gozar del campo. Salieron, pues, Saùl, y Jonatàs con la prevencion de Cazadores, y Monteros, que la Magestad permite. Corrieron algunas fieras, mataron unos venados, con que divertidos los gustos, hicieron jocoso el dia. A la mejor sazon, quando para recrear las fatigas de la caza, suele prestar tapetes el verde heno, sus frescuras el arroyo, y sus sombras algun roble; llegòse Jonatàs al Rey, y viendole gustoso, travò conversacion, la que le pareciò mas a cuento para venir a dàr en David, que era adonde le llevaba su dictamen. Al nombrarle solo, se alterò el animo del Rey, hizo mudanza en el rostro, è inquietòse el pecho. Entonces Jonatàs le hablò desta suerte:

No sè, Rey, y señor, què causa puedes tener de la indignacion que muestras con tu siervo David, quando nadie ignora lo mucho que le debes. Ayer mandaste, que le quitàran la vida, tan llevado de tu furia, tan lleno de indignacion, que por no enojarte mas, callè al oirlo, esperando esta ocasion para poder hablarte. Porquien eres, te suplico, que no ofendas, padre, al Cielo con muerte tan injusta, que no derrames sangre que està tan innocente, que no busques la vida a quien por ti tantas veces la ha expuesto a los peligros. No has de hallar en David una accion mala, muchas buenas obras sì, y para que lo creas, reduce, señor, a la memoria los servicios que te ha hecho, y en ellos veràs finezas inestimables, hazañas las mas valientes, virtudes las mas heroicas. Su musica divina, no ha sido la cura de tus males, el alivio de tus penas, y el remedio de tus furias? Su valor, y valentia, no nos quitò al Gigante de los ojos, con cuya vista estaba acobardado todo el Reino? Quien sino David, te quitò entonces de la mayor congoxa? Quien te dexò vencedor de todos los Filisteos, sino èl solo? A què victoria, de quantas has tenido, se ha hecho mas aplauso? No te alegraste mucho de mirar sus bizarrias, de vèr su orgullo, y denuedo, de vèrle con una honda, hecho rayo de Paganos? Pues por què ahora le matas? Por què ahora le persigues? Es porque te ha vencido mil batallas? Es porque limpiò el Reino de enemigos? Es porque ha llevado modesto tus desaires? Es porque con humildad, y cortesia rehusaba ser tu yerno? Es porque assoldò

à Acaron, por traherte en sus cabezas las Arras de mi hermana? Es porque yà esposo suyo, la estima como a tu hija, la venera como a Infanta, y la ama como esposa? Pues si por todo lo dicho merece premios grandes, què razon hai que castigues a quien le debes los premios? No señor, no hagas tal, no peques contra David, que tiene a Dios de su parte, y serà enojar a Dios, ofender a quien èl quiere, y serà buscarte mas castigos, a costa de tus venganzas.

Con estas, y semejantes razones pudo tanto Jonatàs, que trocado Saùl en otro del que estaba, sacudiò el rigor, y se hizo a la blandura. Tanto puede un buen consejo, aun con un animo airado; es atriaca, que le quita las fuerzas al veneno. Vive el Señor (respondiò el Rey) que no ha de morir David por orden mia; el mandamiento revoco, porque nadie le mate, ni le ofenda, reduzcole a mi gracia, pues veo que es justicia. Alborozado Jonatàs del buen logro en sus intentos, le besò la mano a su padre, dandole muchas gracias por la merced que le hacia, y ofreciendo por David grande fee, grande lealtad, y gran servicio. Con esto, juntando los criados, dieron vuelta a la Ciudad, que apenas estuvo en ella Jonatàs, quando despidiendose del Rey, mandò llamar a David, que no poco cuidadoso le esperaba. Fue al punto a su llamado, y con mucha alegria le contò Jonatàs lo que le havia sucedido con el Rey, las razones que en su abono le havia alegado, y lo reducido que yà venia a no ofenderle. Con lagrimas de gozo, y echandose a sus pies, agradeciò David la diligencia; que a mercedes exquisitas, son poco agradecimiento las palabras. Acudiò el Principe con los brazos a la cortesia, y despues de los debidos cumplimientos, sirviendole de padrino, le llevò a Palacio, entròle donde estaba el Rey, besòle David la mano, recibiòle Saùl con buen semblante, con que quedaron hechas las amistades por entonces.

Pero como yà el Rey havia manifestado su rencor, hecho publica su pena, y descubierto el pecho, con mucha facilidad volviò a su thema; nacia su mal de envidia, y assi qualquiera dicha de David avivaba los incendios de su enojo; que una passion habituada en un alma, es mal que nunca se quita. Volvieron los Filisteos a las armas, que como enemigos, y agraviados, no dexaban jamàs la guerra. Tuvo a suerte David esta ocasion, pareciendole que en ella, sirviendo con su acostumbrado valor, dexaria a Saùl mui desenojado. Juntò sus gentes, compuso mui bien su campo, y saliò a resistir al enemigo, que aunque le aguardò determinado, experi-

rimientò en breves dias su perdicion, y destrozo. Venciòlos David, y cargado de despojos, y ufano con la victoria, volviò a Jerusalen rico, y triumphante: mas con lo que pensò servir, y dàr gusto, ofendiò, y diò mas enojo, porque envidioso el Rey desta victoria, adoleciò de su achaque, volviò a sus melancolias, y se encendiò en sus furias. Con esta desazon le hallò David, y como ignoraba que sus felicidades causaban aquellas dolencias, tomò la harpa, para al son de sus cuerdas alegrarle: pero Saùl, como la vez passada, hallandose acaso con una lanza, ò venablo en la mano, tiròsele à David furioso, è impaciente, procurando atravesarle el pecho, y dexarle clavado en la pared, que esta fue su intencion, segun lo refiere el Texto. Clavò el golpe en vacio, porque David, quizà como escarmentado, aunque las manos en las cuerdas, debia tener los ojos en el Rey; y assi, al vèr el movimiento, y la accion del brazo, apartòse diligente, y huyòse liberal. La vida le fue en ello, porque la lanza iba con tal violencia, que se quedò blandiendo en la pared. Pusose David en salvo aquella noche, retirandose a sus casas, donde en brazos de Michol sentiria de su desaire, y lloraria su pena. Enviò Saùl en seguimiento de David Alguaciles, y Ministros, para que le prendiessen, ò matassen, como si huviera sido delito contra la Magestad ganarle una victoria, y festejarle compassivo en su dolencia: mas quando para envidiosos no fueron delitos los meritos, y pecados las virtudes? Era la orden del Rey, que le cercàran la casa a David, por el riesgo que podia haver de irseles entre las manos con las sombras de la noche; que guardassen hasta el dia las calles, y las puertas, y siendo amanecido, entrassen, y le quitassen la vida. Cruel mandato, al passo que injusto!

Quien duda, que a Michol no la cogeria esta pena bien descuidada? porque viendo a su esposo vencedor, mejor esperaria las mercedes que el Rey havia de hacerle, que las ofensas de que le viò entrar huyendo. Llegò David, como quien escapa de la muerte, como quien huye de su señor airado; si con priessa, ello se dice; si lastimado, y lloroso, juzguelo el discreto. Llamò a su puerta, y abriendo los criados, no parò hasta el quarto de su esposa, que viendole de aquel modo, el color perdido, medrosos los ojos, destroncadas las palabras, turbadas las acciones, se levantò assustada a recibirle, y con ruegos cariñosos examinò sus cuidados, que haviendolos oìdo, y viendo tan crueles, aunque los sintiò en el alma, procurò remediarlos valerosa, y alentando los

brios en tormentas del dolor: No te aflijas, David mio (dice Michol, bebiendose las lagrimas, y tragandose la pena) no te afijan peligros, quando pueden remediarse, y està por medio mi vida, para salvar la tuya. Poco importa que mi padre procure tu muerte, si para que se cumpla su dañado deseo, se oponen en tu defensa montes de dificultad, y nadie creo que serà tan atrevido, que se mueva à ofenderte, haviendo de topar commigo, que soi la mitad del alma. Tu estàs bien quisto con todos, el Pueblo generalmente te quiere, y estima; el Principe mi hermano es de tu parte, que aunque està ahora ausente, basta saber que es tu amigo, para tenerte atencion, y mirar por tu persona; y pues hai en tu abono todo esto, no entregues al dolor todo el dicurso, ni dès cordel al ahogo, de modo que acabes con la vida. Echa el pecho al agua, que golfos de mas tormenta suelen vadearse. Passen ahora estas furiosas olas, que de una hora à otra se pone tranquilo el Mar. Que tengas sentimiento, no me espanto, que se sienten mucho ingratitudes; que estès congoxado, no lo admiro, si un Rey procura matarte; que tengas temores, yà veo que es prudencia, quando se està amenazada la desgracia: mas ni el sentimiento ha de ser de suerte que te acabe, ni la congoxa de manera que te quite la salud, ni los temores de modo que te embarguen el valor.

Gran dicha en lances tales, hallar un marido muger que le aliente, y le consuele! Pocos son en esta parte los dichosos, pues los mas encuentran en sus mugeres penas, congoxas, sustos, que antes sirven de embarazo, que de remedio. Pero como corria David por cuenta del Cielo, y le guardaba para mayores fortunas, parece que quiso darle muchas ayudas de costa en sus trabajos. No fue la menor Michol, pues con su hermosura, y agrado se minoraba la pena, con su discrecion se aliviaba el tormento, y con su valentia se alentaba el corazon. Consolado, pues, y revestido de esfuerzos, escucho David las razones de su esposa, y con el agrado, y cariño que entre marido, y muger permite la modestia, le diò repetidas gracias. Humedecieronse los ojos de entrambos, que no son bronces los corazones, para en tales casos no hacerse à la ternura; pero como el peligro pedia el remedio apriessa, sacudieronse las lagrimas à toda diligencia, que aun para el llanto hai penas que no permiten lugar. Fue el caso, que reparando Michol, ya porque ella viò las guardas, yà porque se lo dixessen, pues como dice Lyra, algun criado del Rey, algun Ministro

de aquellos pudo ser que le dixesse à la Infanta el intento à que eran idos, y la orden que llevaban de esperar al dia para dàr muerte à David. Reparando, pues, en tan apretado riesgo, y que ocultarle en casa, era exponerle à la muerte, pensò una traza notable, y echò el restro à su valor. Dexò entregarse las cosas al silencio, y allà à la hora que no hai mortal que no duerma, tomò à David por la mano, y sin fiar su secreto à criado alguno (que estos por hablar descubren quanto saben) llevòle à una ventana, que caìa al muro, y dixole animosa de esta suerte: Dueño, y esposo amado, tu vida estriva en salir de la Ciudad, porque tengo aviso, que mañana han de matarte, si esta noche no te libras; la casa nos han cerrado; porque no puedas huirte, gente armada hai à las puertas; Soldados, y Alguaciles tienen tomadas las calles; pero aunque parece imposible escaparte de sus manos, como amor vence imposibles, y yo te amo en extremo, veràs lo que puedo, y venzo con mi industria: dame los brazos por la despedida, y sal por esta ventana, huyete à parte segura, que por mi cuenta correrà que no salgan en tu busca, hasta que estès bien ausente.

Con abrazos tiernos, y no sin lagrimas muchas, se despidieron David, y Michol, y ayudado de unas cuerdas, se descolgò David por la muralla, y con el recato que le avisaba el miedo, tomò por sendas ocultas la via de Ramatha, Ciudad donde Samuel vivia. Fue à contarle su desgracia, para tomar su consejo, como de padre, que le ungiò por Rey, y sin ceñir la Corona, se miraba desterrado, y perseguido. Con harta lastima le recibiò el Propheta, aunque se holgò de vèrle, por vèr ya bizarro joven à quien conociò rapaz. Escuchòle sus tragedias, su privanza, y su caida, y con saludables consejos, y razones amorosas le animò en sus trabajos, le consolò en sus fatigas. Dexemosle, pues, aqui, en tanto que con algunos exemplos de poco afortunados en privanzas de los Reyes, damos mas campo à algunos lastimados, que al modo de David lloran en soledades su caida. Y puesto que nuestra relacion và en lenguage Castellano, y en Español idioma, me ha parecido oportuno dàr los vivos à esta historia con sucessos de España, en cuyos Anales hallarèmos muchos, y varios para colorir, y adornar qualquier materia. Lo ordinario serà esto, pero tal vez se alargarà la pluma à otras historias diversas. Esto assi advertido, por si David se lamenta, ò en su nombre otro, de que no ha havido Privado, que siendo tan fiel, y leal à su dueño, haya

caido en desgracia tanta, demosle compañeros, que fieles, y leales corrieron la misma fortuna.

EXEMPLOS DE PRIVADOS, QVE AVNQVE SIRVIERON fieles, cayeron en desgracia.

EXEMPLO PRIMERO.

POr si David se quexa por valiente, ò por ser yerno de un Rey, que es puesto grande, serà razon le demos en primer lugar por un compañero al mas valiente joven que conociò España, y venciò aquel siglo, à quien sobrino de un Rey se mereciò tantas veces la Corona. Este fue Bernardo Carpense, ò del Carpio, segun todos le apellidan, rayo de los Franceses, como David de los Filisteos; su origen, y su principio fue en esta manera: Corrian los años de 794. quando era Rey de los Godos Don Alonso el Casto, cuyas virtudes, y hazañas merecieron muchos premios, que no fueron pocos los que le diò el Cielo, pues Angeles en figura de Plateros le labraban una Cruz rica, y con divinos anuncios se descubriò en sus tierras el Cuerpo de Sant Iago, thesoro el mas rico que descubriò Monarcha. Era hermana de este Rey la Infanta Doña Ximena, que olvidada de sus obligaciones, se dexò llevar de la galanteria del Conde de Saldaña, llamado Don Sancho. Como el amor es ciego, se cegaron de suerte en sus amores, que haciendo su matrimonio clandestino, saliò preñada la Infanta. Supose la demasia, la afrenta fue mui publica, el dolor del Rey mui grande. Castigò el excesso qual lo pedia el caso; à la Infanta la emparedò en un Convento, y al Conde, convencido del delito, le mandò sacar los ojos, y darle carcel perpetua en el Castillo de Luna. Del preñado de la Infanta naciò Bernardo, tan hermoso, y dispuesto, que aficionado el Rey de sus gracias, le mandò criar como a hijo suyo en las Asturias, que no quiso que en la Corte huviesse despertador de las afrentas. Era el Rey mirado en todo, al passo que prudente. Con los años, pues, y largo tiempo se dàn cosas al olvido. Creciò Bernardo en la edad, y en las costumbres, y viendose yà mozo gallardo, y que su denuedo, y brios le incitaban a la guerra, comenzò como Soldado a mostrar su valentia. Las guerras tan continuas de los Moros en aquella edad, le prestaban la ocasion; saliò en muchas vencedor con hazañas memorables. Como ninguna otra cosa podia ser de mas alivio

al

al Rey su tio, reduxole yà à la Corte, haciendole caricias, y agasajos. Siendo hijo de su hermana, y no teniendo el Rey hijos, corria la voz de haver de sucederle en la Corona; que entonces el nombramiento del Rey legitimaba la sucessión. Con esta expectativa, y por librar à su padre de la prision rigurosa, bien assi como David, emprendia cosas grandes, ofreciase à los riegos, triumphaba de los peligros, y haciàse temer de toda la Morisma. Amabanle todos entrañablemente, gozosos en summo grado, de tenerle por Caudillo; pero donde echò el resto en sus proezas, fue, en libertar à España del yugo de los Franceses, como David libertar à Israel de los Filisteos. Passò el caso de esta suerte: Hallabase el Rey Don Alonso fatigado de las guerras, que por una, y otra parte le hacian los Moros, y aunque con la ayuda de Bernardo salia en todas vencedor, y temia yà su mucha edad, y recelaba el peligro à que estaba expuesto el Reino, cercado de enemigos. Considerando, pues, la fama de Carlo Magno, Rey de Francia, y Emperador de Alemania, acordò, que seria buen medio valerse de su ayuda, para desarraigar de esta suerte los Moros de toda España; y en pago de esto, puesto que estaba sin hijos, nombrarle por sucessor à la Corona, adoptandole por hijo. Si communicò este acuerdo, no lo dicen; si le dieron parecer, anduvieron bien errados los Consejeros, pues no hai mayor desdicha, que sujetar los cuellos à dominio estraño. En fin, se efectuaron los despachos; agradòle à Carlo Magno el partido, pareciendole, que solo le faltaba por lauro de sus glorias, llamarse Rey de Españoles, ò dexar afirmado en la Corona, por ser yà èl viejo, à un nieto suyo, hijo de Pipino. Con esta resolucion se moviò desde Alemania, donde se hallaba entonces, y con gran poder de gentes endereçò viaje para España.

Es de notar, q̃ desde Don Pelayo se ha venido heredada la Corona en España, sucediẽdo los hijos à los padres, ò los hermanos à sus hermanos: lo qual fue al cõtrario todo el tiẽpo de los Godos, hasta el Rey D. Rodrigo, q̃ entonces se daba la Corona por elecciõ de los Grãdes, y Prelados.

Aunque fue grande el secreto con que el Rey Don Alonso anduvo en estos tratos, no pudo serlo de suerte que dexasse de saberse, porque muchos de los que assentian à ello (emulos quizà de la dicha de Bernardo) por ganar voluntades, y tenerlas de su parte, lo divulgarian. Como era cosa tan grave, passò la palabra presto de unos en otros, comenzò à malearse la Nobleza, hablando cada uno en su rincon lo que se le antojaba, en publico nadie se atrevia; tan antigua es la lealtad à sus Reyes en España, pues con ser este un absurdo, digno de que en èl votassen todos, por ser gusto del Rey, nadie sacaba la cara à la defensa, quexarse mucho, enhorabuena, malearse, y bravear passe tambien; mas hacer resis-

ten-

tencia à la voluntad de ſu Principe, no lo lleva Eſpaña. O blaſon heroico, en quien deben aprender eſtraños Parlamentos à ſaber ſer leales con ſus Reyes! Solo Bernardo del Carpio, bravo por ſu lozania, y como intereſſado al Cetro, que pueſto ya al tablero, ſe le barajaba la fortuna; ò como ſobrino del Rey, que eſto ſeria lo mas, comenzò à oponerſe à aquellos tratos, acaudillando à todos ſus amigos, y à los Nobles para la reſiſtencia, publicando à voces no ſer razon, ni juſticia ſujetar à Francia cervices Eſpañolas. El miſmo Rey, arrepentido de lo hecho, aprobò la reſiſtencia, ſegun lo eſcriben algunos; y el Arzobiſpo Don Rodrigo dice, que ſe hallò el Rey en la batalla de Ronceſvalles. Eſto puede la razon, y aſsi, como el Rey Don Alonſo era prudente, aunque parece deſdecia de ſu mageſtad mudar de parecer, como del ſentir comun, advirtiò en ſu deſacierto; mas quiſo enmendarle recatado, que ſuſtentarle protervo; que no ſon Dioſes Reyes para no errar, y querer perſeverar en los yerros, es de locos. Hecho, pues, Bernardo Caudillo de los que quiſieron ſeguirle, y valiendoſe mañoſo de Marſilio, Rey Moro de Zaragoza, ſalieron à eſtorvar la entrada à Carlo Magno, que atraveſſando los Pyreneos con el mas lucido campo que juntò Francia, jamàs penſaba à fuerza de armas hacerle cumplir el trato à Don Alonſo. La diſpoſicion, y traza vale mas en la guerra, que la muchedumbre de gente. Alexandro, y Julio Ceſar, con eſte ardid, ſujetaron al mundo, pues con poca gente bien regida, deſtrozaron à veces Exercitos copioſos. Aſsi Bernardo, advirtiendo aſtuto, que el Exercito del Francès era mas numeroſo con ventajas conocidas, y que en llano es ventajoſa tambien la Caballeria de Francia, diò traza de tomarles el paſſo en los Pyreneos, cogiendo las cumbres por una, y otra parte. En aquel ſitio, pues, que llaman Ronceſvalles, famoſo deſde entonces, quanto odioſo à los Franceſes, ſe travò la batalla bien reñida, y bien ſangrienta. Como los nueſtros eſtaban mejorados de pueſto, y lo fragoſo del monte no daba lugar à los contrarios à ponerſe en ordenanza, hicieron de ellos cruel carniceria; mataron de los primeros à Roldan, Conde de Bretaña, que fue Paladin valiente, y à otros de mucha quenta, con que comenzò à flaquear el Exercito Francès. Animòlos Carlo Magno con palabras bien arrogantes, que por no dilatar el cuento, no las digo. En ſumma, fue decirles, que era coſa ignominioſa, que las Armas Franceſas, tan eſclarecidas con hazañas, ſe dexaſſen vencer por los pueblos mendigos de los Eſpañoles, y de una canalla, que al modo de bando-

En la hiſtoria de Eſpaña.

doleros, le havian assaltado en la estrechura, por no atreverse à pelear en campo raso; que mirassen por su honor, y no obscureciessen para siempre el nombre Francès. En fin, todo sirviò poco, para dexar de quedar derrotados, y vencidos. El destrozo fue el mas sangriento que se viò jamàs. Algunos Escriptores Franceses, de corridos, ù de lastimosos, no quieren escribirlo. Fueron pocos los que puestos en huida, escaparon por los pies; los mas, y de mas cuenta formaron horrenda tumba en todo el campo. Carlo Magno saliò huyendo, y à pocos dias muriò de pesadumbre.

Con esta victoria, con este triumpho, es indecible la fama que ganò Bernardo del Carpio; lo agradecido que le quedò el Rey su tio, no puede ponderarse, pues con esta empressa, no solo quedò libre del trato que yà tenia, sino que atemorizò las Provincias comarcanas. Hasta ahora và siguiendo Bernardo los passos de David, è imitando sus fortunas. Quien pensàra, que con esta hazaña no le adoptàra por hijo, ò le dispensàra en la bastardia, que todo era uno, quien quiso hacer adoptacion en un estraño? Saùl, si aborrecia à David, era por querer que sus hijos heredassen la Corona, y no el yerno, que era de otra Alcuña; pero que estè el Rey Don Alonso sin heredero, y que sea Bernardo hijo de su hermana, y que le gane mil victorias, que le assegure sus tierras, que sea el terror de sus enemigos, que sea, demàs de valiente, tan amable, y tan bien quisto, y que no merezca que el Rey le apropie el Cetro, ò quien le haga legitimo, permitiendo que su padre se case con la Infanta, cosa es que mira, y que provoca à lastima à quantos passan los ojos por esta historia, ò à todos los que la escuchan! La castidad del Rey, y el considerar la liviandad de su hermana, no le dexaban desistir del teson, por mas justificadas que eran las razones de Bernardo. En fin, viendo que con tantos servicios, y con tantos ruegos de la Reina, y de los Nobles, no alcanzaban la soltura de su padre, que era à lo que siempre anhelaban sus deseos, llegò à enfadarse, y aun casi à descomponerse con su tio, que como le sobraba la razon, y no era tan sufrido como nuestro David, quiso vèr si con fieros hallaba mejor despacho, y assi un dia le dixo con libertad estas palabras:

Quando los servicios que he hecho à V. Magestad, que por publicos, y grandes ellos lo pregonan, no merecieran de justicia sacar de la prision à un lastimado viejo, que fue quien me diò el ser para serviros; quando tantas suplicas como se han interpuest-

puesto, no lo merecieran, bastaba, señor, vèr que soi vuestro sobrino, y sangre de vuestra hermana, para suspender las iras al enojo, y para afloxar las riendas al castigo. Por què quereis consentir que me llamen bastardo, quando no legitimarme es culpa vuestra, y quando no desmerece mi padre à vuestra hermana? En què os agraviò el Conde, si de la ofensa que os hizo naciò el rayo que os defiende? Si yo no huviera nacido, no me espantàra que castigarais tanto aquel excesso; mas si del yerro se fraguò esta espada, que defiende vuestra vida, vuestro honor, y vuestro Reino, para què tanta prision? para què castigo tanto? Y si cumplir la palabra obliga à qualquier hombre de bien, por què un Rey, cuya Magestad figura la del Cielo, ha de quebrar su palabra? Quantas veces, y alguna que os saquè en hombros de brazos de enemigos, me prometisteis tierno la soltura de mi padre? Quantas veces, con lagrimas en los ojos, os tengo hechos recuerdos? Supuesto, pues, que V. Magestad se niega à obligaciones, que à ruegos se endurece, que à lastimas se hace sordo, que à servicios no se obliga, borreme de todo punto de su gracia, y no se acuerde mas de quien tan poco merece. Deme licencia para retirarme à Saldaña, patrimonio de mi padre, y alli, à ley de hijo noble, trocada la gala en luto, llorarè su prision como su muerte.

Aunque sintiò el Rey la desenvoltura con que le hablò Bernardo, y gustàra de prenderle, no se atreviò à irritar mas su razon, temiòle enojado, y otorgòle la licencia que le pedia. Desde Saldaña comenzò Bernardo, con los que le seguian, à vengar sus picazones, haciendo entradas, y robos en las tierras del Rey. No imitò en esto à David, pues quando mas agraviado de Saùl, y quando fugitivo entre Paganos, jamàs lo ofendiò en cosa que fuesse suya. Pero quien, sino David, fuera tan mirado? La mucha razon de Bernardo le arrastrò, al parecer, à estos desaciertos. Como el Rey estaba yà viejo, y cansado de las guerras, no pudo resistir à estos bullicios, y mas viendo, que los Nobles favorecian la parte de Bernardo; mas no por esto afloxò en su thema, ni quiso soltar al Conde, que era el fin à que miraba aquel rebelion; no valieron con èl este, ni otros torcedores, que es cosa memorable, y un exemplar digno de estàr siempre à la vista de todos los que sirven à Reyes, para no atreverse osados à ofender, ni aun con los ojos la Casa Real. Por donde entendiò Bernardo mover al Rey al perdon, le provocò à mas enojo; assi, llegandose el fin de sus dias, le dexò hesheredado de la Corona, llamando por suces-

sor al Reino a Don Ramiro, hijo del Rey Don Bermudo, que con menos derecho se antepuso a Don Alonso. En llevando la fortuna a uno de vencida, todo es irle despeñando de una en otra desdicha; esta que hemos dicho fue la mayor para Bernardo, pues se hallò sin padre, sin Rey, y sin Reino; solo le quedò la vida para llorar sus tragedias, y para sentir rebeses de la fortuna. Toleròlos tan prudente, y tan leal, que en tres Reyes que alcanzò despues de su tio Don Alonso, que fueron el nombrado Don Ramiro, y digno de nombrarle por sus virtudes, y hazañas en quatro años que reinò, y Don Ordoño su hijo, y Don Alonso el Magno, hijo de Ordoño, en cuyos tiempos huvo rebeliones, aun de hermanos proprios, como fueron, Don Fruela, Don Nuño, Don Bermudo, y Don Odoario, que conjurados contra su hermano el Rey Don Alonso, le quisieron quitar la vida, y la Corona, delito que pagaron sacados los ojos, y en perpetua carcel. En todo el tiempo, pues, destos tres Reyes sirviò Bernardo con lealtad, sustentandoles la Corona a esfuerzo de su brazo. No quiso apellidar derecho, quando se le havia quitado la suerte, antes procurò obligar con nuevos servicios por la libertad de su padre. Este querer le obligò solamente a salirse de la Corte, y desde el Castillo del Carpio, que fundò èl mismo junto a Salamanca, hizo algunos desafueros, de modo, que puso cuidado al Rey Don Alonso. Huvo sobre esto junta de Grandes en Salamanca, y todos vinieron en que Bernardo tenia razon, y justicia en pedir de aquella suerte la sol ura de su padre. Acordòse, que se le entregaran, con tal, que Bernardo rindiesse primero el Castillo. Obedeciò al punto, y aceptò Bernardo la condicion; rindiò el Castillo, deseoso de remozar sus dias entre los brazos paternos: mas aqui estuvo el engaño, porque al parecer havia tiempo mucho que el desdichado Conde, brumado de trabajos, era yà muerto; y assi, quando pensò Bernardo verle vivo, le hallò cadaver: a cuya vista no hai que referir las lastimas, y sentimientos que hizo, pues qualquier discurso puede imaginarlos. Viendose, pues, despojado del Castillo, y burlado de aquel modo, se passò à Navarra, y Francia, en cuyas Provincias peregrinando de unas tierras en otras, acabò su vida, envuelto entre lloros, y tristezas. En esto vino à parar aquella valentia, aquel ardor juvenil, aquel blason adquirido; lastimas, penas, tristezas, fueron el galardon de tantas victorias, de tantos tropheos. Toda la privanza no pudo recabarle una merced, y al parecer tan justa como bien debida, para

que con este exemplo, si el de David no basta, sufra valeroso quien se mira derribado, rebeses de la fortuna. Ajuste el que se vè mas caìdo sus meritos con los deste Caballero, su valimiento, su privanza, y ponga los ojos en sus adversidades, y como en espejo, verà à sus luces, que son pocos sus trabajos, respecto de estos ajenos. La prudencia, y el valor es lo que importa, para no desdecir cada uno de quien es, ni deslizarse a vileza, ni à traicion. Mientras mas trabajos, mas cordura, y sufrimiento, y mas el Christiano, pues con la mira en Dios los harà dulces. Y poco importa que se acabe la vida à manos de la desgracia, quando dura la fama eternidades, sin que la consuman tiempos, ni la borren olvidos.

EXEMPLO II.

Esfuerce nuestra obra otro Bernardo tan leal como el que dexamos dicho, pero mas desgraciado. Ojo al caer los que se vèn en la cumbre de la privanza. Gusto es el subir, pero temase el rodar, que no es gustoso. En aquel tiempo calamitoso, y revuelto, que en Castilla, Aragon, y Portugal reinaban tres Reyes Pedros, y crueles todos tres, si bien solo el de Castilla se alzò con este renombre, floreciò en Aragon un famoso Caballero, llamado Bernardo de Cabrera, Señor de las Villas de Cabrera, y Ossona, y de los pueblos de su Señorio. Su prudencia en las cosas del gobierno, su agilidad en los negocios, y su buen parecer en las materias, vinieron a grangearle la gracia, y valimiento del Rey de Aragon, teniendole por el principal Consejero, assi en las cosas de cuenta, como en las mas menudas. En todas dificultades prevalecia el voto de Bernardo de Cabrera, no sin envidia de muchos, que comenzaron à envidiar esta privanza; que esta es la pension de todos los validos, las cargas de emulacion que echan sobre ellos. En muchos encuentros que huvo con los Reyes de Castilla, y de Navarra, fue siempre el componedor de las diferencias, y quien reduxo à la paz grandes discordias; que este debe ser el buen dictamen del Privado, conservar en paz el Reino, aunque se quiebren con algunos derechos, porque del querer llevar las cosas por los cabos, suele tal vez arriesgarse todo, y aun perderse. Mui bien se hallaba el Rey, y todo el comun con el gobierno de Bernardo, arrastrando à si afectos, y voluntades; y lo que es mas de admirar de este Caballero, y en lo que se conocerà, que no le movia ambicion en el mandar, sino el zelo, y

la justicia, es, que mandandolo todo, nunca agregò à sus Estados cosa alguna; jugò limpio en la privanza, que es virtud grande, y assi, como los emulos, en materia de interès, por mas que le miraban a las manos, las veìan siempre limpias, no hallaban que objetarle, sino aquello de todo lo quiere mandar, y no reparaban en que lo mandaba bien. Ser libre en su parecer, dàr con libertad su resolucion, aunque fuera al Rey, le hizo algo odioso, y fue quizà de donde asieron los emulos para derribarle.

Los cargos con que honrò el Rey a Bernardo de Cabrera fueron, hacerle Ayo del Infante Don Juan, y darle titulo de Almirante de Aragon. La cuenta que supo dàr de estos oficios, preguntesselo a la fama, ò passe los Anales de aquel Reino quien quisiere por extenso vèr sus hechos, y virtudes. En lo que mas se trabajò en aquella edad, fue en las guerras tan sangrientas, y crueles que huvo entre las dos Coronas, Castilla, y Aragon, sobre que tantas veces enviò el Papa Innocencio sus Legados, Cardenales de cuenta, para unirlas a la paz, en cuyas hablas, y juntas assistia siempre Bernardo de Cabrera, por la parte de su Rey, que solo à su talento se atrevia a fiar cosas tan graves. Lo desavenido que andaba el Rey de Castilla con sus Grandes, y con sus hermanos, forzados muchos de su crueldad a buscar el amparo del Rey Aragonès; esto, pues, atizaba el fuego a las alteraciones. Venciò Bernardo de Cabrera, yendo por General, muchos encuentros, reduxo a la gracia del Rey de Aragon al Infante Don Fernando, que fronterizo en la Villa de Jumilla, seguia las partes de Castilla, que fue de mucha importancia, por mejorarse los Aragoneses. Mas quando los muchos servicios parece que pedian de justicia el mayor premio, comenzò la fortuna envidiosa, ò novelera, a irse dexando caer; que este es el pago que suele dàr el mundo a los que vè con mas merecimiento. Fue el caso, que como el año de mil trecientos y sesenta y quatro se hallasse algo congoxoso el Rey de Aragon en la Ciudad de Lerida, de las nuevas que le dieron, que el Rey de Castilla su contrario, le tenia sitiada a Valencia, tratò con el Rey de Navarra, que se confederassen, y viniessen para hacer resistencia al Castellano. Tuvieron sus vistas en la fortaleza de Sos, en donde los dos Reyes, y el Conde Don Enrique, que se hallò presente a los tratos, con animo que tenia de apoderarse del Reino de Castilla, por las muchas crueldades, y sin razones de su hermano, hicieron todos li-

ga, y amistades, siendo de repartir entre los dos la ganancia, que Vizcaya, y Castilla la Vieja serian del de Navarra, y del Rey de Aragon, Toledo, y Murcia. Esto se llama hacer la cuenta sin el dueño, repartir la capa ajena sin saber si el de Castilla se la dexaria quitar.

Como Bernardo de Cabrera estaba tan maduro con largas experiencias en semejantes cosas, y tenia bien tanteadas las fuerzas de cada Reino, y sabia la inconstancia de estas ligas, y amistades, no llevò bien estos tratos, y pretensas, y assi hablò con libertad en esta forma: No apruebo por ningun caso esta guerra, ni mi lealtad permita meter a mi Rey donde para salir, aun no le basten las manos. La paz, y la concordia con el Rey de Castilla, es lo que importa al comun, al Rey, y al Reino, y lo que parece bien en Principes Christianos; pues quando esto no fuera el mejor medio, ni las necessidades de todos lo pidieran, ni la Religion lo aclamàra, bastaban los continuos ruegos, y las plegarias pias de un Señor soberano como el Papa, para hacer el deber en esta parte, deponiendo las venganzas, y amainando los enojos. Què ha de parecer, que despues de tanta sangre innocente, derramada sin utilidad alguna, no mas de por themas, se vuelvan à ensangrentar los aceros, en vez de embainarlos? Demàs, que me espanto mucho que hallen vuestras Altezas tan facil esta empressa; porque si bien se mira, antes juzgo que es querer acabar con Aragon, que con Castilla, porque aquel Reino, yà se sabe que es doblado en ventajas, que el nuestro. Como pues, se echarà de su casa à quien en las nuestras no nos dexa? Navarra, y Aragon juntos, yà sè de otras veces à lo que pueden llegar: sustentarse en sus tierras es mui bueno, pero oponerse à parte mas poderosa, es acabarse. Nadie mejor que yo pondrà por su Rey la vida; mas nadie ha de decir, que mi Rey la ha perdido por mi. Quando toda Italia, y Francia se estàn burlando de nosotros, de que teniendo à las puertas tantos enemigos de la Fè, tantos Barbaros, que nos estèn molestando, nos estamos consumiendo en guerras civiles, è intestinas; serà razon darles mas materia para que hagan burla? Serà justo darles nuevo motivo para escarnio? No ciegue la passion animos Reales, ni por venganzas ajenas se busquen propios daños, que esso, ni Dios lo quiere, ni nadie ha de pedirlo, ni yo he de venir en ello.

Con semejante razonamiento desistiò de aquellas ligas Bernardo de Cabrera, dandose por mui ofendidos los Reyes de lo

que

que pudieran obligados. El de Aragon, por cuyo util miraba el Almirante, debiò de juzgar à demasia ir contra su gusto; que los Reyes tal vez, por razon de estado se desazonan de que les repliquen, aunque conozcan que es bueno lo que les aconsejan. El de Navarra, y Don Enrique se picaron grandemente, conociendo que à ellos se hacia el tiro, y que era decirles por buen modo, los inquietadores, y perturbadores de la Paz. Sentidos, pues, murmuraron de aquella libertad, y como que le hacian cargo al de Aragon, que fuesse tan sufrido con un vassallo. Los emulos de Cabrera atizaban el fuego, enconando mas los animos, y aun quizà glossando palabras sencillas, y dandolas diversos entenderes. Segun lo que resultò, no hai duda, sino que al buen Caballero le levantaron muchos testimonios; que hai hombres de tan dañada conciencia, que à trueque de salir con la suya, y vengar sus passiones, infernaràn las almas. Fuesse del modo que fuesse, el caso llegò à tanto, que entre tres Principes trataron de matar à Bernardo de Cabrera: y ojalà se executàra entonces el pretenso, y à manos de una traicion acabàra una innocente vida, para no acabar despues à manos de un Verdugo en una plaza! El dolor, y lastima que causa esta tragedia parece estorva à la pluma el referirla; abreviarè el sucesso, por no alargar el dolor. No anduvo aquella platica tan secreta, que rugiendose de unos en otros, dexasse de llegar à los oìdos de Bernando de Cabrera; y aunque, como cuerdo, no hizo movimiento del primer aviso, procurò recatado hacer mas examen; descubriò algunos visos de las tramas, y temiendo el peligro, saliò huyendo una noche de Almudenar, que era donde se traguaba aquel fracaso, y tomando la vuelta de Navarra, procurò escaparse. Hasta en esto fue entendido, en no querer, como otros, confiarse de su valimiento de verse Almirante de Aragon, Ayo del Principe, y amigo del Rey, y el mas privado. O su corazon le desengañò en esta parte, ò su grande experiencia le aconsejò lo que le importaba: mas de alguno pereciò por confiado.

Por todos los caminos arma lazos la suerte, quando và de mala; assi se los armò à este Caballero, porque unos Capitanes de Caballos, que enviò en su seguimiento Don Enrique, le alcanzaron en Carcastillo, y presso, y con buena guarda, le detuvieron hasta que al cabo de algunos dias, sobre ciertos conciertos, el mismo Don Enrique le entregò al Rey de Aragon. No hai sino abreviar el cuento, y dexar al entendido el pensar, y examinar estos

lances. Llevaron presso à Bernardo de Cabrera a la Carcel de Corte de Zaragoza, hizosele causa, acusaronle delitos, hizose la probanza, no faltarian testigos, que los emulos sabrian buscarlos, y aun quizà los pagarian, que assi suele hacerse, para acabar a un justo. Oyeronse los descargos, si es que los admitieron, concluyòse para la sentencia, y diola el mismo Rey de Aragon, mandando quitar en un tablado la mejor cabeza que conociò aquel Reino en aquel siglo. Senteciòlo assi el Rey, y el Principe D. Juan su hijo executò la sentencia mientras su padre estaba en Barcelona. El Rey condenò al amigo, al Consejero, al Privado, al todo de su Corona, y el Infante hizo matar a su Ayo, a su Maestro, a su segundo padre: Assi paga el mundo a los que sirven mejor, a los que mas se desvelan, a los que trabajan mas. Este fue el fin de un Caballero noble, de un señor tan estimado, de un Grande tan aplaudido. Nadie fie en las privanzas por ajustado que viva, por recatado que ande, por Christiano que aconseje, que es la envidia enemigo cruel, que arma siempre muchas zalagardas, dexando en perpetuo lloro al que se viò mas subido, y sepultado en lastimas, a quien se viò mas dichoso.

EXEMPLO III.

DEnos el tercer assumpto otro famoso Heroe de Castilla, Ruy Lopez Davalos, cuyos servicios a la Corona le hicieron harto lugar, y cuya desgracia hace, que duren eternas sus noticias. Salia como de entre las niñeces, a gobernar su Reino, Don Enrique, a quien por su poca salud llamaron el enfermo, quando Ruy Lopez Davalos con su prudencia, y saber, siendo Camarero mayor, era quien tenia mas mano en todas las materias. Seguian su rumbo Juan Hurtado de Mendoza, y Diego Lopez de Zuñiga. Entre los tres lo mandaban todo, con envidia mucha de los Grandes, que llevaban mal haverles cercenado los provechos que usurpaban de las Reales Rentas. Por esta causa comenzaron a alborotarse, y aun hablar mal de los Privados, en especial el Duque de Benavente, que haviendose retirado de la Corte, y hecho en Castilla la Vieja algunos desafueros, haviendosele enviado recaudo de parte del Rey, para que se reportasse, diò por respuesta, que no podia llevar, que se gobernasse el Rey por hombres que poco antes se havian levantado del polvo de la tierra; tirando en esto a Ruy Lopez, y a sus compañeros. Los otros seño-

res

res deſcontentos, que eran los Condes de Traſtamara, y de Gyròn, y el Arzobiſpo de Sant-Iago Don Juan Manrique, caſi reſpondieron lo miſmo. Quien quiere gobernar, ha de hacerſe deſentendido a muchas coſas, y hacer gorda la viſta. Aſsi Ruy Lopez callaba, ſufria, y gobernaba, mirando por el Reino lo que eſtaba en ſu mano: procuraron con medios ſuaves, y recaudos corteſes ſoſſegar a los alborotados. No hacia caſo, ſi bien ſe ſienten adentro, de palabras dichas a las eſpaldas. Su nobleza era notoria, y aſsi no queria hacer de lo que no le tocaba.

Honrò el Rey Don Enrique a Ruy Lopez Davalos con el titulo de Condeſtable de Caſtilla, que vacò entonces por muerte del Conde de Traſtamara, y aun hai quien diga, que antes que murieſſe el Conde, le deſpojò de aquella dignidad, por darſela a Ruy Lopez. Demàs de eſto, en ocaſiones que ſe ofrecieron, le hizo ſu General, en que ſupo con las armas dàr mui buena cuenta de ſu perſona. Quando los Portugueſes, el año de mil trecientos y noventa y ſiete, ſe entraron denodados por tierra de Caſtilla, haſta llegar a ſitiar la Villa de Alcantara, ſaliò a la defenſa Ruy Lopez Davalos, embiſtiò con los Reales, y no ſolamente los desbaratò, y venciò, ſino que ſe les entrò en ſu alcance la tierra adentro, tomandoles, y ſaqueandoles muchos pueblos. En el cerco de Miranda de Duero, hizo otro tanto aquel año miſmo. Amedrentòſe tanto el Portuguès de eſtas dos vueltas, que refrenando el orgullo, ſentò treguas con Caſtilla. Mas todas eſtas victorias, y buenos ſuceſſos, era ſoplar mas el fuego de la envidia de los Grandes. Cauſabales odio los progreſſos de eſte Caballero; pero a mi vèr, donde echò raices el rencor, fue quando el Rey Don Enrique hizo aquella accion tan memorable, y digna de ſaberſe, pues quando no lo atribuyen todo a Ruy Lopez, por lo menos zelarian, que tuvo parte en la obra. Fue eſte el caſo.

Recien entrado el Rey en el gobierno, y eſtando en Burgos, ſaliò en cierta ocaſion a caza de codornices, que era en la que mas ſe entretenia. Volviò algo tarde, y aun bien canſado, dicen, y con buena gana de cenar; pero hallò que no le tenian aderezada coſa alguna. En hombres de menos cuenta, ſucede eſto de ordinario, buena gana de comer, y no haver què; pero en un Rey de Caſtilla, y harto poderoſo en Reinos, que era entonces, no sè que haya ſucedido jamàs, ſino eſta vez. Preguntòle el Rey al deſpenſero, què cauſa havia tenido para eſtàr ſin comida aderezada? A que reſpondio, que no ſolo no tenia dinero, pero que aun ya le havia faltado

el credito, para comprar lo necessario. Quedòse el Rey marabillado de la respuesta, y aun sentido, y corrido quedaria, por mas que disimulasse. Hizo pecho à la fortuna, y quitandose el Gabàn que trahia, dixo al despensero, que sobre èl comprasse un poco de carnero, y que con esto, y la caza aliñasse la comida. Hizose asi, y mientras cenaba el Rey, los Pages, y Gentiles hombres que assistian (salvo que hai quien dice, que solo el despensero le sirviò à la mesa) travaron diversas platicas, quizà para divertir al Rey. Vna fue decir, que mui de otra suerte se trataban los Grandes en banquetes, y comidas, y mas aquella noche, que era el convite en casa del Arzobispo de Toledo. Pues en què forma es esso? preguntò el Rey, que estaba atendiendo à todo. Y fuele respondido, que todos los Grandes, como el Arzobispo de Toledo, el Duque de Benavente, el Conde de Trastamara, D. Enrique de Villena, el Conde de Medinacèli, Juan de Velasco, Alonso de Guzmàn, y otros Señores nobles desta data, se juntaban por sus turnos en explendidos convites, que unos à otros se hacian, y que aquella noche se hacia la Francia en casa del Arzobispo. Mucho me huelgo (dixo el Rey) de saber esso, y que mis Grandes se huelguen. Abreviò con la cena, y disfrazado lo mejor que pudo, se fue à vèr lo que passaba. Quien duda, que dexaria de acompañarle, ò irle haciendo lado alguno de sus Validos, ò Juan Hurtado de Mendoza, ò Diego Lopez de Zuñiga, ò su Camarero Ruy Lopez Davalos? En fin, à lo de revuelta, y entre otros muchos que iban à mirar aquella grandeza, se entrò el Rey, y se puso en parte que pudo notarlo todo, los platos sin numero, manjares exquisitos, vinos mui regalados, y todo en abundancia. Fue anotando cada cosa, y en especial las platicas, que se movieron sobre mesa, que como no se rezelaban de nadie, refiriò alli cada uno las rentas que les montaban sus Estados, y los gages, y pensiones que tiraban de la Casa Real.

Indignado el Rey, y desabrido en extremo de la conversacion, volviò à Palacio, revolviendo consigo, de què forma tomaria emmienda de semejantes desordenes. Pensò una traza extremada. Mandò, que otro dia corriesse voz por la Corte, que estaba el Rey mui doliente, y que queria disponer su testamento. Juzgo, que tanto por este hecho, como por su poca salud, le llamaron el Doliente. Apenas saliò la voz, quando todos los Señores acudieron à Palacio, que era el Castillo de Burgos. Tenia el Rey dada orden, que al ir entrando los Grandes, hiciessen salir à fuera los acompañamientos, pages, y criados, Hizose todo en la forma que esta-

estaba dispuesto, y vinieronse à juntar todos los Grandes en una espaciosa sala, que admirados, y confusos esperaban vèr el fin de aquella estratagema. Estando todos juntos, a hora de medio dia, entrò el Rey mui bien armado, y con la espada desnuda, miranda airado, y severo. Aqui fue donde el pavor, y el espanto hizo riza en los animos de todos, dexandolos atonitos, y suspensos: Levantaronse en pie, y el Rey se assentò en su silla, y sitial, y yà sentado, volviòse al Arzobispo, y preguntòle: Quantos son los Reyes que haveis conocido en Castilla? Y esta pregunta misma fue haciendo por su orden à cada qual de los otros. Respondieron unos: Yo conocì à tres. Otros dixeron: Yo conocì à quatro, y el que mas dixo fue cinco. Replicò entonces el Rey: Como puede ser esso, si yo de la edad que soi, que aun no tengo quince años, he conocido no menos que veinte Reyes? Maravillaronse todos de oìr tal cosa, y prosiguiò el Rey, diciendo: No os admireis, ni penseis que mi dolencia, la que os han dicho que tengo, me hace decir delirios. Vosotros, todos, vosotros sois los Reyes de Castilla, en grave daño del Reino, y en afrenta mucha nuestra; pero yo harè que dure poco el reinado, y que la burla que de nos haceis no passe adelante. Entonces levantò la voz, diciendo: Ola? Llamò à los Ministros de justicia, que con seiscientos Soldados, que estaban de secreto prevenidos, entraron al instante bien armados.

No hai que referir el miedo que aqui se passaria, pues ello se dice. El mayor valor se quedò sin sangre, y los mayores brios rodaron, como dicen, por el suelo. Todos quedaron atonitos, y pasmados. El de Toledo, Don Pedro Tenorio, varon bien esclarecido, como persona de buen corazon, puesto los ojos en tierra, y no sin lagrimas, pidiò perdon, si acaso en alguna cosa havia errado, y à imitacion suya hicieron lo mismo los demàs, ofreciendo en todo la enmienda, y la satisfaccion. Dixo el Rey entonces: En què ley se permite, ni en què Anales de España, desde que huvo Reyes, se havrà dicho, ni contado, que no halle yo en mi Palacio que comer, ni que cenar anoche, ni tengan mis despenseros dinero con que comprarlo, y que aun fiado no hallen quien se lo dè, y que esteis vosotros en explendidos convites, malgastando mis rentas, y gloriandoos de ello? No penseis que es chisme, que no me pago de ellos: yo mismo os vì, yo mismo os escuchè, yo lo notè todo. Y assi, para que se conozca, que el Rey soi yo, y vosotros los vassallos, puesto que os miro humildes, y obedientes, an es

que ſalgais de aqui, me haveis de entregar cada uno los Caſtillos que teneis, y pagarme de contado los alcances de mis rentas de todo el tiempo que las haveis adminiſtrado. Con eſto os perdonarè las vidas, que no es poco, quando vueſtro deſorden me tiene tan ofendido.

Viendoſe en tal aprieto, tuvieron por buen partido cumplir todos con lo que el Rey pedia. Ofrecieronlo aſsi, mas no les dexaron ſalir del Caſtillo haſta que lo cumplieron, gaſtandoſe mas de dos meſes en los ajuſtamientos. Con eſte medio, y por eſta via agregò el Rey à ſu Corona muchas Ciudades, Caſtillos, y Villas, que con las revueltas de los tiempos le tenian uſurpadas. Solo al de Villena le quitaron caſi todos los lugares de ſu Marqueſado, en el Reino de Murcia, como fueron Chinchilla, Villena, Hellin, Almanſa, y otros Caſtillos, y Villas. Hellin fue el primero que ſe reduxo à la obediencia del Rey; aſsi lo dice la tradicion que hai en eſto. Con eſta maña, y ardid enriqueciò el Rey ſu patrimonio, y jũtò muchas ſummas de dinero, que atheſorò en el Alcazar de Madrid. Cortò los brios à los Grandes, y ceſſaron los levantamientos, y tumultos.

Rezeloſos, pues, los malcontentos, de que era Ruy Lopez el dueño de eſta obra, cobraronle mayor enemiga, y aunque diſsimularon entonces, quando vieron la ſuya, derramaron el encono. En fin, todo el Reinado del Rey Don Enrique, que fueron diez y ſeis años, dos meſes, y algunos dias, ſe mantuvo en ſu privanza. Muerto Don Enrique, que fue el año de mil quatrocientos y ſiete, celebradas las Exequias en Toledo, donde fue enterrado con todo el aparato, mageſtad, y pompa, que era razon, juntaronſe los Grandes à tratar del ſuceſſor à la Corona, con los omenages, y ceremonias que ſe acoſtumbraba. Quedò el Principe de ſolos veinte y dos meſes, que ſe llamò Don Juan, ſegundo de eſte nombre. La edad tan poca, para gobierno tanto, fue cauſa de dividirſe en diverſos pareceres; y mas con la mala voz que comenzaron à darſe al teſtamento, pues con mucho deſahogo ſe decia, que quando el Rey le otorgò, no eſtaba yà en ſu acuerdo. Tenian aun a la viſta los paſſados daños, que ſe havian ſeguido por la minoridad de los Reyes, y aſsi alegaban los mas, que no era juſto, por ningun reſpecto, volver à exponer la Corona à las tempeſtades, y daños, que era fuerza ſe ſiguieſſen. De eſto ſe hablaba en ſecreto, de eſto en publico, en plazas, y corrillos; pero nadie ſe atrevia à ſaçar la cara, ni à decir el modo, y traza que ſe havia de

tomar, cada qual estaba à la mira, esperando que otro hablasse. Consideraba, que de no salir bien el lance, se arriesgaba el perderse; y à mi juicio, aunque nadie lo declara, la caida de Don Ruy Lopez Davalos (que yà se llamaba D. desde que era Condestable) de aqui le vino, y por aqui le tiraron, ultra de otras cosas. Qualquier curioso lo discurrirà mejor, quando advierta el fin. La mira, pues, que llevaban los que se disentian de jurar al Principe niño por sucessor, era poner en el Throno à su tio el Infante Don Fernando, hermano del Rey difunto. Concurrian en este Principe todas las partes necessarias para el gobierno, solo temian, que por su buen natural, manso, templado, y modesto, no havia de aceptar el convite. Determinaron, en fin, darle un tiento. Tomò la mano Don Ruy Lopez Davalos, por la authoridad de Condestable, y por estàr el mas declarado, y hallando tibio al Infante, le hizo en presencia de todos un razonamiento bien pensado, en esta forma:

Los Grandes del Reino, que aqui, señor, veis presentes, os convidamos, y ofrecèmos la Corona de vuestro padre, y avuelos insignes, juzgando, que es lo que importa al bien, y comun de todos. Vuestro consentimiento falta solamente, para que este intento se efectuè, y para que en vuestro nombre se levanten los Estandartes, asegurandoos, que ni aqui hai engaño, ni es querer lisongear à vuestra Alteza. Ni hai que hacer reparos de si parecerà mal amparar à un Reino, que en el peligro que teme, se viene à guarecer de vuestra sombra. Lo que se adquiere por mal camino, es lo que desagrada; pero no lo que se ofrece por buen medio. Mirèmos al origen de los Reinos, y à su naturaleza, y se verà con mucha claridad, testigos tantos exemplos, que puede quitarse la Corona à uno, y darsela à otro, segun las necessidades lo pidieren. Quando el mundo comenzò à poblarse, vivian los hombres derramados por los campos, al modo que las fieras, que no havia entonces Ciudades, ni Pueblos en que hacer communidad; en malos aduares vivian las familias, y al que se aventajaba en la edad, y en la prudencia, respectaban superior cada una de ellas. Nacieron luego las dissensiones, y las enemistades de unos contra otros, assi deudos, como estraños: y para assegurarse, y no verse oprimidos de los que descollaban mas en el mando, y el poder, eligieron por cabeza, para que los defendiesse, y amparasse, al de mas valor, de mas brio, y mas prudencia. Este fue el principio que tuvieron los Pueblos, este el origen de la Magestad Real, la qual no se alcanza-

ba entonces por sobornos, ni por negociaciones, el valor, la virtud, y la templanza prevalecian. No passaba la Corona por herencia de padres à hijos, sino que por voluntad de todos se nombraba sucessor. El demasiado poder de los Reyes, vino à causar que sucediessen al Cetro los hijos, y à veces de pequeña edad, y à veces de costumbres dañadas, y perversas. Porque no sè yo que pueda haver cosa mas perjudicial, que entregar à ciegas al hijo, sea el que fuere, los thesoros, las armas, las Provincias. Y lo que se debia à la virtud, y meritos de la vida, dallo à quien no ha dado muestra alguna de tener bastantes prendas. No quiero para prueba referir exemplos antiguos, quando chorreando sangre pueden verse en nuestras Chronicas. No es bien notorio, que por la muerte del Rey Don Enrique el primero, no sucediò en la Corona su hermana mayor Doña Blanca, que estaba en Francia casada, sino Doña Berenguela, acuerdo bien acertado, como lo mostrò la santidad, y felices sucessos de su hijo Don Fernando? Don Sancho, hijo menor del Sabio Rey Don Alonso, se antepuso al Cetro à los hijos del Principe Don Fernando su hermano, porque con sus buenas partes daba muestras de Principe valeroso. Y què hai que tomar corriente tan antiguo? Vuestro avuelo el Rey Don Enrique quitò el Reino à su hermano, y excluyò à las hijas de la herencia de su padre. Lo qual, si no pudo hacerse, serà fuerza confessar, que los Reyes passados no tuvieron justo titulo, y que fueron tyranos. En Portugal tambien vimos, que el Maestre de Avis se apoderò de aquel Reino; si fue sin razon, y tyrania, no es deste pleito apurallo. Lo que se sabe es, que se ha mantenido en èl contrato todo el poderio de Castilla.

Assimismo en Aragon dos hijas del Rey Don Juan perdieron la Corona de su padre, y se diò à Don Martin, hermano del difunto. De suerte, que saco de lo dicho, que siempre fue justo, que mudasse el Pueblo, conforme à la necessidad que se ofreciesse, lo mismo que havia establecido, mirando siempre à lo util del bien comun. Si convidaramos con el Cetro, si dieramos la Corona, si ofrecieramos el mando à una persona estraña, sin nobleza, sin partes, y sin meritos, pudierase reprehender nuestro dictamen. Pero quien tendrà por mal, que queramos por Rey à un Principe de la Real Alcuña de Castilla? A un Principe, que aun en vida de su hermano, supo lo que es gobernar? Mirad, pues, no se atribuya antes à mal, que à bien, antes à floxedad, que à modestia, no hacer caso de la voluntad que os muestran grandes, y pequeños.

No

No por excusar el trabajo, desampareis à la patria, que rendidas las manos viene à ampararse, y à guarecerse debaxo de las alas de vuestra proteccion, considerando los riesgos que vè que la amenazan. Esto os suplicamos todos, esto os pedimos, esto os conviene, y esto lo que nos importa.

Doble esta hoja el Lector, hasta que yo le avise, porque teniendo à la vista este razonamiento, y este alegato de Don Ruy Lopez Davalos, y considerando despues lo que sucede, vea si es mala mi conjetura. Anduvo tan modesto, y recatado el Infante Don Fernando, que en ninguna manera quiso aceptar el Cetro, diciendo, no queria dar muestras de ambicioso, ò inhumano, desheredando à un niño innocente, y sobrino suyo, que antes en defensa suya arriesgaria la vida. No empero dexò de mostrarse mui agradecido à los buenos deseos de Ruy Lopez, y de los demàs Grandes, que le ofrecian con tanta voluntad la Corona. Encargòse, pues, el Infante del gobierno, juntamente con la Reina Viuda, del modo que el Rey Don Enrique lo dexò ordenado en su testamento. Mientras gobernò el Infante, tuvo Don Ruy Lopez Davalos el mismo lugar, y la misma cabida que tenia antes. Siempre era de quien en todos negocios se hacia mas caso, y èl cumplia tambien con sus obligaciones, que aun no dexaba à la envidia que censurar: mas de traiciones, è infamias, mal podia guardarle. Encendiòse entonces la guerra de Granada. Saliò el Infante Don Fernando por General à reprimir el orgullo del Moro, y Don Ruy Lopez Davalos à su lado. Pusieron cerco à la Ciudad de Antequera, dieronla muchos combates, hasta que la rindieron, y ganaron. Fue de mucha consideracion esta victoria, general el regocijo de los Christianos, grandes los aplausos.

Antequera se ganò à 16. de Setiembre de 1410.

Siempre el Cielo premia la modestia, y assi permitiò, que à este Infante Don Fernando, que no quiso la Corona que le ofrecia el Reino en perjuicio del que viviò con mas derecho, se le viniesse por heredencia la de Aragon, Valencia, y Cataluña, que aunque tuvo muchos competidores, y en especial el Conde de Vrgel, que le alegaba mejor derecho, por descender de varon, mirando al primer tronco, no bastò nada para que los Jueces arbitros, que se nombraron sobre ello, que fue el uno San Vicente Ferrer, natural de Valencia, dexassen de adjudicar la Corona à Don Fernando, en que se hallò presente el Papa Benedicto, aquel que en cisma, permanecio siempre entero en su teson, sin

que el poder del mundo pudiesse doblegarle. Y aunque el ascenso deste Principe, y su felicidad, fue de summa alegria para Don Ruy Lopez, parece que en su ausencia comenzò à sentir su falta, porque como la Reina viuda venia à quedarse sola en el gobierno de Castilla, quien duda, que haviendo sido Ruy Lopez quien alentò el intento de desheredar à su hijo, dexaria de estàr mas que sentida? Mas como quien es prudente sabe tomar los tiempos como corren, fuesse portando al sabor del tiempo. Passaron algunos años hasta que ya el Rey Don Juan frisaba en los catorce, que por esto, y por la muerte de la Reina su madre, se encargò del Reino, con no alteraciones pocas, que al modo de guerras civiles se empezaron à mover entre los Grandes, pretendiendo cada qual alzarse con el valimiento, y aun cargarse de la Magestad, para tener mas mano. Don Alvaro de Luna, sobrino del Papa Benedicto, y quien quizà con ayuda de Don Ruy Lopez llegò à ser page en Palacio, como sagaz, y mañoso, que lo era grande, y como quien se havia criado con el Rey en las niñeces, que es quando las voluntades toman un genero de parentesco: este Caballero, pues, se apoderò tanto de su voluntad, que aunque otros, y Don Ruy Lopez con ellos, tenian alguna mano, èl lo trastornaba todo.

Del Rey Don Fernando de Aragon, que viviò poco, quedaron muchos hijos, Don Alonso el mayor, que sucediò en la Corona, y los Infantes Don Juan, Don Enrique, y Don Sancho, Doña Maria, y Doña Leonor. Como el mayor quedò con el Reino, heredò à los Infantes en los Estados, que de su patrimonio tenia en Castilla. A Don Juan le diò el Estado de Lara, y à Medina del Campo. A Don Enrique le dexò à Alburquerque, y à Don Sancho à Montalvan. Por este respecto, en compañia de su madre la Reina Doña Leonor, gran señora, se vinieron à Castilla, donde como primos hermanos del Rey, se hicieron todo el lugar que sus partes merecian. Casaron à Doña Maria su hermana con el mismo Rey. Y Don Enrique pidiò por esposa à la Infanta Doña Cathalina, hermana del Rey, y prima suya. Huvo alguna tibieza en darsela, y Don Enrique, que era brioso, casi à fuerza de armas, quiso sujetar la voluntad, que aun de esto se vino à desazonar la Infanta, de que pidiesse con amenazas, y con fieros lo que se acostumbra pedirse con alhagos, y finezas. En fin, saliò Don Enrique con su pretension, casò con Doña Cathalina, y dieronle en dote el Estado de Villena, que como dexamos

di-

dicho, fue lo que el Rey Don Enrique le cercenò al Marquès, y assimismo el Maestrazgo de Sant-Iago Con esto vino à quedar el Infante Don Enrique el mas poderoso de fuerzas en Castilla, como el mas alto en linage, cuñado del Rey por ambas partes, y primo hermano suyo. Arrastrò à su voluntad à los mas Señores, y de ellos en primer lugar al Condestable Don Ruy Lopez Davalos, que respectando en el hijo la persona de su padre, à ley de agradecido, le fue siempre leal, y compañero. Con las revueltas, pues, que dexamos apuntadas, fue forzoso haver parcialidades. Don Enrique, con los de su faccion, no pudiendo tolerar las demasias, los desacatos, y exorbitancias, que con el poco gobierno del Rey havia en todas las cosas; culpa, que generalmente se atribuìa à Don Alvaro de Luna, como que quiso por fuerza remediarlas. Su ardor juvenil, por mas que se moviera zeloso, le precipitò à algunas acciones desatentas. Tuvo como cercado al Rey en la Villa de Montalvan, y tan apretadamente, que ya los caballos, y jumentos servian de vianda à los cercados. De esta, y otras cosas comenzaron los emulos à levantar sus torres. Con capa de zelosos tiraron à destruirlos. Ayudaron al intento falsedades, con que vino à facilitarse la caìda.

Llevarólo mui mal los de Villena, que volviera à enagenar el Estado, haviēdose resca tado antes à dineros, y da doles el Rey D. Enrique privilegio, q̄ jamas lo enagenaria el, ni sus sucessores. Mariana, tom. 20. ca. 12.

Acusaron, pues, al Condestable Don Ruy Lopez, de haver ofendido à la Magestad Real: el mismo crimen imputaron al Infante Don Enrique, y al Adelantado Pedro Manrique, y à Garci Fernandez Manrique su hermano; que estos quatro Señores eran las cabezas, y liga de una faccion. Por mas innocentes que estuviessen, temiendo el sonido de delito tan atroz, andaban recatados, y aun casi unidos siempre. Publicaronse las Cortes para Madrid, aunque el principio de ellas fue en Toledo. Citaron para ellas à estos quatro Señores: avivòse mas su sospecha, y temieron alguna zalagarda; dieron por excusa tener muchos enemigos, y que procuraban huir algunos empeños. Apretòse por parte del Rey la dificultad, y aun se les amenazò la fuerza, si no iban de grado. Ya comienza à rodar la suerte; pues los que eran tan temidos, tan respetados, tan dueños, se miran ya temerosos, y cobardes; Don Ruy Lopez, como anciano, y valeroso, como avisado, y prudente, por mas que le animaba su innocencia, temiò arriesgar la vida al lance de una traicion, y assi diò de parecer, que ni todos fuessen, ni todos se excussassen, con que en lo uno se asseguraban las espaldas, à lo que podia suceder, y en lo otro se atajaba la calumnia de lo que podian objetar. Con este

acuer-

acuerdo vinieron à resolver, que fuessen à las Cortes el Infante Don Enrique, y Garci Fernandez Manrique; pero que Don Ruy Lopez Dabalos, y Pedro Manrique, quedassen à la mira en lugares seguros, para acudir al remedio.

quando rueda la fortuna à la desgracia, casi siempre sucede lo que se està temiendo. Con mucho agrado fueron recibidos el Infante, y Garci Fernandez, aposentaronlos bien: mas todo fue assegurarlos, pues no durò sino un dia la bonanza. Al ir à besar la mano al Rey el dia siguiente los prendieron. Fiaos de buenos semblantes, y de ceremonias: hacer buena cara, y descargar el golpe. A Don Enrique enviaron pressò al Castillo de Mora, y à Garci Alvarez de Toledo por su Guarda Mayor. Grande fue la acusacion, que à estos Señores se puso, de traidores à su Principe, y à su Patria, y de haverse para ello carteado con los Moros. Contra Don Ruy Lopez se assestaron mas los tiros, pues en publica Audiencia se leyeron catorce cartas suyas, escritas al Rey Moro de Granada. La sonada del caso, la maldad atròz lastimò los oìdos desapassionados. Los mismos que no querian creerlo, al vèr los instrumentos se encogian de hombros. El que mas braveaba en decir, no puede ser, al vèr firma de Don Ruy Lopez Davalos, tragando salivas, reprimia el incendio del corage. Los que alentaban la obra contra el innocente, viendo la suya, todo era discurir de unos en otros, mostrando à estos unas cartas, y leyendo otras à aquellos, todo era inficionar los animos, moverlos à desazon, provocarlos à enojo, quitarles la lastima, todo era con ahumadas de traicion, apellidar con el vulgo, muera, muera, y todo era en fin, echar por el suelo la opinion de un hombre noble, la fama de un Condestable, el credito de un valido, las fuerzas de un poderoso. Todo era, si assi puede decirse, querer mancillar el generoso Tronco de los Avalos, para que las ramas que dèl se desgajassen, impedidas con la infamia, no aspirassen à grandezas. Todo era, digamoslo de una vez, quitarle la fama, y vida à Don Ruy Lopez.

Los Jueces que se nombraron para esto, privaron à estos Señores de sus bienes, y rentas. Pedro Manrique apenas supo lo que passàba, quando dexando à Castilla, huyò à Tarazona. Don Enrique, como era tan gran pajaro, aunque estuvo mucho tiempo presso, al fin, con la ayuda de sus hermanos, Rey de Aragon el uno, y el otro de Navarra, saliò bien de todo. Volvieronle sus Estados, sus honras, y sus rentas. Lo mismo le volvieron

à Pedro Manrique. Solo Don Ruy Lopez fue el mas desgraciado, y contra quien la enemiga tuvo siempre mas teson, indicio claro, que fue el Castillo Roquero, contra quien los emulos assestaron mas las lanzas. Al punto, pues, que supo el infeliz Caballero, lo que passaba en las Cortes, y la prision del Infante Don Enrique, à toda diligencia se retirò à Segura de la Sierra, cuya fortaleza, vallada de inaccessibles riscos, juzgò le daria asylo para assegurarse de aquella tempestad. Llevò en su compañia, à ley de buen amigo, à la Infanta Doña Cathalina, muger de Don Enrique, que aunque hermana del Rey agraviado, no quiso dexarle expuesta al riesgo, que podia temerse en tal trasiego de cosas. Aunque la seguridad del sitio pareciò bastante por algunos dias, como crecia la tormenta, no la tuvo yà Don Ruy Lopez por seguridad. Temia grandemente una prision, por no dàr à sus emulos mas venganza, y por no llorar entre grillos sus desdichas, y por no verse quizà en manos de un Verdugo. Estas consideraciones, repassadas con hartos sentimientos à la luz de su discurso, comenzaron a inquietarle, de manera, que sin fiar de su justicia clara, el afianzar de su innocencia, dexò a Castilla, y se passò a Reino estraño. Fuesse a Valencia, y en una casa harto pobre, desnuda de asseos, desarropada de aliños, comenzò a llorar sus cuitas.

Dexò en Castilla Don Ruy Lopez grandes Estados, que fueron Arcos, Arjona, Ossorno, Ribadero, Candelada, Arenas, sin Pueblos buenos, y muchos, con que la Casa ilustre Davalos se mantenia en su grandeza; mas yà con este rebès de la fortuna, como el soberbio edificio, que herido del rayo, ò desmoronado con la mucha edad, se viene al suelo, y de sus desperdicios, y ruinas, se suelen ir levantando nuevas casas, assi cayendo en tierra esta gran Casa, por toda excelencia grande, de los Estados muchos que la componian, se fueron apoderando muchas familias ilustres. A muchos hizo el Rey grandes señores con lo que era de un señor; Duques, Condes, y Marqueses, se vieron dueños de la hacienda de su Ruy Lopez. La capa del justo se dividiò en muchas partes. El mejor giròn, que fue la Dignidad de Condestable, le tocò por suerte a Don Alvaro de Luna. Gran bocado, pero pudiera temer la vuelta, y considerar, que lo que no se adquiere por buen medio, suele hacer mal estomago, y cosas mal digeridas, arrastran a la muerte. Quizà por no volverle a quitar a Don Alvaro esta Dignidad, fue causa quando se averiguò el

enredo de volverle a Ruy Lopez sus Estados; y quizà por esto permitiò el Cielo, que la perdiesse despues con mas afrenta.

Yà tenèmos à Ruy Lopez despojado de sus honras, privado de sus Estados, enajenados sus bienes, perdido su credito, dado por aleve, fugitivo de su patria, desterrado por la ajena, negado de los amigos, olvidado de parientes, pobre, en fin, en un rincon, cargado de años, y lleno de desdichas; y yà, si le dexaran con esto, pudieran tolerarse los trabajos, mas no les parecia a los emulos, y à los que con su hacienda estaban ricos, asseguraban su particular, sino quitaban de raìz el estorvo. La vida de Don Ruy Lopez, aunque en miseria tanta, les daba pesadumbre; y assi, para acabarle del todo, hacian sus poderios, para que el Rey de Aragon le entregasse presso, como deliquente foragido. Enviaronse sobre esto Embaxadores al Rey Don Alonso, que estaban à la sazon en la conquista de Napoles, y oìda la peticion, respondiò, que conforme los fueros de su Reino, no podia dexar de amparar à todos los que se acogiessen à sus tierras; demàs, que el estàr en ellas Don Ruy Lopez Davalos, era con salvo conducto que le tenia otorgado, y quebrantarle, seria contravenir al derecho de las gentes. Dalmacio, Arzobispo de Tarragona, vino à Castilla à traher esta respuesta, que aunque el Rey, por su blando natural, la admitiò sin enojo, desazonò en summo grado à los mal contentos.

Quando la Reina Juana le adoptò por hijo, y sobre llevarse mal, resultaron las discordias.

A estado tan miserable estaba reducida la grandeza de Ruy Lopez, quando Dios, que no se olvida de los afligidos, y en lo apretado de las necessidades abre camino al remedio, permitiò se fuessen desmarañando las tramas, que dieron cuerpo al embuste. Rugiase siempre entre los que miran sin passion las cosas, que eran falsas aquellas cartas, que se atribuìan à Ruy Lopez, no pudiendo pesuadirse, que en Caballero tan Christiano, y tan leal cupiesse aquella traicion. Hablabase, y oìase esto en muchas conversaciones, y de el decirlo assi, y del ventilarlo, no faltò quien discurriera el como podia haver sido. Comenzòse à tener sospecha de un Secretario de Don Ruy Lopez, llamado Juan Garcia, hombre, al parecer, doblado, y de malas mañas. Dadme, pues, si èl havia sido notado de esta habilidad en otras ocasiones, ò dadme si por alguna parte saltò alguna centella, que atroces delitos siempre dexan rastros, ò dadme por el modo que fue, que le echaron presso: hicieronle causa, salieron graves indicios: condenaronle à tortura, y confessò de plano su traicion, y alevosia; y como

ha-

havia falseado aquellas catorce cartas del Condestable Don Ruy Lopez Davalos, solo a fin de acabarle, y destruirle, como lo havia hecho. Castigaron, pues, a este traidor con la pena de la ley, bien merecida, mas no por esto restituyeron al paciente su honra, ni su hacienda. Lo que una vez se quita, tarde, ò nunca se vuelve, por mas justicia que haya. Mucho trabajò el Infante Don Enrique, libre yà de su prision, y restuido en sus cargos, como queda dicho, por sacar a Ruy Lopez con victoria, y pagarle su amistad con obras de amigo; pero quien mas se señalò, y quien entre sus blasones puede poner: *Non plus ultra de lealtad*, fue Alvar Nuñez de Herrera, natural de Cordoba, Mayordomo de Don Ruy Lopez, en su prosperidad, y en su adversa fortuna paciente compañero: estuvo presso como consorte en el delito que le imputaron salió libre de su prision, y no tuvo sossiego, hasta que convenciò a Juan Garcia de inventor de la maldad, y como a falsario le hizo executar la pena. Esto concluido, solicitaba con todo esfuerzo, y cuidado la causa de Ruy Lopez, no dexando diligencia por hacer, ni perdiendo punto en la solicitud, y lo que es mas digno de memoria eterna, sabiendo la necessidad con que vivia Don Ruy Lopez en Valencia, vendiò todos los bienes, alhajas, y presèas que de èl havia recibido, y hecho todo dinero, en cantidad de ocho mil florines de oro, los metiò en unos maderos de un telar, que hizo huecos para el caso, a fin, que el negocio fuesse con todo secreto, y cargados en un jumento, y su hijo a pie, con habito disfrazado se los remitiò a Valencia, para que se remediasse. Lealtad por cierto merecedora de todos elogios, y poco usada, aun de los que se precian mas de agradecidos. Socorrer al que ha cogido la rueda, al que cayò de la privanza, al que no puede valer: con un pesame suele ayudar el que mas; pero con darle su hacienda, nadie lo acostumbra. Todos les faltan a los miserables; y assi, por dexar a Don Ruy Lopez todos sus amigos, pues si no fue Don Enrique, y su criado Alvar Nuñez, le dessampararon todos; no viò acabado su pleito, aunque viviò con esperanzas siempre de ser restituido a su dignidad, y Estados. Era menester desnudar à muchos, para vestir al desnudo: y ropa hecha carne, y sangre en cuerpos de poderosos, tiene mui dificil la restitucion, y mas teniendo Don Alvaro de Luna, que lo mandaba todo, el mejor bocado en si, qual era la dignidad de Condestable. Pero en un Tribunal tan recto de Castilla, donde particularidades no tuercen el derecho, como se la

nie-

niega à Don Ruy Lopez Davalos lo que al parecer es suyo? O si no se le niega, por què se lo dilatan? No se averiguò yà el chisme, y el engaño? No se supo el embeleco? No se castigò al traidor? El Infante Don Enrique no era el mas culpado? No se diò yà por libre? No le volvieron sus bienes? Pues por què a Ruy Lopez no? Por què suspenso su pleito? Por què no le sentencian? A mi vèr, y mi sentir, la polvora de los emulos hizo aqui su operacion; aqui andaria el chisme, aqui seria el atizar, trahiendo a la memoria al Rey cosas passadas. Ea, desdoble el Lector aqui aquella hoja que dexò doblada, aquel razonamiento de Ruy Lopez, sobre querer desheredar al Rey de la Corona, y darsela al Infante Don Fernando. No havrian los emulos hecho al Rey sabidor del caso? No tendria el Rey siempre esta brasa en el pecho? No la soplaria la envidia? No le sugiria el ser castigo justo, tomarle el Rey la hacienda, de quien quiso quitarle su Corona? Pienselo mas bien el discreto, que puede ser que yo me engañe. Ello es verdad, corriera por un camino, ò por otro, que à Ruy Lopez, ni à sus hijos, no se les volviò ningun Estado. El Rey Don Alonso de Aragon anduvo bizarrissimo en socorrer, y amparar a un Caballero tan grande, y a una Casa tan Augusta. Mientras viviò Don Ruy Lopez le sustentò con sus rentas, y a sus hijos, que tuvo muchos de tres matrimonios, los coheredò en Italia de grandes Estados. Proceden dellos los Condes de Potencia, y de Bobino; los Marqueses del Basto, y de Pescara. Muriò en Valencia este famoso Heroe, dia de los Reyes, à seis de Enero, el año de mil quatrocientos y veinte y ocho. Honrò sus exequias el mismo Rey de Aragon, porque el dia, y aparato fuesse todo Real, y Magestuoso. Despues de muerto le dieron por libre de lo que le imputaron. A buen tiempo el consuelo para quien yà no siente! Estas son las privanzas del mundo. Espejo son los exemplos, donde se deben mirar los mejores afortunados, para enseñarse a temer en la mayor bonanza, y para saber sufrir en la mayor caida. No es David solo el que grangea odios por privado, compañeros tiene con que poder consolarse. En Ramata le dexamos con Samuel, entretenganse alli un poco, pues serà razon, que valvamos a vèr de la manera que entretiene Michol a los Ministros, porque no vayan siguiendo las huellas de su esposo. La mas lindea entretenida es, que se halla escrita en las historias Sagradas, digna de todo elogio, y merecedora del mayor aplauso. Digamos como passò, pues es mui justo.

CAPITVLO VI.

DE LA ASTVCIA DE LA INFANTA MICHOL, PAra salvàr à David.

DExamos à Michol con las cuerdas en la mano, tendidas por el muro; si con dolor de la ausencia, ello se dice; si valiente en el fracaso, la obra lo pregona. Volviòse à despedir desde el balcon de quien le llevaba el alma en el afecto, y luego diligente, y presurosa, ayudada de criadas (que claro està, que sin mucha ayuda no lo podia hacer todo) tomò una estatua, yà fuesse marmol, yà bronce, de las que en los Palacios suelen tener los Principes por adorno, ò por tropheo, y aliñandole la cabeza de una piel cerdosa, que en modo de cabellera suplia aquella falta, tendieronla en el lecho de David, y cubrieronla con la colcha, y las olandas. Esto assi dispuesto, dexando sobre un bufete una buxia, cerraron las puertas, y ventanas del aposento, y echòse voz por la casa, que estaba David doliente. Fingiòse la turbacion, y cuidado que suele haver en necessidad semejante, los criados, y criadas industriadas de su dueño, hacian lindamente sus papeles; Michol authora de todo, mantenia la tramoya. Unos entraban al aposento, otros salian, uno se llegaba al lecho como que hablaba David, otro la hablaba à Michol à modo de consolarla: por una parte publicaban con suspiros la dolencia, por otra con ademanes la demonstraban mortal. Los Ministros del Rey, que como ya diximos, tenian cercada la casa, esperando que amaneciesse, para en levantandose David matarle (porque matar à uno en su cama, era una torpe maldad de los Hebreos) como vieron el desassossiego de los criados, y escucharon los suspiros de Michol, y entendieron, finalmente, la causa de donde procedia el cuidado, quedaronse confusos, sin saber què hacerse; por una parte el mandato del Rey los apretaba; por otra el vèr enfermo à David les detenia: sentian por una parte irritar mas el enojo de un señor ofendido, y lastimabales por otra ensangrentar el lecho de un paciente. Perplexos, pues, assi, no acababan de determinarse: era ya tendido el dia, y Saul, que inquieto toda la noche havia madrugado a tener mañana alegre con la muerte de David, como advirtio la tardanza, enviò nuevos Ministros à ver lo que se havia hecho, y con nueva orden, para que se executasse su primer mandamiento.

Text. y Glos. Exod 1. Regum cap. 19.

Nicolas de Lyra.

Llegaron, pues, los Ministros de justicia (que con la sombra del Rey suelen ser pocos los que miran en respectos) y encontrando con Michol, que prevenida de discreta arenga, les recibiò algo llorosa, le pidieron por David, haciendole notoria la orden que llevaban. Michol, cuyo solo fin era dàr tiempo a su querido dueño, para que ganasse tierra con la huida, comenzò querellosa a lastimarse de su poca suerte, y de la enfermedad con que yacia David, postrado en el lecho, todo pesadumbre, todo pena, y todo desazones: fingiò esto con tanta sal, con tan dilatados periodos, con tantos parentesis de llanto, que abobados los Ministros, y pendientes de sus razones, no atinaban à despedirse. Todo era ir haciendo tiempo al intento de Michol, que por las horas le iba tassando à David las leguas. Fueronse, en fin, los Ministros, llevando al Rey por respuesta, y por excusa el estàr David doliente, por cuyo respecto no havian executado su mandato. El Rey, que quizà rezelò la maraña, les preguntò, si ellos mismos havian visto a David? Respondieronle, que no; pero que el cuidado, y la turbacion que andaba por la casa, daban bastantes indicios de la verdad, demàs de haver sido la Infanta misma quien les havia contado la dolencia. No puedo creerlo (replicò Saùl) y quizà es algun engaño, para suspender mi rigor, por lo qual volved al punto, y sin respectar el sagrado del lecho, ni tener atencion a la Infanta, trahedmele aqui presso, sirvale de silla su misma cama, y en ella misma dèsele muerte, si no pudiere hacerse de otro modo.

Con temor, y con verguenza volvieron los Alguaciles, considerando el riesgo a que iban expuestos, si tomaba a mal la Infanta aquella befa. Hicieron sus poderios, por disuadir al Rey del rigor; mas viendo, que era echar leña al fuego, volvieron como mandados, que con decir, que lo son, se excusan en tales ocasiones. Llegaron con mucha cortesia, hicieron su ceremonia, contaron su desazon, con las demàs arengas, de que se suelen valer los Ministros, quando vàn a sacar un delinquente de la casa de un señor, que por respecto, ò por miedo sienten la tachada, y temen la salida. Aquello de no quisieramos venir a esto, por el mundo todo, y si no es con mucho gusto de V. Alteza, nos volverèmos; la obediencia nos trahe, sentimos dàr pesadumbre, hemoslo excusado, no ha tenido remedio, somos corteses, y obliganos a estragar la cortesia. A estas satisfacciones, que son el A, B, C, de los Ministros, correspondiò Michol agradecida,

da, y preguntòles à lo què tornaban? Que ſiendo coſa hacedera, y guſto del Rey ſu padre, era fuerza darles lugar a todo. Entonces el que iba por cabo de la Corte, dixo, que volvian por David, para llevarle à la preſencia del Rey, del modo que eſtuvieſſe. Con ſemejante recaudo ſe diò pie baſtante para un buen rato de dilacion, que en bien laſtimadas quexas ſupo Michol gaſtarle. Pero, en fin, ni eſtas laſtimas, ni eſtas quexas, ni el moſtrarles en el lecho la apariencia de David, ſirvieron coſa alguna, para que dexaſſen los Miniſtros de remitir a los ojos, y a las manos el examen, y violencia. Llegaron al lecho amontonados, temiendo, que irritado un corazon valiente, hicieſſe los deſafueros que ocaſionaba el rigor; mas quando al levantar la ropa, y al correr las cortinas, penſaron hacer preſſa en el cuerpo de David, ſe hallaron atonitos, abrazados de una eſtatua, que los dexò a todos tales con el miedo, quedando marmoles frios a la preſencia del marmol. Conocieron la burla, advirtieron en la traza, y volvieronſe corridos.

Informado el Rey del caſo, ciego de la peſadumbre, y rabiando de corage, hizo llamar a Michol, que prevenida de excuſas llegò, aunque temeroſa, a ſu preſencia. Hizola el cargo, diciendo: Por què razon me engañas de eſta ſuerte? Para què con fingimientos te burlas de la Mageſtad, y echas por tierra mi credito? Por què antepones a la vida de tu padre, la vida de mi enemigo? Por què has hecho, que ſe huya, quien vendrà mañana a matarme, y a quitarme la Corona? Por què, en fin, Michol, me doblas los peſares, y aumentas las congoxas? A todo lo qual ſatisfizo Michol con otro nuevo engaño. Què podia hacer, dice, una muger forzada de un marido? A un amagado puñal, y a una muerte amenazada, quien puede hacer reſiſtencia? Dixome David anoche, quando ſe viò cercado de tu Guardia, que le buſcara modo de librarle, que entretuvieſſe la gente, y lo ayudaſſe a ſalirſe, donde no, executaria en mi vida muerte horrenda. A una reſolucion como eſta, a un corazon deſpechado, a un ofendido reſuelto, què excuſa podia darle una muger hecha al llanto, y al miedo? Ofrecì le ayudaria, y valìme de eſta traza, penſando fuera entretenida, que apaciguara tu cuidado; pero ſi ha ſido yeſca al fuego de tu enojo, y todavia en tu pecho arden las llamas de la venganza, fulmina contra mi los rayos de tus iras, que pues David, y yo ſomos un alma, con quitarme a mi la vida, le daras a el la muerte. Si intentas buſcarle, matale en mi

pecho, que seràn las heridas que èl mas sienta, y muerte para mi menos crecida.

Interrumpiò el llanto, hecho en la garganta nudos, las palabras lastimosas de Michol, en avenida de lagrimas fluctuaron las razones, y en suspiros, y sollozos se rematò el discurso. Poca pena le diò al Rey, mas corage sì le diò, y assi tratò con presteza del despique. A fuerza de las diligencias, tuvo noticia de que estaba David en Ramata, y que la casa de Samuel le servia de asylo. No aguardò mas, sino al punto despachò personas que le quitassen la vida; pero Dios, que nunca olvidò a los suyos, permitiò, que los mismos que fueron a matarle, quedassen compungidos, y devotos, cantando en communidad de los Prophetas divinas alabanzas. Hicieronse a la parte del justo, y no quisieron executar el mandamiento tyrano. Despacharon para el efecto a otros mas bravos, y a otros, y todos yendo crueles, se quedaban Religiosos. Hasta el Rey probò la mano, y le sucediò lo mismo, fue a matarle vengativo, y se convirtiò en piedad toda ira. Dexemosle en este estado, y dèmos vivos a la hazaña de Michol, para que como en dechado aprendan a ser valientes las mugeres nobles, venciendo lo fragil de su naturaleza, con lo grande del afecto; que si la muger honrada es corona del marido, amandole como debe, obligacion le corre en apretados lances, à amparar, y defender la cabeza que corona.

EXEMPLO. I.

Similes, y Exemplos de mugeres valerosas.

POr muchos titulos es razon que tenga el primer lugar la Condesa Doña Sancha, muger del Conde Fernan Gonzalez, pues fue la primera que pudo igualarse a Michol en las astucias en lo varonil, y en lo bizarro, y hermosa, y en la que primero se llamò señora de Castilla, sin tributar vassallage a Rey ninguno, cuya heredada sangre, mezclada con la Austriaca, resplandece, y reverencia en los Reyes Catholicos de España. Fue esta señora hija del Rey Don Sancho Abarca de Navarra, bien nombrado en las historias, a quien el mismo Conde Fernan Gonzalez en campal desafio diò la muerte. Vino a casar con èl mas por cautela de quien hizo el casamiento, que por otras conveniencias, ni alianzas, aunque el color era honesto de borrar assi la reciente

san-

sangre del difunto. Fue este el caso: Doña Teresa, Reina de Leon, y yà viuda, era hermana mayor de Doña Sancha, y hermanas las dos de Don Garcia, que por muerte de el padre sucediò en la Corona de Navarra. Tenia Doña Teresa mui à la vista la muerte de su padre, mui presente el agravio, mui à los ojos la afrenta. Era de animo cruel, y vengativo, y procuraba hallar modo con que despicar sus rabias. Pareciòle buena ocasion haver quedado el Conde viudo de Doña Urraca su primera muger, para con el color de ofrecerle à Doña Sancha en casamiento, poder prenderle, y matarle. Estaba la Infanta Doña Sancha en Navarra en poder del Rey su hermano. Supo los conciertos, aunque no entendiò la zalagarda que se urdia en ellos. Era entendida, y viò que le estaba bien el casamiento, pues fuera del Rey no havia mayor señor que el Conde Fernan Gonzalez. Su fama, sus hazañas, y sus hechos le hacian en aquella Era el mas cèlebre del mundo. Lo galan de su persona, y lo afable de su condicion, eran partes que arrastraban comummente los afectos. El Conde tambien no se daba por menos interessado en casar con Doña Sancha, no solo por sus altas prendas, sino por la dote de gracias con que la adornò naturaleza. En fin, los que havian de hacer el matrimonio, se hallaban gustosos, y prendados; pero los concertadores miraban à diversos fines, pues todo el intento iba enderezado à la venganza. El Rey D. Sancho de Leon, y la Reina su madre, caminaban à lo secreto, pues con ajena mano buscaban el castigo. El Navarro era fuerza haver de sacar la cara à la traicion, manifestando las tramas de su engaño en una fee rompida. Estaba el casamiento à todos tan à cuento, para olvidar rencores, para sossegar motines, y para hacer amistades, que ni el Conde sospechò el engaño, ni nadie adivinò la maldad; mas quien prevendrà traiciones, y mas de personas grandes?

Hechos, pues, los assientos, y ajustada la materia, se partiò el Conde à Navarra à cumplir el trato, en el lugar que dexaron aplazado para celebrar las bodas, y para hacerle la entrega de su esposa. Llevò acompañamiento lucido, pero todos sin armas, que era una de las condiciones, por evitar alborotos, por entre gente de diversas naciones, y mas tan opuestas como Castellanos, y Navarros, suelen suceder de ordinario. Este fue el color, pero no fue este el fin, segun lo que sucediò, porque apenas el Conde, bien ajeno de sospechas, llegò al lugar señalado de las bodas, quando en vez de hallar fiestas prevenidas, hallò

prevenidas armas; en vez de saraos, hallò estrepitos Marciales, en vez de gustos, prisiones, y en vez de thalamo, una obscura carcel. Hizo prenderle el Rey, faltando à la fee, à la lealtad, y à la razon. Obra fue de cuñado, aunque mala obra. La Infanta Doña Sancha, que como queda advertido, no tenia parte en la traicion, se vino à hallar como novia de comedia, que solo dura mientras se representa. Hallòse corrida, y conociò, que su boda no havia sido mas de una mascara, con que encubrir el engaño. Como era avisada, comenzò à discurrir en la materia, diciendo: Como, què me echen à mi por capa para vengar passiones? Què me ofrezcan por muger de quien intentan matar? Què hagan à mi hermosura cebo dulce, para atraher al lazo à quien se me diò por dueño? Què venga yo à ser causa, de que se venga el Conde à manos de sus contrarios, y que pierda la vida en que tengo mi mitad? Por quien me tendràn à mi los que supieren el caso? En què opinion quedarà Doña Sancha de Navarra? Si el Conde matò à mi padre, fue riñendo como honrado, no con traicion le matò; y assi, el despique busquele mi hermano el Rey, lanza à lanza, y cuerpo à cuerpo, no con falsedad, ni engaño; y si acaso no se atreve, menos que con estas trazas, no me meta à mi en la alevosia, ni haga à mi casamiento capa de su ruindad. El Conde es yà mi marido, que aun sin vernos, mediante las voluntades, se han desposado las almas, y assi, mas obligacion vengo à tener al Conde, que à mi hermano; aunque se atraviesse un mundo, es un marido antes, y pues me le dieron tal, procurarè defenderle à costa de mi vida.

Con estas, y semejantes razones sentia Doña Sancha à sus solas la burla de su hermano, la prision del Conde, y el credito suyo, y procuraba modos para una grande hazaña. Era animosa mucho, hallabase enamorada, y veiase resuelta, què no venceria? Tal fue su maña, tal su astucia, tal su animo, que previniendo llaves, engañando guardas, y assegurando caminos, sacò al Conde de la carcel, haciendole lado, no solo de muger, sino de valiente, que en todo era extremada; se partieron à Castilla, dexando burlados los designios del Navarro, y de su hermana Doña Teresa, que sabidores del caso, Don Garcia comenzò à apercebirse para la guerra, que era fuerza que le diesse el Conde, y Doña Teresa en Leon, comenzò a urdir nuevas tramas, para haverle a las manos, y vengar sus iras. Como quien escapa huyendo, y mas de enemigo poderoso, y por sus mismas

tier-

tierras, bien assi como David, quando huyendo de Saul caminaba à Ramata, marchaban à toda prießa el Conde, y su amada compañia, harto alivio para olvidar la pena, y harto gusto para no sentir el cansancio; porque llevar à la vista el dueño de la libertad, y dueño tan del alma, es huir con commodidad. Con menos sentimiento huyera David, si le fuera haciendo lado su hermosa Michol. En fin, por torcidas sendas, por caminos menos usados salieron de Navarra, y llegaron à Castilla, donde es indecible el contento, y alegria de que se llenaron todos, el señor, y los vassallos, que à fuer de leales, iban yà por la Raya de Navarra, resueltos a no volverse sin su dueño. Aumentò con mas alborozo los placeres, la vista de tan hermosa señora como Doña Sancha, y saber la bizarria con que havia andado su animo valiente. Llegaron à Burgos, donde se celebraron las bodas con todo genero de fiestas, y regocijos.

No aguardò el Rey de Navarra, que se apercibiera el Conde, y fuera à su casa à buscarle, sino que con la mayor presteza que pudo, juntò toda su gente, y quiso adelantarse, fulminando amenazas muchas en despique de la burla de su hermana. Con estos buenos aceros llegò à las fronteras de Castilla, donde yà el Conde, no menos apercebido, saliò à recibirle. Dieronse la batalla campo à campo, en que saliò el Conde con la victoria, y el Rey Don Garcia quedò vencido, y presso, que fue lo que sintiò mas, que venir à manos del enemigo, y cuñado, y agraviado, son tres males juntos, y terribles todos tres. Nadie pretenda agraviar, que por los mismos filos permite muchas veces el Cielo el desagravio. Don Garcia prendiò al Conde, yendo sobre el seguro de su fee, y à un baiben de la fortuna se viò prissionero del mismo que havia agraviado. Trece meses se le olvidaron en la prision, y si no fuera por lagrimas, y ruegos de su hermana Doña Sancha, passara mas adelante. En fin, el Conde se dexò vencer, y puso en libertad à su cuñado, que cada uno en las ocasiones hace como quien es, y no hai victoria mayor, que vencerse à si mismo un ofendido. Don Garcia separtiò à Navarra, y Doña Sancha diò las gracias al Conde del favor hecho à su hermano, que aunque no se lo debia en correspondencia, puede mucho el derecho de la sangre en los peligros.

La Reina Doña Teresa, pesarosa de lo mal que se le havia logrado su iniencion, por no haverle sucedido como pensaba la zalagarda que armò al Conde en el casamiento de Doña Sancha, de-

determinòſe cruel à armarle nuevos lazos. Libreos Dios de una muger vengativa, y mas ſi es poderoſa, porque haſta conſeguir lo que deſea, moverà el infierno. Perſuadiòle, pues, à ſu hijo el Rey Don Sancho de Leon, à que ſacaſſe la cara contra el Conde, y que vengaſſe la muerte de ſu avuelo, con hacerle ſi quiera morir en una carcel, entre cadenas, y grillos, que ſuele ſer una muerte prolongada, y mas penoſa. Diòle la traza con que ſin derramar ſangre, ni coſtar ruidos, podia haverle à las manos facilmente, y eſto era llamandole à las Cortes del Reino, à que à ley de vaſſallo eſtaba obligado à acudir ſiempre que le llamaſſen. En eſto ſolo eran ſujetos los Condes de Caſtilla à los Reyes de Leon, en aquella edad, del qual dominio ſe libertò el Conde de alli à poco, por deſquite de una cuenta. Y fue el caſo, que en las Cortes que tuvo eſte miſmo Rey en Leon, el año de novecientos y cinquenta y ocho, le vendio el Conde un cabailo, y un azor, ambos animales extremados, que aunque ſe los ofrecia graciosamente, viendo al Rey aficionado, no quiſo recibirlos menos que por venta, en la qual ſe puſo una condicion terrible, que caſo que no ſe pagaſſe el precio el dia ſeñalado, por cada dia que paſſaſſe, ſe fueſſe doblando la paga. Paſſaronſe muchos años, y al cabo de ellos, pidiendo el Conde ſu deuda, y nombrados por el Rey ſus Contadores, para hacer la paga, hallaron que ſubia tanto la ſumma, que con todos los theſoros Reales no havia para pagar. Y aſsi vino à concertarſe, que en recompenſa de la deuda, quedaſſe libre Caſtilla, ſin reconocer en adelante vaſſallage alguno à los Reyes de Leon. Coſa de chanza parece, ſi no lo contaran por verdad las hiſtorias de Eſpaña, y Authores de mucho credito, poner un vaſſallo ſobre coſa tàn menuda condiciones à ſu Rey, y executarle por ellas; pero no hai que eſpantar, que eran aquellos tiempos mas ſencillos, y no ſe reverenciaban las Mageſtades como ahora. Demàs, que como fue guſto de un Rey, no hai que andar en diſputas ſobre guſtos. Volvamos à nueſtro cuento.

Llamò, pues, al Conde à las nuevas Cortes, fue à ellas con poca voluntad, que eſcarmentado de la traicion paſſada, lo juzgaba engaño todo. Como lo temiò vino à ſucederle. No le ſaliò à recibir el Rey como ſolia, y al irle à beſar la mano, le hablò mui malas palabras, dixole muchos oprobrios, y muchas peſadumbres, que quien tiene buena gana de reñir, en poca ropa halla bien en que cortar, quanto, y mas donde havia tanta materia para deſazones; la muerte de ſu avuelo Don Sancho Abarca, la

pri-

prisſion de Don Garcia ſu tio, y el haverſe trahido à Doña Sancha à hurto del hermano, coſas que con poco color parecian demaſias. En fin, le hizo poner en priſsion, y à buen recaudo, cauſando harta turbacion en los animos nobles. Sola la Reina Doña Tereſa, viendo cumplido ſu deſeo, no podia contener la alegria, lo que à todos fue peſar, le ſirviò de placer. La Condeſa Doña Sancha, ſabido lo que paſſaba, tuvo el ſentimiento que puede preſumirſe de una muger que ſabe ſentir, y amar; que no todas las que aman lo ſaben ſentir. Como era tan aſtuta, no quiſo reducir à tropelia ſus ſentimientos, ni hacer alardes de guerra, que en vez de cura enconaſſen mas las llagas. Conſiderò prudente, que aunque ſus vaſſallos eran muchos, y leales à fuer de Caſtellanos, ſe hallaban ſin cabeza, que las fuerzas de el Rey eran mayores, y que aſsi en tales caſos era cordura uſar antes de maña, que de fuerza. Revolviò, pues, conſigo muchas trazas, buſcò todos los ardides, è inclinòſe al mas ſutil, y menos peligroſo. Fingiò querer ir en romeria a Sant Iago, porque la priſsion del Conde tuvieſſe buen ſuceſſo. Viſtiòſe de peregrina, quedandolo mucho mas en la belleza; que à la que es hermoſa, haſta humildades de trage ſuelen parecer galas, y aſſeos. Partiò, pues, de Burgos con la compañia decente à ſu perſona, y como el camino recto era por Leon, donde tenian preſſo al Conde, que era el norte de ſus paſſos, enderezò allà la proa, pidiendo el ſalvo conducto, que es coſtumbre. El Rey quando lo ſupo, admirado de la novedad, quanto pagado de la fineza, ſaliola a recibir como à tan gran ſeñora, y tia ſuya, y hoſpedòla amoroſamente en ſu Palacio; que no porque haya deſazones entre deudos, ſe ha de faltar à la corteſia, y mas con las mugeres. Tuvieron ſus hablas; quien duda que de todas las materias, en que Doña Sancha con ſagaz modo, antes ſe moſtraba peſaroſa, que agraviada, dabaſe por infeliz, ſin darſe por quexoſa: iba à rogar, y aſsi procuraba hacer la razon del poderoſo, que andarle con replicas, fuera deſazonarle, y echar à perder el ruego. Pidiòle, pues, ſobremeſa, con inſtancias muchas, con lagrimas no pocas, la dexaſſe viſitar à ſu marido, ſiquiera por conſolarle en ſu priſsion, ò por hablarle ſiquiera. La peticion era tan juſta, el ruego tan honeſto, que no hallò excuſa el Rey para negarlo. Diola licencia para eſtarſe con èl toda aquella noche; que era lo que la Condeſa deſeaba, no para holgar con el Conde, como penſarian todos, ſino por lograr lo honrado de ſu intento.

Dos dueñas, y dos Caballeros ancianos, todos en trage de Peregrinos iban con ella, pero algo atràs encubiertos caminabã quiniẽtos hõbres armados, segũ refiere Juliã del Caſtillo en ſus Reyes Godos, lib. 5. diſc. 2.

No hai para què referir los jubilos, y alegrias con que los ca-

ros consortes celebraron festiva aquella noche, y mas quando supo el Conde la traza que llevaba embebida la visita. Al comenzar el dia à dàr los primeros passos en crepusculo de luz, por entre las negras sombras, saliò el Conde de la carcel, y vestido de los adornos mugeriles de Doña Sancha, y dissimulando bien el que era ella, sin que guardas, ni porteros hiciessen reparo alguno, porque como la Condesa se havia puesto los vestidos del Conde, y le saliò acompañando hasta la puerta sin luz, y aun no claro el dia, hablando en su misma voz, que por no perder la jornada se iba à aquella hora: el mas despierto Ministro se engañàra, y el mas avisado no diera en el enredo; pues hasta alli no se sabe en las Historias Divinas, ni Humanas, que haya havido otro exemplar. Solo nuestra Michol pudo ser remedo, y pauta de esta hazaña, bien parecida en todo, como puede verse, ò si no careemoslas, à las dos en honra de toda España, y gloria de Castilla. Michol discreta, y hermosa. Doña Sancha tambien harto hermosa, y bien discreta. Michol de animo varonil, disposicion valiente. Doña Sancha, bizarra, valerosa. Michol hija de un Rey, è Infanta de Judea. Doña Sancha hija de un Rey, è Infanta de Navarra. Michol dada en casamiento à David cautelosamente, con intencion de matarle al resarcir la dote. Doña Sancha, ofrecida por muger al Conde Fernan Gonzalez, solo con engaño para prenderle, y hacer que pereciesse. Michol, muger del Heroe mas famoso que tuvo Palestina. Doña Sancha, muger del mas cèlebre Campeon que tuvo España. Michol, mui enamorada, y fina à su marido. Doña Sancha, mui fina, y enamorada. Michol, descuelga à David por la ventana para librarle del Rey su padre. Doña Sancha, saca al Conde casi acuestas de la carcel de Navarra, para librarle del Rey su hermano. Michol, viste una estatua con los atavios de David, con que engaña à los Ministros, en tanto que se huye. Doña Sancha se viste à sì misma con los vestidos del Conde, y à èl le disfraza con los suyos, con que engañados los porteros se escapa de la prision. Hasta aqui corren parejas estas dos Infantas: mas en el ultimo aprieto, juzgo que à nuestra Condesa cediò las armas Michol, porque ella fingiò con el Rey su padre, que haver hecho aquel engaño, fue porque David la havia amenazado de muerte, si no le favorecia con modo q̃ se salvasse; pero Doña Sancha, no solo no fingiò haverla forzado el Conde à aquella traza, sino que con muchos brios se hizo authora del engaño, y ofreciò por èl su vida al filo de la muerte. En fin, Michol temiò algo; pero Doña

Doña Sancha ninguna cosa temiò. Volvamos à nuestra historia.

Disfrazado, pues, el Conde con los vestidos de Doña Sancha, con rebozo el rostro, y bien disimulado, saliò de la pieza donde estaba presso, y baxando a un zaguan, segun el orden que la Condesa le havia dado, hallò un caballo prevenido, y dos hombres de valor, que le asistiessen: subiò, pues, en èl, y a toda priessa con el secreto que les fue possible, caminaron al monte de Somoza, donde hallaron quinientos Caballeros bien apercebidos, que havia dexado en zelada la Condesa. Quedaron admirados quando vieron al Conde, y supieron la traza con que havia escapado, que la Condesa a nadie havia revelado su designio, por ser prudente hasta en esto; que en casos semejantes, aun al mas amigo no es seguro descubrir el corazon; porque quantos quebrantaron el amistad por la golosina del interès? Quantos por acomodarse vendieron a sus amigos? En casos arduos, observar la sentencia de aquel Capitan valiente, que decia, que si su camisa supiera lo que tenia dentro de su pecho, la quemara. Finalmente; alborozados con el repentino placer, besaron la mano al Conde, y caminaron juntos a Castilla a prevenir armas, y gente, para volver a Leon por la Condesa. No fue menester, porque sucediò mejor que se pensaba.

Venido que huvo el dia, entraron a visitar al Conde algunos de estos que suelen comer a costa del presso, y se nombran camaradas, siendo un grado menos que corchetes. Entrarian, claro està, a darle los parabienes de la buena noche. Llevaria cada uno prevenida su chanza, con que tener un rato de passatiempo. El Alcaide llevaria quizà los grillos en la mano, ò a lo menos el martillo, para volver a echarselos, que en aquella edad, aun con personas Reales no se trataba de prision, menos que con grillos. Havia mandado el Rey quitarselos al Conde aquella noche, por contemplacion de la Condesa, que no fue de poca monta, para lograr el lance. Como hallaron, pues, a otro Conde nuevo, mas muchacho, y mas hermoso, que le representaba Doña Sancha con mil gracias, se quedaron atonitos, sin saber què hablarle. La Condesa, con lindo despejo, les quitò la turbacion, diciendoles, que no se marabillassen de aquella mudanza, quando en lugar del presso, se quedaba ella por prenda: que le avisassen al Rey, para que si en aquello havia havido culpa, la penasse. Fueron con el recado; y sabido por el Rey lo que passaba, diò larga rienda al enojo, è hizo muchos sentimientos. Pero como la razon sujeta à

la.

la ira, y el buen discurso atropella la passion, amainados yà los primeros movimientos, fue el mismo Rey a la carcel a visitar a la Condesa. Hizola cargos del engaño, quexandosele mucho; y ella satisfizo con donaire, diciendo: Yo, señor, à fuer de muger honrada he hecho lo que debia, librando a mi marido, cosa que si la mirais desapassionado, antes es digna de premio, que de pena: mas si lo juzgais delito, en vuestro poder estoi, haced lo que mandareis, que a todo me hallareis dispuesta. Quedò el Rey gustosissimo de oìr tales razones, y con tanto valor dichas, y assi, deponiendo yà el enojo, le aplaudiò el hecho, y le loò la hazaña, y atribuyòse a sì la culpa de haverse dexado engañar. Llevòla a Palacio, donde la regalò mucho, y luego con mui lucido acompañamiento, la mandò llevar al Conde, que en recompensa de esta cortesia, olvidò la venganza de su prision, y repartiò grandes joyas a todos los Caballeros que vinieron acompañando a la Condesa.

Estas hazañas se cuentan de esta Infanta valerosa; pero serà razon, que antes que cerrèmos el discurso, digamos el cuento que le passò con un cierto Archipreste de Navarra, que es donoso, y es valiente, pues donaire, y valentia se alzaron con la victoria. El caso es este: Quando Doña Sancha librò la primera vez al Conde de la prision, en que el Rey Don Garcia de Navarra su hermano le havia puesto, por aquellos rencores que quedan referidos, escaparon de Castroviejo, cuya fortaleza era la carcel, solos los dos, y à la media noche, que aun de criado ninguno no debiò de atreverse à fiar la Infanta cosa de tanto peso. Debia de saber la poca fidelidad que hai en criados; y assi, antes debiò de engañar à los que algo fiò. El Conde de las prisiones salia tan lastimado, que apenas podia moverse; buen ligamento en caso de tanta prissa! la Infanta no desmayò por esto, antes animando el brio, y mas como enamorada, le iba llevando acuestas muchos ratos, siendo la primera Eneas, que con un marido al hombro borrò piedades de Achiles. Què mucho que el Troyano saque a su padre acuestas de entre llamas, si hai Condesa de Castilla, que saca al marido en hombros de entre riesgos? Cogiòles, pues, el dia, y considerando el peligro, si alguno los topaba, emboscaronse en un monte, para desde allì escondidos, procurar algun socorro: mas como à los desdichados jamàs la fortuna alivia, antes les tira la soga, armòles en la maleza un fuerte lazo. Andaba cazando por el monte un Archipreste, y viniendo acaso por aquella parte, y descubriendo

caza mejor, que la que con fatigas le arrastraba el deseo, acercòse a los consortes, que ajenos del fracaso, estaban entretenidos en repassar sus cuitas. Como conociò, que eran el Conde, y la Infanta, adivinando el sucesso, comenzò a malearse, y desabrirse. El Conde entonces cortès, y comedido, Doña Sancha amorosa, y lastimada, le rogaron con instancia, que no los descubriesse, ofreciendole para otro tiempo la paga de aquel favor. Pero el Archipreste, brindado de la ocasion de vèr al Conde tan impedido, y sin armas, y la Infanta tan hermosa, y que solo en su silencio estrivaban sus dos vidas, dexòse llevar de un pensamiento infame, y dixòles, que menos que no gozasse a la Infanta, havia de dàr noticia, y hacer que los prendiessen. Descarada condicion para un marido honrado! Cruel atrevimiento para una Marrona honesta! Bien parece, señor Licenciado, dixo el Conde, que me mirais hollado de la fortuna, y sujeto a vuestra cortesia, pues por tan infames medios quereis que compre la libertad. Quando fueran mil vidas las que yo tuviera, antes las echàra todas a la muerte, que diera consentimiento a lo que haveis pedido. Idos en buen hora, y haced lo que os diere gusto, que volver a la prisión es al ultimo mal que puede sucedernos, y serà mas tolerable, que permitir demasias.

La Infanta, en cuyo ingenio afianzaba cosas grandes, considerando el peligro, si los descubrian, quiso valerse de una astucia brava. Pusose pensativa un rato, y como que havia deliberado lo que estaba mas a cuento, encogiendose de hombros, y dando mil suspiros, le dixo al Conde, que se retirasse a un lado, por si podia mejor a solas vencer aquel imposible. Obedeciòla el Conde, bien satisfecho que iba seguro su honor. Entonces la Infanta tomòle las manos al Archipreste; ademàn mui ordinario de muger enternecida, que quiere hacer algun ruego. El abrasado mas al tacto de la nieve, quiso encadenarla al pecho con los brazos, pero la Infanta con varoniles brios, le travò dellos con tanta fortaleza, que no pudo desasirse, por mas que lo pelcò, y llamando al Conde, acudiò con toda prisia, y con el mismo cuchillo de monte, que llevaba el Archipreste, le quitò la vida; castigo merecido de su culpa. Esto assi acabado, subieron en su quartago mismo, y marcharon à Castilla, como queda dicho. De muchas mugeres se cuentan bizarrias, y fines grandes. La otra Reina de Ponto, muger de Mitridates, con disfraz de hombre, fue siguiendo à su marido por montes, y soledades, quando derrotado de su fortuna ad-

aquel caſamiento, y eſtaba reſuelta à hacer una locura, ſi ſe efectuaba, y Dios la tenia prevenida para pilaſtra de la Fe, al lado de otra Catholica columna; quizà la Divina Mageſtad quiſo por eſte medio quitar aquel eſtorvo.

Corrian à eſta ſazon unos tiempos miſerables, porque como la Caſa Real, por el poco miramiento de la Reina, y por el mucho deſcuido del Rey, andaba llena de afrentas, los Grandes alborotados, intentaron del todo quitarle à Don Enrique la Corona. Alzaron por Rey en Avila al Infante Don Alonſo ſu hermano, como yà advertimos. Quexòſe el Rey al Pontifice. Deſcomulgò à los Grandes. No baſtò eſto, muriò Don Alonſo, y aun no ſe ſoſſegaron: antes fueron à Arevalo à ofrecer la Corona à la gran Doña Iſabèl. Hablò en nombre de todos el Arzobiſpo de Toledo, perſuadiendola con muchas graves razones, para que la aceptaſſe. Dixola mui por menudo la afrenta de la Caſa Real, el deſcuido de ſu hermano, la cobardia, la deſenvoltura, el eſcandalo, los partos adulterinos, el peligro de que heredaſſen el Reino hijos ajenos, que para remediarlo importaba ſu valor, ſu ſombra, ſu authoridad, y que aſsi no excuſaſſe el peſo que la daban, quando era de obligacion. Eſtuvo atenta la Infanta à la propoſicion, y ſatisfizo à todo de eſta ſuerte:

Don Alonſo Carrillo y Acuña, hijo de Lope Vazquez de Acuña, q̃ de Portugal ſe vino à Caſtilla, y tio de D. Juan Pacheco, Marquès de Villena, fue grã perſona, de grã corazon, aũque mui deſaſſoſſegado, por lo mucho que diò en què entender à Eſpaña.

Mucho os eſtimo la voluntad que moſtrais de ſervirme, y deſearè poder gratificarla en algun tiempo; pero aunque la voluntad es buena, juzgo, que lo que intentais es contra juſticia, y deſagradable à Dios, y lo colijo de la muerte de mi hermano malograda, à quien por lo miſmo que ahora os mueve, alzaſteis tambien por Rey. Deſear coſas nuevas, mudanzas de eſtado, de què puede ſervir, ſino de acarrear muchas deſdichas, diſcordias, parcialidades, y guerras? Pues para evitar daño tan grande, no ſerà mejor diſsimular otro daño? De dos males, no es mejor tomar lo menos? No es mas tolerable ſufrir deſcuidos de un Rey, que llenar de guerras un Reino? Demàs, que ni la razon de mandar, ni la naturaleza miſma ſufre que haya dos Reyes. Los frutos cogidos ſin ſazon, jamàs duran mucho; y aſsi, yo deſearè, que me venga mui tarde la Corona, para que la vida del Rey ſea mas larga. Primero ha de faltar èl, que yo acometa à mandar; primero no ha de haver Rey, que yo me intitule Reina: y aſsi, ſi deſeais ſervirme, volved el Reino à Don Enrique mi hermano, con que reſtituireis à la patria la paz, y el ſoſsiego, y à mi hareis el mayor ſervicio que podeis hacerme, y el que os eſtimarè mas.

Ven-

Venciò tanto esta modestia heroica, que admirados quantos se hallaron presentes de vèr rechazar con brio lo que por alcanzar otros se entran por lanzas, y picas, y que juzgandola mas merecedora del laurel que la ofrecian, solo por darla gusto, depusieron sus themas, y se reduxeron a la paz. Hicieronse los asientos en Avila, sacando entre otras por condicion, que la Infanta Doña Isabèl fuesse jurada por Princesa, y por heredera de la Corona, y que para su sustento le fuessen señaladas las Ciudades de Avila, y Ubeda, y las Villas de Medina del Campo, Olmedo, y Escalona. Juraron, pues, a la Infanta un Lunes 19. de Septiembre del año que corria de mil quatrocientos y sesenta y ocho. A quien camina a dichas, y mas si las merece, se abren todos los caminos: el mayor tropezadero se convierte en flores, la mayor dificultad se desvanece.

Sossegados yà con esto los bullicios, la Infanta Doña Isabèl se fue a la Villa de Ocaña, donde acudieron Embaxadores de muchos Principes, que a un mismo tiempo la pretendian por muger. Por el Rey de Portu al, viudo a la sazon, vino el Arzobispo de Lisboa. Inclinabase a esto el Marquès de Villena D. Juan Pacheco; pero la Infanta no debia de gustar de quien ha desflorado yà la juventud enlazado à otra yedra: y assi, con mucho desahogo, respondiò al de Portugal, que no queria. Al Duque de Berri, hermano del Rey de Francia, respondiò lo mismo. Solo al Rey de Sicilia Don Fernando, Principe de Aragon, mostrò inclinarse, y aun aficionarsele mostrò. Acudiò à esto el Arzobispo de Toledo, grangeado con muchas ofertas del padre de Don Fernando, que mañoso, y prudente, con presentes, y dadivas procurò tener gratos à los que privaban mas con la Infanta, que no hai mejor modo de negociar, que la dadiva delante, y siempre en el mundo ha privado el interès, digan lo que quisieren los que dicen, que no toman. Resolviòse, en fin, la Infanta Doña Isabel a casarse con el Principe Don Fernando, solo se hallaba acongoxada de las instancias que la hacian por las otras partes, y se temia no quisiessen contrastar su voluntad, porque era gran mulidor el de Villena, por lo de Portugal. Asseguò estos riesgos el Arzobispo de Toledo, llevandola a la Villa de Dueñas, donde con la diligencia, que el caso requeria, se diò traza, que se celebrasse el casamiento. Vino desde Cataluña Don Fernando à largas jornadas, y mui disfrazado se metiò en Castilla, y no parò hasta Dueñas, ni aun hasta el aposento de la Infanta no parò,

y aun hai quien diga, que entrò hecho mozo de mulas. Todo se puede pensar de los riesgos, que se iban atropellando, y no seria mucho se fingiesse mozo, quien entraba de verdad a ser señor. La alegria, que los despósados recibieron de verse el uno al otro, es indecible. Hizo alarde el alborozo en los semblantes, y con caractères mudos de purpura, y nieve, diò testimonio del amoroso lazo con que se unieron las almas. Eran iguales estos Principes en lo personal del alma, y cuerpo, y en prendas tambien iguales: Mozos los dos de hasta diez y nueve años. Los dos agraciados mucho, lindos talles, gran presencia, hermoso brio. Bien entendidos los dos, prudentes, recatados, valerosos: Zelosos de la virtud en igual grado, acerrimos defensores de la Fè, castigadores de vicios, premiadores de las letras: Amantes uno del otro, no amigos de cosa ajena. Los dos Principes, en fin, de Aragon, y de Castilla, y los dos Reyes de España, y Catholicos los dos. Tal igualdad, pues, en dos sujetos, con quanto gusto, y placer se enlazaria? Hechas las vistas, passaron a Valladolid, donde quedaron casados, y velados; que esto se llama hacer la cosa con todos sus Sacramentos, que a negocios tan graves, donde las contradiciones pueden hacer molestia, es industria famosa cerrar todos los portillos. El de Toledo, que en todo sabia bien, fue quien lo dispuso, y aun le objetan, que fingiò por entonces la dispensa, porque eran estos Principes mui deudos, y menos que con dispensacion no podian casarse. El Arzobispo dixo estaban dispensados: bien Letrado era, y pues lo dixo, bien lo entenderia.

El P. Maria na dice, q D. Fernãdo tenia diez y seis años; Juliã del Castillo dice, erã los dos de 19. Elija el curioso lo q mas quisiere.

Como se hizo el casamiento a excusas del Rey, y de los Grandes, por estàr inclinados a diverso rumbo, no se puede pensar el torbellino de desazones, que empezò a moverse. Bramaba de corage el Maestro de Sant Iago, Marquès de Villena, que fue quien mas lo sintiò, como mas Grande. El Rey era de tan buena condicion, que por ir al son del agua, y dexarse llevar della, huvo de sentirlo. Procurò la Infanta, con muchas disculpas, sazonar aquel enojo, escribiendo a su hermano, una, y dos veces, y representandole con discreto modo, que ella havia podido ser Reina, a instancia de los que ahora se mostraban sentidos, y que dexò de aceptarlo, por guardarle el decoro, que en pago de aquella fineza, le rogaba, y pedia con todo amor los recibiesse a su esposo, y a ella como hijos, y que como tales le estarian obedientes, y sujetos. Nada aprovechò cartas a este modo; antes crecien-

ciendo la indignacion de los mal contentos, hicieron al Rey declarasse por su hija legitima a la Princesa Doña Juana (que fue la que se rugia, que era de otro padre, y llamaban comummente la Beltraneja) esto solo a fin de que no heredasse el Reino la Infanta Doña Isabèl: mas poco bastan malicias contra disposiciones del Cielo. Lo que està de Dios, no lo pueden contrastar humanas fuerzas; y lo que và por mal fin, jamàs se logra. Assi sucediò en este caso; porque aunque en acto publico, celebrado entre Buitrago, y Segovia, con gran concurso de Grandes, juraron el Rey, y la Reina, que era su hija legitima la pretensa Princesa, aunque alli la hicieron pleito omenage de haverla por sucessora en el Reino, renunciando los omenages hechos a la Infanta Doña Isabèl, y aunque alli por poderes la desposaron con el Duque Carlos, hermano del de Francia, para añadir mas fuerzas, que la sustentassen la Corona, toda esta tempestad de opuestos medios no fue bastante a contrastar el derecho a cuyo era. Todas estas tramas las deshizo la razon, echando la muerte la tixera. Muriò el Duque Carlos de alli a poco, y aun mudado de parecer de casarse con la referida Doña Juana, por ser Princesa en duda. Muriò repentinamente el Maestre de Sant Iago. Muriò el Rey Don Enrique, con que se jurò en Segovia por Reina indubitable la Infanta Doña Isabèl.

Como en todas las cosas haya opiniones, y pareceres, en medio de las mayores alegrias, se levantò un nublado de desazones, sobre alegar algunos, que al Rey Don Fernando no le tocaba el gobierno, ni aun debia intitularse Rey de Castilla. Sobre esto se hicieron grandes informaciones; pero, en fin, se diò el modo, con que sin perder Castilla su derecho, quedasse servido Don Fernando, como Rey. Decretòse, que por respecto de marido, en las escrituras, leyes, y privilegios, y moneda, se pusiesse primero el nombre de Don Fernando, y despues el de Doña Isabel. Y al contrario, en el Escudo, y Armas, por respecto del Reino, estuviessen las de Castilla a la mano derecha, y a la izquierda las de Aragon. Quanto a las provisiones de Obispados rezassen en nombre de ambos; pero que se diessen a voluntad de la Reina. Y en quanto al demàs gobierno fueron de la misma suerte, dando forma, haciendo cortapisas. Esto fue causa, que el Rey Don Fernando, aunque para lo de afuera mostrò dissimularlo, se desabriesse mucho, y se diesse por sentido. Conociòlo la gran Doña Isabèl, y, como tan discreta, y entendida, procurò con sus cari-

cias aplacar aquel enojo, que vence montes de dificultades una muger prudente. Cogiòle, pues, à solas, y con palabras llenas de amor, y ternura, le dixo:

El disgusto que veo que teneis, me tiene mui disgustada, que à trueque de no veros assi, perdiera yo mil derechos, que quando el estrecho nudo del matrimonio nos tiene à los dos hechos un alma, un querer, una voluntad, un gusto, què necessidad havia de andarnos deslindando los derechos? Mugeres havrà, que procuren tener cosa propria, y apartada de sus maridos; pero yo no soi muger, que à quien he entregado mi alma, le havia de escasear el Cetro, y la Corona. Tuviera por delito tener yo authoridad, de que vos no fuerais dueño, y seria yo mui necia, si no os apreciara en mas que à todos quantos Reinos tiene el mundo. En donde yo fuere Reina, vos haveis de ser el Rey, sin limite ninguno: vos lo haveis de disponer, y gobernar como cosa vuestra. Esta es mi determinacion; y la experimentareis eterna mientras viva. El tiempo que corre me ha hecho dissimular para lo publico, conformandome en hacer caso de Letrados, que con sus estudios tienen ganada la opinion de ellos. Pero si acaso en esta division que entre nos han hecho, pretenden tener mano en alguna cosa del gobierno, presto se veràn burlados, porque si no fuere con vuestra voluntad, nadie ha de alcanzar la menor merced. Solo os ruego, que atendais, que en este negocio se han assegurado dos cosas mui utiles. La primera, que con haver decidido, que el Reino me toca à mi, y que las hembras en Castilla, à falta de varones, heredan la Corona, queda assegurado el derecho de nuestra hija: y si no fuera assi, quedàra excluìda de la herencia paterna, cosa que algun dia os pudiera dàr cuidado, y sentimiento. La segunda, que queda assentado, y fixo para adelante, que los Pueblos de Castilla, se gobiernen en paz. Y si lo que se ha hecho, junto con lo que os digo, no os dà mucho contento, vuestra soi toda, haced de mi, y de mis cosas quanto os diere gusto, porque en almas tan unidas no ha de haver mas que una voluntad, y ha de ser vuestra.

Abrazòla amoroso el Rey Don Fernando, trocada la pesadumbre en alegria, y agradecido à tanta voluntad, satisfizo a todo con pocas palabras: *Vos, mi Isabèl* (dice) *podeis gobernar al mundo, que no un Reino, y assi tengo à mucha dicha, que gobernèmos los dos.* Comenzaron, pues, estos esclarecidos Principes à gobernar los Reinos de Castilla con prudencia, virtud, y valor, que

que estas son tres armas con que vencen los Reyes. Fuera largo de contar lo mucho que trabajò para reducir a su mando todas las fortalezas de Castilla, haciendoles siempre el mal contraste la pretensa Princesa Doña Juana, que vino a ser la piedra del escandalo, pues con ella hallabã harto motivo los mal contentos, para no obedecer a los verdaderos Reyes, y para buscar sus commodidades, haciendo Reina a su gusto. El Rey Don Alonso de Portugal, tio de esta señora, fomentado de muchos Grandes de Castilla, la hizo lado, y tanto, que se desposò con ella en Plasencia, no obstante el deudo estrecho que havia entre los dos, y se coronaron por Reyes de Castilla. Fue invalido el matrimonio, assi no tuvo efecto, como ni el reinar tampoco. El Arzobispo de Toledo, sentido grandemente, que los Reyes D. Fernando, y Doña Isabèl, no le huviessen premiado sus servicios, y tales, que la actividad, y maña suya (como èl decia) bastò a ponerles la Corona. Sentido, pues, desto, diò en ladearse a la otra parte, y a seguir el rumbo de la intrusa Reina. No se espante nadie de inconstancias de los hombres, que en los grandes personages se han usado.

Mui antiguos es decir: No me dàs lo que yo quiero, pues voime con tu contrario. Haste olvidado de mi, pues tu enemigo me ruega. Mucho procurò la Reina Doña Isabèl desenojar al Arzobispo, hasta querer verse con èl, para aplacarle, hasta enviar al Rey Don Juan de Aragon, padre de D. Fernando, que le desenojasse; pero a Rey, ni a Reina quiso dàr oìdos. Era cabezudo, mui aprehensivo, mui tenàz; y como havia ya declarado su intencion, resolviòse a morir en la demanda. Llegaba a tanto el enojo en que ardia a veces, que se soltaba de lengua, y fulminaba amenazas, y decia: Yo hice Reina a Doña Isabèl, pero la harè volver a la rueca. Ya le daba en cara la pobreza con que se havia criado en Arevalo, desde que muròi su padre, objetando por baldon lo que debia aplaudirse por virtud. Pero quando el encono de una intencion dañada, no mancha con su veneno a la virtud mas sencilla? El deseo, y la intencion se le pudo recibir, pues no le quedò por diligencias, y tan grandes, que èl mismo en persona con quinientos de acaballo, fue ayudar al de Portugal en la batalla memorable, que se tuvo junto a Toro, bien reñida entre los dos Reyes D. Fernando, y D. Alonso; pero el de Portugal quedò vencido, aunque los Portugueses sienten otra cosa.

No descansaba la Reina Doña Isabèl mientras Don Fernando se entretenia en la guerra, antes como tan varonil, y valien-

te, acudia à todas partes à sossegar motines, que como las cosas andaban tan revueltas, con mui poco calor se levantaban incendios. Grande fue el que se moviò en Segovia, queriendo los Ciudadanos, puestos en arma, apoderarse del Alcazar, que era donde los Reyes tenian su thesoro. Acudiò la Reina, a cuya vista quedò todo llano, apagòse el fuego, mediante algunos castigos. En Velez se levantò una como guerra, sobre la eleccion del Maestrazgo de Sant-Iago. Antes que se ensangrentassen, procurò à toda prisa ser estorvo. Diòse tanta diligencia en esta jornada, que en solos tres dias llegò desde Valladolid à Velez, que son casi seis jornadas, y por puertos desabridos. Logrò bien la Reina este cuidado, pues dispuso de tal suerte la materia de las dissensiones, que por via de concordia consiguiò se diesse el Maestrazgo, como en administracion, al Rey D. Fernando su marido, aprobandolo el Pontifice. Los pretensores, unos por ganar la gracia de la Reina, otros, porque los contrarios no tuviessen mejor dicha, se resolvieron todos en lo que les fue pedido. Esto acabado, fue à visitar a Toledo, donde por voto que hizo, juntamente con el Rey, si vencian al de Portugal, mandò edificar el Magestuoso Convento de Franciscos, que con titulo de S. Juan de los Reyes, resplandece, emulacion de fabricas insignes.

Ni las guerras, ni los alborotos, ni los desassossiegos eran causa de faltar a la administracion de la justicia, y al culto de la Religion. Para obviar los robos, muertes, y maleficios que se hacian; semilla que suele ser de tiempos turbados, hizo se instituyesse en las Ciudades, y Pueblos las Hermandades, cuyo util lo mostrò, y ha mostrado la experiencia. Para castigar a los Apostatas de nuestra Santa Fè, hizo se instituyesse el Santo Tribunal de la Inquisicion, que para tales crimines, todo castigo es poco. Trabajò grandemente para desarraigar de España la Morisma: y assi, hasta ganar a Granada assistiò casi siempre en los Reales, que no queria, que honra tan señalada se la ganasse solo su marido. Y aunque no falta quien diga la aquexarian zelos, porque queria al Rey mucho, y para quien ama, es grande dolor el ausencia, con todo, yà que tuviera algo de esto, el zelo de la honra era quien mas la arrastraba. Entrò en Granada triumphante al lado del Rey su esposo, el qual puso en sus manos las llaves de la Ciudad, haviendolas èl recibido primero de mano del Rey Chico. Ultimamente hizo con el Rey, que derramassen de su Reino à todos los Judios, porque con esto no quedasse raza de secta, ni vicio alguno.

Con-

Concedòles el Pontifice Romano à Rey, y à Reina, por tan heroicos hechos, el titulo, y renombre de Catholicos, blason con que la Corona de Castilla se hace respectar del Orbe. Hazañosa, pues, en las virtudes, valerosa en las hazañas, coronada con mil triumphos, pagò el tributo à la muerte esta esclarecida Reina en Medina del Campo. Ajòse la mejor flor, que conociò Castilla: marchitòse la mas honesta beldad, que tuvo España, pues quizà por no quebrantar los fueros de lo honesto, por no manifestar, digo, oculta dolencia à humanos ojos, para que la curassen, dexò à la Parca cruel, que le cortasse el hilo de su vida. Fue tanta su honestidad sobre las bizarrias de lo varonil, que aun para que la oleassen, no permitiò la descubriessen los pies. Muriò, pues, el cuerpo, pero su fama, resucitada Fenix entre sus mismas cenizas, vivirà eterna lo que durare el mundo.

EXEMPLO III.

PVesto que tratramos de mugeres valerosas, y mas de aquellas, que en pro de sus maridos, venciendo lo fragil de su naturaleza, emprendieron cosas arduas, razon serà, que corone nuestro assumpto la industria, y valentia de aquella gran Matrona, muger de Guelfo. Corria por cuenta de este Capitan, y de otros nobles, la defensa de Uvinsperga, en tiempo que Conrado, tercer Emperador, con gruesso campo la tenia sitiada, y oprimida; à mayores fuerzas, poco importan resistencias valientes. Què importa que los cercados hagan su deber, si potente el enemigo aprieta, y dilata el cerco? El Guelfo se resistia valeroso; pero el Emperador le apretaba mas cada dia los cordeles con la necessidad. Creciò la hambre, à falta del sustento, y por no perecer à manos de sì mismos, fue forzoso rendirse à los contrarios. Rendida, pues, la plaza, como estaba, el Cesar mui sentido del teson con que le havian molestado, mandò publicar un bando de esta suerte: Que quedassen prisioneros todos los nobles, de qualquier edad que fuessen, y perdidas sus haciendas; pero que las mugeres saliessen libres, y pudiessen sacar las joyas, y riquezas que pudiesse cada una. Riguroso fue el decreto para los que ya rendidos esperaban mas clemencia. Las Matronas se hicieron al llanto, sus maridos, è hijos al sentimiento, unos, y otros al dolor. Entonces la muger de Guelfo, que al desperdiciar las lagrimas, maquinaba industrias, con animo varonil hizo à las demàs que la si-

guiessen, y tomando à su marido en hombros, y colgados de los pechos sus dos hijos, saliò cargada assi por medio de los Reales, siguiendola de la misma forma el resto de las nobles. Causò admiracion à todo el Exercito; espectaculo tan pio, al passo que lastimoso. Quedòse pasmado el Cesar de la industria. Los que eran interessados en los prisioneros, comenzaron à azorarse, alegando, que era fraude sacar en vez de alhajas los que ya eran sus captivos. Publicaban à voces el engaño, estorvaban la salida, y llegaban al Cesar con la quexa. Las Matronas tambien asidas al decreto, y sin soltar la carga, decian de su justicia: Que si el Emperador las havia permitido sacar sobre sus hombros las riquezas que pudieran, y ellas, menospreciando joyas de mas precio, sacaban por de mas gusto à unos miseros esclavos, por tener en ellos la mitad del alma; que en què agraviaban el orden, ni faltaban al derecho?

Fue tanto el gusto que tuvo el Emperador del ardid, y la piedad, que mandò con graves penas, que nadie las agraviasse, ni ofendiesse, y que por el hecho honroso, con que se havian añadido laureles, mandaba, que sacassen tambien, y se llevassen consigo todas sus riquezas; premio debido à quien antepuso el amor reverencial à todo interès humano. Contradixo Federico, hermano de el mismo Cesar, diciendole, que mirasse, que en la permission que havia dado à las mugeres, de que se sacassen quanlesquiera joyas, no se mencionaban hijos, ni maridos, antes bien ya los declaraba prisioneros. Satisfizo à esta objeccion el Emperador, diciendo, que èl empeñò su palabra absolutamente, y que palabra de Rey no ha de volver atràs; y que pues la industria se adelantò al intento, era razon premiarla, y aplaudirla. El premio fue el mayor que pudo pensarse, pues no solo concediò perdon à Guelfo, sino que le recibiò por amigo, haciendole muchas honras; tanto puede una muger quando es discreta, y leal.

Juan Nauclero 2. p. hist. vol. 2.

Una muger honrada es corona de el marido; quien la alcanza se puede llamar dichoso.

CA-

CAPITULO VII.

DE LA EXPERIENCIA QUE HIZO EL PRINCIPE JONATAS para saber la intencion del Rey Saul su padre, para con David.

Siempre fue un buen amigo el desahogo de un corazon estimado. En un amigo fiel descansa siempre la mayor tristeza, y males communicados, con quien los siente igualmente, son siempre mas llevaderos. Diximos con el parecer de Lyra, y otros, que el Principe Jonatàs estaba ausente de la Corte, quando tratò Saul de prender à David. Mucha falta le hizo en aquella ocasion, pues quizà su vista bastàra, como otras veces, à quitar al Rey su padre aquella resolucion; mas ya la industria de Michol supo soldar las quiebras del ausente hermano. David se entretuvo en Ramata con Samuel, assegurado allì, como por milagro, pues no bastaron las diligencias del Rey para prenderle; antes bien se hacian de su parte los mismos Alguaciles, y de Ministros que iban, se volvian Religiosos. Al Rey sucediò lo mismo, como todo queda dicho; que pensar, que pueden obrar humanos poderes contra fuerzas Divinas, es dislate. A quien Dios quiere amparar, todo el poder de el mundo no basta à contrastarle. Espere en Dios el mas afligido, y riase de todo. Sabiendo, pues, David, que era ya venido el Principe, procurò vèrse con èl. Buscòse la ocasion, cogiòle à solas, y haciendo prologo de un suspiro ardiente, le dixo enternecido estas palabras: Principe, dueño, y señor, despues que me asseguraste, que ya tu padre me trataria benevolo, por quanto à consejos tuyos, se havian sujetado sus passiones, à lo qual agradecido, ofrecì en nuevos servicios recompensas: despues que esto sucediò, has visto, ò alguno te ha contado, que no he andado medido en mis acciones, leal en mi trato, fiel en mis servicios? He desmerecido en algo la gracia del Rey? Hai delito contra mi? Objetanme alguna cosa? Si la objetan, diganla; y si no la hai, por què quiere el Rey matarme? Por què con tanto rigor me busca la vida? Para què tanta potencia con quien està tan humilde? Para què fue levantarme para dexarme caer? Para què me hizo su yerno, para perseguirme tanto? Para què me diò a la Infanta; para que en tristeza, y luto malogre su tierna edad? Tanto rigor contra quien està innocente? Tanta indignacion, para quien no tiene culpa? Tanto le estorva una vida, que tan poco vale? Tanto cuidado de un hõbre à quien es Rey absoluto?

Texto, y Glos. Ex 1. Reg. c. 20.

Atajò

Atajòle Jonatàs suspenso, y confuso, diciendole, ò que no le entendia, ò que perdiesse los miedos, si acaso eran solos los que le inquietaban; que por ningun caso trataria su padre de matarle, ni de hacerle la menor ofensa. Y que quando lo intentàra, era forzoso, que èl lo sabria primero, porque en materias grandes, y pequeñas, no pondria el Rey mano sin que le diesse parte. A que replicò David, que en quanto à su partido, no era buena aquella confianza, porque supuesto que sabia el Rey, que eran los dos tan amigos, tendria quizà advertido à los criados, que no diessen parte al Principe, por no entristecerle. No està mal hecho el reparo, dixo Jonatàs: es possible, que mi padre me cele su intencion? Y assi, mira David, què quieres que haga por ti, dime tu gusto, y fia de mi amistad, que aunque sea rompiendo por montes de impossibles, harè lo que ordenareis; dispon la materia, y el obrar quede à mi cargo. Entonces David, estimando los favores, y agradeciendo las honras, le hablò desta suerte: Yà sabes, señor, que es mañana la Pasqua de las Kalendas, ò de las Neomenias, fiesta que celebramos los Hebreos, en memoria del Divino beneficio, para conservacion de las cosas, y que tales dias como estos suelo comer con el Rey, dandome esta authoridad ser marido de tu hermana, que los Reyes de Israel, si no es à personas puestas en la dignidad que estoi, no suelen darles su mesa. Ir, pues, ahora à ponerme à su lado, quando con tanto enojo me ha buscado la vida, no es acierto; y assi me ha parecido, me dès licencia, que yo me retire al campo, y que me estè alli escondido estos tres dias, y conforme lo que se descubriere, assi obrarèmos. Si quando sentados à la mesa todos, echare de vèr tu Alteza, que el Rey, mirando à una parte, y à otra, anda inquiriendo por mi, y acaso lo preguntare, podrà vuestra Alteza responder entonces: David me rogò mucho le diessè licencia para ir à Belèn su patria, à assistir à las fiestas solemnes de sus contributos, y assi la falta que hace, no se le atribuya à culpa. Si entonces su Magestad respondiere, que està bien, sin alterar el semblante, sin dàr muestras de sentirlo, cierta tenèmos la paz, y ya sin temer peligro podrè volver à la Corte: Pero si acaso se airare, si se mostrare sañudo, si llevare mal, que me hayas dado licencia, se conocerà à la cara su malicia; y assi solo à ti, Principe mio, pedirè con lagrimas, y con ruegos pedirè, que uses de misericordia con este tu siervo humilde, mediante el pacto que hicimos. Y si descubrieres algun delito en mi, si alguna culpa me hallares, à tu mano remito los castigos, al rigor

de

de tu justicia hago Juez de mi causa. No me lleves à tu padre, y llevame à la muerte, que muerte por ti, quizà no la sentirè, que un amigo hiere siempre con dolor; pero muerte à manos de un agravio, à manos de una passion, en quien sabe sentir, son muchas muertes.

Aplicò el lienzo à los ojos, diciendo esto David, y el Principe aplicò mucho valor à los suyos, para no llorar; que à lastimas bien dichas, aun corazones de bronce se hacen al llanto. Dixole, pues, Jonatàs: No quiera Dios, que ahora, ni en ningun tiempo te haga la menor ofensa: amote de verdad, eres mi amigo, y assi fuera impossible dexar de avisarte al punto, que conociera en mi padre alguna malicia. Esso, y mas fio de tu Alteza (replicò David) pero quien ha de avisarme, quando suceda el caso, para poder tener tiempo de hacerme al monte? Has reparado bien (respondiò Jonatàs) y para que ajustèmos la materia, y podamos sin testigos hablar en estas cosas, salgamos à essas orillas, que quiero mas sin rebozo manifestarte mi pecho. Salieronse, pues, los dos mano à mano, passeando hàcia el campo, buscando en lo mas ameno de la frescura, lo mas secreto del silencio. Estando en parte donde nadie los oia, hablò Jonatàs en esta forma: Dios, y Señor de Israel, si haviendo escudriñado el parecer, y sentencia de mi padre en la causa de David, y conociendo que està de paz, no despachare al punto con la buena nueva, à quien ansioso la aguarda, privadme de todos gustos, y aumentadme todos males; y si viendo que dura todavia el rencor, y enojo, no viniere yo mismo à dàr noticia, serà faltar à quien debo. Esto, David, es decirte, que no tengas cuidado que tendrè descuido en avisarte; siendo la nueva triste, no sufrirà mi voluntad en caso tan adverso, fiar en ajenos pies cosa tan grave: yo mismo en alas de mi fineza, te vendrè à dàr aviso, y despedirme de ti con los ultimos abrazos. Estorvarè al rigor la demasia, siendo escudo de tu defensa, para que vayas en paz à esperar entre aventuras la ventura que te aguarda, que no ignoro, que teniendo à Dios tan de tu parte, dexes de conseguir el Reino de mi padre. Y si el Cielo quisiere guardarme hasta tal dia, no has de olvidar commigo el ser piadoso. Con divina clemencia has de ampararme. Pero si acaso yo no viniere entonces, mira que has de guardar lo que en otras ocasiones me tienes ofrecido, y yo te he suplicado; esto es, que con mi casa, y con mis hijos uses de misericordia mientras vivan. Quando el Señor destruya à tus enemigos, borrando aun de la tierra sus memorias (porque de perseguir

guir innocentes, no espero menos fines) entonces haràs memoria de tu amigo Jonatàs, y à èl, y à toda su casa los libraràs del estrago. Prometes esto, David? Respondiò David: Si lo prometo. Lo juras en esta forma? (replicò Jonatàs) Si lo juro (dixo David:) Pues conforme lo que hicieres (añadiò Jonatàs) lo haga Dios con tus contrarios, por no decir contigo.

Haviendo jurado assi estas alianzas, pareciendole a Jonatàs (segun sentir de Lyra) que podia ofrecersele allà en la mesa tal embarazo, que no tuviesse lugar de acudir a David con la presteza, que podia ser necessaria (que siempre el temor en cosas dificultosas, es prudencia) previno a David con otra seña, para que mas veloz le anunciasse su cuidado. Dixole, que se estuviesse escondido junto a la piedra Ezel, y que èl saldria hàcia el campo, como para divertirse en tirar al blanco, que dispararia hàcia aquella parte tres saètas, y que despues de tiradas, enviaria a un page, que se las traxesse, que estuviesse atento al modo con que le hablaba al page, porque si le decia: *Advierte, que las saètas estàn dentro de ti, traelas*; entonces sin temor ninguno podia unirse a donde èl estaba, porque la paz era cierta, y el Rey estaba propicio; pero si acaso le dixesse al page: *Advierte, que las saètas estàn fuera de ti*, era señal de gran mal, que no aguardasse un punto, sino que se huyesse a toda prissa. Encargòle, demàs desto, el Principe, que de todo lo que havia passado entre los dos, de lo que havian jurado, de lo que havian propuesto, no lo supiesse jamàs otra persona que Dios. Con esto David se quedò en el campo, y el Principe Jonatàs se volviò a la Ciudad. Y por si reparare algun curioso, que de què importancia era esta seña de las saètas, supuesto, que como se verà adelante, al modo que havia ofrecido, saliò Jonatàs en persona a dàr a David las nuevas, y que mirada al primer viso, parece ser superflua esta diligencia: Satisfago, que fue una prevencion discreta, y acordada, y en que mirò el Principe a dos cosas. Lo primero, prevenir, que si acaso sucediesse, que el Rey enojado procurasse por David para prenderle, y èl sin que fuesse notado, no pudiesse llegar personalmente a darle aviso, yà con aquella seña sabria David lo que passaba, y sin nota del Principe podria ponerse en salvo. Lo segundo, que aunque el mismo Jonatàs tuviesse lugar, como le tuvo, de ir en persona a donde estaba David oculto, era fineza de amigo, si llevaba buenas nuevas, darselas con brevedad a passos de saètas, pues todo aquel tiempo que se adelantaban mas, venia a añadir de gusto, que el amor nun-

nunca admite perezas con lo amado: y si las nuevas eran malas, como fueron, era tambien medicina, para que no le matassen de repente, prevenirselas poco a poco; que llegar un amigo cara a cara con un mal anuncio, se tiene por descaro en leyes de amistad, dàr una mala nueva, y aprisa, y à quien se quiere bien, es mucho rigor, y aun inhumanidad. Por esto, pues, Jonatàs, discreto en todo, hizo su cuenta con dàr esta seña: Si huviere victoria, sepala presto mi amigo: si hai desgracia, digasela otro primero; denle saètas la herida, no se la dèn mis palabras. Esto juzgo yo de este hecho de Jonatàs, no sè si he dado en el blanco.

Llegòse, pues, la Pasqua de las neomenìas, y sentandose el Rey a la mesa con el Principe Jonatàs, y con su Capitan General, que era Abner vino à quedar vaco el asiento de David, aunque le echò el Rey menos, no preguntò por èl, juzgando que tendria ocupacion legitima, qual podria haver sido el no estàr purificado, segun el rito con que se mandaba comer de los sacrificios. Haver tratado con su muger la precedente noche, podia excusarle; que aunque usar del matrimonio lo permite la ley natural, tal vez aver usado es indecencia para llegar à cosas sagradas. Repare el Catholico en esto, y verà el decoro, y limpieza que serà menester para llegarse al Altar. Mucha purificacion de cuerpo, y alma requiere tan Sagrada Mesa. El segundo dia, viendo el Rey la misma falta, yà creyò otra cosa, que segun su intencion, le causò pesadumbre, y assi le preguntò à Jonatàs: Què novedad es esta de faltar ayer, y hoi el hijo de Isaì a mi mesa? Aun no quiso nombrar à David por su nombre, que esto es proprio de un animo indignado, aun no tomar en la boca el nombre de el que aborrece. Genero tambien de menosprecio, como advierte Lyra, no querer dàr nombre à quien le tiene por fama. Pudiendo preguntar por David, no quiso sino decirle: El hijo de fulano. Miren hasta donde llega la fuerza de una passion, y el encono de un enojo. Respondiòle, pues, el Principe en la forma que se lo advirtiò David (que parece que prophetizò el sucesso.) Rogòme David con mucho esfuerzo, le permitiesse ir à Belèn su Patria, à hallarse en las solemnidades de una fiesta, a que sus hermanos le haviã hecho instancia: Dixo volveria mui presto a tu servicio, y pusome por medianero, para que tu Magestad lo tolerasse, y lo tuviesse a gusto. Fue tanta la pesadumbre, y tanta la irritacion que tomò Saùl, escuchando la respuesta, que sin dàr a la Magestad genero de dissimulo, rompiendo las leyes de la modestia, y atropellando los fueros

del

del recato, ultrajò al Principe de infame: llamòle hijo de una adultera, desconociendole por hijo. A todo esto se arroja un animo indignado, hasta a sì mismo se afrenta. Un odio reconcentrado en el alma, todo es ponzoña, y veneno quanto cria. Para què me andas con trazas (dixo Saùl) quando estoi mui al cabo de tus intentos? Ignoro yo, por ventura, que amas al hijo de Isai? Què le estimàs? Què le quieres? Solo para quebrarme los ojos, y para que se conozca tu infamia, y de tu madre, pues no puedo creer, que sea mi hijo quien hace lado, y espaldas a quien yo aborrezco. Pues lo que sè decirte, que mientras que el hijo de Isaì viviere, no ceñirà tus sienes la Corona; mientras èl durare, despidete del Reino; pero mira a donde està, hazle traher sin tardanza, que quiero con su muerte assegurar mi Estado. Con quitarle la vida me quito de temores. La amistad de Jonatàs para con David era tan fina, que a sus proprios interesses anteponia el logro de el amigo. No sentia que David se le antepusiesse al Reino, y que se le alzasse con la Corona, sino el no poder darsela sentia. No se viò jamàs animo mas bizarro de Principe, pues en vez de quitar el estorvo para ascender al Cetro, procura guardarle como su alma misma: gran exemplo de amistad, pero de pocos seguido. Oyendo, pues, que procura su padre por David para quitarle la vida, sin atender por entonces a las palabras feas con que le havia ultrajado, olvidando al proprio baldon, y atendiendo a la amistad, dixo con brio: Por què ha de morir David? Què es lo que ha hecho? Sin dàr respuesta el Rey, arrebatò un venablo, y a no valerse Jonatas de la diligencia, experimentàra rigores de la furia. Quitose de delante. Abner tuvo al Rey del brazo, la comida se hizo duelo, el Palacio se llenò de voces, y todo fue confusion, y estruendo. Yà del todo quedò Jonatàs entendido, que la intencion de su padre estaba declarada contra David, y que el assegurarse, con ningun color era arrastrarse a peligros; y assi, lleno de melancolia, de pesadumbre, y tristeza, se passò todo aquel dia sin comer. En repassar amarguras huvo bien en que entender, y faltò tiempo. Por dos partes llevò penas que sentir, y lagrimas que llorar. Verse ultrajado de infame, si bien un padre no afrenta, vèr condenado a un amigo, y mas estando innocente, harto potro para atormentar el alma, bastante Cruz para un pecho: heridas de la honra, y ausencias de un amistad, son crudos tormentos para quien sabe sentir. Cada uno de los dos darà bien que hacer a un corazon valiente; pues juntos ambos, què haràn?

To-

Todo aquel dia, y la noche se passò en tristezas, y al comenzar la mañana à ostentar las primeras luces, saliò Jonatàs de caza, de arco, y flechas prevenido, y un pagecillo solo en su compañia, que no quiso fiarse de hombres de mas cuenta, porque no sospechasse de las señas, que iba à dàr alguna cosa. Llegados, pues, al lugar, donde David oculto esperaba en el aviso el mal, ò el bien, dixo Jonatàs al page, que fuesse à traherle las saètas que èl tirasse. Corriò el pagecillo à la obediencia, y en seguimiento suyo disparò una flecha Jonatàs. El page llegò al tiro, y Jonatàs comenzò à darle voces, diciciendo: Repara, advierte, mira que aì està la saèta fuera de ti. Disparò otras dos de la misma suerte, repitiendo las mismas palabras, añadiendo à lo ultimo: Corre con toda diligencia, no te detengas. El pagecillo recogia las saetas, ignorante del mysterio que llevaba el caso. Solo David, y Jonatàs se entendian. El susto que recibiria David con el aviso, considerelo el discreto. Un fallo de muerte, à què corazon no desalienta? A què valentia no acobarda? Despidiò Jonatàs al page, dandole sus armas, y mandandole las llevasse à la Ciudad. Quedòse solo, previniendo lagrimas, para deshacer los nudos del dolor, que yà al cuello eran cordel. Saliò David de a donde estaba oculto, si no mas lastimado, con igual sentimiento; y como yà la voz iba ahogada en llanto, quiso hablar con las acciones, que estas dicen mejor à veces lo que siente el pecho. Arrojòse à sus pies bañado en llanto, y Jonatas abrazado de su cuello, le huye los pies. Luchan el uno con el otro à sumissiones, y fenecese la porfia à reciprocos abrazos. Lloran los dos igualmente, tan enternecidos, que las desatadas fuentes de sus ojos, forman un mar de lagrimas, en que anegadas las voces, no aciertan à hablarse, por mas que lo porfian. Miren si fue mala la seña, pues à no vèr explicado el sucesso con aquella traza, quizà à muchas palabras no pudiera, y fuera aumentar congoxas, à quien esperaba el fallo. Una lastima, una pena, un mal sucesso se pronuncia mal por quien amigo la llora: es fuerte nudo el dolor, mejor es hablar por señas.

Tan lastimoso, y sentido fue este passo, que el Sagrado Historiador, no dice travassen platica alguna, que lloraron solo dice, y David con mas excesso. Tanta fue la pena de vèr que se dividian, quando eran los dos un alma, que no huvo valor, ni lengua para decirse uno à otro lo que sentia. Jonatàs, quizà por lo que le importaba el advertirlo, hablò una razon, y se la dexò à medio

aca-

acabar; como reparò bien la Interlineal: el dolòr le cortò el hilo, y quedòse al entender lo que le quiso advertir. Dixole, pues, con fuerza que hizo al valor: *Vete en paz, David, y lo que avèmos jurado en el nombre del Señor, de que èl sea entre mi, y ti, entre tu descendencia, y la mia para siempre.* Y sin poder acabar la razon, estorvandoselo el llanto, volviò las espaldas, y fuesse à la Ciudad, y David se huyò hàcia el Monte. Lo que avèmos jurado, que fue esto: *Mira que sea firme* (quiso decir) mas como advirtiò la Glossa, el demasiado dolor no le dexò acabar de hablar, à medio hablar la dexò. No pudo el Sagrado Texto ponderar con mejor modo un sentimiento grande entre dos amigos, que pintarlos mudos à la voz, rethoricos al llanto, y que al hablar una palabra la dexassen imperfecta; hazañas son del amor, que en los animos que reina, hace extremos, y marabillas notables. Dèmos algunos vivos à esta Historia, ò por aliviar à David entre los montes, ò para animar a otros a verdadera amistad.

Exemplos de amigos, y como la adversidad es quien los experimenta.

EXEMPLO I.

HAvia en cierta Ciudad un mancebo rico (segun refiere Thom. Cantip. 2. l. Apum. cap. 20. p. 2. y lo cita el Espejo de los exemplos, que en no siendo historia de nuestra España, cuyas noticias son frescas a los naturales, es menester dar Authores) tan prospero, y abundante en los bienes de fortuna, que por medio de sus hacedores, comprando, y contratando, manejaba innumerables riquezas. Enviabalos a diversas partes del mundo, a las Ciudades, y Puertos donde hai contrato, como al Cairo, a Alexandria, Genova, Mecina, y otros. A unas partes iban a vender, a otras a comprar, y como el trato era gruesso, montaban infinito las ganancias. Sucediò, pues, que uno destos hacedores, criados de este mancebo, aportaron a una Ciudad de Oriente, que aunque era de Gentiles, tenian salvo conducto para poder contratar sin recibir ofensa. Hallaron alli un Mercader Gentil, en todo genero de mercancia, rico mucho, y poderoso, hombre de mucha verdad, y liberal en extremo: en su trato, y en su modo tenia poco de Pagano. Agasajòles mucho, regalòles, hizoles mui gran passage, y demàs a mas, haviendoles escuchado de la Ciudad donde eran,

y el dueño que los enviaba, y que en lo galante, y generoso eran un simil los dos, le diò para que le llevassen alguna cosa de estima. Alborozados los criados con tales tratamientos, volvieron a su señor, haciendose lenguas en las alabanzas del Mercader Gentil, y dieronle el presente que le enviaba. El mancebo quedò mui ufano, de vèr que llegaba yà su nombre a los Gentiles, y que con solas noticias les robaba los afectos. Holgòse como era justo, mas no se desvaneciò, sino que diò al Cielo las gracias, estimando aquellos favores, como de su mano; que esto es de pechos Catholicos, holgarse del bien, con el reconocimiento al Criador. A fuer de agradecido, volviò a enviar los criados a la patria del Gentil, remunerando la oferta con doblados dones; que en animos bizarros siempre son las recompensas de beneficios con muchas creces. Enlazòse la amistad con estas tornas; pero picado el Gentil a lo liberal, volviò a enviarle joyas de mas estima. Avivabanse el amor con la correspondencia; cruzabanse los presentes, y encontrabanse los regalos, sin que les fuesse estorvo tanta tierra, y tanto mar.

A excessos de amor tan raros, no sabia yà que hacerse el Catholico mancebo, admirando, y estrañando mucho, que cupiesse en un Gentil amistad tan noble. Cavando en estos pensamientos, descubriò un deseo de ir a verle, pareciendole, que a menos que con esta fineza no satisfacia a la amistad que professaba. Demàs, que amar sin saber a quien, parece paradoxa del amor, ò es encanto de amistad. Ver, y conocer, es lo que arrastra al afecto. Como se miraba libre, hallò pocos estorvos al cuidado: y assi, executando su deseo, se partio a aquella Ciudad del Oriente, con grande acompañamiento de pajes, y criados, y con el mayor thesoro que tenia, galas, y libreas muchas, y mui ricas. Iba a vistas de una aficion, y hacer ostentacion de su grandeza, claro està, que iria con todo el resto de prevenciones. El Gentil quando lo supo, saliò a recibirle con no menos aparato. Llevòle a su casa, hizo aderezarle quarto, a los criados tambien, todo con tanta magestad, y pompa, como si fuera un Rey de la Provincia. Dieronse los brazos a la primera vista, con el gozo, y cariño que puede presumirse, saliendose con jubilos los corazones a los ojos, que a fuer de la immensa alegria, no cabian en los pechos. Con palabras urbanas, con razones corteses se dieron el uno al otro las gracias del empleo, significandose cada uno por mui dichoso. El hospedage, el regalo, el agasajo, el gusto, y

el servicio, con que el Gentil cortejò al mancebo por muchos dias, es indecible, porque como era amor quien lo gobernaba todo, y havia recado de bienes, con que acudir al gusto, un perpetuo banquete eran los dias, las noches todas faraos.

No podia, ò no se atrevia el Christiano à ir à la mano en esto, por no contradecir al gusto de un liberal, que tal vez estorvarle lo que gusta, lo juzga por afrenta. El mejor remedio hallò, que era despedirse, alegandole cuidado de su casa. Diòselo à entender assi, significandole, y encareciendole las cargas de obligaciones con que volvia, y que estimaria solo el que le diesse ocasion para ganarlas. El Gentil, que al passo que sagaz, era entendido, aunque con modos corteses, le brindò à estarse otro poco de tiempo, dando por causal, no haverle servido nada; con todo, viendole determinado, no quiso hacer violencias al gusto. Condescendiò con su voluntad: mas antes de partirse quiso hacerle alarde de sus haveres, entròle à una galeria, en que tenia su mayor thesoro, y no solo con ruegos, sino con porfias, le persuadiò mucho à que eligiesse, y tomasse las joyas mas de su gusto. El mancebo, que aunque admirado de las riquezas grandes, no se hallaba menesteroso de ninguna, excusòse summamente de tomar nada, siempre mui agradecido, y mui obligado siempre; que quando se excusa de recibir la cosa, de quien la ofrece con voluntad, es menester mostrar agradecimiento, como si se huviera recibido, porque de otra suerte se hace mucho agravio al animo generoso.

Viendo, pues, el Gentil, que ni à persuasiones, ni à ruegos havia podido convẽcerle à que tomasse la mas minima joya, y que parece era descredito suyo el no llevar à su tierra aquel su amigo una seña de su amor, procurò vencerle con traza mas poderosa. Tomòle por la mano, y llevòle à otra sala rica, donde tenia siete doncellas mui ilustres, y mui nobles, tan dotadas de hermosura, que pudiera la imaginacion respectarlas Seraphines. Estas tenia el Pagano para casarse con ellas, segun su rito, que le permite las que pueden sustentar, ò las que quieren. Dixole, pues, al Christiano, que estaba del caso absorto: Ea, amigo, supuesto que riquezas, ni joyas no te agradan, porque no las necessitas, elige destas beldades, destas doncellas nobles, que tengo para esposas, la que te agradare mas, la que mejor te pareciere, para que qual muger propria te haga dulce compañia. El mancebo, que de una hermosura en otra andaba travesseando con los ojos, escogiò

giò de las siete una, que le llenò mas el alma en lo hermosa, y en lo honesta. Eligiò, en fin, la que era entre todas mas amada del Gentil; caminos quizà secretos para acarrearle la bienaventuranza. Parece que llevado del amor, errò en la oferta; que enajenar un hombre, ò poner à riesgo de enajenar, y perder aquello que mas ama, es error grande, es desatino; pero segun el efecto, acertò. Parece, pues, que vino à ser causa el yerro de hallar aciertos al alma. Trocadillos del amor, y la amistad, guerrearon el corazon del Gentil. A la amistad del amigo, brindò con la cosa amada, quitieronle el envite, y hallase muerto de amor, quando dà el alma à su amigo. Por cumplir con este, agravia à su mismo amor. Satisfecho, y agraviado se viene à hallar en sì mismo. Imitador fue de Alexandro, quando la dama querida se la diò al amigo. Pocos Alexandros havrà en esta materia, mas lo que es nuestro Gentil, vino à ser en todo un Gentil Alexandro.

Viendo, pues, la eleccion, que havia hecho su amigo, dissimulando el dolor todo lo que pudo; aunque dolores tales, mal se dissimulan, le dixo: Yo, amigo, te dì à escoger una destas siete doncellas: Tu entre todas has elegido la que mas robada tenia mi voluntad, la que mas estimaba mi amor, la que mas amaba. Por lo qual, tu como discreto, y entendido, echaràs de vèr en esto lo mucho que he hecho por ti, lo mucho que te he dado; que dàr la muger que se quiere, no creo que hai mayor dàr. Y yo, como menos prudente, por tu respecto, jamàs te darè disculpa de lo mucho que he perdido, ni alegarè excusas, ni achaques para volver à repetir lo que por ti he dexado. Llevatela en buena hora, porque estimeis mi amistad. Diciendo esto, la diò innumerables joyas, y gran parte del thesoro, dotandola conforme à su calidad. Esto fue añadir finezas à la bizarria, ò para mostrar animo grande en una pèrdida de monta, ò para despreciar riquezas, quando havia dado el alma.

Alborozado, y contento se partiò el mancebo à su patria, llevando a la doncella Gentil con la estimacion, y recato que requerian sus prendas, y su hermosura. Con el agasajo, con el galantèo, con sus procedimientos la llevaba yà captiva a la voluntad; y assi, a pocos ruegos, conociendo discreta, à luces de la Fe, los intereses del alma, quiso que la baptizassen. Volviòse Christiana, y casaronse los dos con grande admiracion de toda la Ciudad, que al baptismo, y à las bodas publicaron fiestas, y re-

gocijos. No lo passaba assi el Gentil, sino con tristezas muchas que le assaltaron de manera el gusto, quando se hallò sin la doncella querida, que sin aprovechar divertimientos, cayò en una melancolia mortal. Triste, y melancolico, diò tanta rienda a la pena, tantas largas a la imaginacion, que pararon los discursos en delirios. Hizo rapto al entendimiento la dolencia, y yà volcado el sentido, comenzò a decaer del puesto que tenia. La hacienda, el trato, y las riquezas, como en la casa sin dueño, andaban bienes comunes, expuestos a toda pèrdida. De un dia en otro iba creciendo la falta, y en pocos años se hallò en summa miseria, quien se mirò poderoso. Lances son de la fortuna y es yerro grande fiar en sus prosperidades, pues faltan tan facilmente. A solo un baiben suele rodar por el suelo, quien se mira en la cumbre. Quedò, en fin, del todo pobre, y como tenia enemigos del tiempo, que emulos de su poder le aborrecian (que es mui ordinario, el que està en mas altura tiene mas que le calumnien) procuraron entonces acabarle del todo, y destruirle. Ruines animos los que en la necessidad hacen los tiros. Apuraron tanto al pobre Caballero, que tomò por partido dexarles el campo libre, y ausentarse. Triste, y menesteroso buscaba en tierras estrañas el sustento, quando le ocurriò a la imaginacion la memoria de aquel tan querido amigo, por cuya causa quizà se veia en tal miseria; y pareciendole, que seria impossible haverse olvidado de aquellos beneficios recibidos, determinò de ir a verle. Al imaginativo poco basta para executar su intento. Como lo penso lo puso por obra. Caminò a la Ciudad, donde el amigo vivia en mucha mayor altura, y mayor predicamento que antes; porque a fuer de sus riquezas, se havia hecho gran lugar entre lo Noble.

Informado de su casa, y aguardando que la noche encubriesse con su capa las desnudeces de un triste, llegò a llamar a la puerta. Baxò un criado a vèr quien era, ò lo què pedia? Dixo, que havia menester verse con el dueño, que le hiciesse favor de dexarle entrar. El criado, que al modo que se usan, era desabrido, y mas encontrando con un pobre, donde ningun interès se esperaba, respondiòle con mucha desazon, que no estaba su señor para visitas, que si era pedir alguna limosna, ella podria darle; pero que no aguardasse otra cosa. Porfiò el Gentil, y aun le diò alguna luz de que le dixesse al amo, que era un intimo amigo quien queria hablarle. Segun el ropage, juzgò el criado, que era algun loco,

loco, y ſin darle mas reſpueſta, le diò con las puertas en los ojos. O miſeria humana! O pobreza, ſiempre menoſpreciada, y abatida! No hai para un pobre una mano, que le ayude à levantar, muchas sì, para ayudarle à caer. Por eſſo el que rueda de la cumbre, donde ſe viò feliz, no vuelva los ojos à mas humanos ſocorros, que le deſpeñaràn mas, ſino acuda ſolo à Dios, que es para todos el remedio.

Triſte, y afligido, quanto ſe puede penſar, ſe apartò el Gentil de las puertas de ſu amigo, y buſcando alvergue, donde paſſar la noche, ſe recogiò à un portal grande de la Igleſia. Alli arrojado à un rincon, comenzò con ſollozos, y ſuſpiros à llamar el ſueño. Quedòſe dormido, y allà à la media noche, ſucediò acaſo, que un hombre de mal vivir, ſobre robar à un paſſagero el dinero que llevaba, le quitò la vida, y porque no tropezaſſen con el cuerpo, le tirò à aquellos ſoportales de la Igleſia. El Gentil ſepultado en ſueño, no oyò nada. Amaneciò el dia, y los que madrugaron hallaron caſi juntos al herido muerto, y el Gentil dormido. Baſtò eſte indicio para hacer la Juſticia ſus diligencias. Prendieron al deſgraciado Gentil, è hizoſele el cargo de la muerte. Pudo con verdad negarla, mas viendoſe ya tan apurado de ſu adverſa ſuerte, como el que eſtà canſado de deſdichas, ſe arrojò à perder la vida, que un corazon deſpechado ſuele tomar la muerte por alivio. No quiſo, pues, negar el cargo que le hacian, con que en breve termino le condenaron los Jueces à que pagaſſe en un palo la pena del delito. Sacaronle à ajuſticiar à una ancha plaza, donde el concurſo grande de la gente la hacia eſtrecha. Haſta aqui puede llegar la pena de un deſdichado, la laſtima de un triſte, à verſe blanco afrentoſo de todos los ojos de un vulgo, que le mira. Mas como los juicios del Cielo ſon tan ocultos, y nunca olvida Dios à la innocencia, antes por caminos inauditos ſuele atraher à ſu gracia al alma que iba perdida, permitiò, que al vèr el eſpectaculo, ſe hallaſſe tambien el amigo del Gentil. Aſsi, pues, como le viò, aſſaltandole al alma un tropel de ſuſtos, hizo reparo de mirarle mas atento. Miròle punto por punto, y diſcernidas las ſeñas, conociò que era ſu amigo: y lleno de valor, al paſſo que laſtimado, rompiendo por la gente, comenzò à decir à voces: Eſte hombre eſtà innocente, yo he ſido el malhechor, aqui eſtà mi vida, yo la ofrezco al cuchillo, deguellemme en eſta plaza, y vayaſe eſte hombre libre.

Quedaron todos atonitos con la novedad, hizoſe el vulgo à la

la voceria, y sus amigos, y deudos al llanto, y a la tristeza, todos a la confusion, quando otro nuevo accidente aumentò admiraciones. Fue el caso, que el mismo homicida, el reo del delito se hallò tambien presente, y mordido de su conciencia, y lastimado de que aquel Caballero noble perdiesse la vida, por librar a otro innocente, disponiendolo assi el Cielo, saliò a publico, y con grandes alaridos comenzò a decir: Los dos que se hacen culpados estàn innocentes, porque ninguno de ellos hizo el homicidio. Yo fui solo el culpado, y quien cometiò el delito; y assi, no es justo que consienta que padezca quien no lo debe: muera yo solo, y vayanse los dos libres. Pasmò el sucesso a toda la Ciudad. Los Magistrados, y Señores de el Gobierno, envueltos en confusion, no sabian què hacerse. Suspendiòse el castigo por entonces, y hasta averiguar la intrincada causa llevaron a los tres pressos: tomaronle sus confessiones con maduro acuerdo, y averiguado lo que havia movido a cada uno a hacerse reo, saliò la verdad en limpio; que por mucho que la adelgazan desdichas, nunca quiebra. Conociòse, en fin, la innocencia de! Gentil, y de l amigo, dieronlos por libres, y al mismo reo, por la accion heroica, le absolvieron de el castigo; que a quien confiessa sus culpas, siempre le perdona el Cielo. El Caballero Christiano llevò al Gentil a su casa, haciendole muchas honras, y regalandole infinito, y pidiendole con ruegos se reduxesse a la Fè: el Gentil, que era entendido, advirtiendo en sus tragedias, y juzgando, que havian sido quizà torcedores, con que el Cielo le havia trahido de las tinieblas de su profession a la luz de la gracia, condescendiendo contrito a lo que tan bien le estaba, baptizòse; y el amigo contento en gran manera, le diò por muger a una prima suya, noble, y hermosa mucho: que quiso darle buenas tornas, por la galanteria que havia usado con èl allà en su tierra. Demàs de esto partiò con èl la hacienda, y las riquezas que tenia, quedando iguales en todo, y siendo exemplo raro de amistad a todo el mundo. O si las amistades que hoi se usan fueran con tanta fineza! Mas hai amigos doblados, que solo se hacen amigos al tiempo de la abundancia, y en llegando la desdicha son traidores.

El siguiente exemplo nos darà el desengaño.

EXEMPLO II.

HUvo un Caballero (cuenta en su historia moral Vicente Belovac. lib. 2. c. 16.) bien abastado de los bienes de fortuna: manejaba las rentas Reales, era dueño del thesoro, y por cuya mano corrian todos los gastos que havia de hacer el Rey; que esto es pintar lo grande, y lo poderoso que era el Caballero. Tenia tres amigos mas del alma, que a ser iguales los tres, les quadràra mejor otro apellido. Los dos le arrastraban el afecto, y aun la hacienda le arrastraban: eran dueños absolutos de todo quanto tenia, porque adonde hai amistad, nunca se reserva nada; hasta la vida les ofreciò mil veces, si fuesse necessaria, para servirles con ella: tan de corazon los estimaba, y queria. Al tercer amigo le amaba de cumplimiento, mostrabale una voluntad mui tibia, un afecto poco grato: conforme el amor, era el favor que le hacia. Socorriale mui poco, y en cosas mui menudas, y estas se las estimaba en tanto, que esso le obligaba a tenerle en su amistad. De suerte, que todo lo que con los otros era prodigo, era con estotro avàro; lo que alli eran desperdicios, era aqui niñerias; lo que allà banquetes, eran acà unas migajas. Rodò, pues, la fortuna, que aun en mayores cumbres nunca pàra. Nadie fie de prosperidades, solo el vivir ajustados es el mejor estrivo.

Como era Thesorero del Rey el Caballero, al tomarle las cuentas cayò en quiebra. Hizosele un grande alcance, a que toda su hacienda no bastaba; porque quien gasta sin cuenta, quando se llega a la cuenta, conoce lo que gasta. El credito, la reputacion, el disfame, la venganza de los emulos comenzaron, qual verdugos, a darle en el corazon trato de cuerda. Pidiò espera, y sin oirle, le apretaron a la paga. Hallòse perdido, sobre lastimado. El pundonor no le dexaba avergonzarse a nadie: mas ya la necessidad huvo de sacarle a la verguenza. Acordòse de sus dos amigos, que estaban bien puestos, quizà con lo mucho que èl les havia dado. Acudiò al primero, y con suspiros, y lagrimas algunas le dixo estas palabras: Ya sabràs, amigo mio, en el aprieto en que estoi, y la pena, y el cuidado con que podrè estàr, expuesto a los rigores de un Rey, que me pide lo que es suyo. Y supuesto que sabes lo que me debes de amistad, y beneficios, y que en pechos nobles, es proprio de la nobleza el agradecimiento, ayudame en este aprieto con lo que pudieres; socorreme en esta necessidad, en satisfacion de tantas como yo te remediè, y no me pesa, sino que no fuera

mas, para con mas derecho rogarte lo que te pido; que à pensar yo entonces, q̃ me havia de vèr en tal miseria, hiciera mas larguezas, para hallar à quien pedir. Lo que pude hice contigo, socorreme en lo que puedas.

Quando llego à pintar con la pluma un pecho ingrato, un falso amigo, falta el discurso, y las palabras faltan. Con voz serena, con palabras huecas, con semblante zahareño, respondiò el mayor amigo: *Señor Don Fulano, yo tengo casa, familia, y tengo mis obligaciones, que es fuerza sean primero que las estrañas. Lo que os haveis comido, y mal gastado, no es bien que lo pague yo. Si amistades me hicisteis, tambien os hice amistades: Yo tengo tambien amigos, y he menester contentarlos, y no quedarme desnudo para pagar vuestras trampas. Un par de camisas podrè daros, breve socorro para la necessidad en que os miro, mas no espereis otra cosa de mi mano.* No hai que decir qual quedaria el afligido Caballero, oyendo esta respuesta, pues ello se pregona. Con el silencio se habla mucho à quien entiende. Basta escuchar un despego de un ingrato, para entender el dolor del paciente que le escucha. Andaos à fiar de amigos, gastad por ellos la hacienda, echad en su defensa la capa al toro, arrojaos à otros peligros por su causa, que al haverlos menester, no hallareis à ninguno à vuestro lado; al veros en el empeño, se pondràn en la barrera, al veros en el trabajo, huiràn de veros; y si acaso los llamais, ò los buscais sin acaso, escuchareis desaires por consuelos, un cordel os daràn, si es que os dàn algo, para ayuda à ahogaros con la pena. Traslado à este Thesorero, que hablarà de experiencia, la qual, aunque pudo desengañarle, oyendo lo que oyò al mayor amigo, no se diò por rendido, sino que porfiò a hacer mas prueba. Fue en casa de el segundo amigo, à quien no menores beneficios tenia hechos. Contòle el estado de sus cosas, su aprieto, su necessidad, y pidiòle algun socorro para ayuda al desempeño. Si el primero anduvo ingrato, lo anduvo mas el segundo. Con las mismas palabras le hizo pago, solo para si se iba huyendo, le ofreciò acompañar algunas leguas, mas no darle otro socorro: Buen alivio à quien tiene pundonor, aconsejarle, que vuelva las espaldas, y que paguen los fiadores lo que no han gastado, ni comido. Por una desgracia puede un hombre de bien dexar la tierra. No se estraga el pundonor, huyendo del riesgo, que amenaza a la vida. Pero por cosas civiles, y con daño de tercero, huir la cara, es mucha civilidad, y es descredito mucho en quien

quien sabe lo que es honra. Mejor modo es, quando ya la necessidad llega al extremo, servir à quien se hace la deuda (pues hai servicios honrosos, ò por letras, ò por armas) que no dexar à quien afianzò el credito, que lo pague. En hombres de poca cuenta aun es baxeza.

Despedido, pues, como se ha visto, de los dos amigos grandes, sin haver sacado de ellos, sino claros desengaños (que no es poco, pues enseñan à vivir) comenzò à lamentarse de su poca dicha, siendo despertadores del dolor, y llanto los beneficios hechos à ingratos corazones, las derramas de su hacienda en malos correspondientes. Por no dexar, en fin, diligencia por hacer, quiso probar su necessidad con el tercer amigo, bien con pocas esperanzas de refugio, quando consideraba escasos los favores hechos; porque esperar mas del que està prendado menos, ò es virtud, ò desatino. Fuesse, pues, à èl, y con rostro avergonzado, los ojos en tierra, las lagrimas à la vista, le dixo de esta suerte: No sè, amigo, como tengo boca para hablarte, quando de mi conozco lo poco que por ti hice, siempre anduve escaso en satisfacer tu afecto, siempre con despecho te hice algunos servicios, siempre à tu amistad mostraba semblante adverso: y assi, siento de venir à pedir à quien no supe corresponder; pero la necessidad con que me hallo, la ingratitud que he visto en los que gastè prodigo mi hacienda, me obliga à buscar remedio en las menos esperanzas. Tomame cuentas el Rey, hallome mui alcanzado, no basta toda mi hacienda, hamme faltado los mayores amigos, y assi vengo à valerme de tu piedad, para que ayudado con alguna cosa, pueda suplicar espera en lo que falta.

Alborozado el amigo del piadoso ruego, con palabras amorosas le habiò en esta manera: Doite mi palabra, à ley de Caballero, que siempre te he estimado como amigo, no apartando jamàs de mi memoria mercedes, y beneficios que me hiciste, que aunque en sì no fueron grandes, en mi aprecio fueron muchas; y assi, pues ha llegado tiempo de mostrar mi gratitud, quiero pagarte lo que debo con usuras, pues son licitas ganancias aquellas que grangèa un beneficio. Dexa la congoxa, olvida la pena, no te aflixa nada, tèn valor mucho. Yo le hablarè por ti al Rey, afianzarè tus creditos, y harè que salgas triumphante de todos tus enemigos. Por mi corren ya tus deudas, solo pido que te alegres. Lagrimas despertò el gozo à vista de la bizarria, y entre suspiros tiernos, comenzò el Caballero à llorar su passado engaño,

gaño, y à estimar agradecido su bien presente. Ay de mi (dice abrazado de el amigo) y què engañado vivì, quando tuve con què obrar! Què vano saliò mi afecto en tomar tales amigos! Què poco que discurrì en no estimar à este que lo merecia! A los falsos dì mi hacienda, y al amigo verdadero apenas le hice un favor! Este es solo amigo, que en la necessidad no falta: aquellos son traidores, que en tiempo de la alabanza, solo son amigos. De suerte, que de quien menos pensò este Caballero, se hallò remediado, y socorrido, y aquellos que juzgò le desempeñaran, se volvieron ingratos. Cuidado en buscar amigos.

CAPITULO VIII.

EN QUE SE CUENTA, COMO LLEGO DAVID A LA Ciudad de Nobè, y lo que passò con el Sacerdote Achimelech, y con el Rey Achis.

DE los brazos de su amigo Jonatàs se despidiò David, como diximos, hecho un mar de llanto; que en tiernas despedidas, donde la lastima es mucha, nunca se afrentò el valor de dàr à los ojos reliquias del sentimiento. Por montes, y por malezas le abre camino el miedo; que à quien huye le es siempre seguridad apartarse del camino. Pressuroso alarga el passo, sin saber à donde và, que esto se llama huir, caminar à tiento, buscando en lo lexos sagrado del peligro. Unos pocos criados desarmados, y hambrientos le acompañan, que ocultos en la espessura, esperaban su venida; que no fue poco alivio à tanta pena, hallar criados leales, que se determinassen à seguirle. Con ellos, pues, camina à la Ciudad de Nobè, famosa poblacion, y albergue de los Sacerdotes. Alli estaba entonces el Tabernaculo de el Señor, y alli acudian todos con sus votos, y promessas. Y como el mejor medio en las tribulaciones, y trabajos, sea el acudir à Dios, è implorar su auxilio; assi David devoto, y prudente, al comenzar su destierro, quiso valerse de las fuerzas divinas, mediante sus oraciones: que para poder huir de tan poderoso enemigo, como un Rey, son poca ayuda socorros humanos. Llegò à la Ciudad, fuesse al Templo donde tenia su morada el Sacerdote Achimelech, Principe entre los demàs; el qual viendole de aquella suerte, perdido el color, desarmado, sin el aparato Militar, y tan sin gente, quedòse como atonito, y confuso, y preguntole la causa de ir tan solo?

Diò

Diò à esto David algunas excusas, fingiendo iba à un negocio secreto, cosa que importaba al Rey, y que por esta causa, no solo no aguardò à su gente, la qual tenia conducida en lugares distantes, pero ni aun tomò sus armas, por venir mas diligente.

Creyòselo Achimelech, bien ignorante de lo que passaba: y como David era hombre de tanta verdad, hallò en sus palabras la ficcion aprecio; como al contrario, en quien suele mentir, siente quiebras la verdad. Què causa moviò à David à no descubrirse con Achimelech, ni el Texto la señala, ni los Comentadores la adivinan. Quedase al discurrir de cada uno, y no hai duda, sino que le moviò gran causa. A mi me parece, que fue miedo de la muerte; porque si, como dice Lyra, ya que el Rey Saùl havia hecho pregonarle en la Corte, y por el Reino por bandido, como à hombre facineroso, mandò, pena de la vida, que nadie le recibiesse, ni hospedasse; claro està, que se temeria David de descubrir su desgracia à quien por temor, ò complacencia le podia entregar à su enemigo; y quando no temiera la traicion de el Sacerdote, podia recelarla de otros, à quien llegasse la noticia. Y no se espante nadie, que David temiesse, que en los mas grandes hombres, quando huyen, halla lugar el miedo; y recelar, y prevenir en casos arduos, siempre fue prudencia. Lyr. in Glos. 1. Reg. 21.

Assegurado, pues, à Achimelech, preguntòle David, antes que se alargasse la conversacion (que à quien llega hambriento suele ser entretenida.) si tenia alguna cosa à mano que darle de comer, aunque no fuera sino algunos panes, ù otro qualquier manjar: Nunca la hambre es melindrosa, aun en pechos Reales suele hacerle plato dulce de un tassajo. En el modo de pedir, advirtiò Achimelech la necessidad, y assi respondiò al proposito, diciendo: No tengo tan à mano, como pides, de el pan comun, que es el que se permite dàr à los seglares; Panes Santificados tengo solos, que son de la Proposicion, permitidos solamente à los Sacerdotes; pero si tus criados estàn limpios, principalmente de haver tocado à mugeres, coman dellos sin escrupulo, que la necessidad con que os miro, os harà salvos. Agradecido David de la preciosa oferta, satisfizo à la condicion con decir, que en quanto à mugeres, se hallaban purificados, y que esto, y la necessidad con que le veian, podia excusarles de qualquier otro defecto, en que huviessen caido en el camino. Continencia, y necessidad juzgaron el Sacerdote, y David por causa bastante para comer los legos del Pan Sagrado. A tan alto fastigio llega un continente, à mesa tan- Lyra, y los Hebreos, ubi supr.

tan santa se atreve un necessitado. Siempre ha sido Dios clemente, aun quando se llamaba Dios de las venganzas; nunca quiso la muerte del pecador.

Diòle, pues, Achimelech à David del Pan Santificado, y quiso la fortuna, que no fuesse el caso tan secreto, que dexasse de verlo algun chismoso, y mal intencionado. Estaba en aquella sazon en el Templo Doech, de quien ya diximos, Idumeo advenedizo, privado de Saul, Mayoral de sus Pastores, el qual obligado de algun voto, assistia aquellos dias en el Templo con la ofrenda, que solian ofrecer los que iban à cumplir tales promessas. Este, pues, atendiò curioso à todo quanto passò entre Achimelech, y David. Desde donde estaba oculto, no solo viò las acciones, pero aun debiò de oìr palabras que huvo entre los dos. Bien pudiera Achimelech recelar este daño, pues no ignoraba el estàr Doech en la Ciudad; pero como havia de tener recelo quando no sabia que iba David fugitivo, ni que le amenazaba daño alguno? David pudo recelar; mas quando los leales reparan en las traiciones? En fin, Doech estaba hecho todo oìdos, todo ojos, para vèr, y registrar quanto passaba; proprio de soplones, que por saber un secreto, ò por llevar un chisme, suelen andar desvelados las noches, y los dias.

Viendose ya David con sustento con que remediar la hambre dèl, y de los suyos, pidiòle à Achimelech, si tenia acaso algunas armas, se las diesse, porque la prissa con que el Rey le despachò havia sido tanta, que aun no le diò lugar de tomar las suyas. Aquel alfange (respondiò Achimelech) con que degollaste al Filisteo en el valle del Terebinto, tengo solo en mi poder, que como tropheo de tan singular victoria, le colgamos en el Templo. No tengo otra arma alguna: si quieres, y gustas de llevarte esta, supuesto que es ropa tuya, y tan famosa, llevatela en hora buena, que un Capitan como tu, no parece bien sin armas. Estimo, como es justo (respondiò David) la merced que me haces, y el alfange que me ofreces, porque sè que no hai espada que le iguale. Dàmele, y quedate en paz, que me dà prissa el cuidado, y voces la diligencia. Entonces Achimelech descolgò el alfange, diòsele à David, èl le recibiò cortès, ciñòsele valiente, y dandole por todo las debidas gracias, se saliò de el Templo, y de la Ciudad. Repartiò con sus criados el pan que llevaba, con que mas esforzados prosiguieron su destierro.

No se assegura David en todo el Reino de Judà, las Ciudades

des del Refugio las juzga poco sagrado; que para un Rey ofendido, no aprovechan privilegios. Los montes mas espessos, quando le dàn mas seguro, le atemorizan con sombras. Las cavernas mas ocultas, las teme yà calabozos, que roban la libertad. Los paxaros que cantan, los animales que rugen, las fieras que gimen, piensa que avisan à que le maten, ò prendan. Todo, en fin, lo juzga miedos, todo lo topa peligros, todo lo mira embarazos, hasta el silvo del Pastor, que à otros descaminados causa gozo, à èl le acongoxa, y assusta: y assi determina buscar en tierras estrañas la quietud, de que le priva el patrio nido, que en casos semejantes, quando el Señor justa, ò injustamente, busca al subdito la vida, quando està fresco el enojo, en agraz la pesadumbre, calientes las heridas, no hai prudencia mayor, no hai mejor medio que la ausencia, y el retiro. Con esto suelen vencerse causas graves. El enojado, con no vèr à los ojos quien le causò el disgusto, se templa, y se sazona. El paciente, con no vivir en tierras del señor, aunque viva entre Barbaros, se quieta, y se assegura: Gran consejo es este para perseguidos, salir de entre los pies que los estàn hollando. Aun Christo con ser Dios, para enseñanza nuestra, usò deste remedio en algunas ocasiones. Siendo niño se desterrò de Belèn, y entre Barbaros Egypcios passò sus niñeces, hasta que muriò el Tyrano, que le perseguia. Siendo de madura edad se saliò de Judèa à otras Provincias, huyendo la muerte que le amenazaban los mal contentos, hasta que se cumpliò el tiempo en que la ofreciò gustoso por los hombres. Què maravilla, pues, que David, haviendo de ser padre de esta Deidad Soberana, experimente primero estos destierros, y calamidades: Padezca, y sufra David, que à quien padece sin culpa, es gran gloria el padecer.

Resuelto, pues, quiere ir à valerse de Achis, Rey de Geth. No repara que conozcan que es Hebreo, tan opuesto à su nacion, fiase en ser valiente Soldado, y que para un Rey, que anda metido en guerras, es acepto siempre el agregar fugitivos à su campo, por mas contrarios que sean en la Religion. Hallò, pues, en el Rey buena acogida, recibiòle mui contento, hizole todo agasajo, dandole puesto, y plaza, conforme à su persona. Yà estas caricias le grangearon odios con los privados del Rey. Brotò la envidia incendios de su corage, y à llamas de emulacion, procuro descomponer al nuevo huesped. Fue el caso, que como es ordinario, en viendo à un forastero, informarse quien sea, què

nom-

nombre, què patria, què profession? Assi los Validos del Rey, dadme de què medio usaron, que llegaron a alcanzar ser David el contenido, que al parecer David lo havia encubierto, considerando la enemiga que tenian con èl los Filisteos, desde que matò al Gigante su adalid valiente. No huvieron menester mas, para hacerle el tiro en modo de lisonja; que estas son traidoras heridas, que con capa de amistad derraman el veneno. Dixeronle, pues, al Rey: Ha, señor, gran hombre nos ha venido al Reino, mui buena ayuda de costa, gran socorro! Por què lo decis? Les dixo el Rey Getheo, sin excusar que David oyesse la platica, como no sabia la malicia, que llevaba envuelta. Por què? Respondieron ellos: Pues acaso no es este David el caudillo valiente de su nacion, Rey de su tierra? No es este, à quien haviendo extinguido el rayo de Palestina, al famoso Goliat, le cantaban las doncellas en sus bailes: Saùl diò muerte a mil, mas David matò à diez mil? Pues què mas favor querèmos, que un hombre mata Gigantes?

La Interlineal. Ironicamente loaban à David estos Privados; modo cauteloso para indignar a su Rey, procuraban con alabanzas despertar envidias, que le destruyessen. Assi lo reparò un docto, y assi lo entendiò David, pues lleno de temores, comenzò en su corazon à desentrañar aquel modo de palabras, y repassadas una, y otra vez à la luz de su juicio, las descubriò el veneno que llevaban rebozado con lo dulce. Era entendido, y assi diò presto en el blanco: que lisonjas de enemigos, en quien discurre, pintan en traicion. Hallòse, pues, atajado, sin saber què hacerse, metido entre contrarios, y envidiosos, que es mas. Temiò el peligro, y quiso acudirle con una famosa traza, que para de repente fue harto astuta. Fingiòse loco, y lo fingiò tan bien, que tuvieron por verdadera la locura. Comenzò à hacer ademanes, y meneos con ojos, y boca, yà pintando en las paredes, yà enfureciendose entre los que le miraban. Apesadumbròse el Rey, y mandò, que se le echassen de alli, diciendo a los suyos, y haciendoles cargo, que a què proposito le havian llevado un loco, quando los havia sobrados en su tierra? Con esto le ausentaron de Palacio, y quando David viò la ocasion, huyòse con diligencia del peligro. Dexò el Reino Getheo, y volviòse al de Israèl a buscar mejor seguro. Yà de lo que se fue huyendo le pareciò mas sagrado, proprio de los que arrastra la fortuna, no hallar en ninguna parte consuelo, ni reposo.

Con

Con todo, es de reparar, que de tres veces que en sus persecuciones se fue David à amparar de los Gentiles, como se verà adelante, nunca, si no es una vez, se viò apique de perder la vida. En las otras ocasiones, va con el Rey de Moab, va con el Rey de Get, hijo del que ahora huye, hallò famosa acogida, le estimaron, y quisieron en tanto grado, que cada uno le señalò una Ciudad en que viviesse; y aun el Moabita, que le estimaba por deudo, como vizniete de Ruth, Infanta de aquella tierra (segun dicen los Hebreos) sintiò tanto que le dexasse, y se volviesse a Israèl, que en venganza de esto hizo matar a los padres de David, y a muchos de sus amigos, y parientes. Què causa, pues, puede haver ahora para hallar David, en vez de refugio, amenazada la muerte entre envidiosos? Què mysterio escondido puede haver en este lance? Recibirle despues bien, y ahora mal recibirle, què serà el mysterio? Entonces, que iba como de guerra, con gran trozo de Soldados, gente allegadiza, todos fugitivos, le socorren, y le dàn sus casas; y ahora que và tan de paz, solo con quatro criados, se indignan de saber quien es, y tiran a matarle? Entonces se enojan, porque los dexa, y ahora se malèan, porque se và a valer de ellos? Entonces no se acuerdan que es David, quien ha hecho en ellos tantos estragos, y muertes, y ahora hacen recuerdo, que es David quien les matò a su Gigante? Què es esto? En què ha pecado mas ahora David, pues parece que el Cielo le desampara? Seria por ventura, por haver comido el Pan Sagrado, que le diò el Sacerdote? No pudo ser por esto, pues como queda dicho, la extrema necessidad le excusò de culpa: antes bien por haver comido de aquel pan, figura del Soberano Sacramento, juzgo, que le diò gracia, para saber mañoso escaparse del riesgo. Seria acaso por passarse a los Gentiles, gente tan contraria a su Religion? No, que si por esto fuera, no le sucediera tan bien las otras veces. Demàs, que aun el mismo Christo (como ya diximos) no juzgò ilicito irse a valer de infieles, quando se huye de ingratos. Pues si no fuera nada desto, por què seria? Ea, no lo encarezcamos mas. Yo imagino (y debaseme esta conjetura) que fue por haverse trahido del Templo la espada del Gigante, porque hai quien dice, que esta espada, ò alfange se le consagrò a Dios en hacimiento de gracias, por aquella tan cèlebre victoria: claro esta que si fue assi, no pudo David, ni otro ninguno valerse de la tal arma, menos que no fuera para defensa del mismo Templo de Dios, porque lo que se consagrò à Dios una vez, no puede volver jamàs a usos profanos, que assi lo manda Dios,

Glossa.

Deut. c.[illegible]

Dios por el Levitico. Luego si hizo mal David en tomar del Templo lo que era proprio del Templo, què marabilla que no le suceda bien en la jornada? Y yo quiero (como siente Lyra) que aquel alfange no se consagrasse à Dios, sino que simplemente se huviesse colgado alli como tropheo, y que David no pecasse en volver à tomar lo que era suyo: yo quiero que no huviess culpa en esto; pero se podrà negar en lo exterior, al parecer, amagos de descredito, desadornar al Templo de una arma tan preciosa como aquella, vivo testimonio, que pregonaba alli à quantos entraban, favores immensos, que hizo Dios à David, con darle aquella victoria? Puedese negar, yà que no lo fuesse, el parecer delito, ò desacato? Esto no podrà negarse. Siente, pues, tanto Dios, por mas montones de causas que lo justifiquen, el tomarle de su Templo cosa alguna, que quizà para escarmiento de otros, permitiò le sucediesse à David tan mal este viaje, topando con mas peligros, donde pensò hallar socorros. Y si las que son sombras de desacato, qual estas, las castiga desta suerte, como castigarà atrevimientos sacrilegos? El tomar de sus Templos las riquezas, so color de guerras justas? Tiemble el mas alto poder del Poder Soberano: y antes embista desnudo al enemigo, que con ropa, que es de Dios quiera vestirse, porque en lo uno verà victorias patentes, y en lo otro experimentarà estragos, y desdichas; y quien no lo creyere vuelva los ojos à historias lastimosas.

Exemplos de los que acabaron mal, y tuvieron sucessos infelices, por usurpar los bienes de los Templos.

EXEMPLO PRIMERO.

POr los años de mil y noventa y quatro reinaba en Aragon Don Sancho Ramirez, Principe esclarecido, y famoso, no menos por sus virtudes, que por sus grandes victorias, que porque el curioso tenga noticia de algunas, las sumare en breves lineas. Este Rey fue el primero, que de los encumbrados montes, donde fortificados de la aspereza del sitio, vivian sus antecessores, baxò à lo llano su imperio, ganandoles à los Moros muchas fortalezas, y Ciudades. Fue quien con guerras continuas vino à afligir de manera à los Reyes de Balaguer, de Lerida, de Monzon, y de Barbastro, que los hizo tributarios suyos, cobrando de ellos parias ventajosas. Tomo despues à Barbastro, Ciudad,

dad, que en las delicias de sus amenos campos, es emulacion de otras que le miran. A Morzon tomò tambien, Villa, que por su Alcazar, y fortaleza la han estimado los Reyes por precioso asylo. Tuvo principio en su tiempo la Villa de Luna, casa solariega desta familia ilustre, cuyos Varones claros ennoblecen aquel Reino. Diosela el Rey à Bacalla, Caballero principal, y famoso tronco de tantas ramas nobles. Fue de mas de guerrero este Rey, mui bien quisto en el gobierno, que no todos los que saben menear las armas, tienen maña en ajustar las cosas. Fue mui piadoso, y devoto mucho de los Religiosos; y assi, alcanzò del Pontifice Alexandro Segundo, que el Monasterio de San Juan de la Peña, con los demàs de su Corona, fuessen essemptos de la jurisdiscción de los Obispos. De suerte, que en la guerra, y en la paz fue siempre Don Sancho bien acepto. Pero como nunca à la mayor virtud falta un desman, que procure desauthorizarla, y deslucirla; assi à este Rey le acometiò un gran contrario, un vicio sabroso, y dulce a nuestra naturaleza, un veneno, que sin sentir se traga: fue la codicia el meter las manos en la ropa ajena, el valerse muchas veces del thesoro de las Iglesias, con capa de guerras justas, de la defensa propria, del bien comun. El color parece bueno, mas poco importa el colorir la accion, si el meter las manos en las cosas sagradas no se ajusta, y Dios se indigna.

De esto, y no de otra cosa fue notado este Rey: harto fue esto; y si hizo, ò no hizo mal, si pecò, ò no pecò, veáse en sus diligencias, pues de ellas mismas consta la inquietud, y desassossiego de su alma. Siempre la conciencia es despertador que advierte, llama, y despierta. Para soldar sus escrupulos, ganò una Bula del Papa Gregorio Septimo, para que à su voluntad trocasse, mudasse, ò diesse las rentas de las Iglesias nuevamente edificadas. El ajustarse à la voluntad de la concession, es lo dificultoso, el exceder de lo que el dueño permite, es el peligro. El ser verdadera, ò no la causa que alega, es todo el toque: y aqui, como en piedra de toque, està el fiscal de la conciencia tocando el hecho, y la causa. Y como es ropa de Dios, de sus Templos, y de sus Ministros, se mira con gran cuidado: y quando cae la culpa en quien la siente, como este buen Rey, ò como en nuestro David, ò como en otros, es gran consuelo, porque, al fin, con lagrimas se cura, con satisfacion se sana. Dios os libre de quien no hace cuidado de tomar lo ajeno, de quien no escrupuliza lo que qui-

tò injustamente, de quien à voces de la conciencia se hace sordo, que en tal caso mayores males se temen, mas horrendas desdichas se amenazan.

Como no se escapò al Rey la murmuracion del Pueblo, en que veia claramente, que le afeaban algunas de estas codicias, y que las llamaban sacrilegios, diò de tal manera en afligirse, que determinò soldar la nota con una accion heroica, y señalada. Convocado el Pueblo, un dia en la Ciudad de Roda, en la Iglesia de San Victoriano, y presente el Obispo Raimundo Dalmacio, arrodillado el Rey delante del Altar de San Vicente, con humildad grande, con lagrimas muchas, con gemidos, y sollozos, pidiò perdon publicamente de su excesso, y prometiò satisfaccion de vida con la emmienda: hecho por cierto digno de loar, y que enterneciò al concurso; y para confirmar con las obras esta accion, mandò restituir al Obispo todo lo que le havia quitado de su Iglesia. Todos los Principes, que heridos deste achaque, se sienten cargados, havian de imitar à este Rey en la penitencia, ò temer por lo menos su desastrado fin: que en delitos graves, en culpas escandalosas, y mas en las cabezas, no se satisface Dios con que las giman, y lloren (harto es perdonarselas por esso) sino que para escarmiento de otros, permite que se castiguen. No hai mejor exemplo, ni mas prueba que David, quando le quitò à Urias la muger, y la vida; pues aunque con sus lagrimas, y dolor, borrò la culpa, no por esso se le perdonò el castigo, que fue bien lastimoso, permitiendo el Cielo, que su hijo mismo le quitasse sus mugeres, y le afrentasse con ellas à vista de todo el Pueblo. Assi, pues, aunque el Rey D. Sancho por su penitencia, no hai duda, si, que alcanzaria perdon de su pecado, no por esso se librò de un exemplar castigo, que fue en esta manera:

Prosiguiò el año que havèmos dicho la guerra contra los Moros. Determinò valiente sitiar à Huesca, y tomarla. Juntò todas sus gentes, y formando un gruesso campo, partiò à la execucion. Por los montes, y collados, que la circundan, la fue sitiando, de modo, que no podian entrar, ni salir de la Ciudad, sin dàr en las celadas; los Reales principales los puso en un montezuelo, que desde entonces, dicen Historiadores graves, tomò el apellido deste Rey, y se llamò Poyo de Sancho. La Ciudad era mui fuerte, y estaba mui bien pertrechada, y socorrida de vituallas, y gente; y assi, el cerco iba à la larga, mas no por esso desistiò el Rey de lo comenzado, como tampoco bastaron à

à divertirle algunas correrias, con que el de Castilla le acometiò por la parte de Navarra (torcedor rebozado en favor del Rey Moro.) Pero los Infantes de Aragon, por mandado de su padre, salieron à la defensa, con que el cerco fue adelante. Un dia, pues, acompañado de algunos Capitanes, andaba el Rey dando vuelta à la Ciudad, mirando con atencion sus fuertes muros, por si veia alguna parte por donde pudiessen acometerla. Advirtiò un lugar algo à proposito para su designio, y estendiendo el brazo para señalarle à los que iban con èl, sucediò, que al mismo punto le flecharon del adarve una saèta, que hiriendole por baxo del mismo brazo, le quitò la vida. Saliò luego la voz del comun, en que era venganza de Dios, por haver puesto la mano en los bienes de las Iglesias. Que fuesse por esta, ò por otra causa, el rumor lo publicaba assi, y fines desgraciados, en quien ha agraviado al Templo, siempre se presumen ser castigos, para con ellos quizà atemorizar Dios à otros atrevidos, pues mal huviera escarmientos, y mas en la codicia, si no huviera el temor de sus fines semejantes. Mucho dissimula Dios de otras materias, mas en tocandole al honor de sus Templos, de sus bienes, no quiere dissimularlo: crudamente lo castiga, y mas à quien no lo llora, ni se arrepiente de ello, como se verà en la Historia siguiente.

EXEMPLO II.

POr muerte del Rey Don Alonso el Sexto, aquel que, ò por su liberalidad, ò por sufrir el plomo, se llamò el de la mano horadada, y ganando à Toledo, la hizo con mucha razon Corona de Castilla, sucediò en el Reino su hija Doña Urraca, viuda que era à la sazon, del Conde Don Ramon de Borgoña, tan briosa, y alentada, que con sus bizarrias desdorò su honestidad, y su decoro. En otra ocasion podrà ser que digamos algo desto, si bien es materia tan vidriosa, que ojalà los Chronistas las huvieran passado entre silencios, para no despertar cenizas frias à voces malsonantes. Casò, pues, esta señora en segundas nupcias, aun viviendo su padre, con el principe Don Alonso de Aragon, hijo del Rey Don Sancho, que muriò en el cerco de Huesca, como dexamos dicho. Por ser deudos en tercero grado, y no haver abierto entonces la puerta los Pontifices à las dispensaciones (que aun con los Reyes no se permitian) despues de muchos dias de casados, y despues de tomada la possession del Reino, y llamarse

ya Don Alonso Rey de Castilla, y septimo de este nombre (que otros, por la nulidad deste matrimonio, le excluyen del Cathalogo) despues de todo esto vino un Breve del Papa Pasqual, en que les mandaba, que se apartassen. Esta diligencia debiò de hacer de parte de la misma Reina Doña Urraca, y de los que mal contentos del Rey estraño, no querian se llamasse Don Alonso Rey de Castilla. En fin, à amenazas del Pontifice, y à contradiciones de los Grandes, se divorciò D. Alonso con la Reina, y mandò soltarla del Castillo de Soria, donde la tenia pressa, por causa de su licenciosa vida, y poco recato: Gran mengua en una Reina de España. Nadie se admire, ni espante de flaquezas, quando aun en paños Reales caen las manchas. Aunque Don Alonso hizo este divorcio con mucha voluntad (si no es que fue fingida) como la ambicion del mando sea tan poderosa, y tan dulce à nuestra naturaleza, no queria dexar el señorio del Castellano Reino, que era la dote, que le havia llevado Doña Urraca. Comenzò à acedarse, y à embravecerse contra todos aquellos, que presumiò havian solicitado el apartamiento, en especial con los Prelados, y Obispos, y assi hizo prender al de Palencia, y echò de sus Iglesias al de Leon, y al de Burgos. Al Abad de Sahagun despojò de su dignidad, y se la diò à su hermano Fr. Ramiro (que aunque Monge, vino despues à ser Rey de Aragon, por morir Don Alonso sin hijos, è hizo aquella memorable campana de cabezas.) Hasta el Arzobispo de Toledo Don Bernando, con ser Legado Apostolico, obligò à andar desterrado de su Iglesia por dos años. Contra los Grandes que le hicieron punta en defensa de la Reina, y de la patria, tomò las armas con tan gran denuedo, que en dos batallas campales los dexò vencidos, quedando en una de ellas, que fue junto à Sepulveda, muerto Don Gomez, Conde de Candespina, tronco famoso de la ilustre familia de los Sarmientos, que siendo nuevas vides, coronan tantas casas. La otra fue entre Leon, y Astorga, en un lugar que llaman Fuente de Culebras. Ufano de estas victorias, se entrò robando toda la tierra de Leon, Burgos, Naxera, y Palencia. Pero todo este estrago, aunque sangriento, è injusto, pudiera tolerarse, si no passara la ambicion, y la codicia los limites sagrados. Diò en profanar los Templos por donde iba, haciendolos establos; què mas hiciera un Gentil? Ni por què mas tuvo Pompeyo desastrada muerte, sino porque en Jerusalen hizo al Templo alvergue de sus caballos? A desacatos sacrilegos, no es excusa la infidelidad, puesel mas Barbaro sabe que hai Dios,

y que son los Templos su Casa. Metiò la mano tambien en sus riquezas, y thesoros, coloreando la accion, con que su guerra era justa, y tenia necessidad extrema de dineros. Sin duda se le pegò à este Rey el achaque de su padre; pero pudiera temer el fin que tuvo. Del Templo de San Isidro de Leon tomò gran cantidad de plata, y oro, y de otras muchas Iglesias quitò los Vasos Sagrados; injuria que vengaron mui bien los Santos Patrones de ellas. Y fue cosa milagrosa, pues desde el punto que hizo el Rey estos desafueros con los bienes de la Iglesia, se fue empeorando su partido. En Carrion le tuvieron cercado, y apique de prenderle. En fin, por algunas conveniencias se le concedieron treguas por parte de Castilla. Diò vuelta à su Reino, por causa que los Moros de Zaragoza le inquietaban con algunas correrias, haciendo notables daños en los Christianos Pueblos. Ganò despues de largos combates la Ciudad de Zaragoza, que no se le ha de negar à este Rey haver sido de los mas valientes, y bien afortunados que tuvo Aragon, y conociò España. Veinte y nueve veces afirman Authores graves, que travò batalla con sus enemigos, y que en las armas saliò victorioso, y triumphante, por lo qual ganò renombre de Batallador.

Pero poco importan las victorias, poco los buenos lances de fortuna, y aun las virtudes tambien importan poco, quando hai ofensas del Cielo que las borran: los desacatos cometidos contra las Iglesias, unas derribadas, profanadas otras, y otras despojadas de sus bienes, estaban pidiendo à Dios venganza. Y juzgo, que oìa el Rey las voces, ò se las representaban à su conciencia, segun el testamento que dispuso tres años antes de su muerte, en que dicen dexaba mandas de muchos Pueblos, y Castillos à los Templos, y Monasterios de casi toda España, y por no tener hijos, repartia el resto de sus Estados entre los Templarios, y Caballeros de la Tierra Santa, con graves maldiciones contra los que innovassen algo de su disposicion, y voluntad. Què mas prueba de que la conciencia le incidia, y el pecado le aquexaba? Pero dexar para despues de muerto la restitucion, y en tales materias, nunca es acertado, porque aunque los Albacèas sean mui amigos, ò se descuidan en cumplir las mandas, ò à veces permite Dios que no las cumplan: demas, que à falta de herederos forzosos, quizà los Albacèas quieren serlo, como estàn llenas de exemplos las Historias, que aquellos mismos, en quien afianza un Rey la execucion de su voluntad, ellos son quien la divierten, procurando para sì lo que han

de dàr à otros, como vino à suceder en este caso; pues no hai duda, sino que Fr. Ramiro, hermano del mismo Rey, por Religioso, y hermano, seria el principal de los que quedaron con el cargo de cumplir el testamento; y bien lo cumpliria, si à ruegos de los demàs, y dispensando el Pontifice, cargò con la Corona: el satisfacer en vida es lo seguro, porque fiarlo de amigos, lleva mucho riesgo.

Con este testamento, pues, que se otorgò en Bayona, se hallaba el Rey Don Alonso, quando se le ofreciò à los ojos la conquista de Fraga: Plaza conocida, mas por el desastre que dirèmos, que por otra cosa alguna, que la apoye; mas por suplicio de una Magestad, basta tea un Pueblo triste. Pusola cerco, que durò muchos dias, à causa que la fortaleza de el sitio, le servia de defensa. Huvo algunos encuentros bien reñidos, en que los Moros llevaron casi siempre lo mejor. Un dia, pues, que se contaban siete de Septiembre del año de 1134. junto al Lugar de Sariñena, cayò el Rey, con una esquadra de trecientos de à caballo, que llevaba, en manos de la Caballeria enemiga, que era mui grande en numero. Visto el peligro, animò à los suyos con palabras graves, poniendoles por delante el ser Christianos, y el deber de Caballeros. Travòse la pelèa con ardimiento grande, con corage mucho. Los Fièles considerando el aprieto, peleaban como desesperados de valientes; que suele infundir animo la falta del remedio, pues ya que se ha de morir, es consuelo en parte, saber vender bien la vida. El Rey, como Rey, en fin, se señalò entre todos; mas como quizà esta desgracia la causaba su culpa, poco le aprovechò el esfuerzo, poco la valentia, pues cayendo de el caballo entre el sangriento tumulto, no pareciò jamàs vivo, ni muerto: sucesso el mas infeliz, que lloran los Anales de Aragon, muerte la mas lamentable, que se viò en un Rey Christiano! Varios rumores ocasionò el desastre; la presumpcion de mas credito es, que fue castigo, por los desacatos que tenèmos mencionados. Nadie se burle en meter las manos en los bienes de la Iglesia, que corre el despique por cuenta de Dios, y sabe castigar con tales muertes. La de este Rey fue mui horrenda, pues aun no se le permitiò sepulchro, que honrasse sus cenizas. Tiemble el mayor poder de un sacrilegio.

Aunque semejantes fines, no solo son castigos, sino que dàn escarmientos, se aprovechò mui poco la Reina Doña Urraca de el que tuvo Don Alonso su marido, pues pudiera advertida, para

no imitar sus passos, temerse del sucesso; pero à què razon no ciega la codicia? Como andaba en encuentros con su hijo D. Alonso, ya Rey de Castilla, y que fue de los Alonsos quien se llamò Emperador de España (tales fueron sus hechos, y virtudes) para sustentar con èl la guerra, metiò tambien la mano en los thesoros de San Isidro de Leon, no reparando en que aquellas Reliquias, y Vasos Consagrados servian al Divino Culto: no advirtiendo en que por ser muger, era mucha demasia entrar al robo, quando aunque fuera de un Templo de Gentiles, era accion mui contraria à las mugeres, en quien la piedad, y la modestia han de ser tymbre, no el desgarro, y la crueldad. Casos hai en que unas personas irritan mas que otras. Con algunos se puede dissimular un delito, y con otros no hai paciencia que lo dissimule. Con el Rey Don Alonso parece que dissimulò Dios algun tiempo, y los Santos ofendidos dissimularon tambien; pero con Doña Urraca, ni San Isidro, ni Dios (segun me lo parece) quisieron dissimular, porque apenas con el despojo sacro, ò con el robo sacrilego, iba à salir de la Iglesia, el un pie dentro del umbral, y el otro fuera, quando rebentò subitamente, y quedò difunta. Quedese à la consideracion hacer discursos: pues basta vèr tan desastrados fines en un Rey, y en una Reina, para que se compuja el animo mas osado. No hai que burlarse con Dios, ni con sus cosas, que sabe tomar venganza.

EXEMPLO III.

Corone este assumpo el Rey Don Juan de Castilla, y primero de este nombre, el qual haviendo ido à Portugal à tomar possession de aquel Reino, que por la Reina Doña Beatriz su muger le venia de derecho, como hallasse las cosas mas alborotadas, y revueltas, que pensaba, à causa que los naturales no querian Rey estraño, y en bandos divididos trataban de hacer Rey de su misma Nacion, como, en fin, le hicieron, que fue el Maestre de Avis, hijo bastardo del Rey D. Pedro de Portugal, que se llamò tambien Don Juan, primero de aquel Reino, bien afortunado, y dichoso, pues quitandole à Doña Beatriz la Corona, se mantuvo en ella con general aplauso de su Nacion, y la dexò por herencia de sus hijos: para acudir, pues, à los gastos grandes, y à las guerras forzosas, que se le ofrecian, procurò valerse, justificandolo graves Consejeros, del rico thesoro del famoso Santuario, y

magnifico Templo de nuestra Señora de Guadalupe. Tomaron, pues, en joyas, y preseas cantidad de quatro mil marcos de plata; y aunque sonò mal el caso en todo el comun, y prognosticaba sucessos infelices en la amenazada guerra, no por esso dexò de executarse el despojo. Poca atencion à la Virgen, que con milagros tan estupendos encienden en devocion hasta los mas Barbaros Infieles. Si es que sintiò esta ossadia, y este desacato, publiquelo en presumpciones la desgracia.

Apenas huvo el Rey tomado el sacro thesoro, quando el Maestro de Avis, neutral hasta entonces en admitir el cargo, se le alzò con la Corona, llamandose Rey de Portugal, con votos de todo el Reino. Turbò la nueva al Rey Don Juan de Castilla, y para acudir al remedio, huvo de juntar todas sus gentes; por mar enviò à Lisboa una grande armada, que puso harto temor à los Portuguesses; por tierra despachò à Don Pedro Tenorio, Arzobispo de Toledo, hombre en todo grande, y que su fama permanece eterna, con no pequeño golpe de Soldados, que rompieron por Ciudad-Rodrigo. El nuevo Rey de Portugal, como hombre de gran corazon, y mucha maña, no desmayò por esto, antes denodado, y brioso, juntò para la defensa todas las fuerzas Lusitanas, y haviendole quitado al Arzobispo de Toledo todos los despojos, con que de la parte de Visco volvia triumphante, con no poco estrago que hizo de sus Soldados, se rehizo de manera, que diò terror al de Castilla, que ya con todo el exercito estaba à la raya de Portugal.

Juntaronse campo à campo los dos Reyes, el de Portugal en un lugar estrecho, bien à proposito para su designio, pues los mismos montes le servian de murallas: el de Castilla en una grande llanura al descubierto. En gente eran desiguales los exercitos, si bien no tan desiguales como quieren algunos Portuguesses; pues componen al Castellano de treinta y seis mil combatientes, y al Portuguès de solos seis mil. Que eran doce mil ellos, dicen Authores graves, dos mil y docientos caballos, y diez mil peones, y los nuestros seria harto llegassen à veinte mil, que no es bien meter en cuenta el socorro, que aun no llegò à tiempo de Navarra, y la muchedumbre, que estaba en las Galeras à vista de Lisboa. Mas cuenten como quisieren, pues llevan propicia à la Madre de Dios de Guadalupe, y los Castellanos la llevan enojada; y assi, con ventaja igual, aunque ellos fueran menos de seis mil, y los contrarios un millon entero, què mucho que alcanzassen la victoria? Trocaronse

ranse las fuertes, y pusieranme à la Virgen desta banda, y viera como les iba. Diòse, pues, la batalla en el lugar nombrado, que es Aljubarrota, por lo pequeña, aldèa, grande en fama desde entonces, que corona el sitio. Fue reñida valerosamente de ambas partes, costò mucha sangre, à todos los Castellanos tres dobladas vidas. El Rey de Castilla, por ir con poca salud, desde una silla, en que le llevaban en hombros, iba animando su gente. El Rey de Portugal, viendo que los suyos cejaban à las primeras cargas que se las dieron fuertes, puesto à pie con su espada, y rodela, dixo à grandes voces: Aqui està vuestro Rey, Soldados, adonde volveis? No tema nadie, que no hai esperanza de vida en volver las espaldas: solo en el valor la hai, passad adelante, pues vuestro Rey os guia. Animan mucho las palabras del Principe, la presencia del Rey infunde valentia. Conociòse aqui mui bien, pues en breve rato, los que ya medrosos buscaban por donde huir, vueltos sobre si, con la presencia de su Rey, se aclamaron vencedores, buscando à quien poder matar. Quedòse, al fin, por el Portuguès la victoria, y nuestro Rey de Castilla escapò huyendo, corriendo mas de once leguas aquella noche. Fue esta desgracia tan grande, y tan digna de ponderar, que le costò al Rey Don Juan perder aquel Reino, que derechamente le tocaba por su muger, y afirmarle para siempre al Portuguès la Corona. No quedò menos deshecho el gran Pompeyo en la Farsalia, quando saliò huyendo à uña de caballo hasta Larisa, donde entrando en una barca, passò à Lesbos, como quedò el Rey D. Juan en campos de Aljubarrota, huyendo hasta Santaren, y desde alli en un Navio hasta Sevilla.

Pero averiguèmos ahora, por donde tanta pèrdida en fuerzas ventajosas? Por ser los Portuguesses mas valientes, como dicen ellos? Por pelear los Castellanos con menos ventaja de sitio, como decimos nosotros? O seria acaso por haver alli mas maña? Mas gobierno? Mas destreza? O seria, porque acà les daba el Sol en los ojos, y les turbaba la vista? Seria por algo desto? Por nada de esto me parece que seria, sino por el intento à que nos trahe esta historia, por venganza del desacato hecho al Templo de la Virgen. No se tomò para ayuda à esta empressa su thesoro? No despojaron su Casa de las joyas que ofrecieron otros Reyes? No fue tambien este Rey de Portugal, este Don Juan el Primero, quien presentò à la Virgen, sea despues, ò sea antes, un Caliz grande de oro con su Patena, cuyo esmalte, y echura monta mas que el peso, joya de las mas preciosas que hai en aquel Santuario, y que

que en mis manos he tenido algunas veces? Pues si fue todo esto assi, para què se cansan los Historiadores en buscar mas causa? Para què buscan los Castellanos mas colores con que colorir su afrenta? Para què los Portugueses buscan mas blason con que engrandecer sus armas? No serà mas gloria confessar, que les ayudò la Virgen, que decir fue ardimiento de sus brazos? Finalmente, la sonada del rumor del pueblo, la voz comun atribuyò esta desgracia, enojo de la Soberana Virgen, y parece que las extremadas demonstraciones de sentimiento, y tristeza, que hizo el Rey por esta pèrdida, daban color à que fue solo castigo de su culpa, pues nunca à si no es por esto, caben en pechos Reales tristezas demasiadas si por rebeses de fortuna, jamàs hacen tanto asiento. Siete años vistiò luto, solo por este fracaso. Desde Aviñon le enviò à consolar el Pontifice Clemente con una carta (de que tratè al principio) llena de exemplos de Historias Sagradas, y antiguas. El Rey de Francia le ofreciò socorros mui grandes de gente, y dineros. Todo era menester para aliviar su mucha melancolia. Finalmente, ni prevenciones, ni diligencias, nunca cobrò à Portugal. Su salud fue siempre poca, y poca su vida, pues le faltò en la flor de su edad, y con fin bien lastimoso. Sucediò desta suerte: Havia tenido en Alcalà de Henares el Verano, y à la entrada del Invierno llegaron à aquella Villa unos valientes ginetes, llamados Farfanes, de profession Christianos, y ganoso el Rey de verlos escaramuzar à la usanza Africana, saliò un Domingo, despues de Missa, nueve que se contaban de Octubre, por la puerta de Burgos, que es la que està arrimada al famoso Monasterio de las Bernardas. Saliò, pues, por alli al campo en un caballo tan lozano, y brioso, que su mismo orgullo parece que incitò al Rey que le corriesse; que hai animales de tan sagaz distinto, que hablan con las acciones. Quiso, pues, el Rey darle una carrera. Enderezòle por una tierra labrada, arrimòle valiente las espuelas, hizo el bruto alas de las herraduras: arrancò qual recio viento, y tropezando quizà en su furia misma, pues aun no hollaba los surcos, cayò con el desgraciado Rey con tanto impetu, que el caer, y hacerle rendir la vida, fue todo de un golpe. Al instante rindiò el alma, causando su muerte la mayor lastima, que experimentò aquel siglo. Assi acabò el Rey Don Juan, despues de otras desgracias, en su edad florida, à los treinta y tres años, dexando al Principe niño, y al Reino en peligros hartos. No digo, que el morir assi seria tambien castigo de aquella culpa, sino solo digo, que por marabilla ha havido

Rey,

Rey, Principe, ni Señor, que meta las manos en cosas de Iglesia, que tenga buena muerte. Justos juicios son de Dios, no hai para què escudriñarlos. Valerse del escarmiento es lo que importa.

CAPITULO IX.

DE COMO DAVID LLEGO A LA CUEVA DE ODOLLA y se hizo Principe de foragidos, y despues se fue à valer del Rey de Moab, con lo que le passò alli.

YA vimos como David saliò de Geth hecho loco, afianzando la vida con la industria. Viendo, que todo era riesgos por qualquier parte que echaba, neutral, y confuso, no sabia què hacerse; por mas que discurria, se hallaba atajado: todo lo miraba inconvenientes. No se asseguraba de ìr à las Ciudades de el Refugio, que contra enojos de un Rey, no se repara en sagrados; por lo qual juzgò por mejor asylo la aspereza de los montes. Acordòse de los desiertos de Odolla, cuyas cavernas, y grutas eran alvergue siempre de tristes, y desdichados. Considerando, pues, hallar alli compañia con quien divertir su pena, enderezò allà los passos. Cogiòle la noche à la entrada de los riscos, y sin camino, y sin luz, es caminar desdichado. Temeroso, pues, de algun precipicio en tierra tan quebrada, encomienda à las voces el remedio. Aunque hai muchos que le oyen, se hacen sordos, que los que andan en trabajo, todos temen. Guiar à un descaminado, cosa es piadosa, mas recelar, no sea espia, tambien es cordura. Los que habitan aquel monte son todos fugitivos, y el que menos, tiene mucho que temer: què marabilla que calle, por mas que le vocean? Pero tambien un pobre es porfiado, y à porfias demasiadas, tal vez por no oìrlas, suele el menos piadoso socorrerlas. Assi creo que le sucediò à David en este lance. Como menesteroso alzaba el grito, y por salir de cuidados, los mismos que estaban mudos, le respondieron atentos. Preguntaronle quien era, ò què queria? Dixoles, que era David, que iba à ampararse de ellos. Al oìr el nombre temblaron unos, y se alegraron otros. Los que ignoraban su caìda, temieron; los que sabian ya el caso, salieron à recibirle. Llevanle, pues, à la cueva, danle de cenar mui bien, preguntanle su desgracia, cuentales toda su historia, lastimados le consuelan, y dispuestos à servirle, quieren hacerle su Rey.

Pregono la fama la llegada de David à aquellos montes,

corriò hasta Belèn la nueva, al tiempo mismo, que por mandato del Rey le pregonaban bandido, mandando con graves penas, que nadie le remediasse, y socorriesse. Sus padres, y hermanos, por una parte afligidos, por otra temerosos, tomaron por mejor partido irse con èl al monte, que esperar en la Ciudad alguna demasia; que de rigores de un Rey, que persigue à un innocente, no hai que assegurarse padres, amigos, ni deudos, à todos llega el rigor. Assi el buen viejo Isai, con su muger, è hijos, y con su casa toda partiò al monte. Con su vista, aunque à David se le aumentò el cuidado, se le alborozò la pena; pues no hai gozo à un afligido, por mas que le enternezca, como la vista de un padre que le estima, de una madre que le ama, y de hermanos que le buscan. Alli fue el mezclarse lagrimas de pesar, y de alegria; alli el contar sentimientos, alli el referir trabajos. Pero amainadas ya las olas primeras del llanto, y la ternura, comenzò à entrar el consuelo, de que tendrian fin aquellas tempestades, y mas llevando por proa tan debil fundamento. Consolaronse, pues, unos con otros, y en reciprocos abrazos se diò treguas al dolor.

No solo los que fugitivos poblaban aquellas grutas, sino los que en otras muchas partes sus fracasos, y delitos trahian arrastrados de cada dia, se iban llegando à David, juzgando el estàr con èl por el mayor asylo. Quatrocientos eran ya los allegados, y tan conformes en el prestarle obediencia, que no havia en todos mas voluntad, y gusto, que el de David. Nombraronle, pues, por su Capitan, è hicieronle su Principe; que voluntades conformes, en quanto les toca, no haciendo agravio a nadie, bien pueden dàr el Cetro para su defensa. De ellos, y de sus cosas le hicieron Principe, no de cosas de otro Rey, que esto fuera traicion: y que aquello pueda hacerse, la misma razon natural lo dice, exemplos muchos, como despues verèmos, lo pregonan. Solo se dificulta, si pecaria David en hacerse caudillo de gente semejante, à quien deudas, y delitos hacian culpados? Que no pecò en ellos es cierto; porque como dice Lyra, no tomò David esta gente, ni se hizo Capitan de ellos, para ofender a nadie con robos, ni maleficios (qual suele un Capitan de bandoleros) antes bien para seguir a los Infieles, y sustentarse, y passar con los despojos, assi como en nuestra España lo supo imitar el Cid, quando se viò desterrado; y antes dèl, en semejantes ocasiones Bernardo del Carpio, y el Conde Fernan Gonzalez, hombres todos insignes; Demàs, que pudo acaudillarlos pa-

para defender su persona contra los rigores, y persecuciones de Saul, tanto mas por verse ya Rey ungido, el qual derecho quitaba todo escrupulo, pues podia como Rey absolver delitos, y suspender las deudas, viendose en necessidad urgente.

Carga es de obligaciones la que tiene un Principe, pues corren por su cuenta los que estàn à su cargo: assi David, viendose ya Capitan de quatrocientos hombres, comenzò, demàs de sus cuidados, à cuidar de su sustento. Era poco el possible, mucho el gasto, y temiendo que el aprieto les obligasse al robo, como acostumbraban, dixoles un dia: *Por no dessestimar, amigos, vuestro afecto, admitì, como yà visteis, encargarme de vosotros, y aunque la ambicion de el mando obliga à mucho, quando miro la obligacion que tengo à sustentaros, ò à daros arbitrio, para que podais hacerlo, y que ni tengo bienes que repartiros, ni hallo consejos que daros, mas quisiera hallarme como uno de vosotros, que verme de todos dueño, pues como particular cuidàra solo de mi, sin agraviar à nadie, y no que como cabeza he de cuidar de tantos, sin permitir que agraviceis, ni hagais la menor ofensa. Pero, en fin, yà que la suerte nos ha traido à este estado, no hai sino mostrar buen pecho, y acudir à Dios, que llevandole por norte, no hemos de perecer, sino vivir tenèmos. La primera ley que os pongo, como Principe, es, que os abstengais del robo, que no quiteis nada à nadie sin su voluntad. Aunque la necessidad os fuerce, vale mas pidais humildes lo que os falta, que no quiteis soberbios lo que no es vuestro. Mas que la violencia grangea la cortesia: y quien faltare desto, despidase de mi gracia. No se ha de decir, que David acaudilla bandoleros, sì que ampara dessdichados. Para defender nuestras personas, contra los que nos buscaren atrevidos, nos hemos coligado: y esto no es culpable, pues el derecho lo saira. Para no estar ociosos, y tener con que passar, y ganar nombre, me ha ocurrido un bravo arbitrio, y es, que con maña, y traza nos vamos à amparar de algun Rey de estos infieles. Ofrecerèmos ayudarle en sus guerras contra el Rey que los persigue. Recibirnos ha mui bien, que viendonos agraviados, es fuerza se confie de nosotros. Pidirèmos un Castillo en que vivamos, y desde alli, con la traza que yo diere, harèmos nuestras salidas contra los mismos Paganos. Con esto comerèmos à su costa, y nos harèmos famosos para con Dios, y la patria.*

Que David puso esta ley à sus Soldados, y que se valiò mañoso de estas trazas, no admite duda, como del mismo Texto Sagrado lo veremos adelante; lo uno, en la embaxada que enviò

à Nabal Carmelo; y lo otro, quando le señalò el Rey Achis la Ciudad de Siceleg, desde la qual hizo infinitos estragos en los mismos Infieles. Haviendo, pues, escuchado atentos la platica de David, le ofrecieron mui conformes la obediencia, prometiendo seguirle, y defenderle, hasta perder las vidas. El les estimò el obsequio con mucha gratitud, y haviendo conferido, què Provincia elegiria por mas commoda, se resolviò David de ir à Moab, obligado de dos causas, como sintiò bien un docto Hebreo: la una, porque contra aquel Rey tenia Saul mas assestadas las armas, mas encendida la guerra; y assi, se daba à entender, que viendolos enemigos de Saul, los recibiria con mayor afecto; que à enemigos del enemigo, siempre se hace buen passage: la otra, porque el Rey de Moab venia à ser mui deudo de David, por la parte de la hermosa Ruth, que fue Moabita, è Infanta de aquel Reino, cuya lealtad con el Noemi, su suegra, menospreciando por ella las riquezas, y la patria, la traxo a Belèn a ser avuela de Christo, siendolo de David. Siempre arrastra la sangre los afectos; y en los trabajos, por poco que socorra, es adonde mas se acude.

Rabi Salomon.

Abrazòse comummente el parecer de David, padres, parientes, y amigos le aprobaron; que en tan acertado monte, la menor senda se toma por camino; en peligro urgente, la menos seguridad se elige por sagrado. Marcharon, pues, a la Ciudad de Masphat, Corte al parecer de aquel Rey idolatra. Enviò delante sus mensageros, para anunciarle como iban de paz, y valerse de su amparo. Dieronles con esto entrada. Recibiò el Rey a David con cariño, y agasajo, y èl agradecido, despues de passados los primeros cumplimientos, le hablò desta manera: Nunca me prometi menos socorro, que el que ya tengo seguro de V. Mag. a que estarè mientras viva, rindiendo obsequios, que aunque desterrado ahora, suele mejorarse la fortuna, y mas a quien no ha hecho agravios. La gente que me acompaña son quatrocientos hombres, que sujetos a mi voluntad, estaràn obedientes a la vuestra. No quisiera daros aqui en la Corte embarazo, ni cuidado, antes quisiera nos señalassedes plaza donde poder serviros, y alli serèmos de provecho, lo que aqui de estorvo. Solo os suplico, que mis ancianos padres, que mirais presentes, con las mugeres, y deudos impedidos, que los acompañan, se queden en la Ciudad en vuestra compañia, porque aqui tendràn de sagrado, lo que allà de riesgo. Y no quiero que peligren sus vidas, quando las aprecio mas que la mia propria, basta verlos arrastrados, sin llevarlos al cuchillo. Obligacion es tambien

bien de V. Magestad, y asi no hai que esforzar mi ruego, quando os considero tan bizarro.

Gustoso escuchò el Moabita la peticion, y suplica, y asi lleno de alborozo, mandò darles quatro à Isai, y à su muger, con la decencia debida à sus personas, de que David quedò en extremo pagado. A los demàs, asimismo, se les diò buen alojamiento, y à David, y à sus Soldados señalò una fortaleza à la raya del Reino de Judà, para que alli fronterizos defendiessen su Reino de el contrario. Obedeciò David la disposicion del Rey. Fuesse con su gente al fuerte señalado, donde fueron recibidos alegremente de los naturales, pues mediante su socorro, asseguraban sus vidas.

Algunos meses, y dias se le passaron à David en aquel destierro, siempre con la esperanza de mejor fortuna, que si bien para la vida humana, no le faltaba el regalo, para lo de la conciencia, era penoso mucho vivir entre infieles. No puede haver mas desdicha, que llegar à vèrse un hombre entre Idolatras, y Barbaros, donde aunque niegue sus ritos, es fuerza que los vea, aunque menosprecie su Religion, no ha de decir mal della. Para los que saben, suele esta penalidad ser crisol, en que la virtud se apura, y perficiona: y asi, à los mas perfectos, à los hombres mas grandes, parece los passò Dios por este martyrio.

Mirese en Abrahan, en Loth, en Isaac, en Joseph, en Tobias, y otros muchos, y hasta el mismo Dios hecho hombre, para ser dechado de los asi afligidos, quiso experimentar estas penalidades, y amarguras entre Barbaros Gitanos. No havia de ser, pues, David, hombre de menos cuenta, para eximirse deste trabajo, quando havia de intitularse el primer Padre de Christo: Mas esto, como digo, es bueno para quien sabe, para quien es constante en la Fè; pero para gente de pocas obligaciones, viene à ser el mayor mal de los males. No son todos para esta prueba, que hai naturales tan viles, que por gozar de la commodidad, y del regalo, negaràn à Dios mil veces. Movido, pues, desto, se llegò un dia à David el Propheta Gad, y le dixo estas razones:

Aunque conozco, David, que vivir en esta tierra te sirve de martyrio, y que el venir à ella fue solo necessidad, y nada gusto: aunque sè tambien, que por lo que à tu parte toca, no padece el Divino culto quiebra alguna, con todo considerados los inconvenientes, que puede haver de parte de algunos de tus Soldados, te aconsejo, y te requiero, que te vayas de Moab, pues mas vale que padezcas necessidades, y trabajos entre gente que conoce à Dios,

que

que no gozar de quietud, y de regalo entre Gentiles, que en eſto ſe arrieſga el alma, y alli por mal que ſuceda, ſolo ſe arrieſga la vida. Havrà Soldado, que brindado aqui de las delicias que goza, y temeroſo de lo que en ſu tierra debe, quiera mas vivir idolatra, que volver fiel à morir. Son hermoſas las Moabitas, y atractivas mucho, y ſi dàn en captivarſe los afectos, arraſtraràn las armas à ſus ritos. Huye, pues, David de rieſgos tan notorios; vuelvete con tu gente à la tierra de Judà, que pues eres Rey ungido, y ſabes que Dios no falta de ſu palabra, y que por tarde que ſea, te has de vèr coronado, y poderoſo, no hai que temer los trabajos que paſſares, ni hai porquè acobardarte de quantos peligros vieres.

No hai diſcurſo que à la razon no ſe rinda; y aſsi, advirtiendo David, que era juſticia, y razon lo que le amoneſtaba aquel Propheta, puſo por obra al inſtante ſus preceptos. Hablò con ſus Soldados uno à uno: reduxolos por mejores modos à ſeguir aquel dictamen. Era mañoſo David, ſupo hacer bien el papel, con lo qual allanò todas las dificultades de los que ya ſabian à la tierra. Reſueltos en un acuerdo, determinaron ſalir ſecretamente, temiendo quizà, que los Moabitas ſe dieſſen por ofendidos, y quiſieſſen eſtorvarlos; que ſiempre fue peligroſo huir del enemigo, que ſe ha hecho confianza. Solo le aquexaba à David tener à ſus padres, y à muchos de ſus deudos en la Corte de Moab, baxo del amparo de aquel Rey. Enviar por ellos, era darle ſoſpechas; ir à ſacarlos, peligro conocido; dexarſelos alli, mucho rigor; no hallar medio en tanto mal, la mayor pena. En fin, la mayor obligacion venciò al amor paternal, no penſando nunca, que ſiendo ſu padre tan deudo del Rey Barbaro, havia de hacer el menor deſafuero. Aguardando, pues, los ſilencios de la noche, con cuya capa rebozado qualquier triſte, paſſa ſin que le conozcan, ſaliò David del Caſtillo con ſu gente, por la parte mas ſecreta, y ſegura que les ofreciò la ocaſion. Caminaron à toda priſa, haſta paſſar los terminos eſtraños, temiendo embarazarſe con algun encuentro: y haviendo entrado en tierra de Judà, llegaron al monte Areth, en cuyas malezas ſentaron ſu Real, è hicieron manſion, y por ſer lugar à propoſito para eſtar ocultos. Dexèmoſlos aqui, y volvamos à Moab à vèr lo que paſſa, que deſpues le traherèmos las nuevas à David.

Apenas el Rey Barbaro ſupo la fuga de David, quando agraviado dello, y mui ofendido, quiſo deſpicar la colera, y enojo en la innocente ſangre. Quien tal penſara! Cruel, y ſangriento hizo

matar

matar à los padres de David. Brava tyrania, caso lastimoso, y que sin derramar lagrimas no puede decirse. Què les sirviò à estos nobles viejos vèr al hijo ungido por mano de Samuel allà en su pobre casa? Què les sirviò, quando venciò al Gigante, vèrle aplaudido de todos? Què le sirviò vèrle à la mesa del Rey? Desposado con la Infanta? Coronado de victorias? Què les sirviò todo esto, quando al verle desterrado, pobre, y perseguido, les viene à coger la muerte, y ausente de sus ojos, y en poder de un Rey tyrano? De nada sirven las glorias desta vida: solo à quien repara en ellas les sirven de escarmientos, las dichas mayores suelen cortarse en agraz. A muchos de los parientes llegò tambien el rigor, y los igualàra à todos, si algunos ayudados de su diligencia, no se pusieran en salvo. Los que escaparon destos, segun mejor parecer, fueron à valerse de Naas, Rey de los Amonitas, que les hizo buen passaje, à lo qual David se mostrò toda la vida agradecido. En tanto, pues, que llegan à Areth las nuevas (que presto llegaràn, por ser tan desgraciadas) dèmos algunos vivos a la historia. A dos partes hai que satisfacer, al verse hecho David Principe de fugitivos, Capitan de desdichados, y al haver ido à ampararse de Barbaros infieles. Para todos nos daràn exemplos las Chronicas de España.

Exemplos de algunos, que de nacimiento humilde, llegaron por su virtud, y esfuerzo à ser respectados, y temidos.

EXEMPLO PRIMERO.

HOnroso principio nos darà Viriato, Campeon el mas famoso que tuvo Lusitania, Heroe el mas insigne que respectò aquel siglo, gloria de Españoles, y rayo contra Romanos. Fue su nacimiento humilde, baxo su linage, Pastor, fue, dicen, de ovejas, como si a David le huviesse quitado honra el ser Pastor. Siempre en las obras consistiò lo grande, y nunca fue baxo quien las tuvo heroicas, como ni grande el que las tuvo viles. Floreciò casi docientos años despues de David, y casi en el mismo tiempo, que nacia allà en Judea a ser famoso Judas Machabèo: que es tambien gloria de España, haver siempre tenido un Capitan valiente, quando en otras Provincias ha descollado alguno. Cotejarè algunos tiempos, por dàr prueba, y el que didàre emulo, averigue lo demàs. Quando David, saliendo de su aprisco (como dexamos

dicho) era rayo en Palestina: acà en España un nieto del Rey Gorgoris, llamado Avidis, criado entre los montes, a piedad de fieras, que le dieron sustento en lacticinios, se hizo Principe famoso en las armas, y el gobierno. Quando Judas Machabèo era pasmo de Israèl contra Paganos, era Viriato en España otro assombro semejante contra el Imperio del mundo. En las hazañas, y muertes fueron iguales estos inclytos Campeones. El Machabèo, por no volver las espaldas, se arrojò à gloriosa muerte, y Viriato, por fiarlas à los suyos, à manos de su traicion, rindiò la vida. Quando en Francia era hijo de Marte Carlo Magno, era en España Bernardo del Carpio, rayo del mismo Marte. Estos fueron Capitanes de la fama: no hai que dàr menos exemplos. Volvamos à nuestra historia.

Andaba en España tan encendida la guerra con los Romanos, que querian tenerla baxo de su dominio, que ya fuesse necessidad, ya rumbo proprio, huvo de trocar Viriato el cayado en armas, bien assi, como David contra los Filisteos. La causa fue esta: Por aquella parte, que Guadiana desboca en el mar, havia entrado el Pretor Sergio Galva, llevando à fuego, y à sangre à todos los Portuguesses, que rebeldes no inclinaban las cervices al yugo Romano. Pero vueltos à rehacer los Lusitanos, apretaron à Galva, de manera, que con muertes de mas de seis mil Romanos, le obligaron à encerrarse en la Ciudad de Carmona, fortissima en aquel tiempo. Por despicar esta afrenta, haviendo Galva juntado grandes socorros, apretò mucho à todos los naturales. Pidieron paces, en fin, y cauteloso Galva, se las concediò propicio, ofreciendoles grandes partidos, y muchas tierras, donde viviessen contentos. Y para efectuar estos tratos, dixoles a los Portuguesses, que se convocassen todos en ciertos lugares, que assignò por sitio, donde havian de acudir, repartidos en tres esquadrones. Sin recelar la traicion, fueron todos en la forma dicha, y acorralados en unos profundos valles, y despojados de las armas, hizo el Pretor impio, que su gente, bien apercibida para el caso, los matasse a todos. Carniceria espantosa, y traicion cruel! Fueron nueve mil los muertos: los que escaparon por piès fueron mui pocos. Uno dellos fue Viriato, que animoso, y valiente, rompiendo por el sangriento estrago, y pisando amontoaadas muertes, escapò con vida. Aqui fue el humear en su pecho un ardor noble, un ardimiento honroso. Aqui fue el levantar el animo à cosas grandes, el no serle estorvo sus humildes principios. La ocasion es la que prue-

prueba los hombres, esta es la que saca a luz lo que encubre el pecho. Vèr afrentado el Pueblo de Dios a fieros de un Pagano, le hace a David desceñirse la honda, y salirse con èl a la campaña, quando los de mas obligaciones estaban como medrosos, y assustados. Vèr hecha tumba de cuerpos innocentes los valles de Portugal, extinguida la gloria de su patria, muertos sus amigos, le hace a Viriato, que depuesta la humildad con que naciò, aspire a una venganza honrosa. Trepando por las breñas sale Viriato de aquel peligro, partido el corazon de lastima, encendiendo el aire con suspiros, y enterneciendo a quexas el monte. Congrega cariñoso a los pocos que le siguen, y que mira derramados por la sierra. Vansele llegando lastimados, y corridos, y junto assi con ellos, quando ya juzgò se havria ido el tyrano, rico con los despojos, aunque tan mal ganados, volviò por diversas sendas a vèr los valles sangrientos, por si quedaba vivo algun triste. Pero no viendo sino un estanque de cuerpos difuntos, nadando en su propria sangre, desnudos juntamente hombres, mugeres, y niños (que como pensaban de paz, salieron tambien muchas adornadas de preseas) llevado del espectaculo triste, hizo a los que iban con èl metiessen las manos en las heridas de algunas doncellas, y jurassen de vengar aquella sangre innocente, hasta perder la vida. Hecha esta diligencia, fue discurriendo por toda la Lusitania, publicando la traicion, y alevosia, è incitando los animos de todos a la venganza.

Dieron todos en seguirle, y èl en acaudillarlos, de tal suerte, que ya con campo formado, se entrò por tierras de Toledo, assolando quanto hallaba, casi sin que topasse resistencia. Volviò a entrarse en Portugal cargado de despojos. Para apagar èsta llama vino el Pretor Marco Vitilio, sucessor de Galva, a tiempo que Viriato con diez mil combatientes, iban robando furiosos por la Andalucia. Iban los Soldados con poca orden, y èl, que aun entonces no se atrevia a mandarles como cabeza, con buenos terminos procuraban reducirlos. En fin, el ìr desordenados, fue causa que Vitilio les diesse una mala carga, dexandolos vencidos, y a infinitos muertos. Con los que pudo se reduxo Viriato a una Ciudad fuerte, desde la qual haciendo sus salidas, disminuìa las fuerzas al Romano. Conociò el daño Vitilio, y cercando la Ciudad, apretò a los cercados, de manera, que pedian paces con algunas conveniencias, cosa que no desagradaba al Pretor. Mas sabiendo esto Viriato, abrasado en furor, les dixo desta suerte: *Què fuer-*

za de estrellas, què iras de los Dioses es esta, que os incita, ò nobles Portugueses, à buscar desatentos tan altos precipicios? Ciegos à la razon os quereis solicitar vuestra ruina. Con perpetua esclavitud haceis vuestro nombre infame. Yà se os ha olvidado, haviendo tan poco tiempo, quando visteis los valles de Ayamonte corriendo arroyos de sangre de hijos, padres, y mugeres? Yà os falta de la memoria tanta sangre vertida à manos de la mayor traicion que ha visto el Orbe? Tan facilmente quereis volver à exponeros à clemencias de quien no tuvo fee, palabra, ni verdad? Quereis que nuestros naturales nos vuelvan à llorar muertos, ò captivos? Quereis que los Romanos vuelvan à gloriarse con nuestras desdichas? Exemplo tan de la puerta adentro no os convence? Falsedad, que està aun chorreando sangre, no os obliga? Temed, temed, qual de Galva, las promessas de Vitilio. Temed en la blandura con que os ofrece la paz, la maldad, y la traicion que puede ir encubierta. No desestimeis, ni el honor de vuestra Patria, ni el bien de vuestra vida. Y si este cerco, en que os veis, es lo que os acobarda, y amedrenta, juroos por los Dioses, que si compañeros fieles seguis mi dictamen, sin que os cueste una vida, os pondrè à todos en lugar seguro, quedando à vuestra eleccion dàr, ò no la batalla al enemigo.

Fueron estas razones tan poderosas, que movidos todos dellas, mudaron de parecer, y se sujetaron à la voluntad de Viriato, dandole apellido de su Capitan, y defensor comun de toda la Patria; que hasta entonces, aunque le seguian como caudillo, no era con la sujecion, y respecto que pide la Milicia. Ahora, de comun acuerdo, le dieron el poder, y el mando. Con lo qual prendado mas Viriato, comenzò valiente à desterrar de todos la tristeza concebida. Y luego astuto mandò, q̃ mil de à caballo, bien apercebidos, saliessen con èl de la Ciudad à hacer rostro al campo de los Romanos; dexando orden a toda Infanteria, y à los demas moradores, de lo q̃ havian de hacer, que era ponerse en cobro. Sucediò todo del modo que lo dispuso, porque el Romano, viendo que le presentaban la batalla, puso su gente en orden, y estuvo a la mira. Viriato se estaba quedo, embarazando con esta suspension al enemigo, y dando lugar a los suyos para ponerse en salvo. Era una graciosa entretenida, q̃ advertida ya de los Romanos, y sabiendo, que ya en la Ciudad no havia Portuguès ninguno, rabiaban de coraje. Pero a extinguir estas rabias, acometiò Viriato con mil ginetes, cõ tal denuedo, q̃ bastò a entretener todo el dia el Exercito copioso de Vitilio, q̃ in-

intencion no era mas que entretener: y asi, al cerrar la noche, dexandose burlado al enemigo, marchò callando, y oculto à la Ciudad de Tribola, à donde ya su gente le aguardaba.

Corrido Vitilio de esta burla, fue siguiendo sus huellas à Viriato, que ya con nuevo ardid, à la garganta de un valle le estaba aguardando oculto, repartida toda la gente en las cumbres, y malezas de los montes. Descuidado entrò Vitilio en la celada, pues brindado de la frescura de aquel sitio, quiso que sus Soldados descansassen. Quitadas, pues, las armas, y à los caballos los frenos, ellos se daban al reposo, los brutos al delicioso pasto, quando inopinadamente vieron llover sobre sì una espessa nube de rayos Portugueses, que abortados de las breñas, iban partiendo montones de Romanos. El pasmo, y la admiracion apenas les diò lugar de acudir à las armas; aun para acudir à los pies les faltò el brio. Assi quedò la campaña poblada de quatro mil cadaveres, y uno de ellos el Pretor Vitilio, Roma afrentada, y Portugal vengado.

Los que huyeron del conflicto, juntandose en Tarifa con otros muchos Romanos, que de la España Citerior les fueron de socorro, volvieron à probar ventura, y perecieron todos en la peléa. Laureado de estas dos victorias, causò Viriato assombros à la Romana Potencia, porque pisando despojos, entrò talando, abrasando, y destruyendo por toda la Carpentania, sin dexar cosa Romana à vida. El Pretor Cayo Plaucio vino à reprimir el incendio. Vieronse campo à campo; y como en las lides suele poder mas la industria, que la fuerza, diò muestras de huir Viriato, los contrarios gozosos comenzaron à seguirle desapoderados. Volviò Viriato sobre ellos, è hizo una cruel matanza de quatro mil que iban delanteros. Passò el Tajo, y entròse en Portugal. El Pretor avergonzado, y deseoso de despicar la burla, porfiò en irle siguiendo. A la vista de Evora le dieron la batalla, en que Plaucio huyò vencido, dexandole à Viriato una de las mas cèlebres victorias, con que coronò sus tymbres.

A Plaucio sucediò Claudio Unimano, que en los campos de Urique dèxò en manos de Viriato otra no menor victoria, y juntamente la vida. Por valiente que era, enviaron de Roma à este Unimano, mas estaba ya Viriato tan hecho à destrozar valentias, que no quiso que volviesse vivo, à causa que le enviassen otros mas valientes. Enviaronle despues à Cayo Nigidio; y aunque entrò arrogante, experimentò junto à Viseo otro sangriento

estrago, de que no fue poco, que èl escapasse con vida. Tràs Nigidio vino Cayo Lelio, aquel que segun Ciceron, tuvo renombre de Sabio. En todas las cosas importò mucho la sabiduria, y assi Lelio, no tanto con las armas, como con la buena disposicion tuvo refrenados los brios de Viriato, pero no vencidos. Assombrada estaba Roma, su Senado confuso, viendo lo que les costaba este Marte Portuguès, y temiendo sucessos mas adversos; por lo qual, para acabarle del todo, determinaron, que viniesse à España uno de los dos Consules, con exercito copioso. Encargòse la empressa à Quinto Fabio Maximo Emiliano, hermano de Scipion, que casi al tiempo mismo destruyò à la gran Cartago. Este, pues, con diez y ocho mil de pelèa, caballos, y peones, desembarcò en Ossuna. Despues de algunos encuentros, y escaramuzas, se dieron campo à campo la batalla. Huyò Viriato vencido, mas nunca desanimado, que no ha de ser siempre vencer, que hai tambien de todo. Mientras el Consul se entrò à invernar en Cordoba, andaba Viriato de monte en monte, y de poblado en poblado, recogiendo gente, è incitando los animos à buscar la libertad. No solo en la ulterior España, sino en la citerior tambien, los commoviò à todos, y en especial à los Numantinos, que en valor los primeros comenzaron à tomar las armas.

Vino el Pretor Popilio, sucediendo al Consul en el cargo, à tiempo, como decimos, que andaba Viriato incitando los animos de todos los Españoles Castellanos, y Andaluces, à que unidos acabassen con el Romano poder; pero hallandose poco acompañado, à sus naturales fatigados mucho, y à los estraños poco resueltos, huvo de ofrecer paces à Popilio. Abrazòlas el Romano, mas que si ganara la mayor victoria: mas duròle poco el gozo, porque haviendole llegado à Viriato los socorros de los Celtiberos, en especial de los confinantes de Numancia, hecho ya de un gruesso campo, y dandose batalla de poder à poder, quedò Popilio roto, y desbaratado, y lo mas lucido del Exercito passado à cuchillo. A vengar esta afrenta vino el Consul Fabio Serviliano con mas de veinte mil hombres de pelèa, sin otros socorros de la Africa. A tan gruesso tumulto, supo Viriato resistir mañoso, porque haciendose à los bosques, los guerreaba desde alli con muchas correrias, trahiendolos dessassossegados, y no dexandolos reposar de dia, ni de noche. La falta de sustento huvo de obligarle à retirarse al patrio suelo. Entròse en Portugal à amparar a los naturales. Passado el Invierno, y sabiendo Viriato que

que estaba el Consul sobre la Ciudad de Erisana, que con guarnicion famosa de Portugueses se mantenia en su devocion, saliò à socorrerla determinado, y valiente. Fue lo mas secreto que pudo por ocultas sendas, y con trazas, que buscò sin que le sintiessen los Romanos, se entrò en la Ciudad, rebozado con las sombras de la noche. Con su presencia se infundiò un Leon en cada Portuguès, y assi à la mañana, con buena orden, les diò à los enemigos un assalto, tan sin pensar para ellos, que quando comenzaron à ponerse en defensa, assombrados al peligro, se hicieron à la fuga, menos los que dexaron la campaña matizada en sangre. Amparòse el Consul, con los que escaparon, en un lugar algo fuerte, mas alli Viriato le apretò de manera, que le obligò à querer paces, y aun à proponerlas. Capitularonse, pues, por una, y otra parte; à los Romanos les concedian las vidas, à los Portugueses restituìan lo que les havian robado. Fue el principal capitulo, que quedasse Viriato amigo del Pueblo Romano, y le pareciò al Consul, que hacia en esto una cosa grande, quando venia à ser el ultrage mayor de la Magestad Romana. Un hermano de Serviliano, llamado Servilio Cepion, llevò à Roma con embaxada especial las capitulaciones. Hai quien diga las aprobò el Senado; pero lo mas cierto es, que lo llevaron mui mal en Roma, y depusieron por ello del oficio à Serviliano, y à su hermano Servilio, que fue con la embaxada, le hicieron Consul, y con el cargo mismo, à causa que hizo diverso papel del que à otorgar las paces. Quando se viò en el peligro, amenazada al cuello la espada Portuguesa, vino bien en el concierto, y dixo era cosa honrosa: mas en Roma, porque le premiassen, acusò à su hermano, cargandole las culpas. O, esta ambicion de mandar, à lo que obliga! A su sangre no perdona.

Hasta aqui pudo llegar la gloria de Viriato, à tener tratos de paz con quien mandaba al mundo, à que le llamasse amigo Roma, y le dexassen en libertad dueño de la Lusitania. No puede decirse mas de un hombre humilde, del mas ilustre Campeon no puede decirse mas. A la cumbre del valor, de lo poderoso, de lo estimado, de lo temido llegò Viriato. Tente, fortuna, pàra, pàra las ruedas, no camines mas à triumphos, basta de victoria: no andes mas un solo passo, que esto de estàr en la cumbre, amenaza precipicios. Aguero suele ser triste lo que parece mayor ventura, que como no hai gloria estable en esta vida, en llegando un hombre à la mayor gloria, puede temer

prudente la caìda. Temblando và la pluma à descubrir el infeliz sucesso de Viriato: mas no hai que espantar, que topa la tinta en sangre vertida alevosamente, y causa horror à los ojos vèr tinta bermellon. Fue este el caso: Vino de Roma el nuevo Consul Scipion con gran potencia, para deshacer aquellos tratos de paz que otorgaron à Viriato. Rompiò por el Andalucia, y entrò à escala vista à la Ciudad de Arsa. Viriato, que con el seguro de la paz estaba descuidado, y poco prevenido, aunque tuvo animo para venir desde Valencia, donde à la sazon se hallaba, no tuvo fuerzas bastantes para resistir al enemigo. Con todo le presentò la batalla, y al modo que en otras ocasiones, diò una entretenida, y en tanto que su Infanteria se ponia en cobro, y dexole burlado, retirandose con toda su gente à lo fragoso de los montes. Siguiòle Servilio, procurando atajarle los passos de Portugal. Viriato cansado yà de guerra tan larga, y mas no viendo toda aquella confianza, que era justo en sus compañeros, temiendose, que quizà algun dia quisiessen con su cabeza comprar ellos su libertad, acordò de pedir al Consul paces. Dixo bien un docto à este proposito, que suelen muchas veces perderse los hombres por el camino mismo que pensaban remediarse. Porque no le vendan, pide Viriato paces, y el pedirlas es causa que le vendan. Quien podrà prevenir juicios tan secretos?

Despachò, pues, Viriato à tres Embaxadores, Capitanes suyos, y claro està serian de los de mas cuenta, para negocio tan grave. Recibiòlos el Consul con mucha cortesia, regalolos mui bien, hizoles todo agasajo, y descubriendo en ellos campo harto, en que entablar su malicia, descubriòse con decirles matassen à Viriato, y que afianzassen en èl premios infinitos, que de parte de el Senado les ofrecia. Desleales, y traidores, y golosos del interès, ingratos à su dueño, ofrecieron executar la maldad. Hecho assi el concierto, volvieron à Viriato los enemigos de la libertad, y dandole de parte del Consul buenas esperanzas, de que las paces se efectuarian, le asseguraron del todo para hacer mejor el hecho. Una noche, pues, quando el mudo silencio sirve de guarda sueño à los mortales, entraron los traidores à la tienda, donde Viriato dormia, ajeno de tanto mal, y dandole de puñaladas, le quitaron la vida; que fue cuchillo de tantas. Este fue el fin lastimoso de este varon singular, de este Heroe Lusitano, de este Marte Español, digno de mejor fortuna, y no merecedor de fin tan desgraciado. De baxos principios, y de nacion hu:

humilde, subiò con la grandeza de su corazon, con su valor, con su industria, à ser Principe esclarecido, y pasmo, y terror de là grandeza Romana, quando estuvo en el colmo de su potencia. Y à no quitarle la traicion la vida, no solo fuera libertador de España, sino que realzara sus tymbres à mas glorias. Visto, pues, como la honrosidad de el animo, es la que ensalza à los hombres, què hai que espantar, que David suba de Pastor à Principe, quando lo grande de su corazon le hace merecedor de mas Imperio? Sea Principe David de fugitivos, acaudille desdichados, que ensayos son del Cielo para mayor corona. No sea causa de exclusion su nacimiento humilde, que donde sobra valor, no es el nacimiento falta. Demosle otro simil.

EXEMPLO II.

QVinto Sertorio, que haviendo nacido en Italia en un Pueblo junto à Roma, de padres humildes, vino à ser en España el defensor comun de la libertad contra los Romanos; este, pues, en aquel cruel incendio de las civiles guerras, que entre Syla, y Mario se levantaron en Roma, haviendo salido, como dicen, chamuscado de las llamas (por quanto por ser de la faccion de Mario, quedò Syla vencedor, y el contrario vencido) por no verse apique de una afrenta, de ser despojado de un triumpho, ò esclavo del triumphador, negando totalmente el patrio suelo, se passò à vivir à España, acaudillando los pocos Soldados, que quisieron seguirle. Con su afabilidad, y amigable trato grangeaba las voluntades, de manera, que cada dia se le iban llegando gente sin numero. Sabiendo, pues, que los Portugueses eran los mas opuestos al Romano dominio, ofreciò les ayudaria con todas sus fuerzas. Atraxoles con esto à su voluntad, con que hecho Capitan de todos, vino à verse en la mayor soberanìa que pudo imaginarse. Las partes de Sertorio eran apropriadas, para conseguir quanto quisiera: era entendido, bien hablado, mui cortès, agasajador, cariñoso, manso, sufrido, y valiente, partes todas para hacerse qualquier Principe bien quisto, y respectado. Robò, en fin, las voluntades Españolas, y levantando Pendon, haciendo tocar los atambores, causò à Roma mil assombros; que como ya le conocian, que Capitan de Italianos havia dado tanto en que entender, considerandole ahora caudillo de Españoles, les diò mucho que pensar.

En

En tanto, pues, que el Senado hacia grandes prevenciones para ìr contra Sertorio; èl desde la Ciudad de Evora, en donde principalmente residia, teniendo en ella su Corte, y su gobierno, comenzò tambien à pertrecharse de reparos, y recelando astuto, que siendo èl estrangero, tal vez pudieran los Españoles faltarle en ser leales, con una traza honrosa quiso tenerlos sujetos; y fue, que en la Ciudad de Osca, que ahora se llama Huesca, no la de Aragon, como pensaron algunos, sino la que està en Andalucia, junto al Reino de Murcia, fundò una Universidad, para que los hijos de los mas nobles, y principales Españoles, cursassen en ella, y se diessen à las ciencias. Alegaba para esto, que las demàs naciones, en especial Italia, que entonces en armas, y letras era corona del mundo, no menos se hacian ilustres por los estudios de sabiduria, que por el manejo de las armas. Y que assi no era razon, que puesto que en lo demàs se igualaban à los Romanos, les reconociessen ventaja en esta parte. Esta era la voz, esto lo que sonaba en publico; mas su intencion era tener aquellos mozos como en rehenes, para tener seguro su partido, y excusar qualquier ofensa de los naturales. De lo mejor de Italia hizo venir, siendo anzuelo salarios ventajosos, Professores, y Maestros de las ciencias, con que à medida de su deseo, y à gusto de todos quedò la Universidad famosa, è ilustrada.

Demàs desto, para que fuesse España emula en todo de Roma, ordenò un Senado de los Españoles mas diestros, y avisados: Con los cargos mismos, con los oficios, y nombres de Magistrados, que allà se usaban. Honraba à todos, para tenerlos gratos, y contentos al tiempo del menester. Volò la fama de estas cosas de tal suerte, que no solo se hizo señor de todos los Lusitanos, y Andaluces, sino de la España Citerior; porque todos coligados, entendian, que teniendo por Principe à Sertorio, havian de obscurecer la gloria de los Romanos, avassallar sus brios, y quitar su tyrania. Para corona de todo, miraba mucho por el culto de la Religion; que este ha sido siempre el medio mas eficàz, para prendar los corazones del Pueblo. Fingia, y daba à entender, que la Diosa Diana le havia dado una cervatilla, que le decia al oìdo quanto havia de hacer; y era el caso, que à la cierva la tenia acostumbrada à que en la oreja misma comiesse alguna cosa q̃ alli le ponia, con lo qual siempre que la llamaba, quando en el Senado se havia de tratar algun negocio grave, ò le venian cartas de importancia, llevada de la golosina, se le iba luego à la oreja. Con este engaño pensaba el Pue-

Pueblo, que le advertia à los Dioses lo que estaba por venir, y lo que havia de hacer, y assi le obedecian como à Oraculo en todo quanto mandaba, y disponia.

A derribar este imperio de Sertorio, esta magestad, esta potencia, partiò de Roma con poder immenso, con pujanza mucha el Pretor Didio. Saliò Sertorio al encuentro, y à las orillas de Guadalquivir, dandose la batalla de poder à poder, quedò Didio desbaratado, dos mil Romanos muertos, y los demàs vencidos, y Sertorio triumphante. En otra batalla Naval, junto al Estrecho, venciò al Capitan Cota, quedando con estas dos victorias, mas temido de los contrarios, mas amado de los suyos. Con Exercito Consular enviò Syla al Consul Quinto Metelo, que llamaron el piadoso, y en su compañia al Pretor Domicio, que para apagar tan grande llama quisieron amontonar todas las fuerzas. A todo hizo rostro el animo de Sertorio, y con su buena maña dispuso las cosas de manera, que desbaratò en muchas ocasiones el poder Romano. Para reprimir el orgullo, con que el Pretor passaba los Pyreneos, despachò con campo formado à un Capitan suyo, llamado Hirtuleyo. Este anduvo tan valeroso, que con muerte del mismo Pretor, desbaratò, y destrozò todo su Exercito. Sertorio aguardò à Metelo en la Andalucia, donde le venciò muchas veces, amontonando riquezas, y tropheos à fuerza de victorias.

No solo yà en España, y en las mas partes de Europa, se estendia la fama de Sertorio, sino que en la Africa, y Asia se hacia mucho lugar. El Rey Mitridates, que era el mayor opuesto à los Romanos, despachò Embaxadores a Sertorio, convidandole con su amistad. Admitiò Sertorio envite que le estaba tan bien, y ayudò à Mitridates con un gran socorro. Pero como donde hai mas fuerzas, si se unen, es forzoso que arrastren à los menos, assi los Romanos bramando de corage, de considerar que un hombre como Sertorio, que no tuvo mas principio, que de Soldado particular, huviesse subido à tal altura, que era yà assombro de todos, determinaron juntar nueva campaña, no menos numerosa, ni lucida, y por cabo della al gran Pompeyo, que en los primeros ardores de su edad lozana, arrastraba yà triumphos de victorias. Las alcanzò de Sertorio, le dieron nombre de Grande, si bien otros los atribuyen al theatro que hizo fabricar en Roma, obra insigne, y que fue assombro en aquella edad, y en otras marabilla.

Vino, pues, Pompeyo à España contra Sertorio, y hasta haverse juntado con Metelo, no quiso probar ventura, ni arriesgar el

cre-

credito. Juntos ya los dos campos, que componian Exercito copioso de treinta mil Infantes, y mil Caballos, partieron à buscar à Sertorio, que estaba à la sazon sobre la Ciudad de Laurona, que hoi se llama Lyria, fundada junto à las corrientes del Rio Jucar, quatro leguas distante de Valencia. Quisieron con su venida obligarle à levantar el cerco; y fue el caso, que procuraron con traza cercar con nuevas trincheras à los cercadores. Pusieronlo por obra; pero Sertorio, que no se le escondiò aquel designio, procurò ganar la cumbre de un montezuelo, en competencia de los Generales Romanos, que se quedaron burlados con el deseo. En fin, los Exercitos se pusieron de modo, que Sertorio tenia cercada à la Ciudad, y Metelo, y Pompeyo no tan experto entonces, blasonaba ya de victorioso, y aun enviò à decir à los de la Ciudad, diessen gracias à los Dioses por vèrse ya libres, pues desde sus almenas podian mirar como tenia cercado à su cercador, y que con salir ellos à la pelèa, no quedaria Soldado contrario à vida.

Assi se vanagloriaba Pompeyo, sin saber lo que la astucia de Sertorio le tenia prevenido; y fue, que havia dexado seis mil Soldados en una emboscada para atajar qualquier intento del Romano. Viendo, pues, la jactancia de Pompeyo, dicen, que dixo à los suyos: *Yo enseñarè à este rapaz, discipulo de Syla, quanto mas importa al Capitan experto traher los ojos en las espaldas, que en la frente.* Diciendo esto, hizo à los emboscados la reseña, con que desde las grutas, y matorrales comenzaron à llover sobre los Romanos. Lo qual visto por Pompeyo, atonito del caso, tuvo por buen partido estarse quedo, mirando como Sertorio combatia à la Ciudad, dandola saco, y abrasandola despues. Fue esta una de las mayores befas, que pudo hacerse, y mas à dos Generales tan grandiosos, y temidos.

Cargados desta afrenta Metelo, y Pompeyo, como Sertorio de despojos ricos, ellos se fueron à invernar à las faldas de los montes Pyreneos, y Sertorio se recogiò à Evora, donde fue recibido con aparato de triumpho. El por tener mas gratos los animos de todos, hizo muchas mercedes comunes, y particulares. Cercò la Ciudad de fuertes muros, de los quales aun hoi se vèn vestigios, y ruinas. Labrò unas famosas casas para su persona. Traxo de varias fuentes el agua por un aqueducto artificioso. Y para mas honrar los Españoles, se casò en Evora con una hermosa Lusitana, hija de Firmio Laberio, Ciudadano de lo mas ilustre. En esto se entretenia el Capitan valiente mientras el tiempo daba lugar para

ra tomar las armas. Passados los frios en tanto que Metelo allà en los toros de Guisando, vencia a Hirtuleyo, Capitan de Sertorio, por cuya victoria dicen, que se puso uno de los dos toros, que yacen alli entallados de piedra. Pompeyo, y Sertorio se dieron la batalla de poder a poder, junto al Rio Jucar. Anduvo Marte dudoso a los principios, porque cada uno de los dos Generales hacia marabillas, mirando al credito que les iba. Pero Sertorio anduvo tan bizarro, que se alzò con la victoria, y aun con todo Pompeyo se alzàra, y presto triumphàra dèl, si quando le derribaron del caballo de un bote de lanza, no se cebàran mas los Soldados que se hallaron cerca, en los preciosos jacces del bruto, que en prender al dueño. En fin, escapò Pompeyo derrotado de la lid, Sertorio iba siguiendo el alcance. Sobrevino à la sazon Metelo con su gente à emmendar lo passado. Sertorio entonces tocò à recoger, por no perder lo adquirido, si bien dicen, que dixo sañudo, quanto gracioso: *Yo enviàra à Roma azotado à este rapaz* (por Pompeyo) *si esta vieja* (por Metelo) *no me le quitàra de las manos*. Siempre las guerras tienen sus altos, y baxos; el que hoi se vè vencedor, se vè mañana vencido, y al contrario. Vencer siempre, pareciera ser tener sobornada la fortuna. Assi Pompeyo, y Sertorio en batallas, que se dieron muchas, en unas se aclamò la victoria por el uno, y en otras por el otro. A pocos dias despues de aquella derrota, que dexamos dicha, volvieron à encontrarse con no menos potencia, ni menor deseo. Quedò Sertorio vencido, su Exercito deshecho, muerta mucha gente, y en tanto que se rehacia, se retirò à Calahorra, donde queriendo Pompeyo cercarle, tuvo traza para huir de la apretura. Diò vuelta hàcia Lusitania, donde ya los suyos tenian campo formado, y con èl partiò brioso à buscar a su enemigo, que puesto sobre Palencia, trabajaba por tomarla. Obligòle a que levantasse el Cerco, cosa con que dexò mui obligados à los Palentinos, y cosa que pudo costarle la vida, a no tener tan buen lado, como la lealtad de los Españoles, que viendole en medio de la pelèa derribado del caballo, y haciendo marabillas entre un remolino de espadas, rompieron por todas a costa de sangre, y vidas, y cogiendo al dueño en hombros, y puesto en otro caballo, fenecieron la batalla, con verse con la victoria en las manos, que fue grande, por los ricos despojos que se ganaron en ella.

Mas como en esta vida no hai cosa permanente, aquellos mismos, de que siempre hizo Sertorio mas confianza, comenzaron à

quebrar en la fineza. Los que eran de su nacion se sintieron, por vèrle mas confiado en los Españoles. Muchos tambien de estos se mostraron ofendidos de la crueldad que executò Sertorio con los hijos de los nobles, que estaban en la Universidad de Huesca. La causa que para ello tuvo, se juzga fue justa, por quanto sus padres se havian hecho al bando de Pompeyo, que los tenia sitiados en la misma Ciudad. No fue mucho se despicasse la colera de un General ofendido en la sangre, aunque innocente, que era de padres ingratos. Pero, en fin, no bastò su justificacion à aquietar los animos de los naturales, que ya no le miraban con el amor que solian. En estos desabrimientos hallò la traicion lugar para emprender su hecho. Como la ambicion del mando sea poderosa, el mas amigo, que era el Capitan Perpenna, quiso, brindado de la ocasion, alzarse con la mayoria, à costa de ser aleve. Casi siempre se verà, que al que và de caìda, y dexa la fortuna de su gracia, los mas allegados, los mas amigos, los que son una misma cosa con el dueño, suelen ser los traidores, y alevosos, los que ayudan à caer para poder subir. Perpenna era el mayor amigo que tenia Sertorio, lo qual se conociò en el testamento que le hallaron hecho, en que le instituìa heredero suyo, y le nombraba por su sucessor en el gobierno. Toda esta amistad, todo este afecto tuvo el pago que suele dàr un traidor. Presto lo verèmos.

Cercò Pompeyo la Ciudad de Huesca, y à socorrerla acudiò Sertorio con la gente que se hallaba, rompiò furioso por los Reales del enemigo, y con todo el batallon que pudo se entrò en la Ciudad. Arriesgò la vida, por dàr calor à sus Ciudadanos con su presencia, y la arriesgò de modo, que puesta en salvo, la puso en mas peligro; porque como aun bermejeaban las calles con la sangre derramada de los Estudiantes muertos, y ya el Author del daño le veìan tan desfavorecido de la suerte, y por otra parte consideraban los apremios que Metelo ofrecia, à quien se le entregasse muerto, ò presso. Por estos respectos, Romanos, y Españoles, comenzaron à conjurarse contra èl. Perpenna era author de la traicion, por tomar el baston que le ofrecian; mas andaba cauteloso rebozando la amistad con finezas fingidas. Creìaselo Sertorio, no imaginando nunca, que el mayor amigo havia de faltarle: antes le diò quexas de algunos conjurados. Castigaron muchos de ellos, y Perpenna alababa el castigo para rebozar su intento. No se fiaba ya Sertorio de ningun Romano: de quien mas se fiaba era de Españoles, mas para una alevosia, quando huvo sagrado? Convidòle

dòle Perpenna una noche à una cena sumptuosa, y en la variedad de platos fue el puñal del traidor mismo, que con veinte y una puñaladas le quitò la vida, siendo el postre de la mesa un lago de sangre, en que se ahogò el convite. Este fue el fin desgraciado deste Capitan insigne, deste Heroe famoso, cuyas virtudes, y cuya valentia, no cedieran ventajas à los mas inclytos Campeones, si no las obscureciera algo con aquella crueldad, q̃ havia executado con los niños que estudiaban en Huesca. Alli le destinò la suerte el fin lastimoso, donde havia lastimado à tantos. Fue el hombre de mas gobierno que alcanzaron aquellas edades, assi en gobernar las armas, como en regir la Republica. Amonestò à los suyos la fuerza que tiene la concordia, y como la maña puede mas que la fuerza muchas veces, diòselo à entender con un exemplo raro Hizo traher un caballo, y al joven mas valiente mandò, que le arrancasse todas las cerdas juntas. Fue trabajar en vano, por mas que insistiò el vigor, y la porfia. Entonces se le entregò à un viejo, brumado de años, y sin fuerzas ningunas, y mandò, que una à una las arrancasse todas. Cumpliòlo con mucha facilidad, con lo qual quedaron bien advertidos del consejo, en que es dificil deshacer fuerzas unidas, y separadas, es mui facil deshacerlas. Que valentia sin maña suele valer poco contra enemigo pertrechado, y poca valentia, ayudada de la industria, atropella cosas grandes. Muchos dichos sentenciosos se leen de Sertorio; fue uno dellos el decir: Mas querria un Exercito de ciervos, y por Capitan un Leon, que un Exercito de Leones, y un ciervo por Capitan. Otro, aquel que dixo, quando tomò à Pompeyo las espaldas: Proprio es de Capitan prudente, antes de entrar en el peligro, poner los ojos en la salida. En la Ciudad de Evora dieron sepulchro à Sertorio, con las mayores demonstraciones de sentimiento, que pueden imaginarse; su muerte fue tan sentida, como echada menos su presencia, pues à falta suya quedò Pompeyo triumphante, sujentando à su dominio quanto havia adquirido la libertad. Al traidor Perpenna, haviendole derrotado, no quiso Pompeyo, ni que le viesse, ni perdonarle, antes mandò le cortassen la cabeza, que traidores siempre tienen este pago, aun de los mismos a quien pretenden lisonjear con la traicion. Quitar la vida alevosamente à un hombre grande, los mismos à quien està bien, llegan à sentirlo, y cumplen, como quien son, en castigar los traidores.

EXEM,

EXEMPLO III.

SAlga Agathocles de el Alfahar de ſu padre, ollero humilde, y de principios tan buenos aſcienda en hombros de ſu prudencia, y valor a ſer Capitan, y Rey de Sicilia. Suba a tanta altura deſde eſcalon tan dèbil; y ſi es que la fortuna le dà la mano, no hai mucho que admirar, pues paſſa de rueda a rueda. Contaban los Anales el año quatrocientos y treinta de la fundacion de Roma. Mandaba caſi todo el mundo el Magno Alexandro. Los Eſpañoles le enviaban ſu embaxada à Babylonia, Corte famoſa del Aſia, pidiendole ſu amiſtad, favor, y ayuda contra los Cartaginenſes, que les daban peſadumbre, quando en Sicilia fue Agathocles hecho caudillo de los Siracuſanos, que viendole valiente, y dotado de prudencia, no hallaron hombre mas a propoſito para que los defendieſſe del poder de los Eneos. Admitiò Agathocles el oficio, ſin eſcrupulo de ſu humildad, afianzando en ſus procedimientos lo que le havia negado ſu naturaleza. Tomò el baſton con tan lindo brio, como ſi le huviera heredado, y comenzò la guerra con tan buena maña, que à batallas pocas vino à concluirla, apropriandoſe ya nobles tropheos, nombre heroico, fama mucha. Y como vèr glorias en quien naciò humilde, cauſe siempre emulaciones en los que ſe nacieron con la nobleza, como ya los Siracuſanos le havian meneſter menos, dieron en calumniarle las acciones, llamandole a ſu gobierno tyrania. Temieronſe, en fin, que con la mano que le havian dado, quiſieſſe hacerſe ſeñor de ſu libertad. Pareciales ya afrenta lo que en la neceſsidad eligieron por honroſo. Al tiempo del peligro no huvo reparo, que era hijo de un ollero; mas al tiempo de la paz, les pareciò inſufrible vèr cabeza a quien ſe criò entre el barro. En fin, ya por ſu emulacion, ya por ſus ſoſpechas, ya por todo, entraron en ſu acuerdo, y deſterraron a Agathocles de Siracuſa. Con eſto le pagaron el ſervicio que les hizo, porque la envidia nunca bate otra moneda, ſino ingratitudes.

No desfalleciò Agathocles con eſte primer rebès de la fortuna, que como ſe gobernaba con prudencia, y veia que el polvo de ſus principios le daba en los ojos, buſcaba con buenos medios el deſpique, no con hinchazon procuraba la venganza. Fueſſe a valer de los Murgantinos, que por la enemiga que tenian con los Siracuſanos, le recibieron, como dicen, con los

los brazos abiertos. Encargaronle al punto el gobierno de la Ciudad, en que dio tan buenas muestras de proceder, que para paz, y guerra le hicieron su General. Con este cargo procurò Agathocles, mediante alguna hazaña, hacerse mas lugar en los animos de los Ciudadanos; y assi, dando al viento los tafetanes, marchò con no mal formado campo sobre la Ciudad de Lintini, y apoderòse de ella, sin que bastàran à contrastarle las resistencias. Temerosos entonces los de Siracusa, y aun arrepentidos de mirar por contrario, à quien pudieron por amigo, llamaron en su ayuda à Amilcar Cartaginès, el qual con orden del Senado de Cartago, entrò à socorrerlos con los trozos de Soldados que regia. No bastò este socorro, para que Agathocles dexasse de enderezar la guerra à Siracusa: que un hombre ofendido, si tiene humos de honor, siempre està cavando en soldar su afrenta. Mui cerrados hallò los passos para el intento, mas como en casos tales, sean ardides de guerra vencer con el engaño, ò con la negociacion, lo que no basta el poder, tuvo modo de tener tratos con el Capitan Cartaginès, al qual yà con el agasajo, yà con las ofertas, reduxo à su voluntad. Tanto supo obligarle, que le entregò la Ciudad. Entrò en ella, no à tomar venganzas, ni à castigar agravios, que fuera acabarse con guerras tan intestinas, sino à robar voluntades, absolviendo los passados yerros; que en Capitanes prudentes, esto es saber negociar.

Sintiòse en Cartago la traicion de Amilcar, y la pagàra con la cabeza, segun el decreto, si antes en la misma Sicilia no pagàra à la muerte el natural tributo. Despacharon con nuevo exercito à otro General del mismo nombre, para vengar en Agathocles el disfame que havia dado Amilcar à la nobleza Africana. Con socorros de España se asseguraba el logro de la accion. Desembarcaron pujantes en la Isla, y en bien formado campo fueron buscando à Agathocles. Dieronle una embestida, con que le obligaron à encerrarse dentro de la Ciudad de Siracusa. Y quando el peligro conocido pudiera amedrentar al corazon mas ossado, el animo de Agathocles se revistiò de brios, que el riesgo desanima à los cobardes, mas no postra los valientes. Quando apenas se hallaba con poder para la guerra presente, se determinò à triumphar de dos, ayudado de su industria. Para esto juntò à los Siracusanos, y con un razonamiento que les hizo, en razon de que no desmayassen, sino que valerosos sufriessen el cerco, mientras èl por otra parte daba guerra al enemigo, dexòlos animosos, y por

Capitan a ſu hermano Antandro. Con eſto paſsò con ſu flota à
Africa. Saliòle al encuentro Hanon, Capitan de los Cartagi-
nenſes. Dieronſe la batalla bien ſangrienta, y bien reñida. Mas
como Agathocles peleaba por vivir, y el Cartaginès por vencer,
ſoprepujò el corage de ſalvar la vida al ardimiento de alcanzar
la victoria: y aſsi, con muerte del miſmo Hanon, ſe hallò Aga-
thocles triumphante.

Llegò à Siracuſa la nueva feliz tan preſto, como à Carthago
el aviſo de la deſgracia. Lo que allà infundiò alegrias, ſembrò
por acà triſtezas. Lo que allà añadiò valor, acà fue miedo. Ani-
mado Agathocles con la victoria, no quiſo malograrla con la
omiſsion; que en caſos tales, el dàr lugar que ſe abroquele el
contrario, ſuele ſer cauſa, que ſe pierda lo adquirido. Y aſsi,
qual rayo abraſador, que eſcupido de la preñada nube, và talan-
do quanto encuentra, iba abraſando las Villas, y los Pueblos,
llevandolo todo à fuego, y ſangre, y enriqueciendo ſus gentes
con la muchedumbre de los deſpojos. Dio viſta à Carthago con
ſus banderas, y à ſus ojos les ſaqueò, y abrasò las alquerias. Las
labranzas, los campos, y las riquezas, todo el regalo, en fin, de
los vecinos, humeaba con el fuego. No ſe deſcuidaban los de Si-
racuſa en eſta ſazon, antes animados, y valientes, ſalieron de la
Ciudad à dàr ſobre el enemigo, que deſcuidado, apenas acertò
à poner la gente en orden. Mas fue la arma que ſe le diò tan bra-
va, que en rato breve le dexaron à èl ſin vida, y ſu campo derro-
tado, los mas muertos, priſsioneros muchos, los demàs hui-
dos.

Temblò la Africa toda con pèrdidas tan grandes. Hizoſe
Agathocles dueño abſoluto de Sicilia con eſtas victorias. Volvioſe
de Carthago arraſtrando tropheos, coronandoſe de triumphos.
Limpiò toda la Isla de Carthaginenſes, ſin dexarles plaza alguna de
donde no los echaſſe. Viòſe, en fin, gozando con ſoſsiego lo que
havia ganado, que eſta es la mayor dicha de un vencedor, y por-
que haver de eſtàr ſiempre en la campaña, para poder conſervar
lo que diò la victoria, ſon ganancias con mucha penſion. Propicia
anduvo con Agathocles la fortuna, pues en la miſma Ciudad de
Siracuſa, donde en humildes principios paſsò el curſo à las niñe-
ces, viendoſe Principe, rico, y poderoſo, acabò con mucha paz
el curſo de ſu vida. A ſu muger, è hijos dexò grandioſos theſoros;
y como tuvo noticia, que Pirro, Rey de la Albania, venia con gran
poder, afligiendo à los Romanos, aconſejòles, que tomando

ſus

sus riquezas se passassen à Egypto, antes de experimentar rebeses de la fortuna. Bastante prueba hemos dado con estos tres exemplos à la proposicion, en que de gente humilde ha havido por su virtud Principes grandes: y asi, no harà novedad, que David, de Pastor pobre, ascienda à ser Capitan de unos Soldados perdidos, y mas teniendole Dios señalado ya por Rey.

Exemplos de Principes, que se vieron perseguidos.

EXEMPLO I.

MIentras David llora en la soledad sus cuitas, devirtamos la memoria con similes lastimosos, que sirvan de consuelo à los que brumados de trabajos, ya en destierros, ò ya en carceles, les dan rienda à las tristezas. A Principes, y Reyes pondrèmos por exemplo, que para aliviar las penas, han de ser personas grandes. Tenga, pues, primer lugar un Santo Rey de los Godos, que à costa de su gente trocò el laurel temporal por la Corona eterna. Este fue Hermenegildo, hijo de Leuvigildo, y de Teodosia, hija que fue de Severiano, Duque de Cartagena, y hermana carnal de los Santos Leandro, Isidoro, Fulgencio, y Florentina: que sangre de tales rios, no es mucho engendràra en Hermenegildo un animo tan Catholico, sin que la Arriana, que adquiriò de el padre, bastàra a contrastarle sus intentos. Estaba entonces España inficionada de la Secta de Arrio. Eran los Reyes los que mas la defendian, y asi todo el comun imitaba sus pisadas. Los Catholicos eran perseguidos. Los Protectores de ellos, que eran San Leandro, y San Isidoro en Sevilla, y en Murcia San Fulgencio, aunque cuñados de el Rey, padecieron mil desdichas. Hermenegildo, pues, aunque criado Arriano, diò en ladearse atento à la Religion Catholica, sirviendole de guia su tio San Leandro, que con amonestaciones, y con ruegos, no cessaba de persuadirle lo cierto de la verdad. Tuvieron buena ocasion, à causa que Leuvigildo su padre andaba entonces en el Reino de Toledo. Demas de esto, Ingundis, ò Ingunde, muger de Hermenegildo, que era muy Catholica, fue la que mas parte tuvo en obra tan heroica, sobre que padeciò hartos malos tratamientos de su avuela la Reina Gosuinda. Fue este el caso: Esta señora Ingundis era hija del Rey de Lorena Sigilberto, y con ella casò el Rey Hermenegildo, y à èl, y à su hermano el Infante Recaredo los hizo sus

 com-

compañeros en la Corona, llevando la mira, a que despues de sus dias le sucediessen, sin que los Grandes, que eran los que elegian, los contrastassen. Dividiò en tres partes la Provincia. A Hermenegildo encomendò el gobierno de Sevilla, que era donde hasta aquel tiempo havia estado la Silla, y Corte de los Reyes Godos. A Recaredo, segun mejor parecer, puso en la Celtiberia, donde fundò la Ciudad de Recopolis, que es donde està Almonacid. Y el Rey puso su Corte en Toledo, comenzando desde entonces a llamarse Ciudad Regia. Por muerte de Teodosia, madre de los Principes Hermenegildo, y Recaredo, havia casado el Rey con la Reina Gosuinda, viuda que era del Rey Atanagildo. Brunechilde fue hija de Atanagildo, y Gosuinda. Casaronla con el Rey Sigilberto de Lorena, y de este matrimonio naciò Ingundis, la qual vino a casar con Hermenegildo. Todas estas advertencias son necessarias, para que no tropiecen los que no estàn cursados en historias, y como se ha de hacer mencion, assi del gobierno de Hermenegildo, como de estas grandes Reinas, es bien poner primero la claridad, y principios de su origen, que lo demàs fuera caminar a obscuras, ò ir guiando sin luz a los Lectores.

Esto assi advertido, entrarèmos a pie llano por la historia. Vino, pues, Ingundis de Lorena a dàr mano de esposa a Hermenegildo el año de nuestra Redempcion, que se contaba de quinientos y setenta y nueve. Traxo de Francia el acompañamiento mas lucido que puede imaginarse, como Princesa, que por todos lados tenia sangre Real que la ilustraba; si bien su mayor lustre, era el ser Catholica en extremo. Su avuela Gosuinda, suegra tambien, por lo de madrastra, de su esposo Hermenegildo, la tuvo en su compañia muchos dias, tratandola con caricias, y regalos, ya fuessen de voluntad, ya por lo que se descubriò, por atraherla a su Secta. Diò en persuadirla a que abrazasse la Secta de Arrio, y dexasse la Religion Catholica, exhortandola a que se baptizasse de nuevo, segun que acostumbraban los Arrianos; Ingundis, que aunque de poca edad, tenia prudencia mucha, nunca daba oìdos a los malos consejos de la avuela; haciase desentendida a la platica, y despediase de la conversacion, con decir, que ella havia recibido el Baptismo Santo, debaxo de la invocacion de la Santissima Trinidad, segun costumbre Christiana, y que en esta Fè havia de perseverar mientras viviesse. La avuela, que era sobre lo poco agraciada (por faltarle el uno de los ojos) mui soberbia, y mui

cruel, diò en desabrirse con estas respuestas, y desvios de la hermosa Ingundis, y lo que hasta alli havia procurado por alhagos, quiso llevarlo por fieros. Hizose grave, mostròsele severa, y hablòla con imperio; pero Ingundis al mismo tenor supo sacudirse, diòse por sentida la vieja, de que aquella moza hiciesse tan poco caso de sus palabras, y con rabia mucha la ultrajò con mil baldones. Y como en llegando a quebrar las leyes de la cortesia, y del respecto, no hai freno que reprima impulsos de un arrojo, de las palabras passò la atrevida Reina a las manos, y pusolas un dia en la constante Ingundis. Asiòla por los cabellos, y arrastròla por el suelo, de tal suerte, que por la boca, y narices la hizo rebentar sangre, cuyos roxos desperdicios, por ir derramados por la Fè, fueron hermosos rubìes con que quedaron las losas esmaltadas. Mas no bastaron estos, ni otros malos tratamientos, para que ella mostrasse flaqueza, ni desmayasse en la Fè, antes creciendo los brios, se mostraba mas entera: que a quien se arma con Dios, le hacen fuerte los tormentos.

Quien duda, que no llegarian a oìdos de Hermenegildo, ò yà los sentimientos de su madrastra, ò ya las tiernas quexas de su esposa? Nunca a quien ama, y mas siendo marido, pueden encubrirse las penas de lo amado, que aunque Ingundis, ò por excusarle el dolor, ò por no descubrirle la materia, como era tambien Arriano, procuraba encubrirle sus castigos; con todo, el haver yà señales en la cara, lagrimas en los ojos, al preguntar quien es dueño, de què nace, mal pueden yà disimulos callar yà la verdad. En fin, por uno, ù otro camino, supo Hermenegildo las riñas de Gosuinda con su cara esposa; y como ya Dios le iba tocando al alma con inspiraciones, lastimòse mucho, de que por guardar su Religion la castigasse su avuela. A lo compassivo se añadiò el acariciarla: y viendo Ingundis bastante campo en el pecho de su esposo, para un honroso intento, mostrandose agradecida al regalo, cariñosa al consuelo, humilde al favor, le dixo un dia: *Todo quanto he passado, dueño mio, de malos tratamientos, y de afrentas, lo vinculara por proprio de mi vida, y lo padeciera gustosa el tiempo que durara, si al contrario de lo que en mi pretende mi avuela, pudiera yo recavar contigo, que es, que recibieras la Fè como Catholico, pues es la verdadera, la que la Iglesia tiene declarada, y la que abrazan, y siguen los Santos, y Doctores que la entienden. Yà veo, que aqui en España siguen casi todos al condenado Arrio, tu padre, tus vassallos, toda el Reino; yà conozco, que el divertirte, es arriesgar-*

garte à trabajos, exponerte à mil peligros; mas tambien reparo en que es mayor pèrdida el que se pierda el alma, que aventurar la possession de un Reino perecedero, que quando por esta causa te faltasse, le permutabas por una corona entera. Y quando mis consejos no fueran ajustados, bastantes pueden ser los de tus doctos tios. Quien mas docto que Leandro, à quien sè que escuchas de buena gana? A quien no confunden argumentos de Isidoro? A quien no postra la Religion de Fulgencio? Tu madre Teodosia, por què la aplauden santa, sino por haver sido tan Catholica? Pues quando tu prosapia noble ha seguido, y sigue la verdad, por què te ha de divertir ajeno rumbo? No te hierve en las venas aquella sangre ilustre, que en el materno seno te hizo cuerpo para el alma? El nectar, que à sus pechos beberias hartas veces, no te pica al corazon con punzadas tiernas? Tu conciencia misma no te dà aldabadas? Pues por què has de resistir à tantos llamamientos? Por què te has de hacer fuerte contra el Cielo que te llama? Mira, que aunque ocultos, hai Catholicos sin numero, que seguiràn tu Estandarte, y que en defensa tuya arriesgaràn sus vidas. Mira, que muchos Grandes te haràn lado. Mira, que es buena ocasion, pues està ausente tu padre, y mira à quien eres con que te lo digo todo.

Con razones, y consejos semejantes, fue tanto lo que obrò Ingundis en Hermenegildo, que à pocos lances le dexò vencido, de tal suerte, que no se sabe si fueron mas poderosas las palabras de Ingundis, que las del mismo San Leandro. Mucho puede una muger, y mucho arrastra, assi à malo como bueno; y assi, no hai que marabillar, que en esta honrosa pretensa, se las apostasse Ingundis à Leandro en alcanzar la victoria. En fin, moniciones dèl, y ruegos de ella ganaron à Hermenegildo. Baptizòse como Catholico, y bien instruido en la Fè, se expuso al riesgo. Acaudillò todos los Catholicos, y sacò la cara contra el poder Arriano, en caso que quisiessen contradecir su intento. A este declararse por la Fè llamaron los Arrianos levantamiento. Acudieron à su padre con mil chismes. Diòles credito, lo que bastò à desabrirse con Hermenegildo. Enconaronse los animos, y tocaron à guerra los sentimientos. La Reina Gosuinda, que entre padre, è hijo tenia obligacion de hacer buen tercio, para sossegar motines, y quietar alteraciones, atizaba mas fuego. Al fin, como madrastra, irritando al Rey, y provocandole à mas ira, y mas enojo, Flameaba la indignacion, que contra Ingundis tenia concebida, y ardia con braveza en la venganza. Publicòse guerra

san-

sangrienta entre padre, è hijo. Dividiòle el Pueblo en dos parcialidades. Los Catholicos, que aunque menores en fuerzas, eran mas en numero, se hicieron al bando de Hermenegildo. Los Arrianos, que eran los mas poderosos, seguian à Leuvigildo. Antes que se viniesse à las manos, quiso el Rey vèr, si por buenos medios podia reducir al hijo à su voluntad, y apartarle del comenzado intento. Para esto le despachò Embaxadores desde Toledo, con una carta del tenor siguiente.

CARTA DEL REY LEUVIGILDO A HERMENEGILDO su hijo.

MEjor que por carta, quisiera en presencia tratassemos nuestros debates, si gustaras de ello, porque, ò yà como Rey mandando, ò yà castigandote como padre, fuera facil alcanzar de ti qualquiera cosa. Pusierate por delante los beneficios que te he hecho, los regalos con que desde tu niñez te he procreado, con designios siempre, que sucediesses en la Corona. De lo qual parece, que haces escarnio, pues veo la maldad que haces. Sin que lo pidiesses tu, te ensayè à ser Rey, y haciendote compañero en mi Reino, para que me ayudasses à llevar la carga: y han sido ensayes tan dañosos para mi, que yà me quieres dàr guerra, armando gentes estrañas que me ofendan, y te ayuden, trocando como ingrato, los bienes que te he hecho, por los males que me dàs; los favores recibidos, por el dolor que me causas. Si te era cosa pesada esperar la muerte de este viejo, y el poco tiempo que naturalmente me puede quedar de vida, ò si te he desazonado, y has llevado mal, que se diesse parte de el Reino à tu hermano, fuera justo me declararàs tu sentimiento antes de llegar à romper, y yo procuràra, como padre, suavizar tus desazones. Mas yo considero, que la ambicion de reinar es quien te despeña, y cubreslo con la capa de la Religion, y excusaste con que tu conciencia te llama por esse rumbo. Bien lo veo, y bien lo entiendo todo; y assi, advierte, que no solo quebrantas las humanas leyes, volviendote contra mi, que soi tu padre, no à que provocas contra ti mismo la ira, y rigor de Dios, que te amenaza. Tu te havias de apartar de aquella Religion, con cuyo auxilio el nombre de los Godos ha descollado en poder, y se ha aumentado en riquezas? Tu havias de menospreciar la authoridad de tus claros ascendientes, quando debieras tenerla por sacrosanta, y divina? Quieres tu saber, guiado de tu antojo, mas

que tantos Reyes, que ſupieron ſer Chriſtianos? Tu ſolo quieres ſer el que aciertas, y condenar por errados à los otros? Tu ſolo has entendido, y los demàs no lo han alcanzado? Colige de eſtas razones, y conſidera la vanidad de eſſa nueva Religion, pues aparta el hijo de el padre, y los nombres de mas ternura los trueca en odio mortal; como padre me toca el aconſejarte, que vuelvas en ti, y mandarte, que quietes tu corazon, y dexes de proſeguir en coſas tan dañoſas. Si aſsi lo hicieres, hallaràs en mi gracia, facil el perdon de lo que haſta aqui has delinquido. Si acaſo, protervo, no aſsientes à mis conſejos, y me obligas à tomar las armas, no tendràs que eſperar clemencia en mi, ni aguardar, como de padre, ninguna miſericordia.

Mucha peſadumbre diò eſta carta à Hermenegildo, que como tenia ya el alma tan Catholica, tocarle en la Religion, era tocarle al alma, era quebrarle los ojos, era llegarle à lo vivo. Y aſsi, reſuelto à perder antes la vida, que mudar de parecer, deſpues de haver templado el enojo, y quietado el animo (que para eſcribir à un padre, ſiempre es meneſter cordura) tomando tinta, y papel, le eſcribiò de aqueſta forma.

RESPUESTA DE HERMENEGILDO AL REY ſu padre.

Con paciencia mucha, y con valor no poco, he viſto, Rey, y ſeñor, lo que contiene tu carta, ſufriendo los baldones que me dàs, y tolerando las amenazas que me haces, que aunque padre, pudieras templar la colera, y refrenar la lengua, quando en nada te he ofendido. A tus beneficios, que los confieſſo, qual dices, mayores que mis merecimientos, ſabe el Cielo, que deſeo correſponder con ſervicios, que igualen à lo que es razon, y à lo que, como à padre, me conſidero obligado; à cuya reverencia no faltarè jamàs, mientras yo viva. Pero en abrazar la Religion mas ſegura (que tu por hacer odioſa, llamas nueva) nos conformamos con el juicio de todo el mundo, pues los mas ſon quien la ſiguen, de mas de razones fuertes que hai para abonarla. Yo no trato ahora, qual ſea mas verdadera, ſino que doi libertad, à que ſiga cada uno lo que mejor le pareciere, con tanto, que no ſe agravie la parte que he elegido. Atribuyes à la Secta Arriana los progreſſos felices de nueſtra nacion, y que por eſte reſpeto han enſalzado ſus tymbres los que la han ſeguido, y no adviertes en la coſtumbre, que tiene Dios de dàr proſperidades, y tolerar caſtigos algun tiempo, à los que pretenden aſſolar de todo punto, para que ſientan mas

y

y mas los postres, el vèr trocadas las dichas con reb. ses tan contrarios. Los Vandalos, y los Ostrogodos, pueden ser prueba bastante, cuya potencia, quando mas empinada en altiveces, se ha postrado à vèr ruinas. Y si acaso te dàs por ofendido, porque sin consultarte, me he inclinado à lo que juzgo es mejor, tambien puedo yo sentir, que no me dès lugar à que estime en mas mi conciencia, que todas las demàs cosas. La Fè Catholica sigo, y por ella estoi dispuesto, si fuere necessario, à derramar la sangre, y à perder la vida. Y en esta materia no es razon, que un padre quiera poder mas que el hijo, que sigue la verdad, y ampara à las Divinas Leyes. Suplico à nuestro Señor, que sean tus consejos sanos à la Republica, y no perjudiciales à los que somos tus hijos, y que te alumbre tu entendimiento, y abra los ojos de la razon, para que no dando lugar à los chismes, que son los que te inquietan, procures, que nuestra casa no quede afeada con infamia, dando lugar à que sean las armas arbritros de la victoria.

Embraveciòse mas Leuvigildo con esta respuesta, no quiso con mas palabras buscar medios, sino remitir à las manos el despique, para lo qual comenzò à juntar sus gentes, formando exercito, y buscando favor de los estraños. Hermenegildo no se descuidaba, antes con mucha diligencia procurò tener de su parte à los Romanos. Hizo alianza con sus Capitanes, y para seguridad de los conciertos, les entregò à su muger, y à un hijo, que ya tenia de ella. Como bien entendido, quiso assegurar assi las prendas que mas amaba, caso que le sucediesse algun desastre, que siempre quien quiere bien, antes que para sì mismo, busca la seguridad para lo amado. Por esto, pues, procurò, que la hermosa Ingundis, y el caro hijo, estuviessen apartados de la guerra, en cuyos sucessos varios, nunca hai esperanza cierta. Faltaron los Romanos à la fè, porque brindados de Leuvigildo con mas ventajas, y con mucho oro que les diò de antemano, le ofrecieron su ayuda. Eran hombres, q̃ se vendian à quien mas pujaba, sin reparar en credito, ni injusticia. Fortifico Hermenegildo a Sevilla, y à Cordoba, proveyendolas de trigo, y demàs bastimentos para algunos años; hizo batir monedas de buen oro, para pagar los Soldados, y aun con insignias, dicen, y divisas, con que se diferenciassen de los Arrianos; y assi, llevaban por armas, de una parte el nombre, y rostro de Hermenegildo, y por la otra una Imagen de la Victoria, con estas palabras: *Hombre, huye del Rey.* Aludiendo à lo de San Pablo, que manda, que eviten al Herege, despues de la segunda monicion.

Mien-

Mientras Hermenegildo ponia en orden todas estas cosas, partiò Leandro à Constantinopla à pedir favor al Emperador Tiberio; aunque tuvo poco efecto este viage, sirviòle, al fin, à Leandro de travar amistad estrecha con San Gregorio, que estaba entonces en aquella Corte por Legado del Pontifice Pelagio. Y de aqui resultò, que à instancia suya, escribiò el libro de los Morales sobre Job, tan utiles à la Iglesia. Contabase entonces el año de quinientos y ochenta, año bien desgraciado, y azaroso para la Christiandad, por nacer en èl, en la Arabia, el falso Propheta Mahoma, caudillo en adelante de tan dañosa Secta. Leuvigildo, que no se descuidaba, marchò con su gruesso campo, y puso cerco à Sevilla, aunque considerando, que los cercados no se havian de rendir, por estàr mui afectos à su hijo, y tener por Protector al Arzobispo Leandro, quiso valerse de traza para la conquista. La que eligiò fue famosa, si bien costò gran trabajo. Y fue, que una legua de la Ciudad, donde resplandecen desmoronados edificios de la antigua Italica, desangrò à Guadalquivir, de tal manera, que le echò por otra parte, sin que entrasse por Sevilla. Fue una empressa mui costosa; pero logròse la intencion con ella, porque los cercados comenzaron à sentir la falta de los mantenimientos, de que eran socorridos con la navegacion del rio. Hermenegildo entonces, perdidas las esperanzas de poderse defender, saliòse secretamente de la Ciudad, y fuesse à los Romanos, ignorante de que havian mudado de partido. En la mala acogida, que hallò en ellos, conociò su deslealtad; y assi, con trecientos de los suyos se recogiò en el Lugar de Osseto, aunque otros dicen, que en Cordoba, procurando hacerse fuerte en tal Plaza, por lo incontrastable de su sitio, y por serle los moradores mui afectos, no reparando, que al que và de caìda, aun los amigos le faltan.

No se contentò Leuvigildo, con que se le rindiò Sevilla, sino que ardiendo en furor, procuraba aver el hijo à las manos; que un padre, quando se enoja, suele arder mas en venganza. Partiòse, pues, à toda priessa, y pusole fuego à Osseto por todas partes, porque a vista del incendio saliesse Hermenegildo a su obediencia, ò quedasse sepultado en sus cenizas. Recogiòse al Templo el Principe, si infeliz a la fortuna, dichoso para el Cielo, y para el mundo; que como una hora de vida, al fin, es vida, y de una hora a otra suceden mil mudanzas, quiso entretenerse allì lo que tardassen de llegar las armas, por si cessaba en el interin la saña de

de su padre. Su hermano Recaredo, que acompañaba al Rey, y aunque menor de edad, era en la nobleza Principe famoso, è igual à Hermenegildo, pidiò licencia à su padre para verse con su hermano: Diòsela Leuvigildo: llegò al Templo, y llamando à Hermenegildo sobre seguro, y èl dandole lugar que entrasse, despues que anhogada la voz en tierno llanto, estuvo sin poder hablar algun tiempo, rompiendo por los nudos del dolor, le dixo estas palabras:

De flacos corazones suele ser mostrar dolor por la infelicidad de los que bien se quieren, quando no se les acude con mas remedio que lagrimas. Siento, Hermenegildo, como debo, la desventura en que estas, el aprieto en que te miro, la pena en que te hallo; porque desventuras de sangre, que es tan propria, de daño que es forzoso, que toque à padre, y hermanos, no son tuyas solamente, porque son nuestras tambien. No quiero reprehender tus intentos, ni el zelo que muestras de la Religion, quando tu conciencia te llama por esta parte; pero què razon has podido tener ajustada à tomar armas contra quien te diò la vida? Menos hago quexa de los que con sus consejos te han engañado, y divertido, que al fin, las cosas passadas, mal se pueden emmendar, solo llorarse pueden. La desgracia de estos tiempos han consistido en nuestras discordias, porque divertida la gente en dos parcialidades, la una, y la otra, se ha arrimado à nuestras casas, siendo causa de mil daños. Volver los ojos à la paz es lo que importa, para que nuestros enemigos, que estàn à la mira, no se rian mas de nuestras desventuras; y ojalà esto se huviera obrado antes que se llegara à rompimiento! mas, en fin, mejor es tarde, que nunca, que en un pecho paternal, recurso queda para implorar clemencia, y alcanzar perdon, si con voluntad le pides. Esto es lo acertado, esto lo que te conviene, pues yà de lo passado tendràs hartas experiencias de quanto mejor te serà seguir la seguridad, que perseverar en los peligros que miras. En las adversidades es necessaria la prudencia, que el dexarse llevar del impetu ardiente, es desatino. De mi parte te prometo, que si de corazon haces lo que te pide la necessidad, se aplacarà nuestro padre, y con un leve castigo te dexarà el apellido, y las insignias Reales.

Juradas, y aceptadas estas promessas, hizo Recaredo llamar à su Padre, à cuyos pies se postrò Hermenegildo con semblante triste. Recibiòle Leuvigildo con muestras de alegria, y hablandole con blandura, le diò indicios de perdon; mas otro tenia en el pecho;

se-

segun se viò adelante. Despojòle de las insignias de Rey, y remitiòle presso à una torre de Sevilla, que està à la puerta de Cordoba, tan espantosa por su altura, quanto conocida, por haver sido Carcel de un Rey martyr perseguido. Entre el horror, y obscuridad de que està llena, le cargan de prisiones. Al cuello atadas las manos, y con un pie de amigo ponen al santo mozo, para añadirle à la prision tormento, pena, y dolor. Lastima causa el decirlo, què seria verlo! El mas facineroso foragido, quando arrastrado de sus mismas culpas, se mira en un calabozo aprisionado, mueve naturalmente à compasion à los menos compasivos (que vèr padecer, y no sentirlo, aun las fieras no lo usan) pues mirar à un Principe de España, y yà con nombre de Rey, amarrado à una cadena, metido en una mazmorra, sin que le dè luz del Cielo (si bien el Cielo le alumbra) recostado en un silicio el rato que se recuesta, comiendo un pobre manjar, sin admitir mas regalo, lanzando suspiros tiernos, al compàs de dulces quexas, sin amigos que le asistan, sin nadie que le consuele, presso donde se viò Rey, y su padre author del daño; à què corazon de piedra no rebentàra à dolor? En què animo de tygre no despertàra ternuras? Mirenlo los lastimados, y si afliciones pueden ser alivio de otras afliciones, ningunas como estas daràn mayor consuelo. Lastimas de un innocente alivian mucho los tormentos, y las penas de quien suspira culpado. Vèr padecer sin delitos, es fuerza que anime a quien por ellos padece. Carceles, prisiones, penas, si se pautan por las de Hermenegildo, si a la luz de ellas se miran, al mas afligido causaràn aliento, al mas desconsolado daràn brios. Tome la luz de martyr quien padece, quien se mira en un trabajo, quien llora en una prision, y a buen seguro, que halle paciencia para el dolor, descanso para la pena, consuelo para el llanto. Con el rigor de Carcel, y prisiones que hemos dicho passaba Hermenegildo sus trabajos, consolandose con Dios, que es gran consuelo. Suspiraba enternecido por verse en su presencia, y con devotas ansias anhelaba por su gloria, sin aspirar a otra libertad, ni a otra soltura, que como padecia por la Fè, se aseguraba corona mas gloriosa, y assi, respecto de ella, hacia ya poco caso de los caducos laureles. Llegò, pues, la Pasqua de Resurreccion, que fue a catorce de Abril, del año que se contaba de quinientos y ochenta y seis (segun quien mas bien los cuenta) y Leuvigildo, que deseaba por medio de sus rigores, ò por mas suaves caminos, reducir a su hijo a su dañada Secta, y advertirle

de

de la Religion Catholica, despues de la media noche, entre los mudos silencios, enviò à la carcel un Obispo Arriano, para que de su mano recibiesse Hermenegildo la communion aquel dia, conforme los Arrianos, y de su parte le ofreciesse la libertad, si se reduxesse à esto. Llegò el Obispo con alhagos, y promessas à hacer la proposicion à Hermenegildo, el qual apenas oyò la platica, y conociò ser Arriano el de el mensage, quando diciendole mil oprobrios, le despidiò à mas de passo. Fuesse el Obispo corrido, y contò al Rey su afrenta. Sintióla Leuvigildo, como propria, y dando rienda à la ira, tratò al punto la venganza. Despachò un verdugo, para que en la torre misma cortasse à Hermenegildo la cabeza. Al mandato riguroso se siguiò la execucion. El verdugo fue un Sisberto, que sin turbacion, ni excusa de vèr, que era un Rey innocente à quien iba à degollar, llegò intrepido à la carcel, y con animo cruel diò la muerte à Hermenegildo, matizando con su sangre hierros, losas, y paredes, cuya barbara ossadia, permitiò el Cielo la pagasse con una muerte fea, que le sucediò bien breve.

Al cuerpo de el Rey Martyr (segun lo cuenta San Gregorio Magno, que como tan amigo de San Leandro, escribiò su vida en el capitulo treinta y uno de el libro tercero de sus Dialogos) quiso el Cielo, que se hiciessen honras celestiales; y assi, baxò la Angelical Capilla à hacer el entierro, ya que el padre no le hizo, oyendose en la torre Angelicas voces, que en dulces melodias rompieron de la noche los silencios. Fragrantes luces acompañaron el tumulo, y à la hora misma, por muchas noches continuas, aparecian lamparas resplandecientes, para dàr indicios, que era cuerpo santo el que alli yacia. Con estas señales prodigiosas se convocaron los animos Catholicos à tener en reverencia à su Rey Martyr. Su padre mismo, que arrepentido de lo hecho, passò en tristezas lo que le restò de vida, à vista de los prodigios, conociò por verdadera la Religion Catholica; pero temiendo à su gente, no se atreviò à declararse. Lo que hizo, fue volver del destierro à San Leandro, y pedirle con ruegos, que al modo que à Hermenegildo, instruyesse en la Fè al Principe Recaredo su segundo hijo. El qual, siguiendo las pisadas de su hermano, no los ritos de su padre, vino à ser el mas Catholico Rey, que conocieron los Godos, cuchillo de todos los Arrianos, assombro de los hereges, y vino à deberse todo al Santo Hermenegildo. Si acaso alla en el desierto, donde à David dexamos, rastrèa por prophe-

cia

cia la persecucion ; la carcel, y el martyrio de este Principe, no se le harà tan penoso su destierro, ni harà mucha admiracion, de que un suegro le persiga, quando acà un padre deguella : al compàs de estos trabajos podràn aliviarse aquellos.

EXEMPLO II.

NO es solo David el que por no hallar humano socorro en sus mismos naturales, se vè obligado a valerse de Paganos, y de infieles, que muchos Principes son los que en semejantes aprietos han seguido sus pisadas, que a rebeses de fortuna, quando dà en tirar la soga al que và de caìda, mas seguro suele ser el mas estraño, que el mas amigo: mas se suele hallar en un infiel, que en la propria nacion, y quando falte, ya no se sentirà tanto por lo menos, pues no serà marabilla falten los de menos obligaciones, a quien no se assegura de los que tienen mas. Acompañe nuestro assumpto un Principe esclarecido, el Rey Don Alonso el Sexto de Castilla, de quien no pocas veces en historias varias harèmos memoria. Contarèmos su tragedia, su destierro, su adversidad, hasta dexarle en possession de su Corona, que el progresso de sus hechos, y de sus hazañas, ni hace al intento, ni hai lugar de contarse, por ser muchas.

Fue Don Alonso hijo de el Santo Rey Don Fernando, el que a fuerza de batallas, restaurò de los Moros grandes Reinos, primero de aquel nombre, y primero en armas, y en virtud, Religion, y Christiandad. Su madre fue la Reina Doña Sancha, igual en todo al marido. Movido, pues, Don Fernando, de que por sì mismo, no por herencia, sino a fuerza de su brazo, havia agregado Reinos, y Provincias al pequeño Reino que heredò de sus padres, movido tambien del paternal afecto, con que amaba igualmente a todos sus hijos; y pensando, finalmente, tenerlos por esta via mas en paz, y mas contentos, dividiò el Reino entre todos, de esta suerte. A Don Sancho el mayor dexò a Castilla, a Don Alonso le diò a Leon, y a Don Garcia el menor le diò a Galicia. A la Infanta Doña Urraca dexò la Ciudad de Zamora, y a Doña Elvira la de Toro. Huvo contradiciones muchas, para que el Rey no hiciesse esta division, y en especial se cuenta de Arias Gonzalo, hombre experto, de gran valor, y prudencia, que lo contradixo mucho, como prognosticando futuros males; pero el Rey no quiso mudar parecer; antes echò bendiciones a

quien guardasse lo por èl dispuesto, y maldixo à quien le quebrantasse. Don Alonso se mostrò mas obediente, y à lo que el padre decia, respondia: Amen. Don Sancho el mayor callaba; mostrandose en ello su rebozada intencion. Juzgò siempre, que se le hacia agravio en no darselo todo; por ser mayor, parece que tenia justicia; pero mayor fuerza tiene la obediencia, que segun derecho natural, se debe à los padres, y se mostrò bien en los futuros sucessos, pues le alcanzò à Don Sancho de castigo, lo que de bendicion a Don Alonso, qual verèmos adelante.

Muerto el Rey Don Fernando, todos los tres hijos se llamaron Reyes; Don Alonso se partiò à Leon, y como aquel Reino era herencia de su madre la Reina Doña Sancha, nunca, mientras viviò ella (que fueron dos años, ò seis, segun el epitaphio de su sepulchro) se atrevio Don Sancho a molestarle, ò ya por tenerla este respecto, ò ya por estàr ocupado en la guerra de Aragon, que hacia entonces al Rey Don Ramiro su tio, el qual en una batalla quedò muerto; prognostico triste para el mismo Rey Don Sancho, comenzar a teñir las armas en sangre de un Rey pariente, y tan Christiano! Apenas, pues, ajustadas estas diferencias, cerrò su madre los ojos, quando volviò a la guerra contra sus hermanos. Comenzò por Don Alonso, que viendose con fuerzas desiguales para poder resistir à enemigo tan feroz, les pidiò ayuda a sus primos los Reyes de Aragon, y de Navarra. Ellos, que estaban desabridos con Don Sancho, por la guerra que les havia hecho, acudieron mui bien al ruego de Don Alonso. Cada uno por su parte le acudiò con gente, con la qual, y con la que pudo juntar de todo su Reino, saliò en busca de su hermano. Vinieron a encontrarse junto a un Pueblo llamado Piantaca, alli, ordenados sus esquadrones, se dieron la batalla; reñida de ambas partes con valor, y esfuerzo. Quedò en ella victorioso el Castellano, y Don Alonso vencido. Volviòse a Leon, pesaroso del desastre, aunque no sin animo para volver a probar fortuna. Rehizose de fuerzas, y a las riberas de el Rio Carrion se dieron segundo vez la batalla, en que trocadas las suertes, el Rey Don Sancho se retirò derrotado, y Don Alonso quedò victorioso, y triumphante. Mas como al que và de caìda, hasta los buenos sucessos se le vuelven al rebès, no quiso su poca suerte se le lograsse la ganancia. Su descuido de vèrse ya vencedor, tuvo mucha culpa; que quien tiene el enemigo a las espaldas, por mas vencido, y destrozado que estè, nunca ha de descuidar, que en la guerra pueden

mu-

mucho los ardides. Del que usò en esta ocasion el Cid (cuya historia reservo para otra parte, fue extremado. Hizo una conjetura, de que Don Alonso, y sus Soldados, ufanos con la victoria, se havrian echado à dormir sin cuidado, ni recelo alguno, y que siendo assi, se podia à poca costa quitarles la ganancia de las manos. Animado, pues, de solas estas sospechas, trabajò grandemente toda aquella noche en recoger los Soldados huìdos, y formando de ellos un pequeño exercito, Capitaneandolos su industria, y su valor, que todo era mucho, hiriò al amanecer en los Reales de los enemigos, que unos bien bebidos, y otros cargados de sueño, hicieron bien cierta la conjetura del Cid, mui ajenos todos de cosa semejante. Con el susto, y con el peligro inopinado, los cobardes, aun mal abiertos los ojos, miraron por donde huir; los valientes se hicieron à las armas mal despiertos, y sin orden. Era cosa ridicula, verlos entre el temor, y el peligro embarazados, sin saber adonde estaban, ni què gente los heria. En fin, quedaron vencidos, y Don Alonso se fue à guarecer en la Iglesia de Carrion, en que tenia muchos Soldados de guarda, pero nada aprovechò para no quedar presso, y en manos de sus contrarios. Llevaronle al Castillo de Burgos, por tenerle mas guardado.

Assi se truecan las suertes de los hombres, con tanta facilidad se mudan los sucessos. Quien ayer se miraba coronado de vassallos, vestido de insignias Reales, respectado como Rey, hoi se halla metido entre paredes, cargado de prissiones, assistido de porteros. Què vanas, y caducas son las humanas glorias! A un solo baiben ruedan por el suelo: lo que parece mas estable, se desvanece mas breve: la mayor pompa es una representacion, no hai cosa fixa. Por los mismos eslabones de la cadena que le tiene asido (que en aquellas edades, aun con los Reyes, en estando pressos, no havia cortesias) repassa Don Alonso sus cuidados, y para no desmayar en brazos de la pena, anima con esperanzas el sentimiento; que dàr rienda al dolor en casos semejantes, es dar cordel à la vida, y darla garrote es. Animese el afligido en las adversidades, si procura vivir, consuele sus cuitas con otros que padecieron, que donde hai altos, y baxos, mientras huviere vida, siempre quedan esperanzas al mas triste, al mas aherrojado, al mas caìdo.

Causò la prission de este Principe mucho dolor al Reino. Quien mas lo sintiò era quien mas le queria. Esta fue la Infanta Doña Urraca, su hermana mayor, que amò siempre à Don Alonso,

en una buena hermandad, siempre son reciprocos los afectos. Lastimada, pues, del desastre de su hermano, metiòse de por medio a tercear con Don Sancho. Ayudò al intento el Conde Don Peranzulas, Caballero mui prudente, valeroso, y leal, y que en todos sus trabajos hizo lado a Don Alonso. Despues de muchas hablas, de que surtia poco efecto, a causa que el Rey Don Sancho no se asseguraba de tener por suyo el Reino de Leon, poniendo a Don Alonso en libertad, dieron la Infanta, y el Conde en una traza famosa, que fue proponer, que renunciaria Don Alonso el estado seglar, y tomaria habito de Monge en el Monasterio de Sahagun, que està a las riberas del Rio Cea. Ayudaban la traza con decir, que Don Alonso, ganoso de la paz, y de su quietud, se inclinaba a la Religion. Abrazò Don Sancho este medio, como mui seguro; y asi, diò licencia, para que Don Alonso fuesse a tomar el habito. Tomòle, en fin, en el dicho Monasterio, el año de mil y setenta y uno, que a todo esto obliga huir de una adversidad, y temer una desdicha; que aunque entrarse en la Religion es el mas perfecto estado, quando fuerza à la voluntad alguna desgracia, y mas en personas grandes, se toma por lastimoso. Asi el Rey Don Alonso, como no tenia voluntad de ser Fraile, llevaba aquella vida con alguna tristeza, que como dice el refran, el habito no hace al Monge.

Passado, pues, algun tiempo, y visto por la Infanta lo mal que se hallaba Don Alonso con aquel genero de vida, diòle por consejo, ayudando à ello el Conde Peranzules, que renunciasse el habito, y se fuesse à amparar del Rey Moro de Toledo, como amigo que havia sido de su padre, y que alli podia entretenerse hasta que el tiempo abriesse otro camino. El amparo de un Barbaro se le dà por remedio à un desdichado, por marabilla se le hallarà refugio, que no sea como prision, ò destierro, y de qualquier suerte privacion de libertad. De la angustia de una carcel sale Don Alonso à la estrechura de una Religion, y para alivio de esta, toma por asylo à la sujecion de un Rey Moro. No hai para un triste consuelos, que no sean trabajos eslabonados. Tomando, pues, el consejo de la hermana, dexò el habito, y con todo secreto se huyò à Toledo, Corte del Alimainon, ò Almenon, que llaman otros. No le pesò al Rey de vèr entrar por sus puertas à Don Alonso, antes con tanto placer, como el Rey de Moab à David, aunque con mas lealtad, le recibiò en su Palacio: diòle un

L dia

dia audiencia en presencia de sus Grandes; y èl despues de haver hecho su acatamiento, reverencia, y cortesia, con bien sentidas palabras, mezcladas de suspiros, hablò de aquesta suerte: Harto me huviera holgado, famoso Rey Almenon, tener grangeada tu amistad con algunos servicios, quando forzado de la necessidad en que me hallo, vengo à pedirte socorro, favor, y ayuda, yo que poco antes me mirè Rey poderoso, y ahora me miro pobre, y desterrado. Pero ni mi poca edad, ni la diferente Religion que professamos, me ha dado lugar à ello; y para los Principes generosos, y grandes, qual tu eres, causa bastante es para dàr la mano à los que vèn caidos, su misma benignidad, y su grandeza. Y como yo en mis trabajos huelgo de acudir à valerme de tu asylo, antes que al de otro alguno, alentandome à ello la fama de tus virtudes, assi à ti debe ser consuelo mucho, se haya ofrecido ocasion para amparar, y hacer bien à un hijo del gran Rey Don Fernando, aquel à quien debiste amistades, y le pagaste con ellas: Mas què podia yo hacer en riesgos tan notorios? Donde havia de acogerme en mis necessidades? Despojado me hallo de mi Reino, mis riquezas, y mis bienes en ajeno poder, mis vassallos sujetos à la necessidad, sin fuerzas mis amigos, todos mis socorros me han faltado à un tiempo; por què quien ha de ayudarme, quando es mi hermano mismo quien tyrano me persigue? Si debe darse nombre de hermano à quien quiebra la lealtad, y falta al parentesco. D. Garcia està temiendo otro tanto: los Reyes de Navarra, y Aragon, si primos nuestros, estàn algo desabridos con nuestra Casa: las Infantas mis hermanas, haràn harto en conservarse: finalmente, no me quedò mas remedio, que volver las espaldas al peligro, y abrazar el destierro por sagrado, y acogerme à tu sombra, como à asylo. No es mi intencion, que por causa mia tomes las armas, y muevas alguna guerra, para restituirme al Solio, de que me miro despojado, que aunque es de Principes grandes amparar desta suerte à los caidos, y deshacer desta forma semejantes agravios, no quiero, que te dessossiegues, ni pongas en balanzas la tranquilidad que gozas. Solo te suplico, halle mi necessidad abrigo en tu casa, dandome lugar en ella, para passàr mi destierro, que para mi serà el mayor alivio, y para ti el mejor de tus blasones. Entretenido en tu Reino podrè passàr mis tristezas, ayudado de las esperanzas de que el causador destos males, feròz, y ufano àl presente, trocando el Cielo las cosas, hallarà su castigo merecido: que crueldades contra su

su sangre misma, jamàs vieron logrados sus deseos. Y si acaso sucediere, y me sacare Dios destos trabajos, puedes estàr cierto, que a ley de agradecido, tendrè siempre en la memoria la gracia, y acogimiento que me hiciere tu piedad, y tu grandeza. No poco alborozado oyò el Rey Alimaimon a Don Alonso, atribuyendo a honra mucha, que un Principe como aquel, que se havia visto temido, y respectado, acudiesse tan humilde a estàr baxo de su proteccion. Y considerando, que podia en algun tiempo serle aquella venida provechosa, satisfizo mui alegre a su demanda, desabrochando del pecho piedades, y bizarrias, tanto mas dignas de estimarse, quanto hechas por un infiel. Pesame, dice, Rey Don Alonso, de tu desgracia, siento, qual propria la desdicha en que te miro: mas quando tu conciencia te hace libre, debes llevar con valor rebeses de la fortuna. No hai cosa en esta vida, que no estè sujeta a mil mudanzas: y assi, quien sabe sufrirse en la adversidad, suele triumphar de sus cuitas, y vèr postrado a sus pies el mayor trabajo. Mi casa, mi Reino, y mi persona te ofrezco con mucho gusto, sin que para tu servicio, y tu regalo te falte cosa alguna. Podràs vivir en Toledo el tiempo que quisieres, sin miedo, que me moleste tu assistencia, sin cuidado, que en mi falte la fee que te prometo. Tratamiento qual de padre, hallaràs, mis caricias, y el aprecio que de un hijo, veràs en mis afectos. Por tu padre, por quien eres, por quien soi, por verte en desventura, reconozco deuda a lo que juzgas favor: y assi, veràs por la paga, que sè pagar lo que debo.

Estimò Don Alonso, como era justo, la generosa oferta del Rey Moro: hizole pleito omenage de serle fiel, y leal, y que le guardaria este favor, hasta pagarle con iguales recompensas, ofreciendo acudir à su servicio, como uno de sus vassallos. En pechos igualmente generosos, procuran excederse unas à otras las bizarrias. Don Alonso era bizarro, prudente, liberal, agradecido, hallabase obligado, y assi prometia generoso. Almenon era clemente, mui pundonoroso, nada escaso, y assi andaba liberal. Junto a su Alcazar mismo le señalò casa, para que viviesse, que dicen fue en aquella parte, que està ahora el Monasterio de la Concepcion; y la Iglesia que es hoi de los Carmelitas, era entonces uno de los Templos de Christianos, que se conservaron siempre en Toledo, desde la pèrdida de España; con lo qual tenia Don Alonso commodidad para oìr Missa, y los Oficios Divinos, y para hablar al Rey siempre que queria. La buena condicion de Don

Alonſo, ſu agaſajo, y cariño, robò de tal manera las voluntades de aquella gente infiel, que los tenia a todos ſerviciales, y contentos.

La Infanta Doña Urraca deſde Zamora, cuidaba tambien de Don Alonſo, enviandole ya el dinero, ya el regalo, ya el preſente, porque con eſtàr ſobrado para ſus meneſteres, no ſintieſſe las triſtezas de verſe deſterrado. Enviòle aſsimiſmo al Conde Don Peranzules, y dos hermanos ſuyos, con otros Caballeros, para que le acompañaſſen, y ſirvieſſen, y en coſas que ſe ofrecieſſen, pudieſſen aconſejarle, que claro eſtà, que fuera vida triſte para un Principe, haver de converſar ſiempre con Moros, y no tener un amigo, con quien deſechar cuidados. Todos quiſo Alimainon que ganaſſen ſueldo, porque tuvieſſen con que ſuſtentarſe, y para que le ayudaſſen en las guerras, que tenia ordinarias con otros Moros comarcanos, que quando Chriſtianos con Chriſtianos, y deudos con deudos las tenian tan ſangrientas, no era maravilla, que Moros con Moros ſe guerreaſſen tambien. El Rey Moro de Cordoba, y el de Toledo andaban ſiempre en debates, cauſa que vino a ſer para que en lances que ſe ofrecieron, dieſſe mueſtras Don Alonſo con los que le acompañaban, de lo mucho que debia al de Toledo. Saliò, en fin, a ayudarle en algunas correrias, ſirviendole de divertimiento, lo que en otra ocaſion le fuera penalidad. En eſto paſſaba ſu deſtierro, y quando ceſſaba la guerra, dabaſe a la caza, proprio exercicio de Principes, y tiempo mas bien gaſtado, que entre la ocioſidad: labrò para eſte efecto una caſa de campo, que porque fue ſolar de eſtas memorias, creciò deſpues en vecinos, y con nombre de Brihuega, es hoi un pueblo notorio en aquel Reino. Yà en eſte retiro, divertido con la monteria, yà en la Ciudad, donde reſidia de ordinario, paſſaba ſu vida Don Alonſo, en tanto que rodaba ſu fortuna. Trataba muchos ratos con el Rey, al qual con ſu buen termino, y corteſia, le ganaba mas por horas la voluntad. Guſtaba mucho el Moro de ſu converſacion, y de ſu compañia, y de ſu trato: y aſsi, unas tardes en el Axedrèz, otras con el paſſèo, ſolian divertirſe. Baxabanſe algunas veces de la Ciudad a la famoſa huerta, a quien las aguas del Tajo, ſacadas por las azudas, la hacen abundante, y fertil, y que quizà deſde entonces ſe llama huerta del Rey. A ſu amenidad, y a ſu freſcura rinden parias los demàs cigarrales de Toledo, ſi bien ya auſencias de la Mageſtad Real, que la mira qual dueño, tienen mui deſmelenada ſu grandeza, que haſta las plantas ſuelen deſ-

deslucirse, si no las mira el Señor. En esta huerta, pues, yà en sus quadros frutales, ya en sus floridos tapetes, ya en las delicias del baño, que con nombre de Palacios de Galiana, aun resplandecen vestigios, passaban Don Alonso, y el Rey Moro sus recreos. Y como la buena conversacion alivia siempre un cuidado, quien duda, que al vèr triste à D. Alonso, dexaria el Moro de acudir con algun cuento, ò historia con que divertirle. Aunque tan servido, y regalado, dexaria Don Alonso de echar menos el regalo de su casa, la magestad perdida, el cariño de su esposa? No son pèrdidas estas, y mas en quien sabe sentir, para apartarlas de la memoria, si no es à fuerza de muchos consuelos. Casado estaba Don Alonso en esta sazon, si cotejamos las historias, con la señora Doña Inès, porque el Arzobispo Don Rodrigo, y Pelagio, Obispo de Oviedo, à los quales sigue el Padre Mariana, convienen, en que un año despues que fuesse D. Alonso restituido à su Reino, quedò viudo por muerte de Doña Inès, y que casò luego con Doña Constanza, y aunque no declaran si estaba ya casado en el tiempo del destierro, parece que lo suponen, ò que lo dexan al arbitrio. Y caso que entonces no lo estuviesse, por lo menos, segun los mismos Authores, no puede negarse, que no tenia ya Don Alonso à la hermosa Zaida, hija del Rey Moro de Sevilla, llamada Doña Isabèl, por su dama, como quiere Pelagio, ò por su muger, como dice Don Rodrigo, aunque todo pudo ser, amiga à los principios, y su muger, despues de Doña Constanza. Fundo en que ya la tenia, porque dicen Historiadores graves, que quando traxo Don Alonso à Zaida para baptizarse, era en vida del Rey Don Fernando; y siendo assi, es fuerza, que hora estuviesse, ò no casado con Doña Inès, tuviesse à Zaida en Leon, ò en Zamora con su hermana, y suspirasse por ella, porque la amò con extremo. Y como el alma captiva del amor, y mas en un Principe mozo, sienta con mayor fuerza ausencias de lo amado, suele tal vez hallar tambien consuelo entre las mismas memorias, que no se cura el amor siempre con olvidos. Segun esto, no serà fuera del caso, antes del caso serà, y mas para aliviar à algun doliente, que padece de este achaque (amor, y ausencia, penosa enfermedad al mas sufrido) suponer, que estos Reyes uno à otro se cuentan sus historias, y sucessos, verdaderas las dos, y mui notables. La misma ocasion de la huerta, y recreo, donde los hemos trahido, parece que està brindando à la conversacion, pintèmos como seria. A la sombra de un copado arbol, sirviendo de tapete la texida yerva, estaban recosta-

dos una tarde el Rey Moro, y Don Alonso, divertiendo à musica de las aves cuidados de algunas penas. Y mientras Don Alonso se entregaba al sueño, baraxando el Moro unas cartas, y papeles, comenzò a leer algunos con lagrimas, y suspiros. Atendiòle grande rato Don Alonso, aunque haciendo del dormido, y por saber la causa, diò muestras que despertaba, y viendole enternecido, y humedecidos los ojos, pidiòle con ruegos le contasse su pesar, para que èl como amigo se le ayudasse a sentir. No pudo excusarse el Moro, y assi le dixo: Que por buscar un papel havia topado una carta de su hija Casilda, la ultima que escribiò desde Briviesca, donde vuelta Christiana passò el curso de su vida, cuyas memorias era forzoso renovarle sentimientos. Yà me acuerdo (dixo Don Alonso) de essa Infanta por quien lloras, digna de eternos laureles, pues su vida penitente la ha hecho venerar por santa de todos los Christianos, de que debes estàr gozoso, puès tiene mejor Corona, que la que pudieras darle. A exemplo suyo se baptizò tambien Zaida, hija del Rey de Sevilla, que se hizo tanto lugar en mi pecho, que es hoi la que manda toda mi voluntad: llamase Doña Isabèl, y la quiero mas que à hermana.

Contariate la traza con que la llevè a Leon, si gustasses primero de decirme el modo con que Casilda saliò de tu poder, y si fue voluntad tuya, que se baptizasse. A trueque de divertirte (respondiò Almenon) y que me cuentes tu historia, escucha atento la mia.

Reinaba el Rey Don Fernando, padre tuyo, en Castilla, y en Leon, quando yo Almenon, brioso por los juveniles años, me llamè Rey de Toledo. Tuve por hija a Casilda entre otros hijos, tan dotada de hermosura, como publica la fama. Criabase en mi Palacio siempre a mis ojos, y a mi mesa siempre, que la niñèz, y el afecto, aunque sea entre los Reyes, atropella ceremonias. Era piadosa en extremo, y tan compassiva de qualquier trabajo, que males de los captivos los lloraba, y los sentia. Yo entonces, si he de contar la verdad, trabajaba a los Christianos grandemente. Probè en batallas mis fuerzas contra el poder de tu padre, y en Navarra, y Aragon hice temer mis banderas. Y aunque no vencedor siempre, al fin las veces que vencia, acarreaba a Toledo muchas riquezas, y captivos muchos. Tratabalos como a esclavos, metidos en mazmorras, en especial aquellos que eran avivadores de mis pesadumbres, siendo mi venganza hacerles malos

Historia de Sãta Casilda, hija del Rey Moro de Toledo.

gra-

tratamientos. Eſte rigor mio, y eſſa crueldad, que uſaba con los Chriſtianos, fue cauſa de que Caſilda ſe hicieſſe à la compaſsion, y a la ternura. A excuſas mias ſe iba à viſitar los preſſos, llevandoles por ſu mano la comida, y los regalos, y dandoles conſuelos para llevar ſu miſeria. No faltò quien me diò aviſo; porque nunca à la virtud faltò quien la murmuraſſe. Y aunque por una parte me moſtrè mui irritado, y me di por mui ſentido, por otra la miſma piedad que advertì en Caſilda, me tirò el freno al enojo, que en el rigor mas cruel, ſuele la laſtima hacerſe tal vez lugar. Aunque lo ſabia, en fin, lo diſsimulaba, que no todo ſe ha de vèr, ſi à todos ſe ha de agradar. Y por no diſguſtar à mi Caſilda, me hacia deſentendido, haſta que en cierta ocaſion me cogiò el chiſme tan deſazonado, que por reñirla mui bien, ſi hallaba ſer el caſo verdad, me hice eſpia de ella miſma, aſſechando las acciones, y los paſſos. Cogila caſi en la puerta de los calabozos con la falda proveida de ſuſtento para aquellos miſerables, ſegun contaron deſpues, porque yo no lo vì. Preguntèla, què llevaba? Y ſin turbaſe del ſuſtento, me reſpondiò, que unas roſas. Rara maravilla! Deſcogiò la falda, y moſtròme arracimadas flores, lo que ſupe era manjar.

Tan admirada, como yo ſuſpenſo, quedò Caſilda al milagro. Yo ſuſpendì mi enojo, imaginando las roſas verdaderas, ella avivo mas ſu Fè al vèr obrado el prodigio, yo me dì por engañado, y ella con el deſengaño quedò mas charitativa. Advertida deſde entonces, mas atenta à la piedad, mas dada al recogimiento, atareada al trabajo, negada à la diverſion, virtudes en una doncella dignas de toda loa. Un penoſo achaque, un fluxo de ſangre, la afligia, y moleſtaba, ſin que baſtaſſen curas al remedio. Tuvo una revelacion, ſegun me contò un dia con algunas lagrimas, que el baño del lago de San Vicente, que eſtà en tierra de Brivieſca, le havia de dàr ſalud, yendo à bañarſe en èl. Communicòme eſto algunas veces, y mas quando le apretaba la dolencia. Y yo, con el deſeo de verla ſana, dexandome vencer de ſus ruegos, quiſe darla guſto, fiado del amiſtad eſtrecha, que tenia ya travada con Don Fernando tu padre: que eſto, y no otra coſa, me moviera à arrojarme à lo que hice. Cargada de algunos dones, y con carta mia ſe la enviè a ſu Reino, para que hicieſſe curarla con el miſmo cuidado, que à hija propria. Tuve reſpueſta del Rey, tan cortès, y comedida, como yo fiaba de ſu gran nobleza. Cobrò Caſilda ſalud, bañandoſe en aquel lago, y quando yo la eſpe-

raba para mi alivio, y consuelo, me escribiò resuelta su determinacion, y el camino que havia tomado para salvarse. Hizose, en fin, Christiana, recibiendo el Baptismo con una Fè increìble, y junto al mismo lago mandò fabricar una pequeña Hermita, donde olvidada su patria, su regalo, y mi grandeza, passò vida penitente muchos años. Assi me lo escribiò tu padre, excusandose conmigo tener parte en la obra, atribuyendolo solo à inspiracion del Cielo. Todos me lo han dicho assi, engrandeciendo, y loando su virtud, y santidad. Y porque en esta materia es forzoso que sepas mas que yo puedo decirte, como cosa que ha passado allà en tu tierra, no alargo mi discurso, antes te ruego me hagas relacion de Zaida, que aunque tengo de ella algunas noticias, no son tan por entero, como podràs referirme.

Historia de Zaida, llamada Doña Isabel, hija de el Rey Moro de Sevilla.

Concluyò la platica el Rey Moro, algo tierno de dolor, y Don Alonso entonces, correspondiendo cortès, le refiriò su historia desta suerte: Benavet, Rey de Sevilla, à quien por vuestras diferencias conoces mui bien, tuvo por hija à la hermosa Zaida, tan dotada en gracias, y de asseos, quanto hermoseada de virtudes, prendas, que en una doncella son el mas precioso esmalte. Desde sus años tiernos mostrò afecto grande à la Religion Christiana, socorriendo à las parejas con Casilda en amparar los captivos, y socorrerlos en sus necessidades. Deseaba baptizarse, y el paternal respecto la estorvaba descubrir su voluntad. Pero Dios, que à quien llama para suyo, le abre el mas cerrado puerto, descubriò camino, por donde lograsse Zaida sus deseos. Sucediò, que el Rey mi padre, haviendo reedificado la Iglesia de Leon, y queriendo, para darla lustre, juntar en ella cuerpos, y reliquias de muchos Santos, procurò aver de Sevilla el de la inclyta Martyr Santa Justa, aquella Alfaharera, que à labrar vasos de barro, ganò thesoros eternos. Y conociendo, que por dadivas ningunas, ni por precios quantiosos, se havia de negociar con Benavet, valiòse de una traza, que fue moverle guerra, y apretarle de modo, que se lograsse su intento, que por torcedores, y mas tan apretados como este, se suelen traher à la melena cosas mui dificiles. Por aquella parte de Lusitania se entrò haciendo tala à los campos Andaluces, saqueando muchos Pueblos, y tomando otros. Yo, que entonces comenzaba à ensayarme en la Milicia, con gana de señalarme en algun hecho, le dì vista à Sevilla con no mal golpe de gente, que iban à mi orden. Temiò el Moro mi ossadia, sobre lo atemorizado de los malos tratamientos, y ayudòse de mi para pedir las paces,

ces. Hizole à mi padre un rico presente, con ofertas muchas, y yo, que à ruegos humildes, soi piadoso, acudi tambien con mi intercession. Solo sacamos por partido, el havernos de dàr el cuerpo de la Santa, que era el fin principal que nos moviò à la guerra. Vino Benavet en ello, con que se sentò la paz, y quedamos de entonces mui amigos, que aunque no se consiguiò el que se llevasse el cuerpo de Santa Justa, en trueque del qual, por aviso celestial, se llevò el de San Isidoro, que se venera en Leon, siendo advocacion suya aquella Iglesia, no por esto se quebrantò la amistad que alli juramos; que no teniendo el Moro culpa, y siendo juicio del Cielo aquella disposicion, fuera agravio conocido faltar à la fee jurada. Con esta causa, pues, de sacar de Sevilla el cuerpo de San Isidoro, se avivò en el pecho de la hermosa Zaida su Catholico deseo. Ayudò el Cielo con una revelacion, con que resuelta un dia, quitando las ataduras al temor, y los candados à la lengua, le dixo al Rey su padre su voluntad desnuda, de que queria ser Christiana, porque quando Dios con aldavadas al alma la estaba llamando siempre, que en especial se le havia aparecido San Isidoro una noche, acompañado de luces, cercado de resplandores, y vestido de gloria, y con palabras regaladas la havia dicho, que no resistiesse tanto à inspiraciones divinas, sino que executasse aquel santo proposito, q̃ ella lo havia excusado, por no darle pesar; pero que ya no podia dexar de descubrirse, que le ayudasse à ello, y no se lo estorvasse, porque seria cortarle à su vida el hilo. Añadiò à esto sus pocas de lagrimas, que en muger hermosa, y que las derrama à tiempo, suelen ser perlas, que compran lo que quieren. Lastimado el Moro de vèrla enternecida, enterneciòle tambien viendola llorosa. Amabala infinito, no quisiera disgustarla. Temia por otra parte la indignacion de los suyos. Lo que en Zaida le tiraba la aficion, le hacia contra peso su temor, y miedo: Perplexo en estas dudas, no sabia què camino se tomasse. Es bien entendido Benavet, comenzò à buscar arbitrios, y vino à dàr en una traza, tan digna de su ingenio, quanto merecedora de estimarse. Escribiòme una carta, fiado en nuestra amistad, y dixome en ella la resolucion de su hija, de querer ser Christiana, que èl à cara descubierta, no podia venir en ello, que lo que podia hacer era, dàr permission, que captivassen à Zaida, y que assi captiva, mudasse de Religion, que para esto, con formado campo, volviesse yo à hacer la guerra, tomando el achaque que eligiesse mas honesto; que caminasse mui secreto, y à la sorda, hasta ponerme cerca de Sevilla,

lla, y que en un pueblo de aquellos, con son de salir à caza, y à divertirse en el campo, tendria puesta la Infanta, que el gustaba mucho de hacerla mi captiva, y que à mi papre, y à mis nos la encargaba. Quien pensàra tal de un Moro? Tan captivo me tiene esta fineza, que no sè con que pagarla las veces que me acuerdo: ojalà se mude mi fortuna, y en thalamo Real la vea Reina à la que supo por Christo andar tan fina, para que vea Benavet lo que una Infanta Mora interesa en ser Christiana! Mas vamos à nuestro cuento. Sin reparos, ni consultas (que hasta en esto ayudò el Cielo) no descubrì el designio sino à mi padre solo, marchè con mi gente la vuelta de Sevilla. Hasta allà no hice sonada de guerra. Reconocì las señas que Benavet me havia dado. Cerquè à Zaida en una aldea, pusose luego en mis manos, aunque no sè quien captivò à quien, segun me mirè rendido à su hermosura. Sin hacer daño alguno, ni procurar otra pressa, volvì con ella a Castilla. El Rey Moro formò sus sentimientos, hizo la deshecha, saliendo con sus Tropas en mi busca. No pudo, ò no quiso alcanzarme, con que logrado el intento, no mas suyo, que de todos, se quedò consolada. Llevè à Zaida à Leon, ya porque ella quiso pagar al Santo la visita que en Sevilla la hizo en sueños, ya porque yo, como à Reino, que al fin vino à tocarme, tuve siempre particular afecto à aquella Ciudad. En aquella Santa Iglesia, con festivo aplauso, con cèlebre pompa, con regocijos grandes recibiò Zaida el Santo Baptismo con el nombre de Maria, è Isabèl, que no es nuevo en Baptismos de señoras grandes, el darlas dos, y tres nombres, si bien suele nacer desto la equivocacion de los que cuentan el caso.

Yà Christiana Zaida, comenzò con mejor titulo à enseñorearse mas de mi voluntad. Dì en galantearla à lo Principe, esto es, con recato, no con publicas sonadas de galantèo, siendo la llama de mi amor mas viva, quanto mas rebozada en dissimulos. No se hizo Zaida esquiva al trato honesto, antes correspondiendo amorosa, me diò en su pecho toda la entrada que quise, causa que vino à ser hallarme tan prendado en sus amores, que à no tener en la sazon empeñada mi palabra con Doña Inès, me casàra con ella, pues tiene parte Zaida merecedora de qualquier grandeza. Pero anublòse presto toda esta bonanza, con la muerte de mi padre, y con las desgracias, que me han sobrevenido, despojado de mi Reino, sujeto à merced ajena, y casi privado de mi libertad; mas no pueden ser bastantes todos estos trabajos è

è infortunios, para poner en olvido obligaciones de la bella Zaida, cuyos recuerdos, las veces que los doi rienda, me lastiman, y me afligen. Sirvate, pues, de alivio mi cuidado, y no llores à Casilda, que pisa estrados de estrellas, que no ha de ser menos tu valor, que el de Benavet, en gustar que una hija sea Christiana: olvida estas memorias, ò pautalas por las mias, con que tendràs consuelo.

Con estas, ò semejantes conversaciones, es cierto se divertian Don Alonso, y el Rey Moro, que para aliviar à un triste, no hai mejor remedio que la diversion. Lo que se piensa en otra cosa, se ahorra de cuidado. Estàr cavando siempre en una pena, es matarse. En otra ocasion cuentan tambien, que estando en la misma huerta recreandose una tarde, se quedò adormecido Don Alonso, brindado de la frescura, ò del bullicioso zefiro, que soplando en la alameda, parece llamaba al sueño con dulce ruido. Guardabale el Rey el sueño con otros Moros graves, que los assistian, y recostados tambien entre las sombras, comenzaron à hablar de cosas varias. Contemplaban desde alli el inexpugnable sitio de Toledo, cuyas torres, y murallas tan fuertes, quanto hermosas, eran emulacion à los mas empinados edificios. Miraba su fortaleza con la soberbia cava, que le forma el Tajo, pues la ciñe casi toda con sus aguas, por donde à veces con barcos puede ser socorrida de sustento de mui lexos. Decian unos, y afirmaban otros, ser imposible conquistarse aquella Ciudad por assaltos, ni por fuerzas. A lo qual replicò uno de los que mas sabian, y dixo: Concedo en lo que decis; pero yo hallo un camino solo por donde pudiera tomarse; y es, con tenerla cercada siete años continuados, talandole en cada uno los campos, y las miesses, porque faltandola el sustento, y no teniendo de donde ser socorrida, era forzoso rendirse, y entregarse. Oyò esto Don Alonso, ò porque del todo no dormia, ò porque acaso iba à despertar entonces. No quiso empero mostrarse recordado, por evitarles sospechas. Haciendo del dormido, gustò mucho de oìr aquella conversacion, y que mui atento la encomendò à la memoria.

Reparo el Rey Moro, y todos repararon (si hemos de seguir lo que muchos dicen) en si havria Don Alonso oido, ò no aquella platica. Culparon su descuido, y con harta desazon quedaron sobresaltados. Mas para salir de duda, dieron esta traza, que le echassen en la mano plomo derretido, al modo de burla, y si al tenderle el brazo la tuviesse queda (siendo accion-

cion tan natural el retirarla al peligro) ſeria ſeñal cierta, que dormia; y que ſi la encogia, ò retiraba, era evidente el eſtàr deſpierto, y que en eſte caſo ſeria bien matarle, para que en ningun tiempo pudieſſe con las armas del arbitrio, que le havian dado, venir à deſtruirlos, y à echarlos de ſus caſas. Andan ahora varios aqui los Hiſtoriadores. Cuentan unos, que ſe executò la traza, y que le echaron en la mano à Don Alonſo derretido el plomo, y que le llamaron por eſto, el de la mano horadada. Dicen otros, que eſto es fabula, y hablilla de las que urde el vulgo, y alegan para ello, què donde havian de tener alli tan à la mano el plomo derretido; y como à dolor tan grave, y à burla tan peſada havia de correſponder el diſsimulo? Para concordar, pues, eſtas opiniones, y no conceder, ni negar del todo lo uno, ni lo otro, podèmos dàr un corte, y decir (y caſi pudo ſer eſto) que en realidad de verdad no le echaron el plomo; eſto es, no ſe llegò al efecto, pues para la traza de ſaber ſi dormia, no era neceſſario el golpe; pero el que hiciera la deſecha, no admite impoſsible, pues baſtaba la amenaza para ſalir de ſu duda, ſiendo aſsi, que no pretendian otra coſa. Y pudo ſer, que el concertar la traza, fueſſe con palabras tan ſecretas, que no las percibieſſe Don Alonſo, por deſpierto que eſtuvieſſe. El venir ya en ello ſeria hablando de modo, que pudieſſe oìrlo, ſi acaſo no dormia, y retiraſſe la mano à la amenaza. Como ſucedieſſe, pues, que llegaſſen denodados, diciendoſe à modo de chacota: Ola, Don Alonſo ſe ha dormido, hagamosle una burla: echemosle en la mano de eſte plomo derretido, veamos ſi lo ſufre, ò lo que hace. Don Alonſo entonces, quizà creyendolo por verdad, al deſcogerle la mano la tuvo queda con valor notable, ya fueſſe por no dàr à entender que eſtaba recordado, ya por no moſtrar flaqueza. Viendole, pues, los Moros immovil el brazo al amenazado tiro, quedaron mui ſatisfechos que dormia. Y por quanto Don Alonſo ſufriò el golpe, en el afecto, pudo con razon llamarſe el de la mano horadada. Los que niegan el hecho, dicen, que eſte apellido le vino por ſu franqueza, por ſer mui liberal, y manirroto. Cada uno podrà acomodarle el credito à ſu guſto.

Mientras paſſaban eſtas coſas en Toledo, apretaba el Rey Don Sancho el cerco de Zamora, dandola muchos aſſaltos, que no contento con haver deſpojado à ſus dos hermanos de los Reinos, que les dexò ſu padre, revolviò la guerra contra las Infantas ſus hermanas, por quitarlas tambien à Toro, y a Zamora. Bar-

bara demasia, en un Rey Christiano, y que le acarreò el castigo merecido! Tyranias, y contra sangre propria, siempre pàran en fines desastrados. Fue el caso, que hallandose Doña Urraca afligida, y temerosa del aprieto en que ya miraba su Ciudad, desmayando los animos à vista de la necessidad, hambre, y peligro, llegòse à ella resuelto un Ciudadano mañoso, atrevido, astuto, llamado Vellido Dolfos, y dixola, que le daria, y libraria à Zamora de aquel cerco. La Infanta, que ignoraba su designio, por una parte lo juzgò temeridad, por otra le hizo ofertas, fiando en alguna industria, que en la guerra à campos grandes, los desbarata un ardid. Saliò, pues, Vellido de Zamora, y aun dicen, que hablando muchas libertades contra la misma Infanta, y contra Arias Gonzalo, à causa de hacer bien la deshecha de que salia huyendo, y que se iba à amparar de los Reales. Como le vieron salir de aquella suerte, y en seguimiento suyo los hijos de Arias, ganosos de acabar con èl, dieronle acogida. Pidiò por el Rey Don Sancho, y puesto en su presencia, comenzò à decir mil males de los Zamoranos, alegando su teson, y rebeldia en no rendirse à quien era de derecho su Rey, y señor. Añadiò à esto, que por haverles èl aconsejado lo que les estaba bien, y era tan justo, havian querido matarle, por cuya causa se havia escapado huyendo; pero que en venganza de aquel ultrage havia de avasallarlos, y rendirlos, con mostrar una parte secreta desmantelada del muro, por donde con mucha facilidad podia la Ciudad ser entrada, y combatida.

Rindese à un engaño facilmente la innocencia, aunque es de hombres faciles dexarse engañar con debiles fundamentos. Como si fueran de un Angel las palabras de Vellido, las abrazò el Rey Don Sancho, sin persuadirse à genero de traicion, aunque desde el muro de Zamora daban hartos avisos con destempladas voces: Nada bastò, para que no hiciesse el Rey mucha confianza de aquel hombre engañoso, en tanto grado, que acompañado solo con èl, saliò un dia passeandose, para que le mostrasse la rotura de la muralla, que le havia dicho. La codicia le cegaba la razon, y ella misma le llevò al precipicio, porque haviendose el Rey apeado del caballo à cierta necessidad, el traidor Vellido le tirò un venablo, con que le atravesò el cuerpo de parte à parte; alevosia la mas rara que se viò en Castilla, y muerte de un Rey, la mas lastimosa que viò España: mas como cantò un Lyrico, el morir de aquella suerte, fue señal que no andaba en buenos passos. No

su-

ſuceden acaſo las deſgracias, pues ſuele permitirlas el Cielo por caſtigos. Revolcado en ſu ſangre ſe mira el Rey Don Sancho, y por no atajarle las breves horas de vida, le aſierran el venablo por las dos partes. A eſto acudieron los mas de los ſuyos a viſta del fracaſo, mientras otros, en eſpecial el Cid, ſeguian deſapoderadamente al matador, que al fin, ſe ſalvò por pies, y entrandoſe en la Ciudad, diò cauſa a todas ſoſpechas. La confuſion, y traſiego de coſas fue notable. Los Soldados de Leon, y de Galicia, que al fin eſtaban violentos, y llevaban mal las empreſſas del Rey muerto, deſampararon al punto las Banderas, y ſe fueron a ſus caſas. Los Caſtellanos, como vaſſallos, en fin, parte de ellos llevaron al Rey difunto a ſepultar al Monaſterio de Oña, donde con mas ſentimiento, que aparato, celebraron las exequias, y la mayor parte quedaron ſobre Zamora reſueltos de hacerla a fuego, y a ſangre, nueva Troya, en venganza de aquella traicion. Quien tomò el caſo mas a pechos, fue Don Diego Ordoñez de Lara, a quien eſta familia iluſtre reconoce feudos en pago de los blaſones, con que la ennobleciò mas por eſta hazaña. Eſte Caballero, pues, joven brioſo, y de grandes fuerzas, armado de todas armas, y pueſto a caballo, ſe preſentò delante de la Ciudad, y deſde un lugar alto, que le pudieſſen oir, retò a los Zamoranos de traidores, haciendolos participes del caſo lamentable. Fulminò contra ellos amenazas terribles, a lo qual los Ciudadanos entre el miedo, y la verguenza, no oſſaban ſatisfacer. No ſe tenian por culpados, y la cobardia hacia que lo parecieſſen. No lo pudo ſufrir Arias Gonzalo, aunque le excuſaba ya ſu mucha edad, que en pechos nobles pueden los años eſtragar las fuerzas, mas no quitar los brios, y el valor. Saliò, pues, a la demanda, y ofreciòſe con ſus hijos al deſafio, por librar a ſu patria de aquella nota, y disfame. Era coſtumbre en Caſtilla, que quien retaſſe a alguna Ciudad de aleve, mantuvieſſe campo con cinco cada uno de por sì, y venciendolos a todos, quedaſſe probada ſu intencion; pero quedando vencido por alguno de ellos, ſe dieſſe la Ciudad por libre de aquella infamia. Segun eſte fuero ſe aceptò el deſafio; mas en tanto que ſe nombran Jueces, y ſe viene a la lid, volvamos a Don Alonſo.

Sabido, que fue en Toledo el cerco de Zamora, coſtaba no pequeños cuidados, aſsi al Rey Moro, como a Don Alonſo; eſte ſintiendo la cuita de ſu hermana, y aquel temeroſo de alguna revuelta. Cuidadoſo, pues, del ſuceſſo de aquella guerra, y de las mu-

mudanzas que podian de ella originarse, hacian cada uno, sin que el otro lo supiesse, apretadas diligencias. El Moro tenia derramadas sus espias entre los Christianos, que cada dia le acudian con nuevas de todo lo que iba sucediendo. Peranzules de parte de Don Alonso, salia con son de caza los mas dias de Toledo a informarse de los caminantes, y a la espia de los Moros, que podia haver a las manos, le apartaba del camino, y le mataba. Mas no bastò este cuidado, para que dexasse el Moro de saber primero la muerte del Rey Don Sancho. Callabala recatado, y temeroso, que aunque parece que debiera holgarse, que heredasse su huesped la Corona, no quisiera con todo vèrle ya mas poderoso que èl. Supo tambien la nueva Peranzules de un peon, que a toda prissa despachaba Doña Urraca a su hermano Don Alonso, con una carta cifrada, por lo que pudiesse suceder, si la tomasse alguno. Tomòla Peranzules, y despachando al proprio, volviòse a la Ciudad, y contòle a Don Alonso lo que havia oìdo. Abrieron la carta, y vieron que decia:

Carta de la Infanta Doña Urraca, al Rey Don Alonso su hermano.

No hai en esta vida cumplido contento, ni placer, que no sea mezclado de algun pesar. A la mayor alegria, hace lado la tristeza. Assi nos ha sucedido. A Don Sancho ha dado muerte un traidor, y me pesa que sea Zamorano, por el disfame que yà estamos temiendo. Muerte ha sido merecida por su ambicion, y codicia, y por tantos agravios como à todos nos ha hecho; pero, en fin, era nuestro hermano, y es forzoso que sienta la sangre propria su desgracia, y mas tan lastimosa. Sabe el Cielo, hermano Don Alonso, que siempre han sido mis continuas suplicas, que heredasses la Corona por el afecto grande que siempre te he tenido. Hoi la tienes yà en tu mano, si sabes grangearla con partirte al punto, y venir à ganar las voluntades de los que estàn desabridos. El cerco de esta Ciudad se està en pie todavia por los Castellanos, que nos retan de aleves. Es el principal Don Diego Ordoñez, que al passo que leal anda temerario. Temo, que se ha de llegar à rompimiento, y assi importa tu presencia, para atajar estos daños, y reducir à paz las dissensiones. En la tardanza està el peligro. La diligencia es madre de la ventura. Gastar tiempo en demandas, y respuestas, es aventurarlo todo, y aun perderlo. No tengo que advertir mas à quien entiende. Dios te guarde.

De notable confusion se hallò rodeado Don Alonso al golpe de unas nuevas. Pesar, y alborozo, tristeza, y alegria batallaban en el pecho de poder à poder: fuerte pension de las personas gran-

grandes, al heredar laureles, han de passar por el golfo de muertes, y pesares! Lagrimas sacò el dolor, y el gozo huvo de enjugarlas. El deseo de la herencia comenzò à calzar espuelas, y el miedo, que el Rey Moro lo estorvasse, puso muro de cuidados. Fiarse de un Pagano, y en caso semejante, parecia recia cosa: irse sin despedirse dèl, sonaba a descortesia, y era ingratitud. Del pedir licencia, podia seguirse mucho daño: del no pedirla, causarse justa quexa. En aquello se amenazaba un riesgo, y en esto se daba causa à un peligro. Què mas perplexidad, ni què confusion mayor podian guerrear à un pecho? Peranzules echaba de los dos males por el menos peligroso, aconsejaba, que sin descubrirse saliessen de Toledo. Don Alonso, entre los dos caminos, se enderezaba por el mas honesto, de darle parte al Moro. Esto, al cabo de porfias, vino à prevalecer, aunque el Historiador de Tuy siente lo contrario, si bien pudo haver de todo, captar primero la vènia, y huir despues los lances. Contòle, pues, à Almenon lo que passaba, y con suplicas corteses, al modo que si estuviera su libertad captiva, y en manos de aquel Barbaro, le pidiò licencia para ir à tomar la possession del Reino, à que le llamaban; dixole, como sin ella no havia querido partirse, por no parecer ingrato à las cortesias, y mercedes que havia recibido, que con Corona, ò sin ella, estaria sujeto siempre à su voluntad, y gusto. Venciòse el Barbaro con estas cortesias, estimò como era justo esta lealtad. Mostrò holgarse mucho, de que le ofreciessen la Corona, y de que le huviesse dado parte de ello, pues conocia en esso su fineza, porque partirse de otra suerte, y sin despedirse, lo tuviera por agravio, y huviera sido estrivo de mucha pesadumbre, por quanto èl, que yà estaba noticioso de la nueva, le tenia tomados todos los passos, y puestas guardas en los caminos, para que no se escapasse. Que no queria estorvarle lo que le daba su suerte, que fuesse en buen hora à gozar del Reino que solo le ofrecian, y llevasse para ello el dinero que quisiesse. Que de nuevo para seguridad de sus tratadas amistades, gustaria, que de nuevo le volviesse à hacer el juramento de ser toda la vida amigo suyo, y de Hisen su hijo, que puesto Dios por Juez, y por testigo de aquel trato, quedaria satisfecho, que jamàs se romperia la fee, ni faltaria la palabra. Correspondiò Don Alonso mui bizarro à lo que el Moro pedia. Diòle en todo gusto, y apercibiò su viaje; pero al passo que èl daba mas prisa, andaba el Moro con mas tibieza. Sospechòse alguna mudanza, y temiòse ya algun ries-

Don Lucas Obispo de Tuy, en su historia de España.

rieſgo, que como de quien no tiene fee hai mui poco que fiar, receláan no huvieſſe alguna zalagarda en aquellas dilaciones; y aqui puede entrar lo que dice el de Tuy, que temiendo Peranzules alguna maldad, le accelerò à Don Alonſo la ſalida, ſin que nadie lo entendieſſe, que fue en eſta manera. Previno poſtas por medio de ſus ardides: diòles las ſeñas donde havian de acudir, y ſeñalòles la hora. Eſto aſsi aprestado, una noche, que envuelta en obſcuridades, ſe ſepultaba en ſilencios, ſe ſalieron de ſus caſas Don Alonſo, y Peranzules, tan ſecretos, y tan ſolos, que aun no llevaron criados, que en tales ocaſiones ſuele la compañia ſer dañoſa: mientras menos tropa, menos ruido, y mas ſeguridad. Enderezaron los paſſos à la puerta del Cambron, bien nombrada, y mas por eſte hecho. Suben al Adarve, por donde la induſtria, y la diligencia les diò paſſo, y de alli, con unas cuerdas que llevaban prevenidas, ſe fueron deſcolgando poco à poco, ayudandole primero Peranzules à Don Alonſo, à ley de buen amigo, y vaſſallo, que aunque viejo, era bravo ſu valor, valiente el brio. Los que eſperaban de à fuera, los recibieron gozoſos, y montando todos en mui buenos caballos, ſe hicieron al camino à toda diligencia.

Aſsi acabò D. Alonſo ſu deſtierro, aſsi ſu perſecucion, aſsi ſu adverſa fortuna. Caſi al modo miſmo, que David del preſidio de Moab, y no con menos temores, eſcapò de Toledo; pero fue yà, en fin, para empuñar el Cetro, y ceñirſe la Corona. Fueſſe à Zamora derecho a verſe con ſu hermana, madre en las obras, y afecto, pues en todas ſus adverſidades fue quien mirò por èl ſiempre. Llegò en ocaſion, que en confuſos pareceres andaba revuelto el Campo del Rey difunto, ſobre el deſafio de Don Diego Ordoñez, que como ya diximos, ſe apreſtò à mantener batalla con los cinco nombrados Zamoranos, que fueron Arias Gonzalo, y ſus hijos. Como ſucedieſſe, pues, que entrados en el palenque huvieſſe muerto D. Diego à ſus tres hijos de Arias, y de una herida que diò el ultimo a ſu cabal1o, le huvieſſe ſacado fuera de la palizada, y que por ſalir della, ſegun el fuero, quedaba por vencido, y perdidolo, y el alegaſſe haver ſido culpa del caballo, mas no ſuya, y los otros replicaſſen lo contrario, de que naciò una confuſion notable, diſſenſion entre los Jueces, grita, voces, y alborotos. Unos dando à Zamora por libre, y otros à Don Diego por vencedor. Debate fue tan notable, que ſe quedò ſiempre con mil amagos de duda; pero con la preſencia de Don Alonſo, comenzaron las co-

La cõquiſta de Toledo ſe comẽzó deſpues de muertos el Rey Almenon, è Hiſen ſu hijo mayor, cõ q̃ ſe cũplio el omenage que hizo D. Alonſo.

fas à ſazonarſe. Venciò lo dificultoſo con el agaſajo, y con el ſufrimiento, que todo eſto es meneſter para grangear vaſſallos. Llamòſe Rey de Caſtilla, de Galicia, y de Leon. Fue Principe mui feliz deſpues de tanto deſtierro. Hizo coſas ſeñaladas, introduxo en Caſtilla el Miſſal Romano, ganò à la Imperial Toledo, que quando no huviera hecho mas que eſtas dos coſas, baſtaba à darle el laurel de eſclarecido. Llamòſe Emperador de Eſpaña, aunque no ſe ſabe con què titulo. Fue feliz en matrimonios, pues entre ſeis mugeres (que no fue el menor vencimiento.) En dexar ſucesſion fue deſgraciado, pues quedò por heredera la Princeſa Doña Urraca, que huvo en ſu ſegunda muger Doña Conſtanza, ſeñora que diò harto que decir con ſu poco recato, aunque ſe le pueda perdonar alguna coſa, por el buen ſuceſſor que dexò al Reino en Don Alonſo, famoſo imitador de las virtudes, y hazañas de ſu avuelo. En Zaida, hija del Rey Moro de Sevilla, con quien casò la tercera vez, vencido de ſus amores, tuvo el Principe Don Sancho, quien heredàra la Corona, ſi al tiempo que comenzaba à florecer en bizarrias, no le deshojàra el cierzo de una deſgracia, que le cortò la vida en la batalla de Uclès. Viviò ſetenta y nueve años, haviendo reinado los quarenta y tres. Falleciò en Toledo un Jueves primero de Julio, año de mil ciento y nueve. Fue llorada ſu muerte haſta de las miſmas piedras (rara marabilla!) como dieron teſtimonio las loſas de la peana del Altar de San Iſidro de Leon, pues ocho dias continuos antes de la muerte de eſte Principe manaron agua en abundancia, no por las juntas, ſino por el medio, coſa que causò terror à quantos lo vieron, y que fue prognoſtico del lloro general de toda Eſpaña, como lo manifeſtaron bien las deſdichas, y revueltas que ſe ſiguieron. Baſte lo dicho para nueſtro aſſumpto, y à imitacion de Principe tan grande, ſepa el prudente, cada uno en ſu eſphera, tolerar trabajos, y ſufrir perſecuciones: que à quien paciente los ſufre, ſabe el Cielo trocarlos en laureles. Y quando no ſea en los deſta vida, nunca faltan los eternos.

EXEMPLO III.

SI hai algun triſte, que ya por ſu deſgracia, ò ya por ſus delitos ſe mira rodeado de priſiones, encerrado entre paredes, ajeno de libertad, ſi al ſon de la cadena, y al compàs de los grillos quiere cantar ſus cuitas, ò aliviarlas quiere, ponga los ojos

de

de la consideracion en un Rey aprissionado, no de Barbaros captivo, sino de sus hermanos presso, que no contentos con haverle quitado el Reino, que le diò su padre, le privan de la libertad en un Castillo. El Principe Don Garcia, es de quien hablamos, hijo del famoso Rey Don Fernando, y hermano de Don Sancho, à quien matò Vellido, y de Don Alonso el Sexto, de quien poco ha hicimos mencion. Tocòle à Don Garcia por el testamento de su padre, el Reino de Galicia, que le gozò con quietud mientras viviò su madre la Reina Doña Sancha, cuya santidad refrenò los impulsos de Don Sancho, que lo queria todo, que un padre quando es bueno, vence cosas grandes. Apenas, pues, faltò este muro, quando Don Sancho feroz comenzò à guerrear à los hermanos. Quitò el Reino à Don Alonso, y luego embistiò à Don Garcia, que por estàr mal quisto con los suyos, dividido su Reino en parcialidades, causa de su mal gobierno (que esto es de ordinario lo que acarrea a los Reyes desventuras) se saliò como huyendo de Galicia con solos trecientos Soldados, que quisieron seguirle. Accogiòse à Portugal à valerse de los Moros, siguiendo en esto las pisadas de su hermano, que ya entonces estaba en la proteccion del Rey Moro de Toledo. Bravo rigor, que obligue la fortuna à ampararse de Paganos! Con muchos ruegos pidiò le favoreciessen, representando yà amistades de su padre, ya proprios interesses. Haciales grandes ofertas de lo que estaba por ganar. Los Moros, que eran sagaces, hicieron poco caso de quien iba tan de capa caida, que esto de pedir, y mas à pechos tyranos, es odioso por lo pobre.

Oyeron, pues, la peticion de Don Garcia, y sin andar en muchas consultas le respondieron hinchados, que no querian poner sus cosas al juego de la fortuna, quando les dexaban vivir en paz, y mas por favorecer à un Rey, que no supo conservarse con sus vassallos mismos, en que parece llevaban ya el azar por delante, que les pesaba de su desgracia, de su mal, y de su disgusto; pero que no podian remediarle. Ai se llega à pedir a las puertas de un Christiano, y à veces suele dàr con ellas en los ojos; miren, què harà un Moro à un Christiano que le pide!

Con este despacho, yà puede colegirse del modo que quedaria un Rey, corrido, y lastimado. No desmayò con todo, que la necesidad suele tambien hacer animosos, y sufridos. De Pueblo en Pueblo, y de Ciudad en Ciudad llegò la gente que pudo, de ellos Christianos, de ellos Moros, unos por estàr desabridos con

Don Sancho, otros por codicia del interès, si acaso vencian. Llegò, en fin, tan gruesso trozo de gente, que rompiò animoso por sus mismas tierras, tomando à yerro los Pueblos que no se le daban à partido. Don Sancho, que no se descuidaba, le saliò à los encuentros, y junto à Santaren se dieron la batalla: bien renida de ambas partes, pero mui infeliz para Don Garcia; pues entre el estrago sangriento, que mirò en los suyos, se viò tambien prisionero de su hermano, desastre que le cortò de todo punto el hilo à sus esperanzas. Al Castillo de Luna, Fortaleza conocida en Galicia, memorable por lo que siempre ha tenido de custodia de grandes personages, le llevaron presso, y alli al son de las prisiones, comenzò à sentir el rebès de su desgracia. Aunque las mudanzas de las cosas suelen acarrear mejor fortuna à los perseguidos, bastò poco la que sobrevino a Don Sancho en el Cerco de Zamora, para que el partido de Don Garcia se mejorasse; que en andando un hombre de mala con su suerte, aunque se le abra algun camino, en èl le vuelve à armar lazos. Con la muerte de Don Sancho tuvo modo Don Garcia para escaparse de la prision, ò la misma desgracia hizo la soltura. Como su natural era inquieto, temiò Don Alonso su hermano, que le hiciesse mal contraste en la Corona; y asi, antes que se rehiciesse de fuerzas, y Soldados, le enviò à llamar con son de paz. Tenia Don Garcia tanto de sencillo, como de revoltoso; y asi, creyendo con facilidad las buenas razones que le enviò à decir su hermano, se fue para èl bien confiado, y cierto, que havia de restituirle en su Reinado, pero engañòle su confianza, pues donde pensò hallar interès mayor, hallò segunda vez la pèrdida de su libertad. Volvieron à llevarle presso à la misma Fortaleza; y aunque fue la prision con mas regalo, y commodidad, sirviò poco para alivio de à quien privan de un Reino, que en regalos, y prisiones, es comer el pan con piedras. No tuvo mas desquite deste agravio, que vengarse con la lengua. Con mucha soltura hablaba quanto queria, cosa en que le culpan mucho; porque el hablar contra quien tiene el palo, y el mando, y mas puesto en carcel sin manos, ni pies, suele servir solamente de avivar la indignacion, para descargar mas golpes. No hai mejor remedio en casos semejantes, que saber ser sufrido, y si al callar llaman sabio en alguna ocasion, es en esta: pues muchas veces el silencio prudente venciò enojos de animos ensangrentados,

dos. Pero esto es aconsejar lo que conviene, no empero culpar del todo quexas justas, que no es un hombre bronce, para dexar de rebentar à extorsiones conocidas. Que se sufra un bandolero, quando harto de quitar vidas dà en un calabozo, es mucha razon, pues ya las deudas de sus delitos, son disculpa, y hacen contrapeso à los malos tratamientos. Calle, pues, este, y calle el otro homicida, y el otro facineroso, por mas hierros que les carguen, por mas grillos que les pongan; pero que brumen à un Rey, solo por serlo, ò porque le hizo su padre, que le encarcelen, y carguen de prisiones, y que no se haya de quexar, esso es bueno para un marmol, ò para algun Rey de bronce. Nadie se admire, que se quexe un innocente que se mira maltratado, y aunque rompa enfurecido las leyes de la modestia, nadie se espante, porque es fuerza del dolor, que envuelto en la pesadumbre, hace desgarros de loco. Aconsejar paciencia, es cosa santa tenerla, mucha prudencia, sufrir al que no la tiene, es charidad, y aun justicia.

Que marabilla que hable D. Garcia, y que se quexe tràs diez años de prision! Meta cada uno la mano en su pecho, y considere lo que hiciera à tales tratamientos. Diez años en una Torre, siempre en los pies los grillos, y en un Rey, è hijo de Reyes, es cosa para no hacerse à las quexas, quando otros remedios faltan? En vida lastimosa passò el curso de la vida. Unos dicen, que a lo ultimo se hizo à la penitencia, de que dà indicio bastante el no permitir jamas le quitassen las prisiones, aunque por orden del Rey Don Alonso su hermano, le convidaron mil veces con este alivio, y aun tal vez con la libertad, y no quiso aceptarlo, que un animo endurecido al mucho dolor, y hecho ya à los sentimientos, menosprecia despechado los alivios. Otros cuentan, que disgustado, y rabioso, y cansado de vivir de aquella suerte, se hizo desangrar, rotas las venas, que à tal desesperacion puede llegar una rabia. En fin, de una, ù otra suerte llegó al ultimo trance de la vida, y entre otras cosas que dispuso, mandò, que le enterrassen con los mismos grillos que tenia puestos. El mandato fue terrible, pero la execucion parece que fue cruel, pues dicen que le enterraron con ellos. Caso raro, que dudo se haya oido en las Historias! En S. Isidro de Leon le dieron la sepultura con cèlebre pompa, y magnificas exequias, hallandose en el entierro las Infantas sus hermanas, muchos Obispos, y Grandes, que ya que en vida se acordaron poco dèl, quisieron honrarle en muerte. buen consuelo para un difunto! Sobre su sepulchro pusieron un epitaphio, que dice assi:

Aqui descansa Don Garcia, Rey de Portugal, y Galicia, hijo del Rey Don Fernando el Magno, fue presso con arte de su hermano, y muriò en prisiones, año de mil y noventa, à veinte y dos de Marzo.

Este fue el fin desgraciado de este Principe, exemplo que puede ser à muchos afligidos, para tolerar pacientes rebeses de fortuna.

EXEMPLO IV.

SI consuelan las desgracias à un afligido, ò le alivian acaso en sus fatigas, ponganse los ojos en un desgraciado Rey, echado de su casa, y de su Reino, a quexas universales de sus vassallos mismos, que siendo Portuguesses, hacen mas sentido el caso, por lo que se precian de leales à sus Principes. Este fue el Rey Don Sancho de Portugal, à quien llamaron Capèlo, por la forma de sombrero con que le criò la Reina su madre en sus niñeces, y que debiò de continuar en adelante, que como el otro Emperador llamaron Caligula, por el calzado que usaba, assi Don Sancho tomò tambien el renombre de el sombrero extraordinario. Fue este Principe de condicion tan mansa, tan pacifica, y tan quieta, que esta misma bondad se tomò por achaque de los que estaban sentidos, para tirar à derribarle de la altura, y magestad; bien, que dandole otro nombre de floxedad, de descuidado, y de insuficiencia, que à ser de otra suerte, ya se descubriera ser passion, y no zelo lo que se objetaba. A baibenes como estos tan vidriosos està expuesto quien manda, y quien gobierna, por mas que se nazca Principe, y por mas que se vea ceñido de el laurèl. Si administra justicia, dicen, que es cruel, si no la guarda, le llaman descuidado: al castigo llaman rigor, y floxedad al dissimulo. En fin, la bondad de Don Sancho fue el obice para hacerle el tiro. La causa principal, fue rabiosa emulacion de los mal contentos. Naciò esta, de que queriendo el Rey tomar estado, algunos Caballeros mas de su gusto, no sin maña, y diligencias le inclinaron à Doña Mencia, hija de Don Lope de Haro, señor de Vizcaya. Efectuose con ella el casamiento, sin que bastassen à contrastarlo muchos Grandes de el Reino, que unos por casarle de su mano, para quedar validos, y otros para estarlo, no cansandole, hicieron gran pug-

pugnancia. La hermosura de Doña Mencia embelesò al Rey de modo, que la hizo dueño absoluto de todas sus acciones: ella gobernaba, ella daba los oficios, las honras, y los cargos: y como à favor de agradecida se señalasse siempre con los que fueron parte de su dicha, brotò llamas la emulacion de los contrarios. Aqui entrò llamar floxedad al dexar un Rey llevarse del gusto de su muger: aqui llamar descuido à su modo de gobierno: aqui objetarle, en fin, que estaba hechizado, como si para hacer desatinos un animo prendado del amor, necessita de bebidas.

Sintiendo, pues, los principales de el Reino, que una muger lo mandasse todo, y que olvidada de los mas ilustres, echasse siempre mano de hombres de menos porte; communicado entre todos el negocio, sacaron la cara para remediarlo. Intentaron dos caminos; uno para apartar à la Reina, sin que al Rey se le tocasse, como fue, proponer nulidad de el matrimonio, à causa del parentesco, que havia entre los dos, ò por ser ella esteril, en que verdaderamente (perdonenme estos Grandes) ya confessaron con modo tacito, que el Rey era capaz para el gobierno. Otro camino fue tirar à todo, dàr al Rey por inhabil, y clamar por substituto. Librenos Dios de animos conjurados, quando yà sin rebozo assestan los tiros, que por salir con la suya, à un Santo le tiran, quanto, y mas à un inocente; con que se disolviesse aquel matrimonio, dexaban al Rey en su buena opinion; mas no pudiendo, no se la perdonaban. Tentaron, pues, el vado el primer medio, despachando Embaxadores al Pontifice, y echandole al Rey personas Religiosas, que le hablassen, cargandole la conciencia con el escrupulo del deudo, que con la Reina tenia. El Pontifice, dado si hallò poca ropa para resolverse en negocio tan grave, dilataba la sentencia, aunque un Author Portugues dice, que promulgò con censura para que se apartassen. Caso que fuesse assi, passaria algun tiempo. El Rey se hallaba tan enamorado de su muger, que atropellò los escrupulos que le ponian. De suerte, que por este medio surtia poco efecto la negociacion, por lo qual, sentidos los Grandes, soltaron toda la pressa del encono, y echaron toda el agua à su ojadiza. Poderosos indignados, rara es la vez, que no salen con la suya.

Gobernaba ya la barca de San Pedro el Papa Innocencio IV. quando volvieron à despachar à Roma Embaxadores graves, como fueron los Obispos de Braga, y de Coimbra, para que infor-

massen à boca en el negocio, objetando nuevamente la insuficiencia de el Rey, su inhabilidad para gobierno, su floxedad en administrar justicia: causas que las juzgaban bastantes, para que se les sostituyesse nuevo Rey, y à èl le echassen del Reino, tanto mas por ser Don Alonso, hermano de Don Sancho, dotado de buenas partes, y que à falta del Rey heredaba la Corona. Este Don Alonso estaba casado en Francia con Matilde, Condesa de Boloña, con quien siendo despues Rey, correspondiò harto ingrato, pues vino à repudiarla por mejor partido, con la belleza, y pocos años de Doña Beatriz, hija del Rey de Castilla, que aun à la sangre Real se pega la ingratitud. A este, pues, propusieron para la Corona. Los esfuerzos, y diligencias fueron tales, tan fuertes los informes, que promulgò el Pontifice un decreto, para que gobernasse el Reino el Infante Don Alonso mientras Don Sancho viviesse, salvo, que no por esto se dexasse de tratar Don Sancho con la Mageslad Real, que hasta entonces; y que si tuviesse hijos, sucediessen en la Corona. Esto, y no mas se revocò del Pontifice, el que le echassen del Reino por ningun caso. Assi consta de un Capitulo del derecho, que comienza: *Grandi* en el titulo *de supplenda negligentia Prælatorum*, en el libro sexto de las Decretales, dirigidos à los Grandes de Portugal, bien practicado en materias de gobierno.

Mientras llegaba, ò no à Portugal esta sentencia, procuraron tambien los alborotados quitarle al Rey de los ojos la idolatrada de la Reina, causadora de todos sus disgustos. Abanderizò la pleve una persona ilustre, quando hallaron ocasion de hacer el hecho, y sin que pudiesse estorvarlo todo el poder del Rey, sacaron à la Reina de la Corte, y la llevaron à Castilla. Llegò casi al mismo tiempo D. Alonso, mas con humos de Rey, que de Gobernador, y con las ordenes del Pontifice, y con la voluntad prompta de los naturales, en especial de los nobles, y validos, se apoderò del gobierno; bien sea verdad, que muchas plazas se le hicieron fuertes, guardando fidelidad al Rey Don Sancho, el qual viendo el trafiego de cosas, por una parte amenazado con las censuras, por otra desamparado de los Grandes, las armas de Portugal opuestas entre si mismas, sin fuerzas para remediarlo, acordò salir huyendo del Reino, sin dàr lugar, que le echassen; que es prudencia en tales riesgos, tomar el desaire voluntario, si al cabo ha de ser forzoso. Afianzò su remedio en el amparo de Castilla, y juzgo le alcanzara, à no faltarle tan presto el Rey Don Fernando el Santo, que en

en los ultimos tercios de ſu edad deſcanſaba en Sevilla. Tengo eſto por mas cierto, ſegun ſe colige, de que con hija del Rey Don Alonſo de Caſtilla, llamada Doña Beatriz (de quien ya habiamos) casò el Rey Don Alonſo de Portugal, Gobernador ſolo entonces, para impedir, que el de Caſtilla ſocorrieſſe al deſterrado Don Sancho. Lo qual mal podia verificarſe, ſi eſta hiſtoria huviera sucedido en tiempo del Rey Don Fernando, y antes de la toma de Sevilla. En fin, Don Fernando, y Don Alonſo, Reyes de Caſtilla, ampararon en ſu Corte, que eſtaba en Toledo entonces, al deſterrado Rey: y ſi, como hemos dicho, la muerte de Don Fernando, por una parte, y por otra el caſamiento de Don Alonſo de Portugal con Doña Beatriz, no lo eſtorvaran, creo, que à fuerza de las armas le reſtituyeran à ſu Reino. No diò lugar ſu adverſa fortuna, que como ya le llevaba de caìda, le atajò por todas partes el remedio.

En Toledo, pues, le ſeñalò el Rey caſa con mageſtad, y grandeza, dandole de ſus rentas las baſtantes para ſuſtentarſe, y ſervirſe como Rey, que en eſto commutò el no darle ſocorro para ſer Rey en ſu tierra. La Reina Doña Mencia, ſu muger, dicen algunos, que vino a viſitarle à Toledo, para ayudarle à ſentir aquel deſaſtre, aunque mas ſeria para animarle à vengar aquella afrenta, que como muger varonil, y agraviada, no hai duda, sì que avivaria la llama del enojo, incitando à la venganza, y à ſoldar aquella quiebra. Otros dicen, y pienſo es lo mas cierto, que ella ſe eſtuvo en Galicia, y que el Rey arraſtrado de ſu amor, fue a paſſar con ella ſu deſtierro: y que de eſtas viſtas reſultò ir à Toledo à pedir ſocorro al Rey Don Alonſo, para recuperar ſu honor, y Eſtado. Lo uno, y otro pudo ſer en diverſos tiempos. El no ſalir mas de aquella Corte fue ſin duda. Alli paſsò lo que le reſto de vida, llevando ſu adverſidad con tanta paciencia, y ſufrimiento, que era admiracion à los mas ſufridos. Dioſe en exercitar en buenas obras, gaſtando las riquezas que sacò de ſu Reino, y el ſuperavit de la renta, que le daba el de Caſtilla, parte de ello en grueſſas limoſnas, y parte en Hoſpitales, y Templos: En eſto paſſo todo ſu cuidado, para ganar el Reino Celeſtial, deſpues que perdio el terreſtre, diligencia de Principe advertido, y que pudo deſmentir la objetada inſuficiencia; que Rey que ſabe ganar un Reino de los Cielos, habilidad tendria para un Reino temporal. Por apaſsionado me tendran de eſte buen Rey los que han juzgado juſto ſu deſtierro, y ſolo mi dicta-

men.

men me inclina à este rumbo, movido de compassion, que un Rey de Lusitania, que no perdiò de sus Estados plaza ninguna, antes agregò à Mertola, y otros Pueblos, quitandolos à los Moros en batalla que les diò, venga à ser casi el primero entre Christianos, quien sus vassallos mismos por tela de justicia, le priven de la Corona, y le obligan à que viva desterrado. Lastima es, que la hizo feliz el Cielo, por medio de sus auxilios, dando à Don Sancho paciencia en sus desdichas, con que ganò immortal fama.

Sean testimonios en su abono, haversele aparecido San Lazaro dos veces, y animado en sus trabajos, y dichole la hora de su muerte, que à quien cuida de los pobres, le consuela assi Dios por medio de sus Santos. Atestiguelo tambien la fidelidad de muchas plazas, que mientras viviò se mantuvieron por suyas, sin querer reconocer otro dueño, en especial Coimbra, à quien no pudieron doblegar hambres, ni assaltos. Cercada, y apretada mucho la tenia Don Alonso, quando el Rey Don Sancho falleciò en Toledo, y aunque la nueva cierta de su muerte era ya causa bastante para rendir las armas, y las cervices, à quien por derecho de la herencia era ya su Rey, con todo anduvo aqui tan fina la lealtad Portuguesa, que el Alcaide del Castillo, y Gobernador de la Ciudad, llamado Martin Freitas, ò Flectio, que llaman otros, no quiso assegurarse, ni rendirse con sola la nueva, menos que èl por sus ojos viesse difunto à su Rey, y assi pidiò por partido à Don Alonso, le dexasse ir à Toledo à satisfacerse. Vino Don Alonso en ello, y entre tanto se hicieron treguas con los cercados. Llegò el Alcaide à Toledo, y sabida la verdad, que el Rey Don Sancho era muerto, pidiò al Rey de Castilla por merced le abriessen el sepulchro. Diòsele gusto en ello, y puesto ante el Rey difunto de rodillas, pusole en las manos las llaves de Coimbra, diciendo estas palabras:

En tanto, Rey, y señor, que entendierades vivo, sufri trabajos notables, la hambre la sustentè comiendo cueros, y apaguè tal vez la sed bebiendo orines; alentè à mis Ciudadanos, para que no se rindiessen, animandolos con valor à padecer estos males. Cumpli, en fin, quanto pude prometerse de un hombre fiel, y consiante. Cumpli con mi obligacion, y con la fee que os debia. Ahora que os miro muerto, os entrego las llaves de vuestra Ciudad, que es la postrer diligencia con que os puedo servir. Con esto, dandome lugar à esto, avisarè à los Ciudadanos, como he cumplido con el debido omenage, que supuesto que haveis muerto, se entreguen ya

à

à vuestro hermano. Lealtad fue esta la mas digna de marmoles, y brõces, que puede hallarse en historias, y que califica bien la desgracia de Don Sãcho, mejor que la insuficiencia; que hai sin duda Principes desgraciados, como tontos venturosos; y assi, de estos se passa por mil descuidos, y de aquellos se censura la bondad. Esta, pues, fue la tragedia del Rey Don Sancho Capèlo, espejo que puede ser de Principes perseguidos.

EXEMPLO V.
Añadido.

BIen podrà un Rey de Castilla, y mas siendo tan sabio, hacerse sufrido en sus adversidades, à exemplo de un Rey de Portugal, à Don Sancho Capèlo, à quien èl mismo diò alvergue en su destierro; que experiencia de impaciente, bien basta à consolar à otro desterrado. Don Alonso, decimo de este nombre, Principe de los mas esclarecidos de la Europa, cuya fama de su ciencia puso carteles por los cantones del mundo, y assi vino à coronarse con el renombre de Sabio, fue hijo del Rey Don Fernando el Santo, y de la Reina Doña Beatriz, hija de Phelipe Rey de Francia, famoso en armas, y en letras, pues en todo diò muestras señaladas, aunque la hinchazon, que infunde el saber, à veces le ocasionò precipicios, primer escalon quizà de su fortuna adversa; que aunque el saber es bueno, el querer ser resabido un hombre, y mas en cosas altas, siempre es pernicioso, humea en desvanecimientos, y cae en castigos. Criabase este Principe hermoso, y agraciado, y quando su vista era el descanso de los ojos de su padre, pues solo el verle, sacaba del corazon el alborozo al rostro, para los de la Reina era immenso dolor, que sin poder reprimirlas, la hacia derramar lagrimas; lloro, que la desconsolò toda la vida. Juzgaba el Rey, que aquella ternura la ocasionaba el placer, que en pechos tiernos, suele el mayor gusto celebrarse en llanto, hasta que un dia, viendola llorar, en ocasion que el Principe Don Alonso, por festejar à sus padres, les sirviò con unos dulces a la mesa, la preguntò cuidadoso: que por què lloraba? La Reina respondiò despues, que hizo prologo un lastimoso suspiro, y sin que el Principe le oyesse, desta forma:

No puedo, señor, negaros, puesto que lo mandais, la lastima que lloro, y la pena que me aflige, si bien pudiera excusar-

sar haceros participante de un justo sentimiento, de que igual parte os alcanza, que aunque creer prognosticos en estas materias es supersticioso, con todo, quando se vè cumplir algunas señales, causa pena. Sabreis, pues, que estando yo doncella en Francia, en casa del Rey mi padre, una criada, entre otras, que me servian, Griega de nacion, y que por su saber se llamaba la Adivina, me prognosticò algunas cosas, prestandole mi curiosidad licencia. Dixome, despues que mirò los signos, que vendria yo à casar con un Rey mui poderoso, esclarecido en virtud, dotado en sabiduria, cèlebre en triumphos, y uno de los mejores del Orbe. Que tendria de este Rey una feliz sucessión, muchos hijos agraciados, y que el mayor de ellos llevaria las ventajas de hermosura, y seria el mas sabio, y valeroso de toda la Christiandad. Pero que andando los tiempos, y rodando la fortuna (ay de mi, que aqui me ahoga el dolor!) vendria à ser despojado de sus Reinos, y echado de sus Estados. Viendo, pues, quan verdaderos, y ciertos han salido hasta aqui aquellos prognosticos, assi en el casar con vos, como en los hijos que tenèmos dotados de hermosura, y que es Don Alonso quien descuella mas en gracias: como veo tan cumplido lo que me dixo la Griega, temo que venga à cumplirse el rebès, y la desgracia, que le amenazaba al Principe su suerte; y assi, siempre que le veo, y me acuerdo del prognost. con me causa tanto dolor, que à no rebentar en lagrimas, fuera cordel à la vida. Esto es, pues, lo que aflige, esto lo que me atormenta, esto lo que lloro.

Tan anticipada como esto se lloraba la caìda de este Principe, que aunque no se debe dàr credito à adivinaciones (con cuya advertencia procurò el Rey Don Fernando dissuadir à la Reina de aquellos sentimientos, como tan santo, y prudente) ya por lo menos se temian las sospechas, al modo que amenazas, y era infausto aguero derramar lagrimas al vèr las mayores dichas.

Apenas tenia Don Alonso edad para regir la espada, quando el Rey su padre, hizo que se exercitasse en la guerra, que para gobernar Reinos, y defenderlos de los enemigos, es menester, que el Principe sepa manejar las armas, y que à vista de las lides, sepa lo que son trabajos. Salio Don Alonso diestro, y valiente, al passo que en letras docto, con cuyas habilidades començò luego à dàr muestras de sus progressos insignes. Su fama, parece que atemorizò al Rey Moro de Murcia, llamado Hudiel; pues sabiendo que baxaba de Castilla Don Alonso à la guerra de An-

Andalucia; por causa que el Rey Fernando quedaba doliente en Burgos, le despachò Embaxadores à Toledo, donde à la sazon estaba, en que le convidaba con aquel Reino, con solas dos condiciones: Que fuesse el Rey Hudiel recibido baxo del amparo de los Reyes de Castilla, para que le defendiessen de todos sus adversarios, en especial del Rey Moro de Granada, su competidor. Que mientras èl viviesse, le dexassen la mitad de las Rentas Reales para sustentar su casa. Oferta fue esta tan grandiosa, y con tan corta pension, que pudiera sospecharse corruptela, à no llevar Don Alonso tan en popa la fortuna. Sin aguardar à consultas de su padre, abrazò el partido; que en venturones que vienen de avenida, consiste en la diligencia el saber lograrlos. Assi Don Alonso con bravo denuedo se arrojò tràs de la dicha, sin dàr lugar à que el Moro mudasse de parecer, por saber son inconstantes.

Llegò, pues, el Principe con su campo à la Ciudad de Murcia, que le recibiò con las puertas abiertas; el Rey Hudiel le entregò las llaves del Castillo, y con los Moros de mas authoridad, que havian venido en aquel medio, le cortejaron, al modo que vassallos, à lo qual teniendo Don Alonso la atencion debida, correspondiò liberal, haciendoles muchas honras, y premiandolos con rentas, segun la authoridad de cada uno. No era mucho premiarles con lo que ellos se tenian, ò con parte de lo que le daban. Las demàs Fortalezas del Reino, se fueron entregando al modo que la Ciudad. La Villa de Hellin, Castillo en aquel tiempo de los grandes, y famosos, ya hoi desmoronado, y casi deshecho, à fuerza de las edades, y ruìnas, juzgo fue la primera, como frontera de Castilla, que se entregò à D. Alonso, por causa, que las Plazas que nombran los Historiadores haver estado protervas, y rebeldes, fueron solas la Ciudad de Cartagena, Lorca, y Mula, de lo qual se infiere, que el Moro que gobernaba à Hellin, diò la obediencia, que esto ha tenido siempre esta Villa de leal à los Reyes de Castilla (suplaseme el afecto de la patria) que yà siendo de Barbaros, ya de señores particulares, como fue el de Villena, siempre se ha llevado la primacia en sujetar la cerviz à la proteccion Real. Tovarra, y Jumilla, y Cieza, siguieron el mismo rumbo, como partido que les estaba mejor. Con los Lugares rebeldes, no quiso Don Alonso usar de fuerza; lo uno, por no ir apercebido para hacer guerra; lo otro, porque le pareciò bueno lo ganado sin ninguna sangre, y no quiso arriesgarse à derramarla por ganancia incierta.

Par-

Partiò à Toledo por la posta à dàr cuenta al Rey su su padre, que ya convalecido de su achaque, havia llegado a aquella Ciudad, y alegre mucho con tan feliz sucesso, loandole la accion por cosa grande, volviò con èl en persona a visitar el adquirido Reino, y confirmò a los Moros las franquezas, y mercedes que el Principe les havia hecho, con que dexando las cosas bien dispuestas, y guarnecidas las plazas de Soldados, se volvieron à Burgos.

Con tan heroicos principios, comenzò Don Alonso à ensayarse para Rey, avassallando Reinos con tan poca costa. Moviòse por estos tiempos la guerra de Sevilla, Ciudad donde el Santo Rey Don Fernando tuvo siempre inclinados los deseos, y receloso, que mientras se ocupaba en ella, no se rebelasse Murcia, ò el Rey Moro de Granada se inquietasse, hizo que el Principe Don Alonso fuesse a residirla, diligencia bien pensada; pues no solo aprovechò para el intento, sino para reprimir al Rey Don Jaime de Aragon, que por estàr desabrido con el Principe, sobre ciertas diferencias de la raya, y terminos de los Reinos, queria concluìrlas con las armas. El castillo de Jumilla, fue siempre el embarazo de las dos Coronas, que como mojon de entrambas, cada una pretendia incluirla en su termino: litigio, que costò por muchos años mas debates, y mas guerras, que piedras tiene el castillo! Apaciguòse este enfado por entonces con un casamiento, que de ordinario suele ser el montante de las riñas. Casaron al Principe Don Alonso con Doña Violante, hija del Rey Don Jaime de Aragon, partido que estuvo bien à ambas partes, y que por todos se abrazò con gusto. En Valladolid se celebraron las bodas con regocijos, y fiestas. Solo no pudo assistirlas el Rey Don Fernando, por no volver las espaldas a lo de Sevilla, a cuyo cerco, fenecidas las bodas, acudiò tambien Don Alonso (sin que pudiessen ser freno, los alhagos de Violante) con mui buen trozo de gente, que por llegar de refresco, fueron remedio, y alivio à los que ya cejaban cansados de las continuas fatigas. Con este socorro, y el de muchos Grandes, que ansiosos por tener parte en esta obra, acudieron a porfia, se tomò aquella gran Ciudad, despues de diez y seis meses de cerco, en que huvo combates grandes, assaltos bien peligrosos, escaramuzas sangrientas, causa que hizo cèlebres los hechos de Garci Perez de Vargas, natural de Toledo, cuyo valor, acometiendo cosas indecibles, levantò pluma entre los Capitanes mas famosos. Cien mil Moros salieron de Sevilla con

con todas sus alhajas, y preseas, segun la condicion del rendimiento, de ellos se passaron à Africa, de ellos se acomodaron en otros pueblos de España. Entròse en la Ciudad con procession solemne, con aparato grande, à los veinte y dos dias de Diciembre del año que se contaba del Señor de mil docientos y quarenta y ocho, segun la cuenta de algunos. Alli en la Iglesia Mayor, despues que la bendixo el Arzobispo de Toledo, oyeron Missa el Santo Rey Don Fernando, y el Principe D. Alonso, con la magestad, y pompa que dexa enterderse, con el gusto, y regocijo, que puede presumirse.

A poco mas de tres años de la toma de Sevilla, muriò en ella el Rey Don Fernando, hallandose à su muerte Don Alonso, en que pudo tomar lecciones de santidad, y devocion, mediante los catholicos avisos que le diò, unos secretos, y otros publicos. En la misma Ciudad fue alzado por Rey, cuya coronacion fue indicio de la lealtad, que le guardò siempre en su destierro. Lo primero que hizo despues de coronado, fue renovar los conciertos con el Rey Moro de Granada, llamado Alhamar, y atendiendo à la amistad, y servicios que hizo al Rey su padre, le hizo suelta de la sexta parte del tributo que pagaba: merced bien merecida, por el reconocimiento que tuvo de agradecido; pues con ser Moro, enviaba cada año à Sevilla gran numero de los suyos con cien antorchas de cera blanca, para que hiciessen al Rey difunto Aniversarios, y Exequias: mucha fee para un Barbaro sin ella.

Deseaba mucho el Rey Don Alonso tener sucession (deseo mui ordinario en los Principes) y viendo la esterilidad de la Reina Doña Violante, diò en desabrirse con ella. Diò parte de su congoxa à algunos de sus validos, que en vez de consolarle con medios honestos, dieron en arbitrar modos para que el matrimonio pudiesse dissolverse; que esto de ir al paladar de los Principes, es propio de aduladores. Resolviòse, en fin, à casarse en otra parte, y considerando, que ningun Principe de los comarcanos, que supiesse estaba casado, y con Reina de las partes de Doña Violante havia de arriesgar cosas suyas à un desaire, y à una afrenta, tratò buscar muger de mui lexos, y vino à ser la infeliz Infante Christina, hija del Rey de Dinamarca, pues no le costò menos que la vida el dolor de la burla. En tanto que la enviaban à España, con aparato de Reina, llegaron à ensangrentarse los enojos, porque sentido el Rey Don Jaime de aquel trato primero, con embaxadas, y despues con muestras de pelea, pro-

cura

curò, que no efectuasse; mas como no bastassen razones, ni amenazas, se vino à rompimiento. De una, y otra parte se hicieron correrias, muchas talas, muchos robos. Llegò Christina à Toledo, en ocasion que la Reina Doña Violante estaba ocupada, cuya novedad trocò en amor el aborrecimiento del Rey, y ya pareciò cosa fea usar del repudio. Los mismos que hallaban razones antes, para la nulidad del matrimonio, las volvieron en favor. Mudòse de parecer, con que cessàron las armas de Aragon, y cessaron los justos sentimientos de la Reina, aunque comenzaron otros de Christina, que aunque el Infante Don Phelipe, hermano del Rey Don Alonso, renunciado el Habito Clerical, y la Mitra de Sevilla, à que era el electo, quiso soldar el desaire con casarse con ella, no fue bastante, para que la pena del afrenta de vèr tan trocada su suerte, dexàra de acabarla en breve tiempo, que tanto puede un dolor en un pecho noble, que sabe sentir las cosas. La ventura de la Reina de haverse mudado su esterilidad en fecundidad notable, pues le diò al Rey nueve hijos, hizo infeliz à Christina, que estos son los juegos de la fortuna, hacer que los placeres de unos sean lagrimas de otros.

Varios fueron los sucessos del Rey Don Alonso, por espacio de catorce años, de como se coronò en Sevilla. Apenas hizo las amistades con el Rey Don Jaime su suegro, sobre el repudio de la Reina, que dexamos dicho, quando anduvo contemporizando los animos de los Grandes, que andaban mui desabridos sobre las baxas que se hizo à la moneda, yerro, q para enmendarse, se eslabonò à otro peor, como fue el baxar los precios à las mercaderias. Tan antigua como esta es la desdicha, que ha empobrecido à España en ocasiones, y mas en especial en nuestros tiempos. Dios haga à nuestro gran Rey mas feliz que à Don Alonso. No tienen culpa los Reyes, quando es el animo de acertar; los arbitristas son siempre los perniciosos, y quien à trueque de su poco de interès, ponen à los Reinos en extremo de perderse (al modo que està hoi Castilla) sin poder yà resistir tantas armas rebeladas. El dolor no dexa hablar, el temor entorpece la pluma, el llanto borra las letras. Passèmos adelante.

Siguiòse al motin domestico el rebelion de el Rey Moro de Murcia, que confederado con el de Granada, quiso reducirse à su antigua grandeza. Acudiò Don Alonso, y con favor del Rey Don Jaime, reduxo à los Barbaros al deber, si bien costò muchos debates, y no pocos encuentros sobre allanar las plazas, en que se hi-

hicieron mas fuertes. A este tiempo le llamaron de Alemania para el Imperio, cosa que acarreò al Rey, y al Reino hartos desastres, como irèmos viendo. No tuvo en la eleccion mas que tres votos, que fueron el Arzobispo de Treveris, el Duque de Saxonia, y el Marquès de Brandemburg; pero con solos estos se alegaba ser su eleccion juridica, à causa de impedimentos, que se oponian à la parte contraria, assi à los Electores, que eran el de Colonia, el Palatino, y el de Maguncia, como al electo, que era el Infante Ricardo, hermano del Rey de Inglaterra. Esforzò la parte de Don Alonso, que el Rey de Bohemia, à quien en causa de discordia de votos iguales, le compete la eleccion, le acudiò con su nombramiento. Mas no bastò nada para que Ricardo dexasse de coronarse en Aquisgran por mano del de Colonia, tomando las demàs insignias del Imperio. Don Alonso, que por una parte los desabrimientos de los suyos; y por otras las guerras de los Moros le trahìan trabajado, no pudo acudir con la prissa que pedia aquel negocio; y assi huvo de esperar ocasion para por papeles, ò por armas buscar la guarda de su justicia.

Era Don Alonso, aunque en condicion afable, mui ostentativo, tanto, que por ensalzar la fama de su grandeza, sin serle freno su ciencia mucha, hizo un desatino, que el mas cuerdo, y el mas sabio yerra tambien los aciertos. Fue assi, que estando el Rey en Burgos, llegò la Emperatriz de Constantinopla, arrastrando luto, y bañada en lagrimas. Hizole relacion de su tragedia, de como haviendo sido echados de su casa, y de su Imperio, por armas de Paleologo, havia caìdo Valduino su marido en las manos del Soldan, y que por su rescate le pedia ciento y treinta mil marcos de plata, que el Pontifice, y el Santo Rey Luis de Francia le daban dos tercias partes; y que assi para cumplir la resta, le pedia alguna cosa. Esta fue en summa la peticion, y la embaxada de la Emperatriz, à que el Rey acudiò tan liberal, ò tan prodigo, que le ofreciò toda la cantidad del rescate. Ostentacion imprudente, empobrecer su thesoro, quando era bien menester gravar à sus vassallos, y sin ganar gracias (digamoslo assi) de à quien cediò los dos tercios, malquistarse con todos, con los suyos por enojo, con los otros por desaire.

A las famas de estas bizarrias, enviò el Rey de Portugal al Principe Don Dionis su hijo, y nieto de Don Alonso, à que pidiesse por merced alzasse la mano en la paga del feudo, que havia ofrecido, quando casò con la Infanta Doña Beatrizs, hija bastarda

del mismo Rey Don Alonso, à causa de que le amparasse en el Reino de Portugal, y no favoreciesse al Rey Don Sancho Capèlo (como ya lo tratamos, refiriendo su tragedia.) Entonces, pues, ofreciò, que los Reyes de aquel Reino pagarian à los de Castilla cierto tributo, sobre que se hicieron sus omenages. Ahora piden ya la essempcion. El Rey vino bien en ello. Contradixeron los Grandes, y quien sacò la cara, y hablò en publico por todos, fue Don Nuño Gonzalez de Lara. Poco sirviò la contradicion, para que el Portuguès dexasse de ir contento; mas què marabilla, que un nieto del Rey fuera con gusto, quando una señora estraña, como la Emperatriz, se havia llevado un thesoro? Quando se feriaban mercedes, por què havia de caber mas parte à los estrangeros, que à los proprios?

De estos principios, pues, se encendiò tal llama, que alborotados los Grandes, pusieron en arma todo el Reino. Costò mucho apaciguarlos, mas nunca de brasas tan encendidas, dexaron de quedar cenizas, que se avivaron à su tiempo. Como muriò Ricardo su competidor en lo de Alemania, volviò à su derrota en la pretensa; que esto de ascender à mas, y mas en hombres de letras, y tantas como tuvo Don Alonso, es proprio de animos grandes. El Rey Don Jaime, como tan prudente, procurò dissuadirle de viaje tan penoso, proponiendole razones bastantes para estarse quieto en su casa, sin ir à lidiar con estrangeros. El Pontifice, que era Gregorio Decimo, le enviò Legado, aconsejandole lo mismo, tanto mas por haver ya nuevo Emperador electo. Ofreciale las tercias decimales, para ayuda à las guerras contra infieles; que tan antiguo es el derecho que tienen los Reyes de Castilla en estas rentas. Nada bastò para que dexasse de passar à Italia, dexando el gobierno de Castilla al Principe Don Fernando de la Cerda (dicho assi por una cerda larga con que naciò en las espaldas) ya casado à la sazon con la Infanta Doña Blanca, hija de San Luis Rey de Francia.

Viòse en Belcaire con el Pontifice, que por lugar ameno, dandole el Rodano la frescura, se assignò para las vistas. Alli en presencia de los Cardenales, informò de su justicia con un galante razonamiento: expressò su agravio, manifestò su intencion, dando à entender, que acabarian las armas el debate, si en descredito suyo se atropellaba el derecho. El Pontifice, que era mui afable, y manso de condicion, procurò con agasajos sossegar la colera Española, que en Don Alonso ardia. Satisfizo à su propuesta,

ta, significandole arduos impedimentos, encuentros terribles, guerras muchas, si no dexaba aquel designio, y para obligarle, le echò al cuello los brazos, y diòle paz en el rostro. Con este modo suelen pagar los señores, quando se sienten embarazados de poder dàr otras pagas. Mostròse grato Don Alonso à la cortesia, mas no por esso dexò de sentir el desaire. En fin, mal contento, y desabrido se partiò de Francia, sin querer dexar de llamarse Emperador, y usando siempre de las insignias Imperiales, hasta que à fuerza de censuras, le hizo desistir el Papa. Concediòle empero en recambio la tercera parte de los diezmos de las Iglesias, como antes que hiciesse aquel viaje se lo havia ofrecido. Sola esta recompensa sacò Don Alonso del Imperio, solo este fruto de aquel penoso viaje.

Como sea asi, que la ausencia de los Reyes cause siempre muchos daños, y mas quando enemigos caseros estàn à la vista de las ocasiones, que les acarrea su fortuna: asi la de Don Alonso originò muchos males. Uno fue, que el Rey de Marruecos, brindaco del de Granada, infiel à Don Alonso (como Moro, en fin) vino de la Africa à España con la mayor Morisma, que vieron en si jamàs los campos Andaluces, pues los caballos solos eran diez y siete mil. Dividido el Exercito en dos trozos, comenzò à molestar los pueblos de Andalucia. La resistencia costò la vida à Don Nuño de Lara, cuya muerte por de tan grande personage, fue comunmente llorada, y sentida. A Don Sancho, Arzobispo de Toledo, è hijo del de Aragon, le sucediò otro tanto, por querer junto à Martos, con gente poca, romper al enemigo. Y sobre estas, la mayor desgracia, fue la muerte del Principe Don Fernando, Gobernador del Reino, que de una dolencia muriò en Ciudad Real. Dexò dos hijos, à Don Alonso, y Don Fernando, bien encomendados à Don Juan de Lara. Con la muerte del Principe comenzò à humear en el Infante Don Sancho su hermano, hijo segundo del Rey Don Alonso, aquella braveza heredada, aquel natural ardimiento, con que siempre descollò bizarro, rindiendo voluntades, y avasallando afectos. Su industria, y maña, ayudada de la viveza del ingenio, bien como allà la del Principe Absalon, comenzò à hacer gente, que en qualquier peligro se le mostrasse grata. Considerando, pues, al Reino en aquella apretura, se hizo Capitan valiente en su defensa. Guarneciò bien las Plazas mas importantes, y congregando tropas de Soldados, hizo rostro al Africano orgullo. Casi sin costarle sangre atemorizò al

Moro, de manera, que se volviò à Marruecos con menos gente, con menos pompa, y menos brio. Con estos ensayos, ya el vulgo le aplaudia como à Rey, aun siendo vivo su padre. Y como nunca las lisonjas se han hallado mal en las orejas de los Principes, no le sonaba mal à D. Sancho el apellido Regio, y mas yendo su rumbo guiado à la sucesion de la Corona.

Llegò à Toledo el Rey Don Alonso, tan desazonado de su viaje, y mal sucesso, como apuntamos arriba, y con la nueva triste del Principe difunto, se hizo mas à la pena, y al dolor. Vino el Infante Don Sancho à grandes jornadas à visitar à su padre; y aunque la voz sonaba à diferente designio, la intencion iba enderezada à que se le sentasse el derecho de sucesion con gusto de su padre, y voluntad del Reino. Quien travò la platica fue Don Lope de Haro, como quien tenia mas mano para todo. Sintiòlo el Rey infinito, ya porque se tratasse de la sucession en su vida, ya por vèr el agravio, que venia à hacer à sus nietos, hijos del Principe Don Fernando, à quienes amaba en extremo. Con todo, à instancia del Infante Don Manuel su hermano, amigo ya de Don Sancho, se juntaron Cortes en Segovia, donde se ventilò el derecho, y prevalecieron los votos, y saliò sentencia en favor de Don Sancho. Como le miraban tan apoderado de las voluntades, temieron los menos afectos darle enojos. Juzgaron por bien comun no quitarle la Corona. Venciò en esto mas el derecho de las gentes, que el de la sucession, trahiendo quizà razones del tiempo de los Godos, que harto ajustadas serian para el caso. Poco aprovecharon para que la Reina Doña Violante dexasse de sentir mucho el que antepusiessen à Don Sancho, y menospreciassen la tierna edad de los nietos, que como son dos veces hijos, tenian dos veces mas lugar en su corazon. Por mostrar su sentimiento, y por sacarlos del notorio peligro, que amenazaba à sus vidas, valiendose de industria, se passò con ellos à Aragon, donde su hermano Don Pedro era ya Rey, por muerte de Don Jaime. Esta ida ocasionò muchos alborotos, y les costò la vida à los que por sospecha tuvieron parte en ello, como fueron el Infante Don Fadrique, hermano del Rey Don Alonso, y Don Simon Ruiz de Haro, señor de los Cameros, que el uno fue degollado en Burgos, y el otro quemado en Triviño: crueldad que malquistò en gran manera los progressos de Don Sancho; pero hallabase el Rey tan desazonado con la ausencia de la Reina, que no cuida-

daba tanto de los castigos, por injustos que fuessen, quanto de hacer instancias con el de Aragon, le enviasse su muger. El Aragonès se excusaba, con dàr por respuesta, que si los fueros de su Reino daban amparo à quantos à èl se acogian, por què havia de ser excluida su hermana? Lo que esta razon tenia de fuerte, le avivaba mas el corage à Don Alonso, de tal modo, que faltò poco para llegar à las manos. En fin, ventilado el negocio, se acordò, que la Reina volviesse con su marido, y que los Infantes quedassen en Aragon. Pusieronlos en el Castillo de Xativa, no sin lagrimas de Doña Blanca su madre, que viendo sus caras prendas, como aprissionadas de su misma sangre, en quien afianzaba mas la libertad, comenzò à temerles mayor captiverio. Passòse enojada à Francia à hacer que el Rey su hermano tomasse las armas contra Aragon, y Castilla.

Pujante andaba Don Sancho, arrastrando medias Lunas en lo de Granada, y ganando aplausos nuevos, à fuer de sus victorias, afectos positivos, todos para coronar sus intentos. Ya las voluntades en comun seguian su partido, y cejaban del respecto que se debia à su padre. Cada qual se acogia à lo mas llovido, por tener mas segura la cosecha del interès. Ya el pobre Rey Don Alonso (demosle ya este titulo) comenzò à sentir desaires de sus mismos vassallos, sin que ya sus fuerzas, cansadas con la edad, bastassen al remedio. Y assi el mucho saber no le era de provecho, sino para mas sentir, que en tales adversidades, aun fuera alivio saber poco. Culpan à este Rey de que era vario, y yo digo, que la variedad no era achaque del animo, sino fuerza de la ingratitud, que esta obliga mucho a veces a que el mas entendido quiebre los fueros de la entereza. Vèr un Rey tan poderoso, que por dàr mano a un hijo, se le alza con el gobierno, y le tyraniza el mando, no obligarà a locuras nacidas del sentimiento? Assi Don Alonso, movido de los desacatos de Don Sancho, comenzò a abrigar el derecho de sus nietos, llamandolos successores de su Corona. No se le escondian a D. Sancho estas quemazones de su padre, que siempre ha havido, y mas entre los Principes, corredores de oreja: y assi andaba sobre el caso siempre, contandole a su padre las acciones, y los passos, y procurando la gratitud de los Reyes comarcanos. Sentò sus alianzas con Aragon, y Portugal, haciendo los omenages que se usaban entonces, de ser amigos de amigos, y enemigos de enemigos. Con el Rey de Granada hizo otro tanto, soltandole las dos partes de el tributo que pagaban,

con que procurò tenerle de su parte en los encuentros, que ya entre padre, è hijo se havian amenazado, centellando enojos, avivando pesadumbres. El Rey Don Alonso, aunque con menos poder, buscaba tambien socorros; despachò à Francia sus Embaxadores, para que el Rey Philipo, como tio que era de sus nietos, buscasse camino para ponerlos en libertad, juntandose las unas fuerzas con las otras. Ultra desto, quitandose el rebozo, llamò à Cortes para Toledo; poco apercebido, y menos recatado. Era su intencion apaciguar los animos de los nobles, y reducirlos con suavidad à su gracia, como si ya tuviera recavado de ellos el dexar su rumbo, ò estuvieran entendidos del agasajo, que pensaba hacerles. Assi fue mui poca gente à su llamado, y mucha en demasia al llamado de Don Sancho, que en contraposicion hizo tambien juntar Cortes en Valladolid, donde ya el rebelion se quitò la mascarilla, y se hizo publico el levantamiento; pues hasta la gente vulgar (què gran malicia!) comenzò à decir à voces: Viva el Rey Don Sancho. Y aunque èl mostrò repugnarlo, diciendo, que mientras su padre fuesse vivo, no havia de consentir le quitassen el nombre, y honra de Rey: con todo, sin respectar su modestia, saliò sentencia publica en nombre del Infante Don Manuel, tio de Don Sancho, y hermano de Don Alonso, esforzado assimismo de los Grandes del Reino, en que privaron al Rey Don Alonso de la Corona, tantos siglos heredada, tantos años posseìda.

Hasta aqui pudo llegar la ambicion, y la tyrania, hasta privar à un Rey de sus Estados, y apropriarselos à un hijo. Desgracia bien parecida à lo que le sucediò à David, quando se viò mas señor, y un hijo ambicioso, le hizo salir huyendo de su Corte. Consuelese, pues, el Rey Don Alonso con Principe tan grande, y consuelense los demàs en semejantes fracasos con estos dos Reyes. Que es grande alivio en una adversidad, hallar exemplos mayores, en que repassar las fatigas. David se portò paciente en el conflicto; en lagrimas compassivas desahogò el corage: dexò a Dios la venganza, y triumphò de la tyrania: buen dechado para que le imiten Principes afligidos, quando perseguidos de los a quien dieron sèr, se miran desamparados de remedio. Don Alonso abochornado del enojo, vibrò iras contra el hijo; a fuer de maldiciones procurò deshacerle. La razon que tuvo, justa de sentimiento, vino a hacerle sin razon por mal sentirlo. Assi no se le logrò la vengaza, antes segun voz comun, fue castigado del Cielo su desastre, por no sè què proposiciones temerarias, que dixo en dos oca-

ocasiones, llevado de su ciencia. Quiso, dicen, como poner falta, ò la puso en lo que Dios hizo, y para retratarse huvo menester el Cielo amenazarle castigos. Tempestad horrenda, envuelta en piedras, y rayos, amenazò una noche a Sevilla: fatal estrago! hasta el mismo lecho Real llegaron las centellas, quemandole a la Reina parte del tocado. Confessò el Rey su culpa, y serenòse luego la tormenta. Por esto, pues, dicen fue permission Divina verse abatido, menospreciado, y pobre. Quedese para Dios este juicio, y lastimemonos de su poca dicha.

Quando supo el Rey Don Alonso lo que passaba en Valladolid, no se atreviò a parar en Toledo, ya por hallarse desapercebido para empeño tan grande, como se le ofrecia, ya por no fiarse tanto de sus Ciudadanos, cuyas voluntades veìa afectas a su hijo; y assi, temeroso de no verle reducido a la ultima desdicha, presso, ò restado en alguna fortaleza, despidiò las Cortes, y se partiò a Sevilla a toda prissa. Solo en esta Ciudad, y en la de Murcia hallò siempre lealtad firme; tropheos ilustres de que se precian ambas, al passo que leales. Lastimosos recibieron los Ciudadanos a su Rey, que lastimado, y ofendido, en una solemne junta, privò a Don Sancho de la sucession del Reino, con palabras tan sentidas, como puede pensarse; a fuerza de maldiciones pensò consumirle. Todo era despecho, todo iras, todo enojos. Y viendo la guerra civil, y cruel que le esperaba, comenzò a buscar socorros. Cerrados hallò en España todos los puertos, cogidas todas las fuerzas de Catholicos, è infieles, declarados por su hijo. Por su cuñado el de Aragon, y por el Moro de Granada, no lo sintiò mucho, que un Moro prendado del interès, y un cuñado por su commodidad, no es mucho que se la dèn a lo mas valido. Pero quien le sacò de paciencia, fue Dionysio Rey de Portugal, por ser su nieto, y a quien (como diximos) hizo suelta del feudo que debia pagar a Castilla, por obligacion de su padre, cosa que ocasionò los primeros desabrimientos de los Grandes. Esta ingratitud de sangre tan propria, y tan beneficiada, le reduxo a mil pesares. Mas quando llegaba a considerar, que se le alzaba un hijo con sus Reinos, y que tomaba contra èl las armas, daba vado a las demàs ingratitudes. No hallando ya otro camino, determinò valerse de el Rey de Marruecos, al qual por medio de Don Alonso de Guzman, señor de San Lucar, enviò a pedirle dineros, y gente, enviando en prendas su Corona Real, que era de precio infinito. Estaba Alonso de Guzman en la Corte del Rey Barbaro mui cabido,

do, siendo como General de sus gentes. Passòse à Africa, por no sè què disgustos que tuvo con el Rey Don Alonso. Y obliga à tanto la necessidad, que un Rey le ruega a un vassallo, demàs de perdonarle los enojos. Escribiòle una carta, que hoi dia la guardan, y veneran los Duques de Medina Sidonia, pidiendole con palabras harto humildes, se acuerde de su amistad antigua, y de su nobleza, que se olvide de los passados disgustos, y recabe de Rey Moro el socorro que le pide, que haciendole este servicio, serà eterno en su memoria. Acudiò el Guzman a su deber, viendose obligado por tan estraños modos. Informò al Rey de Marruecos lo bien què venia a estarle grangear con aquella fineza la amistad del Rey Don Alonso: el Moro adelantò aun mas el pensamiento de lo bien que le estaba; pues en guerras civiles, quien entra a poner paz, suele sacar grangeria, tomandose lo que puede. Con numeroso exercito passò a España. Viòse con Don Alonso en un pueblo del Reino de Granada. Trataron el modo de comenzar la guerra. Pusose cerco a Cordoba, que estaba por Don Sancho. No se sacò fruto alguno, antes teniendo Don Alonso cierto aviso, que el Moro queria prenderle, se volviò a Sevilla. Rugiòse la nueva, y el Barbaro, dicen que sintiò mucho, que se huviesse puesto duda en su lealtad; y assi se volviò a Africa con sus gentes.

No fue sola esta vez la què se valiò el Rey Don Alonso del Rey Africano, antes con segunda suplica, le traxo en su ayuda; pero todas fueron diligencias sin provecho, porque el Infante Don Sancho se hallaba mui poderoso, mui amparado de los Grandes, mui de su parte casi las Ciudades todas. Murcia, y Sevilla eran los estrivos de D. Alonso, mas era poca la fuerza, al passo que la lealtad mucha. Cada dia iba en diminucion su poder, cada dia afloxaba la Grandeza, que a quien và de caìda, por mas que sea Rey, todos le vàn faltando. Casi a vida particular llegò a verse reducida toda aquella altivez de Don Alonso, rebès de la fortuna tan amargo, que a no haver tanto pecho en que digerirse, pareciera impossible tolerarse. Animo, y saber, son dos cosas para no desmayar en los riesgos de una desgracia; con el saber se alienta, y con el animo se sufre el desman. Con estas partes, pues, que diò el Cielo a Don Alonso, aliviaba sus trabajos, con esperanzas siempre de verse restituido en su antigua Magestad. No era mucho esperarse lo que era tan suyo, y lo que tan de derecho le era debido; mas no le permitiò su poca suerte esta alegria.

Reducido ya al ultimo baiben de la fortuna, desterrado

dò entre sus Reinos, solo entre los suyos, y pobre entre sus riquezas, acudiò por medio de sus Embaxadores al Pontifice Romano, que era à la sazon Martino Quinto, y delante dèl acusò à Don Sancho de ingrato, inobediente, y cruel, pues haciendo armas contra quien le diò la vida, se havia usurpado el mando, y la Corona. En estas razones estrivò la querella, bien dispuesta en sentimientos, bien lastimosa en quexas. Diò grato oìdo el Pontifice à tan justa demanda, y doliendose de que un Principe tan sabio como Don Alonso, huviesse venido à tal miseria, expidiò su Bula, descomulgando à todos los Grandes, y Caballeros, que contra Don Alonso siguiessen al Infante D. Sancho, y para la execucion nombrò sus Jueces, para que en todas las Ciudades, y Villas, que seguian aquel rumbo, se pusiesse Eclesiastico entredicho. Executòse esto con toda puntualidad. Viòse entredicha Castilla, cerrados los Templos, y afligidos los naturales. El miedo de las censuras venciò à muchos à mudar de parecer, y apartarse de Don Sancho. De las Ciudades hicieron algunas lo mismo; mas todo era poco alivio en su miseria tanta; pues ni con esto crecia la authoridad de Don Alonso, ni el poder de Don Sancho iba à menos; sola la turbacion era mayor, mayor el desassossiego, mayor la pena. Ocasionòse empero, que entre padre, è hijo se tratasse de amistades, y para ello saliò acuerdo de ambas partes, que se viessen. Al executarse, saliò de travès la malicia, poniendo, y representando muchas sospechas à Don Sancho, de que el Rey le prenderia. Hai muchos, que en tiempos de la guerra, y mientras mas civil, mas mejoran su partido, haciendose ricos, y poderosos de todas las derramas que se hacen para la guerra; y assi, nunca quieren estos que se acaben los debates, ni que la turbacion cesse; pues como dice el adagio, à rio revuelto, ganancia de los que pesc.... Estos son la polilla de los Reinos, que encubiertos en sus tramas, roen poco à poco el estambre de la vida. Estos, en fin, so color de buen consejo, divertieron las vistas, sembrando con las sospechas mas desazon, y encono en los animos Reales. D. Alonso desde Constantina se fue à su Sevilla, y Don Sancho desde Guadalcanal à Salamanca.

No quiso la fortuna, que se viera este Principe restituido à su antigua Magestad. Assaltòle en Sevilla la muerte, cortando con su guadaña el hilo à tantas pesadumbres, que quando no han de cessar, cortesia es el morir. Muriò, pues, este gran Rey en medio de sus lastimas, devoto; que para trance tal, mas

ayu-

ayuda à la devocion la miseria, que la dicha: siempre un afligido llama a Dios con mas cuidado. Recibiò los Sacramentos, falleciò en Sevilla por el mes de Abril, el año de 1284. Nombrò a los nietos a la sucession de la Corona, y excluyò della a Don Sancho, como si acaso despues de muerto havia de mandar mas en las voluntades de todos, lo que no pudo en vida. En fin, cumpliò con su obligacion, ò con su afecto. Hizo mucha memoria de las Ciudades leales, aquellas que en todos sus trabajos le estuvieron fieles; y assi mandò, que su corazon se enterrasse en el Monte Calvario de Sevilla, y su cuerpo en la Iglesia de la misma Ciudad, ò en la de Murcia. No se cumpliò con esto enteramente, si bien en ambas Ciudades se repartiò su cuerpo. A Murcia se le diò el corazon, y las entrañas, cuyas cenizas se conservan hasta hoi, junto al Altar mayor de la Iglesia Cathedral. A Sevilla se le entregò el cuerpo, que yace enterrado junto al tumulo de sus padres D. Fernando, y Doña Beatriz. Este fue el fin del Sabio Rey Don Alonso, dechado, que a los mas doctos puede enseñar a saber, pues poco importa el ser Sabio, para no estàr expuesto a baibenes de fortuna: antes al que mas sabe, como al que mas puede, suele perseguirle mas. El rayo de la envidia, nunca hiere al ignorante, ni al desvalido. Contra los que descuella se arma el rayo. Harto exemplo es este Rey, y mayor David, lucidos en ingenio, y poderosos en armas. No nos alarguèmos mas en esta materia.

CAPITVLO X.

DE LAS NVEVAS LASTIMOSAS QVE LE VINIERON à David de la muerte de sus padres, y de los Sacerdotes.

QVando aflige la fortuna, nunca hace los tiros con una persona sola, sino que eslabonando vidas, y otras desdichas, aprieta los cordeles del rigor, poniendo el animo mas fuerte en mortales apreturas. Bien vengas mal, si vienes solo, dixo un proverbio Español, y està bien dicho, porque un mal, una desgracia, puede llevarse; un cuidado, una pena, puede sufrirse; pero quando los males, ò las desdichas se siguen unas a otras, y amontonadas lastiman mucho, Dios es menester, para que el corazon mas valiente no desmaye en los asaltos, ò no perezca en la liza. En los desiertos de Areth, andaba David huyendo de unos cui-

cuidados en otros; despues que se ausentò de Moab, del modo que diximos, dexandose à sus padres, y otros muchos deudos en la Corte, en los quales quitandoles las vidas, havia el Barbaro Rey despicado sus enojos. De los que escaparon del cuchillo, no faltò quien traxo à David las nuevas, porque para un pesar, siempre sobran mensageros. El sentimiento que le causaria tal anuncio, no hai que ponderarlo, quando al mas rudo sentir, se abre camino la inteligencia. Escuchar muertes desgraciadas de unos padres, què corazon de fiera no hace extremos? Grandes, quanto lastimosos, fueron los de David en este trance, viendo que por su causa iban sucediendo estas desdichas, y que quando pensaba iba llegando al coto de sus trabajos, tropezaba con mayores azares. Yà en la persecucion suya, èl andaba arrastrado, el verse fugitivo lo juzgaba tolerable, mas viendo nuevas penas, le apuraban el sufrimiento; y considerando, que tràs de aquellas podian sobrevenir otras muchas, tirò la rienda al dolor en medio de los ahogos, y acudiò à Dios por auxilios; que no hai medio mas eficàz para vencer pesares, y tribulaciones, que afianzar en el Cielo los remedios. Abracen esta proposicion como Catholica, todos los afligidos, y por mi cuenta si no quedaren consolados. Al mismo David les darè por desempeño, pues en un Psalmo nos dexò escrito los disgustos que venciò con esta traza. Quando me sentia atribulado (dice) daba voces à Dios, y me oìa, y remediaba. Que oìr Dios al lastimado, y remediarle, todo es uno.

Ayudado, pues, David de sus consejos mismos, puso en manos de Dios aquel cuidado, y por consolar su gente, que atonitos de mirarle estaban mudos, comenzò à borrar al rostro las tristezas. Hizo cara à la fortuna, y diòle ensanches al pecho. Apercibiòse de valor, qual si viera ya nuevas penas que sufrir. Importante fue el apercebimiento, pues de allì à poco llegaron otras nuevas à refrescar las heridas. El Sacerdote era Abiathar, hijo de Achimelech. Venia como quien escapa de entre espadas enemigas, y como à quien huyendo và picando la muerte à las espaldas. Con esto se dice todo, y ahorramos la pintura, de quien desapoderado, atonito, y confuso escapa de una refriega. Con nuevos sustos se espeluzaron los animos, con nuevos miedos le recibieron todos, que a quien anda fugitivo, y mas de un poderoso, la menor sombra le asalta. Preguntòle David la causa de su venida, y Abiathar todo inquietudes, todo desassossegado, todo lagrimas, respondiò de esta manera.

Gracias doi al Cielo, David, Principe mio, pues solo à mi entre tantos me concediò esta dicha de llegar vivo à tus pies à hacerte sabidor de la mayor tragedia, que viò, ni veràn los siglos, del estrago mas sacrilego, y sangriento, que sucediò jamas. Ojalà no me ahogue el dolor antes de referirle, para que con mas veras puedas llorarle! Sabràs, pues, que apenas el Rey Saùl, que tanto te persigue, y aborrece, tuvo noticia de tu vuelta de Moab à aquestos montes, quando furioso hizo junta de Grandes en la Ciudad de Gabaa, y puesto en medio de todos, armado de sus armas, les hizo un razonamiento, quexandose de ellos, porque no te mataban, ò prendian. Con los de Benjamin, por ser de su linage, mostraba mas sentimiento, con demonstraciones de ternura. Al Principe Jonatàs, por ser tu amigo, hizo grandes cargos, assomando al rostro todo el encono del pecho. De los demàs se diò por deservido, por no haverle dicho nadie el lugar donde te ocultas, la tierra que te sustenta, ò los paramos que habitas. Y quando los nobles, y los demàs que le oìan, respondieron con callar à todo el cargo; unos por no malquistarse contigo, y otros por no darle disgusto, tomò la mano Doech, esse privado suyo, esse intruso en nuestra ley, y mostrandose zeloso, y compassivo, le contò por mui extenso, como te viò en la Ciudad de Nobè, y atendiò, y escuchò todo lo que te passò con Achimelech mi padre, como consultò à Dios en tu abono, como te diò à comer el Pan Sagrado, y como te ofreciò el alfange de Goliath, que estaba en el Templo. Dando sus excusas, de que si èl supiera que ibas huyendo, entonces pudiera prenderte, y haciendo sus demonstraciones sentidas, por no haverlo sabido. Quien creyera que esse chisme causara tantos daños? Quien pensàra que un chismoso nos hiciera tanto mal?

Apenas oyò Saùl la relacion de Doech, quando despachò sus Embaxadores, à que mi padre, con todos los Sacerdotes de Nobè, fueramos à su presencia. El mandato iba apretado, sin replica, ni excusa, obedeciendole llegamos à la Corte. Ibamos vestidos con los ornamentos Sacerdotales, traza piadosa con que Achimelech pensò ablandar el rigor, ò mysteriosa traza, con que nos ibamos à ofrecer al sacrificio! Hizo el Rey el cargo, mediante la relacion de Doech, vomitando bolcanes por los ojos, y escupiendo venganza por la boca. A lo qual mi padre revestido de valor, y arrastrado de zelo, satisfizo con decirle: Què à quien entre todos sus vassallos debia honrar mas què à ti? Que quien mas que tu se mol-

mostrò fiel, y leal? Què quien mas honrado, siendo tu su yerno? Quien mas valeroso en triumphos, ni mas cèlebre en victorias? Y en quanto haver consultado por ti à Dios, no debia formar quexa, quando no havia sido aquella la primera vez que lo havia hecho en gracia tuya; demàs, que èl no havia sabido que ibas fuera de su gracia, ni el negocio porque huìas, que à saberlo claramente, èl se diera por culpado, y por reo del delito.

Quando pensò mi padre con estas satisfacciones dexarle satisfecho, y aplacado, ciego à la razon, endurecido à la piedad, sordo à los ruegos, pronunciòle tal sentencia, desta suerte: *La vida ha de costarte, Achimelech, à ti, y à toda la casa de tu padre.* Y apenas pronunciò el fallo, quando mandò à los Ministros, que fuessen degollando à todos los Sacerdotes. Quien pensàra tal crueldad! Quien creyera tal rigor! Los Sacerdotes de Dios, revestidos de los Sagrados Ornamentos, entregados al cuchillo, à manos de verdugos: què ojos pudieron verlo? Què lengua puede contarlo? Què valor puede sufrirlo? El dolor no me dexa referirte como fue, aunque la misma crueldad se dice como seria! No quiero hacer pie aqui con la consideracion, que cortarà el llanto el hilo à las palabras, passo adelante en mi cuento: Los Campiones, y Caudillos, por cuya cuenta corre hacer matar los reos, que son Abner, y Amasa, anduvieron como nobles, pues con animos ossados se opusieron al decreto, sin querer obedecerle. Excusaronse con razones graves, alegando Textos santos, de que à los Reyes que mandaban cosas injustas, y contra la Ley de Dios, no se les debe obediencia. Salieronse con ello sin reparar en rigores. Bufaba el Rey de corage, por no verse obedecido; pero quando faltò modo para dexar de executarse una maldad? Viendo, pues, que sus Ministros se excusaban del hecho, diò comission à Doech, que executasse el mandato. Como advenedizo, en fin, como intruso en nuestra ley, como bastardo infame, no tuvo empacho de arrojarse al sacrilegio, sino que desnudando el acero se fue para mi padre, y en presencia de todos, dandole heridas muchas, le quitò la vida. Lo mismo fue executando en los demàs Sacerdotes, qual lobo carnicero, que en sangre de corderos innocentes, se ceba vengativo. No sè como el Cielo pudo ver, y sufrir tan horrendo espectaculo, tan cruel carniceria, tan infausta matanza! Correr arroyos de sangre por el Real Palacio, salpicarse las paredes con los desperdicios, sembrarse los estrados de Sacerdotes muertos. Ochēta y cinco fueron los degollados aquel dia por Doech, y sus sequaces,

Rabi Salomon.

ces,

ces, hombres à su modo desalmados, è insolentes, y si paràra alli la crueldad, aun tuviera el dolor algun alivio; pero quando las crueldades no lastiman por los cabos?

A toda la Ciudad de Nobè mandò passar à cuchillo, como si en la accion de Achimelech, quando fuera culpa, huvieran pecado todos. Padres, hijos, y mugeres passaron por el rigor. Ni el viejo por la edad, ni el niño por la innocencia pudieron salvarse, de la cuna al atahud andaba fiera la muerte: à nadie se concedia indulto, hasta à los animales domesticos llegaba la venganza. Ni al buey excusaba la mansedumbre, ni al perro su lealtad, ni al jumento su simpleza, el corderillo en el campo aun no paciò seguro; tinta con el roxo humor, iba dexando la grama que pacia. Toda la Ciudad, en fin, por ser de los Sacerdotes, quedò hecha una funesta tumba, y un lago de cuerpos muertos. Referir la confusion de aquel miserable dia, los llantos, los gemidos, y las voces, no havrà discurso, que aunque se empine à mas exageraciones, acierte à ponderarlo; que hai lastimas de tal arte, que no son para dichas, ni pintadas, por mas que el Pintor las mire. Vèr entrar un esquadron de verdugos en un pueblo descuidado; ir tomando las calles, y las puertas; entrarse de casa en casa, de aposento en aposento, comenzar à cortar vidas, como quien siega en un tajo: matar aqui à puñaladas à un padre de familias: alli de una estocada derribar à la muger: aqui al hijo, que sale à la defensa, dexarle hecho pedazos: alli al criado, que grita, segarle la cabeza: vèr à una madre abrazada de sus hijos, sin que les valga sagrado: vèr à una doncella, que huyendo de un tyrano, dà en manos de otro verdugo: vèr que ni padres à hijos, ni el marido à la muger pueden socorrerse: vèr todas las calles correr arroyos de sangre, y como caliente aun parece que salia à los exidos à dàr voces, y publicar la maldad. Vèr, pues, cosas como estas, què lengua, ni què pincèl sabràn explicar con palabras, ni demonstrar con pinturas como fueron? Quien sintiere mejor, podrà considerarlo, que yo con hallarme en ello, no acierto à decirlo. En fin, de entre tantas muertes, de entre riesgos tan notorios, yo solo escapè con vida, y lo atribuyo à milagro, permitiendolo assi el Cielo, ò porque quedassen ojos que llorassen tal estrago, ò porque no faltasse quien te traxera estas nuevas. Lo que he tenido de dicha en quedar vivo, lo juzgo infelicidad, por lo que me ha de servir de repassar tantas muertes. Esto, señor, es lo que ha passado: Achimelech muerto por tu causa: Nobè destruida: Sacerdotes, y vecinos degollados todos, y o tus

tus pies huyendo, mira con este aviso lo que estè à tu vida bien.

Atonito, y confuso estaba David, escuchando la relacion de Abiathar, dudando à veces, si era verdad lo que oìa, ò si era pesado sueño que le atormentaba: que en lances semejantes, aun lo que tocan los ojos, lo pone el juicio en duda. El mucho dolor iba à romper yà en gritos, la apretura del pecho iba à desahogarse en lagrimas, mas reparando atento que el miedo de la tragedia referida tenia à sus Soldados en un hilo; pues ya cada qual juzgaba tenia al lado un verdugo, y los pinos, y las matas se les antojaban hombres, se revistiò de esfuerzos, tragandose los suspiros, y sollozos; que el buen Capitan, para que sus Soldados no desmayen, ha menester à veces deslumbrar los cuidados que le afligen, y darse por desentendido del proprio dolor que siente; assi David valiente, à fuer de discreto, le respondiò à Abiathar, sin mostrar en las palabras la inquietud del corazon. Esso, dice, que me cuentas, bien me lo adivinaba yo, bien me lo temia desde que vì à Doech, hecho en el Templo testigo del socorro, y del favor que recibì de tu padre; que de un maldiciente, y de un chismoso, no se puede esperar menos. En fin, yo me confiesso por reo del estrago, y de las muertes de Achimelech, y su casa. Sabe Dios quanto lo siento! Tu te quedaràs commigo, y desecha los temores, pues siempre en mi compañia tendràs refugio, y amparo.

Sin hablar mas palabra, ni hacer otros extremos, que pudieran registrarse, se retirò à su quartel, seno opaco de una gruta, para llorar à solas, lo que no podia en publico. Los demàs se acogieron à sus ranchos, algo sacudido el miedo, que comenzò à embestirles, porque de vèr à David tan animoso, trocaron la cobardia por aliento. Ya publicaba bravatas, quien antes vendia miedos, el que se viò mas sin brios, hacia ya valentias. Tanto puede estar sana la cabeza, hallar calor en el Principe, vèr ossado al Capitan. Quando recogidos, pues, baxo del negro manto, con que les hizo pavellon la noche, pagando al sueño el natural tributo, quando ya la campaña tocò à la queda en silencios, comenzò David à llenar su estrecho alvergue de gemidos, y à regar el suelo de copiosas lagrimas. Lloraba à padres, y hermanos, à Sacerdotes, y amigos, muertos todos por su causa. Bien havia que llorar, bien que penar, y sentir. Hizo pausa en los sollozos, y vuelto contra Doech, comenzò à decirle en verso estas palabras.

(***) Mal

Maldiciente famoso,
Por què te jactas, dì, tan poderoso
De haver executado tus malicias
En tanta sangre, como desperdicias,
De innocentes vertida,
Que clama à Dios fiscal contra tu vida?

Qui gloriaris in malitia, &c. Ps. 51. Texto, y Glossa.

Todos los dias, y los años todos,
Con cautelosos modos
A mi, y à mis amigos perseguias,
Sin faltar que acusar todos los dias,
Porque para mi mengua
Jamàs faltan engaños à tu lengua.

Mas tanto doras la maldad que haces,
Que metes mucha riña en son de paces,
Con capa de justicia
Al Rey indignas, y logras tu malicia,
Qual nabaja afilada, que à la vida
Corta el estambre antes, que sentida.

Entre el odio, y piedad, al odio amaste,
Con que tu mal querer acreditaste,
Y quisiste mas ser un mal hablado,
Que un bien intencionado,
Por cumplir los mandatos insolentes,
Quitando tantas vidas de innocentes.

Mas Dios por esta causa harà de modo,
Que en castigo cruel lo pagues todo:
Al fin de la jornada
Permitirà que con tu misma espada,
Vengas à ser en un confuso abysmo,
Verdugo, y homicida de ti mismo.

Aunque ahora braveas tan ufano
Con un Rey de la mano,
Que premia tu insolencia,
Algun dia en un monte havrà sentencia,
Que te mande tildar, porque te assombre
Del libro de la vida, fama, y nombre,

Los justos viendo el caso,
Temerosos, si bien, de tal fracaso,
Haràn escarnio de tus valimientos,
Y que eres hombre, anunciaràn contentos,
Que confiado en tu riqueza vana,
Renunciaste la ayuda soberana.

Yo empero qual la oliva, que en verdores
En la cara de Dios rinde licores,
Symbolo à todos siglos de esperanza,
En su clemencia espero mi venganza,
Que pues sabe, y conoce mi innocencia,
Siempre me serà escudo su clemencia.

Con estas, y otras razones semejantes, gobernando sus impulsos el Divino Espiritu, divertia David su lastimosa pena; que siempre ha sido alivio de un afligido, quexarse de quien le agravia; pero aplacado el dolor, y à medio enjugar las lagrimas, consolò con su presencia à sus Soldados. Madrugò mas que otras veces à darles los buenos dias; mas què mucho, si aun no havia visto al sueño? Todos se levantaron contentos, y briosos à recibir à su Principe; con nuevos alientos le ofrecian las vidas, para que las empleasse en qualquier riesgo. David grato à las ofertas, correspondiò con caricias. A esta ocasion les llegaron otras nuevas, como los Filisteos, indignados quizà por la fuga que hicieron de su Reino, havian sitiado la Ciudad de Ceilan, y que la apretaban mucho. David que no reparaba en volver beneficios por agravios, antes pensando aplacar à Saùl con sus servicios, consultò à Dios sobre el caso, si seria acierto, ò no socorrer los Celainitas? Respondiòle Dios, que si. Y sin esperar mas prevenciones, ni atender à las excusas, que oponian sus Soldados, afianzado solo en la Divina palabra, acometiò valeroso à las trincheras, haciendo tal estrago en los infieles, que tuvieron à buena suerte los que escaparon vivos, que les dexàran camino para la huida. Cargados con los despojos, y ufanos con la victoria, los recibiò la Ciudad con solemnes alegrias. Dexèmos aqui à David, mientras descansa en Ceilan, adornèmos con algunos similes la muerte lamentable de los Sacerdotes de Nobè, para que los sacrilegos, que ponen manos en las personas Sagradas, vean los desastrados fines con que los castiga Dios, que aunque no lo hemos mencionado, por no haver llegado

allà el fin, y el paradero de Saùl, y su Privado, assi en ellos, como en otros, podràn sacarse experiencias, que causen horror, y espanto à los mas arrojados en tales demasias.

EXEMPLOS DE ALGUNOS QUE PUSIERON MANOS EN los Ministros de Dios.

EXEMPLO PRIMERO.

REinaba en Castilla Don Pedro, à quien sus muchas crueldades le apropriaron apellido, llamandole el Cruel, tan aborrecible à todos, que aun hasta el nombre de Pedro quedò odioso entre los Reyes, como el de Rodrigo, por haver perdido à España. Sea congetura mia, ò sea verdad, que por lo menos desde aquellas edades, ningun Monarcha Catholico ha puesto nombre de Pedro, ni Rodrigo à los que han de sucederle en la Corona; porque de un cruel, no es mucho que hasta el nombre se aborrezca. Muchas cosas buenas tuvo este Principe, que no hemos de desdorarle en el todo, mui zeloso fue de la justicia, que por este respecto le llaman justiciero; bien entendido, mui diestro, y famoso en armas: mas ya fuesse con justicia, ya sin ella, fue tal la carniceria que hizo de Grandes, y Caballeros en diversas veces, y en lugares distintos, que aun de la sangre que se vertiò entonces, nacen salpicadas las familias, con los recuerdos tristes de ascendientes muertos. Por no salir de mi assumpto, dexarè de contar hechos atroces, si bien son tan notorios comummente, como llorados de algunos. La crueldad con la Reina Doña Blanca, que desde el thalamo, à manera de decir, fue à la prission, hasta que en la estrecha Carcel de Medina-Sidonia, la hizo matar con yervas, sin que el fuero de ser su propria muger, sin que su honestidad, su hermosura, su innocencia, su discrecion, ni virtudes bastassen à mover su animo airado: à quien que le toque sangre, y aunque no le toque, no provocarà à lastima? Manchar sus manos en la sangre fraternal del Infante Don Fadrique, y à ojos del cuerpo difunto hacer que le sirviessen la comida, el Alcazar de Sevilla pudo verlo, y con ser de piedra, fue harto no llorarlo. Matar à Don Juan su primo allà en Vilbao, y hacer arrojar el cuerpo de una ventana à la plaza, à que le viessen cadaver, quando le aguardaban con titulo de señor, en que Barbaras Historias se havrà visto? Mas estas, y otras atroci-

dades semejantes, aunque le traxeron à mal traher; no empero le arrastraron al suplicio, hasta que se eslabonaron sacrilegios, que una cosa es llevar la soga arrastrando, y otra tirar de la soga.

Quando ya iba de caìda su grandeza, porque amontonados los pueblos, iban siguiendo la voz de Don Enrique, aclamado por Rey, en las principales Ciudades de Castilla. Entonces, pues, que de una parte à otra andaba procurando con que defenderse, executaba rigores en los que le havian negado. Por tierras de Portugal passò a Galicia, y llegado à Compostela, sin respectar Sacerdocio, assi como otro Saùl, sin mirar en Dignidades, sin temer castigos, mandò quitar la vida à D. Suero, Arzobispo de Sant Iago, y à Per Alvarez, Dean de aquella Santa Iglesia, naturales ambos de la Imperial Toledo. A los Obispos de Lugo, y Calahorra desterrò de sus Iglesias. Al Arzobispo de Braga, que le cogiò en Burgos, le hizo meter en un silo; y ultimamente al Maestre de S. Bernardo, Dignidad Eclesiastica, y de Religion en aquel tiempo, despues que le tuvo presso en la batalla de Naxera, le hizo dàr la muerte. Es cosa mui de notar, que despues que hizo este Rey estas demasias con personas consagradas al Divino Culto, y un vilipendio del Sacerdocio, fue como por la posta rodando à su precipicio: Primero passò por el cuchillo de las censuras, despues vino à parar al corte de otro cuchillo. Castigos del Vice Dios, que es el Pontifice Summo, experimentò primero, y Dios, que es el mas ofendido en estos casos, acabò de castigarle con dàr permission à su desastrada muerte. Sucediò desta manera:

Por la muerte del Maestre, destierro, y prision de los Obispos, el Papa Urbano, Quinto deste nombre, despachò un Breve, en que le declarò por publico excomulgado. Y para hacerselo notorio, vino un Arcediano de Roma, que zeloso de la immunidad Eclesiastica, aunque sabidor de la austera condicion del Rey Don Pedro, se quiso encargar del caso, que rehusaron otros muchos; pero temiendo con todo alguna vexacion, ò algun desaire, se valio de semejante industria. Vino à Sevilla en una Galeota, ò Vergantin ligero, y puesto en las orillas del campo de Tablada, aguardo ocasion que passasse el Rey, como solia, por aquella parte. Sucediole a medida del deseo. Saliò el Rey passeandose una tarde en un potro, hijo del Betis, y viendole el Arcediano, le preguntò, si gustaba de saber algunas novedades de Levante, que se llegasse mas cerca, y le contaria cosas prodigiosas, è inauditas, como quien venia de verlas, y tocarlas. El Rey sin rezelo de la

burla, y ansioso de algunas nuevas, se llegò hasta la lengua del agua, y el Arcediano entonces con lindo despejo, le intimò las Letras Apostolicas, y apenas intimadas, quando escapò à vela, y remo, haciendose à la marina el rio abaxo.

Fue tanto el corage, y el enojo que recibiò el Rey de verse assi burlado, que sin reparar en riesgos, metiendo mano à la espada, y arrimando al caballo las espuelas, se lanzò en el rio, excupiendo blasfemias contra el Papa, y amenazandole hacer armas contra èl, y quitarle la obediencia. Tan ciego, y encarnizado le puso la pesadumbre, que fue siguiendo la Galeota, hasta que cansò el caballo, que sin poder hacer pie, se iba apique, y à no ser socorrido con un barco, peligrara entonces. El Arcediano, aunque escapò con victoria, se llevò buen miedo, pues la primera cuchillada casi le rayò el vestido, dando el golpe en la Chalupa. En fin, llevò à Roma que contar, y casi le hizo temer al Padre Santo, pues admirado de la fiereza del Rey, por obviar males mayores, que podian encenderse de aquel fuego, le enviò à desenojar por medio de un Cardenal sobrino suyo. Absolviòle de la excomunion, con que à los Obispos desterrados los restituyesse à sus Iglesias. Por los muertos no pudo haver satisfaciõ, ò huvo miedo en el perdirla, pero reservòse à Dios, que para castigar, no repara en atenciones.

A pocos dias, yendo con su Exercito marchando hàcia Toledo, en busca de su hermano Don Enrique, que no con menos brio se adelantò à recibirle. Sentò su campo à vista de Montiel, Villa famosa en la Mancha, y por lo que sucediò mas conocida. Llevaba Don Pedro la mitad del Exercito de Moros de Granada, con que aquel Rey le havia socorrido (ayuda vil, y mas contra Christianos!) y como sea assi, que en estos lances, en que de poder à poder se buscan dos contrarios, arrastrando el lance de una batalla la pèrdida, ò la victoria, y mas en guerras civiles, se suele desear saber el sucesso por medio de adivinos, al modo que sucediò à Pompeyo en la Farsalia, y à Saùl en Gelvoe, y ambos en los agueros supieron sucessos tristes, pues rotos, y destrozados acabaron con las vidas; juicios quizà del Cielo, y à nuestro intento entrambos, pues los dos fueron sacrilegos. Pompeyo profanando el Templo Santo de Jerusalen, dando alli de comer a sus caballos, y Saùl quitando las vidas à los Sacerdotes de la Ciudad de Nobè; y es tan grave esta maldad, que el mismo delito và assombrando en miedos, y amenazando ruinas. Como sea, pues, tan ordinario esto à quien và con esta culpa; assi Don Pedro, como temeroso de su concien-

ciencia misma, y poco confiado en tantos esquadrones, quiso saber el fin de su jornada, por medio de Agoreros. Algunos Astrologos le prognosticaron, que havia de morir en la Torre de la Estrella, que assi no entrasse jamàs en Castillo, ni poblado de aquel nombre. Consultò assimismo al Moro Benaganti, gran Magico de aquel tiempo, y mui estimado de los Reyes de Granada. Este, mediante una prophecia de Merlin, le anunciò la muerte en un lugar de la Selva, y mui desastrada, pues le amenazaba con la eterna; diciendo: *Que moriria dos voces, una al mundo, y otra à Dios*. El aguero iba rebozado con nombre de ave negra, que naceria en las partes de Occidente entre los montes, y el mar, robadora, y comedora. Esta gormarìa despues lo que havia comido, y andaria como desterrada, buscando de puerta en puerta quien le diesse alvergue, y que nadie la acogeria, con que despechada se encerraria en la selva, y alli moriria dos veces, à Dios, y al mundo. Esta prophecia le aplicò el Moro à D. Pedro, segun los procedimientos de su vida, que bien mirado, le quadraba en todo, por su ambicion, por sus crueldades, y por su destierro. Solo le restaba ya el ultimo trance, que era encerrarse en la selva, y morir desastrada muerte.

Buenos anuncios, y consuelos serian estos à quien iba escarapelado con los miedos, y temores. Diòse, en fin, la batalla en el campo de Montiel, en que Don Pedro quedò vencido con gran pèrdida de gente, y à uña de caballo escapò huyendo. Encerròse en la Villa con los pocos que pudieron seguirle. Don Enrique triumphante le cercò al punto, deseoso que no se le escapasse, pues en acabarle estrivaba todo su sossiego, y la comun quietud. Mandò fabricar en vez de trinchera, una pared de piedra seca, que al modo de muralla cercaba toda la Villa, maña bien advertida, y provechosa. Bien se podia aplicar, que ya el ave estaba acorralada en la selva, con bien pocas esperanzas de salvar la vida, porque el cerco era apretado, sin haver el menor resquicio por donde aventurarse. La hambre, y la sed apretaban assimismo por adentro, no menores enemigos contra la vida humana, que los que estaban por fuera abroquelados. Reducido, pues, à tan miserable cuita, procurò à fuer de promessas salir de aquel peligro, interponiendo para esto la ayuda de algun contrario. Este fue Beltran Claquin, General de los Franceses, que havian venido en favor de Don Enrique. Como de estrangero, le pareciò seria mas segura la confianza, que, al fin, por leales que procedan, siempre humea en ellos la enemiga, que han tenido siempre à España. Consultò

estos intentos con Men-Rodriguez de Sanabria, Caballero que siempre le asistiò leal en todos sus trabajos. Aprobò el parecer, viendo que ya era el ultimo remedio, y assi èl mismo con son de paz saliò à verse con Beltràn Claquin. Exageròle de parte del Rey el servicio grande que recibiria, solo con darle puerta para huirse, ofreciendole por principio de paga docientas mil doblas, y muchas Villas, y Castillos.

Confuso se hallò el Francès, hecho fiel de dos empeños, y puesto su credito en balanzas. Por una parte le brindaba el interès, por otra le tiraba la lealtad, aqui reconocia deuda, y alli miraba piedad. Con todo rehusò de hacer traicion semejante à su señor Don Enrique, temiendo mas la infamia en que incurria, que perder aquel logro que le daba. Replicò à las excusas Men Rodriguez, haciendole mas instancias, y èl le pidiò tiempo para mirarse en ello, que cosas grandes, no pueden resolverse, sin mirarlas bien primero. Quedaron en esto à las primeras vistas, y Beltran communicando el caso con algunos amigos, les pidiò su parecer: ellos le aconsejaron, que contasse à Don Enrique lo que le havia passado, con que ganaria fama de leal, y a fuer de gratitud conseguiria quizà lo que le daba Don Pedro. Tomò este consejo, contò el caso à Don Enrique, el qual, con las promessas mismas que le ofrecia su hermano, le vino à persuadir à que con trato doble le llamasse à su tienda, para segun lo practicado, darle passo libre, y que una vez puesto alli, èl veria lo que havia de hacer. Don Beltran, aunque conociò, que en las dos partes queria hacerle fementido, y que cada uno le brindaba à la traicion, abrazò esto segundo, como mejor partido, pareciendole que engañar al contrario, y mas en las materias de la guerra, no era tanta culpa. Sentò, pues, con Men-Rodriguez el trato, y concertaron noche, en que Don Pedro saliesse: Notable desdicha, que aun las Magestades no pueden estàr seguras de traiciones!

Llegò la noche infeliz, no sin agueros de sombras. Vayetas arrastrò el aire, de que cortaron capuces las estrellas. Los paxaros solitarios gemian en el monte, quando saliò el Rey Don Pedro de Montiel, tan sobresaltado de miedos, y tan lleno de tristezas, como quien desde la Carcel sube en la enlutada mula para marchar al suplicio, que quien hollado ya de la fortuna, por mas Principe que sea, se và à poner en manos de un estraño, para que le socorra, es llevar la vida puesta en el tablero, y jugada à los dados. Assi aconteciò à Pompeyo, quando rompiendo el mar

à

â toda prissa, iba à ampararse del Rey de Egypto, y en vez de amparo hallaba muerte. No es marabilla, pues, que vaya el Rey Don Pedro temeroso de dàr con un Tolomeo, quando se và a valer de un enemigo. Demàs, que apretaban las tristezas los agueros, pues lo umbroso de aquel sitio lo juzgaba por la selva, en que el prognostico del Moro le amenazaba. Luego en la torre del omenage havia visto un rotulo, que decia: *Esta es la Torre de la Estrella.* En donde muchos Astrologos le havian prognosticado su muerte.

Con estos cuidados, pues, con estos miedos saliò el Rey armado sobre un caballo, llevando en su compañia algunos Caballeros, en conformidad del trato. Encubiertos con la noche, llegaron à la estancia, y alojamiento de Beltran Claquin. Apearonse à la puerta, entrò el Rey dentro, hallò poca luz, y viò como turbados los que estaban en la pieza, y que en un murmurio sordo se hablaban unos à otros, sin dexarse entender, todas señales tristes del fracaso amenazado. Dixo entonces al Rey, Beltran, que se fuessen luego, y no lo dilatassen à tiempo que les embargasse el passo algun estorvo; y en esta instancia entrò Don Enrique armado, con buen sequito de gente, que se quedò à la puerta de guarda. Dicen algunos, que dixo al entrar con voz desentonada: *Donde està el hi de puta Judio, que se llama Rey de Castilla*: Y que respondiò Don Pedro: *Tu eres el hi de puta, que yo hijo soi del Rey Don Alonso.* Otros dicen, que antes el uno, y el otro se quedaron como atonitos, y pasmados de mirarse, y todos los que estaban en la pieza, mui confusos. Quien duda, que en lance semejante no vacilarian todos entre miedos, y esperanzas? Vn Francès entonces, que como le tocaba menos de la lastima, se hallò mas desahogado, dixo à Don Enrique, señalando con la mano à Don Pedro: *Mirad, señor, que es este vuestro enemigo.* Que fue, como decirle: Dexad la confusion, pues esta aqui a quien buscais. Y Don Pedro, con aquella ferocidad de animo, que le diò la naturaleza, respondio dos veces: *Yo soi, yo soi.* Entonces Don Enrique, metiendo mano à un puñal, se fue para èl à herirle. Don Pedro reparando el golpe, vino à cogerle en los brazos, y bregando uno con otro, cayeron ambos en tierra, y Don Enrique debaxo. Los circunstantes no havian mas que mirarlos, sin moverse ninguno à dar ayuda. Solo Beltran Claquin, reparando en que Don Pedro, por ser hombre mui membrudo, y de mas fuerzas, podia sufocar a Don Enrique, se llegò como à esparcirlos, y no hizo mas que darles vuelta,

dexando à Don Enrique encima, y diciendo estas palabras: *Ni quito Rey, ni pongo Rey, pero ayudo à mi señor.* Al punto, pues, que viò Don Enrique mejorado su partido, hiriò à Don Pedro de muchas puñaladas, con que le quitò la vida. Lamentable sucesso! Caso atroz! Desdicha summa! Vèr à un Rey de Castilla revolcado entre su sangre, muerto à manos de un hermano. Prodigioso exemplo, para que miren todos, por mas grandes que se vean, los fines, y paraderos que les permite Dios à los que con vida escandalosa no saben gobernarse! Quien no tuvo empacho de hacer derramar sangre innocente de los Sagrados Ministros, que en Compostela, y en los campos de Naxera, quizà abriendo bocas como la de Abèl, pedian venganza al Cielo: què marabilla, que la suya en el campo de Montiel se vea derramada? Nadie imite à Saùl, por agraviado que estè, en poner manos sacrilegas en Sacerdotes de Dios, porque quando piense que està mas olvidada la maldad, se verà qual èl en otro Gelboè, vertiendo arroyos de sangre, ò en otro Montiel cosido a puñaladas. Quien toca a Christos de Dios, tiene poco de Christiano, y hallarà mui poco en Christo.

EXEMPLO II.

AVnque el Sacerdote no haga lo que debe, no tiene poder el Principe para castigarle, ni poner en èl las manos, que esso le toca a Dios, y a quien exerce sus veces en la tierra, que es el Pontifice Romano, y hacer en contra desto, aunque le dèn color de justicia, y aunque le echen capa de zelo, tendràn siempre su castigo, mas, ò menos, conforme fuere la culpa; y menos, ò mas, conforme la penitencia de quien delinque. Exemplo nos darà bastante un caso, que sucediò al Rey de Aragon Don Jaime, que fue desta substancia. Tuvo este Rey, siendo mozo, entre las travesuras, que la mocedad suele deslizarse, su poco de galanteo, y conversacion, no poca, con cierta dama, llamada Doña Teresa Vidanta, de prendas, sin duda grandes, pues tuvo brio, y valor al tiempo que el Rey, harto ya de sus amores (que hasta los amores hartan) casò con Doña Violante, hija del Rey de Ungria, para pedirle la palabra que la tenia dada, y formar sobre ello pleito en la Romana Curia: advertencia mucha, para que qualquiera señora no afiance la joya del honor en palabras, y promessas de hombres enamorados, por mas Principes que sean, porque goloso el apetito de nuevo man-

manjar, les tuerce facilmente nuevos empleos. Asi sucediò à Don Jaime, pues sin mirar obligaciones, ni atender a caricias, dexò burlada a Doña Teresa, quando ya dos partos la llamaban madre, y ella se pensaba Reina. Sentida entablò su pleito, pidiendo al Rey por marido. No tenia prueba, ni testigos; el Rey negaba: padecia su justicia. Diòse en Roma sentencia contra ella, sin hacerle agravio, porque la Iglesia nunca juzga de lo oculto. El Rey (ya fuesse traza de Doña Teresa, valerse de sus Confessores, ya fuesse por otro fin) descubriò lo que passaba, y la verdad del caso al Obispo de Gyrona, baxo de los candados del natural sigilo, y aun de los de la confession. Dixole, pues, como havia dado palabra de casamiento a Doña Teresa, y que siempre fue su intencion tenerla por muger, pero q̄ ahora:: En este pero formaria sus excusas; sus causas, sus conveniencias, que si fueron ajustadas, solo Dios pudo saberlo.

Quando vì esta historia, vine a desengañarme, que hai tambien Prelados tontos, que hacen boberias, que ocasionan mil empeños. Por lo menos la de este buen Obispo, no puede negarse, pues ya fuesse zeloso de la conciencia del Rey, ya compassivo del agravio que se hacia a Doña Teresa, quebrantò el sigilo de la confession, que aun quizà por esto, y para terror de todos los Padres espirituales, permitiò Dios el castigo que le dieron, que a veces no son acasos algunas desgracias. Pareciendole, pues, que hacia una obra de misericordia, escribiò en cifra una carta al Papa Innocencio Quarto, dandole aviso, como el Rey no hacia su deber en dexar a Doña Teresa, con la qual estaba casado, y que assi el matrimonio, que pretendia con Doña Violante se havia de dàr por ninguno, y por de ningun valor: Que esta verdad la sabia de boca del mismo Rey, que se lo havia revelado baxo de secreto, por cuya causa no se quietaba su conciencia, menos que dando este aviso, para que su Santidad lo remediasse por el mejor modo que pudiesse, y con el recato, y secreto que pedia la materia.

Mediante este aviso, mudaron de parecer los Jueces de la Rota, y comenzaron a inclinarse a la parte de Doña Teresa. El Pontifice daba calor a ello. Y como jamàs faltaron chismosos, y mas en las Cortes, y Palacios de los Reyes, que oyendo en una parte, y susurrando en otra, cogen la palabrilla que se cae, y el cuento que se dice, para ir a relatarlo a quien lo paga, y agradece, no faltò quien vino a entender, que el Obispo de Gyrona, por carta que havia escrito, havia sido la causa de haverse puesto el pleito de

ma-

mala condicion. Llegò este chisme à oidos del Rey Don Jaime, y juzgando que era cierto, por no haverse descubierto à otra persona alguna, ardiendo en el corage, que mueven las primeras iras, y vendados con el enojo los ojos de la razon, hizo llamar al Obispo à la Corte. Vino como otro Achimelech al llamado de Saul, bien ajeno de lo que le esperaba, y apenas Don Jaime le tuvo en su presencia, quando mandò à un Verdugo, que le cortasse la lengua. Executòse la crueldad con horror de quantos lo miraron, con mucha lastima de los que lo supieron, que tal carniceria, aunque se executara en un seglar, moviera à dolor, quanto mas à un Obispo.

Nadie creyera de tan Catholico Principe desacierto tan grande, y no hai duda, si no que el castigo fuera cruel, à no saber purgarse con la penitencia; que estas ventajas hace un entendido al que no lo es, que ya que tropieza, y cae, sabe levantarse, ya que yerra, sabe arrepentirse, al modo que sucediò à nuestro David, quando ya Rey coronado se dexò enredar de una hermosura, con que tropezò en un adulterio, y cayò en un homicidio; pero à baños de lagrimas, y à fuerza de penitencias, aplacò à Dios los enojos, y purgò las culpas. Bien anduvo Don Jaime, en quanto à esto, ya que havia andado mal. Fue el caso, que al punto que llegò à Roma la nueva, y supo el Pontifice el atròz delito, dicen, que hacia bravuras de colera, y enojo, que se llenò de espantos el Palacio Sacro. Esgrimiò contra el Rey la espada de la Iglesia, aterrando à todo el Reino con golpes de censuras; que excessos de los Reyes, todo el comun los paga de ordinario. El Rey fue declarado por excomulgado publicamente, el Reino de Aragon quedò entredicho, cerrados todos los Templos, suspenso el divino culto, y envuelto todo en tristezas. Conociò Don Jaime el yerro suyo, y mostrando arrepentimiento, despachò con suplicas humildes à pedir absolucion con todo el cargo de penitencia, que el Pontifice gustasse de imponerle. Despachò por su Embaxador al Obispo de Valencia, que para negocio tan grave no se atreviò à enviar menos persona. El Pontifice no se fiò de cartas, ni de palabras: y assi, para la averiguacion enviò à dos Legados con facultad plenaria de alzar el entredicho, y absolver al Rey, si hallassen que su dolor, y pesar lo merecia. Los Nuncios guardando en todo las ordenes que trahian, haviendose juntado en Lerida muchos Obispos, y Grandes en la Iglesia Mayor, y à vista de todo el pueblo, absolvieron al Rey publicamente, con las ceremo-

nias solemnes, que el Derecho dispone. Puesto de rodillas, y con humildad mucha oyò la reprehension, que se le hizo, y aceptò gustoso la penitencia que le fue impuesta, de labrar à su costa el Monasterio Bonifaciano en los Montes de Tortosa, dotandole de rentas suficientes; que en Gyrona fundasse una Capellania, en Valencia acabasse un Hospital, è hiciesse otras limosnas. Todo esto precediò para absolverle, y todo lo cumpliò despues de absuelto: què maravilla que templasse à Dios en la venganza?

Ser este Rey penitente, despues del sacrilegio, vino à aprovecharle en no morir desterrado. Con limosnas, con obras pias, con muchas hazañas supo purgar el excesso. Fue tan devoto, que edificò mil Iglesias, unas desde los cimientos, otras que fueron Mezquitas, consagrandolas a Dios. Fue tan feliz en las armas, que por treinta veces entrò en batalla campal con los infieles, y siempre saliò triumphante. Sesenta y tres años tuvo la Corona, con aplauso universal de sus vassallos. Dexò grande sucession, ramas ilustres, con que hoi se coronan muchas Casas. Pero con todo, como aquella lengua cortada del Obispo de Gyrona daba voces en los estrados divinos, parece que quiso el Cielo, que quien à un Ministro Sagrado diò muerte tan lastimosa, sintiesse algunas desgracias en su muerte. Bueno es que se salve el alma de quien supo llorar arrepentido; pero razon es, que sienta el cuerpo algo de las penas que hizo padecer à otro. Assi Don Jaime, aunque muriò Catholico, y contrito en la Ciudad de Valencia, fue originada su muerte de tristeza, y pesadumbre, porque haviendo salido à sossegar los Moros de su Reino, fue destrozado su campo en la Villa de Luxen, y fue tal el estrago, y la matanza, que por ser Martes el dia de la batalla, dicen, que desde entonces comenzò à llamarle el vulgo, dia aciago. Murieron personages de gran cuenta, y otros quedaron prisioneros, muchos de los que escaparon derrotados, y heridos. El Rey Don Jaime, que estaba en Xativa, assi como oyò la nueva, fue tanto el pesar que recibiò, tanta la tristeza de que dexò llevarse, que cayò en la cama, y muriò de alli à pocos dias. Este fue el fin de este Rey, apesadumbrado con una desgracia, quien en tantas lides saliò siempre con victoria. Quedese al Lector la conjetura, que harto hai que vèr en el caso. Quien dà muerte con dolor, dolorosamente muere. Respectar el Sacerdocio, hasta à los Reyes importa, ò aparejarse al castigo.

***

EXEM-

EXEMPLO III.

COrone eſte aſſumpto un caſo raro, tan moderno, y reciente, que ningun Eſcritor, al menos que yo, haya viſto, ſe ha atrevido a darle al molde, por no laſtimar con la relacion a los que ignorantes quizà del exceſſo, ſon ramas nobles del que padeciò el caſtigo. De perſonas fidedignas lo he eſcuchado, y aun en pulpitos lo he oìdo, con el diſfraz, y rebozo que pide la materia, y ſiguiendo el miſmo rumbo, havrè de contarlo, callando apellido, y nombre; paſsò, pues, deſta manera: En aquella Era, que reinaba en Eſpaña, uno de los mejores Reyes que ha tenido, y a quien la Corona Auguſta del Imperio ciñò las ſienes (que quando digamos que fue Carlos V. importa poco.) Sucediò, que deſazonados los naturales del gobierno eſtraño, ſe levantaron algunos motines en muchas Ciudades, y Pueblos, con titulo de Communidades. Los levantamientos fueron mas comunes de la plebe; que los nobles raras veces hacen eſtas ſalidas. Las cabezas fueron aſsimiſmo hombres ordinarios. Eſto ſonaba por defuera; mas a lo ſecreto debia de haver perſonages de valor, que urdian las tramas, y atizaban el fuego. La coſa andaba tan rebozada, que ſolo las conjeturas, y ſoſpechas podian hacer juicio, y eſte incierto. Caſtigòſe la maldad como merecia: los mas culpados pagaron con las vidas, y por no acabar con muchos, los dieron a los demàs por innocentes. Soſſegòſe el Reino a viſta de ſu Rey, y al miedo de la juſticia. Entre las peſquiſas, que hicieron los Miniſtros, unas publicas, y otras de ſecreto, diceſe, que averiguaron, que el Obiſpo de Zamora (no importa explicar el titulo, quando callamos el nombre) * havia ſido uno de los principales promotores de aquel rebelion, y eſcandalo. Que fueſſe verdad, ò no, no lo averiguo. Lo mas cierto es, ſerian ſolos indicios, y conjeturas, por eſtàr acaſo mal contentos con los que gobernaban. Y como acontece, no peſarle a quien eſtà deſabrido del daño, q ſobreviene a quien cauſa ſu diſguſto, no havia meneſter mas la emulacion, q haver viſto al Obiſpo un buen ſemblante para acumularle qualquier culpa, y levãtarle un falſo teſtimonio.

Un Alcalde, pues, (eſte nombre le darèmos) que entre los demàs peſquiſidores queria ganarſelas a todos en lo bravo, en lo zeloſo, y en lo preſumido, queria ſer, en fin, mas Juez que los demàs; que hai hombres, que por ſobreſalir aun en ſu oficio, ſe arrojan a temerarios. Eſte Alcalde, pues, tomò por ſu cuenta la ave-

* El Padre Mariana, Caſtillo, y otros, dicẽ ſin rebozo, q el Obiſpo ſe llamaba Don Antonio de Acuña, y que fue cabeza de los Comuneros, y q le dierõ garrote en la carcel de Simancas. Aqui ſe procura hablar cõ mas piedad, y modeſtia.

averiguacion del Obispo de Zamora. Si la hizo bien, ò mal, con passion, ò sin ella, èl solo lo supo, y ya havrà dado la cuenta. Era cosa grande para aplaudir al Rey, descubrir un comunero: descubrir una cabeza, què seria? Claro està, que se venian por ello las mercedes à la mano. Con esta golosina, y con esta ambicion, hizo el Alcalde la causa, sin miedo de censuras; que hai juez Letrado, que en cosas de jurisdiccion quiere torcer los Canones Sagrados, al modo que las leyes, pareciendole, que sirven en ello al Rey, y es deservicio, porque nunca quiere el Rey sino lo justo, y hacer causa el seglar à un Eclesiastico, es injusticia. La prueba le pareciò tan plenaria, que no buscaba ya mas, sino modos para passar al castigo. Remitirle à su Juez, lo tuvo por cosa larga, y lo mismo despachar à Roma, donde era forzoso havian de ampararle, disminuyendo la culpa, por lo qual quiso usar de una traza caprichuda, con que engrandecer su fama. Juntò un dia una tropa de Ministros, y criados, y sin decir à ninguno lo que llevaba en su pecho, se fue en casa del Obispo, fingiò que iba à otros negocios, por encubrir las sospechas, dexòse en el zaguan los criados, advirtiendoles estuviessen sobre aviso, para quando èl los llamasse. Con esto, haviendo pedido audiencia, y siendole concedida, se entrò à hablar con el Obispo, el qual sin recelar daño alguno, le recibiò con mui gran cortesia, y agasajo. Correspondiò el Alcalde al mismo tenor, cariñoso, y mui cortès. O pechos humanos, y què bien, quando quereis, dissimulais la maldad!

Aunque el Obispo le convidò con silla, no quiso sentarse, ò por hacer mejor el hecho, ò no estàr el corazon para tanto reposo, que un animo traidor, vacila en desassossiegos. Comenzaron, pues, à passearse, hablando sobre el negocio, que fingiò iba à tratar, y quando mas embebido en la platica, y mas descuidado el Obispo con la conversacion, sacò el Alcalde un cordel, que llevaba en la pretina, y echandosele al cuello, diò voces, pidiendo ayuda. Acudieron los Ministros, unos à ayudarle, y otros à tomar las puertas, por impedir los estorvos, y antes que pudiesse ser de nadie socorrido el Obispo, ni pudiessen quitarle de las manos de tantos verdugos, le echaron de un corredor abaxo, dexandole colgado de las varandillas, à vista de quantos quisieron verle agonizando en el aire. No entiendo que desde Saùl acà se viò tal carniceria, ni maldad mas descarada, ni delito mas cruel! Prudentes, y avisadas han andado las

piu,

plumas en no haver escrito atrocidad semejante; pues aun Barbaros Japones no anduvieran quizà tan desatentos, como anduvieron Christianos, y Juez con una vara en la mano, que exerce veces de Dios. Què Juez se hizo jamàs verdugo, aunque dexasse sin castigar mil deliquentes? Ni què verdugo puso jamàs cordel al cuello de un Obispo? Quedese al discurso este dolor, esta lastima, este sacrilegio, y veamos el castigo de este Alcalde, que causarà tal terror, que sea escarmiento à quantos se hallaren Jueces.

Por el miedo del rayo de la Iglesia, viendo que era el caso, para que el Pontifice hiciesse una demonstracion mui grande, poniendo entredichos, fulminando excomuniones, y amenazando otras penas. Por este miedo, pues, se solapò la maldad, encubriòse el homicidio, desluciòse el sacrilegio. Como eran cosas del Rey, nadie hablò palabra; los que mejor lo supieron, se hicieron mas ignorantes; y es lo bueno, ò lo malo, podamos decir, que cargaban al Rey la culpa, en que aun no tenia parte, por zelar mejor el hecho. Gran desdicha, que hagan los Ministros capa de las Magestades, para colorir sus yerros! Otro tanto hizo Borbon, quando el saco de Roma, acumulando al Catholico Monarcha la culpa de su maldad: mas Dios mira por sus Reyes, y no permite que les mancillen su fama con lo que no han cometido, por lo qual castiga de contado los dueños del delito. Borbon al subir del muro, le assaltò la muerte, quedando hecho espectaculo à vista de su Exercito: en esto parò su orgullo. Nuestro Alcalde muriò un poco mas de espacio, porque royendo el gusano de su dañada conciencia el estambre de la vida, tuviesse en la dilacion mas dolor, y mas tormento. Nunca desde entonces le amaneciò un dia alegre; assombrado de sì mismo, lo hallaba todo disgustos, y todo desazones, creciò la melancolia, sobrevino una dolencia, cayò en la cama. Aqui fue la inquietud, aqui los ahogos, aqui las apreturas: Agravabase el achaque, y mordia la conciencia. Por una parte el Medico, por otra el Confessor, por otra el Escribano, andaban baraxados, y confusos, sin acertar ninguno à lo que iba, porque el grito del achaque alteraba al Confessor: el ay de la conciencia atemorizaba al Medico, y uno, y otro turbaba al Escribano. Todo era andar con prissa, medicinas, y Sacramentos, y con nada se quietaba el doliente, que quando està enferma el alma, poco aprovechan remedios. Confessò, en fin, sus pecados, si bien, ò mal, luego lo verèmos. Recibiò la Sagrada Eucharistia, Viatico divino, y soberano socorro, para quien

quien le come en gracia! Hizo tambien testamento, y echando de vèr que se moria, pidiò que le llamassen al Principe, porque importaba à su salvacion communicarle un negocio.

Era este Alcalde hombre de importancia, y de quien el Rey, y Principe hacian mucho caso. Sus muchas letras, y grandes servicios le havian levantado a tanta altura, y pues fue un Principe, como Phelipe Segundo à visitarle à su casa, no puede decirse mas. Visitòle, pues, por consolarle; despejaron la pieza, quedaron solos, y hablòle de esta forma: Yo, Principe, y señor mio, siento que me muero, y no me aflige el verme morir, quando es deuda natural; no me aflige dexar mi casa, quando queda bien puesta, y amparada de vuestra Alteza: nada de aquestas cosas me aflige, solo me atormenta, solo me atemoriza un cuidado, una pena, un recuerdo de aquella muerte que di al Obispo de Zamora; esto me trahe desassossegado, inquieto, y con pesadumbre, y pues yo no tuve alli otro fin, que hacer el servicio de su Magestad, castigando sediciosos, segun las ordenes que me tenia dadas, holgariame en extremo, que este cargo, y esta culpa, si en ello tuve alguna, le tomasse su Magestad sobre su conciencia, que siento en mi, que si vuestra Alteza me descarga desto, morirè con grande alivio.

Oyòle con atencion el Principe, y con aquel gran talento que Dios le diò, le dixo: Que si las ordenes que el Rey su padre le havia dado, las havia cumplido sin exceder de ellas, no havia porque tener escrupulo: porque comissiones de un Rey Catholico, siempre se procura que vayan ajustadas à lo que puede estenderse su jurisdicciõ; pero que si el havia excedido por hacer servicio mayor, ò por qualquier otro respecto, metiendose en castigar lo que no debiera, no era razon que su padre se cargasse dello, y mas en cosas que tienen dificiles los descargos; que no haria poco un Rey en pagar lo que peca, sin añadirse cargas de lo que el otro pecò, que si tenia escrupulos, hombres doctos havia para aconsejarse, y ajustar bien su conciencia.

Con semejante respuesta saliò el Principe mui bien de la demanda, aunque se quedò el enfermo atonito, y confuso. Finalmente, ò el no supo confessarle, ò no debiò de querer, pareciendo que quiza era gran desdoro de su opinion acusar por delito, lo que el havria vendido por una gran justicia; que hai pecadores, que entendidos, se condenan mas que otros por ignorantes. En lo mismo que conocen que es malo, tienen empacho de decir à un

Con-

Confessor, que hicieron mal, pensando es mengua escuchar reprehensiones de quien sabe menos que ellos. No hacen mas las mugeres en pecados de flaqueza, que hombres doctos en pecados de justicia: estos por pundonor, y aquellas por verguenza callan las culpas, è infiernan las almas. Ojo, pues, à este castigo.

Murióse, pues, este Alcalde, y aunque con todos los Sacramentos, se descubriò poco efecto en su persona, pues agonizando en bascas, y con mil desassossiegos, causaba miedo, y espanto à los que se hallaron à su muerte. Muriò, en fin, de la mala gracia, que en esto se dice todo. Su entierro se hizo con mucha pompa, mui grande acompañamiento, mucha cera, muchos lutos, mui solemnes las exequias, mucho fausto. En un Convento de Religiosos tenia su sepulchro, ostentando los marmoles con las gravadas armas de su grandeza; alli, pues, le sepultaron. Passò su carrera el dia, descogiò la noche el manto, y tocaron los reloxes à silencio. Dadas las doce serian, y quando ya los Frailes, acabados sus Maitines, iban à salir del Choro, comenzaron à llamar con desaforados golpes à la porteria. Causòles novedad, por ser tan à deshora; bien que imaginaron ser algunos deliquentes, que iban à valerse del sagrado. Enviaron al Portero à que inquiriesse quienes eran, y què querian. Assomandose, pues, à una rejuela, hizo lo que le ordenaron; à que le fue respondido por los que llamaban, que baxasse à abrirles, porque importaba mucho à lo que iban. Diò esta razon el Portero al Prior, y con algun enfado le mandò volviesse, y que dixera, que no era aquella hora de abrir el Convento, que diessen el recado, ò dixessen su embaxada, ò que volviessen de dia. Volviò el Portero con esta respuesta, bien desazonado, y con mucha pesadumbre. Hizo mui bien el papel, hablò con brio, y como quien està en su casa; pero con mas imperio, y ossadia le replicò entonces uno desta suerte: Vaya, Padre, y digale à su Prelado, que mande abrir estas puertas, que estàn aqui dos Ministros de la Justicia de Dios, ò que si no, verà con la facilidad que las abrimos.

Qual quedaria el pobre Fraile oyendo esto, no hai que ponderarlo, pues aun à quien no se halla en ello, de solo oirlo, le harà el miedo espeluzarse. Embargadas las acciones, perdido el color, muertas las palabras, todo temblando, contò al Prior, y à los Frailes lo que le havian dicho, causando en todos no menores miedos, y mas confusion, y espanto. Mirabanse unos à otros con semblantes de difuntos, quien mostraba mas valor, estaba mas temeroso, cada uno pensaba que por èl iban: el que estaba con rencor, con de-

deseos de venganza, ò enredado en otras cosas, yà se contaba por preso, yà se miraba en juicio, ya no hacia caso de la vida, solo del alma hacia caso. Què harèmos, Padres? preguntaba el Prior: que se les abra (decian los mas animosos) otros, que no se abra; otros estaban neutrales sin responder, si, ni no, todos, en fin, vacilaban entre confusion, y miedo, quando con mayor ruido volvieron los de la puerta à assegundar los golpes. Aqui fue el desquadernarse, aqui el imaginar ya, que iban al suelo las puertas, aqui el mirar cada uno por donde havia de huir. Mas el Prior entonces revestido de valor, y animandolos à todos, mandò al Hebdomadario, que se revistiesse, y à los Acolitos, que tomassen la Cruz, y candeleros, y que assi en procession, y en forma de Communidad baxassen à recibir à la puerta à los que se intitulaban Ministros, ò Embaxadores de la Justicia de Dios.

Aprobaron todos el acuerdo; salieron à la Porteria en la forma dicha, abrieron las puertas, y vieron entrar dos embozados à guisa de valientes, calados los papahigos, altos de cuerpo, morenos de color, y en todo bravos. En el olor de la ropa, que era de azufre, en vez de admizcle, se podia conocer de la region que venian. Hicieron su acatamiento, y haciendo la salva de que perdonassen aquel desassossiego, dixeron, como iban de parte de Dios à cierta diligencia, que guiassen à la Iglesia. Respondiò el Prior, que èl, y toda aquella Communidad estaban mui obedientes à los Divinos mandatos, y al cumplimiento de las ordenes de sus Ministros, en cuya consequencia estaban promptos en cumplir, y executar lo que mandassen. Diciendo esto, caminaron à la Iglesia, la Cruz delante, luego la Communidad, y detràs los embozados. Llegado que huvieron, uno de ellos hizo señas, que guiassen al sepuchro, donde havian enterrado al pobre Alcalde, y que quitassen de encima el tumulo de marmol.

Aunque con esto creciò en algunos la confusion, todavia no se disminuyò el miedo en todos, pues cada qual iba en duda, si seria por el la diligencia. Llegaron, pues, al sepulchro, y el Prior se hallò mui embarazado en haver de levantar la losa, que era maquina de marmol, y à los Frailes los veia tales de miedo, que dudaba de mandarles lo que no podian hacer. Propuso la dificultad con mucha turbacion, y entonces uno de los contenidos, le dixo: Ea, Padre, no se acongoxe, que aqui levantarèmos la piedra, haga que un Sacerdote trahiga un Caliz, y descuide en lo demàs. Diciendo esto, sacò de la cinta una varilla, al modo de Alguacil, y tocando

con ella à un lado de la losa, se revolviò de improviso, sin que la tocassen manos. Quedò patente el cuerpo del difunto, cuyo rostro estaba de buen color, mui claro, y resplandeciente, aunque todo lo demàs afeado, y denegrido. Quien duda, que à vista del expectaculo, y al mirar aquel prodigio, no crecerian los miedos, se multiplicarian los espantos? Considerelo quien lee, en tanto que prosigo.

Trahido que fue el Caliz, hizo que llegassen la copa à la barba del difunto, y levantandole un poco la cabeza, y dandole con la mano en el cerebro, cayò en el Caliz la Consagrada Forma con que le havian comulgado, y luego al punto se le quedò la cara obscura, y fea. No quiere Dios (dixo) que quien no ha confessado sus culpas, tenga socorro, y ayuda deste grande Sacramento, ni que especies, debaxo de las que està su Carne, y Sangre, se digieran en un pecho duro, y obstinado; y assi llevese esta forma al Sagrario, y guardese con toda reverencia.

Cubierto el Caliz con un paño negro, le tomò el que iba revestido, y acõpañado de la Communidad, y de las luces que havia, al passo que si fuera ceremonia de un Viernes Santo, y no con menos tristeza, fueron al Altar mayor. Abrieron el Sagrario, y depositaronle alli. Gran leccion, y enseñanza grande, para que cada uno mire del modo que comulga, y para que aprendan todos el como han de confessarse. No quiere Dios, que el pecador perezca, que se arrepienta quiere, que gima, y llore su culpa, y que la sepa acusar delante del Confessor; porque confessar, y comulgar sin las partes necessarias que piden estos actos, hacerlo solo por cumplimiento, de què podrà servir, sino de temer un fracasso semejante, y una desdicha qual esta?

Vueltos todos adonde el difunto estaba, dixo el uno de los dos, que quitassen de aquel cuerpo el habito bendito, con que estaba amortajado, porque no era digno dèl, ni podia aprovecharle. Dos Frailes entonces con no poco temor lo desnudaron, dexandole en paños menores. Hecho esto, les dixo por remate: Lo principal à que fue nuestra venida, se ha executado. Solo resta, prestando consentimiento de vuestras Reverencias, que saquèmos este cuerpo de aqui, y nos le llevèmos donde tenèmos ya el alma. Vuestras mercedes (respondiò el Prior por todos) podràn hacer conforme al orden, y disposicion que trahen de la Justicia Divina, à lo qual, ni querèmos, ni podemos estorvar, ni impedir. Pues segun esso (replicaron) no lo dilatèmos mas; y apenas dixeron esta pa-

palabra; quando arrebataron los dos el cuerpo miserable, y levantando un denso remolino, desaparecieron con èl, sin que quedasse rastro, ni memoria. Este fue el fin, este el paradero, este el castigo, de quien ossò temerario manchar sus manos en la sangre de un Obispo, de un Sacerdote de Dios. Mirense todos los Jueces en este exemplo, que solo con mirarse, dexaràn de entremeterse con personas de la Iglesia.

CAPITVLO XI.

COMO DAVID SE FVE HVYENDO DE CEILAN A LOS DEsiertos de Zeiph, y el aprieto en que se viò por traicion de los Zipheos.

VIctorioso, y festejado de los de Zeilan se hallaba David, quando tuvo aviso, como Saùl su suegro marchaba con gruesso campo à cercarle en la Ciudad. La fortaleza del sitio, y estàr algo apercebido de sustento, le asseguraba el poder resistirle, la poca confianza de los naturales le hacian no assegurarse; que en casos tales, por redimir cada uno su vexacion, suelen ofrecer al enemigo al mismo que los defiende. Temiò alguna zalagarda de los Celainitas, no quisiessen con su vida redimir sus daños. Consultò sobre ello à Dios, y hallò cierta su sospecha, por lo qual juntando su gente, que serian hasta seiscientos Soldados, saliò de la Ciudad à toda prissa antes que Saùl llegasse. Hicieronse al monte, y en los desiertos de Zeiph sentaron el Real, pareciendoles à todos à proposito el sitio para estàr ocultos. Lo emmarañado de la selva, y lo intrincado del monte les hacian vallado, al modo de trincheras; lo obscuro, y caliginoso del lugar les daban capa de sombras. Los moradores, descendientes de Zeiph, del linage de Caleb, y del Tribu de Judà, que en casas pagizas, y rusticos alvergues, passaban su vida, les hicieron buen passage, y recibieron mui bien; que no fue poco consuelo hallar este socorro en tal trabajo.

Quando supo Saùl, que David se havia ido de Ceilàn, bufaba de corage, juzgando se le havia ido la pressa de las manos. Por no sentir el desaire dissimulò la salida, comenzando à hacer nuevas diligencias para saber donde estaba. Nada se le encubre à un Rey, y mas contra un desdichado. El premio, el interès, y la codicia hacen lisongeros, y por dar al Rey un gusto, minan la tierra: ha-

llar que contar, vale un thesoro, ir con un cuento, ò un chisme, es tener cierta la paga. Por este camino no se le encubriò à Saùl lo que pretendia: en la forma que fue verèmos presto.

Con mas cuidado que el Rey, aunque con mejor intento, diligenciaba el Principe Jonatàs saber de su amigo. Segun Nicolao de Lyra, tenian los dos sus espias secretas, por cuyo medio se communicaban. Sabiendo, pues, que estaba en aquella selva, à hurto de su padre, determinò ir à verle por consolar sus trabajos. Saliò, pues, de la Corte de rebozo, y à escondidas, llegò à aquella soledad, donde no puede decirse los placeres, y alborozos que se mezclaron de ambos, aunque al referir desdichas, metieron como zizaña las tristezas, y se aguaron los gustos. El Principe animò à David, diciendo, que no temiesse, ni se le diesse nada de los desafueros de su padre, porque tenia por evidencia clara haver de sucederle en la Corona, y que aunque èl la perdia, lo tendria por ganancia verla en su cabeza; que no desfalleciesse en los trabajos, sino que hiciesse buen pecho à la fortuna, que mirasse que estaba de su parte, que era su amigo, y que no havia de faltarle en lo pactado, de tenerle por señor en viendole con la purpura. Con mucha gratitud estimò David estas palabras. Volvieron à renovar sus tratos, y promessas, y dandose un estrecho abrazo, se partiò cada uno à su parage, David à la soledad, y Jonatàs à la Corte.

Causan admiracion las variaciones del mundo, lo encontrado de los genios, lo opuesto de algunos hombres; Saùl buscaba à David por todos los caminos, para quitarle la vida; y el mas llegado à su sangre, que era el Principe, se desvelaba en guardarle. De casa de su enemigo salia quien le avisaba, y de su misma casa salia quien le vendia. En el campo contrario hallaba lealtad, y en su mismo campo se fraguaba la traicion. Quien viò terminos mas opuestos? Expliquèmos mas el caso. Mientras Jonatàs por ocultas sendas iba buscando à David, para darle un buen rato, y animarle, procuraban los Zipheos ir à la Corte à venderle, con la codicia, y golosina del interès, que el Rey podia darles, ò quizà no mas de con solo el deseo de tenerle grato, mediante este servicio. Quien imaginàra tal traicion en una gente sencilla como aquella, y que jamàs havian sabido mas que ser unos pobres ganaderos de aquel monte? Quien havia de pensar, que à quien havian dado buena acogida, recibiendole gratos, hospedandole alegres, y dandosele por deudos, pues descendian de un tronco, le

havian

havia de armar un lazo donde acaballe? Por esto no hai mayor tiro, que el de amigos, y allegados, el de aquellos, en que hace un hombre confianza, fiandole sus secretos, y la vida; pues claro està, que si tuviera David por sospechosa à esta gente, anduviera sobre el caso, y aun los assistiera poco. Tenialos por vecinos, por amigos, por parientes; quien què sospechasse? Agavillaronse, pues, los Zipheos, hicieron su consulta, parecièles que les estaba bien, y partieron à executar la maldad.

En Gaba tenia Saùl su Corte; fueron allà los traidores, y, tomando la mano los mas entendidos, hicieron relacion de aquesta suerte: Si ignoras, mui poderoso Señor, el lugar que tiene à David oculto, y la parte en que se halla, hacemoste saber, que habita entre nosotros. Lo mas agrio de los bosques le sirve de guarida, y el collado, que està à mano derecha del monte, le hace escolta. Si quiere V. Magestad haverle à las manos, podrà mui facilmente, llevando Exercito para atajar los passos, porque no pueda escaparse. Lo que estuviere de parte de nosotros, no hai que tener cuidado, quando es conveniencia nuestra servir à V. Alteza en darle presso.

Esto contenia la embaxada; con que alborozado Saùl, diò muchas gracias al Cielo, y à los Zipheos muchas bendiciones; que aunque dice por acà un refran: *La traicion me agrada, pero no el traidor*, con todo, pocos traidores ha havido, que no salgan premiados, que aun quizà por esto no cessa de haverlos. Mui bien los agasajan, y buenos guantes les dàn, solo procuran guardarse de ellos, pero no castigarlos. Bien hayais vosotros (exclamò Saùl) y, el Señor os guarde, pues os haveis apiadado de mi suerte! Andad, amigos, os ruego, y procurad con toda diligencia hacer inquisicion mas apretada del monte, y del lugar en que David habita. Mirad curiosos, si està de assiento, ò si anda de levante, que como sabe que le busco la vida, siempre se recela de mis assechanzas; y assi, para no errar el golpe, ni que sea darle aviso de levantar mi campo, conviene assegurarle, y cogerle descuidado. Idos, pues, delante, atended à lo que passa, y dadme secreto aviso para que yo me aperciba. En duda no està bien ir à cosa cierta, saldrè sin pereza alguna, buscarle he de monte en monte, y de collado en collado, y aunque la tierra en sus senos le dè alvergue, ò me le oculte, minarè toda la tierra por hallarle.

Con este razonamiento, y con muchas caricias, y promessas despidiò Saùl à los Zipheos. Si supo David, ò no este trato de

antes de verse apretado, no lo declara el Sagrado Texto. El que lo supo despues, no admite dificultad, por un Psalmo, que compuso al haverle Dios librado de esta traicion, y peligro, como referirèmos despues en versos Castellanos. Tener noticia que iba el Rey à buscarle, esto si lo supo al punto, y bien se lo recelò Saùl, hablando à los traidores; porque David, al passò que valiente, era avisado, y mui entendido, y assi tenia de secreto sembradas espias por la Corte, y en el campo, con que sabia por horas todo lo que passaba. Supo, pues, que el Rey iba en su busca, y assi apretando su gente, se puso en huida; y para poderlo hacer con menos embarazo, se dexaron el poco caudal, trastos, y alhajas encerrado en una cueva, gruta oculta de aquel monte, segun parecer de algunos, ò en un fuerte que tenian, como sienten otros. Cruzaronse à toda prissa al desierto de Maon, Ciudad de quien tomò el nombre, segun un docto Hebreo.

Rabi Salomon.

Como echò de vèr David en el semblante de los Zipheos, que ni el susto de su fuga los havia inquietado, ni el apartarse dellos lo sentian, tuvolos ya por sospechosos, y recelò la traicion: que mal puede encubrirse un trato doble, por mas que le rebocen dissimulos. Con esto comenzò à huir antes de ellos, que de sus contrarios; que enemigos encubiertos, son mas fuertes enemigos. Emboscados, pues, en la selva de Maon, procurò mañoso, mediante sus atalayas, estàr siempre sobre aviso, para ir divirtiendo al Rey, sin llegar à las manos: que siempre un justo en semejantes lides, excusa los rompimientos. Por esto, pues, quando veia que el Rey acometia por una parte à penetrar la maleza, se ponia èl por la otra. Si el Rey trepaba à la cumbre, el descendia à los llanos; si el Rey le atajaba el valle, èl se salvaba en la cumbre. Desta suerte los trahìa arrastrados por el monte, hasta que un nuevo ardid cortò los passos. Mandò Saùl, que toda su gente se hiciesse una media luna, divididos en hileras, que tomassen todo aquel desierto, y que fuessen marchando de aquel modo, yendo cerrando siempre en forma de corona. Tan apretada fue esta traza, tan impossibilitada de remedio, que desesperò David de poder librarse. No desconfiò (como advirtiò bien Lyra) de salvarse su persona, que quando Dios le tenia empeñada su palabra de hacerle Rey de Israèl, no havian de poder mas montones de amenazados riesgos, que una palabra de Dios. De lo que desconfiò, fue dexar de llegar à rompimiento, y de vèr derramar sangre de muchos innocentes, porque para poner su vida en cobro, estaba claro el costo de muchas vidas.

Va-

vacilando en confusiones, se hallaba aquel gran pecho; sin descubrir flaqueza lloraba ya la desgracia; hàcia adentro sentia la pena, y hacia fuera mostraba la ossadia, que bien mirado, era sentir dos dolores, uno de sentir, y otro de dissimular; uno del riesgo previsto, y otro del temor pospuesto, que tambien es dolor, mostrar no tenerlo de lo proprio que atormenta: *Ea, amigos, les dice, no hai sino à las armas, en el valor consiste la valentia, y la victoria mas que en la muchedumbre; y mas quando solo la defensa, y el salvar las vidas es nuestro designio; que una cosa es pelear para vencer, y otra romper por el enemigo para huir. En este caso, uno vale por veinte, y mas quando nos apadrina la justicia, y la razon. Como vuestro Capitan, yo irè adelante, y adonde estuviere mas apoderado el peligro, no os faltarà mi persona, que quando moris por mi, no havia de hacer mi vida mas preciosa que la vuestra: ojala tuviera muchas, para darlas en defensa de vosotros. Antes murais à manos del agravio, que à manos de vuestro miedo, que el morir de este modo, serà baxeza, y morir de aquella suerte, serà bizarria. Morir como valientes, siempre es honra; morir como cobardes, siempre afrenta.*

Con semejantes razones puede presumirse, que alentaria David à sus Saldados, para que no desfalleciessen en riesgo tan notorio, animandolos à defenderse para huir, no incitandolos à matar para vengarse. El aprieto iba creciendo por horas, porque el Rey, y su gente coronaban ya las cumbres, sin dexar portillo en la maleza por donde escaparse una ave. Visto, pues, por David, que en ningun humano medio podia sustentarse la esperanza, acudiò à Dios al modo que otras veces. Hablòle con el alma, que es lenguage, que solo Dios le entiende por lo verdadero, que el de la lengua suele salir mentiroso, porque no todas veces siente lo que dice. Oyòle Dios, y entendiòle al menear los labios del pensamiento, aunque es gusto para Dios, comedia, y entretenimiento, el vèr padecer a un justo, verle abrazado de una fortuna adversa, luchar con los trabajos, remar entre las fatigas, no por esso le dexa de acudir con el socorro, quando le mira en el ultimo trance: hacele que salga victorioso, porque supo trabajar. Assi a David, quando mas desesperado se hallaba de remedio, le puso en salvo. Guardole para mas ides, y para mas victorias. Permitiò la Magestad Divina, que los Filisteos, brindados de la ocasion de vèr a Saùl divertido en sus persecuciones, se le entrassen por sus tierras, talandolas, y abrasandolas. Llegòle esta nueva al monte, y pusole en tanto cuidado, que dando de mano à la persecucion, huvo de acudir a la defensa. Con tanta facilidad se truecan las cosas: el que

ſe veia acoſſado quedò libre, y el que braveaba triumphante, ſe retirò cuidadoſo.

Ido que ſe huvo Saùl, no puede ponderarſe los jubilos con que David, y los ſuyos dieron al Cielo gracias de ſu buena dicha. Alli fue el animarſe contra qualeſquier otros rebeſes de fortuna. Alli fue el prevenir recelos, para no verſe otra vez vendidos de traidores. Alli el loar el animo, y valentia de David, y engrandecer ſus conſejos. Todo, en fin, era hablar de la buena ſuerte que Dios les havia dado en tan apretado rieſgo; todo tratar de las traiciones con que Zipheos, y Celainitas les havian armado la celada. David, como mas entendido, era quien mas lo ſentia; y por echar cuidados à una parte, y moſtrarſe grato à Dios, en tanto que los Soldados prevenian el viaje para lugar mas ſeguro, compuſo, y cantò los Pſalmos en metros graves, y triſtes, tomando por aſſumpto la traicion de los Zipheos, y las aſſechanzas de los Celainitas. Siempre en la Poeſia deſcansò el mayor cuidado, y en la muſica ſe divertiò la pena. Eſtas dos canciones, vueltas en nueſtra lengua, fueron del tenor ſiguiente.

Pſalmo 54. en hacimiento de gracias de haverle Dios librado de la traicion de los de Ceilàn. Gran materia para lo que ſe ſiente la ingratitud.

DIos, y Señor, preſtadme grato oìdo,
Que os invoco afligido;
No deſprecies mi ruego,
Quando el dolor del alma toca à fuego;
Oìd, y eſtadme atento,
En tanto que mis lagrimas os cuento.
Eſtoi triſte, Señor, y laſtimado,
De vèr un buen ſervicio mal pagado,
Pues ſin irme à mi nada,
En favor de Ceilàn ſaquè la eſpada,
Viendoles ya el cuchillo à la garganta;
Con pena, y hambre tanta,
Que à no ſer de mi brazo ſocorridos,
Muertos ſe vieran, quanto, y mas rendidos;
Y en pago deſta obra, y deſte hecho,
Que me venden ſoſpecho,
Viendo que mi enemigo alborotado
Viene à cercarme: Hallome turbado,
Temiendo entre mil varias confuſiones,
Aqui peligros, por alli traiciones.
Carguemme ſu malmad los Celainitas,
Alegando razones imperitas,
De que ſiendo yo reo,
Contra un Rey, que me buſca por tropheo;
No hai ley que les obligue à ſerme fieles:
Aprieta los cordeles
Su rigor, aunque haciendo la deshecha,
Y armaſe de mas brio mi ſoſpecha.
Al paſſo que los miro yà traidores,
Turbaſe el corazon entre temores;
Miro el peligro, conſidero el daño,
Advierto la traicion, veo el engaño,
La muerte me amenaza, teme el brio;

Exaudi Deus orationẽ meã, & ne deſpexeris deprecationem meam, &c.
Aſsi en eſte Pſalmo como en los de mas, ſe ſigue Tex. y Gloſſã, con la expoſició de Nicolao de Lyra.
Contriſtatus ſum, &c.
Et cõturbatus, &c.
Quoniã declinaverunt in me iniquitates.
Cor meum conturbatũ eſt in me,

El cuerpo entre temblores queda frio,
El bien està dudoso, el mal mui cierto,
Apelo à Dios, contandome por muerto.
Temi, que el Pueblo ingrato,
Para hacer mas seguro su mal trato,
Las puertas me cerràra,
Con que de su maldad la clave echàra;
Y asi dixe, la voz entre suspiros:
Quien para penetrar del aire gyros,
Hasta llegar de un monte à la alta loma,
Alas me prestarà como Paloma,
Con que podrè, volando,
Huir de un riesgo que me và buscando:
Esto dixe, y hallando el passo abierto,
Junto mi gente, y huyome al desierto,
En cuyas soledades
Me puse à repassar las falsedades,
Los engaños del mundo, las traiciones,
Y hablo con Dios, cargado de razones.
Precipita, Señor, de tal manera,
De aquella gente, quanto ingrata fiera,
Las lenguas, que aun hablando
Unas con otras se confundan, quando
Concierten de entregar al enemigo,
A quien fue en su defensa fiel amigo;
Esto era, porque via,
Segun que el corazon me lo decia,
Su maldad, y traicion, si bien no todos
Se conformaban con los falsos modos,
Que algun justo ha de haver de mejor gusto,
Que contradiga el sentenciar à un justo.
Los mal intencionados,
Que andaban por venderme trabajados,
Hechos Argos espias
Rondaban la Ciudad noches, y dias,
Sin que con esto solo
Les faltasse en la plaza usura, y dolo,
Que los que en trato vil à un justo ofenden,
Tambien tendrian su usura, pues le venden:
La paciencia se apura,

Et dixi: quis dabit mihi pennas sicut columbæ, &c.

Ecce longavi fugiens, &c.

Præcipita Domine, &c.

Quoniam audivi, &c.

Die ac nocte circundavit eam.

Quoniã inimicus meus maledixisset mihi, &c.

El

El sufrimiento falta, y la cordura;
Porque si viera yo que mi enemigo,
Indignado conmigo,
Porque le di el pesar, le hice el agravio,
Me maldecia, le sufriera sabio:
Porque no puede dàr un agraviado,
Si no es pesar, quando pesar le han dado;
Y assi, quando yo viera,
Que este me aborreciera,
Buscandome la vida
En poblado, en el monte, en la guarida,
Dandome pesadumbres à montones,
A barbaras regiones
me fuera, y me ocultàra,
Donde la emulacion aun no me hallàra,
Que es el mejor partido,
Que se le puede hacer à un ofendido;
Pero que tu, Ceilàn, mi pueblo amado,
De cuyo amor prendado,
Capitanes os hice de mi mismo,
Dexandome guiar (què barbarismo!)
De lo que siempre fue provecho vuestro,
Llamandome, ya padre, y ya Maestro.
En la junta, en la mesa, en la comida,
Vosotros, pues, me perseguis la vida?
Venga la muerte, pues, sobre vosotros,
Y como allà los otros
Abiròn, y Datàn, y sus sequaces,
Como ingratos que fueron, y tenaces,
Vivos se los tragò la tierra dura,
Al Infierno baxeis por sepultura,
Pues que en vuestros alvergues, y moradas
Tuvisteis las maldades alojadas.
Yo empero llamè à Dios, y en breve rato
Me puso en salvo del aleve trato:
Por lo qual noche, y dia,
Desde que el Alba fria
Ensartados de perlas los cabellos,
Madrugue à vèr del Sol los rayos bellos,
Hasta que ya la dura tarde con su sombra,

Tu verò homo unanimis, &c.

Veniet mors super illos, &c.

Ego autem ad Deum clamavi, &c.

Vista

Vista de bocaci la verde alfombra,
Al mundo contarè los beneficios,
Con que premia el Señor cortos servicios.

Al verse libre David de la traicion de los Zipheos. Psalmo 53.

Deus in nomine tuo salvum me fac, &c.

Dios, y Señor Divino Omnipotente,
Por vuestro santo nombre, en quien confio,
Y à quien invoco humilde, y obediente,
Os suplico, atendais al riesgo mio,
Ponedme en salvo de una, y otra gente,
Pues se conjuran con infame brio
Los Zipheos, poniendome assechanzas,
Y Saùl assestandome mil lanzas.

Deus exaudi orationẽ meam, &c.

Juzgadlo vos, Señor, como Juez Sabio;
Conservadme, os suplico, mi innocencia;
Y castigad tan descarado agravio,
Con que irritar pretenden mi paciencia:
Oìd mis ruegos, ò cerrarè el labio,
Dadle à mis palabras vuestra audiencia,
Y vereis con traiciones insolentes,
Los que me agasajaban por parientes;

Quoniam alieni insurrexerunt, &c.

De deudos mios los vereis ya estraños,
Hechos gavilla vil para venderme,
En vez de bienes, me procuran daños,
Y en vez de me librar, quieren prenderme;
Mas poco serviràn tales engaños,
Si à Dios, que està empeñado por valerme,
No le tienen temor, con que no hai duda,
De tener miedos yo, pues Dios me ayuda.

Averte mala inimicis meis.

Aparta de mi, pues, todos los males,
Que piensan contra mi mis enemigos,
Y assestense, si es bien, contra los tales
Sus mismas armas, para hacer testigos,
Que dais las recompensas mui iguales,
Permutando sus odios en castigos.

Voluntariè sacrificabo tibi.

No queden dellos, no, ni aun desperdicios,
Que yo os lo estimarè con sacrificios.

Con

Con semejantes modos, y alivios tan honestos consolaba David sus pesadumbres, divertia sus cuidados, y desechaba sus melancolias; que como la Poesia levanta siempre el espiritu à cosas altas, es forzoso que olvide la memoria en aquel rato aquello que le aflige, y mas en David, que no solo en la corteza de la letra levantaba el pensamiento, sino que en la medùla se iba à conceptos profundos. En el sonido hablaba de su tragedia, pero en el significado, del mismo Dios hablaba. Tantos siglos antes se lamentaba David en nombre de Christo de ingratitudes del pueblo, y de traiciones de Judas. La mayor paciencia, por mas sufrida que sea, en llegando à experimentar un ingrato, prorrumpe en desabrimiento. No entiendo que fuera, à ser entendido, ser manso à una ingratitud.

Pero una dificultad se nos viene à los ojos. Por què David, haviendo sabido por orden del mismo Dios, que los de Ceilàn le eran traidores sobre ingratos, y que estaban dispuestos à entregarle al enemigo: porquè, digo, quando yà se puso en salvo, ò aun antes de ponerse, no hizo con ellos alguna demonstracion? Por què quando supo la celada, y descubriò el trato doble, no revolviò sobre ellos? Por què no castigò aquel agravio, y despicò su enojo?

O Magestades humanas, y què asistencia haveis menester de la Divina, què profundo sufrimiento, què prudencia, què cordura para salir con victoria en tales riesgos! Què gran pecho es menester, para poder digerir semejante maldad! Todos los delitos se templan con el castigo, y siendo la traicion contra un Principe el delito mayor, la mayor culpa, es menester para castigarse templanza, lugar, y tiempo; porque hacer de otra suerte, serà perderse, y serà quizà hacer menos culpable el tiro de los conjurados, despues de haver hecho lo que ellos querian, que era perderle. A un motin de un pueblo, à una conjuracion de personas señaladas, huir el golpe, y disimular el castigo, hasta vèr ocasion, y aunque la haya, se ha castigar por rodeos, no à castigo descubierto; premiando ha de castigarse, llevando el favor rebozado el cuchillo, yendo en la honra disimulado el veneno. Traza es esta, que como ya vimos, tomò Saùl al principio para matar à David. Hizole Capitan de à caballo, para que arriesgado mas con esta honra, acabasse la vida entre las lides. Los hombres grandes del mundo, que castigaron traiciones deste modo, triumpharon de la maldad, y se conservaron en la Corona; los que à espada descubierta quisieron vengarse, se perdieron.

De

De exemplos estàn llenas las historias, y à cada passo se encuentran, y por dàr exemplo mas vivo, sea dechado de tan gran materia nuestro Monarcha Catholico, el mas grande, el que hoi reina, à cuya vida consagren las edades numerosos siglos. No sean mas mis palabras lisonjeras, como las de Plinio à su Trajano, mas afectuosas, si en alabanzas mas dignas; porque en materia de estàr templado à vista de las traiciones, de dissimularlas prudente, de tolerarlas sufrido, de castigarlas piadoso, no ha havido, ni hai valor como el de Phelipe Quarto. Solo su pecho ha podido digerir cosas, que ni la entereza de Trajano, ni el valor de Julio Cesar, ni la piedad de Pompeyo bastàran à digerirlas. A levantamientos de Reinos, à traiciones de vassallos ha estado siempre immobil en el sentir, y en el dissimular, de tal modo, que ni el sentimiento grande del corazon ha prorrumpido en iras, ni el dissimulo de la Magestad ha absuelto à los castigos. Ha sabido castigar dissimulando, y hacer buen rostro, sintiendo; alardes en lo publico, en las cabezas que no hai riesgo, castigos dissimulados en mayores cabezas.

Don Francisco de Quevedo en la vida de Marco Bruto.

Vn Politico moderno concluyò bien una duda, en decir, que aunque supiera Julio Cesar antes de entrar en el Senado, el dia que le quitaron la vida, la conjuracion que contra èl estaba armada, y supiera con distincion quienes eran los conjurados, no hiciera alardes, ni tocàra rebatos, ni executàra prisiones, sino que con madurèz, fingiendo achaques, se excusara aquel dia de entrar en la junta, y con recato, y silencio inquiriera la verdad, y hallando ser cierta la traicion, à Bruto, y à Casio, los apartàra de sì con cargos honrosos; enviaralos donde Marciales peligros los acabaran con honra, sin que ellos, ni los suyos lo adivinassen agravio, y que à los de menos cuenta los castigàra poco à poco, segun la ocasion ofreciera oportunidad, y tiempo. Presumese, que haria esto, segun la valentia de aquel pecho grande; que valentia fuera dissimular con prudencia una maldad amenazada, un crimen opuesto à la Magestad. Y en casos arduos como estos, si no son Cesares, y Philipo, pocos Principes havrà que dissimulen los castigos, y acaben los sentimientos. Nuestro David sì, que fue pauta de sufridos, tolerando rebeses de la fortuna con animo gallardo. En ocasiones muchas, que tuvo en sus manos la venganza, se venciò à sì mismo, teniendo por mayor tropheo la gloria de remitir, que el gusto de castigar. Assi, pues, considerando prudente, que destruir à Cisàn, era poco despique contra su traicion, è ingra-

ta correspondencia, mas quiso dexarlos para ingratos con la vida, que dexarlos muertos, sin que pudieran sentir el haverle sido ingratos. Mas castigo fue en su modo dexarlos vivos à vista de su ingratitud, que dexarlos castigados à vista de su sangre. Es muerte civil, y muerte dilatada, y mas penosa muerte la que siente un ingrato, quando ha sido traidor à quien le hizo el beneficio. Es muerte, digo, tan cruel dexar à un ingrato vivo con la memoria delante, de que ha sido traidor, que para no padecerla, serà tal vez verdugo de sì mismo. Buen exemplo fue el traidor de Judas, significado en los Celainitas, pues no dandole Christo mas castigo, ni mas pena, que descubrir su traicion, è ingratitud, quando le dixo en el huerto: que porquè entregaba con beso de paz al Hijo de la Virgen? El se hallò tan embarazado entre su misma maldad, tan sospechoso consigo, tan corrido, tan avergonzado, tan impaciente, que tuvo por mas ahorro echarse un lazo, y matarse, que verse ingrato, y vivir. Dexese, pues, David con la vida à los de Ceilan, y los Zipheos, que sabida ya la traicion, y su ingratitud, mas castigo les dexa en su verguenza, que si los dexara cadaveres con venganza. S.Luc.c.22.

Castigue el Cielo à traidores, porque no vanagloriosos se jacten de su maldad, y en los que à sus manos, y assechanzas mueren: saquen escarmientos los Principes que viven, dechado de sus acciones, desvio de sus peligros, escudo de sus riesgos, emmienda de sus costumbres han de ser siempre las vidas de aquellos que acabaron desdichados. Mirar à quien se hace bien, es el primer punto de quien preside cabeza; sea Reino, sea Provincia, sea un solo pueblo. Premiar, y favorecer con templanza, por mas que haya meritos, es lo segundo, que hai emulaciones à la vista, y podrian serles traidores; que la envidia engendra monstruos, y mas en los Palacios. Tener buenos Consejeros, buenos lados, es de importancia summa, y saber el Principe por sì solo, lo que mas importa. Con estàr atento à cosas que por otros han passado, con vèr por donde hicieron el tiro, con saber las astucias de que se valieron, facilmente podrà un Principe, ni morir de confiado, como Cesar, ni assegurarse de ingratos, como Pompeyo.

Pongamos, pues, por espejo, lastimosos similes, y porque en diferente assumpto quedan ya ponderadas dos traiciones, y dos alevosias contra dos Heroes, y Capitanes famosos, que fueron la de Viriato, y de Sertorio (que à manos de sus vassallos mismos, y de los mas llegados rindieron las vidas) si el curioso, no havien-

dos

dolas alli visto, qui siere aqui acomodarias, vuelva atràs unas pocas hojas, y en el titulo de Capitan de gente humilde, las hallarà escritas; y en tanto darèmos vivos con otros semejantes.

EXEMPLOS DE PERSONAS GRANDES, que perecieron à manos de las traiciones, y de otros que libraron de ellas.

EXEMPLO PRIMERO.

AUnque es verdad, que de una traicion, el mas entendido, y avisado, no se escapa; y que semejantes riesgos nunca pueden prevenirse, porque siempre los traidores nacen de los que se tiene mas confianza, con todo, para defender à los Principes, y mas siendo Catholicos, parece que hace señas el Cielo con prodigios, y milagros. A muertes de Magestades, aunque sean Barbaras, è infieles, jamàs faltaron cometas, y agueros tristes, ò para prevenirlas, ò para llorarlas. Què avisos portentosos no tuvo Julio Cesar, para que se guardasse del dia quince de Marzo? Què prognosticos no tuvo el Rey D. Pedro para no encerrarse en Montiel? Temerarios arrastraron à los riesgos para no persuadirse, que podria haver quien se les atreviesse; y assi murieron de confiados, como otros de temerosos. Dènos, pues, la primera luz de nuestro assumpto un Rey famoso, y un santo Prelado, que atentos à las sospechas, y obedientes à los avisos, se libraron de traiciones. Estos fueron Recaredo, y Mausona, este Arzobispo de Merida, aquel Rey de los Godos, de que ya hicimos mencion en otra parte. Fue Recaredo hijo de Leuvigildo, y hermano de Hermenegildo, aquel que por defensa de la Religion Catholica, ofreciò el cuello al paternal cuchillo. Muerto el padre, bien arrepentido de la crueldad, dexò recomendado à Recaredo al santo Arzobispo Leandro, para que como à Hermenegildo le diesse à beber la Catholica Doctrina.

Saliò Recaredo tan disciplinado de tan gran Maestro, que el comenzar à reinar, fue comenzar à perseguir los Arrianos, y restituir à los Catholicos à sus Iglesias, de donde su padre los havia desterrado. Fue uno de ellos el Arzobispo Mausona, hombre insigne en aquel siglo. Volviò a su Iglesia de Merida, de donde quitaron al Arzobispo Sunna, grande Arriano. Sintiò el Herege esta vuelta de fortuna, verse despojado de la dignidad, y verla resti-

restituìda en su competidor, dos sentimientos juntos de una herida. Afrentado, y envidioso solicitò la venganza, dando parte de su desaire à muchos de sus amigos parciales de su secta. Tratò con ellos quitar la vida a Mausena; que menos que con tan atroz maldad no le parecia quedaba despicado. Haciales mucho estorvo residir en Merida el Duque Claudio, como Gobernador de toda Lusitania, hombre de grandes prendas, y de señaladas virtudes, pues merecia la correspondencia en cartas del Santo Pontifice Gregorio. Este freno detenia à los conjurados; pero como el animo que se revuelve una vez à una maldad, no repara en que por medio de otras se execute, acordaron de matarlos à los dos. Tal sucede en casos graves, para destruir à un justo, deguellan mil innocentes.

Creciò con todo la dificultad en el modo que havia de haver para quitar dos vidas, y no hallaron mas eficaz medio, que valerse de el mayor privado del Duque, pues nadie mas à su salvo podia executar el hecho. No hai traicion que no vaya agavillando alevosias. Vn traidor hace otro traidor, y juntos procuraban un ingrato, para con mas rebozo executar la maldad. Valieronse, pues, de Uviterico, mozo animoso, y osado, y que por sus partes, y ardimiento era mui estimado del Duque, el mas de casa, y el mas valido. Sobornaronle con dadivas, y ofertas, que como tenia pensamientos altos, pues en tiempo adelante alcanzò a ser Rey de Godos, ya le propondrian para escalon de su fortuna el alzamiento con aquel gobierno. Tanto pueden interesses, y ambiciones, que de los mas beneficiados hacen ingratos.

Urdianse estas tramas contra el buen Arzobispo, y otras no menores, y mas intestinas contra Recaredo. Como andaba tan zeloso en sentar en toda España la Fè Catholica, y postrar los Arrianos, rugianse entre ellos desabrimientos, enconos, iras, venganzas. La Reina Gosuinda, madrastra del Rey, y mui enemiga siempre de los Catholicos, y el Obispo Uidida, con quien se comunicaba, eran las principales cabezas, que abrigaban aquellos sentimientos, pero iba mui de rebozo, por quanto conocido el brio con que Recaredo arrastaba aquella secta, ella fingiò ladearse à lo Catholico, dissimulando con esta ficcion el veneno que abrigaba el pecho. El tal Obispo usò de la misma traza. Con vestidos aparentes de Catholicos vestian almas hereges. Comulgaban, dicen, y al recibir la consagrada Forma, la escupian secretamente de la boca, teniendo por sacrilegio trasladarla al pecho.

Tan de atràs vienen las desdichas, que ha experimentado España con Hereges, con Judios, y con Moros, que temerosos de perder sus conveniencias, professaban ser Christianos sobre intenciones contrarias: con capa de Religion cubrian su mala secta, daño tan grave, que tiene salpicadas con sus manchas lo terso de hartas familias.

Debaxo desta capa de Catholicos, tramaban Gosuinda, y el Obispo Vidida darle muerte à Recaredo, y no hai duda, sino que lo consiguieran, a no dàr el Cielo avisos de la traicion, porque una Reina madre, tan de las puertas adentro de Palacio, quien sino el Cielo pudiera estorvar, que executara su intento? Por esto dixe al principio, que mira mucho Dios por los Reyes, de tal modo, que los que acaban desastradamente, ò es que de puro sobervios atropellan los avisos, ò es que de mui culpados les permite el Cielo aquel castigo. Guardaba Dios a Recaredo para columna de la Fè, era quien havia de borrar en España el nombre de Arrio, era quien havia de dàr principio a lo solido de la Religion Catholica; y assi, qual a otro David, le descubriò la celada uno de los mas confidentes de su casa, y de su mesa. Supo, en fin, el Rey, que querian matarle, y que la Reina su madrastra, y el Obispo eran las cabezas de la conjuracion. Supolo por sospechas, por indicios, por barruntos, y al cabo por certidumbres. Què harà un Rey en caso semejante? En riesgo tan notorio? Y en reos tan poderosos? Prudencia, fortaleza, justicia, y templanza, es menester que le assistan para haver de acertar, y una de estas virtudes que falte, và à pique de desaciertos.

Toda esta tempestad andaba movida, y amenazada en Palacio contra el Rey, y en Merida contra el Arzobispo, y el Duque. Conjuraciones poderosas en una, y otra parte de Hereges contra Catholicos; enemigos encubiertos contra pechos descuidados. Luz del Cielo es menester que alumbre à la verdad, y a la innocencia. Orgulloso Sunna, y viendo que grangeado Uviterico, era perder tiempo con la dilacion, buscò traza para matar a Mausona, y fue enviarle recado de querer visitarle, pidiendole para ello tiempo, y lugar señalado. De humildades, y cortesias de enemigo hai poco que fiar de ellas. Sospechò el santo Prelado, que le querian vender, ò hacerle algun desafuero: desdeñar la cortesia del contrario, le pareciò temeridad; fiarse de ella, lo juzgò por boberia, y por cumplir con todo, sin faltarle à lo cortès, ni arrojarse à confiarse, enviò à llamar al Duque, para que se hallasse

se presente à la visita, cuya presencia, authoridad, y poder era bastante asylo para reprimir qualquier genero de maldad. En vez de desabrirse Sunna, y los demàs conjurados, mostraron en su interior mas dilatado el placer, pues con aquella ocasion podian sin hacer dos alborotos, quitar las vidas à entrambos. Fueron, pues, a la visita, tan apercebidos, como determinados. Saludaronse, como es costumbre, los unos à los otros, y al travar las primeras razones, hicieron la seña à Uviterico, que conforme acostumbraba, estaba a las espaldas del Duque, al modo que Casca se hallò à las de Julio Cesar. Segun el trato, èl le havia de herir primero, que en alevosias, siempre la ingratitud mete primero la mano. Probo, pues, à arrancar de la espada, y quedò embargado el brazo, sin que pudiesse executar la accion. Unos dicen, que se cortò con el miedo, y otros, que fue milagro, que haviendo causa para serlo, como amparar innocencias, y confundir heregias, no es mucho que Dios le hiciesse.

Quando debieran quietarse a fuerzas del prodigio, quedaron con mas aceros los conjurados de executar sus intentos. Buscaronle la ocasion, y fue, que en una junta, ò procession que hacian a la Iglesia de Santa Olalla, que estaba extra-muros de la Ciudad, determinaron matar al Arzobispo, y à quantos alli se hallassen. Valieronse con secreto de muchas espadas, que ocultaron para el caso. Ya el peligro parecia irremediable, si no acudiera Dios a la defensa, inspirando a Uviterico, para que mudado de proposito, descubiera aquellas tramas. Claro està, que a vista del milagro passado, havia de acobardarse la mayor ossadia, y reprimirse el mas atrevido impulso. Contò, pues, al Duque Claudio lo que passaba, y la celada que estaba prevenida. El Duque al punto quiso ganar por la mano, juntò toda su gente, y como en Real de enemigos embistiò con los traidores. Quitò las vidas a quantos se defendieron, y a todos los demàs puso en prisiones, y juntamente a Sunna, cabeza principal de la conjuracion. Esto obrado en esta forma, hizo relacion al Rey de todo el caso.

Hallabase Recaredo, como queda dicho, harto embarazado en la traicion, que contra si havia descubierto, y quando el nuevo sucesso pudiera atemorizarle mas, tomò antes motivo para hacer justicia, y castigando los conjurados de Merida, era como leerles castigos a los de Palacio. Sacò la cara prudente, arriesgòse valeroso, portòse templado, castigò hasta donde pudo. Dios acudiò a lo demàs, con que laureado en la victoria, dexò dechado a los Re-

yes del modo que han de portarse en semejantes castigos. A los conjurados contra el Arzobispo, despojò de sus haciendas, quitòles los cagos, y desterròles à diversas partes. A Vacrila, porque se retraxo al Templo de Santa Olalla, mandò que sirviesse allí de esclavo perpetuamente. Al Conde Paulo de Sega, que por lo de Titulo sobresaliò à ser cabeza, hizo cortar las manos, y desterrarle à Galicia. A Sunna, la cabeza principal de la conjuracion, ò quando quitarle la vida juzgàran otros por adequado castigo, ò dexarle con ella, lo llamaron omission, le diò una pena leve, y suave al parecer, y para èl harto grave: fue, que escogiesse, ò renunciar la heregia, ò desterrarse de España. Eligiò lo segundo, rabiando de corage, y se passò à Africa. Estos fueron los castigos de aquella conjuracion, con que teniendo hecha ya la mano à la clemencia, castigò del mismo modo las tramas que Gosuinda tenia urdidas contra èl: esto fue, que desterrò de su Corte al Obispo Uldida. Mostròles con esto, que sabia la maldad. Con la Reina, como persona tan grande, no se atreviò à hacer demonstracion alguna, que sonasse à sentencia, ò à castigo; pero quitandole la correspondencia del Obispo, reformandose la communicacion con los demàs, negandole sus visitas, mostrando guardarse della, fue, segun lo que surtiò, tan gran castigo, pena tan cruel, que acabò con brevedad lo que le restaba de vida, y fue su muerte el sossiego universal de todos los Catholicos. Alzò la Fè su Estandarte, y quedò por el suelo la heregia. El Rey, y el Arzobispo, y el Duque quedaron triumphantes de las traiciones, y los conjurados con una dilatada muerte, pobres, avergonzados, y perdidos, quedaron bien castigados.

Guardò Recaredo justicia, con fortaleza, y templanza, que querer en tiempos mal asseguados llevar à fuego, y sangre los castigos, vendrà à ser una justicia destemplada, è imprudente, pues suele arriesgarse lo que està ganado, y empeorarse lo perdido. Y querer, descubierta una traicion, no distinguir la pena contra los inquietos, sino aparejarlo todo, grandes, y chicos, nobles, y plebeyos, cabezas, y parciales, serà poner la cosa à pique de mas motin, y de mayor levantamiento, y de peligro mas grave. No ha de ser con todos el cortar cabezas, que demas de ser carnicerias, que hacen de un Rey justiciero, un Rey cruel, y al tanto aborrecible, suele haver cabeza, que cortada, produce como hydra otras mil que la defienden. A paxaros grandes, que han delinquido, para assegurarse de ellos, no hai medio mejor, que cortarles las alas, pe-

larles las plumas, y enjaularlos; que para castigo, por atroz que le merezcan, su verguenza basta, y su desnudez les sobra. Con esto hace un Rey su hecho, castiga el delito, remedia el daño, y gana fama de piadoso, queda con todos bien quisto, sin malquistarse cō nadie. No fue solo Recaredo quien se portò de esta suerte en los castigos, que mas de mil siglos antes enseñò nuestro David esta politica, no solo qual queda visto con los Celaìnitas, y Zipheos, siendo Principe, sino quando ya Rey coronado de los doce Tribus, mostrò en muchas ocasiones su prudencia. Matarle alevosamente el Principe Amon, y un destierro de la Corte, fue el castigo del fratricida. Y si ser hijo tambien el matador, hacia mucho, no ensangrentar el Palacio con otra crueldad, hacia mas. Rebelabasele Absalon, hace armas contra èl, echale de su casa, fuerzale sus mugeres, y quando le llevaba de vencida, manda, que no se le maten, y llora la inobediencia con su muerte. Descubrele Joab el sigilo de su carta, esle traidor, eslo tambien con Abner, pues estando baxo de su seguro, le quita la vida, y abriga prudente en el pecho estas demasias, sientelas, y callalas, y suspende el castigo; porque considerando à Joab tan gran cabeza, su mas valido, el dueño de todas sus armas, el idolo de su Corte, no le parecia arriesgar su credito, y su Corona, por quitar una cabeza: y assi, estando para morir, le encargò à su hijo, que lo castigasse. No son todos los tiempos unos, hai tiempo, que el castigo es cosa santa, y hai tiempo, que lo santo de un castigo puede alborotar un Reino. Conforme la grandeza del delinquente, se ha de buscar la ocasion para castigarle. O Augustissimo Monarcha, Phelipe de dos mundos, y quien pudiera, si el emulo callàra (que las juzgarà lisonjas) hacerse lenguas aqui en vuestras alabanzas! Lo benigno, lo piadoso en castigar agravios, no es solo, como piensa el vulgo, sobra de mucha bondad, sino sobra de prudencia, y fuerza, à veces, de necessidad, y tiempo.

EXEMPLO II.

HAsta aqui hemos visto amenazadas traiciones, pero castigadas antes de lograrse: passèmos à casos mas lastimosos, que sean divertimiento de quien llora lastimando algunas tragedias suyas. Una historia, tan antigua como sabida de todos, nos darà principio. Despues que se perdiò España à traiciones de Julian (que las mayores pèrdidas suelen ser de ordinario por trai-

ciones) quando extinguido de los Godos el antiguo Imperio, sucessores de Pelayo le iban restaurando poco à poco, reinando en Leon, y Asturias Don Bermudo, segundo de aquel nombre, el año que se contaba de novecientos y ochenta y cinco, florecian en Castilla, assi en paz, como en guerra, siete hermanos, jovenes valientes, de claras prendas, y nobilissima sangre. Su padre se llamò Gonzalo Bustos; otros le llaman Gustio, rama noble de el Conde Don Diego Porcellos, tronco ilustre de las mas insignes Casas. La madre fue Doña Sancha, hermana de Ruy-Velazquez, señor de Villaren, de no menos nobleza. De un parto, dicen, tuvo à estos siete Infantes, cosa prodigiosa, pero no impossible: * antes quizà, ser tan juntos al nacer, fue aguero triste de lo juntos que fueron al morir. Por ser su padre Señor de Salas de Lara, tomaron el apellido de el Solar, llamandose los siete Infantes de Lara. Descollaron desde niños en la bizarria, y ardimiento, assistidos de la buena enseñanza de Nuño Salidos, su Ayo, pues antes que la edad les apuntasse el bozo, se hacian ya temer de la Morisma. En algunos encuentros con los Barbaros, dieron ventajosas muestras de lo mucho que se esperaba en adelante; que bizarrias en la edad tierna, siempre prognosticaron tropheos en la vejez.

* Otros, passando en silécio la dificultad, suponen, que estos Infantes fueron de diversos partos. Siga cada uno lo que mas biē le pareciere.

Què de cosas, que caminaban à grandes, aja una desgracia! Què de verdores ardientes, agosta una desdicha! Apenas los siete Infantes salian de pimpollos de la puericia, y à ser rayos de las lides, y Martes de las guerras, quando una ocasion harto leve, hecha azar de sus bizarrias, y armado lazo traidor, les atajò los progressos à sus glorias, si bien el saber morir como Soldados, los adjudicò tropheo, que durarà immortal en el Templo de los siglos. Passò el caso desta suerte:

Casabase en Burgos Ruy-Velazquez, tio de los Infantes, con una señora ilustre, prima del Conde Garcia Fernandez, llamada Doña Lambra. Concurrieron à las bodas todos los nobles, el Conde, y Gonzalo Bustos, y los Infantes sus hijos; y aunque en estos actos presiden de ordinario regocijos, y placeres, y tal vez de los mismos juegos se suelen armar debates: unos dicen, que las dos cuñadas, Doña Sancha, y Doña Lambra se travaron de palabras con pequeña ocasion; que mugeres, y mas cuñadas, con mui poca les sobra para reñir. Dixeronse algunas quemazones, y llegaran à las manos, si no las esparcieran. Gonzalo, el menor de los Infantes, volviò, dicen, por su madre, y dixole à la tia algunas pesadumbres, de que quedò mui picada, con animo de vengarse.

Otros

Otros lo cuentan de otro modo, diciendo, que la riña, y queſtion fue entre Gonzalo el Infante, y un pariente de Doña Lambra, llamado Alvar Sanchez. Poco importa que fueſſe lo uno, ò lo otro, quando todo pudo ſer, que de una pendencia, en que ſe hallan deudos de ambas partes, reſultan muchos enfados. En fin, aquello ſe compuſo, ſin que al parecer quedaſſe braſa encendida, que avivaſſe mas enojo. Doña Lambra cubriò con diſsimulo ſu ponzoña, haſta que llegaſſe lugar para verterla.

Antes de concluirſe las fieſtas ſe auſentò Ruì Velazquez, ya fueſſe deſpachado del Conde, ò ya llamado del Rey para coſas de importancia, que andaban en aquel tiempo los negocios de la guerra, no de buena condicion. Doña Lambra ſe partiò à Barbadillo, y por honrarla los Infantes, la fueron acompañando haſta el miſmo Lugar. Ella que ſiempre eſtaba con el veneno del paſſado agravio, juzgando tenia ocaſion para ſu deſpique, mandòle à un eſclavo, que tomaſſe un cohombro mojado en ſangre, y ſe le tiraſſe à Gonzalo, el Infante menor, dandole palabra, que en ella tendria aſylo para que no le ofendieſſen. Puſo por obra el eſclavo lo que mandò la ſeñora. Teniaſe aquella accion en Eſpaña por una grave injuria, era afrenta que manchaba; y aſsi al punto el Infante, y ſus hermanos con èl, ſacando las eſpadas ſiguieron al eſclavo. El baxo del ſeguro prometido, ſe fue à guarecer de Doña Lambra. Poco le preſtò ſu amparo, pues en ſu regazo miſmo le quitaron la vida: juſto caſtigo, merecido de los dos.

Pintar ahora las lagrimas, las quexas, el ſentimiento, y el luto con que eſperò à ſu marido, ponderandole aquella injuria, y afrenta, parece que es excuſado, pues al menos diſcurſivo ſe eſtà dando a entender. No encareciò Florinda tanto ſu fuerza à ſu padre el Conde, como Doña Lambra ſu injuria à ſu marido, ambas fueron exclamaciones vengativas, que unas ocaſionaron la pèrdida de Eſpaña, y otras la pèrdida de ſiete excelentes vidas. Dios nos libre de mugeres! Era Ruy Velazquez bien entendido, hombre ſagaz, y abſoluto, y qual ſi huviera curſado la eſcuela del Conde Don Julian, comenzò con diſsimulos à diſponer la venganza.

Enjugò las lagrimas de ſu muger con cariño, hizo como donaire del caſo, y diò mueſtras en lo publico ſer mala razon de eſtado levantar por pocas coſas incendios, que cueſten mucho. Quedabale otra en el pecho; pero diſsimulabala bien. Con mueſtras de paz, y benevolencia empezò à armar ſus lazos para la ven-

ganza; modo infame de traidores, cara alegre, y dañado el corazon. Para no errar el tiro, quiso tirar primero à la cabeza; y assi, con despachos de el Rey, ya falsos, ya verdaderos, que sonaban cierta cobranza de una paga del Rey Moro, diò traza para que su cuñado Gonzalo Bustos fuesse à Cordoba. La intencion fue, de que allà le matassen, segun una carta que le diò escrita en Arabigo, en que le rogaba à aquel Rey, por lo bien que havia de estarle, que le quitasse la vida. Muchos Urias ha havido, que à fuer de leales han llevado cartas para su muerte.

El Moro, que era Miramamolin Almanzor, hombre, aunque Barbaro, mui avisado, y prudente, y recto en administrar justicia, sintió mal de la traicion, apiadòse de las canas venerables de varon tan principal, y no quiso matarle. Lo mas que hizo fue tenersele en prision, por no desazonar sus conveniencias. Gozaba en la carcel de mucha libertad, que como no era mas de entretenida, tenia casi por suyo el Palacio, y andaba à sus anchuras. Era Gonzalo Bustos, aunque ya cargado de dias, de gentil presencia, viejo brioso, y galan. Diò en mirarle con afecto una hermana de Almanzor, y con achaque de consolar sus tristezas, travò platicas con èl. Era ella de buena cara, con que Bustos, conocido su designio, no quiso mostrarse ingrato. Correspondiò galàn à los cariños de la Infanta, y juntas las voluntades, y soplando amor el fuego, tuvieron los dos un hijo, que fue Mudarra Gonzalez, tronco ilustre, y principio generoso del clarissimo linage de los Manriques de Lara.

Mientras Gonzalo Bustos entretenia en Cordoba su prision, con los galanteos, mui regalado, y servido de la Infanta Mora, no cessaba Ruy Velazquez de buscar modos, y trazas con que matar sus sobrinos. Tan vengativo tenia el animo, que no contento con tener pressò, y desterrado al padre, anhelaba por vèr derramada la sangre de los hijos. Carteabase con Almanzor para executar su dañado intento. Significabale lo bien que havia de estàr à su Imperio, quitar delante de los ojos siete enemigos bravos, que su orgullo, y ossadia atemorizaba ya sus fronteras. Que èl por estàr agraviado, queria hacerle este servicio, que no lo desestimasse, ni perdiesse la ocasion que le ofrecia. Estos eran los avisos del traidor. Conocia el Moro la conveniencia, y mostrandose grato, diò orden à sus Capitanes, para que estuviessen puestos à lo que les dispusiesse Ruy Velazquez.

Urdidas estas tramas, solo se aguardaba la ocasion. Fingiò, pues,

pues, Ruy-Velazquez, y echò voz de hacer una falida à tierra de Moros. Los Infantes, que no deseaban cosa de mas gusto, y mas quando estaban mui sentidos de la prision de su padre, ignorantes de la causa de ella, poco huvieron menester para no ofrecerse briosos à irle acompañando. Su Ayo Nuño Salido, ya fuesse porque no sé arriesgassen, no haviendo causa urgente, ya que como mas cuerdo, sospechò algun trato doble, procurò dissuadirlos de aquella empressa. Atropellaron por sus consejos, que lozanias de la juventud, nunca ahondan las materias de peligros, no saben temer, y arrojanse imprudentes.

A las faldas de Moncayo, en campos de Araviana, que cubiertos por partes de espessura, parece que atraidoradamente se embozaron con las sombras, tenia puesta Ruy-Velazquez una celada de Moros, muchos, y bien prevenidos. Con los Infantes iban solos docientos de à caballo. Metieronse por aquella parte, bien descuidados de la traicion, sin poder ya huirla, les saliò al encuentro. Dieronse por perdidos à vista del engaño, pero en vez de desmayar, se revistieron valientes de mas brios. Unos à otros, antes de entrar en la batalla, se animaron à morir como buenos. Viendo que eran poca gente, respecto de la gran Morisma, que como hormigueros se iban apareciendo entre las matas, quisieron, peleando como muchos, vender bien caras sus vidas. Travòse la pelèa con denuedo notable, haciendo los Infantes tanta riza en la canalla, que primero que caìa alguno de ellos, dexaba à sus pies un monte de difuntos. Casi podian sospechar los Moros, à no crecer el numero, que havian sido ellos los engañados, pues solo se reconocieron vencedores en no quedar Christiano que peleasse. En lo demàs, quanto à cantidad de muertos, ellos fueron los vencidos, pues para docientos Catholicos, quedaron en la campaña mil Alarbes Africanos.

Assi quedaron muertos los siete Soles de Lara, rayos de Marte, flores de la juventud. Cortaronles las cabezas, y juntas con las de Nuño su Ayo, las enviaron presentadas à Cordoba, para que el Rey Almanzor se diesse por pagado, y estimasse en el presente lo grande de el servicio. Con el calor de el tiempo, y distancia de el lugar, llegaron desfiguradas, y para satisfacer el Moro, si eran ellas, recelando no fuesse alguna zalagarda (que de un traidor todo puede sospecharse) quiso que se las mostrassen à su viejo padre, y que las reconociesse. Para que esto se hiciesse con algun modo, convidò el Rey à Gonzalo Bustos à comer con èl

un

un dia, no estrañando dàr su mesa à quien por su alto linage merecia todas honras: Sirvieronle platos, y manjares muchos, con aparato Real, y sobremesa sacaron las ocho cabezas en una fuente, y dixole el Rey, que mirasse aquella fruta, y reconociesse de què arbol, ò en què tierra se havia criado?

No pueden ponderar plumas, llorarlo si se puede, el immenso dolor, con aquella vista del espectaculo triste; quedò sobresaltado el noble viejo, palpitando el corazon, rasados de lagrimas los ojos, mudas las palabras, las manos torpes, todo temblando, comenzò à revolver una à una las cabezas, sin que la desemejanza pudiesse ponerle dudas, que eran de sus siete hijos, pedazos de el alma dulces, reliquias nobles de su triste corazon; que sangre derramada, puesta à la vista de quien le diò el sèr, ella misma le harà conocer por señas, y aun vocearà la venganza. Los extremos de sentimiento, que comenzò à hacer con ellas, besandolas, y abrazandolas, diciendolas mil ternuras, fueron tales, que provocò à lastima al Rey Moro, y à otros Barbaros que se hallaron presentes. Quien no tiene compassion à una desdicha, aunque sea en su enemigo, mas tiene de bruto, que de racional. No deseaba Cesar otra cosa mas, que destruir à Pompeyo, y vèr su sangre vertida; pero con todo, al mirar cortada su cabeza, se reparniò el corazon à lagrimas. Assi Almanzor, lastimado de vèr à Gonzalo Bustos, y con poco enojo de temeridades, à que le irritò el dolor (pues dicen, que arremetiò furioso à herir en los Moros que alli havia) por aliviarle en algo aquella pena, le diò libertad, y le dexò ir libre à su lugar de Salas.

Dexèmosle alli renovando con su muger Doña Sancha lastimas, y dolores, passando catorce años una vida triste, sin que de el traidor, por ser tan poderoso, pudiessen tomar venganza; y veamos en què forma, y por què camino permitiò el Cielo que se castigasse aquella demasia. Ya diximos, como tuvo Gonzalo Bustos en la hermana del Rey Moro à Mudarra Gonzalez. Este, pues, se criò en los Palacios de su tio, tan agraciado, y valiente, que se hizo querer por fuerza, y aun temer tambien se hizo: proprio de bastardos, quando miran à lo noble, hacerse bien quistos, grangear voluntades, saber con maña deslucir aquella nota de su nacimiento. Mudarra, pues, desde niño supo hacerse lugar con el Rey, y con los Grandes, humeando en èl la sangre ilustre de Lara, y la Real, aunque infiel, de que se havia compuesto.

Passados los años de la puericia, y siendo ya buen mozo, sucе-

cediò, que eſtando jugando un dia à las tablas con cierto Rey Moro, vaſſallo del Miramamolin ſu tio (porque à Almanzor, los demàs Reyes Moros de Eſpaña le preſtaban obediencia) ſe travaron de palabras ſobre el juego, que es mui propriò, ſobre ſi fue la mano bien, ò mal jugada, nacer diferencias, y parar en peſadumbres. Mudarra no sè què le dixo al Rey, que debiò de dolerle, y el Rey le llamò baſtardo, è hijo de quien no ſabian. No fue palabra eſta para deſpicarla con palabras, y aſsi Mudarra haciendo del tablero, le diò con èl tan gran golpe en la cabeza, que no fue neceſſario hacer gaſtos en la cura, pues ſe le dexò alli muerto. Coſas como eſtas ſuele ir enredando la fortuna para enderezar la proa à un efecto grande.

Mientras confuſo el Palacio en alborotos, cuidaban unos de el Rey, y otros acudian à Almanzor à darle cuenta, ſe fue Mudarra lleno de la peſadumbre adonde eſtaba la Infanta ſu madre, y amenazandola con la eſpada tirada, la preguntò, què padre le ha dado, pueſto que le ultrajaban por hijo de ninguno? La Infanta, por una parte ſobreſaltada del ſuſto, por otra regocijada de el denuedo, le recibiò cariñoſa con los brazos, hizo que ſe ſoſſegaſſe la furia, templòle los enojos, y quando le tuvo quieto, le contò quien era, y el modo con que le havia havido, intimandole infinito la nobleza, y calidad de ſu padre. Diòle cuenta aſsimiſmo de la traicion con que havian muerto à ſus ſiete hermanos, y de la ſoledad, y triſteza en que ſu padre vivia, y los ſuſpiros, y lagrimas que à ella le coſtaba. Eſto bien dicho, con la energia, y afecto que ſuelen las mugeres ponderar lo que les cumple, de tal modo moviò el animo à Mudarra, que no havia coſa ya que deſeaſſe, ſino ir à vèr à ſu padre, y vengar à ſus hermanos. Alentabale la Infanta eſtos deſeos, que como quiſo bien, nunca olvidaba, y aunque i fiel, tuvo fee ſiempre con quien ſupo merecerla.

Hablo ſobre ello à ſu hermano, rogando le concedieſſe licencia. Almanzor, que de la accion paſſada eſtaba algo cochuroſo, y algo ofendido (porque matar à un Rey, por grande que ſea la cauſa, ſuena ſiempre à atrocidad) juzgò ſerle conveniencia quitar de ſu Palacio aquel eſtorvo: y aſsi, dandole para el viage joyas, y dineros, y muchos Captivos Chriſtianos, que le acompañaſſen, le deſpachò a Caſtilla. Aſsi lo cuentan algunos Chroniſtas; otros, por parecerles quizà coſa dura de creer, que enviaſſe el Moro a hacer armas contra sì, ſuponen, que ſola la Infanta

sinta instò, y supo la ausencia. Pero si, como dexamos dicho en otra parte, en la historia del Rey Don Alonso, que ganò à Toledo, huvo Reyes Moros, que enviaron sus hijas para que fuessen Christianas, bien, que à excusas de los suyos, por què Almanzor, siendo tan buen Principe, no permitiria, que su sobrino, è hijo de Catholico, fuesse à vèr à su padre? En cosas tan antiguas, quien que apee la verdad?

Llegò, pues, Mudarra à la Villa de Salas, donde su anciano padre, hecho tronco de la edad, y blanco de tantas penas, remozò con su vista las canas, y los años, con alhagos, y ternuras le conociò por hijo, pues aunque no llevàra señas de la Infanta, en su talle, y en su rostro viò un retrato al vivo de los que lloraba muertos. El orgullo de Mudarra no le permitia dilaciones al designio de lo que llevaba trazado, juzgaba ya por afrenta ir reconociendo deudos tan ofendidos, antes de haverlos satisfecho: tal era la bizarria de su animo. Las galas que llevaba trocò en vestido comun, y con mas recato, que su edad le permitia, dispuso su venganza. Hizose encontradizo con Ruy-Velazquez, andando cazando, dicen algunos, otros, que buscandole en su Pueblo; poco importa ser una, ù otra parte. Retòle de traidor, y alevoso, y à pocas idas, y venidas le derribò à sus pies muerto. Cortòle la cabeza, y llevòsela à su padre para que despicasse con ella la lastima, y dolor, que recibiò quando viò las de sus hijos. Esto assi cumplido, se fue en casa de Doña Lambra, è hizo que la apedreassen; y despues de muerta, porque no quedasse de ella la menor reliquia, la quemò en una hoguera. Este fue el paradero de una muger vengativa, y que causò tantos males, escarmiento, que deben ser ella, y su marido, à no arrojarse los hombres à demasias por lagrimas, y chismes de sus mugeres. En haciendo un hombre razon de estado, quexillas de su muger, cosas de poca monta, por agradarla, por quererla, se hallarà metido en golfos de Ruy-Velazquez, donde pierda vida, y honra.

Con esta venganza que tomò Mudarra de las muertes de sus siete hermanos, grangeò las voluntades de todo su linage. Prohijòle su madrastra Doña Sancha el mismo dia que se baptizò en Burgos, y que le armò Caballero el Conde Garci Fernandez, à usanza de Castilla. La ceremonia de que usò para recibirle por hijo, fue notable. Metiòse, dicen, por la man-

manga de una camisa mui ancha, y sacòle la cabeza por el cabezon, y diòle paz en el rostro, con que quedò incorporado en su familia, y heredero del señorio de su padre. Otros dicen, que despues de todo esto matò à Ruy Velazquez, y à Doña Lambra, pero tengo por mas cierto lo que està dicho; y assi lo escribe el Padre Mariana; no parece que puede presumirse de un animo bizarro, como el de Mudarra, dexarse premiar con estas honras, sin haverlas ya ganado con servicios. Ni la brasa que ardia en su pecho le permitiria quietud hasta estar vengado, ò hasta haver hecho castigo tan merecido, que vengar alevosias, y traiciones, aun no merece nombre de venganza.

EXEMPLO III.

NO hai que marabillarnos del passado exemplo; en que un tio fue un traidor à sobrinos, y à cuñado, quando al presente verèmos, que hai madre que es traidora para un hijo: desdicha notable de nuestra naturaleza! No hai Emperador, no hai Rey, no hai padre, no hai hijo, no hai hermanos, que estèn libres de traiciones. Con prosperos sucessos gobernaba à Castilla el Conde Don Sancho Garcia, nieto del bravo Fernan Gonzalez. En venganza de la muerte que dieron los Moros en una batalla al Conde Garci Fernandez su padre, hizo tal estrago en ellos, tomandoles muchos Castillos, y fuerzas, que le compraron los Barbaros la paz à peso de dinero. Triumphante se veia el Conde con estas glorias, quando un desastre vino à obscurecerlas; que glorias humanas por encumbradas que estèn, se apagan, y se extinguen facilmente. Doña Oña, madre de Don Sancho, llevada de un torpe afecto, puso los ojos en un Moro principal, que ya Embaxador, ya prisionero, residia en la Corte. Tan antiguo es como esto, parecerle bien à una señora, aunque sea un Turco, pero havia de haver horcas de malos pensamientos. La bizarria del Barbaro, su robustèz, y despejo cavò tanto en la Condesa, que le admitiera esposo, y se casàra con èl, si el escrupulo de la Religion contraria, y el miedo de su hijo no le pusieran delante tanto inconveniente. Pero enamorada ya del todo, muger, y determinada, què impossibles, y peligros no havian de romperse?

La nota, y el què diràn, aunque en muger principal, es cosa

de

de tanto peso, ella lo echò a las espaldas: tomò al amor por excusa, sin prevenir a este riesgo mas satisfacciones; el temor de el hijo lo estorvaba todo. Interponer ruegos, era diligencia excusada, irse con èl, muerte cierta, casarse contra su gusto, era lo mismo, no casarse, era morir; pues para salir de todo, y lograr su gusto, se determinò cruel à matar al Conde, primero con algun bebedizo, ò traza semejante. Quien de una madre oyò jamàs tal crueidad? La hambre de Palestina, la de Calahorra, y de Numancia, si ocasionaron tales efectos, pero eran efectos rabiosos, nacidos de la hambre, y con todo se lloraron por portentos. Mas que por complacer à un apetito, haya madre que eche la segur al natural afecto, y quiera matar à lo que diò la vida, no sè que se haya contado de otra mas, que de aquesta Condesa.

Maquinando andaba modos la imprudente señora, para executar su maldad, sin que nadie lo entendiesse; pero que como sea assi, que cosas como estas no pueden prevenirse por una persona sola, y que quando mas recato haya, es menester ayuda de una criada, ò amiga; al tanto la Condesa fiò las llaves de su secreto à una Camarera suya, dama tambien de buen brio. O ya fuesse, que sin fiarse de ella, atendiò la dama lo que hacia, viendola destemplar las yervas venenosas, amerando con ellas la bebida. El dia que determinaron para el hecho, y à la hora de el comer, diò orden la Condesa à la tal criada, que quando pidiesse el Conde de beber, le llevasse de aquel vaso, que estaba prevenido: que al parecer en aquellas edades, ni los Condes, ni los Reyes se servian con el aparato, y grandeza, que ahora se acostumbra: una criada sola servia à la mesa.

Armado assi este lazo a esta descuidada vida, urdida esta traicion contra el noble Conde; no quiso el Cielo que llegasse à granazon, antes permitiò el castigo. Fue el caso, que la criada tenia tambien su poco de galanteo; que en casa de el danzador todos suelen ser danzantes, y no era mucho, que andando divertida la señora, anduviesse la criada entretenida. Al son que dicea da la cabeza, andan continuo los pies. Sancho Montero, dicen que se llamaba el galan, del Valle de Espinosa; y aunque hai quien le llama marido, poco importa que lo fuesse antes, ò despues. Contòle la dama todo lo que estaba armado, porque entre dama, y galan, siendo fina la correspondencia, nunca hai secreto partido.

Atonito el Caballero de semejante maldad, despues de haver dis-

discurrido en el modo que daria para atajar aquel daño, se fue al Conde, y con harta turbacion le dixo lo que passaba. Aunque estaba prendado de el secreto, antes quiso quebrar con la amiga, que con el señor, que sobre la lealtad que al dueño se debe, no supone lo galàn; si bien à la dama no le pesò despues, que el Conde lo supiesse. Quan confuso se hallaria con semejante aviso, discurralo el discreto. Repasse por sì mismo el tropel de cosas, en que se veria embarazado el mayor entendimiento, las dudas que ocurririan. Si serà? Si no serà? Si serà embeleco de la criada, ò traicion de la madre? Si seria falsedad de la una, ò alevosia de la otra? Como todo podia ser, acongoxaba todo. Por la una, y otra parte eran penas, y cuidados. Nada de los dos extremos podia aliviar el dolor, fuesse uno, ò fuesse otro, todo era desdicha. Nadie se vea en tan penosas lides; y si acaso se las acarreare la desgracia, armese con David, y llame à voces al Cielo, que en tribulaciones como estas, en peligros apretados, solo es Dios quien puede abrir camino.

Despues que el lastimado Conde huvo hecho mil discursos, se resolviò à una prueba temeraria, pareciendole que apearia de aquel modo la verdad del caso. Dissimulando el dolor, y rebozando en el semblante el mismo dissimulo, se sentò à comer à la mesa el dia que le estaba amenazado. Sobra fue de valor, y confianza, como entrar en el Senado Cesar; menospreciando los avisos, que aunque aqui se llevaba de cuidado, lo que allà de descuido, tambien podia haverse commutado el veneno en alguna celada de traidores. Comenzò à comer, mal mascados los bocados: que donde hai tantos ahogos, harto es poderse comer. Pidiò la bebida sin alterarse el animo. Mirò la Condesa à la criada, que fue como dàr la seña; diòse por entendida: tomò la copa a donde estaba el veneno; y como ignoraba lo que el Conde queria hacer, moviò los passos turbados, y alterò al rostro colores. El, que à todo estaba atento, sin mostrar que lo entendia, tomò el vaso en la mano, y usando de urbanidad, hizo a su madre la salva, en que bebiesse primero. Què de espantos se ofrecieron a este punto! Què de sospechas a la Condesa! Què admiraciones a la criada!

La Condesa entre turbada, y corrida, atribuyendo la turbacion à aquel cariño, excusòse con cortesias, y agradecimientos. Porfiaba el Conde con mayores ruegos, reduxose à question de causa, què le movia? Alegò el Conde el derecho paternal, à que to-

todos rendimiento son debidos. Alegò por el contrario la Condesa, que el respecto de Principe es primero. El replicò, que dispensaba en aquel derecho: y ella dixo, que no lo permitia: èl, que gustaba de ello, y ella que no gustaba. De las porfias de cumplimiento, passaron ya à ensangrentadas porfias, porque enterado el Conde de la traicion, viendo las excusas, echo mano à la amenaza, y dexò el ruego. Hizola beber por fuerza, con que à pocas horas obrando la ponzoña, se quedò sin vida. Assi acabò esta Condesa, la muerte que quiso dàr, la diò la muerte.

Aunque al parecer de algunos fue ajustado el hecho, muchos lo condenaron por temerario, que en materia tan dudosa, quedò campo para todo. Desluciòse mucho el Conde, notandole de crueldad, la que èl llamaba justicia; y para sossegar à los mal contentos, fundò en comtemplacion de su madre, y de su mismo nombre el Monasterio de Oña, bien cèlebre, y conocido por su antiguedad, y grandeza. La fundacion fue para Monjas, y assi durò algunos años, hasta que un Rey de Navarra diò el Monasterio à los Monges de Cluñi. Con esta obra pia, y capa de Religion, procurò cubrir el Conde la atrocidad del caso. A Sancho Montero, porque le diò el aviso, y à la dama que descubriò el engaño, mandò que se casassen, dandoles buena renta, con que pudiessen vivir; y para memoria de la lealtad, concediò privilegio à los Monteros de Espinosa, de que perpetuamente sean guarda de noche de la Persona Real. Assi lo aclaman por tradicion los naturales de aquella Villa, y puede creerse quando lo mereciò el caso. Tambien dicen, que naciò desde este cuento la costumbre recibida en muchas partes de España, que beban las mugeres antes que los varones. Tanta es la sospecha que queda de una alevosia; tanto dexa amedrentado una traicion.

* * * * * * * * * * * * * * *

EXEM-

EXEMPLO IV.

COntra el sentir de muchos Republicos, que desterrados, y mal contentos anhelaban por la libertad de la patria, hizo el Emperador Carlos Quinto a Alexandro de Medicis, gran Duque de Florencia, despues de haverle casado con Madama Margarita, hija suya. Comenzò el Duque a dàr muestras de un gran Principe, perdonando a muchos de los enemigos, alzando el destierro à otros, y favoreciendo, como era razon, al linage de los Medicis, parientes, y deudos suyos; que tanta obligacion es de un Principe mirar por su casa, y engrandecer su linage, como levantar la mano a los rebeldes rendidos. Comenzò, pues, con estas virtudes à ganarse la gracia del pueblo, y a tenerlos gratos a todos. Pero como la edad, que en los primeros ardores de la juventud, siempre suele deslizarse a travesuras, y mocedades, diò en inclinarse a torpezas, dexandose llevar tan a rienda suelta del desordenado apetito, que vino a hacer gusto, y gala toda suerte de mugeres: falta notable, que acarrea en un Principe descredito, y deshonra. Y como ordinariamente, quien se ladèa a otro amor, se olvida de la muger, no solo diò el Duque en estàr mal hallado en brazos de Margarita, sino que passò el desaire à aborrecerla. Nadie, pues, que olvida obligaciones tan justas, se espante de las desdichas; que andar un Principe torpe, es pararse precipicios, y armarse celada es.

Con esta ocasion, con este achaque (que achaque quadra mas bien) tuvo entrada en la amistad del Duque un tal Lorenzo de Medicis, deudo mui cercano suyo: que amistades, y parentescos suelen ser celadas de mayores enemigos. El animo, pues, de este era matar al Duque; quien creyera, que para matarle, no havia antes de apartarse de su amistad? Pero esso cae en hombres de bien, no en doblados, ni traidores. Hizose Lorenzo tan amigo de Alexandro, que juntos à todas horas, parecian un sujeto con dos almas, ò una alma con dos sujetos. Todo era chacota, todo juego, toda risa, ver damas, rondar de noche, y acuchillar a quantos encontraban, y tal vez con riesgo de las vidas. Para hacer mejor sus hechos, tenian las casas juntas, de tal suerte, que entre el Palacio del Duque, y la casa de Lorenzo, solo era arbitro una pared, y juzgandola aun mucho estorvo para su poco juicio, la abrieron una puerta secreta, de la qual tenia su llave cada uno. Con esta traza se hablaban quando querian, sin atravesar calles, y sin que

nadie los viesse. Mil males han sucedido de esto de casas juntas, aun entre padres, è hijos; quando el hijo tiene estado, es lo mas seguro estàr cada uno en su casa; y abrir puerta à casa ajena, quando no à traicion, huele à pesadumbres.

Enseñoreòse Lorenzo tanto deste Principe, que no havia para èl secreto que lo fuesse, hasta de sus mas intimos pensamientos tenia parte. Todo esto puede una edad, unos mismos años (veinte y seis se contaba cada uno) y unas costumbres mismas. Demàs, que como Lorenzo era el tercero de los amores del Duque, y quien cada dia le buscaba nuevos gustos, mas dueño venia à ser de sus acciones, que el Duque mismo. Sobre esto, era de ingenio agudo, astuto, mañoso; entretenia con lisonja, acariciaba con el alhago. Era tambien Poeta, pintabale con sonetos las gracias de sus damas, hacia comedias graciosas, representabalas mui al vivo, captabale la voluntad por todos modos. Quien và amasando un engaño, una traicion, urde las tramas con estos dissimulos. Demàs de estos, porque ni aun en la apariencia no se pudiesse sospechar de èl la menor cosa, no queria llevar armas en la cinta, como los demàs cortesanos. Mostraba tener miedo de cosas sangrientas, y ser inclinado solamente à la quietud, y reposo. Andaba de ordinario con rostro amarillo, semblante melancolico, gastaba pocas palabras, huìa las conversaciones, buscaba los lugares solitarios, con que calladamente se burlaban dèl algunos, y otros mas avisados sospechaban fraguaba alguna traicion.

Nacer sospechas contra Lorenzo, procediò de haverle visto en hablas cō muchos desterrados, y haverse dexado decir mucho mal del Duque, y que havia de matarle, y restituirle à Florencia su libertad antigua. Por esto comenzò à ser tenido por sospechoso; pero èl con sagacidad curaba para con el Principe sus engaños con adelantarse à llevarle nuevas de quanto los desterrados le decian, tomandoles tal vez algunas letras firmadas de sus intentos, y mostrandolas al Duque, modo con que le tenia hechizado en su amistad, y deshacia todo genero de sospechas. De suerte, que hablando mal del Duque, y de la tyrania, y suspirando por la libertad conocia las intenciones de todos los que estaban mal contentos (de que se alegraba mucho por verlos conformes à lo que èl abrigaba, y encubria en su dañado pecho) y viniendo al Principe con algun chisme de los indignados, le dexaba seguro de recelos. Què de cautelas semejantes hai en el mundo! Decir mal de quien quieren mal, para descubrir los votos que hai de su parte, y volver al mis-

mismo con el chisme, para que no le tengan por sospechoso. Ruindad es, pero ingeniosa, y astucia mas digna de un Ulisses, que de un Lorenzo.

Pero con todo, estando entendido de la maraña Pedro Stroci, uno de los mas principales desterrados, y no pudiendo sufrir à fuer de noble hombre de tan malos tratos, y tales dobleces, encontrandose acaso con un amigo del Duque, llamado Pandolfo Pucci, le dixo estas palabras: Mui desatinado està, ò Pandolfo, esse vuestro Duque, y mui poco versado en materias de engaños, y lisonjas, pues se dexa llevar, y hace caso de un hombre tan caviloso, y traidor como Lorenzo de Medicis, el qual jactandose cada dia, nos promete ha de matarlo, para que con su muerte se quite el pesado yugo à la libertad. Allà engañarà con otra invencion diferente, y dirà que los muertos hemos de ser nosotros. Diga èl lo que mandare, que por lo menos no hemos de fiarnos dèl. Si el Duque quiere fiarse, verà lo que le conviene.

Apenas escuchò esto Pandolfo, quando lleno de rabia, y de pesar se fue al Duque, contandole à la letra lo que Stroci le havia dicho, que materias tan vidriosas, cayendo en pechos leales, nunca sufren dilaciones. Quedòse el Duque harto perplexo, y confuso, sin acertar que decir, ni que hacerse. Por una parte la amistad de Lorenzo le asseguraba los miedos, por otra, la mala voz le multiplicaba dudas. En lo uno veia ahogos, y en lo otro tropezaba en embarazos. En fin, viendo que el consejo era de enemigo, y que de los tales se ha de elegir el primero, se resolviò à declararse. Llamò à Lorenzo, y mezclando suspiros entre razones lastimadas, le contò todo lo que havia sabido.

Entonces el traidor con dissimulada risa, con semblante reposado, sin mostrar alteracion, confessò que era verdad lo que Stroci havia dicho, y que havia muchos dias, que se havia valido de esta traza, y de este ardid, para tener conocidos, y sabidos los intentos de los contrarios, porque à no ser de esta suerte, como, ò de que manera huviera apeado tantas cosas, tantas cavilaciones, tantas tramas, de que en diversas veces le havia dado noticia? Que podia estar sentido, que lo que èl havia hecho con tanto cuidado, con quiebras de su credito, fingiendose traidor para escudriñar con mas certeza los pechos enemigos, se lo pagasse tan mal, que le huviesse dudado de su lealtad, y su fee, y se huviesse sospechado de su amistad verdadera, que estuviesse cierto, que havia sido espia de su vida, y de su honor, y que saber espiar

necesita de cautelas, y ficciones, que mal asseguràra Sinon à los Troyanos, à no hacer bien el papel en contra de los suyos.

Con estas, y otras razones semejantes, bien estudiadas de atràs, y bien dichas, què sospecha, y recelo no asseguràra? Creyòlo el Duque de manera, que en vez de andar cuidadoso, le acabò de hacer dueño de su voluntad. No es marabilla, que un pecho noble es mui facil de engañar, y una traicion de un amigo, mala de creer, è impossible de advertir. A cautelas bien fundadas, à engaños tan bien urdidos, què contracautela podia hallar un Principe confiado? Què avisos pudieran desvanecer semejante ficcion, tal embeleco? Creciò antes entre los dos la amistad, el Duque multiplicando mercedes, y Lorenzo aumentando los servicios, y mas en aquellas materias lascivas, à que el Duque era inclinado. No havia dama de buen porte, ni moza de buen brio, con quien Lorenzo no hiciesse la negociacion, a unas se las llevaba à Palacio, y con otras le asseguraba la entrada. Hasta Conventos de Monjas no estuvieron seguros; que un Principe con amor, suele ser llave maestra, que abre qualquier cerradura. Consummaronse, en fin, nefandos sacrilegios, y quando llega la maldad à tocarle à Dios tan en lo vivo de la honra, què hai que buscar otras causas de desdichas, y desastres? Què mucho que se frague una traicion, quando un rayo debia de fraguarse contra quien tan inmediatamente ofende al Cielo? Contra sacrilegas culpas, poco castigo es una traidora muerte, mas castigo havia de ser.

Mas de seis meses anduvo pensando Lorenzo en la maldad, y en la traza, y modo de executarla; esto con tanto secreto, con recato tanto, que a nadie descubriò jamàs ni aun los menores indicios de su intento. Prudente, astuto, y callado anduvo Marco Bruto para matar a Cesar. A Porcia su muger le costò la vida (que ella se quitò a sì misma) afianzarse el secreto. A amigos intimos, y sabios, qual Ciceron, por conocerlos de poco animo, no quiso darles parte; pero, en fin, todo aquel recato, y secreto andaba entre muchos, y aunque hacian un cuerpo, conjurados todos a un designio mismo, y hechos una voluntad de igual animo, de igual recato, y de igual silencio, ya con todo eran los sujetos muchos, y por lo menos todos ellos lo sabian, aunque huviessen callado todos. Pero el astuto silencio de Lorenzo de Medicis, para un hecho tan grande, y espantoso, no se ha leìdo, ni dicho jamàs de ningun hombre, exemplo puede ser al mundo, para que en casos graves, a que un hombre se dispone, se le imite lo recatado, ya que no

no lo traidor. Acciones grandes se han visto perderse solo por revelarse. Poco importa pensar bien, si se yerran los aciertos para conseguir. Què importa que el Principe, ò Capitan, ayudados de su ingenio, dèn en el blanco de conseguir la hazaña, si acaso el à quien lo revelaron, hace que llegue à oidos del contrario? Cosas graves, y que en descubrirse se amenazan riesgos, aun à sus mismos labios, porque no lleguen, ni aun à sus orejas, no ha de fiarlas un hombre. Por mas del alma que sea la muger (qual era Porcia de Bruto, que se amaban en extremo) no se le han de confiar materias, que son del alma, que hai almas tambien, que ya que no maliciosas, pecan de ignorantes. Solo un traidor, qual Lorenzo, pudiera ser tan callado, y tan sufrido; pero què no harà un traidor?

No huvo cosa, que mas estudio le costasse, que pensar el lugar donde se havia de executar el delito, y siempre costò lo de mas cuidado, en quien quiso sin peligro de su vida arrestarse à una atrocidad. Lo mas bien pensado en el sentir de algunos en aquella conjuracion de Julio Cesar, fue matarle en el Senado, porque en ninguna otra parte se le diera la muerte, que no costasse alborotos grandes, y escandalosos gritos, y amotinado el Pueblo se pudiesse exponer à la venganza. Assi Lorenzo para matar à este Principe, escogiò modo, tiempo, y lugar, requisitos en que afianzò salvar su vida del riesgo. Por lugar eligiò su misma casa, pegada, como hemos dicho, al Palacio del Duque; porque esto de ir à matar à un Principe à su casa, à su Palacio, no se aliñò jamàs bien à el mas desahogado traidor. Aun qualquier particular puede mucho dentro de su casa: muerto que estè, no pueden echarle de ella, si no entran tres, ò quatro; y como la traicion es cobarde siempre, el rugir de los tafetanes los temieran hombres armados, la voz de un solo page, ò los gritos de una dueña, turbaran todos los brios, y juntaran la Ciudad. Por esto Lorenzo quiso, no en casa del Duque, sino en su casa misma, darle muerte. Por tiempo eligiò la media noche, que siempre la noche es capa de maldades, y delitos. Y à tener Bruto tanta familiaridad con Cesar, como Lorenzo con Alexandro, que pudiera llevarle de noche donde gustara, no le matàra de dia, con que se hiciera menos ruidosa la muerte. Por modo tomò, acomodarle al Duque una hermosura, por cuyos amores havia dias, que andaba mui perdido. Ya me espantaba yo, que para perderse un Principe, dexasse de ser el lazo una muger. Fue este el caso:

Vivia en la calle del Principe una bizarra señora, tan valida de los titulos de noble, quanto arreada de los asseos de hermosa, tan bien hallada en su beldad, y tan atenta à sus obligaciones, que ni la censura hallò en que corregirla, ni la malicia tuvo que objetarla. Pero ni esta virtud, ni verla principal, ni el reparo de casada bastaron para que el Duque dexasse de poner en ella los ojos, y buscar modos, y trazas para haverla; que el poder, y con amor, à todo arrastra. Communicò con Lorenzo su cuidado, por vèr si como otras veces le buscaba los remedios al dolor, que aunque veia que eran muchos, y dificiles los inconvenientes, y mas que la tal señora era deuda mui cercana del mismo Lorenzo, con todo estaba tan satisfecho de su amistad, y su ardid, que no temiò descubrirse, y declararse con èl. Pareciòle al traidor, que era la ocasion buena para colorir su engaño, y disponer sus trazas: y assi, aunque le representò lo imposibilitado de la materia, le ofreciò no sossegar hasta rendirla; que qualquier concertador de estos negocios infames, nunca por cerrado que estè el muro, dexa de prometer rendimientos, pues no puede perder nada en el trato, aunque no consiga el triumpho.

Con diferente designio empezò Lorenzo à esta negociacion; de forma, que el Duque lo entendiesse, comenzò à visitar à aquella dama, à ella tratandola de otras cosas, y à èl fingiendo le trataba de las suyas, de suerte, que à los dos los engañaba. Prosiguiò este embeleco algunos dias, hasta que le pareciò ocasion de efectuar su dañado intento; y assi, à los cinco de Enero, vispera de los Reyes, juzgando quizà, que como en tales Pasquas hacen mercedes la Reinas de aguinaldo, venia bien la presumpta, de que aquella señora le queria dàr al Principe la joya de su belleza. Llegòse à èl aquella tarde alborozado, y contento, diciendo: Albricias, señor, albricias, Principe mio, que he salido con mi empressa. Ya essa beldad que adoras, essa hermosura que idolatras, essa luz por quien suspiras, la tienes rendida à tu voluntad: ya esta noche la veràs entre tus brazos, y te pagarà à cariños los desvelos que te cuesta: ya à luces de su hermosura te daràs por bien pagado. Solò ha podido mi industria conquistar entre imposibles tan dificultosa empressa, vencer batalla tan ardua, y humillar tan inexpugnable roca. Solo advierto à tu grandeza, que este rendimiento està ofrecido, y assegurado por mi, baxo de dos condiciones. La primera, que nadie mientras durare el mundo, ha de ser participe de la liviandad, ni de la injuria que hace à su marido, que en sepul-

pulchro de silencios se ha de sepultar el caso. Lo segundo, que le ha de ser cierta la cantidad de dineros que la he ofrecido, que ya que vende su honor, procura gastar el precio en socorrer muchas necessidades, en que su marido me consta que està empeñado. Uno, y otro la he ofrecido con la misma bizarria que lo otorgàras tu mismo.

No es decible con el gusto, y regocijo que el engañado Principe recibiò estas figuradas nuevas, que aunque pudiera recelar las sospechas en dama de tanto lustre, considerando, que en los lazos del amor, y mas si lo paga una grandeza, la muger mas alta cae, presto las creyò verdades. Ya culpaba de perezosa la noche, porque se tardaba tanto: a cada hora de luz la iba contando por siglo, que esta es la ignorancia de los mortales, desear cercanias de la muerte, sin saber lo que desean. Llegò, pues, la noche, y apenas sobre la luz tendiò el manto de sus sombras, quando por aquella puerta, que correspondia a la casa de Lorenzo, passò allà como otras veces, a esperar se hiciesse hora, y que todos estuviessen recogidos, para poder ir secretos a la engañosa vista. Llevaba con èl dos criados camareros suyos, los quales hizo Lorenzo que los despidiesse, puesto que el caso a que iban era solo entre los dos, y no para mas testigos. A todo assentia el engañado Duque, sin que pudiesse inquietarle la menor sospecha. Despidiò los criados, quedòse solo en el quarto de Lorenzo; y dixole el traidor, que para que no llevasse toda la noche en vela, se recostasse alli sobre su cama, y que en siendo hora èl avisaria. Caso notable, y maldad nunca pensada, brindar con la cama propria, y trazarle alli la muerte! Dar lecho para domir, y disponerle pyra para sacrificar!

Hasta el sueño le fue traidor al Duque aquella noche: caseros enemigos fueron sus sentidos mismos, porque en echandose a dormir, los ojos, oidos, manos, y lengua, todos son cosa muerta. Pero què marabilla, que a quien ya lleva arrastrando la soga de su advertidad, se le duerman los amigos? Aquexado, pues, del sueño, ò de su desventura, se acostò el Duque vestido como iba sobre la cama de Lorenzo, el qual le advirtio, que se quitasse la espada, para que durmiesse mas a gusto. Quitòsela, y tomòla èl, y mui dissimulado revolviò la correa en la empuñadura, porque si acaso para defenderse fuesse a echar mano, no pudiesse desenvainarla. De suerte, que es la traicion tan medrosa, que aun para matar a uno, que està dormido, y desarmado, ha menester temer-

le, y assegurarle, qual si estuviera despierto. Cerrando, pues, el pavellon, y dexandose la luz sobre un bufete, se saliò Lorenzo de la sala, tirando la puerta tràs sì, que por ser de golpe se quedò cerrada.

Esto asi dispuesto, llamò à un amigo, ò criado suyo, por nombre Scoron Conculo, al qual, por parecerle ossado, y valiente, y mui para su proposito, havia alcanzado perdon del Duque sobre cierta muerte, de que se le hacia cargo. Y como la gratitud, y conocimiento sea cosa natural, deseaba mucho Conculo se le ofreciessen ocasiones à Lorenzo con que poder satisfacer, y pagarle la deuda, y obligacion en que le estaba. Llamandole, pues, ahora, le dixo de esta suerte: Ya, amigo, ha llegado el tiempo, en que con un servicio me pagues, lo que confiessas deberme: à un hombre has de matar, del qual estoi agraviado, mira si te atreves, ò si su presencia, porque es persona mui ilustre, y mui noble, te ira de acortar el brio. Seguridad de la vida, està te ofrezco, que solo resta haver valor para el caso, que en lo demàs no hai peligro. Mucho me pesa, respondiò Conculo, que quando estoi esperando alguna grande empressa en que servirte, me pongas miedos delante, y dudes de mi ossadia. Dime quien es tu enemigo, y cuentale por muerto, aunque sea un gran señor, y aunque sea el mismo Duque Alexandro; que a la determinacion de un hombre temerario, no le amedrentan altezas.

O amigo mio, replicò el traidor, echandole los brazos, y como has adivinado mi intento! Sabe, pues, que es el Duque el hombre que has de matar, ò contra quien me ha de ayudar tu espada. No hai sino buen animo, que del modo que le tengo encerrado en mi quarto, y dormido sobre el lecho, es mui facil la victoria. Encruelece el corazon, revistete de saña, y entra siguiendo mis passos. Dicho esto, y llamando tambien otro mozo de caballos, llamado Flecha, animoso, aunque de ruin talle, abriò la puerta de la sala con gran silencio. Con secretos passos entraron dentro los tres, y volviendo a cerrar, sin hacer el menor ruido, llegò Lorenzo a la cama, abriò el pavellon, y con el puñal desnudo, que llevaba, le embainò cruel en las entrañas del Duque, passandole el pecho de parte a parte. Al dolor de la mortal herida despertò el desdichado Principe luchando con la muerte. Se revolviò furioso de la otra parte de la cama, abrazòse de Lorenzo, y en despavoridas, y lastimosas voces, comenzò a ultrajarle de traidor. Levantòse de la cama forcejeando consigo mismo,

mo, que los ultimos aprietos de la vida pueden mucho. Lorenzo entre turbado, y confuso, trabajaba asimismo por desasirse dèl; pidiò ayuda à los dos criados, que desnudos los aceros ya se miraban cobardes à vista del fracaso; pero advertidos de su mismo peligro, comenzaron à tirar al Duque muchos golpes. El, que qual animal rabioso, que acosado de perros, y cazadores, suele en el monte hacer riza con garras, uñas, y dientes, ya bañado entre su sangre, no esperaba mas remedio, que morir vengado de los que asi le mataban, tomando un taburete que se hallò mas à mano, comenzò con èl à defenderse, dando, y recibiendo golpes. Cruel era la refriega, desapoderada la confusion, desastrado el lance. Un gran Duque de Florencia, roto el pecho à mil heridas, un taburete por armas, una sala por palestra, rodeado de tres enemigos, ellos con espadas, èl sin ella, èl aunque desangrado, siempre animoso; ellos aunque sin herida, temerosos, y cobardes. Tan desapoderado, y encruelecido andaba entre los tres el Duque, que faltandole ya las manos, à causa de los golpes, arremetiò con los dientes, y cogiendole à Lorenzo el pulgar de la una mano, se le arrancò de ella. Afligido el traidor del dolor grande, pidiò à Conculo, que le ayudasse. Hizolo assi, porque abrazandose al Duque, le abatiò al suelo, donde à estocadas repetidas le acabaron de matar. El cuerpo echaron despues sobre la cama, donde anegado en sangre fue espectaculo funesto à quantos le miraron. Al passo que lastimado con la mortal tragedia, irà el Lector confuso con las dudas que se ofrecen, bien pensadas, de como en una casa de tanta familia, qual la de Lorenzo, y tan pared en medio del Palacio, haviendo sido el estruendo, y el ruido en la forma dicha, no acudiò nadie à vèr lo què passaba? Como à tantas voces estuvieron todos sordos? Como en alboroto tamaño, aun la curiosidad se faltò à sì misma? Como es possible que un page, ò una criada no despertassen à tan ruidoso tropel? Parece, ò que fueron todos traidores, ò que no passò assi el caso. Satisfacese à esta duda, en que fue todo maña, y ardid de Lorenzo, que qual si adivinara lo mismo que sucediò de voces, grita, y estruendo, previno muchas noches antes, por deslumbrar à los de su casa, y aun à los de la vecindad, burlarse con sus amigos en aquella sala misma, y à aquella misma hora, dandose con los bancos, y las sillas, tirandose en las rodelas muchos golpes, y moviendo tanta grita, qual si fuera una pendencia mui brava. Al principio acudian, assi de la misma casa, como de Palacio, unos à medio vestir,

y otros desnudos del todo; unos por remediar algun daño, y otros por curar su miedo. Llegaban al quarto, vian cerrada la puerta, daban voces à que abriessen, fingian dentro mas sangrienta riña, mas soberbios los denuestos, llamandose fementidos, desleales, y traidores, y quando veian que los de a fuera iban à batir las puertas, abrianlas entonces, y con chacota, y risa les corrian el campo (que es lo que en España decimos *dàr la vaya*) enviandolos avergonzados, y corridos. Como havia, pues, passado esta burla, y este juego muchas veces, y yà escarmentados, aunque se ardiesse la casa, no hacian caso de ello, de aqui vino, que al suceder la verdad del lastimoso caso, las criadas, y otras personas que lo oyeron, lo juzgaron tambien burla, y nadie quiso moverse. Toda esta fuerza tiene un engaño, con fingidas apariencias: quita à la verdad el credito; quando mentira, hace que sospeche verdad; y quando es verdad, hacen la juzgen mentira.

Què cosa tan natural, ser cobarde la traicion, pues quando al parecer havia Lorenzo de publicar à voces la libertad de la patria, mostrando al pueblo la cabeza del Duque, y pregonando al mundo su ossadia, para que en parabienes, y lauros le diessen la recompensa, se hallò tan turbado, y tan embargadas las acciones, que ya sus paredes mismas lo juzgò prisSion, las figuras de los tapices se le antojaron Ministros: mas quando la conciencia es Fiscal, que està acusando, què marabilla tenga temores el reo? Los dos criados al mismo tenor quedaron amedrentados, y perdidos. No de otra suerte, que quando Bruto, y Casio con los demàs complices, dexando al Cesar revolcado entre su sangre, salian despavoridos huyendo à mas poder, buscando asylo (porque aunque el tyrano, que ellos llamaban, le miraban muerto, la misma alevosia apellidaba venganza, y à los que pensaban agradar con el hecho, à essos temian.) Assi de la misma suerte Lorenzo, y sus criados, dexando al Duque muerto à mas heridas que allà al Cesar, en vez de publicar la hazaña, buscaban por donde huir. Cerrando, pues, la sala, tumba ya de un cuerpo triste, y fingiendo lo que quedaba de pavor de la maldad, ser por causa de nuevas que havian llegado de Casagindo, en que su hermano estaba à la muerte: llegò con toda prissa à las casas de Angelo de Marci, Teniente que era del Duque, y pidiò, que le diesse los caballos de posta, porque le importaba mucho el irà vèr à su hermano aquella noche para la disposicion del testamento.

Sin

Sin recelos de otra cosa concediò Angelo quanto pidiò Lorenzo, que como tan privado del Duque, èl podia alcanzar sin dispensa lo que ninguno otro, que abrir las puertas de la Ciudad à aquella hora sin mandamiento del Duque, no era permitido à nadie. En fin, su privanza abriò facilmente las puertas de las dificultades. Tomaron, pues, las postas èl, y los dos compañeros, y partieron à Bolonia, y desde alli à Venecia. Lisonjearon con la nueva a Philipo Stroci, y otros desterrados, si bien todos mostraron odio al traidor. Al tiempo de partirse, diò la llave de aquella sala à Juan Francisco Zephi, Mayordomo de su casa, y dexòle advertido, que antes de amanecer entrasse dentro, y lo que hallasse lo hiciesse notorio a algunos Ciudadanos opuestos al Duque, y a su familia. Cumpliò el Mayordomo lo que le dexò ordenado, con pasmo, y admiracion de vèr aquel espectaculo sangriento. Callaron todos, sin atreverse ninguno a publicar el hecho, que en casos semejantes vienen a ser sospechosos los avisos. Los dos Camareros que el Duque apartò de sì, quando quedò con Lorenzo, como veian que tardaba le anduvieron a buscar toda la noche, y no hallandole, y siendo ya entrado el dia, fueron al quarto del Cardenal Cibo, y dieronle parte de la confusion, y pena con que estaban. El Cardenal que era entendido, sobresaltandole el repente de la nueva, adivinò lastimado el hecho. Persuadiòse à fuerza de las sospechas urgentes, que havia Lorenzo quitado la vida al Duque, porque hallar cerrado su quarto, no parecer el Duque, haver èl casi oìdo parte de las voces, que las juzgò chacota, saber ya que Lorenzo iba con postas cruzando el Apenino, vèr en su casa turbados los criados, hallar las puertas del quarto manchadas de sangre, què mas testigos, y prueba para adivinar un fracaso? Communicò estas sospechas con el Secretario Francisco Campana, y hallandole conforme à su juicio, determinaron secretos padecer aquel dolor, sin buscar al Duque, ni abrir aquel quarto hasta que fuesse noche. Previniendo aquel dia por medio de correos diligentes, que se juntassen en la Ciudad todos los Capitanes, y Soldados del contorno. Esta fue una diligencia mui acertada, para que aquel Principado sucediesse en Cosme de Medicis, cercano deudo del Duque, è hijo del cèlebre Capitan Juan de Medicis, y de Maria de Salviati.

Haviendo, pues, con industria de una fingida mascara, divertido a los Cortesanos aquel dia el vèr al Duque, assi como cerrò la noche, fue el Cardenal con pocos familiares, y entrando en el quar-

to de Lorenzo, que bañado en sangre manifestaba la desdicha; y revolviendo el cadaver en una alfombra, le llevaron secretamente à San Laurencio: quando ya estuvo assegurado el peligro de algun alboroto, se publicò la traicion, y la muerte lastimosa. Fue electo por Principe de aquella gran Republica, è Imperio Toscano, Cosme de Medicis, aunque no con titulo de Duque, porque siquiera en algo supiesse à libertad el nombramiento. Aunque en edad poca, descubriò mucha capacidad, comenzò à gobernar con gran prudencia, perdonò à todos los desterrados, conduxolos amoroso à sus domicilios, grangeò el comun aplauso. Por sentencia publica diò à Lorenzo por traidor contra su dueño, y rebelde à su patria. Confiscaronle los bienes, y para memoria del castigo; le derribaron las casas. Ofrecieronse siete mil escudos à quien le diesse presso, ò le matasse, y sin esto se hicieron apretadas diligencias para haverle à las manos. Tuvo el traidor avisos, y no assegurandose en Francia, se passò à Constantinopla. Pensò que Solimàn le hiciesse buen passage; pero pensò mal, pues no hiciera bien un Turco de assegurarse de quien havia sido traidor contra un Christiano, su dueño, su amigo, y su pariente. No hai Barbaro, ni Turco, que no aborrezca à un traidor. Assi Solimàn tratò que le prendiessen, para remitirle à Florencia, y que allà le castigassen. Entendiò Lorenzo el caso, y huyòse segunda vez à Venecia; pero como quien lleva el cordel de su delito hecho dogal al cuello, no puede hallar la parte segura, donde no le estè la muerte amenazando, cogiòle alli su castigo, rindiendo la infame vida à espadas nobles de dos Soldados, que haviendo sido de la guarda del Duque Alexandro, se movieron de su voluntad, no con la mira de el ofrecido interès de el Senado, puesto que no quisieron recibirle, à buscar al traidor por todo el mundo, y vengar con su muerte aquella injuria. Recojamos ya las velas à este assumpto, porque querer espaciarnos por el immenso Oceano de alevosias, y traiciones, fuera impossible aun en mayor volumen mencionarlas todas. Bastan, me parece, los exemplos referidos para consuelo de los que à tales heridas lloran lastimados, y para escarmiento de los que à infames impulsos se arrojan à ser traidores.

*** *** ***

EXEM-

EXEMPLO V. Añadido.

NO toparèmos en el mundo, si revolvèmos historias, sino con traiciones, y alevosias. Esto ha de ser causa de alargarnos algo en esta materia; que como sea principal objeto de alentar afligidos, y de meter animo à lastimados, no juzgo serà cansancio à quien quisiere, leyendo, divertirse. Uviterico, pues, aquel de quien hicimos mencion, no atendiendo à que le diò por libre Recaredo, por causa que diò el aviso de aquella conjuracion contra Massona, y contra el Duque Claudio, y no mirando al prodigio que le embargò las fuerzas, quando fue à meter mano contra el Duque; ingrato à entrambos respectos, à dos años de como sucediò à Recaredo el Rey Liuva su hijo, Principe hermoso, y gallardo, y que siguiendo las pisadas de su padre, daba muestras de un gobierno grande, le diò la muerte à traicion, dexando como en tinieblas el Imperio Gotico, envuelto en luto, lagrimas, y quexas. En su reciente edad, veinte y dos años se le contaban solos, qual arrebatado cierzo, que al vèr la rosa los primeros albores de la luz, la maltrata, y estropèa, ajò Uviterico con su alevosia, toda la Magestad de aquel Principe. Estas fueron las tornas de la clemencia que se usò con èl, quando apuntò à ser traidor; este es el agradecimiento de no haverle castigado. Perdonaronle entonces, porque diò el aviso, sin hacer reparo en que havia sido traidor, y que podia ser cōveniencia suya mostrarse despues zeloso, y arrepentido. Harta misericordia era dexarle con la vida, sin dexarle en la altura que gozaba, pues la mucha piedad, quizà le diò el pie para ascender à otro mayor delito, porque como dice el Españ ol proverbio: *Vn hombre de malas mañas, tarde, ò nunca suele perderlas.*

Logrò mui bien el Tyrano su traicion à los principios, pues ayudado de su parcialidad, se apoderò de el Reino, y tomò la embestidura. Logròsele, en fin, la dulzura primera de el reinar, en sentencia de el otro, que èl decia: *Reine yo hoi, y matenme mañana.* Seis años obtuvo el Cetro, señalandose en las armas. Con Romanos, y Franceses tuvo sus encuentros, y debates, en especial con Theoderico, Rey de Borgoña, à causa, que haviendole dado à su hija en casamiento, y enviadose à Francia, volviò aquel Rey à enviarsela doncella, dicen de la manera que fue, dando por excusa

estar

estàr ligado, y no poder tener ayuntamiento con ella. Sentiòse Uviterico del desaire, hizò assomadas de guerra, defendiòse Theodorico con socorro que pidiò à su hermano Theodoberto, Rey de Lorena.

Fueron los Arrianos los que dieron calor à Uviterico para matar à Liuva, y alzarse con el Reino: ya fuesse por recompensa, ya por su mal animo, determinò restituir en España la secta de Arrio, extinguida, y apagada à sudores, y desvelos del famoso Recaredo. Siempre una maldad dà motivos para otra; siempre un malo se precipita à peor. Mas vuelve Dios por su causa, quando la necessidad aprieta. Permitiò, pues, que derramada esta mala voz, se alborotasse el Pueblo con impetu tan grande, que sin hallar resistencia, tomando todos las armas, y escogiendo por cabeza à Gundemaro, persona de muchas prendas, entraron en el Palacio Real, al tiempo que el Rey sentado à la mesa queria comer, bien descuidado. Arremetieron à èl, como Canes rabiosos, y à heridas innumerables, quitandole la vida, lo enviaron à yantar al otro mũdo. Què fin podia esperar quien havia sido traidor? Quien havia usurpado una Corona, què estabilidad queria de Reino, que no era suyo? Muera, pues, à traicion quien se hizo Rey con traiciones.

No parò en esto la rabia del popular motin, sino que cogieron el cuerpo afeado con las muchas heridas, y atado con unas sogas, le sacaron arrastrando por las calles: horrendo espectaculo aun à los que le miramos en sola relacion! Ibanle diciendo mil oprobrios, y denuestos, y despues que rociaron la Ciudad con la sangre que brotaban tantos rotos orificios, le dieron sepultura en un lugar asqueroso. Este pago, y este fin tuvo Uviterico; ojalà sirva de espejo para refrenar traidores!

EXEMPLO VI. Añadido.

QVe con un traidor se use de clemencia, no ha de negarse que es bueno, pero dexarle en puesto, para que se vuelva à alzar, nunca es acertado. Al pedir misericordia con humildad, razon es, que el Principe que està en lugar de Dios, suspenda el enojo, y temple el castigo, pero que lo absuelva en todo, no es razon. Otro Rey Godo nos darà exemplo del miedo que ha de tomarse en estos casos. Subiò Uvamba à la Corona por comun acuerdo de los Grandes, afianzando en su prudencia, y madu-

dura edad el universal sossiego, que como el Rey Recesuindo murió sin dexar sucession, se alborotaron muchos, pretendiendo cada uno empuñar el Cetro. A Uvamba le hicieron aceptar por fuerza, y con tanta resolucion, que un Capitan le amenazò de muerte con la espada desnuda. Buen exemplo para ver què personas son aptas para el gobierno, los que la aceptan forzados, no los que pretenden ambiciosos. No fue Uvamba, como algunos piensan, villano, antes mui noble, y que con los Reyes antecessores suyos tuvo gran cabida, y primer voto en las juntas, y demàs de esto, fue mui señalado en armas. Hallandose cargado en dias, se retirò à descansar en una aldea, que es el comun desahogo de los que escapan aborchonados del bullicio de la Corte. Alli trocado en sayal el trage (si bien en aquella Era se usaban mui pocas galas) y conversando con sus labradores, passaba una vida alegre, quando fueron à ofrecerle la Corona. Vino à Toledo, donde fue ungido por Rey, siendo el Arzobispo Quirico, sucessor de San Ildefonso, quien hizo la ceremonia, y al tiempo de coronarle, hai quien dice, que se levantò de la cabeza un vapor en forma de columna, y una abeja, que volò à lo alto, otros los hacen antojos del vulgo; pero bien pudieron ser prognosticos, y señales de un buen gobierno.

Juliano Arzobispo de Toledo en la historia de Narbona.

Hicieron todos los Grandes sus omenages al Rey. Fue uno de ellos Paulo, Griego de nacion, como quieren algunos, ò Godo de sangre Real, segun parecer de otros. Su poca lealtad puede haver sido causa de no querer que sea Godo; y aunque lo sea, quien se expone à una traicion, ya no es Godo, sino Griego. Comenzò Uvamba à reinar con gran cordura, y prudencia. Huvo algunos alborotos en lo de Navarra, por no haver sido la eleccion à su gusto; partiò el Rey à sossegarlos, quando en la Galia Gotica, como Provincia mas distante, se rebelaron tambien Hilperio, Conde de Nimes, y Gomildo Obispo de Malagona. Si este Principe con ambicion, ò tyrania se huviera llamado Rey, no havia que marabillar, que unos no le obedeciessen, y que otros se rebelassen; pero hacerle Rey por fuerza, y luego hacerle desaires, no es cosa para sufrida.

A castigar este rebelion despachò el Rey à Paulo, con titulo de General, dandole gente, la que pareció bastante. Paulo, que aunque estuvo callado, sintiò infinito haver hecho Rey à Uvamba, juzgò mui à su proposito la ocasion que le ofrecia, para sacar en publico el veneno, y la ponzoña que abrigaba en su pe-

cho,

cho; y assi, marchando poco à poco, dio lugar al enemigo para mas fortificarse. Communicò sus designios con algunos de sus parciales, y hallandolos gratos, se hizo principal cabeza de la conjuracion. Apoderòse de Barcelona, y de otras Ciudades, y Villas de aquel Principado. El Duque de Tarragona, y el Conde de Nimes se le dieron por amigos, con cuyas fuerzas quedò tan desvanecido, y tan soberbio, que apoderandose de Narbona, no temiò llamarse Rey. Alegò por no juridica la eleccion de Uvamba, pidiò, que se hiciesse Rey; estaba hecho ya el trato con sus camaradas, gritaron, que èl solo lo merecia; callaron los que sentian mal, porque eran pocos, y temieron el tumulto, y assi fue el traidor alzado por Rey, poniendole en la cabeza la Corona de San Phelix Martyr de Gyrona, que le havia ofrecido el Rey Recaredo. Què buen pago à la honra recibida, quitarle el Cetro à quien le diò el baston, pagarle con un agravio el beneficio!

No parò en esto la desverguenza de Paulo, sino que atrevido enviò à desafiar à Uvamba con una carta llena de oprobrios, y afrentas, donde lo menos era tratarle de villano. Què mas pudiera hacer un ofendido? Con el sentimiento, que se dà à entender llamò el Rey a Consejo à todos los Grandes, para tomar parecer en caso tan arduo; todos se mostraron finos en darle su ayuda contra el traidor, solo anduvieron diversos sobre si seria bien rehacerse de mas gente para ir à la empressa, ò seria mejor acudir sin dilatarlo: siguiòse esto ultimo con aprobacion del Rey, que como Soldado viejo, y bien disciplinado en la Milicia, sabia lo pernicioso que era dexar fortificar al enemigo: qualquier mal si se arraiga, de pequeño se hace grande.

Dividido, pues, su campo en trozos, marcharon à Cataluña sujetando con facilidad los Pueblos rebeldes, y castigando tal vez mas eran las demasias que hacian sus Soldados con la gente miserable, forzando doncellas, y robando sin piedad, que no las culpas de los mismos rebelados. À todos los insolentes hacia cortar los prepucios, con cuyo castigo tomaban escarmiento los demàs. Era el buen Rey zeloso de la justicia, y no queria llevar à Dios enojado con maldades de los suyos, quando iba à castigar sinrazones de sus contrarios. Llegò à Barcelona, que sin dificultad le abriò las puertas, porque aunque havia rebeldes poderosos, eran muchos mas los leales: premiò à estos, y castigò à aquellos, segun la gravedad de la culpa en que havian delinquido. En Gerona

hizo

hizo otro tanto, con que atravesando los Pyreneos, se puso sobre Narbona, Ciudad mui noble de Francia. No quiso aguardar alli Paulo, sino que dexando en ella à Uviterico, uno de los principales conjurados, se retirò à Nimes, donde esperaba socorros de Francia, y de Alemania. Narbona fue entrada por fuerza, costando mucha sangre de ambas partes. Uviterico se retirò à un Templo, pensando que le valdria el sagrado, y sin pensar que nunca las Iglesias amparan à traidores. Alli fue preso con otros muchos rebeldes, y entre ellos el Arzobispo llamado Argebaudo.

Tomada Narbona, y otras Ciudades comarcanas, enviò Uvamba un gruesso exercito de treinta mil hombres de pelèa à tomar la Ciudad de Nimes, una de las mas hermosas poblaciones de toda la Francia en aquel siglo, de cuya grandeza, y hermosura, en especial del theatro, que pegado à los adarves, servia de fortaleza, resplandecen hoi vestigios, y claros rastros. Pusieronse en defensa los de adentro, y acometiendo los de afuera denodados, se travò una pelèa mui sangrienta, y mui reñida, sin que por una, ni otra parte se aclarasse la victoria, con durar de sol à sol. Esparcidos con la noche, enviaron los de Uvamba à pedirle mas gente. Despachòles diez mil hombres de refresco; tornaron otro dia à la liza con mayor ardimiento. Paulo con los suyos los recibieron con mayor corage, que como se veìan ya perdidos, pelcaban como desesperados. De ambas partes se echò el resto del valor, arrestada la ossadia de poder à poder; pero, en fin, prevaleciò la muchedumbre de los de afuera, haciendo que desmayassen los de adentro. Pegaron fuego à las puertas, y desportillaron la muralla de forma, que pudieron entrar matando, y destruyendo todo quanto topaban. Fue tan sangriento el estrago, tan cruel la carniceria, que las plazas, y las calles cubiertas de cuerpos muertos, brotaban mares de sangre. La griteria, y estruendo: gemidos aquì de heridos, llantos alli de mugeres, voces de todas partes confusas, era en tal manera, que el aire embarazado, repetia lastimosos ecos.

A vista de tantas lastimas conociò Paulo su yerro, y confessò à voces su maldad, y su locura, que es mui proprio de traidores, quando se vèn vencidos, confessar acobardados sus maldades: raro es el traidor que muere valiente. Assi Paulo, no quiso arrestar la vida en la pelea, sino tratar de conservarla por el camino que pudiesse. Desnudòse de las insignias Reales, contra derecho usurpadas, y retirose al theatro, como à parte mas segura, con ani-

mo de pedir partido. El Rey caminaba à toda prissa à gozar de el triumpho de aquella victoria. Y como sea cosa natural apiadarse el vencedor de quien ya tiene à sus pies, y mas quando son debates, y riñas entre los de una nacion, donde se interpolan parentescos, lastimados los vencedores mismos, de vèr à los rebeldes en tan miserable estado. Dieron traza para que pidiessen al Rey misericordia: que como sabian lo piadoso de su condicion, juzgaron que tendrian buen despacho. Saliò à hacer el parlamento el Arzobispo de Narbona en nombre de los culpados; postròse de rodillas delante del Rey, y haciendo prologo de lagrimas copiosas; el Rey perdonò al comun las vidas, y reservò el castigar las cabezas. Triumphò con Paulo en Toledo, è hizo que acabasse en carcel perpetua, que aunque fue clemencia reservarle la vida, fue muerte mayor vivir siempre encarcelado.

EXEMPLO VII. Añadido.

ANtes de tratar la muerte alevosa, y tragedia lamentable del Conde Don Garcia, advierto para mas claridad, que el Conde de Castilla Don Sancho tuvo por hijas à Doña Nuña, y Doña Teresa, esta que casò con el Rey Don Bermudo Tercero de Leon, y aquella con Don Sancho Rey de Navarra, en quien tuvo à los Infantes Don Garcia, y Don Fernando, que fueron los que levantaron à su madre el falso testimonio, y por casar despues este Infante Don Fernando con Doña Sancha, Infanta de Leon, y hermana de Don Bermudo, vino à heredar el Reino. Demas de estas dos señoras, tuvo el Conde Don Sancho à Don Garcia, que de edad de trece años le sucediò en el Señorio de Castilla. Por que no se embaracen los que no estan mui en las historias, he hecho estas advertencias, para que con mas desahogo se sepa de quien se trata.

Heredado Don Garcia el estado de su padre, aunque hai quien diga, que sucediò su tragedia antes que el padre muriesse, tratò de casarse con la Infanta Doña Sancha, hermana, que ya hemos dicho, del Rey Don Bermudo de Leon. Como el Rey era cuñado ya por una parte, por estàr casado con Doña Teresa, hermana de el mismo Don Garcia, se ajustaron con facilidad las bodas, y los conciertos; que claro estaba, que teniendo dos cuñados Reyes, y un Señorio tan grande como el de Castilla, en visperas ya de Reino, se havia de tener por trueco dichoso, casarse cada uno

mo que pudiesse con su hermana. Con estos lazos de parentesco se pretendia una sossegada paz entre los Christianos; que debates entre los mismos Principes, arraigaron mas los Moros en España; porque à estàr siempre unidos como debieran, fueran echados al principio con mucha facilidad.

Mientras el Conde Don Garcia, entre la bizarria de su tierna edad, prevenia galas, y aparatos grandes para ir à vèr su esposa, penando ya por ella, por lo hermosa que le havia parecido retratada, siendo ya todo este afecto deuda mui debida, pues no menos enamorada estaba la Infanta de èl. En tanto, pues, digo, que se trazaban estas vistas, los hijos del Conde Don Vela (que al modo que al padre por revoltoso, echò de Castilla el Conde Fernan Gonzalez, ellos por otro tanto vivian en Leon) andaban urdiendo tramas para despicar en el Conde niño los agravios, y las quexas que tenian de su padre. Pareciòles ocasion a proposito verle muchacho, y haver de verle en jurisdiccion ajena. No puede un Reino venir à mayor miseria, que hallarse con Rey mozo. No solo se le atreven los traidores, pero aun los leales no le estiman. Guarde el Cielo eternidades à nuestro gran Philipo, y hasta que tenga Principe de maduros años, no se le atreva la muerte.

Conjuraronse los tales, Rodrigo, y sus dos hermanos, communicando su intento à los deudos, y amigos, de quien les pareciò podian tener confianza. Eran sagaces, y astutos, y assi no se fiaban de todos, que no todos por amigos que sean, saben ser callados, ni prudentes. Para hacer mejor su hecho, procuraron con capa de amistad dissimular el encono, desmentir la falsedad, y deslucir la traicion: heridas sin reparo las que se dàn desta suerte.

Saliò el Conde de Burgos para Leon con mucho acompañamiento, mucho fausto, mucha pompa. El Rey Don Sancho de Navarra, su cuñado, acudiò à assistirle, juntamente con sus hijos, que es mui de grandes señores el honrarse unos à otros. Formaban los Soldados de una, y otra Nacion un campo entero, y assi, por modo de emplear el tiempo en algo, por divertirse, como si dixeramos, fueron ganando de camino algunos Pueblos, que por desprecio de la tierna edad del Conde, se havia alzado con ellos un tal Fernando Gutierrez, que en tales ocasiones de un Principe mozo, ò de un Rey descuidado, es proprio de ambiciosos apañar para si todo quanto pueden. Por la muchedumbre de la gente iban haciendo mui cortas las jornadas. Y como quien va à casarse, aun el caminar aprissa se le antoja dilacion,

no quiso el Conde hacer actos de sufrido, siendo novio, sino que se adelantò mui à la ligera con algunos de acaballo, dexandose al Rey Don Sancho con toda la tropa en Sahagun.

A la entrada de Leon saliò el Rey à recibirle con lo noble de la Corte. Salieron juntamente los hijos de Don Vela, bien engañosos, y bien dissimulados, como traidores, en fin. Dieron muestras de querer arrepentidos ganar la gracia del Principe su señor, besandole la mano. Assi lo hicieron, pidiendole perdon postrados de rodillas. Esto se veia en lo publico, pero en el pecho tenian abrigada la maldad: Quien de humildad voluntária sospechàra una traicion? Quien crevera, que debaxo de aquella apariencia iba encubierto el engaño? Quien pudiera presumir, que viendose perdonados, no havian de corresponder mui agradecidos? Sola su alevosia pudo engañar al mundo, y hacer que se descuidasse un Principe innocente.

Hospedòse el Conde en la Casa Real: ya se puede presumir el buen hospedage, el agasajo, el cariño que hallaria. Saliò, pues, una mañana à oir Missa à San Salvador, y à la puerta misma de la Iglesia le embistieron los traidores con las espadas desnudas. La guarda del Conde era poca, ellos muchos, el Conde descuidado, ellos prevenidos: el Conde niño, ellos mui hombres, aunque en la accion mui ruines: y assi, antes que pudiera revolverse le quitaron la vida con muchas estocadas. Quien pensara tal maldad! Un cordero innocente hecho blanco en sangre tinto à lobos carniceros! Un Principe de Castilla vertiendo arroyos de sangre por las calles de Leon!

Llegò la nueva à Palacio en destempladas voces, en tropel confuso, en ruidoso estruendo. La Infanta Doña Sancha, ya viuda primero, que casada, cayò en tierra sin sentido: la pena immensa la rindiò à un desmayo, que hai dolores que no guardan cortesia à la Magestad. Vuelta en su acuerdo, à diligencias quizà del mismo dolor, acudiò desalada adonde estaba el difunto esposo revolcado entre su sangre; triste espectaculo aun à los vengativos! Abrazòle con el muerto, llenando el aire de quexas, y alaridos, regando el suelo de copiosas lagrimas. Sus lastimas fueron tales, tales sus extremos, que al enterrar al difunto, si no la detuvieran, quiso enterrarse con èl. No hai que maravillar, que fue pena rigurosa para una muger que amaba, vèr à su esposo antes en el ataud, que en el thalamo. Siente mucho una mu-

muger, si es como debe, los desastres de el marido. La Reina Doña Teresa, con ser hermana de el muerto, aunque no hai duda que lo sentiria mucho, no fue vista, ni acudir à la refriega, ni hacer semejantes lastimas, de donde se infiere, que no hai deudo mas estrecho, ni voluntad mas firme, que entre marido, y muger.

Ponderan aun mas este caso algunos Authores, y dicen, que antes de matar al Conde, le llevaron los traidores como presso à una de sus casas, lo qual sabido por la Infanta Doña Sancha, acudiò allà con presteza à tiempo que le estaban hiriendo, y, afeandoles su alevosia, y maldad, les pidiò con ahinco, que la matassen à ella, y dexassen vivo al Conde. Sobre lo qual, siendo mucha su instancia en defenderle, la diò una bofetada el Conde Fernan Lainez, tio de los traidores. Notable desacato, y cosas casi increibles en una Corte de un Rey, y el Rey en ella, cuñado el muerto, hermana la ofendida, y todos agraviados, y escaparse los traidores sin ser pressos! El otro cuñado Don Sancho de Navarra anduvo mejor, cogiòle la nueva ya en los arrabales de Leon, y con summa diligencia, dividido el campo en trozos, siguiò por todas partes à los traidores; alcanzòlos en Monzon, junto à Palencia, donde haviendolos presso, mandò, que los quemassen; justicia con que pagaron su delito, y escarmentaron otros. Revolviò luego contra el Rey de Leon, dad si tuvo sospechas de haverle visto omisso, y grangeò de apartarle casar con la doncella viuda à Don Fernando su segundo hijo, que por ella heredò à Leon, y por su madre à Castilla. Verdad es, que primero quiso la Infanta la vengassen de la injuria, que la havia hecho Fernan Lainez, que no es razon, decia, tomar esposo una muger afrentada. Cumplieronla de justicia, entregandola al delinquente, à quien mandò desmembrar. Conjurados, y traidores, jamàs pararon en bien, que no solo dura para las edades la mancha de su traicion, sino juntamente la afrenta de su castigo.

CAPITULO XII.

DE LA PIEDAD DE DAVID CON SU ENEMIGO Saul, quando pudiendole matar, aun no le quiso ofender.

1.Reg.c. 24. Text. y Gloss.

NO hai mayor valentia, que tener valor un hombre para vencerse à sì mismo. Vencer las passiones proprias, y sujetar la venganza à los pies de la razon, es una bizarria mas que humana, y que parece tira gages de divino aliento. Quitar la vida à quien hizo el agravio, es vencer à quien anda arrastrado de la culpa; pero vencer perdonando al brazo que vibra esfuerzos contra el facineroso, es victoria de hombres como David. El solo puede ser pauta à todos los duelistas, à aquellos, que si no vengan la injuria derramando sangre, se tienen por afrentados: El solo puede enseñar el modo con que ha de portarse un ofendido: El solo puede dàr luz de el respecto que se debe à los Principes por mas tyranos que sean: vamos à la Historia.

Apenas se viò libre el Campeon valiente de los riesgos, de que se mirò cercado en el desierto Maon, de el modo que ya diximos, quando Capitaneando sus seiscientos hombres, buscò estancia mas segura. Penetraron las malezas de Engadi, riscos tan inaccessibles, que aun las silvestres cabras que los pueblan, tal vez precipitadas de la cumbres, se hicieran pedazos, si las puntas de sus frentes no les sirvieran de estrivos para afianzar la caìda. Ponderacion es de doctas plumas, no hyperbolico encarecimiento. Pareciòles lugar apto para engañar al mas ossado peligro, pues lo fragoso del monte venia à ser estorvo de la mas apretada diligencia. Brindabales tambien la guarida de una opaca gruta, de una espaciosa cueva, en cuyos obscuros senos, à aprietos de la necessidad, podian hallar asylo, y esconderse. En tanto, pues, que ellos hacian sus ranchos, y sentaban sus aduares, diligenciaba Saul, vencidos ya los Filisteos, volver à su teson, y à su porfia; que estando un corazon hecho à las iras, todo es anhelar à la venganza. Con mas de tres mil Soldados escogidos volviò à fatigar los montes, no à cazar fieras, sino solo à un desdichado. Derramò sus espias para acertar el tiro, y teniendo aviso, que David con su gente se ocultaba en Engadi, partiò gozoso à prenderle, ò matarle. No le puso pavor lo intrincado de la maleza, ni le amedrentò lo agrio de sus ris-

Lyra, y la Interlin. ad cap. 24 Ex 1. Regum.

riſcos, antes venciendo con lo iracundo, fueros de la Mageſtad, comenzò el primero à trepar por los breñales, dando motivo con ſu arrieſgado impulſo, à que hicieſſen ſus Soldados otro tanto; que en pechos leales, quando ſe arroja el Principe à un peligro, es obligacion forzoſa ſeguirle haſta dàr la vida. Cada qual trepò por la maleza, y qual ſi fueran hypogriphos los caballos, volaban à las cumbres.

Temiò David el peligro, y convocando à todos ſus Soldados, ſe ocultaron en la cueva: buſcaron en ella lo mas denſo de las ſombras, y haciendo de ellas cortinas, ſe hicieron al ſilencio. Saùl, que como mas intereſſado de la empreſſa, diſcurria mas el monte, llegò acaſo por aquella parte, y forzado de una neceſsidad natural, entrò en la gruta con tanto deſcuido, como dexa entenderſe. Poco importa el ſer Rey para evadir los lazos de la fortuna. A ſer otro el perſeguido, en buena zelada havia dado Saùl. Qualquier Principe debe mirar las acciones que intenta, y los paſſos en que anda; porque ſi vàn fuera de la razon, en donde menos pienſa hallarà tropezadero. Ir à agraviar, y à ofender, ſon paſſos de un precipicio.

Advirtiendo los Soldados de David el lance tan en las manos, el Rey deſcuidado, y ſolo, y ellos muchos, y bien apercebidos, dixeronle à David al oìdo con palabras acentuadas apenas de los labios: Ea, ſeñor, à què aguardas? Què eſperas, David, quando vès à tus ojos deſcuidado à tu enemigo? Logra la ocaſion, pues viene à ſer eſte el dia, en que Dios te ha prometido ponertele en tus manos, para que hagas dèl lo q̃ quiſieres. Ahora te ſuſpendes? Ahoras eſtàs confuſo? Ahora te paſmas? Quando el Cielo te ofrece la victoria, y puedes à ſolo un golpe acabar con el tyrano, y empuñar el Cetro. Si tu piedad no oſſa, ò algun temor te amedrenta, dexanos à noſotros, y veràs, que en breve rato hacèmos, que con ſu ſangre rotule en eſtas malezas, como es digno deſta muerte.

Nada ſe alterò David à eſtos conſejos, y por no embarazar lo corto de la ocaſion en reſpueſtas, y preguntas, ſe fue acercando à Saùl con tan ſecretos paſſos, que aun la tierra que piſaba apenas los ſentia. Tan cerca ſe llegò dèl por las eſpaldas, que aſiendo con la una mano del manto Militar que le cubria, y con la otra deſembainando un puñal, le cortò un giron, lo que juzgò baſtãte para ſeña de aquel hecho, y apenas le huvo cortado, quando arrepentido moſtrò dolores del alma. Sintiò bien David, que à un Rey, por malo que ſea, no ſe le ha de llegar al hilo de la ropa,

y asi, infelices de aquellos que à su Principe, à su señor, no solo les cortan girones del vestido; pero aun vestidos del honor, se atreven à cortarles! Lastimado, pues, David, volviò à sus Soldados, y les dixo: Tengame Dios de su mano, amigos mios, ampare mi entendimiento, y guarde mi juicio, para que yo no haga lo que me aconsejais tan desatentos, dando muerte à mi señor, a mi Rey, a un Christo ungido de Dios. Vive el Señor, que rige el universo, que si èl no le mata, ya con herida de peste, ya con golpe de un fracaso, ò siendo su edad cumplida, èl no se muere, que no he de manchar mis manos en su sangre, ni quitar la vida à quien es Christo de Dios. Este es mi parecer, esto lo que os amonesto, esto lo que os mando, que fuera vileza summa manchar con una maldad tanto blason adquirido a costa de trabajos, y fatigas.

Mucho puede la razon, y un Principe con ella puede mas: Asi David pudo tanto a fuerza de estas razones, que los Soldados que empuñados los aceros solo esperaban licencia para chocar con Saùl, retrocedieron los amagados impulsos, y depuesta la braveza, se mostraron obedientes. En tanto que acà se andaba en estos debates, saliò Saùl de la cueva bien descuidado. Tomò el caballo al page que le guardaba, y subiendo en èl comenzò à caminar por la falda de la sierra para descender al llano. Saliò tambien David en su seguimiento, y puesto en parte donde pudiesse oìr, y verle, comenzò à llamarle à voces, diciendo: Ha mi señor? Ha Rey mio? Volviò Saùl la cabeza, tirandole el freno al bruto, y entonces David inclinandose hasta el suelo con summa reverencia, le hablò mui lastimado estas palabras:

Por què has de escuchar, señor, ni dàr oìdos à palabras de hombres maldicientes, de aquellos que llevados de la condicion, lisonjean con el chisme, y malquistan à quien està sin culpa? Què delito, ò què maldad ha cometido David? Què males te ha buscado? Què desafueros te ha hecho? Què puede objetar la malicia contra mi innocencia, quando tus ojos han de ser hoi testigos de la vida que me debes? Bien descuidado entraste en esta cueva, donde à ser yo vengativo, pudiera haverte muerto; pero soi honrado; y asi, aunque me brindaban el lance, quise mas perdonandote, vencerme, que matandote, vengarme. Harto tropel venci de tentaciones, porque verme agraviado me incitaba à la ira; verme perseguido, me armaba de venganzas, mas hice rostro à todo, y dixe entre mi: No he de poner yo manos en mi dueño, porque es Christo del Señor. Y asi, padre, y dueño mio, mira, y reconoce este giròn de tu manto. Repara atento, si quien tuvo lugar de cortar un pedazo de tu ropa, pudiera mas facilmente qui-

quitarte la vida? Advierte esta accion, que es testigo de mi abono. Mira sin enojo mi innocencia, y veràs lo libre que estoi de culpa. Repassa el libro en que escribes tus agravios, y bien cierto, que no halles, que yo te haya hecho alguno, muchos servicios sì, à ley de buen vassallo. Tu sì, que agravias à un innocente, y armas assechanzas contra mi vida. Mas no procuro vengarme, sino apelar al Cielo, para que entre los dos juzgue esta causa. La venganza dexo à Dios, para que como Juez summo, y soberano, de el castigo à quien vè que le merece. Cansate, pues, ya de perseguirme, que siendo, como eres, Rey tan poderoso, y à quien todo Israèl, doce celebradas Tribus rinden vassallage, es afrenta de ti mismo hacer caso de un hombre humilde qual yo. Tu rozando olandas, y arrastrando purpura, te opones à un Pastorcillo que saliò ayer del sayal? Tu soberania se embaraza en humildades? Tu Magestad se abate à estas miserias? Ea, señor, vuelve en ti, y no ciego de passion precipites tu grandeza.

Atonito escuchaba Saùl, y como juzgando sueño lo que tocaban los ojos, y atendian los oìdos, reparaba en su descuido, y embargabale el cuidado, que de los cuidados mayores nacen siempre descuidos. Rodeò su capa, ò manto, y hallò menos el giròn, que en las manos de David campaba por tropheo. Las señas eran tan ciertas, que desterraban las mayores dudas. Creyò el caso como David lo decia; considerò el riesgo en que havia estado; loò en David la bondad, y en sì culpo la malicia. Enterneciòse Saùl, que à vista de un beneficio, el corazon mas de marmol hace sentimiento. Con la voz ahogada en lagrimas probò a hablarle. Son por ventura, dice, ò hijo mio David, voces tuyas las que escucho? Y al ir a proseguir, añudò el llanto la voz, con que vino a hacer parentesis de suspiros lo que recogiò en silencio. Venciò el valor la ternura, y articulò estas palabras:

Confiessote, David, que eres mas justo que yo; y està claro el argumento, porque tu me has hecho colmados bienes, yo te he vuelto muchos males; tu me has servido valiente, yo cruel te he perseguido; tu en la forma que me has dicho, pudiendo darme muerte, has amparado mi vida. Accion digna de loar, y como tuya; porque quien havrà havido, que viendo el enemigo en sus manos, le perdone, y dexe de ir libre? Dios te pague esta fineza, que el solo puede pagarla: y porque sè de verdad que has de sucederme en la Corona, y vèr debaxo de tu dominio el gran Reino de Israèl, jurame por Dios, que no borraràs mi nombre de la casa de mi padre, ni asolaràs mi ilustre descendencia.

Rin-

Rindiendo obſequios jurò David a Saùl lo que pedia, fuera de que ya lo havia jurado otras veces al Principe Jonatàs, no ſeria coſa dura prometer lo que aun ſin juramento executara ſu nobleza; que es proprio de pechos grandes, en viendoſe en la altura, amparar los deſvalidos, y abſolver los delinquentes. Reconciliados, pues, en eſta forma, Saùl recogiò ſu gente, y ſe partiò à ſu Corte, y David alegrando con la nueva à ſus Soldados, buſcò lugar mas ſeguro. No parece que tuvo ſeguridad en las palabras, y lagrimas del Rey, porque à tenerla, claro eſtà que ſe fuera con èl, y ſe acabaran para ſiempre los enojos. Anduvo cuerdo, porque de enemigos reconciliados hai poco de que fiar. Apagaſe mal la braſa de la envidia en un pecho enconado, y aunque haga algun cariño, puede ſer traza diſsimulada, llevando entre lo dulce de la apariencia, encubierto el veneno de la venganza. Sabia mui bien David, aunque era mozo; y aſsi, aunque adulò, y ſe moſtrò agradecido à las palabras del Rey, no quiſo empero fiarſe de ſus palabras. Por celebrar, pues, con algo la victoria, no ſolo de haverſe librado de aquel rieſgo, ſino de haver perdonado à ſu enemigo, que eſta fue la mayor victoria, tomò un inſtrumento, y al ſon de las templadas cuerdas cantò eſte Pſalmo, que compuſo en lo obſcuro de la cueva entre temores, y ſombras.

Pſalmo 56. *Al aprieto en que David ſe viò encerrado en la cueva de Engadi.*

Texto, y Gloſſa.

Miſerere mei Deus miſerere mei, &c. Pſalm. 56. Rabi Salo. in Gloſſa.

Adoleſceos de mi, Dios infinito,
Adoleſceos de mi, que aunque no en grito,
Con lagrimas ſecretas os imploro,
Celando à mis Soldados quanto lloro.
Adoleſceos de mi, dos veces digo,
Porque eſtando à la puerta mi enemigo,
El puede ya matarme, ſi es oſſado,
O yo matarle à èl por deſcuidado.

Y

Y asi, estorvadle à èl no me maltrate,
Y detenedme à mi, que no le mate.
Dadme de un golpe aquestas dos victorias,
Para tymbre famoso de mis glorias;
Esta misericordia, esta clemencia
Me la debeis, Señor, por consequiencia,
De que vuestra piedad siempre le alcanza,
A quien consagra à vos su confianza;
Y pues en vos la tengo, caso es llano,
Que me haveis de amparar qual soberano,
Haciendo vuestras alas pavellones,
Que me oculten de tales tentaciones,
Hasta que passe la maldad presente,
Y pueda escapar libre con mi gente.
A Dios he de clamar con voz, y llanto;
Pues ya en tanto quebranto
Mil bienes he sentido, que me ha hecho,
Dexando extinguidos en mi pecho
Pensamientos villanos
De tomar la venganza con mis manos:
Del Cielo me envió nobles alientos,
Y triumphè de mis proprios pensamientos.
A aquellos que procuran acabarme,
Y entre sus pies hollarme,
Les vino à dàr en cara con su afrenta;
Que quien cruel intenta
Ofender sin razon à un desvalido,
Justo es que à oprobrios quede confundido.
Para amparo mayor en tal discordia,
Hizo tambien, que su misericordia,
Y su verdad viniessen à insistirme,
Que no hai roca tan firme,
Que à olas de peligros combatida,
Dexe de verse à pique de perdida:
Y asi, aunque yo brioso,
No pude tener sueño con reposo,
Turbado si los ratos que dormia,
Hasta que Dios con summa bizarria,
Por cercado que estaba de leopardos,
A mi alma librò de entre sus dardos,

Quoniã in te confidit anima mea

Clamabo ad Deum.

Dedit in opprobrium, &c. Lyra.

Missit Deus misericordiam suam. &c.

Aque-

Filii hominum dentes eorũ arma, & sagittæ, &c.

Aquellos hombres, que del Rey al lado,
Con animo doblado
Meten zizaña contra mi innocencia,
Son los que mas apuran mi paciencia,
Porque como saètas voladoras,
Bibran las lenguas contra mi traidoras,
Qual afilado acero,
Que separan lo unido, y mas entero:
Ellos asi con chismes, con engaños
Me apartan de Saùl para mis daños;
Enconan la materia à falsedades,
Y arden con mas vigor enemistades.

Exaltare super Cœlos Deus.

Sobre los altos Cielos,
Do brillan mas hermosos paralelos,
Sed, mi Dios, ensalzado eternamente;
Vuestra gloria eminente
Campe en la tierra luces brilladoras,
Y en canciones sonoras
De Angeles, y de hombres, asi juntos,
Canten vuestra alabanza à todos puntos,
Que yo no dexarè de hacer memoria
De lo mucho que os debo en esta historia.

Laqueũ paraverũt, pedibus meis.

Pues quando ya mis emulos sedientos,
Por beber de mi sangre mal atentos,
Me pàran tantos lazos,
Que mis pies tropezando en embarazos,
Apenas veian ya por do escaparse,

Foderunt ante faciẽ meã foveã, & inciderũt in eam.

Quando los vi acercarse,
Y à mis ojos abrirme sepultura,
Vì, que torpes, y ciegos (què ventura!)
Cayeron en la trampa que me armaron,
Y por mirar yo à Dios se me escaparon;
Pues claro està que pude en breve instante,
Dando muerte à Saùl, salir triumphante. *

Paratũ cor meumDeus.

Y asi, Señor, mi Dios, mi amado dueño,
Un corazon pequeño,
Si bien en los deseos dilatado,
Siempre dispuesto, siempre aparejado
A serviros, os rindo, y sacrifico;
Y pues al dulce metro bien me aplico,

Yo os contarè, Señor, mil alabanzas,
Porque se alienten mas mis esperanzas.
Ea, noticias mias, pues sois glorias,
Que del Cielo me dais claras memorias,
Levantaos hasta el Cielo,
Y à mi espiritu dando nuevo vuelo,
El Psalterio, la Cythara suaves
Suenen acordes con canciones graves,
Que yo os confessarè, Señor Divino,
Segun me prognostica mi destino,
Haciendo, que estos Psalmos, que aqui os canto,
Unos entre placer, otros en llanto,
Segun el tiempo, y la ocasion lo pida,
Se os canten sin medida:
Con alternadas voces eminentes
En muchos Pueblos, y entre varias gentes.

Exurge gloria mea, &c. Lyra.

Con esta cancion tan sagrada, quanto bien sentida, celebraba David la victoria del riesgo, en que se havia visto; que es propio de agradecidos dàr de contado las gracias, à quien les dà el favor en los aprietos. Conociò bien David, que havia sido obra de Dios salvarse aquel dia, y haver tenido à su enemigo en las manos, y assi por todo le diò mil alabanzas. Dèmos nosotros algunos vivos à la bizarria de saber perdonar, materia bien dificil, y poco cursada aun entre Christianos, quando tan necessaria para la salvacion. Moralicèmosla, pues, con algunos similes, que son razones vivas, que convencen, y que sin hacer fuerza, puedan arrastrar animos vengativos a la piedad, y templanza.

SIMILES DE REMITIR AGRAVIOS, Y PERDONAR *enemigos.*

EXEMPLO.

Sucediò en cierta Ciudad (refieren Authores graves) que un Ciudadano diò la muerte a un Caballero, ayudado de su mayor valentia, ò assistido de su mejor fortuna, que en tales lances de una travada refriega, tanto como la destreza, suele aprovechar la buena suerte. Sucediò, pues, el hecho, y visto por el Ciudadano el riesgo que le amenazaba, à causa de tener el muer-

Authores, el M. Simó Berti en sermones manuscritos. Seraphino in hortu exéplorum. Speculum exẽpl. tit. injuriarũ remissio.

to un hermano valiente, y poderoso, procurò ocultarse, y andar siempre sobre aviso. La ausencia de algunos dias fue borrando las memorias del fracaso, si bien en el hermano del muerto estaban siempre mui vivas, quando es sangre tan propria la derramada, està punzando el pecho con recuerdos. Mirandose ofendido, al passo que poderoso, hacia apretadas diligencias por haver à las manos al matador, anhelaba à la venganza por todos caminos. El ofensor, ya fuesse, que obligaciones precisas le estorvassen ausentarse, ya que temiesse mayor peligro en la ausencia, viendo tomados los passos, no se atrevia à salir de la Ciudad, ni à salir donde le viessen: andabase à la orillas, y à sombra, como dicen, de tejados. Determinò prudente ponerse bien con Dios, curando la conciencia à golpes de confession. Buen arbitrio en tanto riesgo! Confesso, pues, su culpa con mucho dolor, la que le pareciò haver tenido en aquella muerte; que muertes puede haver con poca culpa, ò provocado el animo con alguna injuria, ò defendiendo un hombre lo que es suyo. Hallòse mui otro despues de haver confessado, con mucho desahogo para sufrir qualquier mal, con mucho brio para tolerar qualquier desdicha; que una conciencia sana, y ofrecida à Dios, deshace mui facilmente los miedos que dà el pecado. Llevando à Dios en el cuerpo, no hai peligros que amedrenten.

Llegò, pues, el Viernes Santo, y puesto un cordel al cuello, esperò ocasion de encontrar al ofendido. Topòle que iba à la Iglesia, y quando alterada la sangre, è irritado el corazon, terciando la capa, iba à echar mano a la espada, se arrojò à sus pies, y con palabras humildes, dixo que le perdonasse por amor de Dios, y de Jesu Christo su Hijo, que aquel mismo dia padeciò por todos los pecadores, y que si no, suspendiesse el acero, y le apretasse aquel lazo, con que à menos diligencia podia tomar venganza.

Quedòse el Caballero suspenso, à tanta humildad; titubeò el valor entre los torbellinos del enojo; aturdiòse la pesadumbre à vista del espectaculo; el brazo perdiò la fuerza; lo duro del corazon brotò ternuras, y en fin, tocado del Cielo, se expuso à una bizarria. Levantòle del suelo entre sus brazos, diòle osculo de paz, y dixole amoroso: *Id en paz, amigo, que ya estais perdonado. Dios os perdone en el Cielo, lo que yo os perdono aqui.* Diciendo esto, passò a su camino, mas contento, y alegre que si huviera vengado la muerte del difunto; que en pechos entendidos,

dos, no hai mayor vencimiento, que remitir un agravio, y perdonar una ofensa. Assi el matador, viendose perdonado con tan Christiana galanteria, se hizo pregonero de sus alabanzas, que no fue lauro poco para el Cavallero, pues grangeò de toda la Ciudad comunes aplausos. Pero esto fue lo menos con que quiso el Cielo honrarle: mas fue lo que sucediò.

Aquella siguiente noche, quando en los ocios de el sueño descansa el mayor cuidado, se le apareciò Jesu-Christo cercado de resplandores, y le dixo estas palabras: *Porque por amor de mi perdonaste ayer à tu enemigo, remitiendole la ofensa, que hizo en matarte à tu hermano, te hago saber, que en esta misma hora he sacado su alma de las penas del Purgatorio, y assimismo el alma de tu padre, para que juntas en mi compañia, suban à gozar de los eternos descansos, y de las delicias celestiales. Demàs desto, te convido à ti para el octavo dia, en que dexada la miseria deste mundo, iràs à ser Cortesano de mi Gloria.*

Desapareciò la celestial vision, quedando el ilustre Caballero, despues de recordado, lleno de mil jubilos, y alegrias. Y reparando advertido, que à los convites de Dios importa el ir adornado con vestidos de boda, dispuso mui bien su alma para el dia señalado. Confessò sus culpas, recibiò los Sacramentos, y à la hora que Christo le señalò, le rindiò el alma, y fue à gozar de los thesoros de la Jerusalen triumphante. Este es el laurel, este es el premio con que galardona Dios à los que perdonan agravios; que como es victoria tan divina el remitir la venganza, parece que Dios aun no quiere dilatar el galardon, sino que de contado remitiendo siglos de pena temporal, les da la gloria. Ojalà todos los vengativos se miren à este espejo, para que à sus avisos aprendan à salvarse!

EXEMPLO SEGVNDO.

NO ha muchos años (segun cuenta el Padre Ossorio) que sobre no se, què encuentro de palabras (que estas de ordinario ocasionan las pendencias) salieron à reñir dos jovenes valientes, ambos sin duda eran nobles, pues riñeron como honrados; que tambien hai riñas viles, quando con armas traidoras, ò con ventajas ocultas se intenta la demasia. Tocòle, pues, la suerte al menos venturoso, que de una estocada del contrario, diò en tierra con la vida. Era un Caballero ilustre, en lo tierno de su edad,

Ossor. tom. 1. Côci. ser. 6 post cineres.

Speculũ exéplorũ injuriarũ remissio. ex. 2.

edad, mui hacendado, y rico, è hijo unico de una Matrona viuda. Muchas causas juntas que hicieron su muerte lastimosa. El matador à vista de la desgracia, procurò salvar la vida. Envuelto con polvo, y temor, encomendò à los pies la diligencia, y como quien và de caida, parece que la fortuna le tira de la soga, vino à dàr con èl en las llamas del peligro; ya fuesse que ignoraba la parte en que se escondia, ya fuesse no conocer à la madre del difunto, vino à tomar por asylo una granja, ò caseria casi de la misma madre, pues tuvo noticia al punto, como se ocultaba alli quien le havia muerto al hijo.

Con sentimiento noble tuvo la Matrona bien que hacer en sentir la desgracia à vista del cadaver, y atender à las exequias, recogiendo en quanto le fue posible la rienda à las venganzas que en tales casos se conocen los Christianos pechos, y se examinan los animos valerosos. Vèr à un hijo muerto, y unico en la casa, saber adonde està el matador, y sin cuidar de prender à este, tratar de llorar aquel; Christiana valentia! Al estampido del fracaso se alborotò la Ciudad, y el Pretor, y sus Ministros comenzaron à hacer las diligencias, buscando al delinquente por todas partes. Inquiriendo, y preguntando, tuvieron alguna noticia que estaba en aquella granja, y assi convocando gente, determinaron ir allà, y pressò, darle el castigo.

Sabido por la Matrona este designio, comenzò discursiva à mover una batalla de afectos. El maternal amor incitaba à la venganza; el amor de Dios la provocaba al perdon, en lo uno hallaba fuerzas terribles, en lo otro miraba divinas fuerzas. Alli disfrazaban la venganza con titulo de castigo, y aqui la estorvaban el castigo con titulo de clemencia; por una parte le honestaban el rigor, y por otra le objetaban la piedad; entre vengativa, y piadosa se atormentaba confusa: muera, muera le decia la sangre al oìdo: perdona, perdona, le decia Dios al alma. A estas voces se miraba enternecida, à aquellas se hallaba cruel. Hàcia Dios veia los jubilos, hàcia si, miraba encònos, con lo qual venciendo proprios afectos, y ladeandose à la parte que Dios le inspiraba, se expuso à esta valentia.

Mandò à un criado, que aderezasse un caballo, y mientras le aderezaba, sacò de un contador unas joyas, y dineros: entregòselo todo, y dixole, que fuesse à la caseria, y que a un hombre que estaba alli escondido, le dixesse de su parte, que tomando aquel socorro, se huyesse con toda diligencia, antes que la justicia le

le huviesse à las manos, que la misma ofendida era quien le avisaba, y fuera de perdonarle, le amparaba en su destierro, que se fuesse con Dios. Gran valor de muger, si se ha visto jamas en las historias! Bizarria digna, que en marmoles, y bronces se esculpiesse à las edades para memoria eterna! Pero veamos ahora el pago que le dio Dios por esta hazaña. Apenas partiò el criado à darle tan buenas nuevas al homicida, quando la buena señora, como agradecida de hallarse yà libre de aquellos vengativos pensamientos que la brumaban, se retirò à su oratorio a dàr gracias a Dios, que como era discreta, claro està que conoceria, que sin auxilios divinos, no huviera sido ella bastante a hecho tan heroico.

Puesta, pues, en oracion, se le apareciò su hijo entre brillantes luces, y con semblante alegre le hablò de esta manera: *En haver perdonado, ò madre mia, à mi enemigo, y haverme ofrecido à Dios con oraciones, has mostrado ser mi madre verdadera, mas que en haverme engendrado. Con tu piedad, y tus ruegos has alcanzado de Dios perdon de todas mis culpas, y de infinitos años, que en recompensa de ellas tenia que estar en el Purgatorio.* Diciendo estas palabras, a ojos de su madre mesma, subiò trepando los aires a la cumbre de la gloria. Esto es lo que se saca de perdonar las injurias, y de absolver enemigos. Al difunto no le sirve la venganza, sino de detenerse quizà mas en las penas: perdonar al ofensor, qual hemos visto, es lo que mas le sirve; al que se venga le aprovecha tambien poco en reputacion, y fama, porque no hai fama mayor, ni mayor honra, que hacer lo que manda Dios, y no lo que ordena el mundo. Baste para prueba el hecho desta señora.

EXEMPLO III.

Coronèmos el assumpto con otro simil, remedo de el primero, porque el piadoso que leyere tenga mas campo en que enseñarse a perdonar injurias, que a vista de premios grandes, el mas cobarde se alienta a las hazañas. Diò la muerte un Ciudadano a un Caballero noble; y aunque la authoridad es de San Pedro Damiano, y basta su testimonio, huvo mucha cortedad en los escritores de un caso tan raro, en no decir la parte en que sucediò, ni declarar los nombres del ofensor, y ofendido; y assi, es fuerza mencionarlo del modo que lo hallè escrito. El matador, como se declarasse menor, y que no igualaba a competir con la parte poderosa de el muerto (que era un hijo que anhelaba a la venganza)

Author Colector de los exēplos, tomado de la hist. de S. Pedro Damiano.

tratò de ponerse en cobrò, pareciendole poco asylò los refugios de la patria, que aunque debia de tener en ella quien le hiciesse lado, eran insufribles las molestias del competidor; que un poderoso ofendido, halla mucho en que vengarse. Resolviòse, pues, a mudar de domicilio, y a curar con la ausencia aquella persecucion; y como no hai donde mejor se cubra un fugitivo, que en una Corte Real, donde la variacion, y tumulto son capa contra los riesgos, sabiendo que el Cesar moraba entre los Theutones, enderezò allà sus passos. El Caballero contrario, en vez de quietar ya el animo, y darse por satisfecho de aquella casi muerte civil, qual es la ausencia, lleno de mayor passion, y mas enojo, partiò en su seguimiento; que un pecho que se resuelve a una venganza, no pàra hasta conseguirla.

No era bien llegado a la Corte el matador, quando llegò el agraviado; que aunque quien huye, dicen que camina mas, quien persigue, no anda menos. El que se contaba ya por mui seguro, y que sin ningun cuidado passeaba la Ciudad, diò en las manos del peligro, dando de manos à boca con quien le iba buscando. El repente inopinado bastò à embargar las acciones, dexandole atonito, y confuso. Iba acompañado de quatro, ò cinco amigos (que no lo mostraron ser en la ocasion) pero juzgòlos compañia poca, viendo al contrario mas apercebido, pues eran casi treinta bien armados los que le hacian escolta. Mucho numero para tan poca defensa, que aun los cinco le dexaron, conociendo las ventajas. Viendose en tal conflicto, solo, y entre tantos, y que era impossible poder escaparse de ellos, acogiòse al sagrado de la misericordia, dexòse de pundonores, y armòse à lo de Christiano, fuera de que en tales aprietos no sè que sea honra, sino mucha necedad meter mano contra treinta: en otros casos valor es dexar la vida entre mil, pero en duelos, es prudencia el excusarlo. Al tiempo, pues, que el Caballero ofendido, terciando la capa iba à esgrimir el acero, dandole calor à un punto treinta desnudas espadas, tomò el ofensor la suya, y echandose à los pies, puestos los brazos en Cruz, y postrado de rodillas, pidiò que le perdonasse, y que usasse de piedad con un rendido.

El Caballero, reverenciando à la Cruz en aquella summission, y atendiendo prudente, que havia conseguido la victoria, pues el contrario estaba à sus pies vencido, reprimiendo los ardores, y suspendiendo el brazo, mandò à todos los demàs, que nadie le ofendiesse; y vuelto al enemigo, dixo, que por el respecto de la señal

ñal de la Cruz, figurada entre sus brazos, no solo hacia amistad con èl, sino que le perdonaba de todo corazon toda la ofensa, y agravio de haverle muerto à su padre; y que assi, fiado en su palabra, se fuesse donde mandasse, sin temor del menor riesgo.

Dicho esto, y conseguida una victoria tan noble, en que no solo triumphò de su contrario, sino de sì mismo, venciendo sus passiones, passò adelante a gozar de la Corte con menos ahogos, y con mas desembarazo del que trahia primero. Como Catholico (que de la accion bien se colige que lo seria mucho) hizo a una Sãta Iglesia la primer visita; y al inclinarse à hacer oracion delante de un Crucifixo, sucediò una cosa rara. La preciosa Imagen de el Salvador le saludò por tres veces, inclinando la cabeza. No se puede decir mas, ni puede llegar alabanza a tanto elogio, ni à grandeza tan heroica! Què reverencie el Author de la piedad à quien por su reverencia remitiò la venganza! Què honre Dios con tanto extremo à quien en honra suya supo perdonar agravios! Fue el caso tan visible, y el milagro tan patente, que en un instante, à aclamaciones piadosas, se llenò la Corte. Llegò la fama al Emperador, è informado de la verdad, y sabida la causa, mandò llamar al Caballero, y haviendole recibido con mucha afabilidad, y cortesia, le diò mui preciosos dones, y le enriqueciò con cargos, que à quien honra el Rey del Cielo por perdonar enemigos, razon es, que el de la tierra tenga atencion, y le honre. No hai que traher mas exemplos, quando bastan los referidos para desapassionar pechos agraviados. Saber sacar fructo, y usar de la aplicacion, es lo que importa; que oir mas, ò menos casos, solo es diversion del gusto.

CAPITULO XIII.

DE LO QUE SUCEDIO A DAVID CON NABAL CARMELO, *y como Abigail con su presencia le aplacò el enojo, y enamorado della (muerto su marido) la recibiò por muger.*

DExamos dicho como David, despues de aquella hazaña de perdonar a Saul, quando le tuvo en las manos, no quiso assegurarse de los alhagos con que se le mostrò agradecido, sino q̃ antes buscò montes mas seguros donde passar la vida. Verdad es, que el Rey se volviò a la Corte, y que por algun tiempo dexò la 1. Reg. ca. 16. Text. y Gloss.

persecucion, sin tratar de buscarle, que algo havia de aprovechar aquella fineza, por duras que tuviera las entrañas. Muriò en esta sazon el gran Propheta Samuel, que como vivia tan lastimado de considerar à David arrastrado, y perseguido, quizà que permitiò Dios muriesse con algun consuelo, viendo à Saùl mudado de proposito, y arrimadas las armas, que à los justos, y tanto como Samuel, consuela Dios por todos los caminos. Muriò, pues, en medio de la bonanza, siendo su muerte un despertador de universales llantos, pues todas doce Tribus se hicieron al sentimiento. Llorandole todos con igual tristeza, le hicieron honras como Principe, y dieronle sepultura en Ramatha su Ciudad. Quien duda, q̃ seria David quien sintiò mas esta muerte, quando la obligacion de haverle ungido por Rey era tan grande? Quien duda, q̃ faltandole este asylo, no se le doblarian los pesares, y temores? Que es grã cosa en borrascas de peligros, tener un padre vivo con quien poder desahogarse. Falto, pues, de este consuelo, se huyò à lo mas remoto. Emboscòse en las soledades de Pharae, desiertos dilatados, donde se criò Ismael, y donde Moysès, Capitaneando al pueblo, hizo sus mansiones. No hai duda, sino que en esta parte, por mas remontada, por mas solitaria, y triste, fue donde David, por aliviar sus tristezas, y mostrarse grato à Dios, compuso, y diò al instrumento muchos Psalmos, de los que tratan de su persecucion; que quando un cuidado es mucho, y hai treguas para sentirle, viene à ser desahogo lamentarse. Traducirèmos algunos en nuestro poema Castellano, de los quales, parte pondrèmos aqui, y parte reservarèmos para consolar las tristezas de Michol.

Samuel fue Chronista de David hasta este pũto, y lo demàs de la historia lo dexò encargado à un discipulo suyo, por lo qual toda la historia de los libros, primero, y segundo de los Reyes, se intitula de Samuel. Assi lo dice Lyra, Gloss. hic & in c. 13. Num. Lyra hic & in Psalm. 24.

Advierto para el curioso, que no son todos Psalmos los que compuso David, sino tambien soliloquios, y oraciones; porque hai esta diferencia, que los Psalmos se dicen de el verbo *Psallere*, que significa cantar, y son aquellos que cantaba David al son de algun instrumento, como harpa, psalterio, cythara, y organo: pero las oraciones son las que decia meditando allà à sus solas, y en su retiro, sin musica ninguna, y estos no son Psalmos propriamente, sino largo modo.

Hecha esta advertencia, no serà fuera del proposito, que introduzcamos à David retirado de los suyos, y hablando à solas con Dios, que no hai mejor rato para un triste, que el que se dà à la oracion. Quien fluctua entre pesares, y para que no le ahoguen, ha menester divertirse, ni todo ha de ser orar, ni todo contemplacion, porque todo cansa, y mas à un afligido. Sus horas ha de dar

à la contemplacion, sus horas al divertimiento, sus horas al descanso. Un dia, pues, q̃ entre otros se puso David à considerar sus cuitas, sus trabajos, sus persecuciones, y todo contra justicia, buscò un lugar secreto, y en metros lastimados le hizo à Dios un soliloquio, alegandole por una parte su innocencia, y por otra la malicia de Saul, y sus sequaces. Dixo, pues, de esta manera:

Oracion, y Psalmo 16. de David, haciendo à Dios Juez de su causa.

SEñor, oye mi justicia,
Y està à mis ruegos atento,
Dà oìdos à un sentimiento,
Nacido de una malicia:
Muestrame, Señor, propicia
Tu cara; mas de tal suerte,
Que lo propicio, ò lo fuerte,
Que en mi pleito se decida,
Lo abrazarè con la vida,
Sin temer riesgos de muerte.

Exaudi, Domine, justitiam meam.
Texto, y Gloss.
De vultu tuo judiciũ meum prodeat.

Vean tus ojos, Señor,
De las partes la equidad,
Que yo fio en mi humildad,
Que me saquen vencedor:
Entre mi competidor,
O entre mi, con diligencia,
Se hagan pruebas de conciencia;
Que pues mi pecho sabeis,
Y el corazon me leeis,
Yo espere buena sentencia.

Oculi tui videant æquitatem.

Que sabeis mi corazon,
No ha menester argumentos,
Pues hasta mis pensamientos
Visitais con atencion:
Con mucha tribulacion
Me haveis bien examinado,
Como el oro acrisolado,
De entre llamas he salido,

Probasti cor...

Pues siendo tan perseguido,
No se ha hallado en mi un pecado.

Porque no solo pudiendo,
No hice à mi enemigo agravio,
Pero aun jamàs con el labio
Le he ofendido, escarneciendo:
Sabiendo, Señor, sabiendo,
Que nos mandas olvidar
La injuria, y no la vengar;
A tus palabras atento
Hice siempre vencimiento
Remitir, y perdonar.

Igne me examinasti, & non est inventa in me iniquitas. Ut non loquatur os meum, &c.

Que perfecciones, Señor,
Mis passos, humilde pido,
No los tuerza algun olvido
De la verdad al error;
Y pues me hiciste favor
De tantas veces salvarme,
Vuelve, mi Dios, à escucharme,
Ilustrese tu clemencia,
Refrenando la potencia
De quien pretende acabarme.

Perfice gressus meos.

Ego clamavi quoniam exaudisti me, Deus.

Con tu diestra me amparaste
Quando me ungiste por Rey,
Que como es tu gusto ley,
Clemente me sublimaste:
A esta clemencia que obraste,
A esta obra de tu mano
Resiste un pobre tyrano;
Guardame, pues, de sus iras,
Que basta que tu me miras,
Para que èl no salga ufano.

A resistentibus dextera tua custodi me.

Qual la gallina piadosa,
Que con las alas que tiende,
A sus hijuelos defiende
Del Milano que la acossa,
Tu con ala mas famosa
Cubre, Señor, à un bandido,

Sub umbra alarũ tuarum protege me.

De tantos tan perseguido,
Solo porque mas honrado,
No parezca desdichado,
El que tan dichoso ha sido.

Tan acossado me vì
De mis contrarios un dia,
Que una corona se hacia
Todo el campo contra mi:
Entre temores sentì
Su rencor con tanto duelo,
Pero el mayor desconsuelo
Fue el escuchar de sus labios,
Que havian de hacerme agravios
A pesar del mismo Cielo.

Inimici mei animam meam circũdederunt

Os eorum locutum est superbiam.

A los montes me arrojaron,
Privandome del placer
De mi casa, y mi muger,
Y aun con esto no cessaron:
Como à fiera me acossàron,
Quando entre lanzas, y puntas,
Aiiestadas todas juntas,
Se miran sin esperanzas,
Que à vista de muchas lanzas,
Quedan mil fuerzas difuntas.

Projicientes me, nunc circundederunt me.

Susceperunt me paratũ ad prædam

Ea, pues, Señor, què esperas?
Traven un justo castigo,
Haciendo que mi enemigo
Se enlace entre sus quimeras:
Libra de penas tan fieras
A mi, y à mi compañia,
Que pues la justicia mia
Es al mundo tan notoria,
Quando aparezca tu gloria,
Me saciarè de alegria.

Exurge Domine, subplanta eum

Ego autem in justitia apparebo: Satiabor cùm apparuerit gloria tua.

De esta suerte divertia David sus pesadumbres, contandoselas à Dios, con saber que Dios no las ignoraba, porque es consuelo

de un afligido referir ſus tragedias aun el miſmo que las ſabe. Sus Soldados, que por aquellas ſoledades, con el modo mas honeſto que podian, buſcaban el ſuſtento, le dieron noticia, como Nabal, un Labrador mui rico de la Ciudad de Mahon, havia ido à ſu granja del Carmelo al eſquilo del ganado: dias de mucha huelga, y mucho regocijo en todas las edades, donde à veces con los deſperdicios pueden ſuſtentarſe muchos hombres. Conſiderando, pues, David, que eſtaba con harta neceſsidad, que era Nabal ſu deudo, y que en caſa tan rica, y en tiempo de banquete, podian grangear algun ſocorro, llamò à diez de ſus Soldados mancebos, de los mas humildes (que para ir à ſignificar una neceſsidad, no le requiere hombres bravos) y dixoles, que fueſſen al Carmelo, y que urbanos, y corteſes ſaludaſſen à Nabal de parte ſuya, y le dieſſen un recado en eſta forma.

Dice David, que eſtès en buen hora, y que entre ti, y ſus hermanos florezca ſiempre la paz, que goce de ella tu caſa, y quantos viven en ella. Que porque ha ſabido, que han venido à tus cortijos tus Paſtores à eſquilar los ganados, que por muchos años, viviendo en eſtos montes, à coſta de ſu cuidado, y diligencia, fueron ſiempre defendidos de todo peligro, y riesgo, como pueden teſtificar los Paſtores miſmos, ſin que el vivir entre ellos les fueſſe jamàs moleſto, pues nunca en manadas tantas defraudaron ni una res, te pide por merced, y te ſuplica, forzado de la neceſsidad, con que ſe halla, que de lo mucho que havrà ſobrado en tus meſas, le envies alguna coſa, lo que fuere tu guſto, que viniendo en tan buen dia, en que à los eſtraños ſe les dà un refreſco, eſpera confiado, que hallarà gracia en tus enojos.

Eſto contenia la embaxada; y no hai duda, ſi, que al decir eſto ſe le enterneceria el corazon, y à hurto de lo valiente, ſe le faltarian algunas lagrimas, que verſe obligado, quien ſe miraba Principe, y ſe mirò poderoſo, à pedir una limoſna a un hombre particular, es para mucho dolor, y mucha pena. Partieron, pues, los criados bien inſtruìdos en lo que havian de hablar. Llegaron al Carmelo, en cuya caſa de campo vieron tanto regocijo entre los eſquiladores, y hallaron tantos brindis, y banquetes, que ſe juzgaron dichoſos à la primera viſta, que para quien va à pedir, no hai mejor anuncio, que hallar que le puedan dar. Preguntaron por el dueño, ſaliò Nabal mui à lo villano (ò mui como lo que era) cubierto de un gavan toſco, montera quarteada, las polainas, ſus abarcas, un baculo en las manos, y con ſemblante ceñudo preguntò lo que querian. Los menſageros entonces ha-

haciendole mas de la ordinaria reverencia, y saludandole con mui corteses palabras, propusieron su mensage, sin dexarse anotacion de las que David les hizo, antes quizà añadirian arenga por mover à mas piedad.

Era Nabal un hombre montaràz, y grossero, mui impio, de pocas obligaciones, necio, y aforrado en lo mismo, porque lo digamos de una vez. Oyò atento la embaxada, haciendo algunos meneos, y visajes con el rostro; y en acabando de hablar quien proponia, les respondiò con hinchazen, y soberbia, diciendo: Quien es David? Quien? Es acaso el hijo de Isai? Què valor el suyo, teniendo por avuela una Moabita? Què blason de un pobre pastorcillo? En verdad, que nos havia venido buen dia, multiplicandosenos siervos, que huyen de sus amos, hombres facinerosos, y bandidos. Linda gente para sustentarlos yo! Seria bien, que quite yo la comida à mis esquiladores, à mis criados, à mi familia, para darla à los que no sè quien son?

Sin darles otra repuesta les volviò las espaldas, quedandose avergonzados, y corridos. Mas sintieron el desprecio, y malas palabras, que negarles lo que pedian, que dàr un no, hablando bien, no lastima, aunque se siente; pero no dàr, y hablar mal, es irritar sufrimientos, y sacar à barreras las paciencias. Volvieronse, pues, los mensageros à David con este mal despacho; del modo que irian, considerelo el curioso, y en tanto veamos lo que passa con la muger de Nabal. Esta era Abigail, muger de mui buenas prendas, tan en extremo prudente, y tan hermosa, que hasta el mismo Texto Sagrado la loa con elogios. En su alabanza se esmeran todas las plumas, por lo que tuvo de retrato de la Reina de los Angeles Maria; que saber con discrecion templar los enojos, y suspender la espada a un ofendido (como despues verèmos) bien merece assimilarse a una Reina qual Maria. Hermosa, pues, discreta, y rica (segun que colige bien un docto) tuvo tan poca suerte en casamiento, que encontrò con un tonto; pero si havia de ser dicha de èl (que siempre los tontos son dichosos) lo que desgracia de ella, mal pudo impedirlo la fortuna. Verdaderamente, que quando considero esta historia, no me espanto de desigualdades de casamientos, pero me admira lo bien que llevaba Abigail la carga de su desgracia: què honrada en su proceder! Que discreta en sufrir! Pauta, y dechado pudo ser de mugeres nobles, que no por topar marido de contrario gusto, y opuesto à su natural, han de faltar à sus obligaciones; y aunque es martyrio, que

haya

haya de ser yedra una fealdad al olmo de una hermosura, y oyente una discrecion de desatinos de un necio; con todo, quando media el matrimonio, que es yugo que los enlaza, se ha de llevar esta pena con honrados miramientos. Assi Abigail, como la vid hermosa, que no desdeña el dàr abrazos à un risco, sazonaba con alhagos prudentes lo montaràz del marido, sin que de la rustiquez dèl, ni de la desigualdad tomasse ocasion la discrecion, y hermosura della à ladearse à otro amor, ni à mirar à otro sujeto, que en esto estriva la honra de un hombre que se casa, la muger es el crisol, donde se apura lo bueno, ò malo de un credito. Dichoso Nabal mil veces, que topò con tal muger à fuer de su necedad! Volvamos al intento.

Un criado de los de Nabal, entre otros que se hallaron presentes, escuchò con atencion la embaxada de David, y la mala respuesta con que havian despachado à los Embaxadores, y con sentimiento de hombre de bien (que sin duda lo era) y como quien sabia la nobleza de la ama, como la condicion del amo, buscò cuidadoso à Abigail, llamòla aparte, y dandole palabras la razon (que al menos entendido la razon enseña à hablar) le dixo de esta suerte: Advierte, señora mia, en el cuidado con que vengo à hablarte, y en la lastima que trahigo. Has de saber, que David ha enviado desde el desierto, en que hoi vive, unos mensageros à nuestro amo à darle mil bendiciones, pidiendo con humildad, y cortesia algun poco de sustento para remediar su gente; y no solo no ha querido darles nada, sino que los ha despedido con mil oprobrios, y afrentas: y no lo merecen, de verdad, los terminos honrados destos hombres, porque nos fueron mui buenos, y leales todo el tiempo que habitaron estos campos, sin que nos diessen la menor molestia, antes sirvieron de muro, y nos fueron asylo, velando noche, y dia sobre nuestros ganados, por cuya diligencia no nos faltò jamàs la menor cosa. Siendo, pues, esto assi, y sabiendo lo que ha passado, piensa lo que has de hacer, y prevèn tu con prudencia de remedio, porque te digo, de verdad, que se ha llegado el fin de tu marido, y tu casa, quando David lo sepa, que un hombre afrentado, sobre mal correspondido, y mas hombre de valor, tomarà qualquier venganza. Esto te vengo à informar, por vèr que eres discreta, que à tu marido, que es hijo del demonio, no hai quien se atreva à hablarle, y fuera quizà irritarle mas, y darle mas ocasion para mayores desatinos.

Apenas oyò Abigail este informe del criado, quando presurosa,

rosa, y diligente, al passo que mañosa, y advertida, sin hablar nada a Nabal; antes bien, a excusas dèl, hizo aderezar un presente rico: y es de reparar, que segun la Escriptura lo menciona por menudo, debia de ser sin duda para aquellos tiempos una cosa grande, y aun para estos no pareciera pequeña, para en quanto dàr refresco a unos Soldados. Tomò, pues, docientos panes, dos cueros de vino, cinco carneros bien aderezados, cinco medias, ò almudes de harina, cien cuerdas de uvas passadas, y docientos panes de higos, hizo disponerlos en tercios, cada cosa de por sì. Cargaronlo luego sobre unos jumentos, y dixoles à sus criados, que caminassen delante con aquellas cargas, y que ella los iria siguiendo. Hicieronlo assi; y advierte el Texto, que no descubriò nada à su marido Nabal, sino que montò à caballo, y tomò el mismo camino; de lo qual se ofrece al passo una duda: de que como Abigail, ya que ocultasse el regalo, pudo salir de su casa, sin que la echasse menos su marido, ò sin que le diesse cuenta adonde iba? Porque una muger moza, hermosa, y en un campo, claro està, que el marido mas descuidado la zelàra, quanto, y mas un hombre como Nabal, malicioso, y caprichudo. Como, pues, tuvo lugar Abigail de hacer su hecho? Satisfago: Que no es dificil à una muger discreta, assi para el bien, como para el mal, divertir al marido, y mas quando es un tonto (que este nombre le diò ella quando hablò à David) porque aunque tenga malicias, las vence la discrecion, y la industria; y assi, siendo Abigail tan avisada, no le faltaria ardid, y mas en dia de tanto banquete, y huelga, para fingirle à Nabal, que iba à la Ciudad por alguna prevēcion, ò mas recado, y à dàr, como dicen, una vuelta à su casa, que en casas de tal guisa, que tienen dos viviendas, una en la Ciudad, y otra en el campo, y la muger es mañosa, y el marido descuidado, y para poco, es cosa mui ordinaria quedarse èl à la assistencia de los trabajadores, y discurrir ella à las cosas del gobierno. Era Nabal un Poliron, Abigail una Cenobia, varonil, y astuta, que no diligenciaria su prudencia? Què deshecha no haria su habilidad? Dexemosla, pues, que por torcidas sendas và ya à alcanzar sus criados, y volvamos à ver lo que hace David.

Despues que despachò los mensageros, confiado en que no dexarian de traher algun sustento, por divertir el tiempo, y entretener quizà al hambre que aquexaba, tomò una cythara, y buscando la sombra de unos frenos, cuyos floridos tapetes ocuparon los mas de sus amigos: despues de haver templado, cantò con tono lugubre estos versos:

Ipse filius est Belia, ut nemo ei possit loqui.

Cada media en Palestina es de quatro celemines, y medio de los nuestros.

Tan antiguo es el hacerse panes de higos como se hace en el Reino de Murcia.

Y es fuerza entenderse assi lo q̃ dice el Text. *Ducentas massas carricarum.*

Psal-

Psalmo 139. En que pide David à Dios le libre de sus enemigos, à los quales prophetiza el mal fin que han de tener.

Texto, y Glossa.

Psal. 139. Eripe me Domine ab homine malo.

POr quanto sè, Señor, que eres mui justo,
Y con poder augusto
Defiendes à innocentes,
Y castigas Tyranos insolentes;
Librame, te suplico,
De un hombre malo, de un Doech iniquo,
De un Rey, y un privado,

Qui cogitaverunt iniquitates.

Que por hacerles bien me han arrastrado,
Que es ya en el mundo mui antigua usanza
A quien la vida diò, tirar la lanza:
Librame, pues, de aquestos cavilosos,
Doblados, susurrantes, y chismosos,

Tota die cōstituebant prelia.

Que no piensan en nada noche, y dia,
Sino en seguir à la innocencia mia,
Haciendo que Saùl en campo armado,
De un despoblado en otro despoblado,

Acuerunt linguas suas sicut serpētes. Custodi me Domine de manu peccatoris, &c.

Me busque sin sossiego,
Publicandome guerra à sangre, y fuego;
Sus lenguas venenosas,
Qual serpientes astutas, y mañosas,
Que cubren el engaño con dulzura,
Al Rey incitan, haciendole segura
Su Corona con darme à mi la muerte:
Y asi, yo con dolor (ò lance fuerte!)

Qui cogitaverunt supplātare gressus meos.

Pido, Señor, me guardes, y defiendas,
De las manos horrendas
De un Saùl obstinado en su pecado,
Y de aquellos que infames le hacen lado;
De aquellos, digo, que a Doech atentos
Se desvelan con varios pensamientos
En atajar mis passos

Poniendome assechanzas de fracasos,
Mil lazos engañosos,
Por cogerme al descuido cautelosos,
Haciendome de amigos enemigos,
(Basten los de Ceilàn para testigos)
No dexando lugar, estancia, ò puerto,
Adonde no me busquen vivo, ò muerto,
Como si contra el Cielo baste el mundo
A quitarme el Reinado, que en Dios fundo:
No me entregues, Señor, à mi enemigo,
(Con lastimas del alma te lo digo)
No me dexes caer entre las manos
De pechos tan insanos,
Siquiera por no verlos ingreidos,
Ni que sobervios, ni desvanecidos
Hagan alarde llenos de arrogancia,
Que es proprio de ruines la jactancia;
Pero vendrà algun dia,
En que Saùl con su impìa compañia,
Al modo que en el monte me cercaron,
Paguen el proprio mal que me buscaron
En faldas de otro monte,
Espectaculo siendo al Orizonte,
El, y Doech en su sangre revolcados,
Y à fuerza de carbones abrasados,
Baxen sus almas juntas al profundo,
Sin quedar de Doech casta en el mundo.
De un hablador, que con su infame lengua,
Fue à tanto Sacerdote tanta mengua,
No quede rastro dèl, cubranle males,
Y en ruinas fatales
Perezca con su hijo de tal suerte,
Que escarmienten chismosos con su muerte:
Bien conozco, Señor, segun me inspiras,
Que con la rectitud que a todos miras,
La causa juzgaràs de un pobrecillo,
Qual me confiesso de animo sencillo,
Pues ves con la humildad que he despachado,
A que Nabal socorra mi cuidado,
Y vengaràs tambien a estos pobretes,

Non tradas me, Domine peccatori.

Ne fortè exaltentur Caput circuitus eorũ; &c.

En Gelboe.

Cadent super eos carbones, in ignem dejicies eos, in miseriis nõ subsistent: Vir linguosus non dirigetur in terra.

Quien llevò la nueva â David, q̃ havia muerto Saùl, fue hijo de Doech, y David le hizo matar.

Cognovi, quia faciet Dominus judicium inopis.

Que

Verumtamen justi confitebuntur nomini tuo.

Que huyendo infame chusma de corchetes,
Se acogieron à mi, y aunque oprimidos,
A tu obediencia siempre estàn rendidos,
Confessando tu nombre soberano
A pesar de rigores del Tyrano.

En estos exercicios puede presumirse, que estaria David entretenido, quando llegaron los criados de vuelta de el Carmelo con el mal despacho que ya vimos. En los semblantes se les pudo conocer, antes que llegassen, el enojo que trahian: buen refresco para los que con hambre aguardaban el socorro! Llegaron, pues, tristes, y apesadumbrados, è hicieron relacion por mui extenso de todo lo que les havia sucedido, del mal recibimiento, de la poca charidad, y de las malas palabras. No hai duda, sì, que una afrenta, un mal hablar apura la paciencia al mas sufrido, y es harta prueba este caso, pues quando en tantas persecuciones, en tantas apreturas, y en tantas ingratitudes de Saùl, de Doech, de los de Ceìlàn, de los Zipheos, y de los Moabitas, como experimentò David (segun queda referido) no se halla que hablasse demasias, ni hiciesse desafueros, ni aun se irritasse (salvo quando en sus Psalmos, y soliloquios se lo havia allà con Dios) ahora al escuchar que le han ultrajado, y que le han hablado mal, rompiendo los fueros de la modestia, y dando rienda al enojo, se expone à la venganza. Hace como honrado, que aun Christo, siendo Dios, y la misma paciencia, mostrò sentir, que le hablasse mal un verdugo, quando al darle el bofeton le retò de mal hablado. A la Cruz, à los azotes, y à los demas tormentos, no despegò los labios; mas al llamarle descortès, volviò por su honra. Assi David, apenas oyò las malas palabras que havia hablado Nabal, quando vibrando centellas por los ojos, y arrojando por la boca pesadumbre, mandò à quatrocientos de sus Soldados, que tomassen las armas, y que los demàs se quedassen en guarda de las tiendas. Ciñòse tambien su alfange, y mandò que le siguiessen.

Enderezò los passos al Carmelo, echandose maldiciones, y haciendo juramentos de no dexar en casa de Nabal persona à vida: tanto irrita un mal hablar. Bien te se emplea, David (iba diciendo èl mismo) tanto cuidado, y tanta diligencia como pusiste en guardar en estos montes los ganados, y labranzas de este villano grossero. Mui lindo pago te ha dado! Mui bien lo ha correspondido! Mas no importa, que antes que llegue mañana, èl verà

rà como lo pongo. No ha de quedar, vive Dios, en todo ſu cortijo quien pueda dar la nueva (en quanto à los hombres hablo, que à las mugeres ſabrè guardar la corteſia.)

Con todo eſte enojo baxaba David de el monte, quando por la otra parte deſcendia la hermoſa Abigail con todos ſus criados. Encontraronſe en el Valle, y Abigail diligente, apeandoſe del bruto en que iba, ſe poſtrò por tierra, haciendole à David un grande acatamiento. El paſmado à la hermoſura, quanto atento à las acciones, tirò la rienda al enojo, y quitando del ſemblante lo zahareño, ſe parò à eſcuchar lo que decia. Mucho vale una muger para aplacar peſadumbres, y mas ſi à lo bello del roſtro le acompaña la diſcrecion del alma. Acuerdome haver leido, que para hacer paces con los Franceſes, ponian de ordinario por medianeras à grandes ſeñoras, con que raras veces dexaban de efectuarſe; y ſiendo eſto aſsi, puede atribuirſe à deſcuido, que en guerras tan continuas de veinte años, no ſe haya dado en Eſpaña en eſte punto. Una muger entendida con hombres que ſe precian de corteſes, mucho arraſtra, por mas encono que tengan las materias. O ſi no, traslado à nueſtro David, pues quando viene mas bravo, y vengativo, ſolo à la primera viſta de una hermoſura parece que eſtà ya tierno. No era boba Abigail, que no repararia en la mudanza; y aſsi, mas animoſa, y con gentil deſpego le hablò de aqueſta ſuerte: Segun una gloſ.

Aparejada vengo, ſeñor mio, para que tomes en mi qualquier venganza, por la ofenſa que te ha hecho mi marido. Aqui tienes mi cuello, que à los filos de tu eſpada ſe entregarà obediente. Y aſsi, eſto ſupueſto, dà licencia à una criada tuya, que te informe ſobre el caſo dos palabras, por donde juzgo debes uſar de clemencia. Lo primero, porque un ſeñor, un Rey como tu eres, y ſiempre lo eres mio, no debe de hacer caſo, ni tomar à pechos las necedades, y groſſerias de un ignorante, y de un necio, como Nabal mi marido, à quien ſu miſmo nombre eſtà diciendo lo que es, necio en el nombre, y los hechos. Lo otro, porque ſi quando fueron tus criados, me hallàra yo preſente, ò ſupiera alguna coſa, puedes eſtàr cierto, que à peſar de eſtorvos, vinieran bien deſpachados, y no manivacios; y aſsi, baſta por deſcargo mi ignorancia de la culpa que no tuve. Lo otro, porque vive Dios, y aſsi guarde tu vida, que debes agradecerme haver ſalido à eſtorvar eſta venganza, pues ſegun la diſpoſicion con que te hallò, ibas à derramar mucha ſangre de innocentes, coſa de que te peſara mucho quando te miràras ſin enojo. Y aunque es ſolo Nabal quien eſtà Nabal quiere decir necio.

car-

cargado; pluguiera à Dios, Señor, que fueran como Nabal todos tus enemigos, y los que te andaban buſcando tantos males. Y aſsi, en recompenſa del ſervicio que te he hecho, hazme favor de recibir eſte pequeño regalo para ſocorrer tu gente, que ſi, como dixe al principio, ha de cargar tu venganza ſobre mi cabeza, con que recibas eſte pequeño don, conocerè que eſtà libre mi vida. Lo otro, porque debes deſenojarte, es, porque haciendo lo que te ſuplico, uſarà contigo Dios de ſu miſericordia, dandote la corona que te tiene prometida, para que como Rey defiendas en las guerras à ſu Pueblo; y aſsi quien eſpera dignidad tan grande, no ha de tener malicia, ſino eſtar ſiempre veſtido de innocencia. Lo otro, porque ſi fueres piadoſo, tendràs à Dios por guarda de tu vida contra qualquier inſolente que quiſiere quitartela, ſin que aſſechanzas de males puedan ofenderte. Lo ultimo, debes darme guſto por la quietud de tu miſma conciencia; porque ſi quando Dios te huviere dado todos los bienes que ha dicho, y te huviere conſtituìdo por Rey de Iſraèl, no te ſirviera de triſteza, de ſuſpiros, y de llanto, no te hiciera grande eſcrupulo haver derramado ſangre de innocentes, y haver tomado venganza por tus manos? Claro eſtà que ſi: ea, pues, ſeñor, quando haviendo uſado de galanteria, te acordares deſpues que fue eſta tu eſclava, quien te quitò una crueldad, tendràs cuidado de pagarme lo que en eſta parte me debieres.

Atonito, y paſmado eſtaba David, pendiente de las palabras de la Matrona diſcreta; que aunque al principio le embelesò la hermoſura, al oìrla hablar le arrobò la diſcrecion; lo hermoſa le puſo tierno, pero lo aviſada le dexò rendido; la beldad, y gentileza le robaron los ojos; mas las bien dichas razones le arraſtraron los afectos. Como quien deſpierta de un ſueño peſado, ſe conſiderò mui otro del que eſtaba antes: à ojos de la razon conociò el yerro, y aſsi prorrumpiò con divinas alabanzas, diciendo:

Bendito, y loado ſea el Dios de Iſraèl, pues èl ha ſido quien con tan dichoſo encuentro te ha enviado hoi à ſer rèmora de mis paſſos! Bendito ſea tambien tu lenguage diſcreto, tus ſazonadas palabras, y bendita ſeas tu, que me has impedido hacer tan ſangriento eſtrago, aun en vidas innocentes, que à no ſer por ti, antes que mañana el Sol bordàra con luz los campos, no quedàra de Nabal anima viviente. A ti te lo puedo agradecer, y yo te lo agradezco. Tu regalo recibo, que es como de tu mano. Vuelvete à tu caſa en paz, que yo quedo ſin enojos, porque eſcuchando tus ruegos, fuera groſſeria mia dexar ſalpicar tu cara con el...

de

de verguenza; y assi, yo hago quanto me pides, y tomo lo que me das, porque en todo vayas servida, y contenta.

Con esto se despidieron, mediando otras muchas cortesias. Los Soldados de David cargaron con el presente, mui regocijados de haver trocado la guerra por una paz tan gustosa. Cada uno conforme à su discurso, loaba la habilidad de la Matrona: unos, engrandecian su prudencia; otros, su discrecion; otros, su donaire; otros, su hermosura, y todos, en fin, se volvian hechos lenguas en su alabanza. David con los mas llegados era todo admiraciones, y todo sacramentos. Mas picado volvia del amor, que vino ensangrentado del enojo. Con tal muger (diria) bien pudiera un hombre llevar con mucho gusto los trabajos. Muger, que por un marido necio hace semejante accion, què hiciera por un marido à su gusto? Muger, que con tal despejo quita à su marido pesadumbres, quando otras se las buscan, què thesoro hai que la iguale? Muger, que sabe mañosa à Soldados arrestados porner freno, atarles las manos, quitarles la braveza, y hacer que vuelvan corderos los que venimos leones, no hai tal muger en el mundo! Un Rey pudiera gloriarse solo con esta muger. Yo me aclamàra dichoso, si la pudiera hacer Reina.

Esta, y semejantes platicas se puede presumir, llevaria David con sus Soldados, de los quales los discretos, y entendidos harian su razon (que en alabanzas de muger que las merece, ningun buen juicio quiere quedar corto.) Los de la chusma, gente del trago, mas atentos al manjar, que à la mano que le diò, se irian chacoteando tambien entre sì mismos, y hablando sus malicias, como suelen, que en esta parte no se la perdona nunca à su Capitan, ni aun al Rey se la perdonan. Aquello de vèr templado à David à vista de la hermosura, rodar por el suelo sus bravatas, y dexarse en embrion los juramentos, gran materia les daria para chacota, y burèo, y todo se lleva bien entre Soldados, sin que el Rey haga melindres: que no es vida la campaña para no dissimular las burlas, quando aun las veras se pueden dissimular.

No menos admirada, y gustosa se volviò Abigail con sus criados, loando, y engrandeciendo la galanteria con que havia andado David. Pagabanse los afectos uno al otro, porque de los dos no se puede decir qual volviò mas enamorado. Llegò, pues, al Carmelo, anochece, no anochece, hora en que los trabajadores han dado ya de mano à sus haciendas. Hallò toda su casa hecha un banquete, con tan explendidas mesas, como

si fuera de un Rey el gasto. Nabal mui regocijado, y bien bebido, que esta era toda la pena que tenia de estàr la muger ausente: harta desdicha para una muger discreta! Como le viò de aquel modo, no le quiso hablar palabra, que estaria mal para entender, quien teniendo poco entendimiento, le tenia volcado. Diò orden que se recogiesse, porque no causasse risa aquella falta, que la muger que es honrada, procura siempre cubrir descuidos de el marido. Puso su casa en razon, y venida la mañana, que ya Nabal con el sueño havia digerido el vino, contòle por mui extenso lo que la havia passado, significòle el aprieto en que se huvieran visto aquella noche, la determinacion con que venia David: riñòle lo mal que hizo en despedirle grossèro, y haver dado causa para haver sucedido muchas muertes (que bien puede una muger reñir à su marido lo que parece mal, sin estragar la modestia) en fin, Abigail lo

Factus est dixo todo tan bien, y con tal viveza, que se quedò Nabal como di-
quasi lapis. funto, como un marmol se quedò, assi lo dice el Texto. Fue tanto
Rabi Sa- el miedo que concibiò, tanta la pena de que dexò llevarse, que no
lom. pudo echar mas luz. Diez dias estuvo como muerto, y dice una docta pluma, que fue en castigo de la soberbia, y desprecio con que tratò à los diez criados de David. Assi havia de castigar Dios à cada poderoso, que habla mal al pequeñuelo, dandole por cada vez un dia de difunto, atarle la lengua un dia.

Al cabo de los diez dias castigò Dios à Nabal con una repentina muerte. Mui bien muerto estuvo, porque tonto que hizo perder los estrivos à un discreto, solo puede servir en esta vida de tropezadero de paciencias. Grande fue la de David en todos sus trabajos, y solo un necio con su grossèria pudo apurarla. Muera, pues, malamente, que nadie le echarà menos, pues aun en su casa no huvo el menor llanto, ni aun Abigail, con ser tan mirada en todo, no se lee, que hiciesse sentimiento. David quando supo el caso, diò muchas gracias à Dios, de haver tomado por èl aquella venganza, que quien se la dexa à Dios, viene à hallarse siempre mui cumplido de justicia. Gran materia, y grande exemplo, para que nadie la tome por su mano. Vengandose uno por sì, de actor se viene à hacer reo; gana poco para el mundo, y pierde mucho con Dios; pero dexandolo todo à Dios, èl tiene el cuidado de hacer mui bien el despique, ò si no, traslado al mismo Nabal, que à los diez dias viò la pena de su culpa.

Brindado, pues, David de tan bizarra ocasion de vèr librè à Abigail de obligaciones, avivandose en el pecho aquella amorosa lla-

llama; que en cenizas tan calientes era hoguera del afecto, quiso havetla por muger, que aunque estaba casado con Michol, erales permitido en aquel siglo à los varones mas justos el tener muchas mugeres, y segun esto, havia ya recibido à una hermosa Jezraelita, llamada Achinoa, en quien tuvo el primer hijo, que fue el Principe Ammon; assi, pues, pretendia à Abigail para tercer matrimonio. Si lo sintiò, ò no la Infanta, quedese al discurso de quien sabe, que no hai muger que dexe de ser zelosa; pero si aquello era licito, y un hombre que andaba en el monte, sin que se le permitiesse una noche de casado: què marabilla buscasse con quien teneria? Demàs, que obligaban à David otras conveniencias, y respectos, tener una muger discreta con quien desahogarse, y tener Abigail una buena passada con que socorrerse. Hizole, pues, recado, enviandole para ello los hombres de mas cuenta; y es de reparar, que no la enviò à dàr el pesame de la muerte de su marido, sino el placeme de pedirla por muger: que à muger que entierra à un necio, placemes se deben dàr.

Recibiò Abigail el mensage, como quien de una penada vida passa à una vida feliz, como quien de muger particular passa à ser Reina, como quien de un tonto passa à un marido discreto. Verdad sea, que à fuer de bien entendida hizo primero alardes de su humildad. Confessòse esclava de quien la hacia señora. Hasta en esto quiso ser symbolo esta gran Matrona de la Virgen Madre. Con rendimientos humildes enamorò à David mas de lo que estaba (que vèr una hermosura postrada à los pies de quien la estima galan, es añadir leña al fuego del amor.) Al oirla, veis aqui una esclava vuestra, la admitiò por esposa, como al escuchar palabras semejantes, hizo Dios à Maria Madre suya.

No esperò Abigail à que los mensageros volviessen à su dueño con la respuesta. Lo uno, por juzgarse indigna de que viniesse David adonde ella estaba, que aquello solo milita en las que son iguales en prendas. Lo otro, porque no le permitia su amor las tardanzas de esperar a que èl viniesse, que quando pinta la dicha, no se ha de aguardar a que de todo punto se entre por las puertas, sino salir a abrazarla: Assi Abigail, montando al punto a caballo, y acompañada de cinco criadas suyas, fue siguiendo a los mismos mensageros. Recibiòla David como a su muger, con que se dice todo. Celebraronse las bodas con no pocos regocijos, que como la novia era rica, y estaba la casa llena, quien duda, que todo se daria a saco? Lo que causò admiracion, y no poca malicia, fue,

que à los nueve meses justos, si no es que fue menos tiempo (como puede ser, segun los que saben desto) pariò Abigail un hermoso Infante. Los curiosos, que todo lo censuran, dieron en correr el campo à David, unos à sus solas, y otros à lo descubierto, diciendo, que la novia iba ya preñada de Nabal, y que le havia dado con boca de lobo, que aunque caso que fuesse assi, no venia à haver afrenta, por haver sido Abigail legitima muger de Nabal, y arrienda siempre con esto, quien recibe por su esposa à muger recien viuda, con todo harta indecencia viniera à ser para un hombre como David, haver de tener por hijo suyo el que havia hecho un tonto. David no podia creerlo, que bien echaria de vèr, que no havria ido Abigail con aquel embarazo. Con todo sentia el rumor de los maldicientes; y assi, acudiò à Dios para que descubriesse aquel juicio, poniendole al niño por nombre Daniel, que quiere decir: *Juicio de Dios*; como dando à entender, que juzgasse Dios, y aclarasse aquella verdad. Hizolo Dios assi, que no quiere que sus justos, aun en modo de burla, sean escarnecidos. Mudòle al niño la fisonomia, de tal modo, que quedò hecho un traslado de David, y para testimonio de la marabilla, el mismo David le trocò entonces el nombre, llamandole Cheleab, que significa, el parecido à su padre, con lo qual cessaron todas las sospechas, y juicios. Y con que sepa el curioso, que este hijo de Abigail tuvo dos nombres, Daniel, y Cheleab, entenderà la antinomia, y contradicion que hai al parecer en el Sagrado Texto; pues en el cap. 3. del lib. 1. de los Reyes, se llama este Principe Cheleab, y en el lib. 1. Paralip. cap. 3. se intitula Daniel. Encuentros que se entendieran mal sin la noticia de historias.

Rabi Salomon, y otros Hebreos.

Este sucesso de Abigail, su discrecion, y prudencia, y el mejorar de marido à diligencias de su misma habilidad, nos descubre bravo campo para adornar la materia con similes diversos. A tres puntos reducirèmos el caso. Lo primero, tratando de algunas señoras, que à imitacion de Abigail se conservaron prudentes en su estado, sin que azares, ni disgustos las hiciessen degenerar de sus obligaciones. Lo segundo, mencionando otras, que echando por contrario rumbo, desdoraron su opinion, para que à vista de las faltas de estas, y de las virtudes de las otras, considerando en una parte los malos fines, y desastrados sucessos, y en otra premios, y lauros, se abrace la virtud, y se abomine del vicio. Lo tercero, poniendo similes de la aficion, y del poder que tienen en arrastrar voluntades, por lo mucho que arrastrò à

Da-

David una hermosura prudente. Ya sè, que el docto pondrà con facilidad en su lugar cada cosa, cotejando los puntos del exemplo con los passos de la historia, que quadraren. Para los demàs basta que los lean a bulto, con la distincion que aqui iràn puestos, porque querer desleir la materia para todos, fuera molestar al curioso, multiplicando a cada passo unas mismas historias. El titulo principal le quadrarà a cada exemplo.

TITULO PRIMERO.

Similes de mugeres prudentes, y de lo mucho que valen, y se estiman.

EXEMPLO PRIMERO.

SUpuesto, que es una Reina la que nos dà motivo a que ilustrèmos su historia, sea una Reina tambien la que nos dè principio; que prudencia de Abigail, solo con exemplo de Reinas debe coronarse. Y si ella supo ser sufrida en llevar cargas de un marido necio, sin desdecir de quien era: otras tambien con el mismo valor supieron llevar desaires de maridos entendidos, que a veces se sienten mas. Sea, pues, el primer lustre una Reina de Portugal, è Infanta de Aragon Doña Isabèl, hija del Rey Don Pedro, y nieta de el Rey Don Jaime, que naciò a ser el iris de la paz, entre mil domesticas dissensiones, entre reñidos enojos, que tenia Don Jaime con sus hijos. No sè què influencia celestial tuvo el viejo con el nacimiento de Doña Isabèl, que solo con ella amainò las iras, olvidò las pesadumbres, y dexò los debates. Lo que le restò de vida la criò consigo, y dicen, que muchas veces solia decir entre el alborozo, y el placer, que havia de ser su nieta la mas honrada muger, que huviesse salido de la Casa de Aragon. En la perfeccion de las niñeces adivinaba el avuelo, fructos opimos de la juventud: que siempre buenos principios prometen fines dichosos. Por ocho años la registraba la edad, quando tomò por tarèa rezar cada dia todo el Oficio Divino, costumbre que observò hasta que pagò a la muerte el feudo con que nacimos. Quien no admira en edad tan tierna tal grandeza de virtud?

Muerto Don Jaime se la llevò a su Palacio su padre el Rey Don Pedro, para que en compañia de la Reina Doña Cons-

tanza, hija del Rey de Sicilia, y madre de ella; hiciesse con sus asseos, y perfecciones mas alegres, y gustosos sus dias, y sus años, que no puede haver juguete mas entretenido para unos padres que aman, que una niña asseada con virtudes, y agraciada con asseos. Menospreciò desde luego los trages profanos, trocando en vestido humilde los brocados, y las sedas. Llevò siempre la mira al estado mas perfecto, y à conseguir en thalamo virginal el precioso laurel del celestial esposo. Sus intentos iban à la Religion; mas ya fuesse que el respecto paternal la mudasse estos intentos, ya fuesse que el Cielo lo ordenasse, para que assi como en Italia su tia Santa Isabèl, Reina de Ungria (y por quien à ella se diò el nombre) fue dechado de mugeres ilustres, assi nuestra Isabèl en España fuesse tambien exemplo de casadas, Religiosas, viudas, y doncellas, ya fuesse por todo junto, la casò su padre con el Rey de Portugal Don Dionis, nieto que fue del Rey Don Alonso el Sabio, y uno de los Reyes mas esclarecidos que tuvo aquella Corona, y el mas dichoso, pues mereciò ser marido de una Reina Santa.

Santa Isabèl Reina de Ungria fue hermana de Doña Violante, avuela de Santa Isabèl Reina de Portugal.

Casada, pues, la Infanta Isabèl con el Monarcha Lusitano, en cuyo cariño hallò siempre el afecto, y voluntad que sus muchas partes merecian, no se pueden numerar los grandes progressos de excelencias, y virtudes, con que fue assombro à todo Portugal. El gobierno de su casa, la disposicion de su vida, sus continuos exercicios, sus horas de oracion, sus ayunos, sus limosnas, era menester un libro en que poder mencionarse. Lea quien gustare saberlo todo, las Historias de Aragon, y Chronicas Portuguesas, en la vida de Don Dionis, y tendrà mui buenos ratos, porque no dà lugar la estrechèz de nuestro assumpto à tan dilatado campo. Solo la ponderacion de su prudencia, en turbado mar de zelos mal nacidos, en una batalla de falsas sospechas, en una inquietud de ahogos reverenciales, en quien respectaba dueño: quiero que salga à luz à dàr regla, y ser dechado de las que viviendo honradas, fluctùan en tantas penas, que no es honra el padecer, si en el penar no hai prudencia.

Tenia esta Reina ilustre por Camarero à un Caballero noble, que fuesse de Portugal, ò que fuesse Aragonès, trahido de su tierra, importa poco; el ser noble, y bien nacido, es solo lo que importa. Era mui mirado, mui honesto, mui dado à buenas costumbres: que claro està, que no havia de pagarse la Reina, siendo tan honesta, y santa, de menos partes que estas. Su nombre era Carlos, que assi le nombra un Author grave (si es verdad que en la parte

en

en que lo cuenta miraba solo à esta historia.) Estando su padre à la muerte, dicen, que entre otros le encargò con gran cuidado guardàsse estos tres consejos: *Ser siempre à su Rey leal: Alegrarse de sus dichas, y dolerse de sus penas: Oir Missa cada dia, pospuesto todo lo al.* Quedò encomendado al Rey, y èl por sì supo agradar tanto, llevando siempre à la vista los consejos de su padre, que de aqui vino à que la Reina le admitiesse por Camarero, y despensero suyo. Sus buenos procedimientos le hicieron tanto lugar, que vino a alzarse en Palacio con titulo de valido. Todas las mercedes, y despachos de la Reina corrian por su mano: limosnas, y lo demàs, todo por su cuenta; sin el consejo de Carlos no havia de obrarse nada; que quando sabe un señor que tiene un criado fiel, y que le sirve leal, es mui justo que le honre, y que le dè mano en todo.

O felicidades humanas, y què de tropezaderos se envuelven en vuestras glorias! En el mismo valimiento, en la dicha, en la grandeza, sembrò la envidia su zizaña; que esto de vèr medras ajenas, y mas en los Palacios de los Reyes, de ordinario engendra odios. Toda la honra que se le hace al Privado, sirve de veneno al emulo que lo mira, y con la misma ponzoña que abriga en su pecho, procura atosigar la gracia que vè en el otro. Yo digo, que es desdicha el ser Privado, y à quien le estuviere mal mi parecer, no me lo riña mientras goza la privanza, quando vadee sus riesgos me podrà decir si es dicha. Vamos a nuestra historia. Tenia el Rey otro Privado (llamemosle Julio) era mui opuesto à las costumbres de Carlos, porque èl, à titulo de lisongero, de entremetido, de decidor, y mañoso, havia grangeado, que el Rey le quisiesse mucho, que no son Dioses los Reyes, para no dexar llevarse de una lisonja, y de un dicho; pero como Don Dionis era, aunque mozo, prudente, no le premiaba mas de en aquello que era congrua suficiente para vivir como honrado, no desperdiciaba, digo, con èl sus thesoros, ni sus rentas. Envidioso, pues, Julio de parecerle, que Carlos privaba mas con la Reina, que èl con el Rey (que como le veia manejar tantas riquezas, y no advertia, que era el thesoro de pobres, le adivinaba mas poderoso, y mas rico) envidioso, pues, desto, dio en malquistarse con èl, en aborrecerle, y quererle mal; bien assi como Doech, quando emulo de la altura de David, tirò con chismes a derribarle, que en privanzas de innocentes, jamàs faltaron malsines para aguarlas.

Era Carlos tan modesto, y tan criado al modo de la Reina;

que aunque reparaba en algunas descortesias de Julio, las dissimulaba prudente, sin darse por ofendido, que es treta de discretos, en heridas encubiertas, sentir para sì el dolor, mas no mostrar que lo sienten. Julio se picaba mas de vèr los dissimulos, que antes quisiera que se provocasse al duelo, y que riñesse con èl, porque desta suerte podia con facilidad echarle de Palacio, pues claro estaba, que entre un valido del Rey, y un Privado de la Reina, havia el Rey de acudir a su valido. Este mismo respecto le obligaba a Carlos a evitar las pesadumbres; su mismo interès le hacia estàr reportado; el no disgustar a la Reina, le obligaba a ser sufrido.

Viendo, pues, Julio, que por aquel medio no negociaba nada, echò el resto à la maldad. Tratò de acusar a Carlos de mal entretenido con la Reina. No puede llegar a mas un animo indignado, que a mancillar con un golpe tres vidas, y tres honras, porque acusando a Carlos de infiel, y a la Reina de adultera, al Rey se le venia a dàr la mayor herida. Pareciòle al atrevido prueba bastante sus mal fundadas sospechas, de vèr la familiaridad con que la santa Reina communicaba con Carlos, que como le veia tan virtuoso, tan honesto, y tan recogido, y por medio de èl, ella hacia sus limosnas, no reparaba la Magestad en que havia de haver censor que murmurasse aquel trato. Pensaba la Reina bien, que quando todo Portugal a ella la miraba Sol, sin registrarle defecto en su limpieza, y a Carlos consideraba un sirviente honrado, y fiel. Solo un emulo insolente se atreviera a poner falta en un honor tan candido, en una virtud notoria, en una santidad conocida. Aguardò ocasion para empezar su enredo, procurò, que el Rey, divertido en otros gustos, y aun quizà solicitados por èl (que tambien hai privados de tercera esphera) estuviesse algo mal hallado con la Reina, negandose a sus brazos, y esquivandose a sus ojos, que en cargandose la voluntad a otra hermosura, cansa siempre la muger. El mismo agravio que se le hace, parece que ocasiona vergonzosos desvios. Vomitò, en fin, el veneno, diciendole un dia al Rey con arengas de zeloso, con muestras de turbado, con lastimas de decirlo, q̃ la Reina miraba mui bien a Carlos, y que le queria bien. Notable atrevimiento, llegar a decirle a un Rey tal pesadumbre, pues quando fuera verdad el testimonio, no se permite en leyes de bien sentir, que se le diga su afrenta a un afrentado. Al hombre mas humilde se le guarda este respecto, quanto, y mas a un Rey, cuyo honor estaba mas terso, y limpio que los

Astros

Astros luminosos. Solo un valido pudiera arriesgarse à tanto. Todo su valor, y toda su cordura huvo menester D. Dionis para no acabarse à tan mortal herida. Sufriò valeroso el golpe, è inquiriò la verdad prudente. Pusose à sus solas à discurrir consigo la santidad de la Reina; su honestidad, su virtud, su recogimiento, su penitencia le daban voces al alma, que estaba libre de culpa. La frequentacion de Carlos en su aposento, verlos solos muchas veces conversar secretos, hallarlos à los dos con un semblante, le provocaban à zelos rabiosos. Por una parte lo hallaba todo bondad, por otra veia muchos indicios de afrentas: por una parte le confundia la razon, y por otra le inquietaba su recelo.

De dos mares combatido se atormentaba à sì proprio: llamò à Julio, y dixole, que le informasse de lo que havia visto, y que pues se havia atrevido à declararle su agravio, le hiciesse sabidor de las pruebas de la culpa. Siempre temi, señor (respondiò cauteloso) de venir à estos lances, considerando la pesadumbre en que havia de meteros: la fuerza de mi lealtad me obligò à informaros, y porque no imagineis, que es alguna fantasia, ò alguna leve sospecha lo que me diò la ocasion, atended, os suplico, à que siempre que la Reina mi señora estuviere disgustada, le leereis a Carlos en el semblante el disgusto; si la mirareis alegre, vereis en èl la alegria; si ella llora algun pesar, èl da lagrimas tambien; si ella recibe un contento; el le celebra con risa: esto, pues, y sus visitas secretas, su mucha frequentacion, y su privanza, mirad si pueden nacer de donde no hai aficion? De llama mas pequeña se levantan fuegos grandes, de menos principios se origina una desdicha. A mi toca el advertir, y à vos, señor, el remedio: cumplo con lo que me debo, y si os he dado disgusto, pague mi cabeza ser Argos de vuestro honor.

Con semejantes palabras esforzò Julio su engaño, y como para quien esta zeloso, y ya desabrido con su honor, bastan aparentes sombras para juzgar verdad lo que es mentira, se diò el Rey por satisfecho, si experimentando aquel informe, lo hallaba todo ajustado. Comenzò à hacer experiencias recatado, y mañoso. Tal vez se entraba secreto adonde la Reina estaba, buscando arbitrios con Carlos para socorrer los pobres, que este era todo su desvelo, este su mayor cuidado. En viendose sin dineros enviaba à empeñar la joya, ò à venderla. Carlos era quien lo negociaba, y como por agradar à quien tan bien lo merecia, buscaba con su industria todo quanto le mandaba; tenia con ella tal

ca-

cabida, que solo con èl communicaba sus necessidades. Eran, pues, solos sus coloquios estos: en haviendo que dàr limosna, estaba la Reina contenta, y alborozada, Carlos por el consiguiente alegre, y regocijado. En no teniendo que dàr, uno, y otro se hacian a la tristeza. Entrabase, pues, como ya dixe, el Rey a estas estancias. Cogialos descuidados, tal vez tristes, tal alegres, y lo que en ellos era virtud, èl lo juzgaba maldad; lo que en ellos santo zelo, en èl sospecha rabiosa. Dissimulaba sentido, y hablando dos sequedades sobre la materia que le parecia, les volvia las espaldas.

Aunque la Reina miraba aquellas curiosidades, y advertia en los despegos, no pensaba (claro està) que eran recelos de honor, ni pruebas de su virtud; como estaba tan libre, y para con Dios, y el mundo tan solida su opinion; nunca ella presumiera, que un Rey tan prudente, y cuerdo como Don Dionis, la tuviera en tal aprecio. Lo que imaginaba, y por lo que se guardaba dèl, era, que sentia el que hiciesse tantos gastos en limosnas, y demàs a mas, que andar aficionado a otros gustos le traheria descontento. Viendole, pues, tan negado a sus alhagos, tan mal hallado en sus ojos, en vez de hacer, como otras, alardes de sentimientos, le acariciaba mas tierna, le mostraba mas amor, le rondaba mas el gusto, que no hai mayor prudencia, que a un marido divertido atraherle con blandura, porque querer despicar con enojos los agravios, serà empeñarle mas, y que prosiga por thema, lo que ha sido un poco de gusto. Era lo bueno, que todos culpaban los amores del Rey, y la santa Reina, que era la ofendida, lo disculpaba sola: los que no les iba nada, se daban por enojados, y la Reina, a quien le iba tanto, apenas lo sentia.

Passaron las desazones del Rey a formarles pesadumbres, tomò por color ser prodiga la Reina de lo que no era suyo, y que no sufrian sus rentas tantas limosnas, y gastos, con esta capa rebozaba su veneno, negabase ya al lecho, ya a la mesa, ya a la communicacion. Todo era hablar por equivocos, a dos visos las palabras, a muchos entenderes las razones. Nada bastò a que la prudencia de la Reina faltasse en nada de apurar paciencias. Ni sus labios, ni sus ojos se desmandaron jamàs contra el respecto: el dàr los unos suspiros, verter lagrimas los otros, todo era mostrarse lastimada por su Rey, y por su dueño: Carlos como criado, si èl la imitaba en las acciones, como ignoraba la prueba que el Rey hacia, y que le estaba anotando, dexabase llevar de el agua de su obligacion,

cion, vueltos en fuentes los ojos. Bufaba el Rey de corage, quando veia en los dos comprobados sus sospechosos indicios, y por salir de una vez de aquel cuidado, apretò mas los cordeles à la prueba. Dixole à la Reina, envueltas en enojos algunas pesadumbres, solo à fin de vèr el efecto en Carlos. Ella, aunque todo lo llevaba con paciencia, y à sequedades del Rey, correspondia con caricias, no pudo menos de sentir la desmesura, mas fue llanto la respuesta. Aplicò un lienzo à los ojos para embeber las lagrimas, y Carlos al mismo tenor, para reprimir las suyas, se huvo de valer del lienzo. A un compàs lloraban ambos, y lo que era fineza de criado, lo sospechaba el Rey otra contraria fineza. Anotò aquello, y passados unos dias, volviò à cogerlos à solas, repassando memoriales (todos limosnas, todos peticiones de personas desvalidas, y todo estudio para remediarlas.) Hablòle à la Reina con algun agrado, cosa nueva para el amor que gastaba en aquel tiempo; y sin estrañarse la santa señora, se fue à echar à sus pies de agradecida, mas èl la cogiò en sus brazos con alhagos, y finezas; todo ficcion para probar su recelo. A la Reina daba las palabras, y à Carlos daba los ojos, el qual alborozado, y contento, assomò al rostro la risa, viendo à su señora alegre, soltò la rienda al placer, y como que queria agradecerle al Rey aquellos favores como proprios. Un corazon sencillo, y una lealtad inocente, què sin escrupulos anda! Pues claro està, que à ser Carlos traidor, anduviera recatando en la presencia de el Rey el pesar, y la alegria supiera disimular; pero como andaba inocente, lastimabase de los pesares de la Reina, y alegrabase en sus gozos.

Juzgò el Rey prueba bastante aquellos extremos de que entre la Reina, y Carlos havia alguna ficcion; que mancillaba su hõra, que para un Rey sospechoso, y ya por otro anotado, la menor accion de aquellas suena à afrenta. Ya solo se desvelaba en el modo del castigo, que como para hacer alardes era todo aquello poco, y mas teniendo la Reina un mundo de su parte, procuraba con recato quitar aquel tropezon, sin que nadie imaginasse en su sospecha. Demàs, que como su agravio no era mas que una imaginacion, y esta estaba contra Carlos solamente, y podia ser no haver passado de la intencion, sin tener la Reina culpa (como ni ella, ni èl la tenian) no le pareciò ser justo castigar à Carlos con forma de castigo, sino quitarle la vida, sin que nadie lo entendiesse. Saliòse, pues, una tarde por las orillas del Tajo a diver-

tir sus melancolias, y à pensar alguna traza para castigar su imaginado agravio. Sucediò passar por unos hornos de cal, en que fabricando unos, y dando fuego otros, estaban ocupados muchos hombres. Despertòle su venganza el pensamiento, y llamando à parte al Maestro de la obra, le dixo: Que à un criado de camara, que le enviaria alli la mañana siguiente con un papel, al punto que llegasse, le lanzasse en uno de aquellos hornos encendidos, de forma, que pereciesse: que era cosa que importaba à su Real servicio, y que guardasse secreto; ofreciolo assi el artifice, y el Rey con mas desahogo se volviò à Palacio. Passò desvelado toda aquella noche, juzgando que se le tardaba el dia: y assi apenas viò la luz, quando mandò que le llamassen à Carlos. Acudiò mui puntual, y como quien desea desenojar à un señor, que como havia tantos dias que le miraba con mal semblante, e ignoraba en lo que le deservia, estaba deseoso de ocasiones, en que mostrar su lealtad, haciendole servicios. Recibiòle el Rey gustoso, dissimulando su pena, y dandole una carta, mandò que se la llevasse al Maestro de las obras, que estaba en las caleras, que era un negocio que le importaba mucho, y que en la diligencia que pusiesse, conoceria, y estimaria su cuidado. Para quien sirve fiel, no es menester mas avivador, que mandar la cosa, porque mandatos Reales, por poco que importen, llevan embebida consigo la presteza.

Partiò Carlos diligente, sin aguardar à que la Reina se levantasse, y sin querer detenerse à su antigua devocion, que era oir Missa; tanto puede un Real respecto, que echa siempre el pie delante à todas obligaciones; pero al tiempo que con su caballo desempedrando las calles de Lisboa, iba a emparejar por la puerta de una Iglesia, permitiò la Magestad Divina tener su curso a fuerza de aldavadas (que poco pueden engaños, para quien tiene de su parte la justicia.) Tocaba un Acolito la campanilla, haciendo señal que alzaban en la Missa a Dios Sacramentado. Hirieronle aquellos golpes en el alma, como que le acusaban de indevoto, pues sin haver aquel dia adorado al Rey del Cielo, ni cumplido con su santa devocion, iba a dàr gusto al Rey de la tierra. Aferro tanto en este pensamiento, que sin aguardar a mas violencias, se apeò del caballo, y atandole alli a un poste, se entrò a oir aquella Missa. Antes de acabarla salieron a decir otra, y al acabarse esta saliò otra tercera, oyòlas todas tres, porque tenia por costumbre no salirse de la Iglesia con Missa comenzada.

En

En este espacio de tiempo obrò Dios sus marabillas, que claro està, que ocupacion tan buena havia de acarrear algun prodigio. Estaba el Rey tan ansioso de la muerte de Carlos, que juzgò no tendria sosiego, hasta saber que era cierta. Entrò su Camarero Julio à darle los buenos dias. Holgòse de vèrle, y como le trataba como amigo, contòle la traza con que havia muerto à Carlos, y como seria aquella la hora en que resuelto en cenizas, estaria pagando su culpa en la calera. Julio, que solo havia tirado à derribar à su competidor, y à quitarse aquel padrastro de delante, quedò tan alborozado con la nueva, que al mismo passo que el Rey ardia ya en deseos de si se havria executado aquel castigo, haciasele un siglo cada instante; menos larga se le antojaba à Carlos cada Missa. Por salir, pues, de aquel cuidado, y descargarse de aquel peso, despachò el Rey à Julio con otra segunda carta, en que solo decia al dueño de la calera, que le enviasse razon, si se havia executado el negocio que le dixo. Calzò alas Julio à los pies, ò a rigores de la espuela hizo volasse el caballo. Llegò à los hornos de cal, diò el papel para quien iba, y como no parecia mas que seña de lo que el Rey le havia dicho, y juzgasse ser aquel el hombre à quien el Rey mandaba que matassen, sin escucharle razones, excusas, ni plegarias, le ataron de pies, y manos, y lanzandole en el horno, pagò à juicios del Cielo su maldad, y su traicion, que quien infama innocencias, en el lazo mismo con que procuraba acabarles, es bien que dexe la vida.

Llegò Carlos despues, bien ignorante de lo que passaba (que mientras se oye una Missa, libra Dios à las veces de la muerte à quien la oye) diòle al Maestro la carta, era al tenor que la otra, y assi le diò por respuesta, que le dixesse al Rey, que ya estaba bien servido, y cumplido su mandato. Volviò Carlos à Palacio con esta razon, entrò donde estaba el Rey, que en vèrle quedò pasmado, y confuso, que como le juzgaba ya por muerto, y Julio no volvia, casi adivinò ya el trueque. Entre turbacion, y enojo le preguntò, como, y donde havia ido? Carlos satisfizo à todo, dando las señas del lugar, y la persona adonde le havia enviado. Hizole cargo de la tardanza, à que satisfizo humilde, diciendo: Yo, Rey, y señor mio, por ser uno de los preceptos que me encargò mi padre, estando para morir, he observado siempre oir Missa cada dia. Hoi solamente, pues, por ir à obedeceros con presteza, quebrè con mi devocion; pero al passar por un Templo, oi que una campanilla hacia señal como alzaban al Señor, y llevado de mi

afec-

afecto me hallè tan embarazado, y tan impedido de passar adelante, que me fue forzoso entrar primero a oìr Missa; coincidiò, que me detuve a oìr tres, porque no acostumbro, si hai Missa començada, salirme de la Iglesia. Si por esta tardanza he errado en el despacho, dadme el castigo que pareciere justo.

Mientras Carlos informaba, ya el Rey con toda priessa havia despachado terceros mensageros a que buscassen a Julio, y le traxessen al Maestro de las obras, para vèr lo que havia obrado. Nunca èl hizo mejor obra, que castigar a un traidor. Venido a su presencia, mostròle la carta que havia llevado Julio, al qual dixo, que en conformidad de lo que la tarde antes le dexò advertido, le havia ya sepultado entre las llamas.

Coligiò el prudente Rey de lo uno, y de lo otro, haver sido aquel castigo justo juicio de Dios, como Julio havia sido el falso, y Carlos el innocente, su esposa santa, y honesta, y èl engañado. Y por no dexar su escrupulo en su sospecha, dixole a Carlos a parte, què causa le movia a hacer extremos de dolor, ò placer, quando la Reina su esposa lloraba, ò estaba alegre, porque le havia librado de cuidado, y à èl pudiera haverle costado la vida? Satisfizo Carlos(adivinando ya el riesgo de que le havia librado la detencion de las Missas) que le aconsejò su padre, que à la persona Real à quien sirviesse, le fuesse siempre tan fiel, que se alegrasse, como proprios, de sus gozos, y placeres, y llorasse como tales sus pesares, y disgustos. Que esto solo le movia à fuerza de su lealtad, y de ser obediente à consejos de su padre.

Deshizo el Rey sus nublados à la luz de la innocencia. Conociò en el desengaño la santidad de su esposa; fuela à buscar al punto, y hallandola en su oracion, la pidiò perdon de todo, y con honestos abrazos rematò sus pesadumbres, dexò todos sus recelos, borrò todas sus sospechas, trocò en nueva voluntad los passados disgustos, en caricias los desvios, en ternuras los desaires. Tuvo en ella à Don Alonso, que sucediò en la Corona, demàs de la Doña Constanza, que casò con el Rey Don Fernando Quarto de Castilla. Estimò de alli adelante la prudencia, y valor con que la santa Reina le havia sufrido sus zelos, y desazones, pues nunca se oyò en su boca palabra desabrida contra quien amaba dueño. Solo la prudencia de la gran Reina Isabèl pudo ser sufrida à los desprecios, constante à los desaires, valiente en lides de amor. Sola su prudencia pudo templar encuentros domesticos, entre el Rey su esposo, y el Principe su hijo, saliendo tal vez à la campaña,

ña, y discurriendo de unos Reales en otros, hasta moverlos à paz, y hacerles dexar las armas. No puede encontrar un hombre mayor dicha, que una muger prudente, en quien afiance su honra, y estimacion. Què felicidad puede igualarse à tener un hombre, por tonto, y desaliñado que sea como Nabal, su credito seguro? Quando todos los maridos deben estàr hechos Argos de sus mugeres, quien la encontrare prudente, se puede echar à dormir. Con una muger honrada, no hai que recelar, ni temer.

EXEMPLO SEGUNDO.

COronèmos este assumpto con un Principe famoso, à quien ni grandezas, ni hermosuras, sino una prudencia humilde, le arrastrò el afecto, que no es solo David quien se dexò captivar de discreciones. Havia un varon ilustre (cuenta un Historiador grande) que teniendo un hijo mayorazgo de su casa, alivio de su vejez, deposito de sus gustos, quiso ponerle en estado antes que muriesse, que la sombra de los padres adelanta mucho siempre las mejoras de los hijos. Vinolè à dàr por esposa no menos que à una Infanta, hija de un Rey poderoso, y dotada de belleza, partes para enamorar à qualquier Principe; pero Lisardo (supongamosle este nombre) ò embarazado en la hermosura de la novia, que hai hombres, que para propria muger les embaraza lo hermoso, ò descontento por casarle tan temprano, que no es caso para burlas, ò en fin, por otro qualquier respecto, no quiso venir en lo que estaba tratado. Apesadumbròse el viejo, riñòle la desobediencia, intimòle su palabra, y con amenazas de padre, dixo havia de cumplirla. Visto Lisardo el aprieto, y que en semejantes porfias suele faltar la modestia, y quebrarse obligaciones, tratò de ausentarse. Tomò para el camino las joyas, y dinero que juzgò haver menester, y sin dexar señales de su fuga, se alexò à otros Reinos.

Anthor Vincent. Belbac. in speculo histor. lib. 15. cap. 19 spec. exemplor. in tit. Gratias agere.

Caminando, pues, un dia el desconsolado joven, à vista de una aldeguela, y obligado de el calor, à tomar alli descanso, apeòse en una de aquellas casas, cuyo dueño era un viejo venerable, que baxo de el sayal pobre, por lo que se viò despues, debia de ser algun Caballero noble, que atropellado de la fortuna, como acontece à otros, se havia retirado à aquel cortijo, disimulando con capa de pobreza los bienes que le havian quedado. Como pobre, en fin, vivia, y como tal se trataba, sin que huviesse en su-

casa cosa alguna, mas que aderezos de pobre. Tenia una sola hija de mui lindo parecer, tan aliñada en el asseo, que se suplia la gala de los vestidos humildes. Sentada, pues, à la entrada de la puerta, cuyo estrado seria, quando mucho una mal pulida corcha, ò algun empalmado esparto, hacia sobre una almohadilla mil curiosidades de sus manos, y al compàs de la tarèa cantaba con dulce voz una cancion regalada, cuyos motetes, y versos iban solo dirigidos à darle à Dios alabanzas, y agradecimientos de los muchos beneficios, con que le havia honrado su mano poderosa.

Escuchabala Lisardo mui atento, embelesado tanto à la discrecion, como à la belleza, tan pagado del donaire, como rendido al asseo, y quando huvo acabado de cantar, la dixo de esta suerte: Haeedme placer, señora doncella, de darme à entender la letra que haveis cantado, porque no me parece que se ajusta à la miseria en que os veo. Si estais tan pobre, como vuestro trage dice, si apenas me parece que comeis, si primero no lo trabajais, à què fin, ò por què causa os mostrais tan grata al Cielo, como si os huviera enriquecido de mil bienes, y riquezas? Por què tantas alabanzas, quando os ha dado tan poco? Por què tan agradecida, quando en nada estais medrada?

Soi contenta (respondiò la prudente doncella) de quitar los nudos à vuestra dificultad, y de satisfacer à vuestra duda. No haveis visto, que una medicina leve suele librar à veces al enfermo de gravissimas dolencias, por cuyo respecto se viene à estimar en mas que las mas preciosas drogas, pues aunque pequeña, restituyò la salud à quien despechado se atormentaba doliente? Pues de la misma suerte, la accion de gracias, por qualquier pequeño dòn que recibimos de Dios, suele ser afecto de mayores beneficios, y agradeciendo lo que nos parece poco, se consigue interès mucho. Yo os confiesso, de verdad, que no tengo mas bien, ni mas riqueza, que ser hija de este viejo anciano, y pobre, que veis; pero doi gracias à Dios, y rindo bendiciones muchas, por estas pocas mercedes que me ha hecho, estando cierta, y advertida, que quien me diò la pobreza, que posseo, la humildad en que me hallo, tiene infinito poder para darme cosas grandes; y assi no porque sea pequeño el dòn que he recibido, ha de faltar el agradecimiento à la mano poderosa que le ha dado. Demàs, de que esto es, hablar de los bienes, y riquezas temporales, de los quales, ni à los mui afortunados en ellas se les acrece algun logro, antes mucho daño à veces, ni à los pocos dichosos les viene de-

timiento; quando al fin de la jornada los unos, y los otros han de passar por un fin, tan pobre se hallarà el rico como el pobre. Pero si tratamos de los bienes mas perfectos, de los que tocan al alma, yo os juro como quien sei, que he recibido de Dios los mas grandiosos, y muchos que ha podido darme su Divina Magestad, porque se dignò de hacerme à su imagen misma, dandome razon, y discurso, para conocerle por mi Criador. Vengo à ser su convidada para la vida eterna, mediante su bondad, y misericordia, que me hizo participante de sus Divinos Mysterios, dandome lumbre de Fè, y criandome en su Iglesia. Por tantos, pues, y tales beneficios, como los ricos, y pobres reciben indiferentemente de la poderosa mano, es impossible, por mas gracias que le dèn, que sepan agradecer, y estimar lo mucho que le deben. Y assi, si yo à quien me enriqueciò tanto de dones celestiales, no le consagro estas cortas alabanzas, què excusa podrè tener para que no me tenga por ingrata?

Pasmado escuchò Lisardo las discretas razones de la hermosa doncella, à cuyo efecto comenzò enamorado à rendir esclavitudes. Mandò llamar à su padre, y dixole, que le hiciesse favor de darle à su hija por muger, porque su entendimiento, su discrecion, y donaire, le havia avassallado la voluntad, y que no queria mas dote, que su prudencia. Informòle de su calidad, de sus padres, de su hacienda, de sus riquezas, y estado, que era como ponerle à vista la ganancia. Sonriòse el viejo, y preguntòle, si acaso era aquello querer hacer burla de los mal vestidos? Que le hiciesse favor en tratarle de otro modo, pues ya veìa que no era su hija merecedora de tan altas prendas, ni harian buena union el sayal con la purpura, que buscasse un casamiento de su igual, que èl con su pobreza passaba mui consolado. Lisardo replicò a esto, que le trataba con entrañables veras, sin que se envolviesse en su intencion el menor engaño, que èl se venia huyendo de la casa de sus padres, porque quisieron casarle con muger que no era de su gusto, aunque en calidad, y hacienda le hacia grandes ventajas, porque era hija del Rey de aquella tierra. Pero que la gracia de su hija, su piedad para con Dios, su prudencia rara, le havia captivado de manera, que si la alcanzaba por muger, haria cuenta que havia hallado un precioso thesoro, que no se la negasse, pues grangeaba un nuevo hijo que le sirviesse. Respondiò el viejo, que le estimaba como era justo aquella voluntad, y deseos; pero que le perdonasse el no poder servirle, porque el no

y tenia mas de aquella hija con que consolaba su cansada vejèz, y que enajenarla de sus ojos, para que èl se la llevasse à su tierra, venia à ser privarse de la vida, y buscarle la muerte entre amarguras, y llantos. Pues si no estriva en mas de esso (añadiò el enamorado joven) por mi queda la victoria: digo, que quiero quedarme aqui, y al lado de mi esposa haceros compañia. Yo renuncio mis haveres, mi casa, mi mayorazgo, y quiero en este cortijo entrar à servir por siervo. En mas estimo el sayal con una muger prudente, que la purpura, y brocado con otra qualquier muger. Diciendo estas palabras, se desnudò los vestidos ricos, que llevaba, y obligò por fuerza al viejo, que le diesse uno de los que tenia. Tan prendado como esto se hallaba de la doncella, tan captivo de su amor, tan muerto por lo discreta.

Advirtiendo ya el anciano padre, que eran aquellos extremos mas nacidos en una aficion noble, que no de lascivo amor, y que ya su estrella la havia deparado quien fuesse merecedor de la beldad, y prudencia de su hija, no quiso resistir mas al dichoso lance que le deparaba el Cielo; y assi, tomando por la mano à Lisardo, le llevò à un apartado retrete, y aposento oculto que tenia, y abriendo unos cofres viejos, que envueltos en telarañas, antes parecian trastos desechados, que depositos de bienes, le manifestò en ellos un thesoro grande, joyas de precio infinito, y tanta cantidad de plata, y oro, quanta no vieron jamàs los ojos que los veìan. Dixole entonces con palabras algo tiernas: Yo, hijo mio, aunque con este sayal, soi bien nacido, y tengo mas riquezas que aqui miras, todas son tuyas, y todas te las doi por dote de la que sin mirar en interès la has querido por esposa. Porque la has amado pobre, te la quiero dàr tan rica; porque sola su discrecion te obligò à quererla, te doi todo mi thesoro, porque puedas sustentarla; que à quien dexò riquezas, y Magestades por una prudente humilde, no es razon que quede pobre, sino que viva muy rico. Casado, pues, Lisardo con la discreta doncella, y hecho dueño del quantioso caudal, vino à ser el Reyezuelo entre los mas poderosos de aquella Provincia. Parabola parece aquella historia, siendo de qualquier manera exemplo de las felicidades que le acarrea al marido una muger prudente; como al contrario desdichas la que se aparta de sus obligaciones, cuya prueba nos darà el siguiente exemplo.

EXEM-

EXEMPLO TERCERO. Añadido.

PAra pauta de mugeres, à quien su poca dicha las hizo mal casadas, quiero que sirva por corona deste assumpto una Infanta de Castilla, y Reina de Leon, Doña Berenguela, madre feliz de el Rey Don Fernando el Santo. Fue esta señora hija de el Rey Don Alonso Octavo, aquel que por sus virtudes adquiriò titulo de Bueno; aquel que por su valor, en las Navas de Tolosa, con pèrdida sola de veinte y cinco Fieles, las hizo promontorios Africanos con docientos mil cadaveres de Moros. Entre once hijos que tuvo este buen Rey de solo un matrimonio, fue segunda la Infanta Doña Berenguela, si bien algunos la anteponen à Doña Blanca (question que nos importa poco para el caso.) Apenas en la edad florida descollaba Berenguela en lo bizarro, quando haviendo venido acaso à unas Cortes de Carrion Conrado, Duque de Suecia, hijo de el Emperador Federico, à las quales se hallò presente tambien el Rey Don Alonso de Leon, que à uno, y otro los armò el Castellano Caballeros à la usanza de Castilla, teniendolo ellos por honra, se tratò de casar à Berenguela con Conrado. No le agradò à la Infanta, por no estàr afecta à las costumbres Alemanas, y parecerle cosa desabrida alexarse tanto de su Nacion. Terciaron en favor suyo el Arzobispo de Toledo Don Gonzalo, y el Cardenal de Sant. Angel, con que no tuvo efecto el desposorio. Como se ignoran los lances futuros, tal vez se desestima lo que estaviera mas bien, y se abraza por mejor lo que suele hacer penar.

El Rey Don Alonso de Leon, primo hermano de el de Castilla, estaba casado con Doña Teresa, y por ser deudos, diò el Pontifice por nulo el matrimonio, y no obstante que tenian ya tres hijos, los hizo que se apartassen à fuerza de censuras. Con esto le pareciò al Rey de Castilla buena ocasion para casar al primo, que andaba ladeado al de Navarra, dandole por muger a la Infanta Berenguela. Mucho ciega el interès, pues viendo con el rigor que havia apartado el Pontifice el matrimonio primero, por haver parentesco, haviendo en este segundo la misma causa, y en mayor grado, le tomaban como dicha. Pero entraria aqui solicitar la dispensa, cosa en aquel tiempo tan dificultosa, que con no ser mas de impedimento de segundo con tercero grado, y ser las partes una Infanta de Castilla, y un Rey de Leon, y enviar a Roma perso-

nalmente à solicitarlo à un Arzobispo de Toledo, no fue possible que se alcanzasse el despacho; tan cerradas como esto estaban las puertas à las dispensaciones, lo qual no dexarà de admirar à los que en nuestra edad las vemos tan abiertas.

La doncella, que era bien entendida, como aquella que iba mas expuesta al riesgo, procuraba persuadir à sus padres, que no la mal casassen. Aborrecia al de Leon, ya fuesse por no ser hombre à su gusto, ya por temer el desaire que le podia ocasionar el parentesco. *Es possible* (decia con lagrimas à sus padres) *que he de ir à ser como amiga de quien me puede repudiar mañana, y dexarme en el estado que quisiere? Què haya de respectar como à mi ido à quien pueda negarme los alhagos? Què haya de ir mi honor expuesto al axedrèz, à si pinta, ò si no pinta? Terrible lance para quien sabe sentirlo!* A esto la replicaron con el remedio de la dispensacion, con que al parecer deshacian sus argumentos. Recrecieronse caricias de la madre, y vinieron mal, ò bien à reducirla: que un pecho mugeril entre mandatos, y ruegos paternos, què brios podrà mostrar, que no se ablanden? En fin, padres pueden mucho. Casòse, pues, Doña Berenguela con el Rey Don Alonso de Leon, y con grandioso aparato, y muchas fiestas se celebraron las bodas en Valladolid. Aumentòse el placer, de que al mismo tiempo vinieron Embaxadores de Francia, pidiendo al de Castilla otra de las Infantas para esposa de el Principe Don Luis, hijo de Phelipe: cosa mui honrosa para Don Alonso, casar casi à un mismo tiempo à dos hijas con dos Reyes, y sin darlas dote alguno, que esto fue lo mejor, y assi fue el trato; porque al de Leon solo le restituyeron algunos lugares que le havian quitado, y al de Francia se la dieron baxo de esta condicion. De esta historia se colige, que vale mucho un buen nombre. Es el caso, que dieron à escoger à los Franceses entre dos hijas que le quedaban al Rey en edad de casar, que eran Doña Urraca, y Doña Blanca; y aunque era la primera mas muger, mas airosa, y de mas brio, y aun de mas edad, como dice el Padre Mariana (contradiciendose en esto) ofendidos los Embaxadores de el nombre de Urraca, no la quisieron por Reina, sino que llevaron à Doña Blanca su hermana, la qual vino à ser madre de el Rey San Luis, Reina dichosissima en extremo, y de que puede estàr España tan gloriosa, como Francia ufana. Causa bastante puede haver sido esta, para haverse mejorado en Castilla los nombres de las damas, y señoras, que ilustra mucho un buen nombre.

Mariana, lib. 11. cap. 17. hace mayor à Doña Blãca, y en el cap. 21. la hace menor de las tres, y en el li. 12. ca. 7. la vuelve à hacer mayor.

CA-

Casada Doña Berenguela, por los años que se contaban 1201. hallò en el Rey aquel recibimiento, y agasajo, que hallan siempre en un hombre amores nuevos, porque aunque apartado de Doña Teresa, le divertian todavia sus memorias. En fin, de alli à poco tiempo tuvo el primer hijo, que se llamò Don Fernando, tan agraciado desde sus niñeces, como dichoso en sus fines. No sè què fuerza de estrellas, ò de afecto arrastrò tanto à esta Reina en el amor del hijo, que no quiso que à otros pechos que los suyos se criasse; ella sola le diò leche, siendo entre las Reinas de España, la primera que se ha humanado à esta accion, digna por cierto de toda alabanza, y que fue prognostico de la rectitud, y santidad que heredò el hijo, que de una madre prudente, y valerosa se adquiere en los pechos mucho. Su hermana Doña Blanca, Reina de Fracia, como dexamos dicho, la quiso imitar en esto, pues ella sola diò el pecho al Rey San Luis su hijo, y assi no havrà que admirar, que à pechos de tales madres saliessen dos Reyes Santos. Fuera de el Principe Don Fernando, tuvo Doña Berenguela otros tres hijos en espacio de siete años; y aunque en medio deste tiempo viò en el Rey muchos desvios (porque va aquello de prima, y mas no haviendo querido el Pontifice dispensarlos, parece que se maleaba, y luego que su cuidado antiguo, y divertimientos nuevos le hacian mal hallado) lo dissimulaba todo la gran Reina, con tan prudente valor, que no mostraba despego à cosa alguna, y à lo que otras mugeres se hacen linces, ella hacia gorda la vista, y por lo que otras se quexan de sus maridos, ella procuraba honrarlo, que si una muger no sufre faltas de deudas tan proprias, como las ha de callar quien no tiene obligaciones? Bueno sea, que porque un marido se divierta, ò se descuide, ò porque sea desabrido, y de mala digestion, ò porque sea un necio, que es la mayor falta, haya por esto la muger de formar quexas, y hacer exclamaciones, que causen escandalo! Esto no es hacer buen lado al marido, sino deslucirle el credito, y echarle en la calle la opinion; cosa, que aun una enemiga (tomese por lo que fuere) à veces no lo hace. Donde hai que dissimular, se conoce la prudencia, que donde no hai que sufrir, poco hai que agradecer al ser honrada. Pocas han estudiado en nuestra Abigail, que à saber lo que ella passaba en cubrir las necedades de quien respectaba dueño, en dissimular sus grosserias, sin manifestar al rostro la pena del corazon, à buen seguro que aprendieran mas de quatro à ser prudentes: Doña Berenguela si que la leyò las acciones,

y robò las bizarrias, porque con tanto valor se diò à llevar los despegos del Rey D. Alonso, que con echar el resto lo adverso de su fortuna, pues el Rey la repudiò, y apartandola de sì, se la remitiò à su padre (lance fuerte para una Reina entendida!) ella à todo hizo tan buen pecho, que ni por verse libre se desmandò de lo noble, ni por quedar desairada hablò mal de su marido, salvo lo que puede permitirse en tales sentimientos, que tambien Abigail tratò do necio à Nabal, quando informò de sus cosas.

La capa que tomò D. Alonso para dexar à la Reina, el color con que baptizò esta accion, fue el parentesco, y mediante èl, haver sido nulo el matrimonio. La causa à mi vèr, fue justificada, y mas si es verdad lo que dicen algunos, que el Papa Innocencio Tercero deste nombre, que entonces regia la Iglesia, y fue una de las mayores cabezas que ha tenido, gran talento, y versado en todas letras, se lo mandò asi con penas, y censuras, hasta poner entredicho en aquel Reino. No quiso dispensar nunca, que como hasta entonces no havia havido exemplar, rehusò de dàr el primero. Con todo, aunque el color era tan justo, le pareciò al de Castilla, padre de la Reina, que no podia tolerarse, insistiendo siempre en recavar aquella gracia del Pontifice, quando causas tan urgentes lo pedian, tantos años de casados, quatro hijos nacidos, y las paces de los Reinos, y asi sentido grandemente de aquel desaire, y afrenta, quiso tomar las armas contra el primo, y hacerle estàr à derecho, que como del tiempo en que repudiò à la Reina (que era, segun pienso, quando le divertian otros brazos, y aun dicen que los de Doña Teresa su primera muger, asi lo insinùa Castillo) con no desto, pues, se colegia, que no era tanto obediencia à los mandatos, quanto conveniencia de su gusto, avivaba con razon los sentimientos. En fin, sin llamarse el de Leon obediente à la Iglesia, le ataba las manos al Castellano. Ni por mal, ni por bien no fue possible que volviesse à hacer vida con la Reina, con que vino à quedarse en casa de sus padres, ni viuda, ni casada, ni doncella, estado el mas triste que puede tener una muger de partes tan ilustres: porque una viuda entre sus mismas soledades, goza alivios de la libertad; una casada entre los disgustos que ocasiona el matrimonio, se passa tambien sus gustos: una doncella entre las prisiones del recato, vive con las esperanzas de casarse, pero una muger dexada, es un dolor sin piedad, una enfermedad sin cura, una pena sin remedio.

A todo hizo rostro el valor de Doña Berenguela, sufriendo prudente lo que acabàra con otra, lo que sentia discreta, lo di-

simulaba bizarra: ya era alivio de sus padres tenerla en su compañia, porque su consejo, su parecer en qualesquier materias solia ser de importancia. Muertos ellos, dexaronla nombrada para el gobierno de el Reino, hasta que el Principe Don Enrique su hermano, que quedò de poca edad, de once años solos, se pudiesse encargar de la Corona. Comenzò, pues, à gobernar con tanto valor, prudencia, y rectitud, que fue pasmo à los que mas presumidos pensaron que no fuera para ello. Ayudabala mucho hallarse poderosa, que para haver de mandar es gran asylo el poder. Haviala dado el Rey su padre, quando volviò de Leon desazonada, por merced, y donacion las Villas de Valladolid, Muñon, Curiel, y Santistevan de Gormàz (que para acariciar unos enojos, siempre son las dadivas el mayor regalo) con estas rentas, y vasallos tantos, no solo se hacia temer, sino que ayudaba à todos menesteres del gobierno.

Mostraba esta famosa Reina lo varonil en las cosas que requerian brio, y en lo demàs era tan afable, y tan piadosa, que entre los necessitados, y virtuosos distribuìa sus bienes. A los que trataban de letras, à los que se daban al estudio, favorecia con notable esfuerzo, que aun esto quizà seria mucha causa, para que el Arzobispo Don Rodrigo, que floreciò en su tiempo, entre cuidados, y guerras tan continuas, con que siempre anduvo trabajando al lado de sus Reyes, se diesse à escribir la Historia General de España, pauta que ha sido, y luz à los que han tratado de este ministerio. Imitòle Don Lucas, Obispo de Tuy, aunque en estilo mas llano, pero premiaronle bien. Otros al mismo tenor se alentaron à escribir, otros à estudiar; que quando se premian los trabajos, se nacen muchos ingenios. Por el contrario, à los que veia Doña Berenguela dados a bullicios, hombres sediciosos, y que solo tratan de inquietudes, los aborrecia con extremo, y cuidaba en refrenarlos. Premiaba, en fin, la virtud, y castigaba el vicio: era tal su zelo, que no queria hacer falta al menor cuidado, cargaban los negocios, con que se hallaba a ratos afligida. Mostrò inclinacion en aliviarse del peso; entendieronlo algunos de los Grandes, en especial los de la Casa de Lara, que eran à aquella sazon los mas poderosos, y validos, y quisieron aprovecharse de la suerte que les representaba la fortuna. Valieronse de traza para que sin ser sentidos por ambiciosos, se pudiessen alzar con el gobierno, que ayuda mucho una industria, para conseguir los lances.

Tenia gran entrada con la Reina un tal Garci Lorenzo, hombre particular, y natural de Palencia, mañoso, y entremetido. A este, pues, los señores de Lara, que eran tres hermanos, Alvaro, Fernando, y Gonzalo, hijos del Conde D. Nuño, le ofrecieron darle en propriedad la Villa de Tablada, si les hacia buen tercio en aquel negocio: èl llevado de la codicia (que en hombres de pocas obligaciones, son fuertes torcedores las promessas) lo dispuso de manera, que vino à conseguirlo. Aguardò ocasion un dia de ver à la Reina como quebrantada de negocios, y dixola con una compassion cautelosa, que le pesaba infinito vèrla en aquella tahona de cuidados, que la podian costar no menos que la vida, y que con su falta quedaria España à obscuras, que à haver de tomarle su consejo, èl seria de parecer, que sacudiesse de sus delicados hombros tan pesada carga, y se quitasse de aquella penosa lid de andar complaciendo à unos, contemporizando à otros, y mas quando la variedad de afectos encontrados, no lo agradecia, antes lo desestimaba. La buena señora, que ignoraba por una parte las tramas de aquel consejo, y por otra anhelaba à su quietud, le preguntò à Garcia: *Quien me podrà aliviar de este cuidado? Quien os parece que serà mas à proposito para encargarle el gobierno, y la crianza de el Rey?* El entonces jugò lindamente de la ocasion que se le vino à la mano, y dixo: *No hai, señora, en el Reino personas que se iguale à los de la Casa de Lara, porque su poder, y sus riquezas pueden acudir à todo, sabràn sustentar el peso, y defender la Corona.* Quadròle a la Reina el parecer, que siempre la sangre noble se engaña mas facilmente. Consultò el negocio con los Obispos, y Grandes, y unos por no entender la maraña, otros por ir negociando, se inclinaron casi todos al parecer de Garci Lorenzo, con que vinieron a persuadirla a que renunciasse en los tres hermanos aquella carga honrosa.

No tuviera esto efecto, ni la astucia de el enemigo de casa llegàra a granazon, si estuviera entonces en España el Arzobispo de Toledo Don Rodrigo, falta que causò esta falta. Havia ido a Roma al Concilio General Lateranense, donde entre mas de quatrocientos Padres, Obispos, y Arzobispos, fue el que mas se señalò en erudicion, y letras. Orò en el Concilio en lengua Latina, mezclando sentencias en las demàs lenguas, Italiana, Alemana, Francesa, è Inglesa, cosa que dexò pasmados a todos los Padres, aplaudiendole, en que desde los Apostoles, hasta entonces no se havia visto cosa semejante. Hizole mui grandes honras el Pontifice

de Innocencio, con que se volviò a España, en ocasion que la renuncia de la Reina estaba ya casi hecha. Sintiòlo mucho, aunque no se atreviò a contradecirlo; que es de hombres sabios no sacar la cara, por mas que lo sientan, en las cosas que no pueden remediar. Lo que hizo fue, que los señores de Lara jurassen en sus manos, que mirarian por el bien comun, y no darian, ni quitarian oficios sin gusto de la Reina, y que a ella tendrian siempre el respecto que se le debia por tantos titulos, por hermana, por hija, y por muger de Reyes.

Todo lo juraron Don Alvaro, y sus hermanos de buena gana, pero lo cumplieron mal, porque apenas se vieron con el mando, quando por mandarlo todo hicieron a muchos hartas pesadumbres. Siempre el poder en pechos ambiciosos se despeña. Quexaronse a la Reina algunos Grandes, en especial Don Lope de Haro, y Don Gonzalo Ruiz Giròn, Mayordomo de la Casa Real, trataron se diesse por nula la renunciacion que hizo del gobierno. Era empeño grande derribar a Don Alvaro, quando encastillado en el poder se hacia temer de todos: y asi, aunque Doña Berenguela lloraba el yerro que hizo, no se atrevia a dàr color a nuevos empeños. Lo que hizo fue enviar a avisar a los de Lara, que no hiciessen demasias, ni quebrantassen lo que havian jurado.

En vez de emmienda, sirviò el aviso de mayores desafueros, porque a Don Gonzalo Giron le removieron de la plaza de Mayordomo Real, y la pusieron en Don Fernando, uno de los hermanos de Lara, y a la misma Reina la despojaron de las Villas que eran suyas. Gran desacato con quien no lo merecia! Sobrada ingratitud para quien fue tan generosa!

Sufriò la Reina con mucho valor este rebès de fortuna, y aunque lo varonil la incitaba a la venganza, lo prudente la sujetaba a cordura. Quiso mas padecer en ella los desaires, que dàr ocasion con ellos a mayores rompimientos. Retiròse al castillo de Otella, cerca de Palencia, juzgando la fortaleza por bastante asylo para librarse de qualesquier demasias. Hizola compañia la Infanta Doña Leonor, y Reina de Aragon su hermana, que por causa tambien del parentesco se havia apartado del Rey Don Jaime, y assi passò su soledad con gran recogimiento, y ocupada en obras de virtud. Consuelo vino a ser en semejante fatiga, experimentar cada uno los trabajos de la otra. Dos hermanas, Infantas las

dos,

dos, las dos Reinas, las dos divorciadas, las dos prudentes; y acompañadas las dos, vienen à ser mucho alivio a la carga de unas penas.

El Rey Don Enrique, aunque de poca edad, sentia los desafueros que se usaban con su hermana, y deseaba hallar ocasion para irse con ella; que tira mucho la sangre, y mas quando està ofendida. No pudo lograr su intento, à causa que Don Alvaro le tenia cogidos los passos. Pero para divertirle, y ganarle la voluntad, tratò de casarle antes de tiempo. En Palencia se celebraron las bodas con la Infanta Malfada, hermana de el Rey de Portugal. Sintiòlo mucho Doña Berenguela, y mediante eran parientes, escribiò al Pontifice para que diesse por nulo el matrimonio. Sucediò assi, conque la desposada se volviò à su tierra doncella, y sentida: doncella, porque la poca edad de el Rey no la hizo perjuicio en su virginidad; y sentida, porque se atreviò Don Alvaro à pedirla por muger para soldar en algo aquel desaire. Ella le soldò mejor, pues edificando el Monasterio de Rucha, passò en èl su vida santa, y religiosamente.

Los juicios de Dios son incomprehensibles, y assi, para deshacer tyranias, permite muchas veces los fracasos; raro fue el que sucediò en Palencia, cuya lastima parece que siempre està viva, chorreando sangre en los mismos edificios; passò de esta manera. Jugaba el Rey Don Enrique con otros de su edad en las casas del Obispo, en que estaba aposentado, y repentinamente volandose de los texados una texa, se le assestò à la cabeza de tal suerte, que hiriendole mui mal, le acabò con la vida en once dias. Qual cierzo arrebatado, que à los primeros albores en que hace plaza la flor de su hermosura, la estropèa, la maltrata, y la destronca, assi la Parca cruel, à una Magestad hermosa, que entre las niñeces de la edad iba descollando tierna, de tal manera la ajò, que marchita entre su sangre, la dexò difunta. Gran desengaño para vèr lo que es el mundo! lo fragil de sus grandezas! lo caduco de sus glorias! Quan presto se le acabò à Don Alvaro el orgullo! Con què facilidad vino al suelo su pujanza! Nadie haga pie en cosas de la tierra, que quando le parezca que esta mas estable, al menor baibèn que dè la muerte, se harà polvo el edificio.

La Reina Doña Berenguela, que en el Castillo de Orella la tenia puesto cerco Don Alvaro de Lara, havia despachado à Don Lope de Haro, y à Don Gonzalo Ruiz Giròn, à que recavassen del Rey de Leon su marido, la enviasse al Infante Don Fernando

do su hijo, para tener consuelo, y amparo con su assistencia. Muriò en este intermedio el Rey Don Enrique, como queda dicho, y entonces la prudente señora con mayores diligencias insistiò con Don Alonso, que la enviasse su hijo, advirtiendo con todo cuidado (aqui se viò la prudencia) que no le dixessen la muerte de Don Enrique, sino que antes la zelassen, y encubriessen. Porque como el Rey de Leon, aunque apartado por las causas dichas, era marido de Doña Berenguela, heredando ella à Castilla, pudiera èl apoderarse del Reino à titulo de marido, que en mediendo el interès, y mas de un Reino tan grande, suelen algunos hacer poco caso de divorcios. Con esta industria, y con la buena diligencia de los Embaxadores, se logrò la accion, porque antes que el de Leon supiesse nada, ya estaba el Infante Don Fernando en el Castillo de Otella con su madre. La alegria, y placer que tuvieron en verse, considerela el piadoso, que haviendo tanta causa, los mayores regocijos, y ternuras le vienen estrechos. Juntos, pues, alli todos los Grandes Señores, que hacian lado à la Reina, resolvieron, que ella heredaba la Corona. Aqui dicen los Franceses, que se le hizo injusticia à la Reina Doña Blanca por ser hermana mayor. Contradicen los nuestros que lo fuesse, y caso que sì, que pudo bien el Reino huir de señor estraño, y adjudicar el derecho à los naturales.

Declarada, pues, por Reina, usò de su prudencia, y bizarria, renunciando en su hijo la Corona, el mando, y el gobierno; que de aquel modo le cortaba las acciones al de Leon su marido, y haciendole à un hijo Rey, le soldaba los enojos. Pero, ò ambicion humana, que aun con padres, è hijos no te ahorras! Quedò por la burla tan sentido el Leonès, tan enojado en extremo de ver al hijo con la Corona, que èl alegaba ser suya, que con mas coraje, que si saliera à campaña contra infieles, se entrò por tierra de Campos, talando, y destruyendo quanto topaba. En Naxera se havian ya alzado los pendones por D. Fernando, y hecho las demas ceremonias, que se usaban en aquel tiempo debaxo de un grande olmo, que la llaneza de aquellas edades, no daba mas lugar à pundonores. En Valladelid se hizo la misma jura con mas solemnidad, y mas cortejo.

Llegaron las nuevas de los daños que entraba haciendo el Rey de Leon, causaron mucho cuidado, porque los señores de Lara, pensando por aquel modo, no decaer del puesto, le daban mucho calor, y le hacian lado. Sintiò esto Doña Berenguela, co-

mo

mo era razon, y por apagar aquella llama con suaves medios, despachò à los Obispos de Burgos, y Avila, à que hablassen al Rey Don Alonso, y lo intimassen de parte suya, que ya que dexada, y sola havia sufrido sus despegos, y desaires, teniendole siempre el respecto que à marido, y guardandole la misma fee, que si viviera à su lado, que ya que por muger suya le havia dado à su hijo la Corona de Castilla, de que havia de gloriarse, y estàr contento, y gozoso, que cessasse en perseguirla, que mirasse su conciencia, que no maltratasse à un Reino tan sin culpa.

Cosas, en fin, como estas enviò à decirle, y con ir authorizadas con personas tan graves, hicieron poco fruto, que à un animo indignado, si es ambicioso quien le instiga, valen poco las razones: antes dando mas rienda al enojo, y mas sañudo passò adelante en su intento. Llegò à dàr vista à Burgos con su campo, y por ser cabeza de Castilla quiso apoderarse della. Saliò Don Lope de Haro à la defensa, con otros muchos señores, y anduvieron tan bizarros, que le hicieron retirar mas que de passo.

Sentia la valerosa Reina estos desassossiegos con entrañable dolor. Trabajaba grandemente, porque entre padre, è hijo no se llegasse à las manos, que son riñas de mucho sentimiento à las que una misma sangre dà las armas. Al lado de su hijo era siempre vigilante; que en tiempos tan revueltos, necessita mucho quien comienza à reinar, de saludables consejos. Era ella su maestra en paz, y en guerra; en paz era todo dar lecciones de virtud; en guerra, todo amonestarle zelo, razon, y justicia; contra su padre huir las ocasiones de empuñar la espada; contra los rebeldes, vencerlos con cortesia, y rendirlos con clemencia: contra los enemigos de la Fè, soltar la pressa al valor, y destruirlos. Criado, pues, à los pechos de tal madre, y bebiendo en ellos tan saludable doctrina, què mucho que un hijo Rey se ensayasse para santo?

Con la muerte que en breve tiempo les sobrevino à los señores de Lara (D. Alvaro muriò de una dolencia junto à la Ciudad de Toro, y en Marruecos su hermano Don Fernando) se cayeron de su peso las revueltas, y bullicios, que por grande que sea la llama, si faltan los que la atizan, con facilidad se muere. No hai fuego tan poderoso, que en cessando de echarle leña no se acabe. Pero como à veces la paz en Principes mozos, suele ser causa de estragarse las costumbres dandose à deleites, pareciole à la prudente Reina, que seria acierto poner al Rey en estado, que fuesse

ser falleria en juegos de amor, quando juega la prudencia, enseñarle a un mancebo à querer à su muger, antes que quiera à otra ajena. Era sabia en todo esta Matrona, y estaba en todos los puntos. Casò, pues, à Don Fernando con Doña Beatriz, hija de Phelipe, Emperador que fue de Alemania, ò de Phelipe Rey de Francia, como lo sienten otros. Celebraronse las bodas en la Ciudad de Burgos con mucha solemnidad, y con todas las ceremonias que manda la Iglesia. Fue tan feliz este matrimonio, que tuvieron siete hijos, el mayor fue Don Alonso, que con renombre de Sabio le sucediò à su padre en la Corona. Muerta Doña Beatriz, al cabo de algunos años, volviò su madre à casarle con Doña Juana, hija de Don Simon, Conde de Potiers, en quien tuvo otros tres hijos. Fuera de matrimonio, no se lee de este Rey mocedad ninguna, el menor divertimiento, ninguna galanteria, todo diligencias de su madre, todo cuidados suyos, todo obediencia, y respecto.

Lo primero tiene Mariana, l. 12. c. 9. Lo segundo Castillo, li. 4. disc. 6.

Muriò el Rey Don Alonso de Leon, y aunque Principe esclarecido, gran guardador de justicia (pues porque los Jueces no admitiessen à dadivas, ni sobornos, les señalò particulares salarios) obscureciò su fama mucho con la enemiga que tuvo en vida, y en muerte con Don Fernando su hijo, siendo de lo que mas havia de gloriarse. Llegò a tanto su desazon, y encono, que le dexo desheredado del Reino de Leon por su testamento, y nombradas para èl a sus dos hijas primeras, que tuvo en Doña Teresa (llamabanse Doña Sancha, y Doña Dulce.) No bastaba para esto el color de que Don Fernando no era nacido de legitimo matrimonio, por razon del parentesco, quando con mayor fuerza militaba la misma objecion en las Infantas nombradas. En fin, la prudencia, y buena maña de la madre, hizo à toda prissa que no saliessen con logro los designios del difunto. Avisòle al punto à Don Fernando, para que dexada la guerra de la Andalucia, en que estaba ocupado, volviesse la proa a gozar la felicidad que le acarreaba su dicha con la herencia de aquel Reino. El Arzobispo Don Rodrigo, que estaba con èl en la campaña, le aconsejaba lo mesmo. El Rey conocia era bueno lo que le aconsejaban, y aunque se le hacia pesado volver à aquella guerra las espaldas, se dexo vencer de los mejores consejos. Cada punto de dilacion se le hacia un siglo a Doña Berenguela, que como tan entendida, echaba de ver que la prestez a en cosas de semejante porte, suele vencer mui graves dificultades, y abroquelado un

com-

co) npetidor, es dificil de vencerle. Con esta causa, pues, atormentada de su misma viveza, se determinò a ir a llamarle en persona. Saliò de Toledo, y en la Villa de Orgàz se encontraron madre, è hijo, cuyas vistas alegres para los dos disminuyeron cuidados. Alli tomaron su acuerdo, que fue apresurar el camino para Leon, sin entrar aun en la Corte.

Tomò el santo Rey el parecer de su madre. Partiòse para Leon, y le hallò mas llano que se pensaba: recibianle los pueblos con regocijos, y aplausos, llamandole santo, y pio, con otras innumerables alabanzas. Coronòse en la Ciudad de Toro, que por ser la primera que le rindiò obediencia, quiso se ganasse aquella honra. A las Infantas nombradas à la sucesion, a diligencia todo de Doña Berenguela, que con brio varonil discurria à todas partes, aconsejaron los Obispos de aquel Reino, a los quales toca mirar por el bien comun, que dexassen el derecho à cuyo era, que lo demàs, fuera de ser injusticia, havia de acarrearlas mil desastres. Su madre Doña Teresa, que como madre, en fin, acudiò de Portugal a dàr ayuda a sus hijas, las aconsejò lo mesmo. Tuvo vistas con Doña Berenguela en Valencia de Galicia, y quedaron concertadas, que las Infantas cediessen a su hermano el derecho que pretendian tener a la Corona, y que èl las acudiesse cada año con treinta mil ducados para sus alimentos.

Con esta disposicion quedaron todos contentos, y pagados, y el Reino de Leon se volviò a juntar segunda vez con la Corona de Castilla, atadura que ha perseverado siempre, y que dura en nuestros tiempos, causa conocida de la grandeza, y Magestad de los Monarchas de España, deuda que debe reconocerse a esta prudente Reina, pues por ser su voluntad tanta, tanta su virtud, tanta su industria, criando a un Principe tan dado a buenas costumbres, Castellanos, y Leoneses le rindieron las Coronas, sin hacer caso de otros pretensos derechos. Otras Reinas, con parir un hijo cumplen, con dàr un Principe heredero, les parece que hacen mucho; pero Doña Berenguela fue madre por tantos modos de Don Fernando, que lo menos fue parirle, el criarle fue lo mas; ella misma fue su ama, porque no mamasse en otra leche algunos malos resabios: ella sirviò de Maestro, porque no hai mejor doctrina, que la de los padres, que procuran enseñar; ella fue su Ayo, para que a su lado siempre, no tuviesse ocasion de malas compañias; ella fue su consejero, que como le queria desinteressada, le aconsejaba mejor; ella pariendole Infante, le vino a ha-

hacer Rey dos veces; y ella, en fin, le diò a España tan gran Rey, que fue hijo de su madre. Premiar la virtud, castigar el vicio, dàr audiencia al mas humilde, oìr al necessitado, refrenar al poderoso, socorrer al desvalido, todas fueron acciones del Santo Rey D. Fernando, que las mamò en los pechos: y assi, Reina que à despegos de un marido supo siempre ser tan Reina, bien merecerà compararse con Abigail, y adquirir el titulo honroso de prudente.

TITVLO SEGVNDO.

De las mugeres poco atentas, y de la afrenta que causan.

EXEMPLO PRIMERO.

CON felices progressos de las armas gobernaba à Castilla el Conde Garci Fernandez, hijo de Fernan Gonzalez, y claro descendiente de Rasura, nobilissimo tronco de tantas ramas ilustres. Corrian los años de novecientos y ochenta y dos, teniendo el Cetro de Leon, y Asturias Don Bermudo, à quien sus mismos achaques dieron nombre de Gotoso. En estos tiempos, pues, tuvo el Conde una victoria de los Moros, que le adjudicò nuevos trophèos, por el celestial prodigio que le ayudò en la batalla, que es fuerza contarlo, para que campeen mas las dichas de quien mereciò su ayuda. A las riberas de Duero, junto de Santistevan de Gormàz, saliò el valeroso Conde à resistir el orgullo del Barbaro, que con un Exercito copioso se iba entrando por Castilla. Con menos gente, pero buena gente toda, le presentò la batalla campo à campo. Cada uno de sus Soldados, no solo se previno de sus fuerzas, sino que se armò de sus devociones, que es gran ventaja pelear contrito un Soldado. Assi Fernan Antolinez, Caballero noble, y no menos valiente, teniendo de costumbre oìr Missa antes de entrar en la pelèa, fue à oìrla en un Templo aquel dia: y apenas la comenzaron, quando escuchò en los Reales la señal de acometer. El honor le incitaba à que saliesse, su piedad, y devocion le detenia: no ir lo juzgaba afrenta, dexarse comenzado el Sacrificio, le parecia poca Christiandad: quedarse lo juzgaba cobardia, salirse poca devocion: y en esta lucha tan grave antepuso lo devoto à lo valiente; antes quiso quebrar con su mismo honor, que con su zelo Christiano. Oyò, pues, toda la Missa mientras daban la batalla: y porque no le afrentassen

los que le viessen, que se havia quedado, se fue à su casa à modo de corrido, y escondido en ella, le suplicaba à Dios volviesse por su honra.

Nunca falta Dios à quien le sabe llamar, y assi honrò à este Caballero con un milagro notable (exemplo digno de memoria, de lo que vale la Missa à quien la oye.) Fue el caso, que mientras Antolinez se estuvo en su devocion, otro Caballero semejante à èl, que era el Angel de su Guarda, peleaba en la batalla tan bizarro, y tan valiente, que qual rayo entre los Moros destrozaba vidas, y en aplausos comunes le atribuyeron todos la victoria: todo era decir, que Antolinez se havia llevado el lauro. Cogieronle estos rumores en su casa, y quando salia à pedir perdon, y dar su disculpa, todo era recibir parabienes, y bendiciones. En las armas, y caballo le hallaron golpes, y manchas de sangre frescas para testimonio del prodigio. El dixo à voces el caso, y lo que le havia acontecido, con lo qual el Conde, y los demàs le hicieron dobladas honras, que si por su respecto, y estar tan bien ocupado, fue un Angel à ayudarles, quizà sola aquella ayuda les diò la victoria.

Gozoso, pues, desta suerte, se hallaba el noble Conde mui respectado, y bien quisto entre los suyos, quando los amores de una peregrina belleza (que yendo peregrina le assaltò el afecto) le obligaron à casarse: lazo dulce, si acierta; golpe crudo, si es errado. Passaba en romeria à Sant Iago un Caballero Francès, de alto linage, llevando en su compañia su muger, y una hija doncella, llamada Argentina, cuya hermosura, sobre las nobles prendas que la ilustraban, cavò tanto en la voluntad del Conde, que se casò con ella. Tuvieron los padres à gran dicha, viendo lo que interessaban, y fenecidas las bodas volvieron à su Provincia. Argentina ya Condesa de Castilla, no tan pagada del Conde, como el lo estaba della, correspondiò ingrata à su fortuna. A los amigos de el Conde siempre esquiva, melindrosa à sus favores, zahareña à su voluntad: mala pinta en muger propria, y poco color de honrada, despegos con el marido siempre amenazan desdichas.

El Conde, que embelesado à la hermosura, juzgaba por amores los melindres, y por gracias los desaires, lo llevaba bien todo, pagado de su eleccion, que en tomando los hombres bebedizos de beldad, no han menester mas hechizo para estar mui confiados. Seis años tenian ya de matrimonio, quando postrado el

el Conde en la cama de cierta dolencia, y passando por aquella Corte un Francès de la patria Argentina, que acaso de Sant-Iago daba yà la vuelta, tomò ocasion la mal hallada señora para hacer una ruindad, atropellando su honor, y el del marido. Mostrò, en fin, lo poco que le queria, pues con el tal Francès se passò à Francia. Sintiò el Conde esta afrenta quanto se puede pensar, pues à hombres de menos partes suelen ahogar semejantes sentimientos. Vèr amancillada su fama, perdido el credito, desdorada la opinion, manchados sus tropheos, obscurecidas sus glorias, què pena no causaria? Què tormento? Què dolor? Hai pension mas cruel, ni ley mas rigurosa? Què lo que un hombre no peca, esso le afrente! Què lo que no delinque, esso le ultraje!

Cuidò, pues, de su salud, para ir à curar su honor, que no son desaires para sufridos los de un marido agraviado. Apenas estuvo convaleciente, quando encargando el gobierno de su Estado à Fernando, y à Egidio, Caballeros principales, y disfrazado lo mejor que pudo, se partiò para Francia, à aquella Ciudad donde moraba Argentina. Informòse con recato, y con industria, supo que pertrechada en ella, no salia jamàs donde la viessen, sino que alli gozaba de sus gustos, bien entretenida, y amada de su galàn. Para entrar, pues, este fuerte, se huvo de valer de mucha traza. Tenia Argentina un entenada llamada Sancha (aunque otros la llaman Oña, y otros Abba) à la qual por medio de sus terceros la significò el Conde amor, y voluntad, de que casaria con ella, si le daba entrada en su casa. Si esta peticion se enderezaba à gozarla solamente, ò à que le diesse puerta para vengarse de la adultera, lo explican mal algunos Historiadores: solo dicen, que la tal Doña Sancha, ò Doña Oña, aborrecia mucho à la madrastra, y que llevada de la oferta del casamiento, ò de su gusto, le diò entrada al Conde. Al fin, vino à conseguirse, fuesse por un camino, ò por otro, que no serà Doña Sancha la primera, que por ganar à un marido, venda à una madrastra. Cogiò, pues, el Conde à Argentina, y al adultero en su lecho, y sin turbarse el valor à vista de el agravio, les diò muerte à los dos a puñaladas, que à riesgos tan infelices, y à venganzas tan sangrientas, ocasiona una muger mal mirada en sus obligaciones. Soldò el Conde a ley de Caballero la quiebra de su honor, a la que tanto amor tuvo, èl mismo quitò la vida: la idolatrada hermosura fue destrozo de sus manos, que con desfames de honra no se ahorran hermosuras. Despicado de su enojo, y cobrado de su honor,

Marian. lib. 8. c. 9. hasta Doña Oña, ò Sancha, fue la que siendo viuda se enamorò de un Moro, y queriendo matar al Conde su hijo, èl hizo à ella q̃ bebiesse la ponzoña. Mira en lo de marido, exemplo, ...

nor, cumpliò à Doña Sancha la palabra dada, que como no era de mal parecer, ſobre pocos años, y al contrario de Argentina, la hallaba mui rendida à ſu voluntad, y èl era ya deudor de algunas obligaciones, quiſo pagarla de todo con hacerla ſu muger. Traxola, pues, à Caſtilla, en la Ciudad de Burgos ſe celebraron las bodas con fieſtas, y regocijos de todos ſus Ciudadanos. En fin, aunque eſtas manchas de honor ſe lavan ſiempre mal, no quedò el Conde de los peor librados; peor negociaron otros, ò por mas ſufridos, ò por ſer mas infelices.

EXEMPLO II.

QVàndo no miràran las mugeres principales el deſdoro con que amancillan ſu fama, quando ſe dàn al vicio, debiera ſervirles de freno la memoria de fines deſaſtrados con que acaban ordinariamente las que ſiguen ſemejante rumbo. No ſolo el ſuceſſo que dexamos referido de Argentina, ſino de otras ſeñoras mas grandes, y mas calificadas atemorizan exemplos. Es tan fea la falta en la muger, que aunque mas tymbres le enſalcen, aunque le ciñan mas coronas, puede como la mas humilde temer ſu precipicio. Poco ſirve ſer Reina, ſi ſe degenera de lo noble, y antes es el disfame mas ruìdoſo, mas eſcandaloſo el vicio, y por el miſmo caſo la pena mas exemplar: dennos pruebas algunas Reinas.

Juana, Reina de Napoles, iluſtre deſcendencia de ſus claros Reyes, à falta de varon heredò el Cetro, y quando lo bizarro de ſu animo, lo grande de ſu denuedo, lo varonil de ſu brio, pudieſſe como à otra Reina de Cartago, Dido valeroſa, hacer que la reſpectàran noble, y la temieſſen prudente (que es laſtima que mugeres grandes no ſe eſtimen como Reinas) ella quiſo antes hacerſe temer por lo poderoſa, que por lo noble. Pocas hermoſuras hai à quien no afee la deſenvoltura, haciendo la que es gracia de naturaleza, eſcandalo del vicio. Hermoſura, gentileza, y eſtado, todo grande, bien ſe dexa entender à quantos Principes, y Reyes traherian engoloſinados, y perdidos, y quizà fueron mas dichoſos los reprobados, que algunos de los electos. El que primero ganò la joya nos darà con un lazo al cuello teſtimonio. Casòſe, pues, con la Reina el Principe Andrès (ò Andreaſſo, que otros nombran) hermano de Ludovico Rey de Ungria, y deudo mui cercano de la novia, y apenas paſſaron aquellos primeros guſ-

Marian. l. 18. c. 3.

gustos, que ocasionan un nuevo amor, quando sospechas dèl, y quemazones della, armaron una batalla mui penosa, y reñida. La libertad de la Reina, su señorio, su imperio, hacian menos recatado el desorden de lo que pudiera tolerarse en los mas sufridos. La demasiada vigilancia del Rey, su mucha curiosidad, su verlo todo, daban tambien ocasion para parecer culpa qualquier accion no medida. En fin, èl desabrido, y zeloso, y ella desatenta, y libre; hicieron al thalamo de Hymeneo, Marcial palestra de una inteslina batalla.

No hai mas penosa lid, que entre marido, y muger quando se llevan mal. Llegò à tanto el despecho de el Rey Andrès, que se vino à resolver en matar à la Reina. No faltarian pareceres sobre esta determinacion, que algun nuevo cuidado, nuevo empeño, nuevo amor, era quien punzaba el animo, y atizaba el fuego (bien assi como al Rey Inglès Henrico Octavo, se lo objetò la Reina Ana Bolena, puesta ya en el cadahalso para ofrecer la cerviz al cuchillo, diciendo, que la causa principal de su muerte, era querer el Rey casarse con cierta dama, como de verdad se casò) si el intento del Rey Andrès era semejante, ò zelo solamente de su honra, litiguenlo allà de espacio los Historiadores, que no lo permite aqui nuestra estrechura: Que èl quiso matar à la Reina, esto fue cierto, y que à ella no se le encubriò, tambien; que furias de un despechado, venganzas de un zeloso, por mas que las calle la lengua, las publican, y manifiestan las acciones. Demas, que si èl se lo dexò decir, aunque fuera al mas amigo, materia seria harta para no encubrirsele à la Reina. Ella sin dexarse cegar de aquel primero movimiento que causa un grande enojo, sin hacer tampoco desvios de darse por entendida, discurrio con madurez en el apretado lance. Tentò muchos caminos, lo uno para certificarse de aquella intencion del Rey, lo otro para buscar el modo de guardar su vida, que hacer movimiento sobre materia tan vidriosa, podia resultar solo en dissensiones civiles, quedandose siempre amenazado el riesgo: por esto, pues, mañosa, y sagaz, encargò el caso de su astucia.

Dissimulado el encono (que una muger vengativa finge bien los dissimulos) hecha engañosa Sirena (que una muger con alhagos es lo mismo) fingiò placeres, y regocijos con sus damas para celebrar los años de su marido, vispera de San Andrès. A un dulce hechizo, à un arrullo amoroso, à un agasajo de una beldad, à un cariño de una Reina, què hombre, por agraviado que estè,

que zeloso, por mas que sus ofensas se lo riñan, ni què Rey, por mas que quiera hacerse soberano, se podrà resistir risco, ni esquivarse roca? Dexòse el Rey engañar de los alhagos con que la Reina Juana le convidaba al cortejo; que aunque medien pesadumbres, no caben en pechos Reales groserias. Dixo ella, que queria colgarle por ser dia de su Santo, y con un lazo que aliñò la seda, y puliò el oro, echandosele al cuello con donaire, comenzò à apretarle tan briosa, que no diò lugar al desdichado Rey de rescatarse èl mismo, ni de llamar à quien le valiesse; porque algunas criadas que estaban advertidas, en vez de ayuda, sirvieron de verdugos, y acabaron de matarle: Sucesso el mas peregrino que se lee en Historias! Caso el mas potentoso, que de una muger se ha visto!

Hizo ruìdo la atrocidad, no solo en Napoles, sino en toda Italia. A las mas partes de Europa, que volò la nueva, las llenò de assombros. Desabrido el Ungaro, quiso tomar las armas para vengar al hermano; pero como la Reina tenia muchas fuerzas (que claro està, que para disponerse al hecho, se prevendria mui bien) y por otra parte tenia muchos Potentados en su ayuda, en especial al Principe de Taranto su pariente, y à quien en segundas nupcias se le ofreciò esposa, resistiò facilmente las assomadas de guerra de todos los agraviados. Enviudò segunda vez, y tambien tercera del Infante de Mallorca Don Jaime, dando siempre que decir en un estado, y otro. Amancillò grandemente esta Señora con su incontinencia, su hermosura mucha, su ingenio grande, su valor heroico. Fue borron con que afeò todas sus hazañas, y manchò el papel en que los Escriptores dixeran muchas cosas de sus bizarrias. Todo lo obscureciò en ser desatenta al pundonor principal, que ennoblece una muger.

Quarta vez estaba ya casada con el Duque de Brancuique, Oton por nombre, y siempre sin succession. No quiso quizà darsela el Cielo, porque no quedassen vestigios de sus manchas, ni Principes à quien pudiera la calumnia infamar de espurios. Deseòlo grandemente, que aun quizà este zelo la coligaba mas à sus travesuras. Lo que no pudo la naturaleza, quiso supliesse el arte. Adoptò por hijo al Duque de Anjou, gran Potentado de Francia, causa que vino à ser de alteraciones, y guerras, que duraron largos años. En el Castillo del Ovo, rico Alcazar de aquella hermosa Ciudad, se hizo el acto de adopcion, con las ceremonias, y solemnidades necessarias, intitulando à Luis (que este era el

el nombre del Duque) con el honroso titulo de Duque de Calabria, que era el que tenian los Principes herederos de Napoles: No fue solo el deseo de hijo, y heredero, lo que le obligò à la Reina à esta accion, sino necessidad de socorros para defenderse del Pontifice Romano, que con toda su potencia trabajò por destruirla. Fue este el caso.

Corrian los años de mil y trecientos y setenta y ocho, quando por muerte del Papa Gregorio Undecimo saliò electo por Pontifice Bartholomè Butillo, que se llamò Vrbano Sexto; Objetaron muchos Cardenales, que les havian hecho fuerza en la tal eleccion, por lo qual, no obstante que todos espontaneamente se hallaron à la Coronacion de Vrbano, se salieron de Roma desabridos, dando por achaque à los calores, y juntos en la Ciudad de Fundi, nombraron por Pontifice à Roberto, Cardenal de Ginebra, con nombre de Clemente Septimo, cuya determinacion ocasionò el cisma, que por tantos años tuvo turbada, y suspensa toda la Christiandad, alegando cada uno de los dos Pontifices ser el verdadero, y promulgando uno contra otro sus Censuras. Dividieronse las Provincias en dos parcialidades. Italia, Alemania, è Inglaterra seguian à Vrbano. Francia, y Escocia à Clemente: España anduvo neutral, aunque despues de grandes juntas de hombres eminentes, cada Rey siguiò su rumbo. El de Castilla à Clemente, y el de Portugal à Vrbano: el de Aragon mas perplexo, al principio à uno, y luego à otro: eran fortissimas las razones, y derechos que tenian las dos partes. Todo olas procelosas, en que la Barca de San Pedro andaba naufragante.

Principio de el cisma q̃ huvo en la Iglesia.

Como fuesse, pues, assi, que el Papa Vrbano se quexasse grandemente de la Reina Juana, porque à no ser por el calor que ella diò à los Cardenales, no emprendieran aquel hecho de hacer nuevo Pontifice (que de tan gran ruina, quien sino una muger libre fuera causadora?) ardia en deseos de tomar emmienda de ella, y castigar sus desenvolturas, con que tenia escandalizado el Orbe. Hizo paces para esto con los alborotados, en especial con los Florentines, y Perusinos, para con este seguro poder mas à su salvo hacer la guerra. Llamò assimismo à Carlos, Duque de Durazo, ofreciendole la Corona de Napoles, con que se passasse à Italia; que no era poco el derecho, que por èl, y por su muger Margarita tenia, pues primos hermanos los dos, eran viznietos de Carlos Segundo, Rey de Napoles. Acceptò el Duque

el ofrecimiento, y con todo su poder partiò la empressa, dandole no mala ayuda de costa al Rey de Vngria de gente, y de dinero, por el odio que que tenia à la Reina, por haver muerto à su hermano, como ya diximos. Supo, pues, ella los intentos del Pontifice, y las trazas con que procuraba derribarla de su Imperio, y assi, por esta necessidad hizo la adopcion que queda referida en el Duque de Anjou. Communicada primero su determinacion con el otro Pontifice Clemente, que la animò à ello, y la ofreciò socorros de toda Francia.

Es cosa mui de notar, que vino à ser esta Reina el cuidado de los dos Pontifices, blanco de los enojos del uno, y objeto de sus socorros del otro. Vrbano miraba solo à destruirla, y Clemente miraba solo à sustentarla. Tiraba cada uno à afirmar su partido, y solo en la Reina Juana hallaba el uno embarazo, y el otro defensa. En fin, temiendola el uno, y haviendola menester el otro, era blanco de los dos, y à todos los arrastraba poderosa. Cansòse, empero, la fortuna de verla tan encumbrada en estas dichas, y à pocas vueltas dexòla que rodasse al precipicio. Eran ya tan odiosas sus torpezas, que quando Vrbano la olvidàra, ellas mismas la echàran à los riesgos. Culpas en cabezas grandes suenan mucho, y al passo que ruidosas, suelen hallar de ordinario los castigos.

Llegado, pues, à Roma el Duque de Durazo con la gente del de Vngria, y con la suya, experimentò del Pontifice Vrbano muchos favores, muchas cortesias, muchas honras. Diòle titulo de Senador Romano, y sobre èl la investidura del Reino de Napoles. Con el calor que infunde dignidad, marchò con todo el poder à tomar possession de la Corona. Quiso Oton, marido de la Reina, resistirle, y quedò desbaratado, y prisionero. Passò adelante, y hallò el passo menos dificil que pensaba; que como los naturales estaban afrentados, y corridos de tener cabeza, en quien estragadas las costumbres, era todo desdoro, lo que havia de ser lucimiento, le abrian al nuevo Rey la puerta de las Ciudades, y Villas: la misma Ciudad de Napoles hizo otro tanto, con que ya Carlos à tan poca costa se mirò laureado con el triumpho.

La infeliz Reina, viendo el juego de las cosas, el marido preso, desleales los vassallos, retiròse à Castelnovo, donde se hizo fuerte, esperando los socorros de su hijo adoptivo, el Duque de Anjou; pero quando en yendo la suerte de vencida se le concierta

à un triste cosa alguna? En rodando la rueda, no hai humano socorro que no se le desbarate. Con gruesso campo caminaba ya el Duque por la Italia, quando al entrar por la Pulia, Provincia de Napoles, le assaltò una enfermedad, que le quitò la vida: murieron con su muerte todas las esperanzas de la Reina, y pensando quizà obligar con el rendimiento, se entregò al vencedor. No iba Carlos para cortesias, ni para urbanidades, aunque le enviaba Vrbano, antes por esso si para castigos, y assi le mandò poner luegos en prisiones, que à quien yerra no es mucho que le pongan yerros. Quedese al discurso el dolor, el sentimiento, la lastima de verse estrechada en una Carcel la Magestad, la grandeza, que no cabia en Europa! No parò aqui la desgracia, sino que à poco tiempo la colgaron de un lazo en la parte misma que ella colgò à su marido. Exemplo lamentable, y digno de estàr en la memoria de quantas mugeres se dàn à demasias! Una pena misma, un mismo castigo, un mismo lazo acabò con la crueldad, con la desenvoltura, con el poco miramiento. Assi pàran, este fin tienen las que se olvidan de sus obligaciones, por mas que su fortuna las aclame poderosas.

EXEMPLO III.

No parece sino que hai delitos que se heredan, ò con los Estados, ò con los nombres, pues dos Reinas que se vieron en Napoles señoras absolutas de aquel Cetro, las dos Juanas, y hermosas las dos, parece que se heredaron una à otra el poco recato, y la desenvoltura, infelicidad de aquella Corona, y que costò hartas riñas, y debates! Havian passado como treinta y quatro años, despues que la Reina Juana, colgada en su Palacio, perdiò la vida, quando el año que se contaba de mil y quatrocientos y catorce, muriò Ladislao Rey de Napoles, sin dexar sucession, por cuya causa entrò en aquella Corona una hermana suya llamada Juana, viuda ya entonces de Guillen, Duque de Austria. Estaba, à la sazon, de buen estambre para ser apetecida, pues tenia solos treinta años de edad. La dote grande, y la edad no mucha, inquietaron à muchos Principes para casar con ella, en especial el Infante Don Juan, hijo segundo del Rey Don Fernando de Aragon, diò ya por mui hecho el casamiento, pero no se efectuò, por no ajustarse algunas conveniencias, ò por no ajustarse al gusto de la novia, la qual pagada mucho mas de la

gentileza de Jaques de Borbon, Conde de la Marcha, le admitiò por marido, y le hizo dueño de todo, menos de la voluntad, que dexò reservada para otras galanterias.

Verdaderamente, que hai mugeres viciosas, que no contentas con el gusto que les basta, se andan a caza de gustos, estragando la Magestad, la nobleza, y la honra. Llegò, pues, a rugirse por la Corte, y no mui quedo, que otro joven no menos galan que Jaques, por nombre Pandolfo Alopo, tenia con la Reina mas cabida que la que permitia la honestidad, y el recato de una muger de sus prendas. El vulgo, que a nadie se la perdona, sentia mal de la correspondencia de Pandolfo, y toda la nobleza se daba por ofendida. El Conde Jaques, como a quien tocaba mas aquel agravio, se hizo al sentimiento con mayor dolor. Quiso poner remedio a la desenvoltura, y se le pusieron delante montes de inconvenientes, que como la Reina era la señora, se hallaba èl con tan poco valimiento para materia de romper en pesadumbres, que se consideraba solo como Rey de Farsa, Rey en el nombre, y nada en el poder. Hacer gorda la vista, y dissimular flaquezas que tocan tan en lo vivo, no podia recavarlo con su pundonor; que esto de haver maridos sufridos, no se entiende con todos. Viendo, pues, que en el remedio havia dificultad, que en lo sufrido no se acomodaba, usò de el remedio que usan los infelices, quando ni se atreven a vengarse, ni saben sufrirse, que es la ausencia. Volviòse, pues, a Francia, y dexòse a la Reina; poco bofeton a quien el marido le hace estorvo. No parò en esto el honrado sentimiento del Francès, sino que considerandose afrentado en todas partes (porque aquello de huirse, es como trompeta de el vulgo, que publica la afrenta por donde quiera que và) tratò de mudar la vida, y buscar para el alma mejores felicidades. Dexò, pues, el señorio, y renunciò el estado, desnudòse la purpura, y trocada por un saco de sayal, se entrò Fraile Francisco.

Volvamos ahora à la Reina, y verèmos los sobresaltos que la sobrevienen a sus gustos. El Duque de Anjou, Luis por nombre, como quien mediante aquella adopcion que hizo la otra Reina Juana en su progenitor, llamado tambien Luis (como ya diximos) pretendia la Corona de aquel Reino, se puso sobre Napoles con un gruesso campo, reduciendo a los cercados à una notable apretura. Ayudaba al Duque Mucio Esforcia, Capitan el mas valiente que veneraba aquel siglo, en competencia

cia de Bracio de Moron, el General a quien la Reina hacia mayor favor. Obligada, pues, de el riesgo tan amenazado, quiso valerse del Rey Don Alonso de Aragon, Quinto deste nombre, Principe mui esclarecido por sus virtudes, y hazañas. Envió à pedirle, que la socorriesse, y que en agradecimiento le haria sucessor de el Reino de Napoles, adoptandole por hijo. Cosa marabillosa, que hasta en el hacer hijos adoptivos, y en ser esteriles, se pareciessen las dos Reinas Juanas! Ocasionando con sus adopciones, guerras, debates, y encuentros, que aun hasta hoi apenas estàn extinguidos, pues Francia, y Roma se estàn siempre desabridas.

Agradole al de Aragon el sabroso convite, y mas por lo que le havia dicho un Matematico, que havia de suceder en aquella Corona; y assi, con toda diligencia quiso gozar de tan buena ocasion, pues sin buscarla se le entraba por las puertas. Despachò desde Cerdeña una poderosa armada, con que sucediò tambien el lance, que hicieron al de Anjou levantar el cerco, y retirarse. Correspōdio la Reina à Don Alonso con cumplir lo que havia prometido, y en una junta de los Grandes le adoptò por hijo con escritura publica, y que dicen la diò por buena el Pontifice Romano. Como Principe heredero, y Duque de Calabria entrò en Napoles Don Alonso con solemne triumpho, y magestuosa pompa. Hizose lugar en los corazones de todos los Potentados, y en especial en el pecho de la Reina, para poder con mas fuerza ostentarse señor; traza mui atenta de quien estrangero entra a ser Rey de los naturales. Todo fue al principio gozo, y alegria de las dos naciones; una reconocida al favor que el Rey Don Alonso havia hecho, librandola del peligro; y otra, regocijada de la buena acogida que esperaban hallar en los Napolitanos. Pero como no haya placer à quien no agua la fortuna con sus rebeses, y vueltas, en brev tiempo corrio tormenta toda aquella bonanza. Comenzaron a haver sospechas entre la Reina, y el Rey, ella quexandose de que Don Alonso queria mandarlo todo, tomandose mas mano, y authoridad, que le havia concedido, quitando, y dando los goviernos, y los cargos à su alvedrio; y Don Alonso sintiendose de verla mudable, y hallarla menos honesta de lo que la Magestad, y grandeza requiere. De aqui se encendieron los enojos, que abortaron pesadumbres, guerras, y parcialidades entre Aragoneses, y Augevinos, no solo en Napoles, sino en las demàs Ciudades, y Pueblos, que claro està, que siendo dos las cabezas, y encontradas, se havian de hacer los afectos à dos bandos.

Mariana l. 20. c. 24.

Pare-

Parece ser, que la señora Reina estaba pagada del Senescal Juan Caraciola, y tanto, que se rugia, no solo en Palacio, sino en la Corte, y el Reino, la no licita correspondencia. Don Alonso, aunque à los principios se diò por desentendido, quando considerò la libertad con que aquello se trataba, y aun à sus ojos mismos revestidos de su virtud, y prudencia, reprehendiò à la Reina muchas veces. Ella dandose mas por sentida, que por emmendada, diò en llamar al Rey ingrato, y para despicar su pesadumbre, decia, de que se levantaba con todo el gobierno. Procuraba con esto hacerle mal quisto con los naturales, y reparar ella su partido. Vista por el Rey aquella inconstancia, y que en lugar de emmendarse se daba mas à sus gustos, con nota, y mengua de todos, tratò de sacarla de alli, y alexarla à Cataluña, que en materia de liviandad, suele ser medicina dividir à los amantes. Encubrense empero mal en casas de los Reyes las ordenes mas secretas. No faltò alli quien quiso con la Reina ganar gracias, contandole lo que passaba, con que afirmada en sus sospechas, soltò la rienda al enfado, y en la puerta Copuana se hizo fuerte, bien apercebida, y pertrechada de Soldados, que seguian su voz con todos los Augevinos. El Rey se tenia en el principal Palacio, que es Castelnovo, con toda su guarnicion de Aragoneses, todo assomadas de una guerra civil, y perniciosa.

El principio de llegar à las manos, naciò desto. Fingiò el Rey que estaba indispuesto, y viniendole à visitar el Senescal Caraciolo, que era quien en los ojos de la Reina se hacia el primer lugar, mandò el Rey echarle mano, y prenderle; con la Reina quisieron hacer lo mismo, acudiendo de tropel todos los de Aragon à la puerta Copuana. Levantaron los de dentro el puente levadizo, que fue como atajarles el passo, y demàs à mas comenzaron de lo alto à flechar dardos, y saètas, con que Don Alonso huyendo de aquel riesgo, se fue apoderando casi de toda la Ciudad, abrasando, y saqueando muchas casas, y ardiendo plazas, y calles en una confusa guerra. Lo fuerte de aquel sitiò le valiò à la Reina el no venir à poder de Don Alonso. Viendose cercada, y en el ultimo aprieto, enviò à llamar al Capitan Esforcia, que estaba cerca de alli, con cuyo socorro, yo viendo à las armas dentro de la Ciudad, se encendiò una nueva batalla; pero como à Don Alonso le llegasse tambien una famosa armada, tuvo la Reina por el mejor partido retirarse à Aversa con lucida guarnicion de Soldados, y Esforcia por caudillo. En las refriegas y

y encuentros se havian captivado de ambas partes, y huvo conformidad en trocar los captivos, por cuyo fin fue puesto en libertad Caraciolo, que parece que nunca falta la fortuna à los que proceden mal, y que ocasionan motines; à los que viven atentos, à essos falta.

Lo apesadumbrada, lo sentida, lo enojosa que se hallaria la Reina, viendose arrojada de su Imperio, por el mismo que adoptò por hijo, ello se dà à entender. Caraciolo, y Esforcia, que eran los validos, y los que lo gobernaban todo, la dieron por consejo, que revocasse la adopcion hecha en Don Alonso, pues era causa bastante la ingratitud, y que en su lugar prohijasse al Duque de Anjou, pretendiente de aquella Corona, por semejante derecho. Con menos consejo tenia harto, quien picada de la vibora, procuraba con su ponzoña vengar sus desabrimientos. En la Ciudad de Nola hizo lo uno, y lo otro; revocò la adopcion hecha en Don Alonso, y prohijò al de Anjou, dandole titulo de Duque de Calabria. Todas estas revueltas, y mudanzas hace una muger, que viviendo sin recato, no quiere que se lo riñan. No es decible lo que ocasionò esta Reina de guerras, de sediciones, muertes, escandalos, pèrdidas, y encuentros, que han durado tantos siglos, que aun hoi en muertas cenizas se avivan llamas à veces.

Don Alonso, como prudente, no quiso sin rehacerse de fuerzas, aguardar al competidor. Passòse à España, con que el de Anjou se entrò casi sin resistencia à gozar de el Señorio. Gozòlo mui poco; porque la inconstancia de la Reina, guiada del Senescal, no sufria vèr apoderado à nadie de lo que era suyo. Por esta causa diò orden la Reina al Duque, que se fuesse à Calabria, y que alli no cuidasse mas que de la guerra, sin embarazarse en cosas del gobierno. * Como Caraciolo era el valido, pareciòle, que quedando solo, no havia mas Rey; y era assi, porque con la mano que le daba la Reina, y con la que el se tomaba, hacia quanto queria; pero con lo que pensò hallar mayor poder, le acarreò su muerte: sabe siempre a tyrania esto de alzarse con todo, grangea odios, y malquista los animos, y mas quando la privanza se origina de mal fin. Conjuraronse, pues, sus enemigos, dandoles calor à ello la señora Cobella, muger de Antonio Marsano, Duque de Sessa, que al passo que privaba con la Reina, aborrecia de muerte à Caraciolo. Fingieron, pues, un dia, y dieronle un recado, que la Reina le llamaba; creyòselo luego, y partiendo à Palacio, salieron à el los conjurados, y le quitaron la vida, y à la Reina el gus-

*Renovòse despues la adopciò, y volviò segunda vez à prohijar al Rey D. Alõso. Tal era su incõstancia,

gusto. Estos son los sucessos que acarrea un mal trato, y estas las desdichas à que se expone una muger desatenta. Sus desordenes fueron causa de entrarse Fraile el marido, y alexarse della, y los mismos hicieron que el Privado pagasse con su vida lo demasiado que anduvo: ella tambien de alli à poco muriò en Napoles, si no ahorcada como la otra Juana, ahogada, si, de enojo, y pesadumbre por la muerte del Duque de Anjou, que brumado de trabajos de las continuas guerras, falleciò en Cosencia, Ciudad de Calabria. Sirviòle, pues, de cordel el sentimiento de haver sido tan ingrata à quien hizo por ella finezas grandes; que no fue poco sentir la ingratitud, quien contra su mismo honor anduvo tan sin sentido. Mediante, pues, estas muertes de Reina, Duque, y Privado, se le abriò camino seguro al Rey Don Alonso para apoderarse de aquella Corona, que lo que es muerte de unos, suele ser vida de otros.

EXEMPLO QUARTO.

NO quiero que los Estrangeros me tengan por apassionado, dexandome en silencio, quando tratamos de Juanas, otra Reina Juana de Castilla, cuyos licenciosos brios la hajaron harto el honor; y verdaderamente, si los que escribian en aquella Era huvieran visto estos tiempos que alcanzamos, juzgo no hablàran con tanta libertad, no digo yo contra Reinas, pero ni contra señoras particulares. Si vieran ahora hecha gala la desenvoltura, donaire el poco recato, licita la bizarria, quizà que pudieran mas entonces qualquiera accion licenciosa, ò un amoroso descuido. Reinaba, pues, en Castilla Don Enrique Quarto, à quien, ò su impotencia, dandole el apellido, le ocasionò el desaire, ò su floxedad quizà le hizo impotente. Corrian los años de 1456. quando casò con la Infanta Doña Juana, hermana del Rey Don Alonso de Portugal, con grandes fiestas se celebraron en Cordoba las bodas, como si el aparato bastàra à hacerlas felices. Fueron harto desgraciadas por lo descuidado del Rey, y por lo mui galante de la Reina. Criò el Cielo à esta señora con gracias que la perdieron, gracias humanas, que suelen ser precipicios de la gracia verdadera. Su aliento, su bizarria, su donaire, su belleza, la ocasionaron quiebras de la honestidad, y estragos de la fama: harto dolor de una hermosura, serle estrago su hermosura!

Descuidòse el Rey por dos partes (que por una bastaba para que-

quedar quebrado) metiòse à enamorado desapoderadamente, y hizo gorda la vista à descuidos de la Reina. Este fue el mayor descuido, que no porque un hombre se carce à otra belleza, se ha de olvidar jamàs de la vista de marido. Mirar por su casa es lo primero, por mas que el amor le divierta en otra parte. No lo hizo assi Don Enrique, sino que al passo que se diò à ajenos amores, se olvidò de lo demàs. La Reina, que aun con el Rey tenia poco hombre, què sabèmos si picada de zelos (que à las hermosas es fuerza que piquen mucho) ò sentida del agravio, no hizo mala cara à los que quisieron gozar de su conversacion, como fueron Don Juan Pacheco, Marquès de Villena, y Don Beltran de la Cueva, Mayordomo de la Casa Real, y Duque de Alburquerque. À lo que esto se entendia, què sabèmos? El vulgo, que siempre echa las cosas à lo peor, hablaba mal del caso, en vilipendio, y afrenta de la Magestad Real. Andaban los galanteos con tanto desorden, que dice un Author grave, que llegò à estàr el Palacio dividido en dos bandos, sobre las competencias que se levantaron entre la Reina, y Doña Guiomar, una dama del Rey harto alentada. Abrasabanse de zelos la una de la otra, y cada una tenia sus valedores, y padrinos: à la dama favorecia el Arzobispo de Sevilla Don Alonso de Fonseca; y à la Reina Don Juan Pacheco. Mariana lib. 23. c. 20. Llegaron à romper en pesadumbres, y à decirse quemazones afrentosas, siendo lo peor (como dice el Author citado) el no poner ninguna nada de su casa. Con todo la Reina castigò lindamente la desenvoltura de la criada, cogiendola un dia à las manos, y mesandola mui bien, cosa que sintiò el Rey mucho, mas huvo de tragarlo.

En medio destos ruidos poco atentos, y desenfrenadas galanterias, pariò la Reina en Madrid una hija, à quien pusieron por nombre Doña Juana, fue llamada la excelente, porque siendo de mejores miramientos que la madre, fue mas desgraciada. Juraronla por Princesa, y heredera de Castilla; pero la mala sonada que tuvo para el vulgo, de que no era hija del Rey, sino de Don Beltran de la Cueva, por cuyo respecto la apellidaban la Beltraneja (titulo bien desigual de lo excelente) le contrastò de tal suerte la Corona, que despues de riñas, y batallas muchas, se la llevò como por mejor derecho su tia Doña Isabèl (como dexamos tocado en otra parte.) * Es uno de los casos mas raros que se hallan en las Historias, dàr por hija de otro padre à quien naciò constante el matrimonio. Hasta aqui pudo llegar el des

*En el titulo de mugeres valerosas.

doro

doro de una Reina, à que perdiesse su sucession el titulo hereditario, y pagasse su culpa la innocencia. Pero fue gran dicha de Castilla, de que en arbol ilustre de sus Reyes, no se ingiriesse rama sospechosa.

Grandes fueron los desacatos, y descortesias que padeciò Don Enrique de sus vasallos mismos, solo por las desenvolturas de la Reina, por sufrirlas, y dissimularlas. Cada dia conjurados los señores, querian despojarle de la dignidad Real, y nombrar un sucessor, como al fin lo hicieron, con harta deslealtad del nombre Castellano. Una carta le escribieron desde Burgos, que lo menos que iba en ella, era decirle, que la Princesa Doña Juana no era su hija, sino havida de adulterio, y que por tanto no havia de ser jurada por heredera. Leyòla el Rey, y se alterò tan poco, como quando al Emperador Claudio le hacian notorias las torpezas de Messalina. Don Lope Barrientos, Obispo de Cuenca, gran sujeto, como sus obras publican, que se hallò presente, quando como Prelado havia de templar al Rey del torbellino de iras, que requeria el caso, viendole tan templado, y tan pacifico, huvo de hacerle instancias à que castigasse con las armas aquellos atrevimientos, mas todo era machacar en hierro frio, no le movian à enojo los desaires.

La buena condicion del Rey, con que havia de obligar mas à los Nobles, que le tuviessen el debido respecto, essa misma les calzaba alas para desmandarse, y ensoberbecerse. Llegò à tanto el desacato, que en publica junta le privaron del Reino, y alzaron por Rey al Infante Don Alonso su Hermano. El caso de modo que passò no quisiera referirlo, por lo abominable, y feo, por lo desleal, y desacatado, sino miràra que puede servir de exemplo à muchos Principes, lo uno para enseñarse à gobernar, y temer alteraciones de un Pueblo, y lo otro para aprender à sufrirlos en tragedias lastimosas. Passò, pues, de esta manera:

Havianse juntado por orden del Arzobispo de Toledo, en la Ciudad de Avila, todos los alborotados, cuyas principales cabezas eran el Maestre de Calatrava D. Pedro Gyròn, D. Juan Pacheco, Marquès de Villena, y el Almirante, y haviendo levantado un cadahalso allà extra muros, subieron sobre èl la estatua del Rey Don Enrique, adornada de sus Reales vestiduras, y de las demàs insignias de Rey, Throno, Cetro, y Corona. Acudiò à la novedad la muchedumbre del Pueblo, y todos los señores en puestos señalados. Junto ya el concurso, à voz de pregonero publicaron la

la sentencia, pronunciada contra el Rey, refiriendo, y haciendo notorios mil casos abominables, y maldades muchas, que le imputaban haver cometido. No sè yo para què hacen exclamaciones como de cosa inaudita, de la sentencia, y muerte que el Parlamento de Inglaterra le diò à su Rey estos años, si la misma lealtad (que son los de Castilla) casi hicieron otro tanto en la apariencia, no contra un Rey Herege, qual fue el Inglès, sino contra un Rey Christiano, y bueno, como Don Enrique? Los que se espantan de aquello, sin duda que ignoran esto. A ciertos passos del pregon iban desnudando la estatua de las Reales insignias: una vez le quitaban la Corona, otra el Cetro, otra la Purpura, y por remate quitandole del Throno, y diciendole mil baldones, le echaron del tablado abaxo, Miercoles cinco de Junio de 1463. Subieron luego en el mismo cadahalso al Infante Don Alonso, que à todo estuvo presente, y levantandole en hombros de los Nobles, y alzando por èl los Estandartes, le pregonaron por Rey, diciendo, segun costumbre: Castilla, Castilla por el Rey Don Alonso.

Mas que ahora lo de Inglaterra, atemorizò entonces aquella maldad. Dividiòse en pareceres el vulgo, y aunque algunos alababan la accion, los mas la reprehendieron. Muchos de los señores que fueron complices se mostraron lastimados, y mudaron parecer, que esto tiene lo mal hecho, que à los mesmos que lo emprenden suele parecerles mal. Sintiò el Rey este rebès como Catholico Principe, lastimado sì, y paciente, no furioso, è iracundo, qual otro se mostràra. Sangre por tinta havia de gastar la pluma, quando escribe compassiones semejantes! Como si despertara de un profundo sueño advirtiò el Rey sus descuidos à vista de sus males, y en vez de tomar las armas para la venganza, ò para la defensa, acudiò primero à Dios, y qual otro David, quando à desacatos de un hijo saliò huyendo de su Corte, las rodillas por el suelo, y bañado en llanto, le hablò de aquesta suerte: Señor mio Jesu Christo, Hijo de Dios vivo, y Rey universal, por quien reinan los Reyes, y se mantienen los Imperios; con la humildad que veis que os sacrifico, y no con jactancia, ni soberbia alguna, os suplico me ayudeis en semejantes trabajos. Vuestro favor imploro, para que mi estado, y vida no perezcan. Este castigo (que confiesso menor que mis maldades) os ruego con todas ansias me sea meritorio. Dadme constancia, y valor para sufrirle, y no permitais, que de este amena-

za;

zado torbellino le venga por mi causa daño al Pueblo. Padezcalo yo solo, pues son las culpas mias.

Asi se lastimaba con Dios este buen Rey, infeliz, y desgraciado por la compañia que le acarreò su suerte, que como la buena muger es corona del marido, asi la que es desatenta le quita à su marido la Corona. No solo desdorò Doña Juana la del Rey Don Enrique, sino que fue causa de que se la quitassen tantas veces. Hasta los mismos socorros que le enviaba Dios al Rey, por implorarle contrito, parece que la Reina, como que los desluncia, y desbarataba. El Pontifice Romano Paulo Segundo, que era entonces, enviò un Nuncio à Castilla, à que reduxesse à los Grandes al deber, ò que los descomulgasse. Hizose asi: ellos acudieron por medio de Embaxadores à Roma: no quiso oirlos el Papa, sin hacer primero juramento, que no darian titulo de Rey al Infante Don Alonso. Juraronlo como se les pedia, y luego en publico Consistorio los reprehendiò asperamente, y prophetizò muerte temprana al Infante, por haver admitido la Corona ajena en mengua, y desacato del verdadero Rey, y hermano suyo. Cumpliòse la prophecia, porque aquel mesmo año à cinco del mes de Julio, le assaltò una dolencia tan grave, que en breve le quitò la vida. Quando por estos medios parece que mejoraba el Cielo el partido de D. Enrique, y los alborotados se reducian à su gracia. En lugar de estàr la Reina llorando tantas desventuras como havia ocasionado su poca atencion, se entretenia en el Castillo de Alaejos (donde estaba como en rehenes de ciertos tratos) en admitir, y pagar una nueva correspondencia de cierto mancebo, de que escapò preñada, con que echò el sello à todas las afrentas, y diò lugar à que el poco credito que se tenia de ella, se hiciesse verdadero. Todo mengua para el Rey, todo desdicha para la pretensa Princesa, todo infamia para todos.

Casi à vida particular reduxeron à Don Enrique estos trabajos. Como fuera de si andaba de unas partes en otras desamparado de todos, y acompañado solamente de algunos diez de à cavallo. Entròse por las puertas del Conde de Plasencia, como à ponerse en sus manos, y hacer prueba de su lealtad. Anduvo el Conde galante en festejarle, y servirle, teniendole regalado quatro meses, hasta que se mejoraron las cosas. Toledo, y Burgos, y à su imitacion otras Ciudades, y Pueblos, volvieron à su obediencia: los mas de los Grandes se reduxeron à su servicio: pero toda esta bonanza se aguaba con la poca cordura, y mu- de-

desorden de la Reina, que cada dia daba que decir al vulgo. Huyòse del Castillo de Alaejos para Buitrago, adonde estaba su hija, y en el tiempo que estuvo alli restada, sacò dos niños à luz, Don Fernando, y Don Apostol, que se criaron en Santo Domingo el Real de Toledo. Ella misma, que recogida al deber, y ajustada à su obligacion, havia de hacer la causa de su hija la Princesa, fue quien con añadir yerros à culpas, y verdades à sospechas, hizo mejor el derecho de su cuñada la Infanta Doña Isabèl, pues su poco recato, y no emmendarse, la vino à dàr la Corona. Sacò Dios al Rey de afan tan penoso, y llevòle à descansar de males tan insufribles. Muriò en Madrid como buen Christiano, haviendo con mucha devocion recibido todos los Santos Sacramentos. Luego al año siguiente falleciò tambien la Reina en la misma Villa: el achaque, si hemos de creer à algunos, fue tan poco honesto, como su vida, pues dicen, que fue de parto: otros, que la ayudaron con yervas por orden del Rey de Portugal su hermano. De qualquier modo que fuesse, dexò bien desdorada su fama, y amancillado su honor. Estuvo su sepulchro en S. Francisco, junto al Altar Mayor de aquella Iglesia, con su letrero, porque no faltasse memoria; ojalà para escarmiento de quantas se precian de nobles, y se coronan ilustres! Trasladaronle de alli, y borraron su epitaphio.

TITVLO TERCERO.

DEL PODER DE LA AFICION, Y DE LO MUCHO que vence.

EXEMPLO PRIMERO.

CAmpo mui espacioso nos ofrecia el titulo siguiente, para llenar de exemplos muchos libros; pues son pocas las historias, donde el amor no sea el dueño de todo. El arrastra los afectos, captiva las voluntades; èl mueve las dissensiones, èl origina las guerras, y èl tambien quita las armas de las manos à los mas valientes, y reduce a paces las mas enconadas lides. No, no iba descaminado el otro Sabio, quando atribuyò à la muger la mayor valentia, porque lo que no recavare de el hombre mas indignado el alhago de una hermosura, y el ruego de una discreta, no podrà alcanzarlo todo el humano poder. Lo que una muger

no venciere, nò lo ha de vencer el mundo. Què Campeon mas valiente que Pompeyo, pues èl solo se hizo el mayor lugar en Cides Españoles! Y apenas enamorado de Julia, se hace à sus alhagos, se captiva à su belleza, quando aunque por el credito Romano vuelven à hacerle Protector, rehusa volver à España, y envia allà sus Tenientes, estimando en mas perder aquella honra, que hacerle à Julia un disgusto. Enseñorease del Orbe Cesar Octaviano, vence à sus competidores, alzase con el Imperio, y dexase vencer de los amores de Livia, y à sus ruegos nombra por sucessor à Liberio su entenado, y à Germanico su hijo le quita el mejor derecho. Gobierna Claudio al mundo, y no acierta à gobernar descuidos, y liviandades de su muger Messalina: tanto se dexa hechizar de la belleza, que los decretos de muerte que contra ella pronuncia, assi como vè su cara los anula, y los revoca. Coronan à Aurelio sus hazañas por Augusto, y enternecido al encanto de Faustina, las desdora por sufrido. Gana à Toledo el Sexto Rey Don Alonso, hacese terror, y miedo à toda la Morisma, y las caricias de Zaida (ya Maria) le fuerzan à llamar al Africano, para ayuda de su suegro Benabet, Rey de Sevilla, con que acarrea nuevos enemigos para España, y para èl nuevos riesgos. A este modo otros infinitos Emperadores, y Reyes se dexaron vencer de la hermosura, postrando los tymbres de vencedores à los pies de sus mugeres; y assi, no hai que marabillar, que nuestro David, que vencia à los leones, y no temia Gigantes, se confiesse vencido de una belleza, presso de una discrecion, captivo de una muger, aunque ella es particular, y èl esta ungido por Rey, casado con una Infanta, y en visperas del Cetro, no es milagro que iguale à su grandeza, à quien a imperios de amor le tiene postrado, ni es mucho que haga esposa à quien lo supo echar grillos. Busquèmos similes, y exemplos semejantes, que disculpen à David; y que consuelen à otros. Sea el primero.

Reinando en Portugal Don Alonso el Quarto, a quien sus muchas hazañas dieron renombre de Bravo, quando su hijo el Infante Don Pedro, à quien llamaron Cruel, descollando con la edad florida, daba muestras de mui grande. Y como una juventud, y mas la que se cria en lozanias, està dispuesta siempre a riesgos de mocedades, su padre, que era en todo mui atento (como que mamò la leche de Santa Isabel su madre) tratò al punto de ponerle en estado, y darle compañia con quien no desease torpes gustos; que si Adàn con no tener estos peligros, le pareciò a Dios que no estaba bien

bien solo, menos estarà un Principe, a quien por recatado que viva, es fuerza que le diviertan hermosuras. Para engolosinarle mas, y tenerle mas a raya, le buscò muger hermosa, que suele ser a veces disculpa en un Principe qualquier desman, tener por lado perpetuo una mala cara. Campaba en Castilla la Infanta Doña Constanza, hija de Don Manuel, nieto èl, y ella visnieta del Rey D. Fernando el Santo, con la qual, por medio de Embaxadores, concertò su casamiento. Costò muchos debates, para que el Rey de Castilla Don Alonso el Onceno, yerno del de Portugal, y primo de la novia, la dexasse salir de sus tierras: todo zelos, y envidia de que no gozasse su cuñado prenda que èl havia apetecido, y deseado casar con ella. Son pocos los cuñados que desean bien unos a otros.

Venciòse, pues, el estorvo, y fue llevada Doña Constanza a Portugal, donde con aparatos, y fiestas se celebraron las bodas. No ha de negarse que hai bellezas desgraciadas: pues quando la de Doña Constanza havia tenido suspenso al Rey de Castilla, tanto que a no estàr casado con muger harto hermosa, qual era Doña Maria, hija del Rey Portuguès, la pusiera su Corona, hallò en el Infante menos acogida de la que ella imaginaba, que poco importa estimar, y querer un Principe a su muger, como a su muger, sino la quiere, y estima en mas que otros amores, que esto vendrà a ser querer, y lo otro es obligacion. Quiso el Infante Don Pedro a Doña Constanza con obligaciones de marido, no con caricias de amante. Fue la causa ladearse a otra hermosura, dexarse captivar de ella, y rendirse enamorado. Aprovecharon poco las prevenciones de su padre, para que dexasse su voluntad de hacer su gusto; no le tuvo malo el Infante (aunque perdone la beldad de su muger) porque Doña Inès de Castro, que fue su empleo fue un milagro de hermosura en aquel siglo. Era esta señora dama de la misma Infanta, y por dama vino a ser mas que señora, porque su rara belleza, su gallardia, su donosidad, su mucha discrecion, embelesaron de tal manera al Infante, que le hizo dueño absoluto de su alvedrio. No fue Cleopatra mas amada de su Antonio, que lo fue Inès de Don Pedro; y si en los extremos se prueba la voluntad, y en la muerte se confirma, no entiendo han llegado ningunos a mas tiernos, ni a mas grandes que los de este Principe. Si ha havido alguna Magestad, que pueda decirse, que real, y verdaderamente la arrastrò el amor, fue sola la deste Rey, èl mesmo ha de desempeñarme.

Dexo al curioso discurso las desazones, los zelos, los disgustos, que entre la Infanta, y Doña Inès passarian en aquel tiempo, riñas, aunque de casa, mas crueles, y sangrientas, porque batalla de zelos, y entre personas tan desiguales, como una Reina con una criada suya, mientras mas de las puertas adentro, mas penosa. Los sentimientos del Rey contra su hijo, las acedias, las reprehensiones, no hai que ponderarlo. La penalidad del Infante en haver de acudir a todo, hecho blanco de todas las pesadumbres, satisfaciones al Rey, cumplimientos a la Infanta, lastimas a Doña Inès, aqui amores, alli excusas, aqui finezas, alli engaños, es indecible: pero con todo, quien de todos lo llevaba mejor, era quien lo llevaba todo. Don Pedro, como enamorado, a la golosina del amor suavizaba los pesares, que aunque el amor es niño, tiene fuerzas de Gigante, quando quiere, y lleva como por gala, carga que bruma à otros.

Casi con igual grandeza que à su muger, trataba el Infante à Doña Inès de Castro, hasta en los actos publicos la honrò siempre en quanto pudo; pues al primer hijo que le pariò Constanza, por nombre Don Luis (que muriò niño) quiso que la hermosa Inès fuesse la madrina, sacandole de pila, procurando, quizà, con esta accion emparentar con ella, ya que por estàr casado no la podia dàr mas; porque segun la amaba, y la queria, todo puede presumirse. Si ya no fuesse querer deslucir con esto aquella nota del vulgo, que no es cosa nueva echar capa de religion à las maldades. Tuvo, en fin, en Doña Constanza otros dos hijos, Don Fernando, que sucediò en la Corona, y Doña Maria, con que quiso Dios sacarla de trabajos, y trasladarla à su Reino.

Muerta, pues, Doña Constanza, el año que se contaba de mil trecientos y quarenta y cinco, quedò todo el campo por Doña Inès, pues ya sin aquel agraz de enojos podia gozar los frutos, que no se descuidò en darlos de bendicion (si assi pueden decirse) pues mediante su amistad tuvo quatro hijos. Don Alonso, que muriò pequeño, Don Juan, Don Dionis, y Doña Beatriz, Principes que fueron desgraciados; y no hai que hacer juicio, si seria por lo de concebidos en desgracia, que à ser assi, menos feliz havia de ser el Maestre de Avis, hijo bastardo del mismo Infante Don Pedro, y vemos, que su fortuna le hizo el mas dichoso, pues por morir D. Fernando sin dexar hijo varon, se alzò con la Corona, que de derecho se le debia à Doña Beatriz, muger del Rey

Don Juan el primero de Castilla; pero volvamos à nuestra historia.

No sintiò mucho el Infante Don Pedro la muerte de su muger, porque al lado de la amiga hallaba todos sus gustos. La discrecion de Doña Inès, y su donaire, era para sazonar el corazon mas triste, quanto, y mas al que estaba enamorado. Ya como libres de embarazos, pensaban con libertad gozar de sus amores, sin advertir, que à la mayor bonanza le amenaza de ordinario otra mayor tempestad. Muchos enamorados piensan que son estorvos los que quizà sirven de hacerles espaldas: lo que les es capa para dissimular, y encubrir la demasia, le aborrecen como registro, tropezon de sus descuidos. Esto mismo aconteciò à estos tiernos amantes. Tenian à la Reina como por mal encuentro, recatabanse de ella, huianla, temianla, guardabanla la vuelta, y mirando todo esto como penalidad, no reparaban que esto mismo les hacia sombra para dexarles muchos ratos à su gusto. Breve lo experimentaron, porque como faltò la causa de haver en Palacio à quien Doña Inès sirviesse, fue forzoso el ausentarla à ella de Palacio; y si acaso ya lo estaba, la enviarian mas lexos, porque era mucha la nota, mucho el escandalo, y mucha la emulacion. Si alguna hermosura se ha visto con enemigos, fue la desta señora, y aunque sabèmos, quizà sì, por ser fina, y constante, que tambien hai quien se atreva à las damas de los Reyes, y no todas saben resistirse, que hai algunas mui tiernas de corazon. Traslado à Doña Cathalina de Sandoval, dama del Rey D. Enrique, que admitiò juntamente el galanteo de Alonso de Cordoba, pero à èl le costò la cabeza, y à ella la libertad: à èl le degollaron en Medina del Campo, y à ella la entraron Monja en San Pedro de Dueñas. No hai que tocar à ropa de los Reyes. Mariana, l. 23. c. 20.

No fue assi la bizarria de Doña Inès, que ya que su fortuna la conduxo a aquel estado, fue mui honrada, y noble, en quanto en tal estado se permite. Era avisada, y discreta, y supo con prudencia usar de la hermosura, la gala, la bizarria, el donaire, y el alhago solo era para su dueño. Què sabèmos, pues, si algunos de los Grandes, mas emulos, que zelosos, inquietaban al viejo Rey, para que extinguiesse aquella amorosa llama? A lo menos del afecto se colige, como despues verèmos. Era el Rey Don Alonso tan atento, tan mirado, tan pundonoroso (digamoslo assi) que en materia de liviandades, se enojaba malamente. Fue qual otro Alfonso el Casto, que aunque casò, y tuvo hijos, no se lee dèl que los tu-

*Man. Faria en el copêdio de las historias Portuguesas, p. 3. c. 88. n. 19.

viesse fuera de su matrimonio * (que es cosa particular) y assi vèr al Infante tan divertido, tan enajenado de sì, y tan notado del vulgo, le llegaba al alma: Unas veces lo reñia, otras lo dissimulaba, y de una manera, y otra sacaba poco fruto. Quisiera mucho el viejo volverle à casar, por si le podia reducir de aquella enajenacion; mas no estaba ya el amor del Infante para estas burlas. Casarle alli, para apartarle de aqui, suele ser traza para curar amores novicios, mas no para amores que han professado ya amistad perpetua. El mejor acierto era casarlos à los dos por mas que contradixera la desigualdad; y hacer otra cosa en casos semejantes, es desatino. Quisiera tener el Infante Don Pedro mas Coronas que desabrocha flores una Primavera, para honrar con ellas à su querida Inès; miren como admitiera otras esposas, que le aprissionaran su voluntad, y su gusto?

Bien quisiera el Infante à juego abierto casarse con Doña Inès (que bien se lo debia, quando quatro hermosos hijos la llamaban madre) pero el paternal respecto, y en Magestad tan grande, le acobardaba el deseo. Adivinaba las pesadumbres, los alborotos, las sediciones de todo un Reino, y en especial el enojo que su padre havia de recibir. Como cuerdo, y como noble, no queria desabrir aquella cansada edad, ni acortarle con disgustos los dias de la vida: esto por una parte. Por otra le atizaba la conciencia, el escrupulo, el cargo, la obligacion de estarse amancebado: dexar, pues, à Doña Inès, era impossible; casarse, motin al pueblo; no casarse, guerra al alma. Por lo qual, para cumplir con todo en hacer su gusto, y no desabrir à nadie, se casò con Doña Inès secretamente. Recibiòla por muger delante de testigos, y entregòla con la mano todo el imperio de su voluntad.

Rugiòse el caso por mas secreto que fue, y aunque algunos no lo podian creer, otros sin importarles nada lo afirmaban como de vista. Testigos aduladores, que aun para decir pesares no se excusaban. Inquietaban al Rey con estos chismes, ponderandole hasta el Cielo aquella afrenta, su descredito, y deshonra. El Rey que con menos tenia harto, ardia en iras, y centellaba enojos, deseando hallar modo, ò camino de limpiar aquella mancha. Nada le pareciò remedio, sino matar aquella belleza, que ocasionaba el desaire. Barbara sentencia en un Rey Christiano! Què culpa tenia una innocente hermosura de lo que hacia el Infante por quererla? Què delito en admitir por esposo à quien le estaba à cargo de su honra, y à quien ella entregò el alma? Atizaban el

el fuego los malos Consejeros, de que aquello convenia para la quietud, y sossiego universal, y que de otra manera seria tener al Infante hechizado con su amor, con mengua de la Corona. Con esto, sin mas atender à inconvenientes, ni reparar en nada, se resolviò, y diò licencia de que la quitassen la vida à Doña Inès de Castro. Pues siendo ya nuera suya, y teniendo nietos de ella? Pues por esso, que à no ser assi, quizà no la matàra; por què quien sino un suegro executàra tal crueldad en tal belleza? Hai suegros, que son padrastros. Tal lo fue Don Alonso para Doña Inès, amancillando con esta accion todas sus glorias, toda su rectitud, su buen gobierno, su justicia, su prudencia, sus hazañas, sus proezas, y victorias, y quanta gloria ganò en la batalla memorable del Salado, donde assistiò en persona al lado de su sobrino, y yerno el de Castilla, todo lo desdorò, y todo lo amancillò con hacer dàr muerte à una innocente hermosura.

En la Ciudad de Coimbra està bien descuidada la bella Doña Inès, si ya no fuesse, que anuncios del fracaso la huviessen prevenido, que en corazones leales nunca faltan sobresaltos, è inquietudes, que avisan de las desdichas. Estaba la hermosa Reina (pintemosla como estaria) qual la galante azucena, que en el quadro de un jardin preside à las demàs flores. Tres hermosos hijos, rosas de su mismo sèr, que una pendiente del cuello, y las dos en el regazo, la atendian mas hermosa, estos estaban con ella de ordinario, que como eran pedazos del dueño idolatrado, las ausencias suyas no las passaba un instante menos que con sus pedazos. Estaba, pues, aquel dia, tan infeliz para ella, como desgraciado casi à todo Portugal, mas sobresaltada, mas inquieta, y mas ansiosa por su querido Don Pedro (que despues que se le hizo marido, le amaba, y queria mas, sin genero de comparacion.) Solia èl visitarla à sus dias, y à sus horas: mas como entonces le esperaba ausente, contaba las horas, y los dias à razon de siglos; retirada alla en su quarto, todo era soledad, todo silencio, todo clausura mientras no venia Don Pedro à alegrar la casa. O si las casadas todas se recataran assi, y en ausencias del marido se negaran à visitas! A semejante sazon oyò abrir, y cerrar puertas de los quartos anteriores, y como nunca el Infante la entraba con alborotos, se sobresaltò al ruido. Fuese à levantar para mirar la casa, conduciendola el gran susto, y amortiguado clavel, ya desmayada azucena, y hallòse rodeada de Pedro Cuello, Diego Lopez, y Alvaro Gonzalez, personages todos tres, que ella conocia.

Nueva pluma, y nueva tinta, y escritor de mas valor eran menester ahora, si ha de pintarse este caso (aunque sea à sangre fria) con el dolor que passò. El entendido podrà con su discurso suplirme lo que no acertare: Con los aceros desnudos, amagados todos tres à la belleza, hicieron noticiosa à Doña Inès de la sentencia que iban à executar. Titubeò el valor à vista de la muerte, y desquadernado el brio, despulsadas las acciones, à medio llorar los ojos, casi muertas las palabras, se hizo toda al ruego, toda al desenojo, toda à la suplica, procurando con cariños, con ruegos, y con lagrimas, reducir à ternura aquellos hombres de marmol. Con las manos reparaba los puñales (poca nieve à tanto ardor, flaco escudo à tanta furia) con los ruegos entretenia los golpes (poco alivio en tanto riesgo) con las lagrimas humedecia las manos (poca agua à tanto mar) pero razon, ni respecto aprovecharon nada, lagrimas, y ruegos fueron todo en valde. A heridas, pues, de crueles, à puñales mal atentos, cayò muerta la mayor belleza que venerò Portugal; por arroyos de carmin saliò anegada una vida, que fue alma de un Rey. Qual desquadernada flor, que à grosserias de un cierzo pierde su hermosura, quedò Doña Inès de Castro flor deshecha à injurias de la muerte.

Tan enlazadas, y unidas con aliños del afecto estaban las almas del Infante, y Doña Inès, que al tiempo que en el pecho de ella se daban las heridas, en el corazon dèl resurtian los golpes. No pienso que fuera menester que llegara el aviso, quando ya en sì mismo miraba la tragedia. Supolo, en fin, del uno, y otro modo, y los extremos del dolor fueron tales, que provocò à lastima los animos mas duros. Vèr una muger hermosa, y yà propria muger, prenda idolatrada, y madre de sus hijos, revolcada entre su sangre, alevosamente muerta, què penas no causaria, què ahogos, què sufrimientos? Aun un marido de bronce se hiciera à la compassion, quanto, y mas hombre con alma, marido enamorado, fino amante. Los dolores de aquellas heridas, siempre en su pecho calientes, si ya frias en el cadaver de Inès, le solicitaban para una venganza, correspondiente à lo immenso de su amor: mas no podia igualar la execucion al deseo, porque quisiera el Infante, que para satisfacer aquella hermosa vida que quitaron, huviera muchas vidas en que poder vengarse, y despicar su dolor.

Haviendo, pues, sabido, que fue su padre complice en aquella maldad, comenzò à darle pesadumbres, y disgustos con tanto rencor, y encòno, que quitada la mascara à la modestia, llegaron

à

à tomar las armas. Entre padre, è hijo se encendiò una cruda guerra; los plevevos, y los Nobles se hicieron à dos bandos: como leales le seguian unos al Rey, otros como compassivos seguian al Infante, cada qual hallaba razon bastante para su designio. Las mas de las Provincias ardian en sangre, y fuego, todo muertes, todo robos, todo estragos. Una ira de un marido lastimado, y que en la escuela de amor supo lo que era querer, què mucho que haga locuras, y solicite venganzas contra quien matò à su amor, y le quitò su gusto, y le amancillò su vida? Por què no le dexa el Rey castigar los matadores, y cessarà quizà la inobediencia? Pero puede ser que no fuessen estos casos, sino juicios del Cielo, que por los mismos filos quiso enseñarle al Rey Don Alonso à sentir las pesadumbres que havia dado à su padre quando mozo. No se dixo con poco fundamento aquel proverbio Español: Hijo fuiste, y padre seràs, qual hicieres, tal havràs. Que si un hijo pierde à su padre el respecto, y le causa aquella pena, quando se vea padre, permitirà el Cielo, que el hijo que tuviere vengue en èl los disgustos del avuelo. Diòselos mui grandes Don Alonso à su padre Don Dionis, pues tal vez fue necessario, que su madre la Reina Santa Isabèl saliesse à la campaña à ponerlos en paz, y assi parece, que ahora es el Infante su hijo vengador de aquel agravio. Quando viere un padre à un hijo desobediente, que saca contra èl las armas, que le ultraja, y que le afrenta, vuelva la cabeza atràs, y recorra su memoria, si èl con su padre hizo otro tanto, y si està cargado en ello, no hai porquè culpe al hijo que se le atreve, que es instrumento de Dios que le castiga.

Hasta que muriò el Rey D. Alonso no cessaron los debates, y las lides. Con su muerte sucediò el Infante en la Corona, y al tanto en mayor deseo de haver à las manos los matadores de su esposa, los quales temerosos de sus iras, y faltos de asylo del difunto, se huyeron de Portugal, y procuraron valerse del Rey Don Pedro de Castilla, que con renombre tambien de Cruel, ò Justiciero, se hallaba à aquella sazon no menos embelesado en la belleza de Doña Maria de Padilla, que estuvo nuestro D. Pedro en la de su hermosa Inès. Sabiendo, pues, que se amparaba del Castellano; negociò con èl por ordenes secretas se los remitiesse pressos, en recambio de otros tantos fugitivos de Castilla, que èl se obligaba à enviarle. Por medio de este concierto, huvo en su poder à Pedro Cuello, y Alvaro Gonzalez. Diego Lopez fue mas dichoso, que, en fin, como personage de mas cuenta, no faltò quien le avisò del

caso, y assi passandose à la parte de Don Enrique, se librò de la celada, y salvò la vida. En los dos vengò Don Pedro su saña con un castigo horrendo, pues estando vivos les hizo sacar los corazones, al uno por los pechos, y al otro por las espaldas, y despues mandò quemarlos. No me admira, que pareciesse cruel con los que lo fueron tanto en matar una hermosura.

Manuel Faria ubi suprà, c.9. num.4.

En lo que se conociò mas la fineza de este Rey, fue en la lealtad que le guardò siempre à la difunta, pues jamàs volviò à casarse. Viudo sucediò en la Corona à los treinta y siete años de su edad, y viudo se estuvo siempre en diez años que la obtuvo. Fue extremo notable de fineza arrastrar siempre luto por la que tuvo en su alma tanta parte, gobernando el Reino con tanta rectitud, que ni los recuerdos de Doña Inès le olvidaron de su obligacion, ni los Portugueses vieron mejores diez años en materia de justicia.

A poco tiempo de tomado el Cetro, hizo labrar en Alcobaza dos sepulchros de marmol blanco, mui ricos, y costosos, uno para sì, y otro para Doña Inès, adonde mandò esculpirla mui à lo natural, coronada como Reina. Su cuerpo mandò trasladarle alli desde Coimbra, con el mayor acompañamiento, y aparato que se halla escrito en historias; y afianzo esto en el credito que doi à un docto, que lo escribe, pues diez y siete leguas que hai de Coimbra à Alcobaza, dice que estaban pobladas de muchos mil hombres en hileras de la una, y otra parte del camino, con hachas encendidas en las manos, de suerte, que hecha una calle de hombres, y de luces todo aquel espacio, esperando que passasse la litera rica, que llevaba la difunta. Que la acompañassen muchos mil hombres no havia que espantar; pero que fuessen tantos, que poblassen tan dilatado camino, esto es lo que admira. Todos son prodigios del amor, nadie se espante.

Manuel Faria ubi suprà, n.3.

La mayor fineza fue la ultima por coronarlas todas. Antes de sepultar à Doña Inès, mandò, que todos sus vassallos la besassen la mano, como à Reina suya, haviendo primero declarado en un Junta de Grandes, que el matrimonio, que con ella contraxo fue legitimo, y presentò por testigos à Don Gil, Obispo de la Guardia, y à Estevan Lobato, Guardarropa mayor, que con solemnes juramentos afirmaron ser assi verdad. Mediante esta declaracion, declarò assimismo, que los hijos havidos en Doña Inès eran legitimos, y capaces para poder suceder en la Corona. Hasta aqui pudo llegar el amor, y la fineza de este Principe: tanta lealtad guardò al cadaver, como à la viva belleza, y tanto la honrò di-

difunta, como la idolatrò viva. Siendo, pues, tan poderoso el amor, que una dama particular hace que un Rey la ciña su Corona: què mucho que Abigail, hermosa sobre discreta, arrastre à David de suerte, que le iguale con su altura? Si es amor, todo lo vence.

EXEMPLO SEGVNDO.

DEmos por corona de este assumpto un exemplo de aficion el mas notable que se escribe en las historias, y que puede ser dechado, para que los freneticos de amor, saquen por muchos caminos documento, refrenando los lascivos deseos, quando ciegos à la razon se arrojan al precipicio, pues no todos hallaràn una muger prudente que les solicite el remedio, ni un Santo como San Basilio, que les negocie el perdon. Havia un Senador llamado Pretorio en la region del Oriente, juzgo que en la parte Cesarea (dichosa Diocesis, por tener por Prelado al Grande de los Basilios!) Tenia por alivio de su cansada edad, sola una hija, en cuyas virtudes afianzaba no menos que su salvacion, mediante el estado Religioso à que la tenia ofrecida. Siempre procura el demonio poner embarazos à todas las obras de virtud; y assi, porque no se lograsse aquel buen proposito, avivò una amorosa llama en el pecho de uno de los criados de la casa, que abrasado en los amores de la doncella, solicitaba declararla sus intentos; pero juzgando por impossible que se lograsse su amor, viendo la desigualdad que entre los dos havia, pues èl solo era un criado, è hija ella de quien reverenciaba señor, quiso valerse de un Nigromantico, ò hechicero, para que remediasse su dolencia, que no repara en escrupulos quien està del amor loco: por todo atropella, y rompe un hombre enamorado. Llego, pues, Helisar 1 (este nombre le darèmos, para ir con mas claridad, no obstante su proprio nombre) y hablò con cierto hechicero, cuya fama le hacia mui conocido. Significòle, como à Medico su achaque, descubriòle su dolor, intimòle lo insufrible de su pena, y ofreciòle gran cantidad de dinero, si con logros de su gusto se atrevia à remediarla. El hechicero, que siervo de Satanàs no lo havia por humanos interesses, sino por condenar almas, como mirò al mancebo tan rendido à su passion, tan esclavo de su afecto, le dixo por mas probarle, que no estaba en su mano curarle aquella dolencia, ni èl tenia poder para rendir tan principal doncella al imperio de su gusto; pero que si se atrevia à ir con una car-

Authores. En las vidas de los Padres, p. 1 En la vida de S. Basilio. Surio, tom. 1. Spec. exemplor. tit. Dem. exemplo 16.

carta suya al demonio su señor, yendo dispuesto à hacer lo que èl le ordenasse, èl se asseguraba con toda certeza conseguiria su deseo, y lograria su amor.

No entiendo que hiciera mas el mismo demonio, hacer estafeta suyo à un pobre enamorado. Como el demonio mismo se debe huir, y evitar tan mala gente. Mirabase Felisardo tan loco de su aficion (que no hai duda que un amor desenfrenado saca à un hombre de juicio) que como si le convidara à fiestas, aceptò el partido, diciendo, romperia por impossibles, y se haria perpetuo esclavo de quien diesse remedio à su dolencia. Entonces el hechicero, metiendole en su retrete, tomò el papel, y tinta, y escribiò al demonio una carta en esta forma.

CARTA PARA SATANAS, PRINCIPE DE las tinieblas.

Porque es obligacion mia (señor, y dueño) solicitar con toda diligencia, que se agreguen à vuestro imperio los que se professan por Christianos, apartandolos de su Religion, y careandolos à vuestra voluntad con el dulce cebo de los vicios, para que assi vuestro partido vaya cada dia en aumento, por tanto os remito à este mancebo abrasado en los amores de la hija del Senador Pretorio, principal, y rica, qual sabeis. Yo os suplico hagais de suerte, que consiga su gusto, porque yo logre el que tengo de serviros, y quede de nuevo mas empeñado à agregaros muchos otros à vuestra compañia.

Dandole esta carta à Felisardo, instruyòle en lo que havia de hacer. Dixole, que fuesse à media noche à cierto campo, donde havia un sepulchro de un Gentil, y que desde aquel lugar aclamasse à los demonios, levantando en el aire aquella carta, que luego saldrian à èl, y leido que la huviessen, tendria mui buen despacho. El cabello se espeluca, y tiemblan las carnes de solo contar el caso. El corazon mas valiente se hace al miedo de oir solo la embaxada, y que pueda un hombre enamorado, no solo oirlo, sino ir à la execucion, correo para el diablo, sin compañia ninguna, y entre los horrores de la noche, cosa es q̄ pasma, y admira! O tyrania del amor, y quanto ciegas à un alma!

Partiòse, pues, Felisardo con su carta de favor, llegò al sepulchro del Pagano, y comenzò à vocear à todos los Ministros de Pluton, de la misma suerte que le instruyò el hechicero. A pocas voces se le puso delante el Principe Satanàs, acompañado de un esquadron de demonios, no con formas espantosas, qual soldados

dados, si agradables. Tomòle la carta, y haviendola leìdo, como si el malvado no supiesse lo que contenia, mirò con gravedad à Felisardo, y preguntòle: Crees en mi para que cumpla tu voluntad, y te haga dueño dichoso desta beldad que te abrasa, desta hermosura que deseas? Respondiò Felisardo con mucha cortesia (que siempre los esclavos del amor respectan mucho al demonio.) Si, mi señor, en vos creo. Replicòle Satanàs: Y dime, niegas à tu Christo? Si, le niego, dixo Felisardo; à que añadiò el demonio con una falsa risa: Mui perfidos, è infieles sois todos los Christianos, pues solo quando me haveis menester acudis à mi, y quando haveis logrado vuestro gusto, y cumplido vuestro deseo, luego al punto me negais, y os volveis à vuestro Christo, y èl como es tan clemente, y tan piadoso, os absuelve, y os recibe. Con muchos me ha sucedido el caso, quebrando la fee que me ofrecieron, y dexandome burlado entre mis penas; y assi, si gustas que cumpla tu voluntad, si quieres que te dè gusto, me has de hacer una obligacion, escrita, y firmada de tu mano, en la qual confiesses, que niegas à Christo, su Baptismo, y Religion Christiana, y que te haces mi esclavo, para ser condenado commigo el dia del juicio.

Reparese en lo mucho que pide el demonio por lo poco que se ofrece: què gravosas condiciones por un leve, y torpe gusto! Aun no se contenta con que niegue un Christiano à su Criador, sino que le hace hacer carta de esclavitud para ser condenado: y es tan grande la ceguera del amor, que passa por lo gravoso destos requisitos à trueque de lograr un deseo. No reparò en nada el desatinado joven; tal le tenia la calentura de su aficion: ofreciò de contado quanto el demonio pedia, dãdole una cedula, firmada de su mano, de como negaba à Christo, y se cõstituia por siervo del Principe Satanàs. Hasta aqui pudo llegar lo recio de una passion, el freneli de un amante, lo fuerte de un apetito. Negar à Dios, y confessar al demonio, locos de atar no lo hacen, un enamorado sì, q̃ es mas que loco.

Hecho el trato, y escritura despidiò el demonio à Felisardo, diciendole, que se volviesse en casa de su señor, y que en breve experimentaria cosas grandes en pro de su voluntad, viendo rendida à su amor aquella fuerte muralla de hermosura. Para esto mandò llamar ante sì los espiritus deputados, que son sobre luxuria, è incitan con tentaciones à que se abrasen en ella. Venidos que fueron, dioles amplia comission, para que con todo esfuerzo, y poderio tentassen à la hija de Proterio, abrasandola el corazon de amores de Felisardo. No tardaron los Ministros en executar sus amorosas llamas, incitandola de suerte à las delicias

de

de Venus, que por mas que quiso valerosa resistirse, cayò rendida al dulce encuentro de amor. Como Felisardo la miraba atento, y aunque no se declaraba, la decia con los ojos mucho; como la seguia enamorado, y la rondaba galàn, à poco que el demonio atizò el fuego, tan abrasada se sintiò de amores, que huvo de arrojar à los labios las llamas que la encendian el pecho. Quitado, pues, el rebozo à la verguenza, y atropellados los fueros del recato, se llegò à su padre un dia, arrojòse à sus pies, y bañandolos con lagrimas, le dixo con mil sollozos de esta suerte:

Tèn, padre, y señor mio, piedad, y misericordia desta beldad infeliz, que nombras hija, desta hermosura, que engendraste por mi mal. Muevate lo que me amas, y obliguete lo mucho que me quieres à remediar mi desgracia, ya que mi corta ventura no me hizo mas dichosa. Has de saber, que el amor de Felisardo (criado nuestro) de tal suerte me guerrea el alma, me atormenta el pecho, que à no ser mi valor tanto, pienso me huviera precipitado à un desatino. Quantas diligencias puede hacer una muger de mi porte en esta rabiosa lid, tantas he hecho; quantos medios se pueden procurar para vencerme, tantos he buscado; quantos consejos se me pueden proponer para disuadirme, tantos me he dado à mi misma, y nada basta à sossegar mi pena, nada à curar tanto mal, nada à remediarme, sino es darme por marido à Felisardo. Casame, padre, con èl, por mas que tu pundonor lo contradiga. La desigualdad que hai entre los dos, ya la considero; el dolor que ha de causarte, ya lo adivino; lo mal que ha de parecer, ya lo lloro: pero sino hai otro remedio à mi dolencia, no es justo que me niegues las puertas de tu gracia. Si me haces este favor, te conocerè piadoso padre, si le niegas, me veràs presto difunta, y allà el dia de la cuenta te la tomaràn de mi.

No puede ponderarse la pena, el sentimiento, el dolor con que el anciano padre quedò al oìr estas razones, y como fuera de si ya, comenzò à llenar la casa destas lastimadas quexas: Ay cansada vejèz! Ay miserable de mi! Y què es lo que ha acontecido a esta infeliz de mi hija? Quien ha sido el desleal, que ha robado mi thesoro? Quien el atrevido, que ha apagado la dulce luz de mis ojos? Què hechizos de amor han volcado el juicio a quien era dechado de castidad? Què livianos pensamientos han assaltado a quien esposa para Dios, era todo continencia? Ea, hija, vuelve en ti, y no trueques el thalamo de un Celestial Esposo, a quien estàs ofrecida, por los brazos grosseros de un criado. No me dès mala vejez,

atten-

afrentando mi nobleza, y desdorando tu fama: destierra essos pensamientos, y abraza el ser Religiosa: muevante mis ruegos quando no tu obligacion; hazme este gusto, y no me dès tal pesar.

No estaba ya el amor de la doncella (como dicen) para gracias, para desgracias si estaba, y assi con mayor ahinco volviò à insistir su thema, diciendo: Padre mio, no hai que cansarte en amonestaciones, y consejos, porque me tiene tal la calentura de amor, que si te tardas en darme por esposo a quien te pido, me veràs ya cadaver a tus ojos. Entre casarme, ò matarme, no tienes que buscar medio. Perdona no obedecerte, pues que mi suerte infeliz me arrastra à tan baxo estado. Si lloro, ya lo vès; si lo siento, Dios lo sabe. Diciendo estas razones, soltò la rienda al llanto, y en desenfrenados gritos moviò à lastima à quantos la miraban, y llenò de confusion al padre que la veia. No sabia el noble viejo à què parte echarse, metido en el labyrinto de tamañas confusiones. Casarla lo hallaba afrenta, no casarla lo miraba precipicio. En lo uno sentia el deshonor, en lo otro temia algun desacierto. Alli lo hallaba todo disgustos: aqui todo desazones. Aconsejòse con algunos amigos, y pidiòles su parecer sobre el medio que tomaria en materia tan confusa. Dixeronle todos, que era lo mejor que la casasse, porque lo demàs havia de ocasionarle alguna mayor afrenta, ò alguna grande ruina, que una muger determinada, y mas en lances de amor, arriesgarà vida, y honra a trueque de su gusto.

Con harto dolor del alma abrazò Pretorio el consejo. Llamò a Felisardo, y diòle parte del dichoso galardon que sacaba de su casa por haverle servido. Entregoie a su hija por muger, diòle toda hacienda, y dixole a ella al despedirse: Anda, infeliz hija, y pues en miserable suerte te adjudicò tu fortuna, allà te lo hayas con ella. El marido que has pedido este te doi; vivid gustosos, aunque yo muera afrentado. Dafeles poco a los que se quieren bien, que sus padres se indignen, cumplan ellos su voluntad, y mas que haya sentimientos. No hai que referir los gozos con que estos dos casados abrazarian el matrimonio, quando està ya visto lo que les havia costado. Gozaron de sus amores lo que basta al apetito; pero como la pension q̃ cargò sobre tan caducos gustos era tan grave, y horrenda, arrepentido ya de su locura andaba como assombrado, ni entraba en la Iglesia, ni ossaba persignarse, ni se encomendaba a Dios. De tal suerte se captivan los que sirven al demonio, que no quieren disgustarle en aquello que le ofrecen. A pocos lances advirtieron algunos en la poca devocion de Felisardo como nunca-

ca le veìan ir à la Iglesia, antes veìan que huìa de ella; juzgaronle por Gentil, qual otros muchos que habitaban la Ciudad. Los que se certificaron mas de la sospecha, fueron con la pesadumbre à su muger, y como lastimados, la dieron en cara con la mala eleccion que havia hecho de marido, pues sobre ser inferior à su calidad, no era Christiano, sino idolatra à lo oculto, y aun casi à lo descubierto.

Sobresaltada la buena señora del aviso, y advirtiendo tambien, en que nunca le havia visto rezar, ni aun santiguarse con la señal de la Cruz, se le aumentò mas la pena. Comenzò entre lastimas, y ahogos à hacerse toda al llanto, culpando à su infeliz suerte. Llegò Felisardo à la ocasion, y hallando su idolatrada beldad tan hecha de congoxas, y tan deshecha en llanto, casi adivinando ya su mal de los presentes indicios, preguntòla: què tenia? Ella despues de aquellos prologos de sentidos ademanes que hace una muger discreta, quando se vè mal pagada de su dueño, le refirió la causa, contandole lo que le havian dicho, de que no era Christiano, ni daba muestras de tal. Satisfizo èl à esto lo mejor que pudo, procurando con alhagos, y caricias desenojar à su esposa: que el mejor modo de negociar con una muger, y mas quando es para engañarla, es siempre el alhago, y la blandura. Pero ella que picada del recelo no le asseguraba nada, convino en que se desengañaria, con que el dia siguiente fueran los dos juntos à la Iglesia à oìr Missa, y hacer oracion à Dios, donde no, tendria por patraña todas sus excusas. Como se viò cogido Felisardo entre razones, que es mayor aprieto que entre puertas, quiso hacerla sabidora de su atròz delito, para que ni le tuviesse por Gentil, ni le forzasse à cumplir con obligaciones de Christiano. Con suspiros profundos, y palabras lastimadas, la hizo relacion de toda su historia, contando por menudo los lances, y los aprietos à que le reduxeron sus amores, hasta haverse hecho esclavo de Satanàs, y tenerle dada escritura de su mano.

Mas pasmada, y mas confusa quedò la muger oyendo los inauditos modos con que violenta su voluntad se rindiò à los amores de Felisardo; pero reparando prudente, y advertida, que havia sido su hermosura la causadora del daño, pues solo por ella huvo quien negasse à Dios, y se ofreciesse al demonio, viò que le corrian obligaciones de buscar el remedio para quien se havia arrojado à tanto por ser su marido. Era oraculo de aquella Provincia, como lo fue del mundo, San Basilio el Grande, y como à su gran doc-

doctrina, à su mucho saber, à su mucha santidad acudian desnalados todos los menesterosos, sin que haviesse nadie a quien no remediasse achaques, y dolencias, fuesse esta señora a sus pies, y bañada en llanto le refiriò el sucesso, pidiendole con ruegos, y suspiros, remedio en lance tan fuerte. El Santo haviendola oìdo, hizo que le llamassen à Felisardo; traxole à su presencia, y examinòle de nuevo, en si era verdad lo que su muger le havia referido; èl le respondiò, que sì, con harto dolor, y pena. Tomòle San Basilio de la mano, y llevandole à su celda, le preguntò con brio: Ea, hijo Felisardo, quieres volverte à Dios, y tornar a su gracia? Si, Padre (respondiò el mozo) de mui buena voluntad abrazàra esse partido, pero no puedo, ni me hallo dueño de mi, porque me ofreci por siervo al demonio, y neguè à Christo, è hice escritura de mi mano, de no faltar à lo pactado, entreguesela imprudente, es fuerza que la presente contra mi, no puedo negar que es mia: como, pues, pedirè misericordia? Ea, (replicò Basilio) no hai que desconfiar, que la clemencia de Dios es infinita: que se arrepienta el pecador es lo que quiere, que el perdonarle, por mas culpas que tenga, es gusto del mismo Dios, y assi no hai que hacer cuidado de negaciones, y escritos, con que el arrepentimiento sea nacido del alma: haya verdadero dolor, que èl tendrà misericordia.

Con estas, y otras palabras saludables, animò el glorioso Santo al desconsolado joven. Encerròle en una celda por espacio de tres dias, haviendole primero sellado en la frente con la señal de la Cruz, que para entrar en batalla de tan horrendo enemigo, importa el ir armado con armas de Christiano. Visitòle el Santo passados los tres dias, y preguntòle con amor, y con blandura del modo que se hallaba? Padre, y señor mio (respondiò Felisardo) en grande aprieto estoi puesto: en mui gran desconfianza me tiene el temor, y miedo: casi no puedo sufrir las vocerias, los clamores, las amenazas, y los estruendos que hacen los demonios, los quales con mi escritura en las manos me motejan, y me dicen: Tu te veniste à nosotros, y nosotros à ti. Pasmame escuchar esta verdad: confundeme mi delito, aterrame mi maldad. No temas hijo, (le replicò el gran Basilio) no te amedrente, ni espante toda esta estratagema diabolica, sino cree en Dios mui firmemente, y confia en su clemencia tu victoria. Dexandole algun sustento, y volviendo à signarle con la señal de la Cruz, se le dexò encerrado por algunos dias, rogando por èl à Dios con mucho esfuerzo.

Visitòle segunda vez, y preguntòle del modo que le iba? A que respondiò Felisardo, que ya oìa mas lexos los clamores, y voces de sus enemigos; pero que no los veìa por mas que le amenazaban, con lo qual sentia mucho consuelo.

Volviò à animarle el Santo, y dandole que comiesse, volviò à dexarle encerrado hasta los quarenta dias, socorriendole de afuera con plegarias, y oraciones, que para un delito atroz, para una culpa grave, qual la deste penitente, son necessarias apretadas diligencias, mortificaciones, ayunos, limosnas, ruegos, assi de parte del reo, como de parte del Padre espiritual que le confiessa: sudores son menester de unos, y otros, y plegue à Dios que basten. Llegado, pues, el ultimo dia de la quarentena, visitò San Basilio à su penitente, y dixole: Què hai? Como te esfuerzas? Como te và de ayuno? Como te và de pelèa? Entonces Felisardo gozoso, y placentero, le respondiò de esta suerte: Bien me hallo, Santo de Dios, bien me và, mediante los favores, y mercedes que me haces. Hoi te vi en vision pelear por mi contra el demonio, y le dexaste vencido.

Mandò convocar el Santo el Clero, los Religiosos, y todo el Pueblo, amonestandoles à todos con palabras graves, y lastimosas, que rogassen à Dios por aquel hombre. La novedad del caso, y el fin de vèr el sucesso alborotò la Ciudad de tal manera, que apenas quedò persona que no se hallasse al concurso. En forma de procesion les ordenò Basilio guiassen à la Iglesia, llevando èl asido de la mano à Felisardo, que con la verguenza, y dolor que iria à vista de un pueblo, y ya publica la causa de su maldad, no hai advertirlo, quando ello se và diciendo. Què caro cuesta un amor, quando và desordenado! Què acedias trahe un gusto! Què pensiones un leve entretenimiento! Saliò al encuentro Satanàs, aunque invisible, acompañado de un exercito copioso de demonios, y asiendo fuertemente de Felisardo, procuraba con todo su poder desasirle de la mano de Basilio. El entonces assustado, y congojoso, comenzò à decir à voces: *Santo de Dios, ayudadme, valedme, no me dexeis.* Era tan grande la instancia del demonio, que arrastrando à Felisardo, tiraba tambien con èl al Gran Basilio, el qual con imperiosas palabras le dixo: *No te basta, malvado, tu perdicion, sino que quieras tentar las hechuras de mi Dios?* Respondiò el demonio, en forma que le oyeron muchos de los circunstantes: *O Basilio, mira que me perjudicas mi derecho!*

Terror, y pasmo embargò los animos de todos, y à grito herido comenzaron à decir: *Kyrie eleison, Señor, aved piedad de nosotros.* San Basilio dixo al demonio: *El Señor te reprehenda.* Y el respondiò: *Basilio, tu me perjudicas, y me haces notorio agravio, que yo no busquè à este hombre; èl fue quien me buscò à mi, èl fuè quien negò à su Christo, y à su Dios, y se hizo esclavo mio. Vès aqui la cedula firmada de su mano, que yo tengo en la mia por prueba de mi derecho.* El Santo le replicò: *No hemos de cessar de hacer plegarias à Dios, hasta que vuelvas essa cedula.* Pusose en oracion postrado de rodillas, y todo el Pueblo con èl, con los suspiros, lagrimas, y lamentos que pedia la ocasion, levantò al Cielo las manos, y à vista de todos se viò venir por el aire la cedula, y ponerse en las manos de Basilio. Tomòla el Santo, y dixole à Felisardo: Ea, hijo mio, conoces estas letras? Hiciste tu estos renglones? Es tuya aquesta firma? Si, Padre, y señor mio (respondiò Felisardo) yo, loco de un torpe amor, escribì estos desatinos. Pues yo los rompo en tu nombre (dixo el Santo) para que quitado este embarazo, puedas entrar en la Iglesia sin temor ninguno. Rompiò entonces el papel, entròle dentro del Templo, y dieron al Hacedor Divino summas alabanzas: diòle a Felisardo grandes documentos, y entregòle a su muger con las mejoras que và de siervo de Dios a esclavo de Satanàs. Escarmiente todo fiel en no dàr rienda al deseo, quando le tire alguna beldad: no se arroje a la hermosura precipitado, y ciego, que se hallarà en un abysmo de confusiones, y penas, quando se mire mas triumphante del deleite. Repasse por este exemplo lo que cuesta una maldad, una locura, un arrojo, un desatino, que harto freno podrà ser para evitar desaciertos.

Con esto, lector piadoso, recojo las velas a mi assumpto, por vèr, que para un volumen hai suficiente materia en los exemplos, è Historias referidas. Convido a la Segunda Parte, donde en campo mas espacioso se acabaràn de contar tragedias, y fracasos de un paciente, que adornados con similes de otras Historias, podràn servir de consuelo al mal afortunado, que aunque persecuciones de David baltaban a enseñar a ser sufridos, es consuelo tambien saber los que le imitaron.

LAVS DEO.

TABLA DE LAS COSAS MAS NOTA-
bles que contiene este Libro.

A

B

C

En-

F

Fer-

G

H

I

Jo-

r. 1

L

MA-

M

N

O

P

Pe-

Ha-

T

V

Y

FIN.